



Las aventuras de un
hispano en la Roma de
Julio César y Pompeyo

LEÓN ARSENAL BALBO

LA MANO IZQUIERDA DE CÉSAR

Lectulandia

En el año 60 a. C., Lucio Cornelio Balbo, el hombre más poderoso de Gades, llega a Roma buscando un tratado más favorable para su ciudad natal y decidido a labrarse un destino en la capital del mundo. Roma vive convulsiones sociales, políticas y religiosas. Las distintas facciones se disputan sin tregua el control del Senado y las altas magistraturas. La vieja oligarquía trata de mantener sus privilegios, los hombres nuevos luchan por ascender y los habitantes de provincias intentan hacerse oír.

Habilidoso, instruido, íntimo de César y buen amigo de Pompeyo, Balbo se las ingeniará para abrirse camino en la sociedad romana. Eso le arrastrará a las cenagosas aguas de las intrigas y las pugnas políticas. Envuelto en las luchas por el poder, tendrá que enfrentarse a peligros y amenazas, no sólo para lograr sus objetivos, sino también para sobrevivir.

Lectulandia

León Arsenal

Balbo. La mano izquierda de César

ePub r1.0
turolero 20.10.15

Título original: *Balbo. La mano izquierda de César*
León Arsenal, 2015

Editor digital: turolero
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

En estos tiempos y en la sociedad en la que nos ha tocado vivir, uno puede contar con dos puntales: la familia y los amigos. Ninguno de esos dos puntales me ha fallado jamás. Me han servido siempre de apoyo, de respaldo y de acicate en mi carrera de escritor. Lo soy gracias a todos ellos y a todos ellos quiero dedicar este libro, que, tras quince años publicando novelas, iba ya tocando.

Dramatis personae

(Ordenado según el nombre que más se usa con cada persona en la novela)

Antistio Veto, hijo. Cuestor a las órdenes de César, durante la etapa de este como propretor en Hispania Ulterior.

Ático, Tito Pomponio. Banquero y escritor romano, amigo de Cicerón y hombre que procuraba llevarse bien con todos los bandos de Roma.

Balbo, Lucio Cornelio. El Mayor. Banquero, político y militar gaditano. Íntimo de César, al que acompañó en sus aventuras políticas y militares.

Balbo, Lucio Cornelio. El Menor. Sobrino del anterior.

Balbo, Lucio Cornelio. El Viejo. Padre de Balbo Mayor.

Balbo, Publio Cornelio. Hermano de Balbo Mayor y padre de Balbo Menor.

Bíbulo, Marco Calpurnio. *Optimate*, yerno de Catón, enemigo personal de César, con el que compartió magistraturas en más de una ocasión.

Bruto, Marco Junio. Hijo de Servilia Cepión.

Bruto Albino, Décimo Junio. Hijo de Tuditana.

Calpurnia Pisón. Dama romana, hija de Calpurnio Pisón.

Calpurnio Pisón Cesonino, Lucio. Político del bando de los *populares*.

Cartalón. Hermanastro de Balbo Mayor. Capitán del *Gallus Ruber*.

Catón. Descendiente del famoso **Catón el Censor**, líder moral e inspirador del bando de los *boni*.

Catulo, Lutacio. *Optimate* ya muy anciano, líder moral de los *boni*.

César, Cayo Julio. No necesita presentación.

Cicerón, Marco Tulio. Político y abogado romano, y quizá el orador más famoso de la antigüedad.

Clodio Pulcro, Publio. Político de origen patricio, populista y turbulento, que llegó a adueñarse de las calles de Roma mediante la violencia de las bandas.

Corumbo. Griego de Sición, arquitecto al servicio de Balbo Mayor.

Craso, Marco Licinio. Banquero romano, el hombre más rico de Roma, famoso por su codicia y su falta de escrúpulos a la hora de amasar riquezas.

Enobarbo, Lucio Domicio. Político del bando de los *boni*, cuñado de Catón y

enemigo de César.

Escevio, Publio. Soldado romano de origen lucano.

Escipión Nasica, Quinto Cecilio Metelo. *Optimate*, famoso por su malicia y crueldad.

Filipo. Mercenario al servicio del rey de Egipto.

Hermógenes Galo. Griego de Emporiae al servicio de los Balbos.

Hircio, Aulo. Asistente de César.

Julia César. Hija de Julio César.

Luceyo, Lucio. Banquero romano, del bando de los *populares*.

Lucía Balbo. Púber galaica, rehén en Roma, al cuidado de Balbo.

Marco Antonio. En la época de esta novela, uno de los jóvenes de buena familia que formaban parte de las bandas callejeras, junto con delincuentes, exlegionarios y antiguos gladiadores.

Masinta. Cliente nómada de César.

Menandro. Mayordomo de Balbo Mayor.

Milón, Tito Anio Papiano. Jefe de las bandas de matones al servicio de Pompeyo Magno, enemigo jurado de Clodio.

Nicia Lycoris. Actriz y cantante griega, amante de Perseo.

Opio, Cayo. Asistente de César.

Perseo. Griego de Oriente, agente del reino de Egipto en Roma. Amante de Nicia Lycoris.

Pompeyo Magno, Cneo. Militar y estadista romano, uno de los más poderosos de su tiempo.

Rabirio Póstumo. Banquero romano, afín a los *populares*.

Septimio, Cayo. Secretario de Bíbulo.

Servilia Cepión. Patricia romana, amante de César y madre de Marco Junio Bruto.

Silano, Décimo Junio. Antiguo esposo de Servilia, retirado de la vida pública por enfermedad.

Sofronisba. Madre de Balbo Mayor.

Stenta Taantikón. Ver Lucía Balbo.

Teófanos, Cneo Pompeyo. Griego de Mitilene, consejero de Pompeyo Magno.

Tuditana. Sempronia Tuditani. Dama romana, famosa por su cultura, dotes para la danza y el canto, y por su falta de respeto por las convenciones sociales. Madre de Décimo Junio Bruto Albino.

Valerio Flaco, Cayo. Político y militar romano, que sirvió en la Galia y en Hispania.

Valerio Flaco, Lucio. Político y militar romano, sobrino del anterior.

Vatinio, Publio. Demagogo y agitador de los *populares*.

Vetio, Lucio. Espía y delator romano, al servicio de quien mejor le pague.

Isla de Kotinoussa. Gades. 686 ab Urbe condita

Pocos, aún entre sus enemigos, negaban que Cayo Julio César tuviese tanto talento como ambición, así como un olfato envidiable para los golpes de efecto. Él a su vez se preciaba de saber reconocer a los hombres con esas mismas cualidades. Y queda aquel magnate gaditano, Balbo, era uno de tales hombres, si es que alguna vez se había topado con uno de ellos.

Tal afirmación se la había oído Antistio Veto hijo al propio César la noche antes, durante un banquete con sus asistentes. Habría de recordarla mientras se dirigía al templo de Melkart a través de olivares, por delante de la comitiva. Y, al ver el recibimiento que había preparado Balbo al romano en el templo, tuvo ocasión de decirse que César tenía razón, como casi siempre.

Veto había recorrido el último tramo de la senda casi empujado por el viento, con las ropas ondeando, entre el rumor de los olivos. Consideró todo aquello un augurio. E igual de premonitorio le pareció que el olivar diese paso a los arenales de forma brusca, como cortado a cuchillo.

De golpe, tuvo a la vista las playas y el océano. Y allí, a mano derecha, en las dunas, recortado contra los azules del mar y el cielo, el templo. El Herakleion de Gades, con su gran flamero humeante ante las escalinatas.

En lo alto de esas gradas aguardaba Balbo. No podía ser otro. Y fue en ese instante, al verle allí, cuando Veto supo que César tenía razón. Que estaba ante uno de esos hombres capaces de manejar en su provecho las situaciones.

Visto allí, de lejos, el gaditano impresionaba. No por él mismo, sino por el escenario. El templo antiguo de piedras ciclópeas, sobre arenas junto al mar. El viento rugiente, el atronar de olas en día despejado. Olía a océano y las ráfagas de aire sacudían los olivos centenarios. Torbellinos de arena corrían por la playa, y el humo y las chispas brotaban del flamero como de un volcán en miniatura.

Y en lo alto de las escaleras, en el pórtico, Lucio Cornelio Balbo. *Pater* de la familia más poderosa de Gades. Sufete,^[1] banquero y armador. Militar de valía probada durante las guerras de Sertorio. También sacerdote de dioses antiguos. En calidad de tal, aguardaba ahora ante las grandes columnas. Báculo en mano, con alto gorro cilíndrico y manto azul y blanco que flameaba como una bandera al viento.

Viento racheado, que parecía soplar en todas direcciones, excepto hacia las puertas del templo, de forma que no le echaba encima el humo del flamero. Tenía suerte Balbo. Suerte. ¿Acaso no se decía que el favor de la Fortuna era otro de los dones de los que disfrutaba el propio Julio César?

Antistio Veto siguió avanzando. Se quedó al borde del olivar, con las sandalias ya en la arena, entre el estruendo del viento y el oleaje, contemplando a esa silueta de manto alborotado. Aguardaba bastón en puño, quieto como una estatua, como un sacerdote de tiempos antiguos.

Solo, sí. ¿Por qué? ¿Como señal de respeto al alto rango del visitante? ¿O para demostrar de esa forma su poder? ¿Para dejar claro que estaba por encima de los demás sacerdotes, magistrados y magnates de Gades? ¿Para que se viese que él era Gades?

Veto había llegado también solo y sin armas, por servir al cuestor César. Se había adelantado para asegurarse de que todo estaba en orden. Y no porque César recelase de Balbo. Al contrario. El más ambicioso de los romanos —como le tildaban algunos— y el hombre fuerte de Gades habían congeniado apenas conocerse. Fue como si se hubieran visto reflejados el uno en el otro. Como si al primer vistazo intuyeran que podían hacer grandes cosas juntos.

Pero el cuestor siempre ordenaba reconocimientos de los lugares por los que había de pasar, fuese en campaña o de paseo. No se podía descartar nunca una emboscada. César era tan eficaz como riguroso en el desempeño de su cargo; algo que le había ganado unos cuantos enemigos, tanto indígenas como romanos.

Balbo por su parte también vio a Veto. Desde lo alto de las escalinatas, no distinguió más que a una figura al borde del olivar. Uno que observó unos instantes, antes de retroceder. No le reconoció en la distancia, pero ni por un momento dudó de que fuese alguien del séquito romano, de avanzada.

Lo que sí le sorprendió fue que, al cabo de un tiempo, otra figura solitaria saliese del olivar por ese mismo sendero. ¿Quién podía ser ese otro sino César? Pero ¿sin compañía? Báculo en mano e inmóvil, Balbo se preguntó el porqué de un acto así.

¿Se habría adelantado a los suyos, al saber que le esperaba solo, para no ser menos que él? Era muy posible. Encajaba con lo que sabía del hombre. El orgullo o el cálculo, o una suma de ambos, le habían llevado a dejar atrás a su comitiva, desdeñando posibles riesgos.

Un sujeto decidido, ese César. Sin duda. Su fama le precedía y a la vista estaba que hacía honor a la misma. No por nada había sobrevivido a las turbulencias políticas que sacudían a Roma desde hacía años. Aquí estaba ahora, en Hispania. De una pieza y con un alto cargo, en tanto que otros con más años, poder y apoyos habían caído o incluso muerto.

Cayo Julio César. Ya llegaba por los arenales. Admirado, advirtió Balbo que había sabido sacar partido a sus ropas, pues venía con la cabeza cubierta por una vuelta de la toga.^[2] Seguro que lo había hecho al saber que el gaditano le aguardaba en calidad de sacerdote. Se presentaba así como pontífice máximo de Roma y no como magistrado, por muy alto que fuese en ese sentido su rango.

Balbo observó su avance por la playa, entre torbellinos de arena y con los picos de la toga aleteando. El viento parecía empujarle hacia el templo, algo que tanto el visitante como el que aguardaba consideraron cada uno por su cuenta un presagio. Sólo años después, al comentarlo una noche entre copas de vino, al resplandor de las lucernas, se enterarían de que ambos habían tenido igual impresión.

Pese al embate del aire, el romano se las arregló para subir con solemnidad. Así

se encontraron esos dos a las puertas del templo más sagrado de Gades, entre el sonido del oleaje y el viento, con las ropas agitadas y las fosas nasales llenas de olores a océano.

Dos varones jóvenes, llenos de fuerza y repletos de ambiciones. No cambiaron palabras. Balbo se limitó a señalar con el bastón, invitando así al recién llegado a la casa de Melkart, el Hércules fenicio.

Ya conocía César ese lugar sagrado. Lo había visitado unos días antes y, de hecho, esta segunda visita era consecuencia de la primera. Pero, pese a ello y a que lo que le llevaba ahí turbaba su ánimo, se encontró de nuevo admirando el interior del templo más antiguo de Occidente. Decían que tenía mil años, como la propia Gades, y que su riqueza era pareja a su edad.

Reinaban dentro una penumbra y silencio propios de los recintos sacros. Balbo le precedía por entre las columnas, golpeteando con su báculo sobre las losas para anunciar a los dioses su presencia. César le seguía con la cabeza cubierta, sin poder evitar que su atención fuese de acá para allá.

Era tan observador como para fijarse en detalles que a otros les pasarían desapercibidos. También lo bastante instruido como para entender mucho de lo que veía y reflexionar sobre ello. Advertía que la religión romana tenía ciertos puntos en común con la fenicia. Ambas estaban ligadas al Estado, al punto de que religión y gobierno se imbricaban de manera indivisible. No se entendía el uno sin la otra.

Eran también dos credos llenos de secretos reservados a los sacerdotes. Los dos, en su origen, fueron cultos de dioses sin rostro. De fuerzas cósmicas y númenes. Hasta su evolución fue similar, pues los dos habían sufrido influencias helenísticas con el paso de los siglos.

Eso último era aquí visible en las proporciones y dimensiones de la nave, así como en las columnas, los capiteles, las estatuas sobre pedestales. Aquello, en su día, fue un edificio más modesto, de interior oscuro y casi desnudo, desprovisto de imágenes y reservado a los sacerdotes.

Pero todo eso era ya cosa del pasado. Prueba de ello era una efigie en un lateral, cerca del fondo. Una estatua famosa en el mundo entero. La de Alejandro el Magno, al que en Gades veneraban como a un dios. Piedra que parecía viva, cubierta de policromía exquisita. Imagen de un Alejandro joven, bello, con unos músculos más propios de un Hércules que de un Apolo, tal vez porque al primero, en su versión fenicia, estaba consagrado ese templo.

Esa escultura le conmovió tanto como en su primera visita. Agitó algo en sus entrañas. La otra vez le había causado congoja, casi llanto, porque le dio por pensar que, a la edad que él tenía ahora —algo más de treinta años—, Alejandro ya había conquistado el mayor imperio jamás conocido.

Y en cambio él... ¿Qué había hecho él? En comparación, nada. Había ocupado magistraturas, tal y como habían hecho otros muchos romanos antes que él, y como lo harían otros tantos en el futuro. ¿Qué iba a dejar Cayo Julio César para la

posteridad? Briznas, humo. Un nombre inscrito en las listas de cargos públicos de Roma. Poco más.

Se preguntaba si esas cavilaciones amargas habrían tenido relación con el sueño que tuvo durante la primera visita, cuando se tumbó a los pies de la estatua. ¿O hubo algo más? Ardía un fuego votivo ante la estatua y ahora recordó el extraño olor de su combustión. ¿Quemarían ahí carbón de plantas alucinógenas? ¿Habrían sido sus vapores la causa última de su sueño y no la estatua?

Pero ya la dejaban atrás. La rebasaron y, de igual manera, César la sacó de su cabeza. Porque Balbo le acercaba ya a su destino, haciendo resonar el báculo. Y ese destino era un viejecillo sentado casi al fondo, invisible desde la puerta gracias a las columnas. Columnas ahora de piedra que en su día fueron troncos de cedros gigantes, traídos desde Fenicia, tierra natal de los primeros pobladores de Gades.

El anciano ocupaba un estrado, ante un brasero, con las piernas cruzadas. Arrugado y curtido, evocó en César la imagen de esos pescadores añosos que remendaban redes en las playas gaditanas. Sólo que este se cubría la cabeza con un lienzo bordado y los ojos con una venda negra. Un ciego.

Crepitaban los carbones en el brasero de arcilla. El resplandor ahondaba surcos y arrugas en ese rostro viejo. En la penumbra, así alumbrado en rojo, parecía la máscara de un dios arcaico, más que una cara humana. El humo también olía raro. Y César volvió a preguntarse si no estarían quemando drogas que, en este caso, darían sus poderes al viejo.

Porque este era un famoso adivino local de sueños, convocado al templo en atención al alto cargo de César. Reflexionó este —mientras Balbo saludaba en gaditano— que, en ciertas cuestiones, la religión romana difería de manera radical de la fenicia.

Por ejemplo, en todo lo referente a signos y sueños. Los romanos creían en leyes sagradas y disponían de libros arcaicos en los que sus sacerdotes buscaban el significado de las señales que enviaban los dioses. Por eso en Roma cualquier hombre podía llegar a augur. En cambio, entre los fenicios caminaban profetas tocados por el dedo de los dioses. Hombres que en su día fueron corrientes, elevados sobre sus semejantes. Y ese viejo era uno de ellos.

Se pronunció Balbo en latín, sin volverse.

—El hombre santo te escucha. No habla latín ni griego, sólo dialecto de ribera. Yo haré de intérprete.

Desde las profundidades de la vuelta de la toga, César contempló inquisitivo al viejecillo del brasero. Su primera impresión había sido correcta. Fue otrora un hombre humilde, tal vez un pescador, al que en algún momento los dioses dieron el discutible don de la oniromancia. Y era ciego. ¿Perdería la vista en un accidente en el mar? ¿Fue ese el precio por su don? Los dioses fenicios no se caracterizaban por generosos ni compasivos.

Aventó esas ideas para poner los ojos en los carbones al rojo del brasero. Habló

con lentitud.

—Hace dos días, los magistrados de Gades me honraron con una visita a este mismo templo. Los sacerdotes me mostraron el tesoro sagrado, los archivos y los altares de los dioses. —Inspiró—. También me enseñaron la estatua del gran Alejandro, que es famosa incluso en Roma.

Aquello había sido un gran honor, reservado a pocas personalidades. Y a él le brindaron incluso la oportunidad de recostarse en un lecho junto a la estatua y dormir. Algo que sólo se ofrecía a contados visitantes. Porque, según la tradición, Alejandro enviaba sueños proféticos a aquellos hombres públicos que se atrevían a dormir a los pies de su estatua, en ese templo.

«Atreverse» era la palabra precisa, porque no siempre los sueños eran agradables o propicios. Según una leyenda que corría entre los funcionarios romanos destacados en Hispania, en su día, el gobernador Hostilio Mancino se atrevió a ocupar ese reclinatorio, y el sueño le vaticinó derrota y deshonra pública. Profecía cumplida años después, cuando sufrió una derrota vergonzosa ante Numancia y el Senado de Roma le castigó con la ignominia.

Pero César no era hombre que retrocediese ante temores así y había aceptado sin vacilar. Lo cierto era que sus agentes llevaban tiempo moviéndose para conseguir que se lo ofreciesen. No por el valor que César diera a los sueños proféticos, sino por el prestigio asociado a un honor tan excepcional.

Habló el viejo. Balbo tradujo.

—Soñaste...

Era una afirmación, no una pregunta, y César volvió de golpe a lo inmediato.

—Sí. Soñé...

Había sido un sueño no sólo enigmático, sino turbador al punto de que no se lo había revelado a nadie. Recordó cómo aquel día, en la penumbra, había cedido al sopor, arrullado por el silencio y el crepitar del fuego ante la estatua.

Balbo pareció advertir sus reticencias.

—¿Puedes contar tu sueño a este hombre santo?

Esas palabras le devolvieron a lo inmediato. Descartó cualquier reparo. ¿Acaso no había venido para eso?

—Soñé que poseía por la fuerza a mi propia madre.

Balbo tradujo, imperturbable. El adivino le escuchó con la cabeza girada a medias. Se quedó así un rato, como si esperase que prosiguiera o como si estuviese oyendo voces para otros inaudibles. Luego, pronunció una única palabra. Una que no necesitaba traducción y que despertó ecos entre las columnas del templo.

—*Roma.*

Balbo repitió esa palabra, no porque el visitante lo necesitase, sino a modo de interrogación. Y, en respuesta, el viejo se lanzó a perorar. César se tensó al advertir un cambio de actitud en Balbo. Lo que decía el ciego estaba alterando al magnate, cosa que no había ocurrido cuando César contó de forma sucinta su sueño.

El anciano calló. Balbo se volvió hacia el magistrado romano. En la penumbra, sus ojos oscuros parecían relumbrar como los de las fieras.

—Dice este hombre santo que tu sueño es muy claro. La madre a la que forzaste en tu sueño no es otra que Roma.

—¿¡Roma!?

—Sí. Roma. La patria que te engendró. Así como en un sueño tomaste a tu madre por la fuerza, a su debido tiempo te adueñarás con violencia de Roma.

César puso sus ojos en el ciego, que había agachado la cabeza como si quisiera hacer vahos con el humo de su brasero. Asintiendo despacio, se dio la vuelta y abandonó el templo, la cabeza aún cubierta por la toga. Ahora, al irse, no echó más que una ojeada fugaz y de pasada a la estatua de Alejandro, que parecía observar su marcha desde las sombras.

Año 693 a.U.c.^[3]

Barrio de la Suburra. Roma. Mediados de primavera

—No es posible que no veáis las simetrías que hay en todo eso.

Calpurnia Pisón ni se dio por enterada de esa afirmación. Servilia Cepión, aunque no volvió la cabeza, enarcó una ceja:

—¿Qué es «todo eso»?

Sempronia Tudítani, Tuditana, compuso una expresión de fastidio, en justa correspondencia a la casi nula reacción de sus amigas.

—«Eso», queridas, es que César es ahora propretor en Hispania Ulterior y su cuestor es Antistio Veto hijo.

Servilia y Calpurnia intercambiaron una mirada que tenía algo de teatral. Caminaban las tres por pleno barrio de la Suburra, entre el calor, el bullicio y los olores, mientras sus escoltas les abrían paso como si fuesen reinas extranjeras. Algo que no dejaba de tener su viso de realidad, porque entre la aristocracia y la plebe romana había un abismo tan grande como entre un déspota oriental y sus súbditos. Así lo apreciaban los visitantes extranjeros, por más que el patriciado lo negase con vehemencia, alegando que el poder último de la República reposaba sobre la voluntad popular.

Fue Calpurnia la que por fin se arrancó, quizá porque su curiosidad era mayor, pese a su supuesto desinterés inicial.

—A ver. ¿Dónde están las simetrías?

—En que hace unos años Veto padre fue propretor de Hispania Ulterior y César su cuestor. Ahora César es propretor y Veto hijo es su cuestor.

—¿Y qué?

—¿No lo ves?

—Claro que lo veo, pero no encuentro nada extraordinario en ello.

Con su tono, Calpurnia mostraba ahora cierta impaciencia. Servilia había fruncido algo los labios. Ninguna de las dos era de tantas inquietudes espirituales como Tuditana, que andaba siempre en busca de nuevos horizontes místicos. Siempre rondando alrededor de filósofos callejeros, sacerdotes itálicos, druidas, cultos místéricos...

A Calpurnia, eso de las «simetrías» le sonaba a neopitagóricos. Y a Servilia, más apegada al suelo, a nada en absoluto.

—¿Quién te ha metido esas ideas en la cabeza? Seguro que esos indios a los que frecuentas de un tiempo a esta parte.

—¿Por qué dices eso?

—¡Por favor!

Era sabido que Tuditana, en los últimos tiempos, visitaba a menudo la tienda de unos hindúes, y no por las sedas o la pimienta. Desde que las conquistas de Roma habían llevado a esta a las fronteras del imperio parto, los comerciantes de tierras muy remotas estaban llegando a la Urbe. Y, junto con mercancías raras, traían credos

igual de exóticos. Doctrinas a las que prestaban atención soñadores y heterodoxos como Tuditana.

Esta última agitó la cabeza con tanta vehemencia que los rizos rojizos de su peinado amenazaron con descolocarse.

—La vida sigue un ciclo sin fin, lo mismo que las estaciones. Es una rueda que gira sin cesar...

—No-me-in-te-re-sa —cortó Servilia.

—Haces mal. Las coincidencias entre las doctrinas de los galos y los indios son asombrosas. ¿No indica eso que existe una verdad común?

Servilia resopló, haciendo vibrar los labios jugosos. Una de sus esclavas, creyendo por el gesto que tenía calor o le molestaban las moscas, agitó ante su rostro un abanico de plumas. Y su ama aprovechó ese paréntesis para encauzar una conversación que le hastiaba.

—¿Queréis saber lo que me dice Cayo Julio en su carta, sí o no?

Porque todo aquello había salido a cuenta de una misiva de César recibida el día antes. Calpurnia asintió. Tuditana fue más expresiva.

—¿Lo dudas? ¡Cuenta!

Servilia sonrió. En Tuditana, lo mundano pesaba tanto como lo espiritual, así como un gusto por la política que ya le había traído disgustos en el pasado. Calpurnia, menos demostrativa y más enigmática, apuntó:

—Cayo Julio no cesa de mandarte cartas.

—A mí y a todo el mundo. A Cayo Julio le gusta hablar de sí mismo. Cualquier excusa es buena para proclamar a los cuatro vientos sus hazañas. Así se asegura de que todos se enteren de lo mucho que vale.

Calpurnia esbozó una de sus sonrisas de esfinge.

—Y, en tu caso, de que no te olvides de él.

—También.

—La carta, Servilia —cortó Tuditana, que era la que ahora no tenía mucho interés en ese derrotero de la conversación.

Pero Servilia se hizo todavía de rogar. Anduvieron varios pasos. Rodeadas como iban por sirvientes y escoltas, parecían una isla a la deriva entre las corrientes humanas del barrio. Volvían del Foro hacia las residencias de las laderas de las colinas del Esquilino y Viminal, evitando las calles más estrechas y sus aglomeraciones. Hacía calor y se agradecían las sombrillas. También el batir de abanicos perfumados, porque la Suburra comenzaba a oler, como todos los años al llegar el verano.

—Vamos, maldita. ¿Qué te cuenta el Calvo?

El Calvo. Uno de los muchos apodos de César, uno que ganaba popularidad según su destinatario iba perdiendo pelo. Poca gracia le hacía a él, o más bien ninguna, pues si el hombre tenía algún punto flaco, ese era su vanidad.

—Acaba de iniciar una campaña en el norte de su provincia.

—¿Contra los lusitanos?

—Esos mismos.

—¿Y cómo es que no se ha anunciado públicamente?

—Porque el Senado todavía no ha recibido la comunicación oficial.

Tuditana se ruborizó, puede que de la sorpresa o por no haber pensado en esa explicación. Era una de esas romanas de estirpe antigua que, sin embargo, salían de cabellos rojizos, ojos verdosos y piel clara. Se sonrojaba con facilidad, con la misma con la que se quemaba al sol, y por eso jamás salía de la sombra del parasol que sujetaba sobre su cabeza una esclava.

—¡Y todavía dices que las cartas que te manda Cayo Julio son poca cosa! ¡Te ha avisado a ti antes que al propio Senado!

—No exactamente. El mensajero que traía mi carta ha llegado a Roma antes que el que trae su notificación al Senado. Eso es todo.

Calpurnia volvió a sonreír de forma críptica, sin volver la cabeza.

—Una cosa así no le sucede a alguien como Cayo Julio a no ser que él lo quiera.

Servilia se permitió a su vez una sonrisa pensativa.

—Es posible que tengas razón. Es un hombre complicado. Eso desde luego.

Tuditana, siempre más espontánea, se echó a reír.

—Y sabe cómo halagarte con detalles así.

—Eso también.

—Cuenta. ¿Qué espera conseguir con esa guerra? Botín no, eso seguro. Los lusitanos son enemigos tan duros como pobres.

Servilia puso sus ojos oscuros en los verdes de su amiga. Muchos se engañaban con los excesos temperamentales de Tuditana. Ella no. Tras esa cortina de humo se escondía un intelecto tan activo como cultivado. Buena muestra de ello era esa apreciación sobre los lusitanos, así como que se interrogase por los motivos de César.

—El bandidaje es un problema en el norte de Hispania Ulterior. Nuestro control sobre esa zona es nominal. Nuestras colonias y los indígenas llevan años quejándose de las depredaciones. Bandas de lusitanos y vetones atacan a las poblaciones, roban grano y ganado, raptan mujeres... Cayo Julio ha atendido por fin sus quejas y está dispuesto a pacificar el territorio.

Tuditana se rio con tanta fuerza que su tocado peligró de nuevo.

—¿Espera que alguien se crea eso?

—¿De qué te ríes? Cayo Julio no es de los que pasan de puntillas por los cargos y dejan los palos ardientes para su sucesor.

—Seguro. Pero ahí hay algo más.

Servilia abrió la boca para defender a su amante. Se le adelantó Calpurnia.

—¿Qué más hay, según tú?

—El Calvo busca un triunfo.^[4] Seguro. Un triunfo sería un gran respaldo para su candidatura a cónsul.

—¿Seguro que se presentará?

Ahora la que irrumpió en la conversación fue Servilia, que se estaba irritando ante el hecho de que se discutiese así, en su presencia, de César. Como si esas dos supieran más que ella de él.

—Lo hará. No pongáis esa cara. Se presentará a cónsul. Y, antes de que preguntéis, os diré que no dice nada en su carta. Pero le conozco bien y tiene prisa por llegar a lo más alto.

Calpurnia asintió. Volvió a lanzarle otra de sus miradas, con esos ojos claros y enigmáticos suyos.

—¿Te cuenta algo de la guerra?

—No mucho. Que está siendo dura. Y que los lusitanos no plantan batalla. Todo son emboscadas y escaramuzas.

—Así luchan los lusitanos —apuntó Tuditana.

—Y así esperaba Cayo Julio que lo hiciesen. Por eso, al llegar a Hispania, alistó nuevas cohortes. Las ha estado entrenando durante todo el otoño y el invierno. Ha entrado en campaña con más de quince mil hombres.

—¿Tantos? Pero eso es mucho, querida. Eso en Hispania supone asumir un gran riesgo, en territorio hostil y lejos de tus bases de aprovisionamiento.

—Cayo Julio sabe lo que hace.

—Ya. Lo que tú digas. Pero, cuando le escribas, insístele en que sea precavido. La guerra en Hispania siempre es un asunto muy complicado.

Servilia asintió sin asomo de burla. Tuditana no hablaba por hablar. Los primeros esposos de ambas eran descendientes de Décimo Junio Bruto Galaico, general que en su día guerreó en el noroeste hispano. Esa familia estaba ligada a los asuntos hispanos desde hacía generaciones, y Tuditana se había empapado del tema, a fuerza de oír discutir sobre ello, durante años, a su antigua familia política.

No podía decir lo mismo Servilia, a lo que todo aquello le resultaba de lo más aburrido.

—Se lo diré. Descuida. Pero ya sabes cómo es. Lo ha planificado todo antes de mover a un solo soldado. Su objetivo es obligar a las bandas guerreras a asentarse en los llanos y que vivan de actividades pacíficas.

—Otros lo intentaron en el pasado y nadie lo logró.

—A lo mejor porque no eran Cayo Julio. No actúa jamás a ciegas ni a locas. Y me dice que es un momento propicio. El comercio ha abierto las puertas de los poblados lusitanos, y los senados locales y los magnates se muestran receptivos. Además, cuenta con la ayuda del principal magistrado de Gades. Uno muy rico, con contactos y clientes por toda Hispania...

—¿Lucio Cornelio Balbo?

—¡Dedos de Juno, Tuditana! —Servilia resopló—. ¿Para qué te cuento nada, si tú pareces saber más? Sí, maldita. El mismo.

—¿Financia él la campaña?

Esa pregunta la hizo Calpurnia, lo que por algún motivo aumentó el disgusto de

Servilia.

—Cayo Julio no dice nada al respecto, pero no me extrañaría. Le ha nombrado *praefectus fabrum* de su ejército.

—¡Qué dices! —saltó Tuditana, mientras Calpurnia enarcaba una ceja—. ¿Un hispano *praefectus fabrum* del Calvo?

«¡Ah, malditas! ¡Por fin algo que no sabíais!». Servilia se permitió una sonrisa de gata.

—Cayo Julio y ese Balbo hicieron amistad hace años. Y Balbo es también íntimo de Pompeyo. Estuvo a sus órdenes en las guerras contra Sertorio. Tiene experiencia militar y, según Cayo Julio, es un gran organizador. Y Cayo Julio no suele exagerar en temas como ese.

»Además, tiene muchos clientes por toda Hispania, el norte de la Ulterior incluido. Y eso está siendo muy útil para conseguir información sobre los movimientos enemigos. También para negociar con los potentados lusitanos.

—Ya. ¿Y te cuenta algo de Masinta?

Servilia cruzó una sonrisa llena de malicia con Calpurnia. Así era Tuditana: inteligente e instruida, e incapaz de contener sus emociones, lo que le llevaba a mezclar lo que no debía y a meterse en líos. Tenía cierta querencia por los personajes exóticos y se había encaprichado con aquel Masinta, un nómada cliente de César, que había partido con él a Hispania. Y no había sido capaz de no preguntar por él. Sencillamente, no podía evitarlo.

E insistía, molesta por esas sonrisas.

—¿Es que no dice nada de él?

—No. Sólo habla de Veto.

—¡Bah!

—No seas mohína. Tiene a Veto lejos de los asuntos de primera línea, así que supongo que lo mismo hará con Masinta.

—¿Por qué? ¿Duda del valor de Veto?

—No. Lo hace por algo que tú misma has dicho: que los lusitanos son muy malos enemigos. Cayo Julio quiere que Veto gane en experiencia y no desea tener que comunicar a Veto padre que su hijo ha muerto en una escaramuza sin importancia, en algún lugar remoto.

Tuditana se puso la uña del pulgar sobre el labio.

—Visto de esa forma... Sí. Si no va a ganar honores, es mejor que no esté en primera línea. No sé si se formará, pero así estará más a salvo, eso desde luego.

Lusitania. Mediados de primavera

«Así estará más a salvo». De haber oído tal apreciación, Cayo Antistio Veto hijo se habría mostrado sin duda en desacuerdo. Al menos en esos instantes, en los que las piedras zumbaban en torno a su cabeza. Silbidos espantosos que le tenían bañado en sudor bajo la cota de malla. No importaba que se cubriese con casco de bronce. Una pedrada de esas podía dejar sin sentido a un hombre. Eso con suerte. Con mala, podía destrozarle el rostro o romperle un codo. ¿Y quién, en la plenitud de sus fuerzas, no teme más a la mutilación que a la muerte?

Aparte de que no sólo eran piedras. Llovían lanzas entre clamor guerrero. La columna de Veto libraba una escaramuza contra lusitanos, cerca del mediodía. Una tan grande que en realidad era batalla pequeña. Un combate duro junto a la senda, al que se habían ido sumando fuerzas de ambos bandos.

Al igual que en ocasiones previas, los lusitanos habían surgido como fantasmas diurnos, tras jaras y rocas. Tampoco esta vez habían logrado sorprender a los romanos porque, por suerte, estos contaban con mercenarios locales. Veteranos correosos que se las sabían todas y a los que era difícil emboscar.

A Veto le seguía desconcertando la guerra a la hispana, tan distinta de las prácticas militares en el Campo de Marte. Además, a esas horas, hacía un calor considerable. Si la primavera era así, no quería vivir campañas en la meseta en pleno verano. Chorreaba bajo defensas y correajes, como debían hacerlo todos sus legionarios y auxiliares.

Los mercenarios sufrían menos el calor, porque se armaban a la ligera. Con protecciones insuficientes en caso de choque clásico de infanterías, pero idóneas para combates como esos, hechos de carreras, amagos e intercambios breves.

Silbaban las lanzas. Las pedradas hacían saltar la pintura de los escudos. Combatían separados por no demasiados pasos, con mucho agitar de armas y revuelo de hondas, entre gritos y bravatas, y baile incansable de pies.

Los lusitanos les acosaban por ambos lados del camino, desde las jaras y la carrasca. Con escudos redondos, muchos de ellos a pecho descubierto. Aunque, eso sí, el más pobre de ellos lucía multitud de alhajas bruñidas que destellaban al sol. Se les veía curtidos, ágiles, renegridos por la vida agreste al aire libre. Hechos a esa forma de guerrear que a Veto le resultaba tan agotadora.

Este ataque era mucho más masivo que los anteriores y suerte que habían llegado en su auxilio varios *numeri* de mercenarios. Aunque eso a su vez estuvo a punto de desencadenar una batalla campal. Los mercenarios eran turdetanos, vetones, celtíberos, incluso lusitanos. Y había muchos motivos de enemistad entre ellos y los atacantes. Sólo su veteranía —el hecho de que hubieran combatido en tiempos contra las águilas romanas y luego bajo ellas— impidió que entrasen a la lucha en corto. Se impuso la disciplina y, aunque echando espumarajos, aguantaron a la vera del camino, protegiendo a porteadores y acémilas.

Tampoco los emboscados se animaron a cargar contra el muro de escudos. Corrían entre la maleza, dispersos para evitar descargas cerradas de proyectiles. Retaban, se burlaban, golpeaban con sus lanzas contra los escudos. Y ya al final, tras convencerse de que los romanos no iban a ceder a sus provocaciones, y de que sería suicida atacar, se retiraron.

Más bien se esfumaron, tan de repente como habían aparecido. En un instante estaban ahí y su clamor guerrero atronaba. Y al momento siguiente el monte bajo estaba desierto, abandonado al sol y al viento cálido.

Pero aún tuvieron los romanos que luchar para llegar a destino. Enfrentamientos menores, lo que no quita para que tuviesen heridos y contusos. Veto salió indemne de todos los choques, y también molido, agotado en lo físico y anímico. ¿Quién habría podido pensar que dirigir una caravana de abastecimiento fuese tan arduo?

Ni siquiera soñó jamás desempeñar tal labor. Había recaído sobre él por pasiva; porque, como cuestor, era responsable de los caudales. Y, puesto que la caravana llevaba las pagas de la tropa, y que él era el oficial de más rango, había quedado de forma automática al mando, en ese viaje accidentado por las tierras sin ley del norte provincial.

¡Que Plutón le cocinase vivo, si volvía a dejarse liar para algo así!

Mismo día, última hora de la tarde

Cuando por fin tuvieron a la vista el campamento de César, poco consuelo sacó Antistio Veto de ello. Terraplenes, zanjas y estacadas, en las primeras estribaciones de una sierra agreste. Allá hacia donde uno mirase no divisaba más que tierras incultas, fragosas y sin poblar; todo rocas, encinares y malezas. En mitad de ese paisaje hostil, el campamento ofrecía una estampa de orden romano. Alzado según la ortodoxia militar, de forma que era imposible saber si César lo usaría para unas pocas pernoctas o si esa sería su base durante parte de la campaña.

Veto dejó los bastimentos y, sobre todo, los caudales, a cargo de dos tribunos militares, con un alivio que ni se molestó en esconder. Casi tanto descanso como el que sintió al librarse de la armadura y poder lavarse el rostro. Luego, aunque no podía con su alma y se sentía pringoso de polvo y sudor, acudió a presentarse ante César. Ni siquiera se demoró en cambiarse de túnica.

Le acompañó en esa visita el sobrino de Balbo. Un joven que compartía con este último los tres nombres, Lucio Cornelio Balbo, por lo que le llamaban Balbo Menor. Un joven alto, bien plantado, de cabellos muy negros y barba aún no muy tupida, propia de la primera adolescencia.

Y, como adolescente, caminaba por el campamento fascinado, empapándose de detalles para Veto cotidianos. Los legionarios que se hacían la cena ante sus tiendas, en ollas de hierro. Los que bruñían armas y reparaban correajes. El repique de martillos, el runrún de conversaciones, el olor a guisos. Nada de ocio para los soldados hasta la hora de cenar. Al menos, no en un campamento en el que Cayo Julio César fuese el general.

En cuanto a Veto, le era más interesante el propio Balbo Menor que todo eso, ya mil veces visto. Su misma armadura, que no se había quitado, resultaba más que exótica a ojos del romano. De inspiración helenística, le recordaban las de parada, anticuadas pero vistosas, que se sacaban en Roma para las grandes ocasiones.

Por la fascinación que mostraba el joven ante los detalles de la vida militar debía atraerle ese oficio, fuese por carácter o por sus pocos años. Más lo primero, a juzgar por el arrojo mostrado durante el viaje. Tal vez demasiado, ya que sus propios hombres le habían tenido que retener en más de una ocasión, para impedir que se trabase en combate singular con algún lusitano bravucón.

Volvió a observarle Veto de reajo. Apuesto, delgado, fuerte. Un cachorro de león, ansioso de probar sus dientes y garras.

—¿Por qué ha plantado aquí su campamento Cayo Julio?

—Porque quiere pacificar a las bandas guerreras. —Señaló con el índice—. Y en esos montes tienen su cubil algunas de las más belicosas.

—Ya. Pero están allí arriba. No los encontraremos aquí abajo.

Veto se pasó los dedos por los cabellos, húmedos de sudor, contento de haberse librado del casco.

—Estamos en terreno enemigo, con un ejército de más de quince mil hombres y lejos de nuestras bases. Los lusitanos no van a plantar batalla. Se mueven en partidas, luchan en guerrilla y en eso no vamos a ganarles. Si entrásemos en esos montes, no saldríamos.

—¿Entonces?

—Ya bajarán ellos. Ahí arriba no hay sustento. Todo lo más, algo de caza y bayas. Y las bandas lusitanas no son como las hormigas. Nunca almacenan mucho; si acaso, para pasar el invierno. El hambre les hará salir y negociar. Descuida, que Cayo Julio sabe lo que se hace.

No era una simple frase hecha. Aunque no podía presumir de conocer a César, porque nadie conocía de verdad a ese hombre, sí que tenía cierta idea de lo que se podía esperar de él en determinadas circunstancias.

Su propio padre había sido gobernador de Hispania Ulterior hacía unos años. César fue entonces su cuestor y él mismo había estado en el equipo de este último. Y ya en aquella época la situación en el norte de la provincia era difícil. No existía una línea divisoria y la frontera era en realidad un gradiente en el que, según se subía hacia el norte, el control romano se debilitaba hasta desaparecer.

Veto padre se había enfrentado a las correrías lusitanas y vetonas de forma ortodoxa. Negociar con los senados locales, reforzar guarniciones en las zonas más amenazadas, organizar expediciones de castigo y poner precio a la cabeza de algunos cabecillas destacados. Las mismas recetas que aplicaron los gobernadores que le precedieron y los que le sucedieron.

Pero Cayo Julio César estaba hecho de otra madera.

Alistó más tropas entre colonos romanos e indígenas y, tras una labor a fondo de información y planificación, irrumpió en primavera y con todo su ejército al norte del Tajo. Una invasión que pilló por sorpresa a las bandas guerreras, de forma que la fuerza de estas —su dispersión— se trocó en su debilidad, ya que ningún cabecilla aceptaba más autoridad que la propia. Esa multiplicidad era lo que hacía imposible a Roma controlar el territorio. Ahora impidió a las bandas oponer una resistencia efectiva, ya que los celos y las vanidades impedían acuerdos rápidos entre jefes.

El ejército romano avanzó en zigzag por las tierras entre el Duero y el Tajo. Pese al hostigamiento continuo de partidas, incendiaban los castros y obligaban a sus moradores a asentarse en el llano. De paso y con discreción, César se fue ocupando de negociar con los senados de las poblaciones lusitanas y vetonas.

En lo último, así como en la información previa, jugó un papel clave Balbo. También fue él quien reclutó y pagó a los *numeri* de mercenarios hispanos, de las más diversas tribus. Y eso daba que pensar a Veto. El gaditano no debió de perder el tiempo mientras servía a las órdenes de Pompeyo Magno en las guerras sertorianas. Saltaba a la vista. Contaba con una red muy amplia de clientes y aliados que le informaban de cuanto ocurría en toda Hispania, y que de paso le había permitido levantar todas esas tropas de veteranos para luchar con César.

Unidades que, flanqueando al ejército regular, habían neutralizado las tácticas de guerrilla que hasta entonces habían hecho inconquistable esa zona de la provincia. Sobre su eficacia podía atestiguar el propio Veto, cuya caravana había recibido el auxilio de varios de esos *numeri*.

—¿Es esa la tienda de Cayo Julio?

Señalaba Menor hacia el pretorio, un lugar elevado y protegido por una empalizada, en el cruce de las dos principales vías del campamento. Allí, más allá de las estacas afiladas, se alzaba una amplia tienda roja. Tenía los laterales alzados, tanto para que corriese el aire como para que su interior fuese visible a los soldados. Así estos podrían comprobar que ni el general ni su plana mayor iban a descansar tampoco hasta el momento de la cena.

También podían apreciar que no disponía de comodidades superfluas. Que, estando en armas, vivía con lo justo. Mesas y sillas de campaña, arcones y poco más. Hasta para dormir usaba una yacija que armaban sus esclavos al ocaso y desmontaban al alba. Una austeridad muy del agrado de la tropa, siempre crédula y dada a creer esa ficción de que el general no era más que el primer ciudadano en campaña. Una suerte de *primus inter pares* de los soldados.

Los guardias del pretorio conocían de sobra a Veto, lo que no le eximió de responder preguntas sobre su acompañante. Entre las tropas de Julio César, la disciplina era una seña de identidad, y el cuestor hubo de explicar que aquel joven de armadura helenística era sobrino de propio *praefectus fabrum* del ejército.

Praefectus fabrum que, por cierto, también se hallaba en la tienda roja, con el resto de la plana mayor de César y a la izquierda de este. Algo que dio motivos a Veto para la reflexión, pues ya había visto a aquellos dos juntos, hacía siete años y en circunstancias bien distintas.

Habían cambiado. Lógico, habida cuenta de que César ya frisaba la cuarentena y Balbo estaba en una treintena bien entrada. Desde aquel día, el primero había ganado presencia. A cambio, se había quedado calvo, cosa que compensaba ciñendo a menudo la corona cívica que ganó en Oriente.^[5] Una decisión acertada, ya que el detalle le confería una dignidad a la que sacaba buen provecho.

Balbo quizá no había cambiado tanto. Seguía siendo un hombre imponente, de gran barba castaña. No vestía ahora ropajes magníficos de sufete gaditano y sí una túnica blanca, ceñida con cinto de cuero, propia de un hombre de armas. Aunque, como buen fenicio, se tocaba con gorro, en su caso un frigio rojo de aspecto sobado.

Al ver a Veto a las puertas, César le indicó que entrase y se colocase a su mano derecha. Nada más. En campaña, el general extendía la sobriedad a los protocolos, que había reducido al máximo. Otro gesto práctico que los legionarios aprobaban. Ya se lo había dicho en su día a Veto su padre: el Calvo Glorioso era capaz de sacrificar casi cualquier apetito, incluido su gusto por lo fastuoso, si eso le servía para lograr sus objetivos.

El Calvo Glorioso. Así le apodaban en el ejército, siempre a sus espaldas y con

distinta intención, dependiendo de la persona. Aunque todos, amigos o enemigos, aludían a su ambición y a su deseo de notoriedad. Desde luego, los que en su día le motejaron así con desdén, por creerlo un fatuo, hacía mucho que habían dejado de hacerlo en tal sentido.

Ahora había pasado los ojos de Veto al sobrino de Balbo, que aguardaba a la entrada, con el casco bajo el brazo.

—¿Y tú, hombre? ¿Vienes en son de guerra? ¿O consideras que tienes algo que temer en la tienda de César?

Sonreía, pues sus palabras aludían en sorna al hecho de que se presentase con armadura. Balbo Mayor también estaba sonriendo.

—Discúlpale, propretor. Es joven y tiene que aprender los usos en campaña.

Decía eso mientras abandonaba su puesto junto a la mesa y los mapas, para ir a abrazar a su sobrino y ayudarle a desarmarse, sin importarle que el polvo de los caminos le manchase la túnica. César entretanto se encaró con Veto.

—Informa, Cayo Antistio. —Se volvió hacia los esclavos presentes—: Vino de campaña para el cuestor.

—La caravana ha llegado sin pérdidas de cargamento. Las pagas de la tropa ya están en manos de los escribanos del ejército.

—¿Habéis tenido problemas con los lusitanos?

—Más que problemas. Hemos tenido que luchar todo el camino, desde Castra Caecilia^[6] hasta aquí.

—Después quiero un informe detallado y una relación de las bajas.

Se inclinó sobre el mapa, tabaleó con los dedos sobre el tablero de la mesa. Veto aprovechó para tomar la copa de vino con agua de manos de uno de los esclavos. César se irguió para encararse con su plana mayor.

—Queda poco para la hora de la cena. Id a hacer una ronda y cercioraos de que todo está en orden. Pasead entre los soldados. Repartid palmaditas en la espalda, interesaos por ellos, preguntadles si están bien aprovisionados y fijaos en su estado de ánimo. No os deis prisa. No cenaremos hasta que todos hayáis regresado.

Los oficiales abandonaron la mesa entre susurros de telas y tintineo de armas, resignados a comer tarde una vez más. Esas rondas era algo que César ordenaba cada cierto tiempo. Rutina. Y era obvio que quería tener unas palabras a solas con su cuestor.

El sol estaba ya muy bajo, comenzaba a soplar el aire. Con un gesto, César indicó a sus esclavos que bajasen los laterales de la tienda. Con otro, retuvo allí a Masinta, su cliente nómada, al que otrora defendió ante los tribunales en Roma y que ahora era uno de sus hombres de confianza.

Cayeron las lonas rojas. El interior de la tienda pasó de golpe a la penumbra.

—¡Vino sin aguar! Ya es hora de darse una alegría.

Llegaron casi de inmediato los sirvientes con buenas copas de bronce. César y Balbo echaron mano de inmediato cada uno a una. Era bien sabido que aquellos dos

compartían el amor por los buenos caldos.

—Así que un viaje accidentado.

—Nos atacaban como manadas de lobos en invierno. Es como si supieran que transportábamos las pagas. —Veto rechazó la copa, porque tras tantas fatigas y en ayunas temía que se le subiese a la cabeza el vino puro.

—Es que lo sabían.

Veto se envaró, mientras César bebía con largueza.

—Imposible. Tomé todas las precauciones posibles para mantener el secreto.

—No dudo de tu prudencia, Cayo Antistio. Relájate. Ocurre que los agentes de Balbo se ocuparon de que las bandas lusitanas supieran que venías con las pagas. De hecho, exageraron la cantidad de oro para animarles a atacar tu caravana.

Veto paseó los ojos entre el general y su *praefectus fabrum*, mientras el sobrino de este los miraba a todos, asombrado, y Masinta, sentado aparte, contemplaba la escena, curioso.

—Aceptaré esa copa de vino puro, Cayo Julio, si aún me la ofreces.

El aludido asintió sonriente, al tiempo que tabaleaba sobre la mesa de nuevo. Se apartó luego, para pasear por la tienda con las manos a la espalda.

—Nos ocupamos de que los lusitanos supieran que transportabas oro. Sí. También de que nuestros *numeri* no anduviesen lejos de tu ruta. Nos ha salido bien la apuesta, porque gracias a esto hemos hecho una buena limpia de enemigos entre esta sierra y el Tajo.

—Con todo el respeto, Cayo Julio. ¿No podrías haberme avisado?

—Podría. Pero para que hubiera servido de algo, tú a tu vez tendrías que haber avisado a tus asistentes y a los guías de la caravana. Demasiada gente en el secreto. Habríamos corrido el riesgo de que se destapase la trampa.

Aguardó mientras su cuestor recibía la copa.

—No vayas a pensar que te he usado de cebo. Eres mi segundo al mando y el hijo de un amigo. Y necesitábamos de verdad esas pagas. Lusitania es pobre y tengo que tener contentos tanto a mis legionarios como a las poblaciones locales. Mal vamos a convencer a los magnates y a los ancianos de las ventajas de la paz romana si nuestros soldados les roban el ganado.

¿La paz romana? Veto miró por encima del borde de la copa al general. ¿De verdad pretendía anexionar de manera efectiva todas esas tierras entre el Tajo y el Duero?

—¿Crees que podemos pacificar todo esto, con los medios militares y administrativos de los que disponemos?

—Está claro que no. Por eso necesitamos respaldo indígena.

Volvió a la mesa. Se apoyó en el borde.

—Hispania es como un panal, Cayo Antistio. Si se maneja con sensatez, se puede sacar de ella mucha miel. Pero el que sea tan tonto como para agitarla a lo loco se las tendrá que ver con enjambres de abejas furiosas.

»Las tribus hispanas son más complicadas de lo que creen algunos simples en Roma. Piensan que los lusitanos y los vetones son simples hatajos de bandidos. ¡Necios! La mayor parte de ellos viven de la agricultura y la ganadería. Pero su sociedad engendra a muchos hombres que no tienen ganado, ni tierras, ni encuentran trabajo de pastores o braceros.

Se apartó otra vez de la mesa para pasear, esta vez con viveza. César era así: un hombre controlado que a veces se enardecía con su propio discurso.

—Son los pobres, los rebeldes, los proscritos. Gente sin suelo ni amo. Forman bandas, viven en el breñal y se dedican al pillaje. Atacan tanto a los pueblos vecinos como a su propia gente. Estos les soportan como un mal menor, porque es bueno que los pobres y los díscolos tengan adónde ir. Y porque, llegado el caso, son un verdadero ejército que protege de los invasores. Así ha aguantado Lusitania, ahí donde otros pueblos más grandes y numerosos han sucumbido ante Roma.

Miró a su alrededor casi con disgusto. Chascó los dedos, reclamando luz. Los esclavos se apresuraron a encender lucernas y Veto aprovechó el paréntesis para objetar.

—¿Cómo vamos a obtener entonces el apoyo de los propios lusitanos y vetones?

César se encaró con él. El resplandor de las llamas le marcaba los rasgos. Con un gesto, indicó a Balbo que respondiese por él. Y así lo hizo este, en ese latín tan curioso suyo, perfecto pero de acento raro, en el que a veces se le atascaba alguna palabra.

—La sociedad lusitana es cualquier cosa menos igualitaria. Algunos magnates son dueños de los recursos y disponen de grandes clientelas. Al tiempo, muchas familias carecen de bienes y han de conformarse con labrar los campos y pastorear el ganado de los ricos, a cambio de un jornal. Como es lógico, es a los magnates a los que causan más pérdidas las depredaciones de bandas.

»Hasta ahora, los magnates han hecho causa común con las bandas frente a Roma, por un motivo. Porque Roma puede arrebatarles sus tierras, para repartirlas entre sus soldados como botín.

»Por eso llevo meses negociando con esos potentados, con los ancianos de las *gentes* más poderosas y con los senados de las principales poblaciones. Les hemos dado garantías de que Roma no les despojará. Así tenemos las manos libres para luchar contra las bandas y, hasta cierto punto, nos hemos asegurado suministros sobre el terreno.

César se había llegado a las lonas rojas, para observar el exterior a través de una rendija entre costuras. Veto Carraspeó.

—Si respetamos las tierras de los magnates, ¿qué vamos a sacar de esta guerra?

El general se giró. Le miró, copa en mano y con la corona de hojas de roble en las sienes, con el rostro entre luces y sombras.

—La victoria. Haremos que todo este gran territorio entre los dos ríos sea romano de verdad y no sólo en los mapas. Si los terratenientes y los senados locales

comprueban que es más beneficioso el orden romano que el suyo tribal, será cosa hecha.

—¿Tan fácil?

Balbo sonrió con dureza. Se acarició la gran barba.

—De fácil no tiene nada. Los lusitanos acaudalados llevan ya generaciones en contacto con la romanidad, y ese contacto ha sido cada vez mayor. Mi propia familia lleva décadas haciendo negocios con esas familias.

Sonrió cuando le llenaron la copa, fuese por pensar en esos buenos negocios o porque apreciaba el vino de César.

—Hay ocasiones en las que el aceite, el vino o las buenas telas son mejores armas de conquista que las lanzas. Aquellos que tienen algo de sentido común saben que Roma irá afianzando su control sobre estos territorios, antes o después, por las buenas o por las malas. Para que los magnates colaboren, tenemos que garantizarles sus bienes y su posición en la sociedad. Y si se libran de unas bandas que ya no son necesarias...

—¿Y qué haremos con ellas? ¿Aniquilarlas?

César, que había vuelto a espiar por la rendija, habló sin girarse esta vez.

—No, Cayo Antistio. Mis ofertas de asentarlos son sinceras. Basta de traiciones y de matanzas. No hay sitio para ellos en el orden romano, pero son guerreros bravos y podrán ser buena cantera de futuros soldados para Roma.

»Destruiremos sus castros. Les obligaremos a vivir de labores agrarias y no del robo. Por eso estamos aquí, al pie de los montes Herminios.^[7] Tenemos que hacer salir a los que se esconden en estos montes, porque hay ya tierras de labor esperándoles.

—¿Tierras? ¿Cómo las has conseguido?

Al parecer, durante su ausencia, era mucho lo que se había perdido. Respondió de nuevo Balbo.

—Las entregan los magnates lusitanos. No son sus mejores campos, desde luego, pero se puede vivir de ellos. No les ha hecho nada de gracia. Ha costado convencerles de que no es una pérdida sino una inversión. Tierras por paz. Porque, cuando aquí reine la paz y estén abiertas de verdad las rutas comerciales...

No acabó, porque César se apartó de la rendija.

—Vuelven mis oficiales. Ya seguiremos. ¡Disponed la cena! —exigió por encima del hombro a los esclavos—. ¡Pronto!

Unos pocos días después

Al claro de la luna, Balbo estaba sentado en un afloramiento rocoso, entre las sombras de unas encinas y en un alto, no lejos del camino. Allí acabó por encontrarle su sobrino, tras buscarle largo rato. Se armaba el *pater* de los Balbo a la íbera, con una placa pectoral sobre túnica blanca y un cinto de armas con espada y puñal. Pero su casco era romano, aunque de estilo anticuado: de bóveda alta y ala metálica circular, con penacho de crines y una pluma roja a cada lado.

Advirtió el joven que su tío parecía desazonado por algo. Estaba observando la marcha nocturna de los lusitanos, al resplandor de la luna llena. Y lo hacía atento. Pero al tiempo, a cada rato, se acariciaba la barba con la zurda como el que sopesa ideas confusas. Y en la diestra tenía un rollo de documento con el que se golpeteaba distraído la rodilla.

Ese rollo captó de inmediato la atención de Menor. Había llegado a su tío esa misma noche, a la hora de la cena, con un mensajero del sur, y tal vez fuese la causa de su desasosiego. Desde luego, era significativo que no se hubiese desprendido de él, una vez leído, y que lo retuviese incluso consigo mientras supervisaba el desfile nocturno de los lusitanos rendidos, a pocos tiros de lanza.

—¿Malas noticias, tío?

Mayor volvió la cabeza sin sobresalto, despacio, señal de que ya le habían avisado de su presencia. Aunque estaba sentado a solas, dispersos por las sombras de la noche habría una buena veintena de hombres de confianza, armados hasta los dientes y alertas. Mayor contempló a su sobrino unos momentos, antes de alzar el documento casi como si fuese un cetro de gobernante.

—¿Lo dices por esto? Ni buenas, ni malas. Tan sólo información sobre un enemigo personal.

—Entonces lo es de toda nuestra familia. ¿Tiene nombre ese enemigo?

—Por supuesto. Lucio Valerio Flaco.

—Romano...

—De la más pura cepa. —Sonrió con dureza en la penumbra lunar—. Ya veo que ese nombre no te dice nada. No importa. Ya lo hará.

«Por supuesto que lo hará —se dijo Menor—. Lucio Valerio Flaco». Procuró grabar ese nombre en su memoria. Ya averiguaría sobre él cuando regresase a Gades.

Mayor había devuelto su atención a la columna de desplazados. Centenares de lusitanos, hombres, mujeres, ancianos y niños, que marchaban por la senda en plena noche. Los varones con sus armas, las mujeres cargadas de fardos y con los niños de más corta edad. En la penumbra, se oía el fragor sordo de los pasos sobre el polvo del camino, tintineo de armas, entrechocar de enseres, balidos sueltos del poco ganado que llevaban consigo. De vez en cuando, también el llanto de algún crío, acallado por su madre con rapidez.

—¿Por qué tanto silencio? Parece una procesión religiosa.

—A su manera lo es. Han bajado de sus montes con la luna llena para que su diosa Luna, Madre de los Caballos, les sea propicia en sus nuevos hogares.

—¿Seguro que no es una treta para ganar tiempo?

—También. Una cosa no quita a la otra.

Lanzó una mirada rápida a su sobrino.

—Debieras librarte de esa armadura. Tu coraza es vistosa, pero está anticuada. Cámbiala por una cota de malla.

—Tu casco también es anticuado.

Mayor se golpeó en el ala metálica del yelmo con el documento enrollado.

—No es lo mismo.

Menor se ahorró la réplica. Nada iba a sacar discutiendo. Balbo Mayor tenía ese casco desde las guerras contra Sertorio. Algunos creían que lo portaba por pura superstición, como si fuese un talismán protector. Otros pensaban que era otra de sus extravagancias, como el viejo frigio colorado con el que solía tocarse de diario.

—Buscaré una cota de malla, tío. Pero, volviendo a lo de antes, si bajar con la luna llena es una artimaña para retrasar la marcha, ¿por qué lo ha permitido César?

—Ante todo, porque es mala cosa ofender los sentimientos religiosos de las gentes. Y después, porque Cayo Julio cree que es bueno que el vencido obtenga alguna victoria menor, un bálsamo para las heridas de su orgullo guerrero.

—Pero, al dejarles que se desplacen en plena noche, permitimos que se escapen los que no han querido rendirse. Nuestro ejército ha tenido que concentrarse para vigilar la marcha de la columna y...

—Buena apreciación. Sigue así: un caudillo ha de ser reflexivo y sopesar cada elemento en juego. Tienes razón: los guerreros más contumaces han debido aprovechar para huir en la oscuridad. Eso es bueno. Mejor lejos que con sus hermanos de armas, sembrando cizaña entre ellos e incitándoles a tomar las armas.

—Hablando de armas, ¿no ha sido demasiado generoso permitir que conserven las suyas?

Mayor se echó a reír de manera tan abierta que los ecos resonaron entre peñas y sombras. Blandió el rollo.

—Los lusitanos no se desprenderían de sus armas por nada del mundo. Antes, morirían abrasados en sus castros. En más de una ocasión, en el pasado, los lusitanos se fiaron de la palabra de los romanos y, no bien depusieron las armas, estos los mataron como a corderos agrupados. Guardan el recuerdo de todo eso y no están dispuestos a que les vuelva a ocurrir.

—Pero, si conservan sus armas, nada les impide volver a sus cubiles en los montes cuando nos hayamos marchado.

—Puedes apostar tu herencia a que lo harán. Y a que nosotros volveremos a obligarles a bajar de nuevo. Así, cuantas veces sea necesario, hasta que entiendan que no tienen opción.

Se quitó de repente el casco. Se pasó los dedos por los cabellos.

—Hace calor esta noche. —Le miró con el ceño fruncido—. Y yo te he hecho llamar porque quería hablar contigo. Sé que luchaste bien y con valor durante el viaje desde Castra Caecilia.

—Gracias, tío.

—No me las des tan pronto. También me han dicho que fuiste temerario. Tuvieron que sujetarte más de una vez. ¡Y no me pongas esa cara! ¿Por qué crees que te he asignado veteranos de toda confianza? Para que te cuiden y me tengan informado sobre ti.

Menor se había puesto colorado. Su tío era para él un modelo y cualquier reproche suyo hería como lanzada. Era él quien, en el fondo, le había metido la guerra en las venas. Siendo Menor un niño, había espiado muchas veces las cenas de Mayor con antiguos camaradas de armas, en el patio de la casa familiar en Gades. Oculto tras columnas o tinajas, escuchaba con avidez sus remembranzas de batallas, asedios, duelos. Les veía brindar por los viejos tiempos, por los amigos muertos y por los enemigos bravos, y todo aquello había despertado en él una sed que sólo la guerra podía apagar.

Mayor volvió a pasarse los dedos por los cabellos. No se puso el casco.

—Eres de sangre caliente. Tienes que templar tu carácter. No dejar que te arrastre. No sólo por tu propia seguridad, sino también por la de los demás. Porque algún día ocuparás responsabilidades. Tendrás a hombres a tu cargo.

»Y de eso quería hablarte. No debiste sumarte a la caravana por tu cuenta y riesgo. Habíamos tendido una trampa a los lusitanos y, si las cosas se hubieran torcido, habríais tenido muchas bajas. Dejé que vinieses a esta guerra para que pudieras ganar experiencia, no para que te maten.

—¿Y cómo voy a ganar experiencia si me impides luchar?

—¡Terco! Tu lugar no está en primera línea ni con las armas en la mano. Estás llamado a ser un jefe y para eso has de formarte. Aunque es bueno que demuestres coraje, no debes coger fama de alocado. Los soldados temen a los caudillos temerarios, porque tarde o temprano arrastran a sus hombres a la muerte.

—¿Habría aprendido más quedándome en Castra Caecilia?

—Claro que sí. Creo que la culpa de todo es mía, por liarte la cabeza con mis viejas historias de guerra.

»En las guerras de Sertorio tuve que combatir muchas veces, y estoy orgulloso de ello. Pero yo no era un soldado de a pie y, sobre todo, hice otras cosas aparte de luchar. Me ocupé, al socaire de la guerra, de extender la influencia de nuestra familia por el interior de Hispania. Conseguí clientes entre los turdetanos, los lusitanos, los celtíberos, los carpetanos... hombres que ahora son como un ejército invisible al servicio de los Balbo. Ese es uno de los pilares del poder de nuestra familia.

»Por eso te mandé a Castra Caecilia. Como *praefectus fabrum*, he negociado con los talleres de esa colonia, para que nos suministren armas y pertrechos. Nosotros, los Balbo, les hemos dado trabajo y saben que les daremos más en el futuro. Ellos

obrarán en consecuencia. Así es como se crean las clientelas.

—¿Y qué podía hacer yo allí, si tú ya habías cerrado los tratos?

—Puede que no tardes en asumir responsabilidades en nuestros negocios. Es bueno, por tanto, que te vayan conociendo en plazas como Castra Caecilia, por si tienes que ocupar mi lugar.

—Queda mucho para eso.

—Si te refieres a mi muerte, así lo espero. Pero quizá me ausente por una temporada.

Su sobrino le miró perplejo, luego puso los ojos en la carta.

—¿Es por las noticias que has recibido?

Al resplandor de la luna, Mayor observó a su vez el rollo en su mano. Sonrió distante.

—No. Aunque saber de Valerio Flaco justo ahora, tras años sin noticias, bien podría ser una señal de los dioses. Un aviso más de dónde está mi destino.

Enarboló el rollo, antes de que su sobrino pudiera replicar nada.

—He querido que supieras que es posible que tenga que viajar, para que te vayas haciendo a la idea. Pero no es momento de detalles. No, porque el asunto está sin cuajar y porque ahora tenemos ocupaciones más inmediatas.

Señaló con el documento a los lusitanos en marcha.

—Me toca supervisar el asentamiento de todos esos. Va a ser una larga noche y un día todavía más largo, me temo. Y no voy a tener la cabeza para más.

Domus de Décimo Junio Silano. Monte Esquilino. Roma. Verano

Servilia eligió con cuidado una uva. La examinó con ojo crítico, sujeta entre dos dedos, antes de llevársela a los dientes. Era una manera como cualquier otra de controlar esa sensación extraña, el nudo en el estómago que le causaba visitar esa *domus*. Residencia que fue la suya durante años. El hogar donde dio a luz a tres hijas y en el que su hijo Bruto había crecido hasta hacerse un hombre.

La casa de la que fue expulsada sin contemplaciones el día que se hizo pública su relación con Cayo Julio César.

Pública. Esa era la clave. Porque Servilia podía achacar muchos defectos a su exesposo, Silano, pero la estupidez no estaba entre ellos. Seguro que conocía ya su asunto con César. Seguro que no movió ni un dedo hasta que el adulterio se destapó, por un error de ella misma, lo que hizo que todo eso fuese la comidilla de Roma durante largo tiempo. Fue entonces cuando Silano se divorció de ella de manera fulminante, y la echó de la *domus*.

Por eso, estar sentada como visitante en ese mismo atrio que incontables veces había cruzado como *domina* le resultaba desconcertante. Los suelos estaban bien barridos y las plantas regadas, eso sí, aunque ya no hubiese en la casa una ama echando su aliento en el cogote de los esclavos. Se podía explicar porque Silano siempre había sido un hombre práctico al comprar sirvientes. Nada de eunucos floridos ni de bellezas exóticas, y sí gente laboriosa para los asuntos domésticos.

Al igual que en su visita previa, Silano estaba recostado al sol, como un lagarto viejo. Y esa comparación era algo más que retórica, al punto de causarle escalofríos. Silano se apagaba. Seguía perdiendo peso y la piel flácida le daba ese aspecto de reptil que se acentuaba por la languidez con la que tomaba el sol.

A la vista de esa ruina de lo que poco tiempo atrás era un hombre maduro y viril, Servilia sintió que se encendía su enojo. ¡Y que las malas lenguas dijese que Silano había renunciado a su cargo en Oriente porque le venía grande! Lo había hecho por Roma, más que por interés personal. Para evitar que su enfermedad menoscabase la dignidad romana, aparte de la suya propia.

Sentada a la sombra del peristilo, agradeció la copa que le brindaba Policarpo, el mayordomo. ¿Cuántas mañanas había despachado con ese mismo hombre, año tras año, distribuyendo las tareas diarias de la casa? Con esfuerzo, volvió su atención al yacente.

—¿Qué tal estás hoy?

—Mal.

—¿Has pasado mala noche?

—Ya no recuerdo lo que es una buena noche, Servilia. Tendré que hacerme a la idea de que así va a ser el resto de mi vida, que por otra parte tampoco se alargará en

exceso.

Lo dijo sin asomo de emoción, con los ojos cerrados para protegerlos del resplandor de la mañana. Servilia desplazó un poco la silla. Se ajustó la *palla*, el velo que hoy sí llevaba sobre la cabeza. Buscó en la bolsa que colgaba de su muñeca izquierda.

—Te he traído un *fascinus*.^[8]

Quiso mostrarle el pequeño falo de bronce, con argolla para colgar del cuello. Pero él ni abrió los ojos. Con el rostro bañado de sol, se echó a reír por lo bajo, como si le hiciera gracia, aunque sin asomo de burla. Algo que no evitó que Servilia se molestase. Hizo tintinear el amuleto al extremo de la cadena.

—¿De qué te ríes? Me lo han hecho según las instrucciones de unas brujas samnitas de mucha fama.

—Espero que no te haya costado mucho.

—Lo que me haya costado es cosa mía. Quiero que te lo cuelgues al cuello.

—¿Por qué no? Mal no me hará.

Reía ahora entre dientes y se preguntó ella si no se le iría a ratos algo la cabeza, por la enfermedad.

—¡Silano maldito! La gente normal se vuelve más religiosa a las puertas de la muerte. ¡Todos menos tú, que te estás haciendo un descreído!

Soltó eso sin pensar. El anfitrión alzó de golpe los párpados y, cuando le clavó sus ojos claros, comprendió ella que no se le iba la cabeza. En absoluto. Aquella mirada hizo que Servilia casi diese un bote en el asiento, porque era la de sus mejores días: limpia, lúcida, helada.

—No cambiarás, Servilia.

—Perdona. Sabes que tengo malos prontos. Y tú no te comportes así. Los dioses castigan a los incrédulos.

—Eso dicen los crédulos. Además, ¿qué peor castigo que una enfermedad larga, dolorosa y sucia que me tiene impedido y que sólo acabará con la muerte?

—No retes a la Fortuna. La pena siempre puede aumentar.

—En eso tienes razón. —Cerró los ojos—. No soy ningún descreído. Siempre he cumplido con los preceptos de los dioses. Durante toda mi vida, he respetado las fechas y ejecutado los ritos. Pero mi enfermedad no se debe ni a los dioses ni al mal de ojo. Es la misma que mató a mi abuelo.

—Pero estas samnitas...

—¡*Verpa* para ellas! Tú consultas a brujas, yo a médicos. Y ellos conocen lo que tengo desde antiguo. Al parecer, algunas escuelas médicas sostienen que aparece en generaciones alternas. Mi abuelo y ahora yo.

Servilia logró contener su enojo.

—¿Y qué? Cualquier rústico sabe que la magia negra abre las puertas de una casa a la desdicha y a la enfermedad. Tu dolencia será hereditaria, pero tal vez la brujería hizo que se manifestase.

Él abrió de nuevo los ojos para contemplarla con esa especie de curiosidad gélida que ella conocía más que bien.

—Tienes razón. Déjame el amuleto. Te agradezco el interés que te tomas por mí, de verdad.

Abatió los párpados, giró el rostro hacia el sol. ¿Era displicencia o simple laxitud causada por la decadencia física? Servilia no pudo ahora contener su lengua.

—Te traía algo más. Algo que pensé que podía interesarte. Pero tal vez prefieras dormir.

—¿Qué podría interesar a un moribundo?

—Noticias de la Hispania Ulterior, por ejemplo.

—¡Ah! La provincia de tu César.

Tu César. Soltó aquello sin retintín ni amargura, cosa que molestó casi más a Servilia que si la expresión hubiese contenido unas gotas de reproche.

—Cayo Julio es un magistrado ejemplar. Está llamado a ocupar los más altos cargos de la República y, sin duda, figurará en lugar señalado en los libros de historia.

—Claro, claro... El Calvo vale mucho, nunca lo he negado. —Alzó un dedo, sin abrir los ojos—. Ahora bien, querida, Roma siempre ha sido pródiga en hombres de gran talla. Y no todos lograron sus objetivos, ni el reconocimiento público que se merecían. Acuérdate si no de tu pobre tío.

Servilia le contempló casi con resentimiento. «Su pobre tío». Marco Livio Druso. El hombre que la crio en su casa, como si fuera su propia hija. El gran estadista que soñó con equiparar los derechos de los itálicos y los latinos a los romanos. Una audacia que le enemistó tanto con los *optimates* como con la plebe, y que acabó por costarle la vida.

¿A qué lo sacaba ahora a colación? ¿Para hacerle daño? Eso era más propio de ella misma que de él, justo era reconocerlo. Tal vez no se había dado cuenta del alcance del comentario, porque ya su espíritu estaba alejándose de lo mundano.

Al menos en parte. Silano había hecho de la política el eje de su vida. Pasó décadas en la vorágine del Senado y había ocupado las más altas magistraturas republicanas. Un hombre así no se desentendía del todo de la vida pública, ni siquiera a las puertas de la muerte.

Servilia comprendía eso a la perfección. Había crecido oyendo discutir de política; política que, tanto por herencia como por educación, llevaba en las venas. Su gran frustración, asumida, era que las magistraturas estuvieran vedadas a su sexo. Algo que no se recataba de criticar en público. No era difícil oírla en banquetes, cuando con la discusión y el vino se encendía, despotricar con el absurdo de que los romanos se creyesen mejores que pueblos antiguos y cultos, como los egipcios, que tenían abiertos a las mujeres sus más altos cargos públicos.

Con discursos así despertaba las iras de Marco Porcio Catón el Joven, su pariente, ideólogo de los *boni*, la facción más conservadora del Senado. E irritar a ese asno era una recompensa añadida. Pero no importaba lo que dijese, sabía cuál era su lugar y

hasta dónde podía llegar. No era mujer que se estrellase contra lo inamovible. Si debía contentarse con estar en las sombras, desde las sombras actuaría, mucho o poco, tal como habían hecho otras antes que ella.

Más bien poco, de momento. Su matrimonio con Silano no le había permitido hacer política a través de su esposo. Este era el típico senador gris, de carrera sólida, pero nada memorable. Pero, como descubrió una vez casada, eso no se debía a falta de carácter o ambición, sino a su peculiar forma de ser. Silano era calculador y distante. Era de los que apreciaban más el poder que la gloria, y obraban en consecuencia.

O más bien obró, hasta que le alcanzó la enfermedad. Pero aún a las puertas de la muerte seguía siendo Silano. Prueba de su idiosincrasia era que nadie sabía qué le afligía. Y ella no era la excepción. Sufría un mal relacionado con el sistema digestivo que le tenía inválido y le causaba dolor continuo. También incontinencia, detalle que fue clave para su abandono de la vida pública.

En su día, Servilia desdeñaba a ese hombre. «Lubina, lamprea, pescado del Tíber». Con esas lindezas y otras parecidas le calificaba. Ahora, en cambio, comenzaba a sentir por él algo parecido al respeto. Porque manejaba todos sus asuntos, hasta el de su próxima muerte, con una frialdad pasmosa incluso para un senador romano, para los que separar negocios y sentimientos era una seña de identidad.

—Bien, mujer. ¿Qué noticias tienes del fin del mundo?

—Cayo Julio sigue su guerra contra los lusitanos. Les está obligando a asentarse en tierras de labor para que abandonen sus hábitos de saqueo. Quiere que el control de Roma al norte del río Tajo sea efectivo.

—No estará siendo una guerra fácil.

—Nada fácil. Más bien dura y cansada.

Así la había definido el propio César en una de sus cartas. Y a Servilia, aunque lo militar no le interesaba, le divertía la forma en la que su amante presentaba los hechos. De creerle, su ejército bordeaba cada día el desastre y todo se resolvía al final, en el último momento, siempre gracias a un movimiento genial por su parte.

Silano rio entre dientes.

—El Calvo se ha metido en un avispero.

—Ya contaba él con ello —salió ella en su defensa—. Estuvo preparándose, planificando...

Las tropas romanas iban demoliendo los castros, sin que los lusitanos trataran de defenderlos. Experiencias pasadas habían enseñado a estos que atrincherarse ahí podía servir contra bandas rivales, pero no ante las legiones romanas. Así, el ejército de César iba dejando a su paso un reguero de ruinas humeantes.

En una carta previa, decía César que ya estaba satisfecho con lo conseguido y que se disponía a regresar al sur. En esta última contaba que no había tenido tiempo ni de llegar a Itálica. Tuvo que darse la vuelta ante la noticia de que muchos lusitanos

habían abandonado sus asentamientos forzados. Regresaban a sus montes y los más contumaces se estaban agrupando para un contraataque contra las áreas controladas por Roma.

Otro se habría atrincherado. César no. Volvió a marchas forzadas para castigar a los recalcitrantes. Su respuesta relámpago impidió que cuajase una coalición lusitana. Unos pidieron la paz y se la concedió, con la condición de que volvieran a los asentamientos. Otros huyeron con sus familias más allá del Duero. Pero César no iba a dejarles marchar, para que más tarde regresaran en son de guerra. Acababa la carta comentando que cruzaría el río en su persecución. Y prometiendo más noticias.

Silano sonreía con los ojos cerrados.

—¿Qué es lo que te hace gracia?

—Que más de uno me va a deber un buen dinero. Aposté a que el Calvo no se iba a conformar con una campaña sin lustre. Que se las arreglaría para brillar gracias a esa guerra remota.

—¿Brillar? ¿Cómo se mide eso en una apuesta?

—Muy fácil. He apostado a que tu César conseguirá un triunfo con esa guerra.

Tu César. Otra vez esa expresión. Se le escapaba a veces y era la única señal que podía indicar que aquel viejo escándalo había hecho alguna mella en él. Que tal vez su adulterio le había disgustado por algo más que por ser una mancha en su imagen pública. Aunque, por otra parte, podía ser sólo una forma de hablar.

En todo caso, estaba más interesada en lo último que acababa de decir. Ahora, enfermo sin remedio, su exesposo se estaba convirtiendo para ella en un modelo, gracias a los análisis fríos que hacía sobre las turbulencias políticas del momento.

—Explícame.

—Una campaña en Lusitania es algo *a priori* marginal, sin interés. Eso me ha servido para apostar con algunos, que se creen más listos de lo que son, a que el Calvo conseguirá un triunfo. No sé cómo, pero estoy convencido de que lo hará.

Servilia se puso el índice sobre el labio inferior. Entornó los párpados.

—¿Tan seguro estás?

—Llevo siguiéndole con atención desde hace muchos años. Y en esto es un hombre predecible. Siempre hace las cosas de tal forma que sirvan a sus intereses. Y me consta que, desde hace tiempo, busca a toda costa destacar en el terreno militar.

—¿Por qué dices eso?

—¡Martillo de Vulcano, Servilia! Nada desea más el Calvo que un triunfo. Es una ventaja enorme para un candidato a cónsul. A los electores les deslumbran los generales victoriosos, no los administradores eficaces. Y el Calvo lo sabe. ¡Vaya que si lo sabe! Ese hombre va a conseguir su triunfo, así tenga que incendiar todo el norte de Hispania.

Servilia le observó de soslayo. ¿Cómo podía haberla engañado tan bien a lo largo de tantos años de matrimonio? ¿Era tan buen simulador o es que ella estaba tan cegada por sus opiniones preconcebidas que no vio más que lo que quería ver?

—¿Un triunfo en Lusitana? —Recordó su conversación con Tuditana—. Los lusitanos son unos pastorazos, broncos y pobretones. Poco se les puede sacar.

—Para alguien como el Calvo, eso es más que suficiente. Debieras confiar más en tu César. Ese hombre es un mago, capaz de convertir lo poco en mucho.

—Nadie puede convertir sandalias de pastor en lingotes de oro.

—A eso apuestan los que quieren verle hundido. Y esa es otra. Está de deudas hasta el cuello y necesita conseguir algo para poder tirárselo a sus acreedores, como hueso al perro, para que se conformen de momento.

—¿Acreedores? ¿Te refieres a Craso?

Silano abrió los ojos de golpe.

—¿Craso? ¿Así que es verdad que fue él quien prestó al Calvo para que pudiera ir a Hispania?

Servilia hubiera querido morderse la lengua. En vez de contestar, tomó otra uva. El yacente cerró de nuevo los ojos. Reía entre dientes.

—Estás bien informada, Servilia. Eso es importante si quieres hacer política desde las sombras.

«Política desde las sombras». ¿Cómo sabía él que esa era una de sus frases favoritas? Mordió la uva, para ocultar su turbación. No, a Silano no se le estaba yendo la cabeza sino que, cerca de la muerte, estaba rompiendo con su antigua reserva.

—¿Por qué crees que quiero hacer política desde las sombras?

Él, riendo y con los ojos cerrados, alargó una mano hacia el plato de las uvas. Ella le puso una entre los dedos.

—Querida, ese deseo es obvio. Tanto como tus motivos.

—Y, según tú, ¿qué motivos son esos?

—¿Hace falta que los diga? Siempre hubo mujeres que pesaron mucho en el Senado. Tú no has podido hacer política a través de mí, pero esperas hacerlo por medio de nuestro hijo.

«Nuestro hijo». Marco Junio Bruto. Aunque fruto del primer matrimonio de Servilia, Silano había volcado en ese chico todo el interés que nunca puso en su esposa. Lo había adoptado y supervisado de cerca su educación. Lo consideraba su heredero, en todos los sentidos del término.

—Silano. Yo quiero lo mejor para Marco Junio.

—No me cabe duda. De no ser así, esta discusión sería muy distinta. Pero una cosa no quita la otra.

—Ya. Y si siempre he sido tan transparente para ti, ¿por qué jamás me comentaste nada?

—Porque quien alardea consigue aplausos, pero quien sabe y calla obtiene poder. Ahora me estoy muriendo. No tardaré en irme y mis influencias políticas se están desvaneciendo con mayor rapidez aún que yo.

»Así es la política en Roma, querida. Ya no ostento cargos y aquí estoy, en casa,

muriéndome de una enfermedad indigna. Ya no soy nadie en el Senado y se esfuman mis contactos. Pero todavía algunos me quedan y todavía no he perdido el juicio ni la memoria. Así que, por el bien de nuestros hijos, será mejor que te trasmita parte de mi experiencia, para que puedas desenvolverte mejor.

Ella tomó una tercera uva. Sonreía con la boca, aunque por dentro estaba agitada por un temporal. ¡Maldito Silano! Sí. Se había aprovechado de sus prejuicios para mostrarle lo que ella quería ver. Sólo ahora, bajo la piel del pez asomaba una serpiente, mucho más astuta y venenosa de lo que ella habría podido imaginar. Mordió la uva.

—Volviendo a Cayo Julio...

—Ah, sí. Mira, Servilia, lo que hace a ese hombre tan válido y a la vez tan peligroso para la República es su altura de miras. Es un buen estratega. Y los buenos estrategas, como los buenos jugadores, están atentos al juego entero y no a la jugada inmediata. Eso es lo que marca la diferencia entre el Calvo y esos mediocres que se oponen a él en el Senado.

—Y dicho de forma que una mujer sencilla como yo pueda entenderlo...

—¡Una mujer sencilla! ¡Ja! Bueno, escucha. César está sembrando en Hispania. En vez de esquilmar a la provincia, como han hecho otros más cortos de miras, está ganando allí aliados y clientes. Y de paso trata de conseguir lo que hasta ahora le faltaba: prestigio militar.

—No es ningún novato. Recuerda que ganó en Asia una corona cívica...

—Pero jamás tuvo el mando de una campaña. Una cosa es demostrar valor personal y otra capacidad como general. Hispania está considerada una frontera dura y las victorias allí suponen prestigio.

Ella, con media uva todavía entre índice y pulgar, le miró entre respetuosa y escéptica.

—Pero un triunfo... casi apostarí contra ti si pudiera, querido.

—Y perderías, querida. Me parece que, en ciertas cuestiones, conozco yo al Calvo mejor que tú. —Dijo eso sin abrir los ojos ni sonreír—. Ya te digo que no le he quitado el ojo desde que comenzó su carrera política. Y te lo reitero: tu César conseguirá su triunfo y yo ganaré mi apuesta.

Costas de Lusitania. Verano

La casi oscuridad, previa al alba, estaba llena de oleaje, gritos, golpes de armas contra las rocas, estallido de chapuzones. Eso delante de Balbo Menor, mirando al mar. A sus espaldas, se agitaba una marejada de murmullos y exclamaciones entre dientes, roce de ropas y cueros, tintineo de metales y remover de pies. El ejército de César en pleno estaba ahí, junto al borde de la playa, y ni toda la autoridad de los centuriones conseguía acallar a los hombres en un momento así.

Los habían contenido al menos, pues, sólo unos momentos antes, la línea de costa hervía con gritos de cólera y frustración. No era para menos. A un par de tiros de lanza, los lusitanos, refugiados en una isla costera, masacraban a los compañeros que habían intentado establecer una cabeza de puente al amparo de la noche. Ahí. Tan cerca y, sin embargo, lo bastante lejos como para que nadie pudiera hacer nada.

Los oídos de Balbo Menor estaban en los sonidos que llegaban de la isla. Plantado donde las olas morían en las arenas, sin importarle que el agua salada le mojase las sandalias, trataba de taladrar la negrura. Pero lo único que conseguía era distinguir una agitación de sombras y poco más.

Algo por delante del ejército, solo, el joven gaditano catava ahora los platos más amargos de la guerra: los reveses y la derrota. Más amargos aún porque eran nuevos para él y porque, hasta ese instante, la campaña lusitana había sido una sucesión de victorias arrolladoras.

Las cohortes de César habían batido a las guerrillas, salvado emboscadas y sometido a poblados. Destruyeron los castros y arrancaron a los cabecillas lusitanos la promesa de dedicarse a actividades pacíficas a cambio de tierra, semillas y ganado. Promesas falsas, pues muchos tomaron las armas no bien los romanos les dieron la espalda.

La respuesta de César fue tan fulminante que más de uno sospechaba que ya lo tenía previsto. Que incluso quiso provocar la traición con una retirada tan rápida. Sus tropas regresaron al norte a marchas forzadas y deshicieron a un ejército lusitano a medio formar. Y esta vez no se contentó con la victoria, sino que cruzó el Duero en pos de los enemigos supervivientes.

Una persecución que le llevó hasta la costa atlántica, donde creía poder acorralarlos. Pero los fugitivos no dudaron en refugiarse en una isla costera. Una lo bastante grande como para albergarlos a todos y en la que se hicieron fuertes, con una cantidad indeterminada de víveres.

De nuevo los romanos se vieron separados de sus enemigos por el agua. Sólo que ahora estos no huían, sino que estaban encastillados. Y que el agua que los separaba era mar y no un río que pudieran vadear o cruzar con almadías, arriba o abajo de la posición enemiga.

Pero nada de eso iba a detener a Cayo Julio César.

El brazo de mar era lo bastante ancho y profundo como para que los legionarios

no pudieran cruzarlo a nado. Y mucho menos esos enrolados apenas un año atrás. Y, aunque pudieran haberlo hecho, habría sido un suicidio llegar dispersos y cansados a esas playas, para que los fuesen degollando al arribar.

Construyeron balsas. Un par de centurias cruzarían justo antes del alba, para establecer una cabeza de puente. Luego iría pasando el resto de las tropas y abrumarían con su poder militar a los lusitanos. La distancia, la hora y el efecto sorpresa hacían factible una maniobra así.

Pero en esa ocasión la Fortuna le dio la espalda a César. Los lusitanos debían estar más alertas de lo que creían, o tuvieron suerte, pues estaban esperando a los romanos cuando estos desembarcaron en la oscuridad, entre rocas y oleaje.

Y así era como ahora, al rayar el alba, todo el ejército romano asistía impotente a la matanza de su avanzadilla.

Nadie alcanzó a distinguir nada pero, por los ruidos, los escuchas dedujeron que los lusitanos dejaron que las balsas arribasen, antes de atacar. A unos los debieron de matar mientras trataban de hacer pie en las rocas resbaladizas y a otros todavía en las embarcaciones. Por los gritos y los chapuzones, no pocos debieron tirarse al agua para evitar una muerte segura. Pero los que no perecieron bajo la lluvia de piedras y lanzas arrojadas a ciegas se ahogaron por el peso de las armaduras.

Aún silbaban los proyectiles en la alborada. Todavía se oían gritos de guerra y de muerte entre las olas. Recordó Menor, con un escalofrío, cómo la tarde antes se había empeinado en unirse al grupo de desembarco, y cómo su tío se había opuesto de manera frontal.

Su tío. Balbo Mayor. Sus ojos le buscaron sin pensar. Ahí estaba, junto a César. Este último había llegado al pie de las aguas, envuelto en una capa roja y tocado con un gorro, también rojo, para proteger la calva del frío del amanecer. En el grisor, trataba de distinguir qué ocurría en la isla, pero allí reinaba aún la negrura.

Y Balbo estaba a su lado, sí, con capa negra y ese gorro frigio viejo y sobado, más propio de un pescador que del hombre más poderoso de Gades. Tras ellos, un vexilífero con piel de lobo sobre cabeza y hombros, sujetando a dos manos el pendón de la expedición. El viento de primera hora agitaba la enseña cuadrada, que lucía una rama de olivo cruzada con otra de laurel, bordadas en verde sobre rojo sangre.

Asomaba ya el sol por oriente. El resplandor comenzaba a tocar las zonas más altas de la isla y, mar adentro, arrancaba los primeros destellos dorados a aguas todavía grises. Llegó una balsa a la orilla entre dos luces, con todos sus tripulantes heridos. Los que remaban a duras penas se tenían en pie, y otros yacían en cubierta, demasiado graves como para poder ayudar a la boga. A un gesto de César, los tribunos mandaron a hombres a meterse al agua y ayudar a la arribada.

No tardó en llegar una segunda. Luego fue una tercera. Pero después de esa, nada. Ahora, ya con más claridad, podían distinguir balsas a la deriva entre la costa y la isla, llenas de cadáveres. Menor echó la cuenta rápida. Ni treinta supervivientes de dos centurias. Y, por las heridas de algunos...

—¡Ahí! ¡Ahí!

Algunos estaban gritando y cada vez se les unían más voces. Unos señalaban y, los que todavía no habían visto nada, giraban la cabeza y achicaban los ojos, tratando de distinguir algo. Sí. En las aguas aún llenas de sombra, alguien nadaba con torpeza. No faltaron quienes se quitaron casco y cota de malla para echarse al mar. Los centuriones se fueron a ellos, jurando y agitando sus varas de sarmiento. Pero César les contuvo con un gesto brusco.

Cuando aquellos impetuosos ayudaron a salir al nadador, un rumor admirado corrió por el ejército a lo largo de la playa. Porque no era un hombre, sino dos. El primero había regresado a nado y con un compañero herido, de ahí sus brazadas torpes.

El asombro creció cuando los más próximos vieron, y los demás oyeron, que el que acababa de salir de las aguas no era otro que Publio Escevio, el oficial al mando del destacamento enviado. No parecía tener heridas graves, pero estaba exhausto tras la hazaña. Sentado en la playa, con sólo la túnica, con el agua corriéndole por el rostro, jadeaba y tosía, tratando de recuperar el resuello.

El cuestor Antistio Veto, que se había acercado todo lo rápido que pudo, sin correr, iba a interpellarle cuando sintió que llegaba César. Sintió, sin necesidad de verlo. Le alertó el silencio que se hizo a su espalda. Las voces dieron paso al roce de ropas y armas, señal de que los soldados estaban abriendo paso a alguien. Y ese alguien sólo podía ser César.

Veto se giró. Escevio alzó el rostro empapado. Sí. Ahí estaba César, con su capa roja y el rostro cargado de sombras.

—¡Escevio de los cojones! ¿Dónde están mis soldados?

El aludido se incorporó con fatiga, chorreando.

—En el lugar al que tú los mandaste, Cayo Julio. Allá fueron todos sin rechistar, como buenos soldados de Roma.

Se hizo un silencio espeso, roto por las olas y los chillidos de las aves marinas. La expresión de César se hizo más sombría.

—¿Y tus armas?

—En el fondo del mar. No podía nadar con mi armadura y un hombre herido.

Una ráfaga cargada de olores salinos hizo ondear la capa roja. César la apartó con brusquedad. Se quitó el gorro y, con él en la mano, entró en las aguas hasta los tobillos. Observó la isla, ya bañada por el sol. No se veía un alma en sus orillas rocosas, pero los lusitanos tenían que estar ahí, al acecho. No había cadáveres en el agua. Los que habían caído, debieron hundirse como piedras por el peso de sus defensas.

Se volvió a donde estaba Escevio.

—Así que entre salvar tus armas o ganar una corona cívica, elegiste lo segundo.

Escevio, alto, huesudo, de orejas grandes, miró al general desde arriba.

—Puedes quedártela. Te la regalo.

César encontró con él la mirada. Sonrió con frialdad.

—Ya tengo la mía propia, gracias.

Se volvió a contemplar de nuevo la isla.

—Ve a que te curen. Inválido no me vales para nada. Ponte ropa seca y búscame. Quiero saber los detalles. ¡Cuestor! Haz el recuento de muertos, heridos y desaparecidos. —Apuntó con el índice a las balsas a la deriva—. Rescátame esos cuerpos. Envía a nuestros mejores nadadores. Pero eso sí, no quiero más bajas.

Se alejó por la playa sin más compañía que Balbo Mayor y, unos pasos atrás, sus escoltas. Sin duda, el general y su *praefectus fabrum* tendrían mucho de qué discutir, porque el revés era serio. Muchos, a la vista de sus espaldas, se entregaron a conjeturas acerca de qué planes estarían maquinando.

Pero lo cierto es que no tenían ninguno, ni parecía haber salida posible. Y justo sobre eso se estaba desahogando César con Balbo.

—¡Cabezas de Júpiter! ¡Mal rayo me parta! No puedo retirarme y no puedo intentar un asalto a las bravas. Sería una carnicería. —Observó con ira la isla, con los cabellos de nuca y sienes agitados por la brisa marina—. Se habrán creído esos que están fuera del alcance de César. Si es preciso, construiré un puente. Como si tengo que rellenar de tierra el estrecho, como hizo Alejandro en Tiro.

Balbo recogió su capa negra en la flexura del codo.

—Eso nos llevaría meses.

—Era una forma de hablar. No voy a retirarme. No puedo retirarme.

—Seguro que algo se nos ocurre. —Se acarició la gran barba—. ¿Era necesario tratar así a Publio Escevio? El hombre llevó a cabo lo que se le ordenó, sobrevivió a ese infierno y logró regresar a nado, con un soldado herido...

—Pues aún era necesario que prestase un servicio más. Nuestra pequeña discusión ha servido para desviar la atención de los soldados. Seguro que hablarán tanto del altercado que hemos tenido como de la derrota. Y eso justo es lo que yo buscaba.

Balbo le miró perplejo, luego sonrió con rudeza.

—Maldito tahúr.

—Y tú, sensato. Abandonemos quimeras y planes absurdos. Eso no es digno de César. Tenemos que pensar algo y rápido.

Esa misma noche

Rugía la hoguera en la playa, en plena oscuridad. Al resplandor, Balbo ejecutaba en solitario un rito arcaico que, según se creía, nació muchos siglos atrás entre la gente más humilde de ribera, junto al mar de Gades. Y era un Lucio Cornelio Balbo muy distinto del fastuoso y algo teatral que los hombres conocían. Uno que iba y venía en rededor del fuego, con sólo una túnica corta y sencilla que dejaba al descubierto sus muslos fuertes, con los pies descalzos sobre la arena y las barbas despeinadas en señal de duelo.

Porque esa noche honraba así, con esa ceremonia y en las horas sin luna, a las sombras de los soldados muertos en la acción fallida de esa misma mañana.

Los buceadores no habían podido rescatar a todos los cadáveres. Las corrientes arrastrarían los cuerpos, que serían pasto de los peces. Sus fantasmas vagarían durante largos años por esa costa y sus gritos espantarían a los viajeros y a los pescadores de orilla. No había entre esos muertos perdidos ningún gaditano, pero Balbo había considerado que les debía el rito, ya que él fue uno de los que planificaron el desembarco que les llevó a su mal fin.

Su sobrino, Balbo Menor, alejado unos pasos, le veía deambular recortado contra las llamas rugientes. El propio Mayor le había escogido a él en concreto para que le guardase durante la ceremonia. Así que se mantenía a distancia, entre las sombras de la noche, armado hasta los dientes. Su puesto era, sobre todo, ritual ya que los guardaespaldas del magnate también estaban en las proximidades, dispersos, invisibles, pero muy atentos.

Por eso, Menor podía desentenderse hasta cierto punto de la posible aparición de enemigos para prestar más atención a su propio tío. Tenía este ahora un haz de ramas en la mano izquierda. Iba de aquí para allá, envuelto en el crepitar de la hoguera y el rumor de las olas. Canturreaba y, a cada tanto, arrojaba una de esas ramas al fuego.

Sabía Menor que cada una de esas ramas simbolizaba a uno de los desaparecidos en las aguas. Y que, cuando su tío arrojaba una al fuego, pronunciaba el nombre de uno de los perdidos. Era el ritual antiguo, popular, para liberar a las almas de sus carnes muertas y evitar así que las sombras tuviesen que vadear durante años por las aguas bajas.

Sabía todo eso porque había sido elegido para continuar esas y otras tradiciones, custodiadas por los sacerdotes de los Baales Pequeños. Como su tío, ejercería tal ministerio y tendría el honor de preservar tanto ritos populares como los cultos de todas esas deidades nacidas del fervor de las gentes llanas. Dioses que, al no contar con templos ni con sacerdocios propios, corrían el riesgo de extinguirse con el paso del tiempo.

Pero había cosas que Menor no sabía, ni sabría jamás. Una de ellas era que, cuando su tío ceremoniaba en honor de los Baales Pequeños, a veces se le aparecía la sombra de alguno de sus parientes difuntos. Sobre todo la de su padre, al que

llamaban Balbo el Viejo. El hombre que, gracias a su habilidad política y a su astucia comercial, había elevado a los suyos por encima de las demás familias de la aristocracia mercantil gaditana. El mismo que había conseguido que sus descendientes directos varones tuvieran ciudadanía romana. El patriarca a cuya sombra había crecido su primogénito y bajo la que, en cierta forma, seguía estando.

Y esta noche de chispas y brisa marina, había vuelto la sombra junto a su hijo. Con el rabillo del ojo, Mayor alcanzaba a distinguirla cerca de la línea del agua, en el límite justo de la luz de la hoguera. Pero no se dirigió a ella hasta que hubo arrojado al fuego el último palitroque, al tiempo que pronunciaba el nombre de un soldado desaparecido.

—Padre —murmuró—. Hoy han muerto muchos hombres. Y lo han hecho en vano.

Lo dijo en fenicio viejo, la lengua de aquellos antepasados que desembarcaron mil años atrás, más allá de las Columnas de Hércules, para fundar la colonia más remota. Un idioma que ya no se hablaba y que se había convertido en sacerdotal, reservado a unos pocos y para ocasiones sagradas.

Anduvo arriba y abajo, junto al fuego, con la túnica alborotada por la brisa. Aspiró el aroma a leña quemada, mezclado con olores a mar.

—Padre, César está muy disgustado. Le mortifica que su plan haya fracasado de forma tan ignominiosa. No soporta la idea de hacer mal algo, y menos que eso ocurra a la vista de todos. La imagen pública pesa demasiado en él y me temo que algún día eso le cause un disgusto grave.

»Y a mí me duele verle así. Soy su *praefectus fabrum*, su mano derecha en todo lo que tiene que ver con abastecimientos y logística. Debí aconsejarle mejor.

Menor veía a su tío caminar recortado entre nubes de chispas, sin percibir nada. A sus ojos, estaba hablando con el fuego. ¿Cómo sospechar que estaba conversando con la sombra de su padre o que eso ocurría en circunstancias de lo más diversas?

De hecho, el artificio de hablar de manera imaginaria con Balbo el Viejo lo practicaba antes de la muerte de este. Pero, en aquella época, esa costumbre no tenía significado mágico alguno, sino que obedecía a razones prácticas.

Porque Balbo el Viejo fue un hombre extraordinario en más de un sentido. Uno de esos varones que quizá no son percibidos en toda su talla por sus contemporáneos, ni quizá por las generaciones siguientes. En parte, eso se debía a que carecía de la ambición ardiente de su propio hijo, tan abrasadora y rugiente, a su manera, como las de un Pompeyo o un César.

Su ambición, aunque igual de grande, pasaba quizá más desapercibida. Político y banquero, Balbo el Viejo era consciente de que ciertos proyectos necesitan tiempo para madurar. Al igual que un campesino planta olivos sabiendo que serán sus hijos y sus nietos quienes cosechen las aceitunas, así él había trazado sus planes, pensando a años vista. Negoció y tramó relaciones tanto a lo largo de toda Hispania como entre los romanos, siempre con el objetivo de echar los cimientos de un futuro poder de su

familia, para cuando esta estuviese dirigida por los patriarcas que habrían de sucederle.

Entre tantos planes de futuro, no había descuidado la cuestión de su sucesor. Algo que supuso para Balbo una educación más que estricta desde muy niño. También una supervisión, por parte de su padre, de cada uno de sus pasos. Y él, puesto que tenía que dar cuenta detallada de cuanto hacía, desarrolló desde pequeño una táctica. Un diálogo interior, un teatro de situaciones. Se veía con los ojos de la mente ante su padre. Imaginaba qué le preguntaría este, qué cuentas le pediría, qué objeciones podría poner, y preparaba así las respuestas ante casi cualquier situación posible.

Mantuvo esa costumbre de las conversaciones imaginarias tras la muerte de su progenitor. Era una forma de ordenar y aclarar ideas. No era de extrañar que la sombra comenzase a aparecersele. Al fin y al cabo, se había acostumbrado a darle cuentas de todo y explayarse con su fantasma, le daba sosiego.

—Debí aconsejarle mejor, padre. Ya no tiene remedio, pero debo evitar que cometa imprudencias. Nuestra situación es desesperada. No podemos aguantar aquí mucho tiempo, sin víveres y tan lejos de nuestras bases. Tengo miedo de que César intente alguna locura y algo debo hacer. Pero no sé qué.

Había expuesto sus problemas como otras veces, sin esperar consejo, buscando sólo poner en claro sus preocupaciones. Pero esta vez la sombra respondió, para su gran pasmo. Un golpe de aire alzó una bocanada de pavesas que revolotearon como luciérnagas rojas. Y cuando eso ocurrió, la sombra alargó un brazo.

A punto estuvo Mayor de recular, atónito y sin entender. Otra ráfaga, una nueva nube de chispas volantes. Y el espectro volvió a tender el brazo. Esta vez, Mayor observó el revuelo de centellas. Parecieron envolver a la sombra de la isla, que se recortaba contra las estrellas, como un enjambre de luces.

Luces que se extinguieron. Mayor asintió meditabundo.

—Gracias, padre.

En el Foro Magno. Roma. Verano

Todos los que estaban en el corro volvieron hacia él la cabeza, no bien alguno de ellos advirtió a los demás de que se acercaba. Eso nunca era buena señal. Cayo Valerio Flaco redujo el paso, entre disgustado y receloso. ¿Qué pasaba? Observó a los senadores de togas blancas, con bandas anchas púrpura. ¿Qué había en sus rostros? Consternación, disgusto, chasco, según el carácter de la persona. Señales todas de que le esperaban malas noticias.

El rostro de Escipión Nasica exudaba malicia y Bíbulo le observaba de soslayo, mientras que el suegro de este último, Catón, mantenía esa pose estatuaria que él asociaba a la dignidad. En cuanto a Lutacio Catulo, su cara lo decía todo. Algo en los ojos cansados de aquel hombre venerable le dijo a Valerio Flaco que, fuera lo que fuese que tan cariacontecidos les tenía, estaba relacionado con él mismo.

Sintió que la bilis le quemaba en la garganta. Inspiró con fuerza y procuró mantener un paso digno, mientras sus hombres le abrían paso por entre las gentes que abarrotaban a esas horas el Foro. ¿Qué habría sucedido?

Deseó que los *boni* no hubiesen recuperado la antigua costumbre de reunirse al aire libre, a la vista de todos, cerca de la Curia Hostilia. Entre otras cosas porque, aunque la gente no llegaba a oír lo que discutían, sí veía sus gestos y expresiones. Pero aquel era uno de tantos temas en los que Catón el Joven se mostraba inflexible. Si sus ilustres antepasados se habían reunido allí, en el Foro y al aire libre, a debatir sobre lo público a la vista de todos, ellos no eran quienes para cambiar tal costumbre. Reunirse de esa forma era parte de las *mores maiorum* y con eso estaba todo dicho, al menos para Catón.

Para algunos *boni*, las *mores maiorum* eran a veces una carga pesada. Pesada en ocasiones literalmente. Porque Catón insistía en que debían vestir las gruesas togas blancas cada vez que se reuniesen en público, no importaba que fuera de forma oficiosa, ni de qué época del año se tratase. En invierno, se agradecía la prenda. Pero ahora en verano, con el sol a plomo y con esa humedad que subía del río, eran una tortura. Más en este año, que estaba siendo sumamente caluroso. Ya habían estallado epidemias en los barrios humildes y, más de una noche, se habían despertado con el reflejo rojo de los incendios y el griterío lejano de los que luchaban por apagarlos.

El propio Catulo se adelantó a recibirle. Se apoyaba en el brazo de un liberto y, a la vista de su paso trabajoso, Valerio Flaco se preguntó cuánto tiempo estaría entre ellos ese hombre prudente. Él mismo se dio la respuesta: ya no mucho más. Esa simple idea le agobió. Los senadores que se daban a ellos mismos el apelativo de *boni* reconocían a Quinto Lutacio Catulo como el primero y más ilustre entre ellos no por nada. Era maestro y consejero de todos, una roca de sensatez que había impedido que cometiesen errores graves en múltiples ocasiones.

Cuando él faltase, ¿qué sería de los *boni*? Tomarían las riendas Catón y su yerno Bíbulo, y ninguno de ellos tenía la prudencia de Catulo.

Cambiaron saludos con solemnidad antigua. Otro asunto en el que Catón se había empeinado: en público, debían mantener las maneras, sin importar las pérdidas de tiempo que eso les causase. Formalidades que no pocos cuestionaban. Entre dientes, se preguntaba más de uno si todo eso no sería una fantasía de Catón. Si no quería «devolver a los *optimates*» unos modales que en realidad nunca habían existido.

Uno de tales escépticos era Escipión Nasica. Eso era de lo poco, junto con intereses materiales comunes, que Valerio Flaco compartía con ese personaje retorcido. Y tuvo que ser él —pero ¿quién si no?— el que se lo soltase a bocajarro, sin esperar a que acabasen los saludos.

—Hay noticias de Hispania.

Valerio Flaco frunció el ceño. ¿Hispania? Seguro que de César, y nada buenas. ¡Cibeles capase a Julio César! Y de paso también a Escipión Nasica. Tan maliciado como siempre. Típico vástago de familia vetusta que aunaba pocas luces con mala intención. Se estaba relamiendo ante el efecto que, según debía suponer, iban a causar en él esas noticias de Hispania. Se solazaba en ello sin importarle que tampoco debían ser buenas para él tampoco.

—¿Y bien? —exigió con aspereza.

Catulo frunció la boca, pero no dijo nada. Era posible que mostrase así su disgusto por la intervención de Escipión Nasica. Era bien sabido lo mucho que desaprobaba las maneras tortuosas de este segundo. Y aunque era enemigo enconado de César, como muchos *boni*, él no lo era por agravios personales, sino porque le consideraba una amenaza para la República. Quizá era esa la principal razón por la que Catulo tenía tanto ascendiente sobre los *boni*, porque sabía ir más allá de sus intereses personales.

Le sacó de dudas Bíbulo, con cara de pocos amigos.

—César ha aplastado a los lusitanos.

—¡Vulcano le aplaste a él las pelotas...!

Valerio Flaco soltó el taco entre dientes. ¿Qué habría ocurrido? Días antes habían recibido noticias excelentes, al menos para ellos. Aquel arribista comido por las deudas se había metido en un buen apuro en Hispania, en un atolladero militar que podía suponer el final de sus aspiraciones políticas.

Estaba empeñado en una campaña para pacificar el norte de su provincia, en la que había cosechado éxito tras éxito. Muchos creían que había estado magnificando sus logros en las cartas que enviaba al Senado. Que todo aquello no era más que una forma de ganar prestigio militar para tener así más opciones a ser elegido cónsul.

Por eso, cuando se supo de su fracaso en las costas lusitanas, el alborozo cundió entre la facción más conservadora del Senado. ¡Cómo se habían reído al saber que César estaba bloqueado en unas playas remotas, con miles de soldados escasos de provisiones, incapaz de meter en cintura a unos forajidos bárbaros! Ese tramposo de Julio César, en su búsqueda del triunfo a toda costa, podía acabar cosechando un ridículo de tal magnitud que acabaría con sus aspiraciones políticas.

Valerio Flaco —alto, de cabellos blancos y abundantes, esbelto y de buen porte pese a sus años— casi siseó de irritación.

—¿Me va a dar alguien detalles o se espera que adivine qué ha pasado?

Fue Bíbulo, este sí enemigo personal de César, el que explotó, de forma que las palabras casi se agolpaban al salir de su boca.

—¡Ha vuelto a hacerlo el maldito! Cuando nadie esperaba... Al parecer, ha sometido a los lusitanos con ayuda de una flota...

—¿Qué estás diciendo, hombre? ¿Qué es eso de una flota? ¿De dónde iba a sacar el Calvo barcos de guerra?

Intervino Catulo, con expresión de fatiga que en parte debía ser producto de su decadencia física y en parte del disgusto que le producían tanto la noticia en sí como la forma en que discurría la conversación.

—Nadie ha dicho barcos de guerra. Han sido naves mercantes. Cerca de un centenar, llegadas desde Gades.

Valerio Flaco le observó con ojos grises helados. Pronunció una sola palabra:

—Balbo.

Escipión Nasica no pudo evitar sacar el aguijón.

—¡Qué perspicacia la tuya!

A duras penas contuvo Valerio Flaco una respuesta agria. Aquel Escipión Nasica era un imbécil. Permitirse pullas a costa de algo así, cuando era bien sabido que Cayo Valerio Flaco, y en general toda su familia, tenía motivos serios de enemistad con el gaditano Balbo. Pero no iba a dejar que ese insidioso le hiciera perder dignidad en público. Inspiró.

Se interpuso Bíbulo, lo que alejó el peligro de un altercado verbal.

—Es sorprendente. ¿Cómo es posible que Balbo se implique hasta ese punto con César? ¿No era su familia cliente de Pompeyo Magno?

Flaco se rehízo lo bastante como para menear adusto la cabeza.

—No. Balbo mantiene una amistad muy estrecha con Pompeyo, pero te puedo garantizar que es su cliente.

Los que estaban allí asintieron, sin poner en duda tales afirmaciones. Si alguien de los presentes sabía acerca de los Balbo de Gades, ese era Valerio Flaco. Aprovechó para intervenir Catón, que hasta entonces había estado aparte y en silencio. Se adelantó sombrío, con la boca apretada y esa pose de dignidad austera que tan a conciencia cultivaba.

—Clientes o amigos, ¿qué más da? Esto es una prueba más de lo que llevo mucho tiempo avisando. Esos dos advenedizos, Pompeyo y César, tienen algún tipo de pacto secreto. Su objetivo último es apoderarse de la República. Pretenden ser reyes de Roma en todo, menos en el nombre. Y ese granuja cartaginés, Balbo, es una pieza en su juego.

Flaco suspiró hastiado, porque le disgustaba esa tendencia de Catón a magnificarlo todo.

—Es gaditano, no cartaginés.

—¿Qué más da? —bufó sarcástico Escipión Nasica—. Y no exageremos. Ese Balbo no es más que un ricachón provincial.

—No le desdeñéis. Su familia es la más rica de Gades y, durante décadas, han tejido una red clientelar extensa por Hispania y las costas de África. Como enemigo, es de cuidado.

—Lo dices por experiencia, ¿eh? —zumbó Escipión Nasica.

Estalló Catón, ahorrando una respuesta agria a Flaco.

—¡Claro que es de cuidado! Ese cartaginés se arrima a Pompeyo, a César y a quien haga falta. ¡Está muy claro lo que busca! ¡Todos estos provinciales son iguales! Primero quieren la ciudadanía y, una vez que la consiguen, pretenden cargos. ¡Hay que impedirselo!

—Por supuesto que hay que impedirselo. —Flaco exhibió una sonrisa seca—. Pero a un hombre como Balbo no lo vamos a detener con discursos ni con leyes, eso ya te lo garantizo yo.

Eso consiguió que todos le mirasen, entre intrigados y calculadores. Catulo, siempre tan prudente, fue quien articuló la pregunta:

—¿Cómo entonces?

—Dependerá de sus movimientos. Balbo es mal enemigo y doy fe de ello. Si viene a Roma, estoy de acuerdo con Catón. Habrá que pararle los pies como sea.

—¿Y si no viene? —rezongó Escipión Nasica.

—Si no viene, será un problema menor. Será un aliado de César y Pompeyo en Hispania y, por tanto, tan sólo una espina envenenada para nuestra causa en esas provincias. —Hizo una pausa. Observó a su interlocutor que le contemplaba con un escepticismo que tenía bastante de teatral. Decidió que podía permitirse una pequeña venganza—. Pero descuida, que Balbo vendrá. Puedes apostar tu nariz a que lo hará.

Costas galaicas. Finales del verano

De lejos y sin dejar de trabajar, legionarios y servidores del ejército observaban de soslayo cómo Balbo Mayor abroncaba a su sobrino. Bien aparte de todos, para que nadie pudiera oírles. El primero, con sus grandes barbas y una túnica roja agitada por los vientos marinos, gesticulaba y gritaba mientras iba de acá para allá. Y, por los gestos del segundo, plantado en su sitio, se advertía que no estaba encajando sumiso el rapapolvo.

Sólo algunos de los escribas, veteranos al servicio de los Balbo, alcanzaban a intuir el motivo de la reprimenda. Sospechas que cuajaron cuando vieron cómo Mayor levantaba tres dedos ante las mismas narices del otro.

—¡Tres recuentos! ¡Tres! —rugía—. ¿Cómo es posible que cada uno de los tres haya dado un resultado distinto? ¿Qué diría tu padre de esto?

Menor estaba rojo como la grana, cosa que odiaba. Las tareas administrativas le disgustaban, le aburrían. Sentía también que el enojo de su tío era desmedido, y que estaba fuera de lugar que le regañase a la vista de subordinados. Quizá eso explicaba que respondiese con lo primero que se le vino a la cabeza, y que no fue demasiado afortunado en esas circunstancias.

—Se moriría del disgusto. Para él lo que importan son las cuentas, los préstamos, los fletes. Pensé que tú eras de otra forma.

—¿Cómo? ¿Cómo? —Balbo Mayor estaba asimismo colorado de ira—. ¡Ni se te ocurra hablar mal de tu padre en mi presencia, que te tiro al mar!

Paseó de un lado a otro, bufando. Se detuvo de golpe y pareció estar a punto de arrancarse el gorro rojo de la cabeza para pisotearlo con rabia. Contempló a su sobrino, que aguantaba el chaparrón muy tieso, con túnica blanca y correaes de soldado, con la barba aún no tupida estremecida por el viento. Inspiró de manera ruidosa, como si pidiera paciencia a los dioses.

Pareciendo cambiar de humor, paseó los ojos por las pilas de lingotes de hierro y estaño, y los hombres que se afanaban trasladándolas en un cuarto recuento. Alzó los ojos a los cielos encapotados, los bajó luego a los barcos fondeados en las aguas grises, cerca de la orilla. Se pasó los dedos por la barba para hablar con mucha más calma.

—Tienes razón en que tu padre y yo somos muy distintos. En tiempos, me disgustaba que no fuese capaz de ver las cosas a mi manera. Pero ahora comprendo que nuestras diferencias de carácter han sido un regalo de los dioses. —Volvió a poner la mirada en las naves—. Si un día tuviese que marcharme a Roma, nadie mejor que tu padre para quedar al frente de nuestros negocios en Gades, Hispania y la mar.

—¿Irte a Roma? —se sobresaltó—. ¿Qué...?

No acabó porque Mayor le había dado la espalda para prestar atención a lo que les rodeaba. A la enorme cantidad de lingotes apilados a la intemperie, en prados muy

verdes, próximos a una larga playa de arenas blancas. Les envolvía el golpear de las olas, el graznido de las aves marinas, el ajetreo del ejército romano en pleno, que se preparaba para la partida.

Había casi medio centenar de naves varadas en la playa y otras tantas fondeadas a poca distancia de la orilla. La costa hervía de hombres: legionarios, auxiliares, esclavos, que se afanaban por igual embarcando víveres y pertrechos. Un hormiguero humano que podía dar sensación de caos a simple vista, aunque lo cierto es que todo estaba organizado al detalle. El propio Balbo Mayor se había ocupado de que así fuera.

Unos transportaban suministros hasta las arenas, otros los embarcaban. Todo se recontaba varias veces y, cuando la última pieza de carne seca y la última galleta de bellota estuviese a bordo, sería el turno de subir el botín de guerra, que se distribuiría entre varias naves para evitar que un naufragio les privase de todo.

¡Botín de guerra! Urticaria le daba a Menor pensar en ello. Lingotes de hierro, estaño y plata, así como pieles y algunos ídolos de madera tallada. Eso era todo lo que habían sacado de la expedición por mar hasta las costas noroestes de Hispania. Una empresa que para el joven carecía de sentido y alicientes, a no ser que se buscara la aventura por la aventura.

No entendía las decisiones tomadas por Julio César tras rendir a los lusitanos atrincherados en la isla. Para él, aquel había sido el último destello de gloria de la campaña. A la vista de las naves mercantes llegadas de Gades, en las que estaban embarcando los legionarios para un asalto masivo, los cabecillas lusitanos pidieron la paz de inmediato. Allí ya se produjo una actuación que dejó a Menor perplejo. César había sido benévolo hasta lo ridículo. Exigió la entrega de armas y objetos de valor, así como de algunos rehenes. Y dejó que se marchasen de regreso a su tierra de origen, entre el Duero y el Tajo, sin mayor castigo.

Acto seguido, tomó una decisión incomprensible para Menor. Mandó poner proas no a Gades sino al norte, a las costas galaicas. Un viaje que ni siquiera habría de ser de descubrimiento, puesto que en la flota había muchos pilotos que ya las habían visitado en ocasiones previas. Y por ellos sabían que no iban a encontrar otra cosa que bosques lluviosos, habitados por tribus sin ciudades ni grandes riquezas.

Como aventura, había tenido sus alicientes. Habían luchado contra vientos y corrientes, y costeados acantilados negros de aspecto temible. Pasaron de largo ante la boca de grandes rías en las que no se aventuraron a entrar. Recalaron en las legendarias islas Secas^[9] e incluso, en un momento dado, doblaron un cabo oscuro, hosco, del que los pilotos decían que era el *Finis Terrae*, el punto más al oeste de la Tierra. De allí hasta las cataratas del Fin del Mundo no había más que océano poblado sólo por monstruos.

Pero el remate del periplo le resultó bastante decepcionante. La flota entró por fin en una de las rías, para desembarcar a las cohortes en las playas de una península interior. Menor participó en algunas de las expediciones armadas y, en efecto, en esas

tierras no había más que bosques, lluvia, aldeas y castros de piedra, y sendas embarradas. No tuvieron ocasión de combatir, porque las tribus locales se apresuraron a parlamentar.

Y, para colmo, una vez más Julio César se conformó con poco.

Exigió que los jefes y los ancianos jurasen lealtad a Roma, en nombre de todos los suyos. Pidió víveres y rehenes, pero no esclavos. A todo accedieron las gentes galaicas sin regatear, conscientes de que en sus playas había un ejército para ellos enorme.

Y justo ahora iban aquellos rehenes camino de las naves. Legionarios escogidos por el propio César escoltaban a una columna de jóvenes, algunos casi niños, vestidos con lo que debían ser sus galas: mantos de lana teñida y joyas de metales bruñidos. Aunque los soldados les escoltaban como una guardia de honor a magistrados, sus expresiones eran de todo menos felices, propias de los que se veían forzados a alejarse de sus tierras natales y de sus parientes.

Menor estalló ante esa visión. Sin duda aquellos rehenes debían ser vástagos de familias importantes en este lugar remoto. Gentes que serían ínfimas en Gades, por no decir en la propia Roma.

—¡Qué estupidez haber venido tan lejos para tan poco!

Mayor se giró con viveza, su enojo de nuevo avivado.

—¿Qué dices, tarugo? ¿Poco? ¿Poco? ¡Ha sido una expedición de lo más provechosa!

—¿Qué provecho hay en conseguir los víveres justos para sustituir los que hemos consumido durante el viaje?

—¿Y los lingotes? ¿Te parecen poca cosa? ¡Supongo que sí, a juzgar por la desidia con que te has ocupado de su recuento! Pues que sepas que suman una pequeña fortuna. Y que yo, como *praefectus fabrum*, tendré mi porcentaje. Un monto que irá a las arcas de la familia.

—O sea, que hemos venido a pillar un poco de metal.

—Lo de poco lo dirás tú. Además, ¿para qué crees que se hacen las guerras? Se hacen para ganar, no para perder. —Le lanzó una mirada atravesada—. Pero para que te quedes tranquilo, te diré que no hemos viajado tan lejos en busca de botín, aunque bienvenido sea. Hemos viajado por la gloria.

—¿La gloria? ¿Qué gloria?

La sorna de su sobrino hizo que Mayor acabase por perder la paciencia. Se llegó a él en dos zancadas, para ponerle el dedo ante las narices.

—Yo te diré qué gloria. Esta expedición es el remate de una campaña victoriosa. Hemos llegado con todo un ejército a donde nunca lo había hecho ningún general romano antes. Y la hazaña se ha realizado tras pacificar el norte de la provincia de Ulterior. César ha conseguido que sus soldados le aclamen como *imperator*. Y eso supone que tendrán que darle un triunfo en Roma.

—¿Y merecía eso tanto esfuerzo?

Mayor compuso expresión de hastío infinito. Se apartó.

—Si tanto te llama la guerra, por lo menos aprende sobre ella. ¡Maldita sea! El triunfo es el mayor de los honores al que puede aspirar un general romano. —Alzó de nuevo el índice—. ¡El mayor! Y en el caso de César supone algo más. Es la llave que le abrirá las puertas del consulado, porque el pueblo de Roma adora a los militares victoriosos.

Echó a andar en dirección a las pilas de lingotes y su sobrino fue detrás de él. Mayor no se apuraba ahora. Con las manos en la espalda, iba paseando observándolo todo, como un tendero que supervisara las mercaderías de su comercio. También echaba de vez en cuando ojeadas a las tropas de guardia. Porque, aunque el grueso de las tropas estaba ocupada con el transporte y estiba, había centurias de vigilancia. Se mantenían a distancia, con las armaduras puestas, formados, apoyados en sus grandes escudos, que reposaban sobre los pastos húmedos.

A su vez, a lo lejos, en las lindes del bosque, algunos galaicos lo observaban todo. Vigías. Desde luego, las *gentes* locales iban a tardar mucho tiempo en olvidar la visita de los estandartes romanos.

—César volverá a Roma en cuanto acabe su mandato en la Ulterior. Puede que incluso antes. Todo esto no es más que una etapa en su camino. Su meta es Roma. Allí está su destino y es posible que el mío también. —Contempló inquisitivo a su sobrino, sin aflojar el paso—. Ya lo he mencionado antes, y me sorprende que no hayas hecho comentarios.

—No quise que pareciera que te pedía cuentas, tío. —Por una vez, Menor fue prudente y obvió responder que no le había dado tiempo a preguntar nada.

—En asuntos así, pedirme cuentas no sólo es tu derecho. Es tu obligación. Es posible que en el futuro te conviertas en el *pater* de los Balbo. Y, aunque no sea así, ocuparás responsabilidades altas en la familia. Una decisión como esta no sólo me afecta a mí y, por tanto, no puede ser un asunto privado mío.

Caminaron un trecho en silencio, hasta remontar una loma. Arriba se detuvo Mayor, con la túnica y las barbas alborotadas por el viento marino, a contemplar las aguas salpicadas de espuma. Frunció el ceño ante eso, como receloso de que se estropease el tiempo.

—Hace siete años, Cayo Julio ya me ofreció acompañarle cuando regresó a Roma. No acepté y reconozco que me quedó la comezón.

»Supongo que conoces la historia del sueño que tuvo en el templo de Melkart, a los pies de la estatua de Alejandro. Yo estaba con él cuando un hombre santo interpretó ese sueño, días después. Muchos hablan de lo que le dijo o dejó de decir. Pero yo, Lucio Cornelio Balbo, estaba presente. Yo oí cómo le vaticinaba que algún día sería el amo de Roma. —Guardó silencio unos instantes, contempló de nuevo el mar con el ceño fruncido—. Me gustaría estar con él. Compartir un destino tan grandioso.

Su sobrino le miró estupefacto por esa confesión. ¿Quién podía esperar el anhelo

de algo tan intangible en un hombre tan práctico, al menos en apariencia? Pero el *pater* de los Balbos no le dejó tiempo para la reflexión o la respuesta.

—Por supuesto, en caso de conflicto entre mis propios deseos y mis obligaciones como patriarca, las prioridades están claras. Por eso rehusé acompañar a Cayo Julio apadrinará mi entrada en los altos círculos romanos. Sí, lo habría hecho también hace siete años, pero entonces no tenía el peso público que ahora tiene. Es en Roma donde se hace la política, la de verdad, la que afecta a toda la ecúmene...^[10]

—Eso era así hace siete años, tío.

Balbo le miró fastidiado.

—No te pases de listo conmigo. La diferencia está en que Cayo Julio apadrinará mi entrada en los altos círculos romanos. Sí, lo habría hecho también hace siete años, pero entonces no tenía el peso público que ahora tiene.

»Los Balbos somos ciudadanos romanos gracias a tu abuelo. En Hispania somos poderosos, pero si de verdad queremos pesar algo en el nuevo orden romano, debemos intervenir en la política en la Urbe.

—Pero tú, nuestro *pater*...

—Soy el *pater*, sí. Razón de más para que sea yo quien vaya a Roma. Tu padre se hará cargo de los asuntos en Hispania. Tú mismo lo has dicho: es feliz entre cuentas. Yo no; aunque no las desprecio, como haces tú. Pero yo he navegado por todo el Mediterráneo y estuve en las guerras de Sertorio. Todo eso se me metió como un veneno en la sangre. —Inspiró con fuerza el aire marino—. Es el momento. Lo siento en los huesos. Ni Cayo Julio ni Cneo Pompeyo desdeñan a los provinciales. Al contrario, buscan nuestro apoyo y recompensan con su respaldo. Con hombres así como aliados, puedo llegar a lo más alto en la misma Roma.

—¡Llévame contigo!

Mayor se giró, sonriendo ante tal vehemencia. Se había disipado su irritación. Negó despacio, con las barbas alborotadas por una ráfaga fuerte de viento.

—Debes quedarte. Es preciso que recorras Hispania entera y las costas de África. Estrecha lazos con nuestros clientes. Consigue otros nuevos. Debes asegurar su lealtad hacia tu persona, pues algún día serás el *pater*. Yo ya tengo esa lealtad personal y por eso puedo marcharme tranquilo. —Observó su expresión de desencanto. Volvió a sonreír—. Debes esforzarte. Has de aplicarte en tareas que desdeñas, como recontar lingotes.

—¿Cuándo te vas a Roma?

—No es seguro que lo haga. No depende sólo de mi voluntad. En todo caso, no antes de que Cayo Julio vuelva a Roma, y eso será el año que viene. He querido que fueras el primero en saberlo. Sé discreto y tú no lo comentes con nadie. Y nadie significa nadie. Cuando uno habla, sus palabras llegan tarde o temprano a oídos que no debieran. —Alzó el índice—. ¡Ah! Y, por supuesto, nadie es nadie. Y eso incluye a tu abuela.

Ciudad de Gades. Otoño

Caía la tarde y soplaban poniente. Los muros, las torres, las terrazas de Gades iban tomando esa pátina de oro viejo que da en ocasiones la última luz de la tarde; esa previa al crepúsculo. La fuerza del viento limpiaba la atmósfera de calimas y barría las callejas de olores a desperdicios. Se imponían de repente los aromas marinos y, desde las azoteas, se podía divisar allá a lo lejos, en el mar de Gades, a las embarcaciones de pesca de proas altas y velas triangulares mientras surcaban unas aguas que espejaban con el sol tardío.

Ahí arriba, en las azoteas, reinaban el viento y los chillidos de las aves marinas. Y ahora, al arreciar las ráfagas, algo más. Un sonido característico, propio de esas alturas. El estruendo, el chasquear y restallar de miles de prendas de vestir y de sábanas, tendidas en el escalonado de terrazas que formaban el techo de esa ciudad antigua, en la que las viviendas cubrían hasta el último palmo de la isla.

Lucio Cornelio Balbo, con túnica blanca de bordados dorados, había puesto los ojos en el mar, más allá del paisaje de techos planos, torres de piedra y adobe, y sábanas blancas como banderas al viento. Observaba cómo los barquichuelos de pesca luchaban con el oleaje creciente. Y a la vista de aquella extensión azul, llena de reflejos de sol y salpicada ya de borreguillos blancos, recordó que su padre, Balbo el Viejo, solía afirmar que era propicio que la casa familiar estuviese tan alta y con tan buenas vistas del mar.

Habló sin girarse.

—Decía padre que la situación de esta casa es buena para las metas elevadas, los horizontes lejanos y las grandes ambiciones. Que las aspiraciones de los Balbo crecen gracias a esta morada, de igual manera que el puesto del vigía en un barco permite avistar cardúmenes de pesca, que son la riqueza del armador.

—Tu padre tenía ideas bastante peregrinas acerca de ciertos temas.

Balbo ni se inmutó ante esa respuesta. Sin apartar los ojos del mar, metió los pulgares en el cinturón de cuero de la túnica.

—¿Sabes, madre? Me pregunto si no sacaría «esas ideas», como tú las llamas, de la religión romana. Para los sacerdotes romanos es de la máxima importancia que los edificios se levanten en lugares determinados y con las dimensiones justas. Las ubicaciones, las orientaciones, son fundamentales.

—¿Quién sabe? Tu padre fue siempre un hombre misterioso. Tenía algunas creencias de lo más extrañas. Supongo que se impregnó de ellas durante sus viajes, y de tanto frecuentar a filósofos portuarios. Un poco como también te ha pasado a ti. —Hubo un silencio de unos instantes—. Pero tú no has venido a hablar de eso. Ni tampoco a saludar a tu madre.

Esa última afirmación consiguió que el visitante se girase. El mar que centelleaba al sol poniente, los esotéricos saberes de Balbo el Viejo abandonaron su cabeza cuando dio la espalda al pretil de la azotea, con expresión de desconcierto educado.

—¿Por qué dices eso? ¿Es un reproche, madre? ¿Consideras acaso que no vengo con la suficiente frecuencia a presentarte mis respetos?

—*Bekar...*,^[11] tú no eres tan opaco como tu padre.

Balbo sonrió sin humor, al tiempo que se acariciaba la gran barba. En boca de su madre eso no era una queja sino un dardo que trataba de dejarle en inferioridad para la conversación que se avecinaba. Para lo que iba a ser otra escaramuza verbal. Una más en esa lucha sorda que libraban ellos dos desde que murió Balbo el Viejo y él se había convertido en el patriarca. Porque él podía ser el *pater familias*, pero Sofronisba tenía mucho poder dentro de la familia y gozaba de un ascendiente notable, tanto en Gades como en su ciudad natal de Malaca.

—Supongo que la transparencia la habré heredado de ti, madre. Tú tampoco eres tan misteriosa como lo fue él.

Eso hizo que ella sonriera a su vez. Sonrisa intuida bajo los velos blancos y rojos, muy finos, que le cubrían el rostro. Se levantó de su silla de maderas labradas y, con los velos y gasas agitándose en el viento de la tarde, se acercó a su vez al pretil.

—Por fin te has decidido a venir a discutir conmigo sobre tu posible marcha a Roma. Empezaba a temer que me lo comunicarías a través de algún mensajero y desde el puerto, cuando estuvieses a punto de embarcar.

Ni se inmutó él. No esperaba que, a esas alturas, eso no hubiese llegado a oídos de su madre. Los asistentes romanos de Julio César se iban de la lengua, los esclavos del servicio aguzaban los oídos para luego alardear de conocimientos... por unos, por otros, los rumores acababan por correr. Y Sofronisba era como una araña que, oculta en su casa de Gades, tendía su telaraña por buena parte del sur de Hispania y que, tarde o temprano, atrapaba cualquier retazo de información.

—No exageremos, madre. He estado muy ocupado. Ser la mano izquierda de César no es ningún descanso y, además, no puedo desatender los negocios de la familia. ¿Qué motivo podría yo tener para rehuirte?

—Para no tener que discutir conmigo. En eso no has cambiado desde que eras niño. Todas tus excusas les sonarán razonables a otros. Pero a mí no me vas a engañar. Desde que César se hizo cargo de la propretura, has estado pensando en marcharte con él a Roma.

—¿No te parece que el regreso de Cayo Julio a la Ulterior es una señal de los dioses? El destino me ofrece por segunda vez la oportunidad que no pude aceptar hace siete años.

Sofronisba se giró con ímpetu repentino. Con la mano izquierda se sujetaba los velos rojos y blancos sobre el rostro, para evitar que el viento de la tarde los levantase.

—¿Qué señal? ¿Qué destino? ¡Guárdate todo eso para los pescadores! Los sorteos de los magistrados romanos están amañados, todo el mundo lo sabe. Y a César le convenía volver a la Ulterior. Hazme el favor de no esconderte detrás de los dioses. Llevas años rabiando por marcharte a Roma.

—No lo niego.

—¿Y por qué no te fuiste con César cuando te lo propuso hace siete años?

—Por simple responsabilidad. Había negocios de la familia que atender.

—¡Ah! ¡Y ahora no! ¿Es que se van a atender ellos solos?

—Ahora la situación es distinta. Mi sobrino es ya un adulto. Con la ayuda de su padre, puede asumir responsabilidades políticas. Y eso marca la diferencia.

Puso los ojos en el mar, más allá de las sábanas blancas que se agitaban y chasqueaban.

—Y, aparte de mis deseos personales, que no niego, pienso que es necesario que viaje a Roma. Creo que es mi obligación, que nuestra supervivencia depende de ello.

—¿Qué dices? ¿De qué estás hablando?

El rostro de su madre era un borrón tras los velos. Se lo había cubierto a la muerte de su esposo y nadie lo había vuelto a ver desde entonces. Su expresión era indistinguible. Pero algo en su postura corporal dio a entender a su hijo que acababa de abandonar su actitud de reproche para prestar más atención al fondo de lo que le decía. Balbo se apoyó en el pretil.

—Hablo de que la República romana vive tiempos muy difíciles. Cuantas más tierras conquista, más problemas surgen en su interior. Vive en un estado de inestabilidad continua. Hay facciones irreconciliables en el Senado, enemistad entre la plebe y los *optimates*, amenazas de golpes de estado, rebeliones en provincias, tumultos callejeros, asesinatos políticos...

—¿Y qué? Eso es problema de los romanos. Así se ahoguen en su propia sangre.

Balbo contuvo el impulso de mesarse las barbas, para mostrar desesperación. Inspiró hondo.

—No sé cómo puedes ser tan corta de miras en ciertos temas, madre. O sí lo sé. En todo aquello que tiene que ver con los romanos, dejas que el odio te ciegue. ¿Pero no te das cuenta de que nuestra prosperidad como familia pende de un hilo?

»Yo mismo, con estos ojos, he sido testigo, en la Hispania interior, de cómo se arruinaban *gentes*, ciudades, naciones enteras, arrastradas al bando equivocado por los conflictos entre romanos. Acuérdate de cómo los celtíberos se pusieron del lado de Sertorio, en tanto que los vascones lo hicieron del de Pompeyo y el Senado. Las consecuencias de esa elección han sido desastrosas para los primeros. Todo el equilibrio de poder entre ambos pueblos se ha visto alterado en la línea del Ebro...

Dejó la frase sin acabar, entre los graznidos de las aves marinas y el chasquear de sábanas en las cuerdas. ¿Qué sentido tenía lanzarse a digresiones sobre geopolítica? Sofronisba se volvió cara al mar, con los velos ondeando.

—¿Adónde quieres llegar con tanta palabrería?

—A que el futuro de los Balbo está ligado al de Gades. Y el de Gades a Roma. Es preciso conseguir un tratado más favorable con Roma, porque ahí reside la clave de nuestra prosperidad, o incluso de nuestra supervivencia.

—¿Seguro que Lucio Valerio Flaco no tiene nada que ver con tu decisión?

Él cargó ahora su peso sobre el parapeto. Sabía que antes o después su madre sacaría el tema. Ella acababa por enterarse de casi todo y no había soñado ni por un instante que no llegara a saber que le habían dado noticias sobre las andanzas de ese miserable por Oriente.

—Claro que tiene que ver. Y también mi deseo de frecuentar a los mejores literatos, abogados y dramaturgos. En mi ánimo pesan muchos elementos. Pero no son ellos el motivo que me lleva a marchar a Roma.

—Pero, por supuesto, no dejarás estar vuestras viejas cuentas pendientes.

—No puedo. Juré ante los dioses que haría pagar a Valerio Flaco por sus fechorías. Los dioses aborrecen el perjurio y castigan a quienes incumplen sus promesas. Aunque yo me quedase quieto, él no lo dejaría correr. Recuerda que, a su vez, tiene cuentas que ajustar conmigo.

Para su alivio, Sofronisba no pareció tener mayor interés en seguir ahondando en ese tema. Aunque el quiebro que dio la conversación fue, si cabe, más desazonador.

—Si te marchas a Roma con César, aún quedan meses por delante. Todavía estás a tiempo de volver a casarte. Incluso de concebir un hijo...

—No.

La respuesta fue bronca, un *no* que le salió de dentro, porque esas frases le pillaron por sorpresa y porque el tema era uno de los motivos de diferencia entre su madre y él. E hizo que ella perdiera la calma por unos instantes. Que golpease con furia, con la mano abierta, sobre el pretil.

—¡No es correcto que un patriarca fenicio no tenga hijos!

—Lo que no es correcto es que no tenga sucesor, que es distinto. Y yo lo tengo. Mi sobrino reúne todas las cualidades necesarias para ser el próximo *pater* de los Balbo.

—¡No seas absurdo! ¡Aún puedes engendrar y criar a un primogénito! En Malaca, en Sexi, en Tingis, hay familias de buena estirpe púnica. Son familias poderosas e influyentes. La alianza matrimonial con cualquiera de ellas, aparte de darte descendientes directos, sería muy favorable para los intereses de la familia...

El que ahora pegó con la palma sobre el borde de la azotea fue él, antes de encararse con ella, hastiado.

—¡No, madre! Para la familia no sé si sería favorable, pero desde luego sí para la política que tú defiendes. Ya sé en qué familias estás pensando. Y ni lo sueñes.

Sintió la mirada colérica de su madre a través de los velos. La soportó imperturbable, pues había subido a la terraza también preparado para un encontronazo como ese.

Sofronisba había nacido en el seno de una familia púnica de Malaca. Púnica en el sentido estricto, ya que sus antepasados llegaron ochenta años atrás a las costas de Hispania, huyendo de la destrucción de Cartago. Eran supervivientes de la aristocracia política y comercial; de los que lograron burlar el asedio romano y escapar a la demolición de la urbe y a la matanza de sus élites.

Refugiados que arribaron a las ciudades púnicas del sur de Hispania, cargados no sólo con sus tesoros, tradiciones y contactos comerciales. También con un odio, tan añejo como ardiente, contra todo lo que oliese a romano. Odio que habían transmitido a sus hijos y nietos. Odio que estos últimos atesoraban como el fuego del hogar.

Era probable que Sofronisba hubiese anticipado también el posible choque porque, pasado el arrebató de ira, habló con sosiego.

—*Bekar*, no puedes vivir bajo el lastre del pasado.

—No lo hago. No sería correcto que el *pater* de los Balbo se encadenase a fantasmas.

—Pues, como *pater*, debieras valorar que esas familias a las que desdeñas tienen relaciones inmejorables en los puertos de África, Mauretania y Numidia. Mi propia familia es una de ellas, es la tuya a través de mí. Y recuerda hasta qué punto eso ha servido a los Balbo para hacer grandes negocios en el sur del Mediterráneo.

—No niego nada de eso. Y admito que una alianza matrimonial con esas familias viejas de las que hablas nos reportaría grandes ventajas. Pero también problemas graves. Te voy a ser sincero y disculpa que sea tan franco al hablar de los de tu propia sangre: el rencor contra Roma es una enfermedad congénita en esas estirpes, tanto como en otras el estrabismo o la locura. Lo lleváis en la sangre. Sé de lo que hablo, porque tú bien que has tratado de inculcárnoslo a mi hermano y a mí. Y no deseo que esa malicia pase a mis descendientes.

—¿Reniegas de mi sangre?

—No. Pero la aversión a Roma puede ser la ruina de los nuestros y eso es algo que, como *pater* de los Balbo, no pienso consentir.

La actitud de Sofronisba indicaba de nuevo cólera, ahora contenida.

—Tú serás el patriarca, pero yo tengo derecho a saber si piensas tomar esposa romana.

Balbo se echó a reír, con carcajadas tan fuertes que algunas lavanderas que andaban por otras terrazas recogiendo la colada volvieron la cabeza.

—¡Ay, madre! Ninguna romana de alcurnia se casaría conmigo.

—¿Alcurnia? ¿De qué alcurnia hablas? —Perdido el control, se llegó hasta su hijo para agitar las manos delante de su rostro—. ¡Tu linaje se remonta a los reyes de Tiro y a los fundadores de Gades! ¡Tienes sangre de sufetes y senadores de Cartago, y de reyes de la Hispania interior!

—Ya. Pero para los romanos no soy más que un provincial. Suerte que pertenezco al orden de los caballeros. Ni siquiera puedo optar al orden de los senadores, pese a que tengo fortuna de sobra, porque carezco de propiedades en Roma. Algo, por cierto, que pienso remediar a la mayor brevedad posible.

»Pero no te preocupes. Jamás me verán como uno de ellos. Ni siquiera Pompeyo Magno, que es un héroe, ha podido lograr que los más conservadores le respeten. Esos idiotas le miran por encima del hombro, porque es de Piceno y no de Roma. Así que imagina cómo verán a un gaditano como yo.

—¿Y aun así te irás a Roma, donde esa gentuza te mirará como a un inferior?

—Que me miren como les dé la gana. Ya verás como a mi dinero y a mis influencias no les hacen ascos. Mi objetivo es alcanzar el rango de senador, conseguir magistraturas y pesar tanto en la política romana como el que más. Y haré lo que haga falta para conseguirlo.

Se apartó del borde para deambular por la azotea con las manos a la espalda, esquivando las sábanas al viento.

—Es verdad que los conservadores, los *boni*, como ellos mismos se llaman, tratan de excluir de la política y los cargos a todos aquellos que a su juicio no tienen el linaje debido, o que han nacido fuera de Roma. Pero no son los amos absolutos de Roma. Hay otros, igual de poderosos, que no desdeñan a los hombres nuevos y que, de hecho, se apoyan en ellos para consolidar su poder.

Se acercó hasta un lugar en el que ristas de peces voladores colgaban de cuerdas, puestos a secar. Aspiró el aroma de aquellas salazones y lo consideró un buen augurio.

—Pompeyo Magno es uno de esos hombres. Julio César es otro. Los dos lo han demostrado de sobra. Ellos mismos están en lucha contra los *boni* porque estos los consideran advenedizos y no hacen más que tratar de poner trabas en su camino. Con su ayuda, puedo llegar a lo más alto en Roma.

—Y de paso, ajustar cuentas con Valerio Flaco.

—¡Qué manía con mezclar temas, madre!

—Y a ti qué bien se te da eludir ciertas cuestiones, cuando te interesa. —Suspiró—. En fin. ¿Qué planes tienes para Gades?

—Que mi hermano Publio se quede al frente de los negocios de la familia. Cuento contigo, madre, para que le ayudes a tomar decisiones sensatas.

—¿Y no temes que influya en él para que se acerque al bando antirromano?

Balbo, sin cesar en su paseo, sonrió entre el revoloteo de las sábanas.

—No. Conozco a mi hermano y está tan seguro como yo de que Roma dominará el mundo y de que, por tanto, hay que estar de su parte. Estás anclada en otra época, madre. Ahora ya no se trata de elegir entre Roma o sus enemigos, sino entre los distintos bandos en el interior de ella.

»Publio es el último hombre al que se le ocurriría unirse a conjuras de soñadores para expulsar a Roma y restaurar el poder púnico en Occidente. Más me preocupa mi sobrino. Debe formarse de manera adecuada, y eso pasa por recibir toda la instrucción necesaria en un romano de clase alta.

—¡Eres como tu padre! ¡Jugáis a imitar a los destructores de Cartago!

—Que, si no nos andamos con cuidado, cualquier día podrían ser los destructores de Gades. Sueña si quieres con las glorias de Cartago. Tú puedes. Yo no. En mi posición, albergar ciertas fantasías y odios ancestrales no sólo es estéril, sino peligroso. —Se percató de que estaba gesticulando. Volvió a poner las manos a la espalda, porque no deseaba permitirse comportamientos excesivos con su madre—.

¿Es que no llevamos sangre de Cartago en las venas? No te has cansado de repetírnoslo a mi hermano y a mí desde que tenemos uso de razón. —Alzó una mano con autoridad, para impedir la réplica—. Piensa en lo que te voy a decir. Si los Balbonos hacemos con nuestro sitio en el orden romano, si tus descendientes llegan a sentarse en el Senado, Cartago sobrevivirá en cierta forma a través de nosotros.

»Es verdad que llevo un nombre romano. Que visto como tal y que vivo casi como uno de ellos. Pero no te equivoques. Las escamas del pescado serán romanas, pero las tripas son sobre todo fenicias.

Agitó la cabeza, sintiendo cómo el aire de la tarde le agitaba las barbas. Echó un vistazo al mar, lleno ya de reflejos rojizos de sol poniente.

—Sí. Piensa en ello, madre. Ahora, he de dejarte. Quedan meses hasta que me marche, pero, hasta ese momento, no me va a faltar trabajo ni un solo instante.

Año 694 a.U.c.

Mar de Gades. Marzo

Comenzaba a soplar un levante que sembraba ya las olas grises de espuma blanca. Le recordó a Balbo ese otro viento que se alzó meses atrás una tarde, mientras discutía con su madre en la azotea de la casa familiar. Y si aquella ocasión estuvo llena del aleteo de sábanas en los tendederos, esta otra lo estaba del de los estandartes que adornaban los barcos ceremoniales. Volaban como alas de pájaros que quisieran liberarse, con chasquidos de telas audibles entre el rumor de la marejada.

Esos estandartes al viento eran señales, augurios. Ahí estaban, para todos aquellos que estuviesen dispuestos a verlos y a preguntarse por su significado. En aquella celebración antiquísima, dadas las fechas, se podía esperar cualquier tipo de clima. Y los pescadores gaditanos daban la máxima importancia al estado de la mar en la fiesta de los primeros atunes. Porque, según la tradición, indicaban cómo sería todo el año.

Pero no era momento de distraerse, ni siquiera con los signos que mandaban los dioses. No en plena maniobra de pesca y siendo él uno de los que se afanaban con las redes. Porque Lucio Cornelio Balbo, sufete de Gades, estaba a bordo de una de las naves de pesca, mezclado con gente del pueblo llano y como ellos descalzo, con sólo un taparrabos y con las barbas anudadas para evitar accidentes.

Desde más de media docena de embarcaciones, hombres fuertes, a pulso unos y con ayuda de cabrias otros, izaban las redes de una gran almadraba. Entre el batir de las olas, el chasquear de velas y estandartes, y el griterío de pescadores, emergía ya la red. Bullía de peces de escamas relucientes, de todos los tamaños: bocardos, voladores, caballas, besugos. Y atunes, atunes. La primera pesca del año había sido buena.

Se permitió Balbo un resoplido de alivio al ver esa erupción de pescados que se revolvían y saltaban. No fue el único. En vísperas de aquella fiesta, con la que se inauguraba la temporada de pesca del atún, se había producido una bajamar extraordinaria. Grandes extensiones de fondo marino quedaron por unas horas al descubierto. Fue una señal que no se debía ignorar y las interpretaciones habían sido de lo más diversas. Por fortuna, la primera pesca venía a desdecir a las más sombrías.

Ahora que la red estaba arriba, con su magnífica carga, se permitió apartar de ella los ojos. Escudriñar el mar. Observar las formas de las nubes. Abrir los oídos al oleaje. Sentir las salpicaduras de agua salada en la piel desnuda. Aspirar los aromas del océano.

Y contemplar los estandartes que ondeaban en los barcos ceremoniales que escoltaban a los de pesca. En esas otras naves más grandes y ornadas navegaba la mayor parte de los senadores gaditanos. Todos a los que la edad impedía ya unirse a los pescadores en la faena. Habían cambiado los mantos bordados, los coturnos, los altos tocados por túnicas sencillas y gorros modestos, y observaban con avidez la primera captura.

Pero los ojos de Balbo no buscaban a aquellos hombres, los más poderosos de la

ciudad, sino a los estandartes que ondeaban en sus naves. Multitud de enseñas, de todos los tamaños y tejidos, capturadas a lo largo de los siglos a enemigos distintos, en combates navales. Los mascarones de proa de las naves vencidas adornaban la plataforma del templo de Melkart. Santuario donde estaban depositados esos mismos estandartes, que los gaditanos sacaban sólo en ocasiones muy señaladas.

Restallaban ahora al viento de levante. Telas vistosas que se retorcían como si estuvieran vivas. Tridentes, ojos, pulpos, deidades, manos. Muchos habían ondeado en naves piratas y los demás en buques mercantes y de guerra de diversos pueblos, con los que los gaditanos habían tenido que enfrentarse para poder navegar y comerciar: griegos de Emporiae, de Massalia, de Sicilia. Etruscos. Moros. Númidas. Libios...

Alguien le pasó un jarrillo de vino. Se lo bebió hasta apurar. Derramó un último poso sobre las aguas, antes de girarse y, por la borda contraria a las redes, lanzar esa pieza humilde al mar, con todas sus fuerzas. Había que arrojarlas con vigor y, si se hacían pedazos, mejor. Mala señal sería que alguien encontrase una de esas jarras días después, en alguna playa. Sería indicio de que los dioses del mar habían rechazado la ofrenda.

La jarra voló para hundirse entre el oleaje. Balbo volvió los ojos a los barcos de acompañamiento. El levante agitaba cada vez con más fuerza las antiguas telas. Los emblemas bordados parecían querer liberarse de las drizas y de los mástiles. Aquello le pareció otra señal, quizá la más importante. Un aviso de algo que, de manera irremediable, estaba por llegar.

Domus de Décimo Junio Silano. Monte Esquilino. Roma. Marzo

—Procura llevarte bien con Cornelio Balbo.

Silano hizo esa afirmación con un estertor, el susurro ronco en el que la enfermedad le convertía a ratos la voz. Una afirmación que pilló tan de sorpresa a Servilia que, llevada de su mal genio, estuvo a punto de replicar con un «¡deliras!» más que impropio, dadas las circunstancias. Suerte que se contuvo e incluso consiguió suavizar su propio tono de voz.

—Balbo por aquí, Balbo por allá... Pero si no es más que un fenicio tendero. Un opulento de provincias.

En respuesta, se rio él entre dientes. Se inclinó hacia delante, como una planta que buscara el sol, aunque en su caso se trataba del brasero, ante el que se calentaba envuelto en un manto grueso de lana. Un gesto que hizo que Servilia reparara una vez más en lo desmejorado que estaba. Parecía casi un muerto de consunción, envuelto en un sudario, tal como hacían algunos pueblos bárbaros con sus fallecidos.

—No desprecies a Balbo. Considéralo una señal de los dioses. Un aviso acerca de los nuevos tiempos que llegan a Roma.

—¿Qué estás diciendo? Has cogido una manía de hablar de forma enigmática, como si fueras un oráculo griego, que me saca de quicio.

No pudo ocultar la irritación, aunque no fuese su deseo, ya que luego sentía por ello remordimientos. Silano estaba cada vez más vuelto hacia sí mismo. La enfermedad le estaba llenando de comportamientos incomprensibles. De hecho, ahí sentado, en la penumbra del cuarto, envuelto en el manto, con el rostro enjuto alumbrado en rojo por los carbones, parecía el sacerdote de algún pueblo antiguo y misterioso.

Él ni se dio por enterado del exabrupto. Tendió al brasero unas manos huesudas y volvió a reír entre dientes.

—Servilia, Servilia. Para navegar los mares de la política has de escudriñar de continuo las aguas y los cielos, en busca de las señales de cambios.

—Para eso ya te tengo a ti.

—No será por mucho tiempo.

—Has sobrevivido dos años a la enfermedad y a saber cuánto...

—No he sobrevivido dos años. Llevo dos años muriéndome. —Volvió de repente la cabeza para mirarla con esos ojos helados de antaño—. No es lo mismo.

Réplica y mirada consiguieron turbarla. Por eso regresó con brusquedad al tema previo.

—¿Por qué he de llevarme bien con Balbo? ¿Y por qué dices que es un aviso de nuevos tiempos para Roma?

La atmósfera del cubículo resultaba un tanto sofocante para ella. Estaba lleno del

humo de los carbones y también de inciensos con los que Silano trataba de tapar el olor de su dolencia. Y hacía mucho calor. Silano, pese a ello, debía sentir frío en los huesos, porque se arrebujó en el manto para contestar.

—Balbo es todopoderoso en Gades. Es magistrado principal y, además, controla intereses y clientelas por toda Hispania. Con él en Roma, tanto César como Pompeyo se aseguran apoyos muy importantes en Hispania. Y él por su parte, una vez aquí, entrará en la gran política. ¡Fíjate! Uno que no es ciudadano romano más que desde hace unos pocos años...

Había hecho esa afirmación sin asomo de sentimiento o reproche. A las puertas de la muerte, Silano parecía haber abandonado su vieja ideología aristocrática para ver las cosas con tanto despego como si observase el ir y venir de las hormigas. Y seguía hablando, casi más para sí mismo que para ella.

—¡Cómo han cambiado las cosas desde los antiguos tiempos de la República! En aquellos días en el Senado sólo se sentaban los patricios. O eras hijo de ciertas familias concretas o te estaba vedado, no importaban las riquezas que pudieras amasar o los honores que ganases en la guerra.

»Pero después entraron en el Senado hombres de origen plebeyo. Se accedía al orden senatorial por la fortuna. Ahora, en realidad, hay más senadores de familias plebeyas que patricias en el Senado. Y aún después fueron llegando otros hombres nuevos. Los que procedían de fuera de Roma. Un Cicerón o incluso un Pompeyo, que es del norte y de una familia de origen bárbaro.

Se frotó las manos ante las brasas.

—Y ahora vemos cómo se sube otro peldaño de la escalera. O se baja, según se mire. Hombres nuevos de remotas provincias, ciudadanos de primera generación, que llegan a Roma pisando fuerte, exigiendo su parte en la política y la administración.

—No lo había visto así...

—Ha sido la locura de los *boni* la que ha causado todo esto. Su empeñamiento en jugar con las leyes para impedir a toda costa el ascenso de sus enemigos ha obligado a hombres como Pompeyo o César a buscar apoyos en provincias. Han conseguido esos apoyos, porque Balbo no es el único caso. Y esos apoyos van a exigir su parte, como es lógico.

»Balbo y los que son como él llegan para quedarse. En realidad, en niveles más bajos, llevan ya años acudiendo a Roma y entrando en puestos inferiores. Pero yo te digo que Balbo será senador. Con su riqueza, conseguirá aliados y clientes. Y algún día ocupará altas magistraturas.

Ahora ella le estaba mirando casi absorta, empapándose de sus palabras. Él pareció darse cuenta de ello, sin girarse. Volvió a tender las manos hacia el brasero de bronce y volvió a hablar con su voz cascada, con el rostro calavérico alumbrado en rojo.

—Te lo repito, debes llevarte bien con él.

—Y te lo repito. ¿Por qué?

—¿No te basta con todo lo que te he dicho?

—No. Roma está llena de hombres más poderosos que él.

—Dentro de unos años, puede que no haya tantos que le superen. Y hay que mirar al futuro, no al presente. Pero, si eso no te vale, te daré más razones. —Alzó un dedo afilado, como un maestro casi fantasmal, sin volverse a mirarla—. Es mejor tenerle como amigo que como enemigo. Sin haber pisado Roma, ya está en relación con muchos de los que pesan algo en la política o las finanzas. Es amigo de César, que le ha dado cargos de confianza. No digamos de Pompeyo, gracias a quien es ciudadano romano. Está también en buenas relaciones con Craso, porque cuando este estuvo destinado en Hispania, hizo buenos negocios con su familia.

»Incluso tiene ya tratos con muchos que jamás pisaron Hispania. ¿Por qué crees que el rumor de que viene se ha corrido tan rápido? Lleva años carteándose con muchos de los banqueros más poderosos. Ático, Luceyo, Rabirio Póstumo...

No enumeró más porque comenzó a toser con tanta fuerza que ella hizo gesto de levantarse para salir a llamar a los esclavos. Pero él la contuvo con mano temblorosa.

—Bah —resolló—. Pasará. Es que ahora se me va agarrando al pecho, o con la debilidad y el frío he cogido un constipado que ya no me va a soltar. —Otra tos bronca—. Recuerda para años futuros lo que aquí hemos hablado. Los provinciales van a entrar en las instituciones romanas. Al principio a goteo, pero luego a torrente. Observa, evalúa y arrímate a los mejor situados. Obra siempre pensando en el interés de nuestro hijo Bruto y no en tus simpatías o antipatías personales.

Isla de Kotinoussa. Gades. Abril

Cuando, en pleno banquete de los sysitas, Lucio Cornelio Balbo se levantó para tomar la palabra al resplandor de las lámparas, tenía en la cabeza aquellos estandartes que aleteaban al viento en la mar. Sí, había sido un aviso. Así lo había proclamado no bien regresaron las naves a puerto. Y ahora así se lo exponía de nuevo a los más poderosos de Gades.

—¡Sysitas! —proclamó con voz estentórea, educada desde la infancia para hablar en público—. Hace unos días, durante la festividad de los atunes, mientras izábamos la primera tongada de pescado, comenzó a soplar levante. Hizo ondear con fuerza los estandartes viejos que, cada año, sacamos del templo de Melkart para la ocasión. Las banderas de antiguos enemigos.

»Los que estabais allí aquel día fuisteis testigos. Lo visteis. Visteis cómo se mostraron los emblemas de los enemigos que en el pasado amenazaron a nuestros barcos. Y yo os digo que es una señal que nos envían los dioses.

»¡Una señal, sysitas! Los gaditanos somos un pueblo pacífico. Creemos en el trabajo y en el comercio, no en la guerra y el pillaje. Pero, a lo largo de nuestros mil años de historia, hemos tenido que luchar muchas veces para preservar nuestros bienes y nuestras vidas. Habitamos en una isla, pero no podemos aislarnos de lo que ocurre en el mundo, a nuestro alrededor.

»Ese viento fuerte de levante, esos emblemas de guerra enemigos, son advertencias de los dioses de nuestros padres. Nos avisan de que debemos estar prestos a actuar. A defendernos una vez más de todo aquello que amenace a Gades.

Hizo una pausa para mirar a los comensales. Estos a su vez le observaban, con expresiones de lo más diversas que la danza de las luces exageraba. Un centenar de varones barbados, de vestimentas barrocas y gorros altos. Sentados ante mesas largas de manteles finos, atestadas de fuentes, cuencos y copas de oro, plata y bronce, que contenían a su vez guisos y espetones humeantes, así como los mejores vinos. Banqueros, armadores, dueños de talleres y factorías, comerciantes. Los más ricos, los más poderosos. Los señores de Gades. Los sysitas: los hombres que comen solos.

Tomó aliento.

—Recordad esos emblemas de guerra. Recordad el viento. Por levante, asoman nuevos peligros. Y no basta con capear, con la esperanza de que el temporal amaine tarde o temprano. Debemos maniobrar si queremos sobrevivir a esta nueva tormenta.

Los notables de la ciudad le observaban al parpadeo de las llamas. Luces que sacaban reflejos engañosos a sus ojos oscuros. Las actitudes de unos eran de atención, las de otros de duda y no faltaban las de recelo. Los esclavos públicos habían cesado en sus idas y venidas, no bien tomó la palabra el sufete Balbo. Los músicos, los bailarines y los acróbatas se habían retirado, de forma que sólo se oía el crepitar de los fuegos y el suspiro del viento entre los viejos olivos.

El viento o la voz de los fantasmas. Porque el banquete nocturno, siguiendo la

tradicón, se celebraba en la isla de Kotinoussa y justo junto a los muros sureños de la necrópolis que ocupaba toda la parte septentrional de la isla. De esa forma, los sysitas honraban y, en cierto modo, daban asiento en su festín a las sombras de los antepasados, que tan grande habían hecho a Gades.

En esa pausa, mientras evaluaba las reacciones, recordó Balbo lo que le había dicho a su sobrino acerca de esas reuniones, a las que algún día tendría que acudir como *pater familias*, y también como sufete.

«Se dice que en los banquetes de sysitas puede uno encontrar la verdadera esencia de lo que somos. Porque son celebraciones mitad religiosas, mitad lúdicas, mitad de negocios, mitad asamblea política, mitad simple tradición... es una fiesta de muchas mitades».

Y, como el joven se mostraba confuso, había abundado.

«Entre los sysitas de Gades, no hay asunto que no tenga muchas partes. Se dice que, para nosotros, cada una de esas partes es como la mitad de todo el asunto. No importa que tenga diez elementos a considerar, cada uno es como la mitad».

«Eso es absurdo».

«No lo es. Es una paradoja, que es distinto. Te recomiendo que reflexiones sobre ello y que, para el futuro, tengas en cuenta esa peculiaridad. Porque lo que te estoy contando es más que un juego de palabras».

Pero volvió a lo inmediato al advertir que Baltazar Baltabol, armador y dueño de salazones y factorías de *garum*, estaba pidiendo la palabra al *magister bibendi*. Así lo llamaban, a la romana, y era, por tradición, el de más edad entre los sysitas. Este le concedió la palabra con un gesto de su copa. Balbo siguió en pie, en tanto que Baltazar le dio la réplica desde su asiento, como mandaban las tradiciones en esos banquetes.

Y habló sin rodeos, dirigiéndose a él por su nombre romano.

—Lucio Cornelio, respetado sufete, cuestiono tu interpretación de los signos que se vieron durante la fiesta de los atunes.

Balbo sonrió con falsa amabilidad. Baltazar era listo, quizá el más peligroso de todos sus enemigos políticos en Gades. Buena prueba de ello era que había optado por rebatirle en el preámbulo mismo de lo que iba a decir. Tomó su copa con calma. Bebió despacio, consciente de que el silencio se había hecho ahora espeso.

—¿Sugieres que he mentido? ¿O que me equivoqué?

—Nadie podría pensar lo primero de ti.

Balbo dejó la gran copa de oro sobre su mesa. Paseó el dedo por el borde, esperando en vano que el otro añadiese algo. Desde luego, era una suerte que Baltazar no fuese el líder del bando que iba cuajando en su contra en Gades, como una nube de tormenta que ganaba volumen y negrura antes de descargar. Habló.

—Las señales son claras y no soy el único que las interpreta así. Y, en todo caso, no nos dicen nada que no sepamos. Sólo confirman lo que ya sabemos.

Se estiró, los dedos aún sobre la copa. «Eres listo, Baltazar, pero Lucio Cornelio

Balbo no anda manco en eso. Y tiene a la razón y a los dioses de su parte». Contempló a la reunión de varones de ropas magníficas y barbas pobladas, entre las luces y las sombras. Los reyes del mar y del comercio de Occidente.

—Sí, sysitas. Lo que el dedo de los dioses nos señala, ya lo habíamos apreciado gracias a nuestro propio entendimiento. Se preparan nuevas turbulencias en Roma y, como en anteriores ocasiones, no podremos estar al margen. Siempre se ha dicho que si Gades es un barco, nosotros somos sus patrones. Y los buenos patrones maniobran no cuando la tormenta está ya encima, sino antes, al advertir lo que se avecina, gracias a sus conocimientos de la mar y los vientos.

»En este caso, dada la gravedad de lo que se prepara y lo mucho que nos jugamos, opino que estamos obligados a cambiar el rumbo con firmeza y de forma drástica.

Volvió a guardar silencio para observar de nuevo a sus oyentes. Rostros que lo decían todo, ya que los mercaderes de Gades, tras siglos de comerciar con gentes de tierras lejanas y con frecuencia de idiomas desconocidos, sabían componer expresiones con un arte notable. Era una especie de lenguaje mímico con el que mostraban aprobación, duda, reproche, desinterés... Incluso las expresiones inescrutables eran en sí mismas un mensaje.

—Desde hace generaciones, sabemos que la neutralidad no es posible. Los abuelos de nuestros abuelos no tomaron partido por capricho, cuando Roma y Cartago chocaron en Hispania. Tuvieron que elegir entre romper sus viejos tratados con Cartago o enfrentarse a Roma. Eligieron lo primero y eligieron bien. Sobrevivimos.

»Los de más edad entre los aquí presentes tuvisteis que hacer otra elección igual de transcendental hace unos años. Apoyar al Senado romano o al rebelde Sertorio. Optasteis por los primeros, aunque en aquellos momentos parecía que el segundo iba a vencer y a formar reino propio en Hispania. Pero, de nuevo, la decisión fue acertada y Gades sobrevivió.

Bebió despacio, no por sed o placer, sino para marcar una pausa dramática.

—Pero no creo que ninguno de los presentes sea tan ingenuo como para creer que esa ha sido la última gran guerra entre romanos. Ni a Oriente ni a Occidente quedan ya enemigos de talla para Roma. Tal vez sólo el imperio parto. Pero eso no les ha traído la paz. Puesto que ya no encuentran enemigos fuera, se revuelven los unos contra los otros. Y, cuanto más grande se hace su ecúmene, con más saña pelean.

»Viviremos más guerras civiles romanas y no podremos mantenernos al margen. No podremos decir: no va con nosotros. No elegir sólo llevará a que ambos bandos nos vean como enemigos y nos ataquen. Eso nos abocaría a la destrucción. Ejemplos de sobra hay, y todos los conocemos. —Paseó los ojos por la concurrencia, tomando de nuevo nota de cada expresión—. Hasta ahora, Gades ha tenido suerte. Pero quien se confía a ciegas a la suerte, tarde o temprano naufraga. Antes o después se producirá una nueva crisis militar entre romanos. Y creo que no tardará. Así como el

levante agitó los estandartes para avivar los emblemas de nuestros antiguos enemigos, así nuevos conflictos se están gestando a oriente de Gades, en Roma. Conflictos que son una amenaza para nuestra supervivencia. —Otra pausa dramática, antes de la conclusión—. Es preciso que seamos más activos.

Fueron varios los que pidieron la palabra. Pero el viejo decano, *magister bibendi*, de enormes barbas blancas, alzó su copa de oro para indicar que ejercía la prerrogativa de hablar.

—¿A qué te refieres con ser más activos?

Balbo se tomó aquella pregunta como otra señal de los dioses. Tenía aliados en ese convite, dispuestos a formular una pregunta parecida. Pero la intervención del decano, un hombre fuera de toda sospecha, lo hacía innecesario.

—He reflexionado durante largo tiempo. No vengo a vosotros con ningún arrebato, sino con los frutos de esa reflexión, tras sopesar los distintos factores en juego. —Alzó de repente la voz—. ¡Sysitas! Mientras Gades tenga el actual tratado con Roma, estaremos siempre en peligro.

Aquello sí que les pilló a todos por sorpresa. Nadie se lo esperaba, pues ni a los más íntimos les había confiado aquel giro en su discurso. Tras unos instantes de inmovilidad estupefactos, fue como si una marejada sacudiese a los sysitas, como aguas bajo el soplo de una brisa repentina. Y, pasados los primeros momentos de asombro, Ahinadab Magdadab estalló. Ahinadab, armador, banquero y sufete como él. También enemigo personal y cabecilla del partido que se oponía a sus planes.

—¿Qué dices? ¿De qué hablas? ¿Qué pretendes? —Las frases le salían a estallidos, de pura indignación—. ¿Cuestionas el tratado con Roma? ¿Cómo te atreves a faltar al respeto a los senadores que negociaron con los romanos durante...?

El *magister bibendi* cortó su discurso al tender hacia él la copa con vigor, para darle a entender que estaba rompiendo las normas, al hablar sin haber sido autorizado. Luego se pronunció él mismo.

—Sufete Balbo. El tratado con Roma no es perfecto ni el ideal. Pero es lo máximo que en su día pudimos conseguir. Sólo gracias a años de porfiar, de mover influencias, de repartir sobornos por muchas manos, logramos que se proclamase y se suscribiese. Yo fui uno de los negociadores, tu padre, otro. Por eso sé de lo que hablo y me duele que ahora pongas en tela de juicio la gestión que realizamos.

—*Magister*, te pido disculpas. Nunca he querido menoscabar la dignidad de nadie. Me he expresado mal. No hay duda de que el tratado logrado hace dieciocho años es mucho mejor que el de los tiempos de Aníbal y Escipión, que era poco más que los que les imponen a los pueblos vencidos. Pero aun así es lesivo, nos sigue tratando como súbditos de Roma y no debemos resignarnos.

Ahinadab estaba reclamando la palabra, por lo que el decano se la concedió con el ceño fruncido, recordando la interrupción previa.

—¿Y qué propones? Ni con argumentos ni con dinero hemos conseguido nada. ¿Qué quieres tú? ¿Crees que podemos presionar al Senado romano para que apruebe

un tratado mejor?

Balbo no se dignó a responder de manera directa, sino que cazó la oportunidad al vuelo. Se irguió en toda su estatura, en las sombras agitadas por las luces de las lámparas. Abrió las dos manos para hablar con voz potente.

—¡Cierto! Ni con razones ni con sobornos conseguiremos un nuevo tratado. Ningún magistrado romano, por mucho que simpatice con Gades, o por mucho que le llenemos los cofres de oro, defenderá ante su Senado una mejora en el tratado.

Tomó aire, paseó la mirada por la concurrencia, haciéndolo de tal forma que cada uno de los presentes tuvo la ilusión de que le miraba a él a los ojos.

—Esta causa tenemos que exponerla en Roma. Y, cuando digo exponer, hablo de estar allí, trabajando por ella el tiempo que sea necesario, los años que sean precisos...

Y ahí Ahinadab estalló:

—¡Y tú eres el hombre idóneo, claro! ¿Nos has tomado por...?

No acabó porque el *magister bibendi*, furioso por esa segunda ruptura de las reglas del banquete, le tiró su copa de oro a la cabeza. Ahinadab logró hurtarse al proyectil, que pasó volando junto a su oreja, salpicando vino, para perderse más allá de la penumbra de las luces. La oyeron dar botes en la oscuridad, tintineando y repicando.

—¡Calla mientras no tengas la palabra! ¡Impío! ¡Recuerda que estamos ante los dioses, junto a las sombras de los antepasados!

Barbotaba furioso. Le costó a Balbo no reírse. El decano era muy anciano, de esos a los que la edad vuelven cascarrabias y poco dados a la medida. De lo que, si creían que se les estaba faltando al respeto, se encrespaban como el mar y la emprendían a bastonazos.

Aun así, los años no le habían robado entendimiento, por lo que, entre la marejada de murmullos, exigió otra copa. El jefe de los esclavos le puso en las manos una más grande y pesada que la anterior, no se sabe si para que le costase más arrojarla o para que, en caso de hacerlo y acertar, hiciese más daño a quien faltase a las reglas del convite. Alzó esa copa, una vez que le hubieron escanciado vino. Habló sin rastro de cólera en la voz.

—Prosigue, sufete Balbo.

—En efecto, soy el hombre idóneo. ¿Y por qué? Lo primero de todo, por mi condición de ciudadano romano, que nadie en esta ilustre asamblea comparte. Esa ciudadanía es la que me abrirá puertas hasta ahora cerradas a los gaditanos, no importa su fortuna o condición.

»Supongo que todos aquí han oído rumores sobre que me dispongo a viajar a Roma. Digo rumores porque yo no he hecho ningún anuncio. Son todo cotilleos de sirvientes que han ido corriendo de boca en boca.

»En este lugar y ahora os lo confirmo. El propretor Julio César me ha invitado a acompañarle en su regreso, cuando deje el cargo en Hispania. ¿Qué viento mejor que

ese para zarpar?

»He aceptado. Me marcharé de Gades en breve y no será por corto tiempo. Dejaré mi magistratura y mis negocios a cargo de mi hermano, Publio Cornelio.

Se apoyó a dos manos sobre la mesa. Observó los rostros, atentos al chisporroteo de las mechas.

—Y esta es una oportunidad única para buscar otro tratado, mejor que el de hace dieciocho años. Puedo conseguirlo. Empeño en ello mi palabra. Pero, para trabajar en esa dirección, necesito un encargo formal del Senado gaditano. Debo tener capacidad de hablar y de negociar en nombre de Gades.

Se veía a Ahinadab al borde del estallido, aunque esta vez no osó interrumpir. Además, se le adelantó Baltazar al pedir la palabra al decano. Y Baltazar era un enemigo más peligroso, porque no le perdía como al otro su soberbia.

—Pides mucho. Y no debemos soslayar el hecho de que tanto tú como tu familia sacaréis grandes beneficios si te damos la representación formal de Gades ante Roma.

—Pensad esto: si tengo éxito, todos ganaremos. En cambio, si fracaso, Gades en su conjunto y cada una de vuestras familias y vosotros mismos os quedaréis como estáis ahora. Pero ¿y yo? Habré perdido no sólo tiempo y dinero, sino también mi prestigio.

—Admite que, en caso de lograrlo, la familia Balbo sacará más que las demás.

—No voy a negarlo. A cambio, soy yo el que asume los riesgos. Riesgo para mi dignidad y también para mi vida, porque Roma es peligrosa. Pero... —Golpeó con fuerza sobre la mesa, con la palma abierta, de forma tan inesperada que sobresaltó a sus oyentes—. Pero ¿cuándo han arredrado a hombres como nosotros los riesgos? ¡Nunca, si la ganancia lo merecía! Por eso somos los sysitas: los más ricos, los más poderosos. Por eso estamos aquí, un año más, celebrando la prosperidad de Gades y de nuestras familias. Somos la aristocracia de la pesca y el comercio. Sabemos cuándo arriesgar y cuándo ser prudentes. ¡Es tiempo de arriesgar porque no nos queda otro remedio! ¡Confiadme la misión!

Reinaba un silencio absoluto entre los presentes. Esclavos y músicos se mantenían lejos de las mesas, entre las sombras. Chisporroteaban las mechas de las lámparas, suspiraba el viento entre las copas de los olivos. Al titilar de las llamas, los rostros de los sysitas parecían máscaras de teatro. Y, por la mayor parte de esas expresiones, supo Balbo que había ganado.

Iba a iniciar una expedición mucho más ardua y azarosa que ninguna de las que le había llevado a puertos lejanos, en los barcos de la familia. Más que ninguna de las campañas en las que había participado bajo las águilas romanas. Porque de un naufragio, de una derrota, puede uno rehacerse. De un fracaso de esa envergadura, no.

De fallar, tendría que ceder el patriarcado y no sólo sus magistraturas. Habría de exiliarse en alguna de las viejas colonias fenicias al otro lado del Estrecho, o quitarse la vida al estilo romano.

Pero ahora se sentía exultante. Con el rabillo del ojo, captó una figura justo en el límite de la luz de las lámparas. La sombra de su padre había acudido. No le sorprendió. ¿Acaso no se celebraba esa cena junto a la necrópolis con plena intención? En presencia de los dioses, junto a las sombras de los antepasados.

Recordó la fiesta de los atunes. Cómo la primera red izó una carga desbordante de pescado. Se le ocurrió que era una señal, otra más. No tanto por la abundancia de pesca sino por el hecho de que aquello había sido posible gracias a que de la red tiraban desde varias naves. De haber estado pescando cada una por su lado, la suma de lo obtenido por todas habría sido una fracción de lo logrado así. Sí. Era un aviso, y debía para el futuro procurar no olvidarlo.

Casa de los Balbos. Ciudad de Gades. Mayo

No creyó nunca Balbo que informar a su madre de su marcha fuera a ser trago agradable. Pero tampoco esperaba la tormenta que tuvo que soportar en las estancias de esta. Y encima justo allí. De pequeño, los aposentos de Sofronisba le atemorizaban: siempre en penumbras, llenos de las luces misteriosas de las lámparas votivas, encendidas ante los bustos helenizantes de ilustres antepasados cartagineses. Efigies que la familia de ella salvó en su día de la destrucción de Cartago y que a esa familia volverían tras la muerte de ella.

Y ese temor volvía a rondarle cada vez que entraba en esa ala de la casa. Aunque en este caso era más de temer la ira de los vivos que la cólera de los muertos. Porque Sofronisba, cubierta de velos blancos y azules, iba de un lado a otro, y sólo se detenía para agitar las manos como garras ante las barbas de su hijo mayor.

—¡Traicionas la memoria de los antepasados! —chillaba—. ¡Ellos te castigarán! ¡Eras el custodio de su legado!

Balbo, con una de sus túnicas blancas de bordados rojos y cinto ancho de cuero, procuraba mantener la calma y escogía respuestas no demasiado hirientes.

—Me preocupo más por el futuro de nuestros descendientes que por la memoria de los antepasados.

—¿Qué porvenir? ¿Uno de esclavos, doblegados a la voluntad de los romanos?

—Exageras, madre.

—¿Exagero? —casi aulló—. Has cedido a las pretensiones de César. Has convencido al Senado para que se prohíba quemar vivos a los reos. Una tradición milenaria...

—Una costumbre que los romanos ven con horror. La consideran propia de bárbaros.

—¡Es una práctica sagrada!

—Es un maldito estorbo. Y, como estorba, debemos prescindir de ella. Máxime cuando Julio César la ha prohibido en toda la Hispania Ulterior.

—¡Aquí no tiene autoridad para eso! ¡Nuestro tratado...!

—¡A la mierda el tratado, madre! —perdió por fin la paciencia—. Nuestras leyes deben adecuarse en lo posible a las romanas y, siempre que no suframos merma, acceder a los cambios normativos que se nos pidan. Eso hará más fácil obtener un nuevo tratado.

Sofronisba alzó las manos, como poniendo a los cielos por testigos de la impiedad de su hijo. Este aprovechó la pausa del gesto para cortar por lo sano.

—No tengo tiempo, madre. He venido a despedirme y me parece absurdo malgastar este encuentro discutiendo algo que no tiene vuelta atrás.

Eso hizo que ella se parase en seco. Se detuvo junto al busto de un varón con casco helénico, nariz aguileña y barba ensortijada.

—¿Cuándo te vas?

—Es cuestión ya de días. Julio César está en Corduba, rematando algunos asuntos pendientes. Tiene que partir de inmediato a Roma si quiere llegar a tiempo para presentar su candidatura a cónsul. Dejará al mando de la provincia a su cuestor. Y yo le seguiré, apenas haya atado algunos negocios aquí.

Un silencio sucedió a esa afirmación. Ella se llegó hasta la celosía de madera. Entraba el sol por los calados, trazando dibujos de luz en el suelo, y las motas de polvo danzaban en los rayos de luz. Contempló ella la calle a través de los agujeros, quizá para no encontrar sus ojos con los de su hijo.

—Imagino que estás muy ocupado con los preparativos.

—Mucho.

—Aun así, procura venir a despedirte de tu madre antes de partir. No debemos desaprovechar la última ocasión que tendremos de vernos en esta vida.

Balbo descruzó los brazos.

—¿Por qué dices eso? No me gusta que hables así, madre.

—Te guste o no, es la verdad. Te marcharás a Roma y no nos veremos más. Te quedarás años allí y antes de que regreses, si es que lo haces algún día, yo me habré ido a las sombras. Te lo repito: no te vayas a Roma sin venir a ver por última vez a tu madre.

Él no supo qué responder. Reprimió el gesto de meterse los pulgares en el cinto. Luego, confuso, turbado, se acercó a ella para besarle las manos. Era un gesto de respeto hacia un mayor, aunque harto formal entre hijo y madre. Se le ocurrió a él mientras abandonaba la casa, desazonado, que no por nada el instinto le había llevado a hacer eso y no a un abrazo o a cualquier otro acto filial. Era el paradigma de lo que había sido la relación entre ambos desde que abandonó la infancia. Y también, de algún modo, la aceptación de que ella tenía razón y de que habrían de despedirse para siempre.

Al sureste de la isla de Cerdeña. Unos días después

Rompía la mar con fuerza creciente contra la amura de babor. Ya algunas olas barrían la cubierta de banda a banda. Volaba la birreme sobre las aguas bravas, con los remos recogidos y las velas desplegadas, dando guiñadas cada vez más acusadas y algún que otro pantocazo que levantaba surtidores de agua con estruendo ensordecedor. Chascaban velas y jarcias. Crujían cuadernas y tablazones. Los marineros se afanaban en achicar, en halar de las drizas o en sujetar a compañeros mientras estos trabajaban, para evitar que un golpe de mar se los llevase.

A popa, descalzos para afirmarse mejor sobre la tablazón, sujetos con cabos a la cintura y empapados, Balbo y su hermanastro Cartalón gobernaban cada uno una barra de timón. Entre los golpes de olas y el rugido del viento, bien coordinados, cargaban al unísono sus pesos sobre las espadillas, para coger de amura las olas. Balbo, chorreando agua salada, reía a carcajadas cada vez que la nave subía y bajaba como un caballo desbocado. Cartalón en cambio maldecía a gritos a Yam, dios fenicio del mar, y a Baal Hammón, señor de los vientos.

Al cabo, luego de que una ola casi les arrancase de la popa, el segundo se revolvió contra el primero, que volvía a sus risotadas. Con el agua corriéndole por el rostro y las barbas, bramó por encima del rugir de los elementos.

—¿Pero qué te pasa? ¡Loco! ¡Merluzo! ¿Te hace gracia la idea de morir ahogado? ¿Por qué quieres desafiar a los dioses con tus burlas?

—¿Que yo desafío a los dioses? ¿Yo? —Balbo reía a pleno pulmón, al tiempo que parpadeaba para librar a los ojos del agua salada—. ¡Moro nómida! ¡Eres tú el que no para de insultar a los dioses!

—¡Los maldigo por la que nos están echando encima, pero no les reto a sacudirnos todavía más fuerte! Yam y Baal Hammón son dioses para hombres de pelo en pecho, no para perros que agachan las orejas cuando les apalean.

Balbo volvió a reír.

—Pues parece que están dispuestos a comprobar lo muy hombres que somos, porque el temporal va a más.

—Lo mucho que lo somos nosotros o lo que lo son esos que tenemos detrás. No desisten los malditos... ¡A babor!

Balbo echó todo su peso sobre la barra del timón de estribor, en sintonía con su hermanastro, que gobernaba la de babor. La nave cogió de amura una ola más alta. Subió y bajó sin que la cresta rompiese contra la proa. Luego, Balbo echó una mirada a la espalda.

Sí, ahí seguían a su estela. Dos liburnas de piratas que habían tratado de abordarles durante la recalada al sur de la isla de Cerdeña. Volaban a su caza, con las velas principales y las pequeñas de foque desplegadas, a través de un mar azul cada vez más picado.

Una nave mercante normal habría caído en sus garras, porque eran dos buenas

liburnas, rápidas como avispas. Pero Balbo, para su viaje marítimo hacia Roma, no había elegido un buque cualquiera. De entre todos los barcos de la familia, había optado por el *Gallus Ruber*, una birreme mucho más sólida, guerrera y veloz que las demás mercantes. Un buque híbrido que los Balbos usaban para el transporte de cargas efímeras o muy valiosas. Y que estaba al mando de su medio hermano Cartalón.

En la recalada al sur de Córcega, enfilando ya hacia la península itálica, las dos liburnas habían caído sobre ellos. Pero, sin duda para asombro y consternación de los piratas, la *Gallus Ruber* había escapado a golpe de remo. Y a su vez, para consternación y asombro del capitán de esta última, y de su pasajero y armador, las dos embarcaciones piratas, sin darse por vencidas, se habían internado en mar abierta, en su persecución.

Una caza que ni siquiera interrumpieron al cambiar el tiempo y comenzar a picarse la mar.

—¡Esto es insólito! —gritó Cartalón sin apartar los ojos de la proa, porque el principal peligro estaba ahora ahí, en la naturaleza y no en los hombres.

—¿El qué?

—Los piratas son oportunistas. Si se les estropea una captura, no insisten. Como se suele decir, el mar está lleno de peces.

—A no ser que tengan especial interés en esa captura en concreto.

—Mucho interés tienen que tener. Las liburnas piratas no se apartan de la costa, excepto para viajar de un punto a otro.

—¡Pues estas sí!

Balbo se pasó la mano por el rostro. Le escocía porque se había hecho afeitar la gran barba y tenía la piel todavía algo tierna. Y porque aún al barbero más hábil le costaba manejar con habilidad la navaja estando en la mar.

Otra mirada a popa. Ahí seguían a la zaga, sin acortar distancia, pero tampoco sin ganar. Había que forzar la mirada, tanto por las guiñadas y bordadas de su propia nave como porque las liburnas piratas estaban pintadas de tonos grises y verdosos, para mejor camuflarse en el mar. Hasta las velas eran azuladas. Velas desplegadas que eran su única propulsión, ya que con aquellas olas los remos resultaban inútiles.

Era un día muy propio del Mediterráneo, de cielos limpios, con unas pocas nubes blancas y un mar azul lleno de reflejos de sol, en el que de repente habían comenzado a levantarse viento y mar. Uno de esos temporales repentinos que sorprendían a las naves lejos de la costa y llenaba el fondo de pecios y ahogados.

—¡Esos cabrones quieren nuestro pellejo! —gritó Cartalón.

—Está claro, hermano. La pregunta es ¿por qué?

Otra mirada por encima del hombro. Con una mar tan alborotada, y arreciando, las embarcaciones como esas tenían que buscar refugio en la cosa. En general, cualquier nave excepto veleros como los que usaban los gaditanos para la navegación oceánica. O rarezas como la *Gallus Ruber*, que tenía trampillas con las que cerrar las

portas de los remos. Los marineros hacía tiempo que habían retirado estos y encajado dichas trampillas, antes de sellar los resquicios con estopa.

Cualquier nave de remos normal, como esas dos liburnas, arriesgaba mucho en mar picada, porque el agua entraba por cubierta y por las portas de los remos. Y la tripulación no daba abasto para achicar. Casi no lo daba la tripulación del *Gallus Ruber*, con todo lo preparada que estaba la nave, así que esos dos barcos de piratas...

—Está muy claro. Quieren tu cabeza.

—¿Y por qué no van a querer la tuya? ¿A quién le has colocado mercancía estropeada? ¿A la hija de quién has engañado?

—¡Serás besugo! Sabes que tengo razón.

Claro que lo sabía. Era el segundo ataque de piratas que sufrían en ese viaje. Ya habían tratado de abordarles, tres naves en esa ocasión, al sur de la isla Frumentaria. [12] ¿Y ahora también aquí? En los dos lugares lógicos en los que habría de recalar una nave que viajase de Gades a Ostia con cierta prisa, cruzando el mar. ¿Podía ser casualidad?

—Cartalón. ¿Tanto pirata hay? Yo creía que el mar estaba bastante limpio desde la campaña de Pompeyo.

—Estaba. Pero los piratas son como las chinches, siempre vuelven a aparecer.

—Pero no hay tantos como antes.

—No. Por eso te digo que estos vienen a por ti.

—¿Y si nos están persiguiendo por pura cabezonería? Por soberbia de ver que se les escapa una buena presa que creían segura.

—Lo dudo. Uno no dura mucho en la mar con esa actitud.

El buque dio una gran guiñada. La siguiente ola rompió contra la amura, de forma que una catarata de agua salada y espuma barrió la cubierta. Ellos se aferraron a las barras de los timones mientras les alcanzaba el golpe de mar. Balbo gritó con el rostro inundado de agua.

—¡Tú y tu teología de taberna, hermano! Dirás lo que quieras, pero me parece que a los dioses del mar y el viento no les hace ninguna gracia tu pintoresca forma de rezarles.

Cartalón, recio, barbudo, con la túnica empapada pegada al cuerpo, fue el que se echó a reír ahora.

—¡Te equivocas, sacerdote de los Baales Pequeños! ¡Mira a popa!

Balbo giró medio cuerpo. Tardó unos instantes en distinguir algo entre el oleaje. Una de las liburnas había naufragado, seguramente por haber embarcado demasiada agua o por un mal golpe de mar. Entre el agitar de olas azules y espuma blanca llegó a distinguir la nave muy escorada, con la vela rasgada y empapada.

¿Y la otra nave? La buscó con los ojos. Juró en fenicio de ribera.

—¡Cobardes! ¿Ahora viran? ¡Huyen dejando a los suyos a la muerte!

En efecto, los de la otra liburna, atemorizados de repente por el destino de sus compañeros, viraban en redondo. Era obvio que pretendían correr el temporal, de

regreso a la costa, sin ayudar a sus compañeros, que se irían todos al fondo con ese oleaje.

—Es la ley del mar, hermano... ¡A babor!

Balbo regresó su atención a la proa. Asentó los pies descalzos sobre la cubierta y cargó todo su peso sobre la barra. Sólo cuando la hubieron rebasado apostilló Cartalón a gritos.

—¡Los dioses o los parientes de los ahogados los castiguen!

—Preferiría que llegasen vivos a la costa, la verdad.

—¿Y eso? ¿Estás prestando oídos a alguna secta de filósofos compasivos? Por mí, así se los coman a todos los peces.

—Por mí también. Pero me gustaría saber el porqué de esta persecución.

Tuvieron que tomar otra ola que de nuevo barrió la cubierta. Cuando pasó, Cartalón escupió un buche de agua de mar.

—Eso se puede arreglar.

—Ya lo sé. Por eso te lo digo.

—Pues más adelante. Ahora atentos, si no queremos irnos al fondo como los de esa liburna. Aunque, de ser así, podrás preguntarles a ellos, en el fondo del mar.

Balbo se carcajeó de nuevo.

—Gracias, hermano. Prefiero esperar.

Campo de Marte. Roma. Junio

César estaba con parte de sus soldados en el Campo de Marte, en Roma. Tal como le habían dicho a Balbo en el puerto de Ostia. Pero poco, o más bien nada, había en ese campamento de aquellos otros de disciplina férrea en los que habían vivido durante la campaña lusitana. Se mantenía el trazado de calles y la disposición de tiendas. Poco más. Parecía más un acantonamiento de mercenarios o de bárbaros. Era una confusión de soldadesca, tahúres, putas y vinateros, en la que reinaba el desorden, el tumulto y en algunos puntos la suciedad.

—Estará Julio César que echa espuma —comentó Hermógenes Galo, uno de sus hombres de confianza, mientras se abrían paso entre aquella turbamulta.

—O no. ¿Quién sabe, amigo? Cayo Julio es un hombre de verdad impredecible. Y esa es una de sus mejores armas. Sus enemigos nunca están seguros de por dónde va a salir.

—Pero, patrón, contento no puede estar si... ¡aparta, borracho!

Acompañó ese exabrupto con un empujón a dos manos que rechazó a un beodo que quiso pasar entre ellos, dando traspiés y con un pellejo de vino en la mano. Hermógenes era grande y fuerte, y su empujón mandó al otro de culo al suelo. Ahí se quedó, sentado, con cara de estúpido, como si no entendiese qué había ocurrido, y sin soltar la bota.

—Gracias, hombre. Pero te ruego que seas menos expeditivo, no sea que provoquemos una pelea.

—Se nos echaba encima, patrón.

—Sólo es un borracho.

—¿Y cómo estar seguros de eso? Las aglomeraciones como estas son propicias para los asesinatos. Si yo fuera un sicario, aprovecharía una situación así y me haría el borracho para llegar hasta mi víctima. Le metería una buena puñalada en las ingles sin que nadie se diera cuenta.

—No te falta razón. Y te agradezco que veles por mi seguridad, de verdad. Pero creo que sería conveniente que, la próxima vez, advirtieras en latín. Si pueden entenderte, tendrán una oportunidad de apartarse antes de que les sacudas.

Hermógenes asintió, disgustado consigo mismo al darse cuenta de que, en efecto, había hablado en gaditano, que era el idioma con el que había ido conversando con su patrón. Aquel detalle era señal del tiempo que ese griego de Emporiae, de madre gala, llevaba al servicio de la familia Balbo. Grande, fuerte, muy rubio, bravo, había sido una de las manos derechas de Balbo el Viejo y ahora lo era de su hijo, que no había dudado en llevarlo consigo a Roma.

Roma. Allí delante, a unos cientos de pasos, con sus murallas y sus *domus* en las laderas de las colinas. Pero, de momento, era como si estuviese en la otra punta del mundo. Porque César se hallaba atascado en el Campo de Marte por culpa de las argucias legales de sus enemigos en el Senado. Y los soldados que habían viajado con

él, aburridos y sin nada que hacer, malgastaban a manos llenas los botines y soldadas de años de servicio armado.

—Patrón, César tendrá algún plan, ¿no?

—Seguro. No van a ser las maniobras de unos politicastos las que frenen a un hombre como Cayo Julio.

César había salido de Hispania antes que él, tras varios meses de actividad legislativa y administrativa frenética. Había puesto gran empeño en las heridas que seguían abiertas tras la guerra de Sertorio, indultando, condonando deudas. Podía alardear, sin mentir, de que por fin, tras largos años de inquinas, había logrado pacificar la Hispania Ulterior. Un éxito nada desdeñable que mostrar en Roma.

Al llegar, acampó en el Campo de Marte, la pradera que ocupaba el meandro del Tíber ante la ciudad. Así lo mandaban tradiciones antiguas hechas leyes. Porque Julio César gozaba de *imperium* en función de su cargo. Y eso le impedía hollar el pomerio, el perímetro sagrado de Roma. Para atravesarlo, debía despojarse de su *imperium*. Y, para poder hacer tal cosa, el Senado debía antes otorgarle ese desfile, el triunfo, por el que tanto había porfiado en las zonas más remotas de Hispania.

Pocos como Balbo sabían lo mucho que ansiaba César ese triunfo y hasta qué punto estaba eso ligado tanto a su *dignitas* como a la estrategia electoral. Por desgracia, entre los que sí lo sabían estaban sus enemigos políticos. Y por eso habían maniobrado en el Senado para impedir que se fijase la fecha del triunfo. Pues si conseguían retrasarlo lo suficiente, impedirían que presentase a tiempo su candidatura a cónsul.

Por supuesto que Julio César estaría rabioso, pero sería para sus adentros. Ese hombre se tomaba la política de igual manera que la guerra. Estudiaba los actos de sus adversarios políticos con el espíritu del general que vigila los movimientos de ejércitos enemigos. Si los *boni* esperaban sacarle de sus casillas con esas tácticas, si creían que iba a cometer alguna imprudencia o algún acto que menoscabase su *dignitas*, era que todavía no sabían de verdad quién era Cayo Julio César.

Balbo no esperaba encontrarle espumando de ira delante de sus subordinados, pero tampoco jubiloso. Sin embargo, más o menos en ese estado se hallaba cuando el gaditano llegó a la tienda roja del general. Este tuvo sus propios motivos de pasmo al verse ante el visitante. Sus primeras palabras, al salir a abrazarle a las puertas mismas de la tienda, fueron:

—¡Tu barba, Tartesio! ¡Cabezas de Vulcano! ¿Qué has hecho con tu barba?

El gaditano se pasó la mano por la mandíbula, sonriendo con truculencia. El viaje en barco de Hispania a Italia, al aire, el sol y el salitre, le habían atezado ya las mejillas. Pero ni mucho menos se había acostumbrado a la falta de esa barba que luciera desde que abandonó la pubertad.

Y César no se iba a conformar con una sonrisa por respuesta.

—¿Por qué te has afeitado, hombre? ¿Es una promesa a los dioses? ¿Un capricho?

—No. Lo he hecho porque tengo la impresión de que así será más fácil que me acepten en Roma.

A otro le habría asombrado esa explicación. No a César que, con expresión de astucia, le invitó a entrar en su tienda. Y que, casi caviloso, se acercó hasta una mesa de campaña a servir él mismo dos copas de vino puro, sin importarle que hubiera allí esclavos que podían hacerlo.

Había comprendido en el acto. Una barba florida podía ser motivo de prestigio en Gades, ciudad de alma fenicia, pues lo fenicio estaba en lo gaditano como el cobre lo está en el bronce. No importaba su mestizaje con las poblaciones locales, las influencias helenísticas o las más recientes romanas. Su poso más profundo era fenicio.

Pero esas mismas barbas no sólo llamarían demasiado la atención en Roma, sino que le catalogarían como extranjero. Extranjero, sin importar que gozase de ciudadanía romana. Predispondrían a muchos contra él, porque los hombres cetrinos, de nariz curva y barbas espesas se correspondían con la imagen popular que en Roma se tenía de los cartagineses. Y el recuerdo de Cartago seguía arrojando su sombra sobre las calles de Roma. Los romanos reaccionaban mal ante todo lo que sonase a cartaginés, a pesar del tiempo transcurrido.

Así que no era de extrañar que Balbo, tan pragmático como el propio Julio César, hubiese prescindido sin remordimientos de un adorno que había sido parte de él durante toda su vida adulta.

César se giró con una copa en cada mano.

—Vino albano. Del de verdad, no del que os cuelan en Hispania.

Se le achicaron los ojos al romano, porque lo que veía ahora confirmaba su razonamiento. Mientras estuvo escanciando, Balbo se había despojado de la capa de viaje. Y debajo vestía una túnica de corte mucho más romano que las que gastaba en su tierra natal. Aunque eso no era óbice para que tal prenda mostrase ciertos toques exóticos. Conociendo a Balbo, eso era cálculo y no error. César a punto estuvo de sonreír. Acababa de recordar los detalles de extravagancia que él mismo se permitía en el atuendo cuando era más joven y quería hacerse notar.

Balbo no llegó a imaginar esas reflexiones, más que nada porque estaba ocupado a su vez valorando el interior de la tienda. Lo mismo que en campaña, César vivía de forma espartana. Sin adornos ni equipo superfluo, con las comodidades básicas. Julio César amaba la buena vida, pero pesaba todavía más en él la ambición, y sabía que la austeridad, ahora, le servía para crear su leyenda.

Bebieron con largueza. A César le brillaban los ojos, tanto por el vino como de malicia.

—¿Te das cuenta de cómo son estos idiotas de *boni*? Creen que demorando la celebración de mi triunfo conseguirán impedir que me presente a cónsul para el año próximo.

Antes de contestar, su visitante dio otro buen trago, más por gusto que por sed.

—¿A qué tanto encono?

—¿Y me lo preguntas? A esos asnos con toga les salen ronchas de sólo pensar que yo pueda ser cónsul *senior* el año que viene.

—No es eso lo que pregunté. Lo que me gustaría saber es si hacen todo esto por rivalidad política o también hay algún motivo personal.

César bebió a su vez, de repente pensativo. Le arrebató luego la copa a su visitante y se fue a rellenarlas.

—Buena pregunta, amigo.

—Me gusta saber qué aguas navego y qué peces puedo encontrar en ellas.

—Pues Roma es mar de aguas profundas y turbias. Se desatan en él tormentas terribles, a veces sin previo aviso. Y en sus profundidades acechan monstruos voraces.

Estaba llenando bien las copas, así que en esos días de inacción ante Roma debía de estar bebiendo bastante.

—Tienes razón. Algunos de los *boni* son enemigos personales míos, al punto de que estarían dispuestos a perder con tal de perjudicarme.

—¿Catón?

—Ese el primero de todos. Aunque no el único ni el más peligroso. —Sonrió—. Pero el más pesado sí, eso sin duda.

Se acercó a las puertas de su tienda. Balbo se puso a su lado y, copas en mano, observaron juntos el hormiguero que era ese campamento de disciplina relajada.

—¿Te la tiene guardada Catón porque su hermanastra es tu amante?

—Por supuesto. —Se echó a reír—. Y por aquello de la carta en el Senado, ni te cuento. Pero esos no son los principales motivos de su inquina. Lo son que me ve como la encarnación de la decadencia de las virtudes romanas. Sólo por eso me odia, de igual manera que te odia a ti.

—¿A mí? Pero si ni me conoce y acabo de llegar.

—¿Y qué? Con que seas ciudadano romano, te has ganado su odio.

—¿Por mi sangre fenicia o porque soy un provincial?

—Por las dos cosas. Catón es un fanático. Y los fanáticos comen agravios y cagan odios.

Balbo hizo gesto de sobarse la barba. Se contuvo al recordar que ya no la tenía.

—Debe de ser un tipo curioso.

César rio y bebió, con los ojos puestos en la turbamulta de soldados, putas y buscavidas que pululaban entre las tiendas y los carros.

—Lo que está es como una cabra. Y es un cansino. Lo que no quita para que sea un enemigo peligroso. Se ve a sí mismo como un guardián de las esencias romanas, las *mores maiorum*. Tiene muy claro cuáles son estas y todo lo que se sale de ellas es, según él, una amenaza para Roma. Mete en el mismo saco a hombres nuevos como Pompeyo como a miembros de viejas familias como yo, a los que considera unos degenerados.

»Y de los hombres como tú, ni te cuento. Si ya le dan retortijones al pensar que los latinos y los itálicos tienen la ciudadanía romana, imagina la colitis que le causará el hecho de que la tengas tú, que eres hispano y encima de la aborrecida sangre de Cartago.

Ahora fue el gaditano el que se echó a reír.

—Pues así reviente y se ahogue en su bilis. Seguro que no es el único con esa mentalidad.

—Sobran los que piensan como él. Es una actitud cerrada que ya nos costó las guerras sociales y que nos traerá más disgustos en el futuro. Son prejuicios viejos, no los inventó Catón. El problema es que él los ha elevado a doctrina. Él y los suyos presumen de defender a la República y a la *mos maiorum*. Y, desde esa postura, se ven legitimados para proteger a Roma de gente como tú o yo, usando casi cualquier medio a su alcance.

—Que estés liado con su hermanastra ¿contraviene, según él, las *mores maiorum*?

César se volvió adentro, riendo a carcajadas. Reía tan fuerte que, con la zurda, se tuvo que quitar la corona de hojas de roble, porque se le torcía.

—Ese hijo de cabra me la tiene guardada por eso. Y a Servilia no puede tragarla, no tanto porque nos acostamos juntos como porque ella gestiona su propio patrimonio y, para colmo, se interesa en la política. Él, como ese *hircus* de antepasado suyo^[13] al que trata de imitar, opina que la política y los negocios debieran estar reservados a los varones y prohibidos a las mujeres.

»Quiero que conozcas a Servilia. Te la presentaré... en cuanto pueda entrar en Roma. *Hirce boni!*

Dejó la corona cívica sobre la mesa y escanció por tercera vez.

—Ya que hablamos de eso, tenemos que preparar tu propia entrada en Roma.

—¿Es que no puedo aparecer sin más?

—¡Ja! No, amigo. En Roma las cosas no se hacen así. —Le tendió la copa—. Aquí, si uno ocupa cierta posición, debe estar pendiente de los detalles. Son los detalles los que marcan la diferencia.

»Es importante que hagas una buena entrada. Una memorable. Que te vean. Que les quede claro que eres alguien. Y, además, las calles de Roma son cada día más peligrosas. Tanto por tu seguridad como por tu dignidad, es importante que tengas una escolta adecuada.

Volvió a la entrada. Habló con la copa en la mano, con los ojos puestos en el exterior.

—Dame un día. Un día para planear una entrada que sea sonada sin ostentación.

—No pierdas tu tiempo en algo así.

—Me sobra tiempo, gracias a esos *vetuli* de *boni*. Y no es capricho ni diversión. Se trata de realizar una jugada política.

—Que tendrá unas gotas de venganza contra los *boni*, supongo.

El otro no se volvió, pero por su actitud se notaba que sonreía. Alzó el índice por

encima del hombro.

—Por supuesto, amigo. De lo contrario, César no sería César.

Roma. Tres días después

No. Ni Roma decepcionó a Lucio Cornelio Balbo, ni este decepcionó a Roma. Lo primero fue gracias a que el gaditano —que disponía de información excelente sobre la capital— no esperaba otra cosa que lo que se encontró. Caso bien distinto fue el de muchos de los que con él iban, sus paisanos al menos, que se llevaron un chasco en algunos casos monumental.

Se percibía en sus rostros, en sus formas de caminar, en las frases que cambiaban casi entre dientes. Era comprensible. ¿Acaso no era esta Roma, la poderosa? La ciudad más importante del mundo. La dominadora de Oriente y Occidente. La República que había sometido por igual a tribus pequeñas que a reinos inmensos.

¿Y dónde estaban entonces los monumentos? ¿Dónde las grandes avenidas, los templos, las estatuas? ¿Dónde los palacios? ¿Dónde el esplendor? Aquellos que habían recalado en ciudades de inspiración helenística, a ambas orillas del Mediterráneo, comparaban lo que tenían ante sus ojos con aquellas urbes magníficas y, de esa comparación, Roma no salía nada bien parada. Ni murallas imponentes tenía esa ciudad, capital del mundo por la fuerza de sus armas.

—Patrón. Roma es poca cosa —gruñó Hermógenes Galo, en gaditano.

—Si hay que juzgar a un soldado por los adornos de su armadura, estoy de acuerdo contigo. Visto así, Roma no es nada del otro mundo.

El de Emporiae se encogió de hombros y Balbo volvió su atención a lo que los sentidos le mostraban. Roma era tan populosa y caótica como le habían contado. En tal sentido, se parecía a Gades, sólo que a una escala mucho mayor. Callejas, hacinamiento humano, ajetreo, olores. A la postre, caminar por la capital de la ecúmene no se diferenciaba tanto de hacerlo por muchas otras metrópolis que visitó en sus tiempos de navegante.

Cierto que, en este lugar, echaba uno de menos los grandes monumentos. La mayor parte de los edificios públicos eran antiguos, por no decir vetustos, y casi todos de dimensiones modestas. Y, por supuesto, cambiaban los tipos humanos, las ropas, los idiomas que los oídos captaban.

Pero también aquí olía a humanidad y a desperdicios. En Roma, como en tantas otras grandes ciudades, deambulaba uno entre las voces de los vendedores, los gritos de las madres a sus hijos, el rebullir de conversaciones y el estrépito de los trabajos en los talleres.

Y, en esos barrios por los que caminaban, las gentes de alcurnia se codeaban con las de modesta extracción e incluso con desarrapados sin techo. Se hallaban en las proximidades del Foro y ahí se rompían las barreras sociales. Como los ríos al mar, toda clase de romanos acudían al Foro y se mezclaban. Pues el Foro Magno era el alma social de Roma. Y Balbo el gaditano podía apreciar por fin la astucia de Julio César al planear que entrase en la Urbe por esa parte y a esas horas.

En cuanto a él, Lucio Cornelio Balbo, no decepcionó tampoco a Roma. Hizo una

entrada digna de su rango, de su fama y de la expectación que los agentes de César habían despertado en los últimos días, propalando toda clase de rumores sobre su próxima llegada. Fueron tan diligentes como eficaces, porque la gente casi se agolpaba a su paso. Al menos los pobres, que se tomaban cualquier incidente o novedad como un espectáculo público. Pero también andaban por allí gentes de los órdenes ecuestre y senatorial, como el que pasa por casualidad, y le estudiaban de reojo mientras fingían atender a sus propios asuntos.

A su vez, el gaditano caminaba simulando no darse cuenta de la curiosidad que despertaba. Había entrado en el pomerio por la *porta Fontinalis*. Le acompañaba un séquito nada desdeñable al que el andar de boca en boca haría crecer hasta convertirse en toda una comitiva. Se diría, para cólera de los *boni* y en general de los conservadores, que aquel fenicio había llegado como si fuese un rey extranjero o un magistrado al que sólo le faltasen los lictores. Y es cierto que con él iban aquel día empleados, deudos y clientes propios, así como algunos allegados a César y Pompeyo.

Entre los de este último, para sorpresa y alegría de Balbo, se encontraba alguien muy especial. Cneo Pompeyo Teófanos. Teófanos de Mitilene. Un hombre extraordinario. Filósofo, historiador, ingeniero. Compañero inseparable de Pompeyo Magno desde hacía muchos años. Fue su *praefectus fabrum* en Hispania, durante las guerras de Sertorio, donde le conoció Balbo. Y ocupó el mismo cargo en Oriente, donde también se convirtió en el cronista del Magno.

—No sabes cuánto me alegra que nuestros caminos se crucen de nuevo, *magister*. —Balbo hablaba con el corazón en la mano—. Lo considero un regalo de los dioses. Un signo favorable. Siempre fuiste para mí un modelo a seguir, tanto en las guerras como en el saber.

—Gracias, amigo. Tus palabras son para mí un honor. Y, ya que me concedes tanto crédito, me gustaría hablar claro. Espero que tanto César como Pompeyo, y tú mismo, seáis conscientes de lo que esta entrada implica.

—Yo no, me temo. Lo admito. Soy un recién llegado y creo que se me escapan ciertas sutilezas romanas.

Hablaban en griego, aunque el de Balbo no era el mismo que el de los *optimates* romanos. Estos lo aprendían en sus formas más depuradas, no sólo para poder leer los textos en ese idioma, sino también porque esa clase social consideraba al griego una lengua superior. El griego de Balbo era el portuario, la lengua franca que marinos y comerciantes hablaban por todo el Mediterráneo.

Teófanos, calvo y moreno, de barbas casi blancas y tan ancho de espaldas como un Platón reencarnado, guardó silencio durante unos pasos, mientras escogía con cuidado sus palabras.

—Corren toda clase de rumores sobre ti, amigo. Unos cuentan que eres cliente oculto de Pompeyo. Otros que lo eres de César. Otros que fuiste cliente del primero y lo abandonaste para ponerte al servicio del segundo...

—¡Infundios! Estoy al tanto de esas maledicencias.

El propio César le había informado de todo eso. En parte, esa entrada tan notoria había sido ideada para disipar la niebla de rumores infamantes. Dudas de ese tipo no debían manchar la *dignitas* de Balbo, ya que le harían parecer un hombre indigno de confianza y, por tanto, su capacidad negociadora se vería mermada. Debía quedar claro y a la vista de todos que mantenía su vieja amistad con Pompeyo Magno. También que él era el *pater* de una familia poderosa en su Gades natal, banquero y magistrado en la misma, y no el cliente de nadie.

—No sé si sabes también que, de un tiempo a esta parte, las turbulencias políticas tienen su reflejo en las calles. Por supuesto, a la manera callejera. O sea, que las broncas en el Senado se traducen en los barrios populares en peleas, tumultos, palizas, e incluso asesinatos e incendios.

—Estoy informado. Pero ¿qué tiene que ver eso conmigo y con mi entrada en Roma?

—Corren rumores acerca de planes de golpe de Estado y de rebeliones armadas. Hay mucha inquietud y se habla de que ciertos hombres poderosos se han consorciado con intenciones siniestras. Incluso cuentan que un grupo de conspiradores ha hecho un juramento secreto para apoderarse de la República. Es fácil que te relacionen a ti con todo eso.

—¡Bah! Los que prestan oídos a eso son como los que oyen tocar los cuernos desde barcos en la niebla.

—Curioso símil, porque así es, en efecto: intuyen algo, pero no saben nada. Pero eso basta para poner nerviosos a unos cuantos. No podemos descartar que alguno de esos, en tu caso, decida tomar medidas... drásticas. Tú me entiendes.

—A la perfección. No te preocupes, que sé cuidarme.

—Lo sé. Pero avisado sabrás cuidarte todavía mejor.

Caminaron unos pasos sin cambiar más palabras, dignos, entre las corrientes humanas del Foro, seguidos por una multitud de ojos.

—O sea que, con esta entrada, acabo de ingresar en la lista de enemigos de la República.

—En esa lista ya estabas por el simple hecho de ser íntimo de Julio César. Pero, a partir de hoy, ocupas un lugar destacado en ella. Más de uno verá en lo de hoy una prueba de alianza secreta entre Pompeyo y César.

—Mejor. Que se fijen en eso y no en lo que de verdad importa.

Pese a la ligereza de la frase, lo dijo con labios fruncidos. No había exagerado Julio César el otro día. Roma era un mar hondo y turbio, lleno de corrientes y de depredadores. Pero aprendería a navegarlo. También eran procelosas las aguas políticas gaditanas. Y no digamos las hispanas, donde había que bandearse con senados tribales, magnates locales, caudillos guerreros, con los conquistadores romanos, con ciudades fenicias y griegas...

—Mira ahí, a tu derecha. Ese que va con tantos amigos. Ese es Pomponio Ático.

Todo un personaje. Más rico que Midas y todo un erudito. Es más bien conservador, de hecho es amigo íntimo de Tulio Cicerón. Pero se lleva bien con todos. Le gusta vivir tranquilo, con su arte, sus libros, sus negocios...

A todo asentía Balbo. Sabía de sobra quién era Ático. Llevaba años carteándose con él, como con otros muchos financieros de Roma. Pero no le iba a quitar a su admirado Teófanos el gusto de creer que le estaba ilustrando. Aparte de que tal vez le diera algún dato interesante que él desconocía. Observó de reojo.

Ático era un hombre de aspecto corriente que vestía bien, pero sin ostentación. Sólo su gran séquito de amigos, libertos y esclavos delataba que era uno de los más ricos de Roma. Como Balbo y Teófanos parecían absortos en su charla, se ahorró el saludo al cruzarse. En Roma no era educado distraer a nadie en la vía pública, a no ser que se tuviera algún asunto que tratar con él. El hacinamiento humano y la frecuencia con la que la gente se encontraba en las calles habían desarrollado reglas propias de urbanidad, que Balbo se prometió aprender lo antes posible.

Las dos comitivas se cruzaron. Perdieron de vista a Ático. Balbo inspiró con fuerza. Sí. Roma olía como cualquier otra ciudad grande y poblada. Momentos antes, había oído decir a uno de los suyos que, por el olor, bien podían estar en el barrio del puerto de Gades. Se refería al tufo a orina, desperdicios y sudor.

Era cierta esa apreciación. Pero, a él, Roma le olía también a otra cosa que sus acompañantes no captaban. A poder. Roma olía a poder de verdad, a poder del grande, con mayúsculas. A ese poder que permite hacer grandes cosas a aquel que percibe su existencia y que se atreve a tomarlo.

Y Lucio Cornelio Balbo había llegado a Roma dispuesto a ello.

Un rato más tarde, en el mismo Foro

Aquellos amigos que presenciaron el reencuentro, luego de años, de Cneo Pompeyo Magno con Lucio Cornelio Balbo, le pondrían más tarde calificativos tales como «sentido», «emocionado», e incluso «magnífico». Los testigos hostiles lo describieron en cambio como una mascarada, una puesta en escena llena de artificio. También como un despliegue de arrogancia que rozaba el insulto a la República.

No faltaron los que llegaron al punto de afirmar que Pompeyo Magno se había comportado casi como un rey recibiendo a un potentado forastero. Rey, la palabra maldita. Y potentado forastero, porque Balbo, para los conservadores, a despecho de su ciudadanía romana o de los servicios prestados durante las guerras de Sertorio, siempre sería un ajeno y con sangre púnica en las venas.

Para Balbo fue sobre todo emocionante. Tenían razón los que decían que su encuentro con el Magno en el Foro no tuvo nada de fortuito. Habían acordado que el gaditano llegaría a Roma por la vía Flaminia para entrar en el pomerio a través de la *porta Fontinalis*. Que lo haría en compañía de hombres vinculados tanto a Julio César como a Pompeyo Magno, para dejar bien claro sus buenas relaciones con ambos. Y que acabaría por topase con el segundo «por casualidad», pues este estaría a su vez paseando a esas horas por el Foro, como tantos otros.

Todo planificado, sí. Pero la emoción que embargó al de Gades al verse ante aquel viejo amigo de su familia fue sincera. Y siempre quiso creer que al Magno le ocurrió lo mismo. Que las demostraciones de alegría y de afecto del Toro de Piceno fueron sinceras. Desde luego, en esa ocasión, Pompeyo dio rienda suelta a esa vena de franqueza que de veras estaba en su carácter y que, al tiempo, con tanta habilidad explotaba para ganarse el aprecio de los que eran los pilares de su poder: sus legionarios.

Al verle, se adelantó a sus acompañantes para darle un abrazo de oso, rompiendo así cualquier posible ceremonia. Luego le tomó de los hombros para mirarle de arriba abajo, casi como haría un tío con un sobrino al que, tras largos años, encuentra hecho todo un hombre.

—¡*Caudex* Tartesio! ¡Pero si estás igual que hace veinte años! ¡Más joven diría yo! Será porque te has quitado aquella barba de cabrío que te gastabas.

Sonriendo, Balbo tomó a su vez las manos de su antiguo protector, en señal de respeto y confianza, y pensando que ojalá pudiera él decir lo mismo. Porque los años no habían pasado en vano por su interlocutor. Seguía siendo un varón de físico poderoso, macizo, que le había ganado el apodo de el Toro. Pero había ganado peso y se le notaba que estaba próximo ya a una cincuentena mal llevada. Aunque, al mismo tiempo, era patente que procuraba cuidarse y mantenerse en forma.

Pompeyo era ante todo un general y los legionarios no apreciaban a los vagos ni a los flojos. El Magno no olvidaba jamás que eran sus hazañas militares las que le habían llevado a lo más alto. Y que eran sus legiones las que le mantenían ahí arriba,

no su oratoria, ni su conocimiento de las leyes, ni su cercanía a ninguna facción senatorial.

Se apartó de golpe para contemplar al recién llegado con satisfacción propia de un *armi doctor*^[14] ante un buen soldado. Balbo volvió a sonreír con afecto. Había algo muy teatral en esa rudeza, en esa franqueza que tanto gustaba a la soldadesca. Pero lo más gracioso de todo es que en parte era real. El Magno era de verdad un norteño llano, un galo de Piceno de los que se jactaban de ir siempre de cara. Era realmente el militar amigo de hablar sin rodeos y modales bruscos. Aunque no menos cierto era que, detrás de esa fachada, también había algo más.

Y ambas facetas las mostró allí aquel día, en mitad del Foro. Porque tomó a Balbo con familiaridad del codo, a modo de invitación —bien visible— a caminar juntos y como iguales. Rodeados de acompañantes atentos, bien a la vista de los paseantes, le habló en voz no muy alta, para evitar que sus palabras llegasen más allá del círculo de allegados.

—Así que aquí estas por fin. Supongo que has venido a cumplir viejos sueños.

—Así es, Magno.

En tiempos lejanos, durante la guerra, Pompeyo había compartido con él no sólo vino y hogaza en las noches de campamento. También inquietudes, planes, esperanzas. Y, encendido por la bebida, un Pompeyo más joven e impetuoso se había explayado en repetidas ocasiones sobre las ofensas que había tenido que soportar por su origen norteño.

Para Balbo, aquellas conversaciones habían sido clases impagables. Ahí había comprendido de verdad conceptos tales como el de «hombre nuevo» y también hasta qué punto eran clasistas los conservadores romanos. Y ese saber no tenía precio, pues lo mismo que Pompeyo, aunque a su nivel, siempre había soñado con llegar a lo más alto en la ecúmene romana.

Pompeyo le soltó el codo.

—Llegas a Roma como colaborador de César. Espero que eso no afecte a nuestra vieja amistad.

—Nunca, Magno.

—No me toques las pelotas con eso de Magno.

Balbo se echó un poco atrás, cariacontecido.

—Disculpa, Cneo Pompeyo. Pretendía mostrarte respeto.

—Somos amigos, por tanto eso sobra. —Le puso una manaza sobre el hombro—. Esto hay que celebrarlo. Además, tenemos mucho de lo que hablar. —Alzó la voz a sabiendas de que algún curioso captaría sus palabras—. ¿Por qué no subes a cenar a mi casa? ¿Sí? ¡Estupendo!

A la caída de tarde, en la domus de Pompeyo. Colina del Palatino

—Roma es un mar de aguas traidoras, Lucio Cornelio. Aquí es fácil naufragar. Las alianzas son siempre volátiles. Los amigos hoy son los enemigos de mañana y al revés.

Balbo bebió de su copa. Era curioso que Pompeyo se refiriese a la política romana con parecido símil marino que César sólo unos días atrás.

—¿No es así siempre que hay intereses por medio? Yo mismo hago negocios con todo el mundo, pero tengo cuidado de a quién doy mi amistad y de quién la acepto. Por cierto, un vino excelente, Magno.

—¿Otra vez con el Magno auestas? ¡Vino para Balbo! ¡Hay que estar más atentos, hombres!

Estaban los tres reclinados en lechos, alrededor de una mesa. Hacía ya tiempo que se habían llevado los restos de la comida. Ahora picaban dátiles, higos y pasas. Y bebían. Bebían. Pompeyo estaba observando cómo sus esclavos rellenaban la copa de cristal del gaditano.

—Con esa filosofía tan clara, no me extraña que hagas buenos negocios y no te metas en líos.

Balbo bebió con fruición. No había mentido antes. La cena había sido de calidad pero sobria, sin los excesos de exotismo a los que se entregaban cada vez más los poderosos romanos. El vino era de primera, pero los atracones se dejaban todavía en casa de Pompeyo para cuando había que ganarse la voluntad de los invitados.

—Eso es precisamente lo que pretendo. La mayor ganancia posible y problemas, los justos. Es lo que espero de Roma. Y espero también servir a los intereses de mis amigos. Estoy gestionando ya encuentros con los banqueros más importantes. —Bebió más—. Y eso incluye a Licinio Craso, por supuesto.

Al resplandor del sol de la tarde, que entraba por los paneles retirados, el gran hombre ni le miró. Contempló su copa con gesto de agravio.

—Por supuesto. Ese *hircus* es el hombre más rico de Roma, o eso se dice. La mitad de la ciudad le paga alquiler y la otra mitad le debe dinero de una forma u otra. Y tiene una red de contactos impresionante, sobre todo en Oriente. Tratar con él te servirá para expandir tus negocios.

El que se tomó ahora unos momentos antes de responder fue Balbo. Picó un higo. Estaban solos los tres, en lechos. Pompeyo, Teófanos y él. En un comedor rico sin excesos, de paredes cubiertas de frescos de calidad y ornado con esculturas helenísticas, botín de las campañas orientales del Magno.

—Creo, y por eso saco el tema a colación, que puedo aprovechar que voy a hablar de negocios con Craso para plantearle cuestiones de más calado que unas cuantas inversiones en Asia.

La expresión del gran hombre se volvió ahora tormentosa. Algo que, de forma paradójica, supuso un alivio para Balbo. Ese gesto de enojo confirmaba que tenía su confianza, ya que de lo contrario habría ocultado su disgusto.

—¿Qué tramas, liante? O, mejor dicho, ¿qué tramáis el Calvo y tú?

—Limar asperezas. Que Craso y tú superéis la antipatía y el recelo que os tenéis, para beneficio de todos.

Pompeyo pareció a punto estallar, pero Teófanos se adelantó a su reacción.

—Estoy de acuerdo con lo que ha dicho Balbo antes. Uno hace negocios con gente de todas clases. Los amigos son otra cosa y es de sabios no mezclar los conceptos.

—¿Tú también? ¿Queréis enredarme entre todos?

El griego, riendo, se alzó del reclinatorio. Dio un trago a su copa, antes de apuntar con ella al anfitrión.

—Tú eres un hombre de metas elevadas, Cneo Pompeyo. Tú buscas proteger a la República. La República de verdad, la de las esencias, no la de las formas. Sabes bien que son esos mediocres, los *boni*, los que la han pervertido. Y que, si siguen controlando las instituciones republicanas, la ecúmene acabará por fragmentarse o incluso destruida.

Balbo, apoyado en los codos, seguía el discurso con interés. Con el rabillo del ojo, vigilaba a Pompeyo Magno. Y este se estaba bebiendo las palabras de su filósofo de cabecera con tanta complacencia como lo hacía con ese vino exquisito que tenía en sus tinajas. Teófanos proseguía entretanto.

—¿Cuántas veces hemos hablado de que hay que aprender de las lecciones que nos da la Historia? Hace ya un siglo, en otra época de políticos tan mediocres como codiciosos, cuando Aníbal amenazaba con destruir Roma, surgió entre vosotros un varón de talla excepcional. Escipión.

»¿Acaso no lo hemos comentado más de una vez? Escipión. Toma ejemplo de él en lo bueno. Y saca tus propias lecciones de lo malo, de lo que tuvo que sufrir por su generosidad. Venció a Aníbal y salvó a Roma, pero permitió que, una vez pasada la crisis, los mediocres volvieran a controlar los resortes del poder. Eso fue malo para Roma y funesto para él.

Blandía la copa, enardecido por su propio discurso. Balbo bebía observándole curioso. ¡Vaya con el filósofo de Mitilene! No conocía él esa faceta suya. Tanto hablar sobre que había que vencer en los debates apoyándose en argumentos y luego, a la hora de la verdad, mira cómo recurría a los sentimientos... Bien que conocía a Pompeyo y sus puntos flacos. Y continuaba.

—Escipión pensaba en el bien de la República, mientras que al Senado le movían los míseros intereses de sus integrantes. Y el resultado fue el predecible. El de siempre. Mientras Escipión luchaba por Roma, ellos se hicieron con el poder y, cuando no le necesitaron, le dejaron de lado sin contemplaciones. —Una pausa. Bebió como si se hubiera quedado seco, pero sin apartar sus ojos duros de Pompeyo.

Remató—: Tú no debes permitir ninguna de esas dos cosas. Ni que los mediocres controlen Roma ni que te aparten como a un asno viejo.

Balbo habría aplaudido. Puede que el discurso de Teófanos no hubiese funcionado en condiciones normales, pero, cuando se está medio beodo, las sutilezas sobran. Y si Cneo Pompeyo no había cambiado en esos años —y apostaría a que no, porque el viejo toro era de los que no cambian—, la clave para convencerle estaba en las vísceras y no en las razones.

El Magno creía de verdad en Roma y en su grandeza, y lo hacía en esa forma ciega de los que no tienen largo linaje que exhibir y sí sus propios méritos. Sin duda, echaba espumarajos de rabia ante las miserias de instituciones llenas de ineptos y vividores. De un Senado carcomido por pugnas estériles, odios personales y una rapacidad sin freno que dañaba los intereses de la República.

Y todas esas reflexiones y resentimientos sólo podían conducir a un hombre como él a la conclusión de que Roma necesitaba una mano fuerte que llevase las riendas. Y esa mano sólo podía ser la de él mismo, por supuesto.

Teófanos dejó que le sirvieran más vino, antes de continuar.

—Nadie te pide que compartas banquete ni *comissatio*^[15] con hombres a los que no aprecias. Tienes tus motivos de agravio contra Craso y menoscabaría tu *dignitas* que los pasases por alto, sin más.

»Pero ¿no eres tú el que despotica contra esos *boni* que ajustan cuentas personales a costa de la República? Esos que presumen de patriciado, que se llenan la boca con la *mos maiorum* y que, al tiempo, anteponen sus intereses personales al común. ¿Serás tú como ellos, ahora que se te presenta la ocasión?

—¡Hijo de la gran cabra!

El gran hombre se incorporó de repente. Teófanos se encaró con él y Balbo se sentó de golpe en el lecho, creyendo que se iban a liar a mamporros. Pero en vez de eso, luego de mirarse cara a cara como dos ciervos en lucha, el romano se fue a buscar una jarra de vino. Los esclavos ni se inmutaron, así que debían estar acostumbrados a esas escenas.

—Hijo de cabra —repitió—. Cneo Pompeyo sabe cuál es su deber. Pero Licinio Craso es otro putito ladrón. Un aristócrata de pura cepa, tan fatuo como un déspota oriental y más codicioso que las putas viejas.

Teófanos alargó la copa para que se la rellenase con sus propias manos. Bebió casi con furia. Un hombre añoso, calvo, de piel cetrina y barba casi blanca y salvaje. Nada que ver con esos charlatanes que se hacían pasar a lo largo de la ecúmene por filósofos griegos. A Balbo se le vino a la cabeza la imagen que le habían inculcado sus preceptores sobre Sócrates, con su desaliño y su físico robusto. Un hombre que estaba igual de a gusto en su patio, reflexionando a la sombra sobre la existencia humana y el cosmos, que en el campo de batalla lanza en mano.

—Craso es rapaz, es peligroso. Razones de más para tenerlo controlado.

—¡Es imposible controlar a ese hombre! Ese sólo pacta si espera sacar algo.

—Pues habrá que darle a ganar. Si los *boni* logran atraerle, Roma será suya.

—¿Craso y los *boni*? Eso no ocurrirá.

—Ni falta que hace. Con que no lleguéis a un entendimiento, les basta. ¿No ves que en eso confían? Sois como el perro y el gato, y pactar con Craso sería un golpe de mano digno del más grande estratega.

De nuevo acusó Pompeyo el golpe. Advirtió con disgusto que, escanciando a los otros, había vaciado la jarra. Se fue a por más vino, momento que aprovecharon el griego y el gaditano para cruzar una mirada de entendimiento que lo decía todo.

Pompeyo, de espaldas mientras se servía, rezongaba.

—Tratar con Craso. ¡Qué asco! Hay agravios que no se pueden olvidar.

—Nadie te pide eso. Ya has oído la oferta de Balbo.

—¿Qué oferta? —El gran hombre se revolvió, gruñendo—. ¡Me estáis liando!

Balbo se incorporó por fin, despacio.

—Necesitamos algún tipo de acuerdo entre César, Craso y tú. Es imprescindible. Juntos podréis liderar un movimiento amplio y arrancar a la República de las garras de los *boni*.

»Te lo acaba de decir Teófanos. No es necesario que compartas cena con él. Ni siquiera hace falta que negociéis cara a cara. Y eso vale también para otros con los que no te llevas demasiado bien. Déjame que yo negocie con unos y con otros. No saldrás perjudicado en esas negociaciones, descuida. Yo me ocuparé.

—Eso lo sé.

—De hecho... —titubeó, pero él también había bebido mucho—. Yo soy el hombre idóneo, Magno. Soy buen amigo tuyo, como lo soy de César. Suma a eso que mi familia mantiene relación con Craso desde sus tiempos en Hispania. Y él y yo hablamos el mismo idioma: el del dinero.

Como un campesino cansado, Pompeyo se sentó en su reclinatorio, con la copa entre las manazas.

—¿No os dais cuenta de que ese hombre puede arruinarlo todo con su avaricia sin freno?

—Pues lo dicho: razón de más para tenerle cerca, donde se le pueda vigilar. ¿O le prefieres lejos y no saber qué planea hasta que sea tarde? No te compliques, Magno. Tú eres un gran general. Pues piensa como si estuvieras en guerra.

—En cierta manera, libramos una guerra.

—Y sin el «cierta manera». Esto es una guerra. Una de supervivencia. Estoy de acuerdo con Teófanos. Los *boni* están destruyendo a la República. Dicen defender a las *mores maiorum* y las instituciones, pero lo único que hacen es mantener las apariencias mientras corrompen las esencias. Son como gusanos de la fruta, que la devoran por dentro dejando un exterior lustroso.

Pompeyo asintió como si rumiara la idea. Era obvio que la imagen le había gustado.

—Gusanos —masculló—. Gusanos que carcomen a Roma por dentro.

Teófanos llegó para echarle más vino.

—Pues en tus manos está remediarlo. En las tuyas, Cneo Pompeyo. Deja que Balbo negocie con Craso, tal como se negocian los armisticios entre rivales para enfrentarse a un enemigo que puede destruirles a todos. Piensa como general, porque el campo de batalla ahora se llama Senado.

De las notas para la Historia secreta de Roma, de L. Cornelio Balbo

La diosa Fortuna favorece a Julio César no sólo a menudo, sino a veces por caminos insólitos y cuando previamente parecía haberle dado la espalda. ¿Acaso no ocurrió así cuando quedamos atascados ante aquella isla, en las costas de Lusitania? Lo que parecía un fracaso militar propició que enviase yo mismo toda una flota que, al final, permitió que la campaña llegase a las orillas galaicas y César fuera aclamado como triunfador por sus soldados.

Otro tanto ocurrió durante aquel episodio que acabó siendo conocido como «la conjuración de Catilina». Un suceso turbio, sobre el que hay opiniones de lo más diversas. Muchos eluden incluso comentar la cuestión, por lo que no es fácil hacerse una idea cabal de lo que ocurrió en realidad. Pero a mí me interesa sobremanera porque lo ocurrido en aquellos días explica muchas de las circunstancias que se viven en Roma ahora. Y también porque, unos de manera directa y otros de refilón, en todo aquel asunto estuvieron mezcladas varias personas con las que tengo trato estrecho.

Ni siquiera hay unanimidad de opiniones acerca de la figura de Sergio Catilina. Según unos no fue más que otro demagogo mediocre y ambicioso del partido de los *populares*. Uno que, cuando su carrera no pudo avanzar por los cauces legales, trató de violentar los principios de la República. Pero para otros era un político de talla, otro estadista brillante al que los mecanismos senatoriales y las inquinas de sus enemigos privaron de los ascensos que su talento merecía.

Los de la primera versión sostienen que Catilina, al ser derrotado en las elecciones a cónsul del año 691,^[16] tramó un plan para asesinar a destacados senadores y magistrados y provocar una sublevación de la plebe dentro de Roma, mientras desataba una rebelión en distintas provincias de Italia, aprovechando el descontento general. Así, sus agentes habrían atizado el fuego de la insurrección entre los veteranos asentados en Etruria y también en los esclavos de los latifundios de Campania.

Roma es un lugar donde resulta imposible guardar un secreto y en el que cuesta distinguir entre verdad e infundios. Corrían toda clase de rumores en aquellos días y Catilina, temiendo por su seguridad, partió hacia un exilio en Massalia. O eso dijo, porque en realidad se dirigió a Etruria, donde sus hombres de confianza habían logrado levantar todo un ejército de veteranos de las legiones. Ese sí es un hecho incontestable.

Al parecer, en la propia Roma, la conspiración quedó a cargo de un hombre con más ínfulas que talla política: Léntulo Sura. Un hombre que debía tener la misma sensatez que su hijastro Marco Antonio. O sea, más bien poca.

Según la versión oficial, Sura quiso redondear la conspiración. En aquellos días, estaban en Roma unos embajadores de los alóbroges, que son un pueblo galo. Habían

acudido a presentar quejas sobre las actuaciones de los administradores romanos en la Galia Transalpina. Como se ve, la corrupción y la opresión son problemas comunes a lo largo y ancho de toda la ecúmene romana. Esos embajadores galos, por cierto, se alojaron en casa de Sempronia Tuditani, a la que siempre se ha considerado implicada en cierta medida en la conspiración.

Sura quiso ofrecer a los alóbroges unirse a la conspiración, a cambio de librarlos de la opresión de los funcionarios romanos. Según alguna versión, la propia Sempronia Tuditani habría sido una de las mediadoras en el asunto. No sé qué pueda haber de verdad en todo eso. Es una mujer complicada, siempre ha tenido querencia por la política y, en ocasiones, puede actuar de manera demasiado impulsiva.

Los alóbroges, siempre según la versión oficial, pusieron eso en conocimiento de Cicerón, entonces cónsul. Él les instó a fingir que estaban de acuerdo y a pedir detalles por escrito para ofrecerlos a los ancianos de su tribu. Varios de los conspiradores les enviaron cartas, que acabaron en poder de Cicerón y le sirvieron luego como prueba para destapar el asunto. También para condenar a muerte y sin juicio a esos hombres.

En lo que a César respecta, ocurrió lo siguiente. Hay quienes sostienen que Catilina no buscaba el mando supremo. El cabecilla de la conspiración habría sido Craso que, tras el golpe de Estado y la matanza de senadores, se habría convertido en dictador de Roma. Catilina sólo habría sido uno de sus agentes. César habría sido otro.

Cuando Cicerón exhibió las cartas de los conspiradores ante el Senado, se produjo una sesión más que tumultuosa. Uno de los que intervino fue Catón, que ya en su día había acusado a Catilina de haber sido uno de los delatores y verdugos al servicio de Sila, durante las matanzas que este desató tras su conquista de Roma. Y entre los que señaló como implicados estaba el propio César.

En plena sesión, César recibió un mensaje. Este lo leyó sin mover un músculo, como es lógico. Y Catón, que a esas alturas ya estaba desatado, le acusó a gritos de estar en la conjura, vociferando que aquella carta era con toda probabilidad instrucciones de Catilina o sus agentes. Luego, en medio de un escándalo tremendo, le exigió que se diera lectura pública a la misma.

César se negó, muy digno. Catón, creyendo que le tenía atrapado, elevó sus gritos de exigencia. Y, al final, César le entregó el documento.

La carta en cuestión era una misiva de amor que le había enviado, en el peor momento posible, Servilia, amante suya, hermanastra de Catón y esposa del cónsul electo para el año siguiente, Silano. Vaya ocurrencia la de escribirle eso y enviárselo justo al Senado, con la que estaba organizada.

Fue una situación digna de la mejor comedia gruesa. Según me han contado, Catón leyó la carta en silencio y, según lo iba haciendo, se puso primero blanco y después colorado. Por lo visto, llegó a arrugarla lleno de ira y a arrojársela al rostro a César, al grito de: «¡Toma lo tuyo, borracho!».

Lo ahí escrito trascendió. Fue la causa del divorcio fulminante de Servilia y Silano. Silano que, dicho sea de paso, al haber ganado a Catilina en las elecciones, fue la causa involuntaria de que este tramase su conspiración, suponiendo que esta llegase a existir. Otro ejemplo más de que en Roma nada es sencillo y de que las historias se entrecruzan de continuo.

Lo más curioso es que todo eso fue un guiño de la Fortuna a Julio César, aunque parezca lo contrario.

Pero ocurrió que, al poco, un sujeto más que despreciable, un espía llamado Lucio Vetio, al que conocí en Hispania en circunstancias que no vienen al caso, entró en juego. Se presentó ante el Senado para declarar que cierto número de personalidades estaban implicadas en la conjura. Que tenía cartas que lo probaban. Y entre los nombres que mencionó, estaba Cayo Julio César.

César, que acababa de ganar las elecciones para pretor urbano del año siguiente, reaccionó con energía y acierto. Llevó a Vetio a declarar en tribuna pública y, ante la ciudadanía, le exigió que se ratificase o se retractase en sus acusaciones. El muy cobarde se arrugó, como esperaba César. Su maniobra fue muy arriesgada, pero resultó ser la correcta.

Y es que la Fortuna le había sonreído por una vía extraña. El incidente de la carta de Servilia fue para él como vestir una coraza. Todas aquellas acusaciones desafortunadas de Catón acerca del contenido de la misiva, y la divulgación del mismo, desacreditaron la idea de que César fuera uno de los conjurados. Así, cuando luego fue acusado por Vetio, esas denuncias fueron acogidas con escepticismo. César tenía a su favor las opiniones porque acababa de ser acusado falsamente. Eso le ayudó a salir indemne de un episodio en el que no pocos se preguntan cuál fue su participación real, y hasta qué punto estaba al tanto de los planes de golpe de Estado de Catilina, si es que de verdad tales planes existieron.

Roma. Vía Flaminia. Pocos días más tarde

—Genial. Este hombre es un genio.

Aunque por lo bajo, así de rotundo se expresaba Balbo, sin lograr por ello contagiar de su entusiasmo a su empleado Hermógenes.

—¿Así lo crees? ¿Te parece esto una decisión acertada, patrón?

—¡Más que acertada, hombre! ¿No ves cómo ha logrado dar la vuelta a la situación? Ha convertido la trampa en la que le habían metido sus enemigos políticos en una oportunidad de oro para la victoria.

Hermógenes que, tras años al servicio de los Balbo, se permitía algunas familiaridades, meneaba con escepticismo la cabeza. Fue uno de los pocos gestos significativos que hicieron, pues estaban en público. Caminaban impasibles tras Cayo Julio César, junto con otros allegados, a lo largo de la vía Flaminia.

Le seguían, que no le acompañaban. Aquello se parecía más a un desfile que a un paseo. Y, en consonancia con esa cualidad, los dos lados de la vía estaban ocupados a esas alturas por una muchedumbre que aplaudía, vociferaba, hacía ademanes de apoyo o de victoria. Y seguía llegando gente, porque los de las clases populares estaban saliendo en masa de la ciudad, a la par que la noticia corría como un incendio, de ínsula en ínsula. «¡César! —gritaban asomados a las ventanas—. ¡Viene César! ¡César abandona su *imperium*! ¡César renuncia a su triunfo! ¡César viene! ¡Va a entrar en el pomerio a inscribirse como candidato a cónsul!».

—El pomerio, amigo —comentó con sosiego Balbo, procurando hacerse oír por entre el bullicio—, es el perímetro sagrado de Roma. Es Roma, en sentido estricto. No pueden cruzarlo soldados ni magistrados con *imperium*. Tampoco nadie puede llevar armas en su interior.

»Y, ya que sale el tema, quiero que nuestros hombres lo tengan bien claro. Ahí, dentro del pomerio, nada de armas en sentido estricto. Bastones, palos afilados, piedras, herramientas... todo eso, sí. Cuchillos, hachas o espadas, no. No quiero ningún problema en tal sentido.

—Cuenta con ello, patrón. Se hará como dices.

—Y que todos tengan claro cuál es el perímetro real. Porque el pomerio no coincide con el contorno de las murallas.

Podían conversar a pesar de la algazara de las gentes, gracias a que marchaban a paso lento, tanto por imprimir solemnidad a la caminata como para dar tiempo a que la noticia cundiese por toda Roma. Así lo había exigido César a sus hombres y, desde luego, al menos lo segundo se había conseguido.

La plebe se agolpaba junto a la vía Flaminia como lo habría hecho de haberse celebrado ese triunfo que los *boni* habían arruinado con sus tretas legales. El escándalo era tremendo y olía a sudor. Pero, para Balbo, esos eran los sonidos y los aromas de la victoria. Y como para poner el contrapunto a las demostraciones excesivas del pueblo, ellos caminaban con majestad, sin mirar ni a derecha ni a

izquierda.

El propio Cayo Julio César encabezaba ese desfile *de facto*. Lo hacía envuelto en una toga de un blanco deslumbrante. La toga cándida, tal como mandaba la tradición en un candidato.^[17] Caminaba con la vista al frente, el brazo izquierdo doblado en el ángulo justo para sujetar los pliegues de la toga, con la corona cívica de hojas de encina en las sienes. La riada humana que seguía apareciendo en sentido contrario se abría a su paso como las olas ante el espolón, y los recién llegados iban a situarse a los lados como podían, entre las protestas y empujones de los que ya estaban.

Tras él marchaban sus lictores en columna de a dos, con túnicas escarlatas y cintos de cuero negro, fasces al hombro. Miraban sin pestañear al frente, ignorando la plebe que gesticulaba y manoteaba a pocos palmos de sus rostros. Muy conscientes de indicar con su presencia la autoridad del magistrado al que escoltaban, quien no dejaba a su vez de ser un símbolo del poder de Roma.

—Le echa cojones, desde luego —rezongó de repente Hermógenes.

—¿Cayo Julio? ¿Lo dices por la decisión de entrar en Roma?

—Lo digo por hacerlo así, el primero y a pecho descubierto. ¿Por qué se arriesga así? ¿Para ganarse el aplauso del pueblo?

—En Roma no suelen atentar contra hombres de rango. Ha ocurrido, es cierto. Sin embargo, es la excepción, no la norma. Los senadores no suelen asesinarse entre ellos. Pero tienes razón: es un gesto calculado. Yo mismo no comprendo todas las implicaciones de este acto, porque me faltan elementos de juicio que sin duda un romano tiene.

Hermógenes —grandote y muy rubio, con más aspecto de bárbaro que de griego — le miró con ojos achicados. Su patrón asintió casi con solemnidad.

—Pero sí sé que esto de ir por delante de sus lictores es todo un gesto. Tiene gran carga simbólica y los conservadores lo ven muy mal. Consideran que ese orden, el magistrado delante y los lictores detrás, es propio de los antiguos reyes y de los dictadores. En cambio, que los lictores precedan se ve como un signo del orden romano, en el que el magistrado no es más que una pieza.

Tras los lictores marchaban amigos, clientes, partidarios, vestido cada cual con la ropa con la que le había pillado la decisión repentina de César. Porque sólo un rato antes, a nadie se le pasaba por la cabeza que este pudiera renunciar a su derecho a desfilar en triunfo.

De hecho, ese rato antes, César estaba en su tienda, en el Campo de Marte, bebiendo vino, discutiendo planes de acción con sus íntimos y mentando a las madres de los *boni*. Esos *boni* que le tenían atascado extramuros. Esos malditos *boni* que le obligaban a la inacción, cuando tenía tanto que hacer, ya que las elecciones se celebrarían en un mes escaso.

Esos mismos *boni* que habían sido al final los culpables de una entrada tan dramática. O, más bien, uno de ellos en concreto. Aquel que se consideraba a sí mismo el guardián de las *mores maiorum* romanas. Marco Porcio Catón, llamado

Catón el Joven.

Un Catón del que les habían dicho que sonreía como el gato que se comió al pájaro, mientras se dirigía al Senado para pronunciar un discurso diseñado para durar horas y más horas.

—Ese tal Catón estará echando espumarajos de rabia, si se ha enterado ya de lo que pasa —apuntó Hermógenes.

—Lo mismo está dando brincos de alegría, creyendo que ha vencido.

—Si es así, es que ese hombre es tonto.

—No. Catón es instruido, despierto y tenaz como un perro de presa. Pero creo que es de esos que tiene muchas luces para algunos temas y muy pocas para otras. Desde luego, en cuestiones de estrategia y astucia, Cayo Julio le da mil vueltas.

—Ya. Si César es tan listo y los *boni* tan mediocres como siempre dices, ¿por qué le han acorralado de esta manera?

Balbo le lanzó una mirada de soslayo. Aquel gigantón podía engañar con su aspecto rudo, pero era astuto como un vendedor de telas.

—Amigo, hasta una jauría de chuchos puede poner en apuros a un león. No hay que subestimar a los *boni*: son poderosos, tienen muchos aliados y cuentan con recursos. Pero no estoy de acuerdo en que hayan acorralado a Cayo Julio. Eso creyeron ellos y mira cómo le está sacando provecho.

»Estos últimos días no ha estado ocioso. No podía entrar en Roma, pero su sombra se ha paseado por sus calles. Cayo Julio sabe mover a sus agentes.

»Hay hombres de los que se dice que tienen el brazo muy largo. Cayo Julio más bien tiene tantos brazos como esos dioses extraños de los hindúes. ¿Por qué pones esa cara? ¿No los has visto? Visita las tiendas de los mercaderes hindúes. Son dioses de muchos brazos y Cayo Julio se les parece.

—¿No estás exagerando, patrón?

—En absoluto. Hay que saber poner su precio justo a todo. A las ánforas, a los pescados, a las telas y también a los hombres. Es lo que yo hago con Cayo Julio, sin importar que sea mi amigo. No me dejo cegar por el afecto.

—Pues yo creo que sí. Y que exageras.

—Bueno. —Sonrió—. Tal vez un poco. Pero no mucho.

Costas frente a Gades. Al mismo tiempo

Más de una docena eran los hijos reconocidos, de una u otra manera, de Balbo el Viejo. Todos ocupaban cargos de responsabilidad en los negocios de la familia, muchos de ellos fuera de Gades. Por tanto, era bastante difícil verles reunidos, no ya a todos, sino ni siquiera a una mayoría de ellos.

Había sucedido lo segundo y Publio Cornelio Balbo no podía por menos que preguntarse si eso no significaría algo. Porque, aparte del patriarca, que estaba en Roma, y de Cartalón, que se había hecho a la mar, el resto había coincidido en la factoría de *garum* y salazones que la familia tenía en tierra firme, casi frente a las islas de Gades. Algo que no ocurría desde hacía años.

Estaban al aire libre, junto a una mesa, bajo toldos y cerca del mar, con la brisa cargada de olor a mar agitando los picos de los manteles y haciendo chasquear las lonas. La mesa estaba repleta de jarras, fuentes, platos, aunque se servían ellos solos, como en las comidas de los *sysitas*. Comían con apetito pescados que los esclavos preparaban sobre brasas y en la misma playa, no lejos de la mesa. Bien untados todos con *garum*. Porque el *garum* era el motivo, la clave de la reunión. Era el primero que su fábrica del litoral expedía ese año. Y las supersticiones familiares sostenían que la calidad de ese primero marcaría la de toda la producción del año.

—Bueno, ¿eh, hermanos? —El propio Publio Cornelio pidió así la aprobación de los otros, mientras comía con fruición un salmonete bien ensalsado.

—¡Y tanto! ¡Vamos a tener un buen año! —Haptibal se chupó los dedos, antes de meterlos en agua con zumos, para por último echar mano de su copa de bronce.

Todos los comensales eran hombres fuertes, de barbas pobladas. Muchos parecían versiones a partir de un mismo modelo. Más altos o más bajos, más flacos o más recios. Todos con un aire inconfundible de familia, pese a no compartir más que el padre, con excepción de Publio y el ausente *pater*, Lucio.

Llegó un esclavo con una nueva bandeja llena de espetones de sardinas, humeantes y olorosas. Resopló Magón.

—¡Basta, por piedad! ¡Ni Hércules el Tragón podría con este festín!

Y era cierto. Porque allí, junto a las primeras dunas y cerca de las brasas, aguardaban cestas y más cestas de los pescados más diversos: sardinas, bocartes, chanquetes, salmonetes, peces voladores... Cantidades enormes. Como la costumbre de los Balbo —estuvieran presentes tres o diez— era la de darse una comilona con la excusa de catar el primer *garum*, sus clientes y todos aquellos que quisieran congraciarse con ellos les enviaban cestas de pescados para la ocasión. Y, como esos clientes y peticionarios eran muchos y no escatimaban, ahí había para alimentar no a once, sino a cien hombres con apetito.

Publio alzó una mano de dedos cargados de anillos y pringosos por la grasilla de la comida.

—Basta. No hagáis más pescados para esta mesa. Asad para vosotros. Comed

hasta reventar y, lo que sobre, repartirlo entre los pobres.

Se dirigía al *magister* de la comida, un liberto canoso y de gran confianza. Magón remachó apuntándole con el dedo.

—Que los hombres coman hasta hartarse, pero que no quede ni una raspa. Que no pase como el año pasado, que al final hubo que tirar. El despilfarro de comida ofende a los dioses y puede traer la mala suerte a nuestros negocios.

El *magister* se encogió de hombros, con la confianza de medio siglo al servicio de la familia.

—Ya sabéis cómo son los hombres. Comen más con los ojos que con los dientes.

—Pues que aprendan a medir sus fuerzas. Que cada cual elija lo que comerá. Al que se deje algo, le pegas cuatro buenos palos para que espabile. Ya verás qué rápido aprenden a calcular mejor para la próxima vez.

Publio Cornelio, sentado en el asiento de maderas talladas, lanzó una mirada a la factoría. Ahí, a distancia suficiente como para que la pestilencia de la fermentación del *garum* no les amargase la comida. Edificios de adobes, piscinas abiertas en roca viva y tinajas gigantescas. Salsas y salazones, las bases de la riqueza industrial de Gades y, por tanto, de los Balbo.

—Hermanos...

Su tono llamó la atención de inmediato de los otros, que desatendieron todo lo demás. También del *magister* que, entendiendo que tenían que discutir materias delicadas, se retiró, no sin indicar antes a los esclavos que hicieran lo propio.

—Hermanos. Tenemos noticias de Lucio Cornelio.

Hizo una pausa dramática, arrellanado a la cabecera de la mesa. Los otros, unos sentados y otros de pie, unos con copas de metal y otros con pescados en las manos, con las túnicas agitadas por la brisa marina, le observaron atentos.

—¿Buenas o malas?

Haptibal le estaba animando a seguir, haciendo girar un dedo en el aire. Era el más viejo de todos los hermanos. Habido por el Viejo con una fenicia de Ebussus, hija del puñado de familias de esa etnia que aún permanecían en la isla. Un varón grande y macizo, con la barba llena ya de canas, una vida en la mar a las espaldas, y poco dado a los rodeos.

—La situación en Roma es más complicada aún de lo que los informes de nuestros agentes inducían a pensar. No hay riesgo inminente de otra guerra civil, aunque tampoco es imposible. Pero los *boni* están decididos a conservar el control sobre la República al precio que sea. Y eso pasa ahora por poner trabas a los hombres fuertes...

—Por hombres fuertes te refieres, claro, a Julio César.

Ese era Magón, que se estaba sacudiendo las manos para librarlas de escamas y tomar una copa. Concebido con una mujer noble de los celtas asentados en la cabecera del Guadalquivir. Tan buen guerrero como negociador. Dos virtudes muy útiles a la hora de gestionar los asuntos de la familia en el interior de Hispania. Uno

de los pilares que sostenían la red de alianzas y clientelas que los Balbo llevaban décadas tejiendo en esas tierras difíciles.

—No sólo Julio César. También Pompeyo Magno lleva mucho tiempo sufriendo las maniobras de los *boni*. Y hay más...

Paseó Publio los ojos por sus hermanastros, ahora en círculo a su alrededor. Asdrúbal, Haptibal, Hannón, Magón... unos nacidos en la casa de los Balbo, hijos de distintas esposas, otros concebidos durante la vida nómada de comerciante del viejo patriarca. Algunos fruto del azar, o del deseo, y otros del cálculo, porque le habían servido para entroncar con familias poderosas. Alguna de estas familias eran indígenas del interior, como ocurría con la de la madre de Magón. Otras de la nobleza comerciante de Sexi, de Tingis, de Septa, como los hijos habidos con Sofronisba le habían servido para lo mismo con los fenicios de Malaca.

Todos fueron educados en la casa de los Balbo, con los mismos preceptores, de forma que todos sabían latín, griego, matemáticas, retórica. Algo que no había sido simple generosidad por parte del Viejo. Los había educado para descargar sobre ellos grandes responsabilidades, como ministros de su imperio mercantil. Asdrúbal, por ejemplo, se pasaba el día viajando por toda la costa de Hispania, así como por las Baleares, las Pitiusas y Massalia. Haptibal hacía lo propio por la costa africana. O Hannón, que era hijo habido con una cantadora en su tiempo famosa...

Se centró en lo inmediato. Echó mano a su copa de oro.

—Hermanos. En su carta, Lucio me habla sin rodeos. Considera que la situación tan delicada que se vive en Roma, aunque es peligrosa, también está llena de oportunidades para alguien como él y, por tanto, para la familia Balbo.

»Demasiado tiempo los *boni* han copado puestos y han excluido a hombres llenos de méritos. Hay mucha insatisfacción y tanto César como él creen que es hora de poner en marcha un movimiento que aglutine a todos esos descontentos, sean senadores, caballeros o plebeyos. Todos tienen motivos de agravio y todos pueden mejorar si los *boni* son desplazados de los centros de poder en Roma.

Guardó silencio. Se escuchó durante unos instantes sólo el rumor de las olas, el suspiro del viento, el crepitar de las brasas sobre las que se asaban con generosidad los pescados. Habló pensativo Hannón.

—¿Y en dónde entra ahí nuestro hermano? ¿Y dónde están las oportunidades de ganancia para la familia?

Publio bebió. Hannón era un hombre listo, pero toda su vida se había dedicado a gestionar los negocios de contratación de cantadoras y bailarinas de la familia, y la gran política se le escapaba.

—Nuestro hermano entra en todo eso porque es el jefe de la familia más poderosa y rica de Gades. No está salpicado por generaciones de alianzas y odios, como lo están todos los notables romanos. Lo primero le abrirá las puertas de los financieros y terratenientes romanos; los que de verdad importan. Lo segundo hará que pueda hablar con todos ellos, sin el lastre del pasado.

»En cuanto a los beneficios... si Lucio está con los nuevos amos de Roma, si es uno de ellos, enormes mercados se abrirán para nuestra familia. Oriente, Italia, incluso las Galias. Y nuestro poder en las dos Hispanias crecerá de forma espectacular.

El círculo de hombres barbudos cambió miradas entre ellos, asintiendo con cabezadas y murmullos. Unos con más vehemencia, otros más contenidos, según el carácter de cada cual.

—¿Así de importante crees que será su puesto en ese movimiento, en ese nuevo régimen que pretenden implantar en Roma? —Haptibal echó las raspas de una sardina sobre un plato de cerámica, antes de buscar con los ojos algo con qué limpiarse la grasa de los dedos.

—Lucio estará en primera línea. La fortuna de los Balbo le da derecho a ello. Y se convertirá en una pieza esencial del nuevo régimen. No en el Foro, ni en el Senado. Sí en las sombras. Cuenta con el apoyo de los hombres más fuertes de Roma. César quedó muy satisfecho con su labor como *praefectus fabrum* y, cuando acabe su consulado, cuenta con él para seguir desempeñando esa labor a su lado.

—Suponiendo que consiga ser elegido —gruñó Magón.

—Lo será.

—El futuro nunca está cerrado, hermano.

—Eso es verdad. Por eso he querido también compartir hoy con vosotros las noticias que Lucio me envía desde Roma. Al lado de grandes posibilidades, acechan grandes peligros. Si llega a estallar una guerra civil, debemos estar prestos a apoyar al bando que Lucio ha elegido. Y hemos de asumir que existe el riesgo de que César y sus socios sean derrotados, por las armas o en el terreno político. En ese caso, tendremos que tomar decisiones, para no perder todo lo que nuestra familia ha levantado en las últimas décadas.

De nuevo hubo asentimientos. Era obvio que ya a todos se les había pasado eso por la cabeza. Publio se levantó para volverse hacia el mar, copa en mano y con la túnica agitada. Haptibal hizo la pregunta obvia.

—Entiendo que Lucio pasará largo tiempo fuera de Gades. ¿Qué pasará con su cargo de sufete?

—Es obvio que no puede seguir detentándolo. Moveremos todas nuestras influencias para que recaiga en mí y, de ser posible, dentro de unos años, en mi hijo Lucio. No me gusta lo primero: no creo valer para sufete. Me gustan más las cuentas que los asuntos públicos. Pero es lo que toca y cuento con que me respaldéis. —De nuevo hubo una marejada de asentimientos a sus espaldas. Prosiguió sin volverse, con los ojos puestos en el mar—: También nuestro hermano necesitará toda la ayuda que podamos darle. Roma es un avispero y Lucio es un hombre muy lanzado. Nos toca a nosotros cuidar de los negocios en casa y de tratar de que tenga allí las espaldas bien guardadas.

Al mismo tiempo, en el interior de Roma. A las puertas de la Curia Hostilia

Muchos senadores habían ido saliendo de la Curia Hostilia al goteo, hastiados del discurso interminable de Catón, tan grandilocuente como sin sustancia. Se marcharon tanto amigos como rivales del orador. Y no pocos, ya que era bien conocida la táctica de Catón de hablar y hablar hasta que caía el sol, se fueron a su casa.

Cayo Valerio Flaco también se fue, aunque se quedó en las inmediaciones de la curia. Había salido a disfrutar del sol de última tarde y última primavera, pese al engorro de la toga, que ya daba calor en esa época. Al volver el rostro hacia el resplandor dorado, se dijo que ya era viejo. Son los viejos los que gustan de entregarse al sol, como si de él comieran.

No le pesó esa idea. Era bueno llegar a viejo, más en esa época donde no todos lo lograban. Poco le duró, sin embargo, el bienestar. Se encargó de estropeárselo ese malicioso sujeto, Escipión Nasica, que se aproximó a él con una mueca torcida en la boca.

—¿Qué hay?

Se lo espetó sin ninguna diplomacia, más que nada para ahorrarse todos esos preliminares fastidiosos en los que Nasica solía regodearse antes de dar alguna mala noticia para alguien.

—El Calvo ha salido de su campamento. Viene hacia Roma y va a cruzar el pomerio, si es que no lo ha hecho ya.

Cayo Valerio apartó el rostro del sol, al tiempo que entreabría los párpados.

—¿César? ¿Viene? ¿Renuncia a su triunfo?

La respuesta de Nasica fue una risita. Luego, ante la mirada asesina de Flaco, abundó algo, aunque sin dejar de reírse entre dientes.

—Sí, sí. Ha perdido los nervios. Marco Porcio le ha vencido.

—¿Que ha vencido? ¿Eso crees, en serio?

La sonrisa de Nasica no se apagó, aunque deslució un tanto.

—¿Tú no lo ves así?

—No.

Volvió a cerrar los ojos y a poner el rostro al sol, recostado contra los muros de la curia. Tras unos instantes de silencio y a falta de argumentos mejores, Escipión Nasica repitió lo dicho, sólo que en distinto orden.

—Julio César ha renunciado a su triunfo para entrar. Marco Porcio le ha vencido.

—Le ha ganado una jugada, pero me temo que ha sido para perder esta partida. César renuncia al triunfo, sí, y a cambio se presentará a cónsul. Yo hubiera preferido lo contrario.

—El triunfo era uno de los puntos a favor en su candidatura...

—No repitas lo que otros han dicho y que ya sé. Ya veremos si Julio César no

consigue que esta renuncia le ayude en las elecciones. —Sin abrir los ojos, levantó el índice de la mano derecha—. Minusvaloráis de continuo a Julio César y eso es un error. Puede que sea un hombre despreciable, sin moral, que no respeta nuestras instituciones y que se burla de las costumbres de los mayores. Pero no es ningún tonto. Más bien, es más listo que todos nosotros juntos. Y vosotros seguís sin querer daros por enterados, cosa que al final puede acabar costándonos muy caro.

Vía Flaminia. Al mismo tiempo

En cierto modo, no exageraba tanto Balbo al comparar a César con un dios exótico de muchos brazos. Y uno de esos brazos eran los partidarios y aliados que tenía dentro del propio Senado. A propósito de la candidatura de César, se habían producido discusiones arduas en su seno. Pugnas verbales y legales que, al trascender, se habían convertido en regocijo de una ciudad que seguía esas disputas entre senadores como un espectáculo más. Para ellos eran casi iguales a las luchas de gladiadores, las carreras de carros o las peleas de gallos.

La situación era la siguiente: Julio César estaba en el Campo de Marte con una representación de sus tropas de Hispania, en espera de que el Senado fijase una fecha para su desfile triunfal. Mientras este no se llevase a cabo, no podía cruzar el pomerio y, por tanto, no podía presentar su candidatura al consulado del año siguiente. Un problema agravado por dos hechos: que existía un plazo límite y que sólo había unas pocas fechas factibles para esa presentación, pues así lo establecían las reglas religiosas romanas.

Por tanto, la maniobra obvia de los enemigos de Julio César en el Senado fue hacer todo lo posible por retrasar la fijación de la fecha del triunfo.

El triunfo. Era lógico que muchos forasteros no llegasen a comprender las implicaciones de un honor así. Para ellos, el triunfo no era más que un desfile con el que se reconocía a un general victorioso. Un alarde mediante el que mostrar a la plebe romana el botín, los trofeos y los cautivos. Un festejo en el que se oficiaban ritos y los más pobres podían comer hasta saciarse en los banquetes públicos.

Todo eso era cierto. Pero, por otro lado, el triunfo era uno de los honores más ansiados por un militar romano. Aquel que obtenía un triunfo descollaba sobre sus iguales y ganaba en talla a ojos de los electores. Para un aspirante a los cargos más altos, un triunfo valía más que repartir sobornos a manos llenas. Por eso había porfiado tanto César para obtenerlo en la Hispania Ulterior.

Y ahora no iba a dejar que políticos y legistas se lo robasen o lo usaran contra sus propias ambiciones.

En primer lugar, trató de que una comisión del Senado saliese del pomerio para registrar su candidatura. Era una petición bastante razonable, dado lo excepcional de la situación. Pero ahí los *boni* supieron atizar con habilidad la vanidad de los senadores.

«¡El Senado! —bramaban—. ¡El Senado no puede amoldarse a los deseos de una persona, por más cargos que ostente o haya ostentado!». Argumentaron que el Senado, o algunos de sus miembros, se desplazase a conveniencia de alguien era inaceptable. Hacer algo así menoscabaría la dignidad del Senado como institución y de los senadores como romanos. Clamaban que eso sería mancillar las *mores maiorum*.

La petición fue rechazada por mayoría amplia.

Lo que los *boni*, ufanos de su jugada, no imaginaban era que Julio César ya contaba con ese rechazo. Lo buscaba, de hecho, ya que eso aumentaría la expectación popular en torno a su candidatura. No era más que un paso previo a su verdadera jugada. Dado que el Senado se negaba a salir del pomerio y él no podía entrar, sus partidarios propusieron que alguien pudiera presentar la candidatura en su nombre. Y, como esperaba el interesado, esa propuesta pareció muy justa, sobre todo tras el rechazo de la anterior.

Lo que a su vez no había calculado bien él era hasta qué punto Catón se iba a empeñar en obstruirle. Sólo de pensar en el lío que había montado aquel estirado, se hacía mala sangre Balbo.

—Catón... —No pudo evitar mascullar por lo bajo—. Menudo hijo de puta.

El exabrupto quedó tapado por el bullicio, de forma que ni los que estaban a su lado llegaron a oírle.

En la ahora lejana Gades y a partir de los informes que recibía de sus agentes, Balbo se había formado la imagen de un Catón estadista, estratega y político de talla. Alguien casi a la altura del propio Julio César. Un hombre que, tanto por sus capacidades como por sus convicciones inamovibles, podría ser un enemigo tan peligroso como admirable.

Había acertado en lo de peligroso al menos. Como conservador extremo que era, Catón se oponía de manera frontal a la entrada en la administración y en la sociedad romanas, no sólo de los provinciales, sino también de los itálicos y aún de los latinos. Incluso hacia los romanos de fuera de Roma, su actitud era de rechazo. De ahí su hostilidad contra Pompeyo Magno y su desdén hacia Marco Tulio Cicerón.

Se oponía con terquedad a la concesión de ciudadanías a «bárbaros» y a cambios en los tratados con distintas naciones y ciudades. Una actitud que debía enconarse en el caso de alguien como Balbo, o en el del tratado de Gades. El interesado era muy consciente de ello.

Al fin y al cabo, Catón había armado en su cabeza toda una fantasía en la que él era una especie de paladín de las costumbres ancestrales romanas, de las *mores maiorum*. Eso lo afirmaban en privado incluso amigos cercanos. Soñaba con ser la réplica moderna de su famoso antepasado, Catón el Viejo. Y aquel Catón odiaba a Cartago y a todo lo que oliese a púnico o fenicio. Fue el principal instigador de la tercera guerra contra los cartagineses, el que incitó a arrasar hasta los cimientos aquella joya de la costa de África.

Seguro que la actitud de este Catón hacia los que debía ver como herederos de aquellos odiados cartagineses no iba a ser más afectuosa que la de su antepasado.

Y la actitud de este Catón hacia quienes consideraba herederos de aquellos odiados cartagineses no iba a ser de afecto ni de apoyo precisamente.

—¿Sabes? —le dijo en voz más alta a Hermógenes—. Antes de venir a Roma, temía sobre todo a Catón.

—¿Y ya no?

—Es de temer, pero no por los motivos que yo creía. Estos pocos días me han bastado para darme cuenta de que Catón no es lo que parece en la distancia. De lejos, de oídas, puede parecer un león furioso o una serpiente astuta, dependiendo de las circunstancias. Pero, en realidad, no es más que un toro irascible.

—Los toros son peligrosos, patrón.

—Y tanto. Pero no son astutos, ni reflexivos. Si sabes cómo hacerlo, puedes llevarlos por donde te interesa.

—Eso dicen. Pero lo que he visto es que, si juegas con toros, tarde o temprano estos te empitonan. Como te enganchen, estás perdido.

—Desde luego. Catón es un toro que ya les ha sacado las tripas a unos cuantos que no supieron medir bien las distancias. En todo caso, te estoy dando una comparación. Su punto flaco es que es inflexible. Casi siempre resulta previsible, y eso lo podemos usar para derrotarle.

Ese «casi siempre» lo dijo pensando en lo que había ocurrido en el Senado y que era causa directa de que ahora caminasen en olor de multitudes hacia las puertas de Roma. Había que reconocer que la estrategia de Catón para bloquear la presentación en ausencia de la candidatura de César les había pillado por sorpresa. Aunque, conociendo al personaje, debieran haberlo anticipado.

Los valedores de César presentaron su propuesta en la sesión correspondiente del Senado. Acto seguido, habían ido hablando distintos senadores, muchos para apoyar y alguno para rebatir. Todo había discurrido con normalidad, hasta que tomó la palabra Marco Porcio Catón.

Las noticias de lo que estaba ocurriendo en el Senado llegaron a la tienda roja de César pasado el mediodía. Aguardaba este allí, con sus más cercanos, y cuando se presentó un liberto de uno de sus partidarios, con una nota personal, los presentes creyeron que era la confirmación de que el Senado había aceptado la candidatura en ausencia. Pero el contenido era bien distinto.

Alertaba de que Catón había comenzado a hablar y no había parado. Seguía haciéndolo y era obvio que no tenía intención de concluir su perorata. Se alargaba, divagaba, saltaba sin ton ni son de un tema a otro. Casi todos se dieron cuenta enseguida de cuál era la estrategia de Catón.

Balbo también. No por nada llevaba años tomándose la molestia de saber mediante sus agentes qué ocurría en Roma. Y ya otras veces había recurrido Catón a la misma argucia. Una que cuadraba bien con el temperamento de ese fanático de los procedimientos. Un hombre que no perdía ocasión de acusar a sus enemigos de ofender a las viejas virtudes romanas. Que tronaba sin cesar contra la decadencia de las élites y el abandono de las costumbres. Y que, al mismo tiempo, no tenía recato alguno en torcer tales costumbres en su propio beneficio.

Porque los romanos eran muy rituales y ciertos actos sólo podían realizarse siguiendo procedimientos determinados, en lugares concretos y en fechas señaladas. Eso valía, por ejemplo, para las reuniones del Senado o para la promulgación de

leyes. También para la proclamación de cargos y candidatos. Aprovechándose de eso, ya en otras ocasiones Catón se había entregado a discursos interminables en el Senado, alargándose hasta que pasaba el plazo e impidiendo así votar.

A Cornelio Balbo, nativo de la comerciante Gades, le resultaba incomprendible que hubiesen permitido a ese farsante la misma trampa más de una vez. Pero así eran los romanos. Flexibles, pragmáticos en ciertas cuestiones. Rígidos en lo tocante a su religión vieja, la suya de verdad, la de los dioses sin rostro, los lugares de poder, las fechas faustas e infaustas.

Ahora Catón volvía a las andadas. ¿Por qué no, si en anteriores ocasiones le había dado resultado? Estaban en el último día hábil para presentar candidatos al consulado. Si prolongaba su alocución —y la prolongaría— hasta el ocaso, impediría que se votase la petición de César. Este no podría presentarse en ausencia, no sería cónsul el año siguiente. Así eran las normas sagradas e inflexibles, sin importar el fraude obvio por abuso del procedimiento.

Por la reacción de César, estaba claro que no había previsto que Catón usase esa treta. Quizá eso le enfureció más que el acto en sí, porque esa fue una de esas ocasiones en las que perdió la compostura en público. ¡Y de qué manera!

Ahora, mientras caminaban con el sol de la tarde en la espalda, Balbo recordó cómo César había tomado entre sus manos la nota. Cómo se había desplazado un poco para colocar el texto bajo un rayo de sol que se colaba por uno de los resquicios de la tienda. Cómo le había cambiado la cara. Y cómo había estallado de repente.

Arrojó con furia el documento. Recorrió a zancadas su tienda, explicando con voz llena de rabia lo que había ocurrido. Abría y cerraba las manos como si tuviera ganas de estrangular a alguien. En su paseo llegó hasta una mesa y, rugiendo, la volcó. Copas, jarras, rollos, cálamos, todo voló por los aires, mientras los más próximos saltaban para evitar la lluvia de agua y vino. Después golpeó con el puño cerrado uno de los postes, con tanta saña que lo hizo vibrar.

César no solía perder el control pero, desde luego, cuando lo hacía era de temer. Balbo tomó buena nota de aquello, así como de la rapidez con la que recuperó la compostura. Fue tal que el gaditano se preguntó si el Cayo Julio César que los hombres conocían, el personaje frío y medido, no sería sino una máscara que a veces se agrietaba bajo la presión de los contratiempos. Si bajo esa careta no habría otro Cayo Julio bien distinto: uno de sangre ardiente que había aprendido a ocultarse tras una fachada de serenidad.

Antecedentes había. Ahí estaba el sonado altercado con Juba, el príncipe nómada. Algo antes de partir para ocupar su cargo en Hispania, César ofició de abogado de Masinta, el mismo joven nómada que ahora había dejado atrás. Masinta se había rebelado contra Hiempsal, rey de Numidia, y pleiteó en Roma contra él. Hiempsal envió a su hijo Juba a representarle y, durante el juicio, César le agradeció.

El motivo del ataque no estaba claro. Según unos, Juba le faltó al respeto. Según otros, fue porque el juicio iba mal y César perdió los nervios. No faltaba una versión

curiosa, según la cual César se había enardecido con su propia verborrea y gesticulación, al punto de llegar a mesar las barbas a Juba.

Pero, aunque el motivo no estuviese claro, algo —un testimonio, un alegato— había pillado a César desprevenido y eso había hecho que asomase ese otro furioso que se ocultaba tras la máscara de frialdad. Al parecer, también en aquella ocasión el arrebató le duró poco.

En esta, tras aporrear el poste, proferir blasfemias impropias de un pontífice máximo y recorrer varias veces más su tienda, congestionado y gesticulando, se había parado en seco. Inspiró con fuerza. Dio la espalda a los presentes. Y, cuando se giró de nuevo, su otro yo iracundo se había esfumado.

César volvía a ser César. El patricio alto y apuesto, de rasgos marcados, al que la corona de hojas de roble confería una dignidad portentosa. Ciertó era que ahí, en el fondo de sus ojos castaños, relampagueaba todavía la tormenta. Pero habló con suma calma.

—Una cándida. ¡Rápido!

Se había dirigido a sus esclavos. Y se percató Balbo de que estos habían asistido al ataque de ira con prevención. Alertas, inquietos, pero no aterrados. Así pues, no temían pagar los platos rotos. César no era de los que descargaban su enojo con castigos, torturas o muerte sobre sus subordinados.

Pero tal vez fue Balbo el único que se permitió esa reflexión en un momento así. Porque todos estaban boquiabiertos ante la petición de Cayo Julio.

«Una cándida». La toga blanca deslumbrante, desprovista de banda púrpura y de cualquier adorno, que por tradición debían vestir aquellos que se presentaban a un cargo público en Roma. Si estaba reclamándola era porque pretendía vestirla y acudir en persona a inscribirse como candidato. Y eso implicaba a su vez que estaba dispuesto a cruzar el pomerio y, por tanto, a renunciar al triunfo.

Pomerio ya visible ahí delante, encarnado en los muros y en la vieja porta Fontinalis por la que pasaba la vía Flaminia. En su día, de niño, cuando recibía lecciones de sus preceptores griegos y romanos, Balbo se había imaginado al pomerio como una muralla titánica, de piedras enormes y vetustas, encerrando a la ciudad de Roma. Ahora ya había constatado que no era así.

Había conocido muros mucho más imponentes en sus viajes. Y el contorno del pomerio, trazado por el antiguo rey Servio Tulio en tiempos remotos, ni siquiera seguía la línea de murallas. Lo único cierto era que aquel era el perímetro sagrado de Roma y que en su interior regían gran número de prohibiciones. Una de ellas era la de portar armas. Otra, que bajo ninguna circunstancia podía ser traspasado por soldados o magistrados con *imperium*.

Imperium que César iba a perder y, con él, ese triunfo por el que tanto se había esforzado.

Más allá de la agitación de las fascas de los lictores, Balbo podía ver los hombros y la cabeza de César tocada por la corona cívica. Se sonrió. Catón le había pillado

desprevenido, cierto. Pero ahora el sorprendido debía ser él. Aunque aquel soberbio, al que sin duda ya habría llegado la noticia, quizá se estuviese regocijando, creyendo haber vencido.

No pensaría así si estuviese presente, eso desde luego. Porque la muchedumbre formaba una muralla humana a ambos lados de la vía. Aclamaban a César, maldecían a los *boni*, aplaudían, de forma que la procesión avanzaba hacia las puertas de Roma envuelta en un escándalo ensordecedor.

—Patrón —comentó Hermógenes—. César está teniendo en cierta forma su desfile del triunfo.

Hablaban casi a gritos entre ellos, tal era el ruido. Era como si toda la ciudad hubiese salido al saber que César había vestido toga cándida y se disponía a entrar.

—Esto no es casual.

Lo dijo tan bajo que su empleado no lo oyó. Tampoco era necesario, porque ahora hablaba para sus adentros.

En efecto, parecía imposible que la noticia hubiese cundido tanto en tan poco tiempo. Ahí había algo más que una difusión espontánea gracias al puñado de mensajeros que César había mandado por delante y al boca a boca.

¿O de verdad se había producido ese fenómeno de forma natural, una suerte de epidemia de júbilo, que había hecho que miles de romanos salieran en tromba extramuros? La mayoría era de las clases más bajas y muchos estaban allí por esa misma avidez ciega de espectáculo que les hacía pelearse por un asiento en las gladiaturas. Eso era parte del carácter más popular romano.

Pero también había ahí algo más. Aparte de en toga cándida, César entraba en Roma envuelto en el mito de Mario. Cayo Mario, el ídolo de las clases populares, el defensor de los humildes frente a los *boni*, el general invicto siete veces cónsul. Tío también de Cayo Julio César. Eso podía explicar el delirio que se estaba viviendo.

Pero ya estaban ahí, a las puertas. Paso a paso, estaban llegando a ese punto en el que cruzarían el pomerio, el recinto inviolable de la Urbe. A unos pasos de la boca de piedra de la vieja puerta, muy consciente de la muchedumbre agolpada a ambos lados del camino, César se detuvo para girar sobre los talones y encararse con los de su comitiva. Los contempló de esa forma que él sabía hacer, como si mirase a los ojos de cada uno.

Gritó:

—¡La suerte está echada!

Con tanto ruido, los que le seguían comprendieron lo que había dicho, más que oírlo de verdad. Aquella era una de sus frases favoritas. La fórmula con la que el jugador que oficiaba de banca daba por cerradas las apuestas, antes de arrojar los dados o las tabas. Una expresión que indicaba que todo estaba hecho. Que ya no había marcha atrás, que nada podía cambiarse y sólo cabía esperar el resultado de las decisiones tomadas.

Luego volvió a darse la vuelta. Y, entre aplausos y clamor, cruzó las puertas. Arco

de piedras viejas que, a esa hora, con la luz de última tarde, tenían una cualidad dorada. Tan acentuada era esa cualidad que Balbo se preguntó si no sería un presagio.

En esas fechas, cerca ya del solsticio de verano, los días eran largos y los atardeceres interminables. Aún faltaba para la puesta del sol y Julio César tenía tiempo de sobra para inscribirse como candidato. Pero la luz iba ya cambiando. Más suave, más añeja. Lo teñía todo de oro: las murallas, las laderas de las colinas, las residencias y los edificios dispersos por estas.

El Balbo banquero y pragmático, el alumno de pedagogos materialistas griegos, se dijo que no era más que la luz propia de esa hora. Pero el Balbo sacerdote, el que de niño mamó las viejas tradiciones fenicias de labios de las criadas de la casa, no pudo evitar pensar que era una señal. Un signo de lo por venir. Un aviso del destino de Cayo Julio, al que él se había ligado de forma voluntaria.

Días después. Roma. Barrio de la Suburra

Julio César y Servilia Cepión tenían mucho que celebrar. Lo primero de todo, su reunión tras la larga ausencia del primero. Y ¿qué mejor forma de hacerlo que con una de esas citas clandestinas suyas que, por su misma esencia, formaban parte de los placeres de su relación?

Además, Servilia estaba exultante por las circunstancias en que se había producido el regreso de su amante. Su entrada en olor de multitudes había convertido a su aborrecible hermanastro Catón en el hazmerreír de toda Roma. Sobre todo porque se había sabido que, en los primeros momentos, al enterarse de que César iba a cruzar el pomerio, se había congratulado en voz alta de lo que él creía una victoria política.

Y ahora ella, tumbada, desnuda, lustrosa de sudor, satisfecha por fin después de tantos meses, con los ojos puestos en el techo lleno de frescos exquisitos, en esa estancia en penumbras, se reía al recordar lo que le habían contado.

—Por lo visto, el muy pomposo estaba a las puertas de la Curia Hostilia, todo ufano, rodeado de sus secuaces, recibiendo felicitaciones.

—Te relames sólo de imaginarlo —sonrió César, con los ojos cerrados.

Ella se carcajeó con maldad.

—¡Cómo me habría gustado ver ahí a ese hipócrita, con toda esa banda de mediocres de linajes vetustos alrededor, con sus togas sudadas! Me han contado que, cuando le llegaron más noticias y comprendió lo que de verdad estaba pasando, se quedó más blanco que tu toga cándida.

César se sentó en la cama. Se pasó las palmas de las manos por la calva y las sienes sudorosas.

—Y a mí me han contado que perdió la compostura. Que echaba espumajos de rabia. Que quiso golpear al que le llevó la noticia y que tuvieron que sujetarle.

Sonriente, también desnudo, se incorporó para llegarse a una mesita y escanciar vino de Sicilia en una copa enorme, imitación griega y de excelente factura. Remató.

—Pero eso último no me lo creo. De boca en boca, los rumores se hacen cada vez más exagerados. Iría contra la dignidad de Catón pegar a un mensajero.

Ella no respondió nada porque, en el fondo, la veracidad de todo eso no le interesaba gran cosa. Lo bueno era que corriera el rumor, fuera falso o no. Así que aprovechó que el otro estaba ocupado escanciando para observarle al parpadeo de las lucernas.

Le había sentado bien al maldito su estancia en Hispania. Puede que el hecho de cumplir los cuarenta, sumado a la vida romana, hubiesen comenzado a ablandarle algo antes de partir. Pero el estar viajando constantemente por su provincia, así como las fatigas de la guerra lusitana, habían eliminado ese «algo». También, de paso, el escaso cabello que antes de partir le quedaba en la parte superior de la cabeza.

El paso del tiempo parecía estar modificándole el físico. El otrora César esbelto

se estaba volviendo un hombre más recio, como si los mismos huesos le estuvieran ensanchando...

Y esas reflexiones la llevaron, en un salto brusco, a preguntarse cómo la habría encontrado Cayo Julio a ella. Sin pensar, se paseó los dedos por la línea del vientre, siguiendo uno de los regueros de sudor. Y César, que justo entonces se volvía, con la gran cratera llena de vino en las manos, interpretó mal su gesto.

—¿Tienes calor?

—Mucho calor, en más de un sentido.

Él se echó a reír de buena gana. Parado junto al lecho, dio un buen trago antes de pasarle la copa a Servilia, que la recibió a dos manos, tras sentarse en la cama. Mientras ella bebía, César se acercó a la ventana abierta. Acababa de oscurecer y, pese a que estaban en una quinta planta, llegaba hasta allí arriba el bullicio del barrio. También los olores. Los talleres ya habían cerrado, pero seguían abiertos muchos establecimientos y, por supuesto, los puestos callejeros de comida. La peste a fritos y a guisos subía y se colaba, no importaba la cantidad de incienso que quemasen dentro.

Esos olores a comidas populares no podían ser más incongruentes con la habitación. Si alguien pudiera echar un vistazo ahí dentro, juraría estar ante una estancia de alguna *domus* de las colinas más ricas. Materiales de calidad y artesanías excelentes. Buenas telas, maderas nobles, cerámicas finas. Paredes y techo cubiertos de frescos pornográficos, dignos de grandes artistas. Mobiliario de ebanistería inmejorable. Y, por supuesto, vino de buenas viñas y cosechas.

Y, sin embargo, aquel nido no se hallaba en ninguna *domus* patricia, sino en el último piso de una ínsula cochambrosa, en el barrio de la Suburra. Aquel era el escondrijo donde, desde hacía años, se encontraban César y Servilia para una relación que se suponía clandestina y que, en realidad, llevaba largo tiempo siendo la comidilla de toda Roma.

César regresó junto a la cama para recuperar la copa y dar otro buen trago. Al llevarse esa gran copa a los labios, lanzó a Servilia una mirada de medio lado que a ella se le antojó especulativa.

Y eso hizo que se preguntase de nuevo cómo la habría encontrado tras año y medio de ausencia. Aunque, conociéndole, seguro que esa mirada ambigua sólo significaba que, por algo que acababa de ver, había saltado un resorte en su mente. Que se había puesto a maquinarse sobre alguno de los múltiples intereses que siempre le ocupaban la cabeza.

Como para darle la razón, él le devolvió la copa y retornó pensativo a la ventana abierta. Apoyó las manos en el alféizar para asomarse a la calle, varios pisos más abajo. Y para ella fue de repente como si casi dos años no hubieran transcurrido. A menudo antes, cuando quería ordenar sus ideas, César hacía eso. Contemplar la calle aprovechando la noche, cuando esta era visible gracias a las luces, en tanto que sus alturas quedaban en completa oscuridad para los de abajo.

Aquella ínsula no daba al Argileto.^[18] Habría sido una locura buscar nido allí. Pero sí se hallaba cerca y esa fachada daba a una calle bastante ancha y populosa que a esa hora, tras el ocaso, aún hervía de gente y actividad.

Servilia saltó de la cama y, con la copa en las manos, se acercó a él para mordisquearle la espalda.

—¿Preocupado por las elecciones?

—No. Sé que ganaré.

Ella dejó sobre una de las mesitas la copa y se asomó a su lado. Abajo lucían lámparas, lucernas, velas, aunque no antorchas ni hogueras. Bastante calor hacía ya en esas calles, por el verano y con las aglomeraciones humanas. Y el riesgo de incendio era demasiado elevado. Al resplandor de todas aquellas pequeñas luces, era posible distinguir desde arriba a artesanos de regreso a casa, jueguistas de parranda, la comitiva de alguien de posición que cruzaba el barrio de regreso a su *domus* en las colinas...

—Si tan seguro estás de ganar, ¿qué te preocupa de las elecciones?

—Nada.

—A mí no me marees, calvo de las narices.

Él sonrió en la casi oscuridad.

—No te mareo. Las elecciones las tengo ganadas. A mí lo que me preocupa es lo que ocurrirá después. Cuando ocupe el cargo de cónsul y, si me apuras, cuando lo abandone.

Ella resopló. ¡Qué hombre! Ciertamente se daba casi por seguro que ganaría las elecciones y en primer puesto. Que obtendría el cargo de cónsul *senior*. Lo que ya estaba mucho más en duda era quién quedaría en segundo lugar. Si su compañero de candidatura, Lucio Luceyo, que era quien de verdad pagaba la campaña, o su rival político y enemigo personal Calpurnio Bíbulo, candidato de los *boni*. Porque, como fuese ese segundo, el suyo iba a ser un consulado de todo menos tranquilo.

Suponía ella que era eso lo que le hacía cavilar ahora. Por eso la descolocó que se acodase sobre el alféizar y, distraído, le preguntase:

—¿Qué significaba para Silano el ser cónsul? ¿Lo sabes?

Ella le miró, con su rostro a dos dedos.

—¿A qué te refieres? No te entiendo.

—Tú estuviste casada muchos años con Silano. Él fue cónsul hace un par de años. ¿Tienes alguna idea de qué significó para él alcanzar la magistratura?

A punto estuvo de contestarle ella que «Silano siempre fue un perfecto desconocido para mí, en ese tema y en todos los demás». Pero, en vez de eso, se apartó de la ventana algo turbada.

—Sigo sin entenderte, Cayo Julio.

Tomó la copa para dar un trago, mientras él hablaba sin abandonar su postura asomado.

—Procedo de una familia patricia que se remonta a los reyes de Alba Longa, a los

héroes de Troya y a la propia diosa Venus...

—Ya lo sé. Toda Roma lo sabe. ¿Cómo iba a haber alguien que no lo supiera, si te pasas el día pregonándolo?

Él ni se dio por enterado de la pulla.

—Pero mi familia no ha brillado mucho en las últimas generaciones. Ni mi padre, ni mi abuelo, ni mi bisabuelo llegaron a cónsul. Es por eso que te lo pregunto.

»Porque estoy, hasta cierto punto, desconcertado. Ojalá hubiera tenido mayores que me hubiesen transmitido su experiencia en esto. He visto que, para algunos, ser cónsul es la cima de sus aspiraciones. En cambio, para otros no es más que un paso. Imprescindible, pero sólo un peldaño en su carrera. Para ellos, el consulado es el trámite que les abrirá la posibilidad de ser gobernadores de una provincia rica y, claro está, de llenarse de oro las arcas. —Se retiró por fin de la ventana. Tomó la copa de manos de Servilia—. Y me pregunto si para algunos hombres ser cónsul será algo más que todo eso. Por eso me gustaría saber qué significaba para Silano.

—Siempre fue difícil saber lo que pasa por la cabeza de Décimo Junio —admitió Servilia, desorientada y casi turbada por ese giro de la conversación—. Pero sí que hay algo que puedo decirte de él. En lo tocante a lo público, es todo lo contrario a ti. Se deja llevar y hace las cosas como siempre se han hecho. Por eso ha recorrido el *cursus honorum*^[19] como un pez el río. Sin sobresaltos, con facilidad, sin resistencia, sin estridencias ni salidas de tono.

César casi resopló.

—Tanta medida política para acabar su carrera de forma tan sonada, teniendo que abandonar su gubernatura de Asia por culpa de una enfermedad inmundada. Y, encima, sustituido por ese ladrón de Lucio Valerio Flaco...

No acabó al advertir la mala cara de Servilia, a la que parecía haberle hecho muy poca gracia esa alusión a la ligera a la dolencia de su antiguo esposo. Cambió de inmediato de registro.

—¿Cómo está?

—¿Décimo Junio? Peor. Se está consumiendo y los dolores son cada vez mayores. Pero no quiero hablar más de él. No sé qué tiene que ver en todo esto.

—Nada. Pensaba en voz alta. En todo caso, creo que me espera un consulado difícil. Pero lo superaré, y tengo que hacer ya planes para cuando concluya mi mandato. —Hizo una pausa. Bebió—. De esos planes quería hablarte.

Pero no se explicó. Copa en mano, se acercó a las jarras para rellenar. Servilia sintió cómo le corrían de nuevo regueros de sudor por el cuerpo desnudo. Cayo Julio estaba a punto de compartir con ella sus maquinaciones políticas. Y, por su actitud, parecía que se estaba tomando unos instantes antes de hablar, como si estuviera organizando ideas... ¿o es que iba a abordar un tema espinoso? ¿Espinoso con respecto a ella?

—Habla.

—He estado valorando la conveniencia del matrimonio entre nuestros hijos. Creo

que lo mejor es que deshagamos el compromiso.

Lo dijo de medio lado, mientras servía vino. Muy conveniente, para no tener que mirarle a la cara. Cayo Julio no era de los que rehuían las situaciones difíciles, pero procuraba evitar o retrasar las discusiones desagradables con ella.

Servilia se apartó los mechones de pelo negro del rostro. Su hijo, Marco Junio Bruto, y la hija de César, Julia, llevaban años prometidos en matrimonio. Bastantes, puesto que el acuerdo se había cerrado cuando Julia tenía muy poca edad.

—A ver, liante. ¿Qué tienes en la cabeza?

César le echó otra mirada de soslayo, jarra en mano.

—Hace ya tiempo que le doy vueltas a los inconvenientes que una boda así puede tener para todos: para ti, para mí y por supuesto para nuestros hijos. —Escanció—. Creo que nos vendría bien anularla. Y creo que, para mi futuro político, sería bueno que casase a Julia con Pompeyo Magno.

Ella se acercó en dos zancadas hasta él, que se giró jarra en mano. Servilia tenía mal carácter y, si se enfurecía, era capaz de atacar físicamente. Pero ahora estaba intrigada, no colérica.

—Explícate.

—La República está agotada. Roma sucumbirá como si fuera un estado helenístico, a no ser que se tomen medidas drásticas. Sé que muchos se preguntan por qué me presento a este consulado, cuando podía haber celebrado mi triunfo y esperado al siguiente. Sé que será un consulado difícil, sobre todo si también sale elegido Bíbulo. Ese está dispuesto a ser un grano en mi culo.

»Pero era necesario que me presentase este año. Era necesario, querida. Si los *boni* consiguen copar los dos cargos de cónsul del año que viene, causarán a Roma un daño irremediable. La pondrán al borde de la destrucción.

Servilia achicó los ojos, frunció los labios. César le sostuvo ahora la mirada, a un palmo y sin pestañear. Estaba convencido de lo que decía, sin duda, sin que eso restase un ápice de peso a su ambición personal. Pero así era Cayo Julio y era una de las cosas que en el fondo le fascinaban de él: su capacidad para conciliar intereses diversos y en apariencia antagónicos. Y proseguía.

—Son unos negados. Unos inútiles. Abusan de sus cargos, esquilman a las provincias. Han empujado a hombres valiosos a la rebelión. Son los principales culpables de las guerras civiles que hemos tenido que sufrir. Si les dejamos, causarán insurrecciones en provincias al este y al oeste.

—¿Y eso lo vas a arreglar tú siendo cónsul?

—Claro que no. Pero es hora de que hombres fuertes y capaces se pongan de acuerdo para salvar a Roma. Hay que enmendar el rumbo de la República.

Servilia tomó la copa de la mesa y fue a sentarse desnuda en el alféizar de la ventana, de espaldas al vacío, sin miedo a la caída.

—Y uno de esos hombres fuertes es Pompeyo Magno.

—Evidentemente. Para algo así, es preciso contar con él.

Ella bebió con ojos brillantes. César aprovechó para seguir.

—Deshacer el compromiso previo y casar a Julia con Pompeyo será ventajoso para todos.

—Para ti sí, liante.

—Y también para tu hijo.

—¿Ah, sí? Convénceme. —Le tendió la copa.

—¿Qué ventajas le daría a tu hijo vincularse a mí? En las actuales circunstancias, ninguna. —Recogió la copa para beber con fruición—. Más bien, lo contrario. Un enlace así le alejaría de la órbita de los *boni*. Catón ve con muy malos ojos esa boda. —Volvió a beber con expresión maliciosa—. Claro que, para ti, el hecho de que a él le fastidie, supone un aliciente.

Ella se echó a reír, balanceándose en el alféizar. Se les había subido a los dos el calor y el vino. Sí, odiaba con toda su alma a su hermanastro y aquel compromiso era una forma de hacerle sangrar. Maldito Marco Porcio. Su hostilidad hacia los hombres nuevos le había llevado a prohibir el enlace de la hija mayor de Servilia con Pompeyo Magno, tiempo atrás. Y eso era algo que no podía perdonar.

Recordó aquel episodio para ella tan amargo. Entronar con el Magno, y por tanto con todo el poder que movía, habría sido para ella una entrada grande en la arena política, aunque fuese desde la zona de sombra, la de las mujeres. No sería mala venganza por tanto que, como consecuencia de aquella maldad de su hermanastro, ahora Pompeyo, estando libre, pudiera casarse con la hija de César.

—¿Qué dirá Julia?

—Yo me ocuparé de ella. ¿Habrá algún problema con tu hijo?

—Ninguno. Marco Junio está chapado a la antigua. Parece que en mi familia abundan los varones obsesionados con la *mos maiorum*.

No exageraba. Para Marco Junio Bruto, el matrimonio era parte de la política. Formaba parte de las responsabilidades de un romano de alcurnia y dejar que los afectos se inmiscuyesen en algo así era rebajarse en la dignidad. Lo que Servilia evitó decir fue que incluso se alegraría. Admiraba a su tío Catón tanto como su madre lo odiaba, y el disgusto de este ante su boda con Julia se había convertido en una china molesta en su sandalia.

Pero eso le llevó a ella a otra idea que sí formuló en alto.

—¿Y si esto hace que Marco Junio se acerque demasiado a los *boni*?

—Es un riesgo. Pero cierta proximidad a ellos por su parte puede sernos de provecho. Puede servir de vínculo, de mediador. Siempre es bueno tender puentes.

Ella se puso un pulgar en el labio inferior, tratando de aclarar ideas entre los vapores del vino.

—Puede ganarse enemigos peligrosos entre los populares.

—Querida, mientras César viva, tu hijo no tendrá que temer nada en tal sentido.

Servilia primero rompió a reír. Le hacían gracia esas salidas altisonantes, esa forma de hablar de él mismo en tercera persona, más en la intimidad. Luego se lanzó

sobre él para besarle con furia. Él consiguió apartar a tiempo la copa, porque tanto ímpetu la habría hecho pedazos entre los cuerpos.

Le mordió la oreja.

—Júrame que eso será así.

César la apartó para elevar la copa a dos manos, como un sacerdote en ofrenda.

—Te lo juro. —Bebió con largueza.

—No te lo tomes a broma. La situación cada vez da más miedo. Más desde que las bandas de Clodio se dedican a amedrentar y a dar palizas a cuantos se cruzan en su camino.

—Clodio está de mi parte.

—Clodio sólo está de su propia parte. ¡Ni eso, porque es un loco! —Le arrebató la copa—. Es una bestia, un espíritu maligno, feroz y rencoroso...

—No sigas. Me doy por enterado de que no es de tu agrado. Pero no te preocupes: está controlado.

—Nadie puede controlar a Clodio. Te arrepentirás de haber tenido tratos con esa alimaña.

César le quitó con suavidad la copa para, una vez más, irse a rellenarla. Habló ahora más reflexivamente.

—Puede que tengas razón. Pero le necesito. Así como Pompeyo tiene el poder militar y Craso el financiero, Clodio controla la violencia callejera. Me es indispensable para asegurarme estas elecciones.

—Algún día lo lamentarás. No es de los que se conforman y siempre quiere más protagonismo en todo. —Agitó las manos, de repente furiosa—. ¡Si hasta es un corruptor! Ha arrastrado a su modo de vida a jóvenes de buena familia. Ahí tienes por ejemplo al hijo de Tuditana, Décimo Bruto, participando en altercados callejeros como si fuera un gladiador...

—Ese ha heredado la cabeza hueca de su madre. No le eches la culpa a Clodio.

—Tuditana no es ninguna cabeza hueca. Lo que ocurre es que es una mujer emocional, impulsiva...

—Peor me lo pones. Yo nunca apostarí por un carro con buenos caballos y un auriga incapaz de dominarlos.

Se aproximó a la ventana de nuevo, como si buscara un soplo de aire en esa noche sofocante.

—Aunque es cierto eso que dices, que tiene sus talentos y sus virtudes. —Bebió—. Tal vez fuese interesante que Balbo y ella se conociesen.

—¿Para qué?

—Porque él es un buen amigo y uno de mis hombres de máxima confianza. Porque es muy poderoso en Hispania y no tardará en serlo aquí. Es más un aliado que un subordinado. Y Tuditana conoce a mucha gente. Tiene muchos contactos y se me acaba de ocurrir que es la persona ideal para introducirle en ciertos círculos.

—Tal vez se podría organizar una *comissatio*. Pero ¿quién correría con los

gastos?

—Balbo, por supuesto. Si aprecia que es una buena inversión, abrirá su bolsa sin rechistar.

—Uf. Puesta a gastar, Tuditana es un peligro. En todo caso, eso no se organiza de un día para otro, sobre todo si se quiere que esté cierta gente.

—No importa. Mejor. Que sea después de las elecciones. Así me servirá de paso para limar diferencias y desvanecer recelos con algunos que ahora apoyan en las elecciones a Bíbulo y a los que necesitaré cuando sea cónsul.

De las notas para la Historia secreta de Roma, de L. Cornelio Balbo

Es una suerte para Roma que sus clases dirigentes se tomen el matrimonio como una cuestión estricta de negocios. De lo contrario, es muy posible que se hubiesen extinguido por culpa de las venganzas o, conociéndoles, que hubieran destruido a la República en tremendas guerras civiles. Seducciones e infidelidades que, en otros pueblos, llevarían a ajustes de cuentas sangrientos, al asesinato del seductor y de la esposa infiel, y a enemistades familiares eternas, se solventan entre los *optimates* con un simple divorcio. Y no sólo eso, sino que seductor y esposo agraviado no tienen mayor reparo en hacer negocios o política juntos, sin que lo ocurrido sirva de mayor obstáculo para ello.

Un ejemplo claro está en el triunvirato que, en la práctica, gobierna Roma. En su día, César sedujo tanto a la esposa de Pompeyo como a la de Craso, y es de suponer que a ninguno le hizo la más mínima gracia. Pompeyo, no bien regresó de Oriente, se divorció de manera inmediata de su esposa, ya que el asunto de esta con César había sido cualquier cosa menos discreto. Ese es uno de los defectos de este último: que a veces no es capaz de actuar con secreto. Tampoco es prudente, porque Craso fue durante años su sostén financiero y su valedor. Sin la ayuda de Craso, es posible que César no hubiese podido impulsar su carrera política.

Nada de eso detuvo a César que, en este caso, tengo que reconocer que se comportó como el chivo lascivo que las malas lenguas y algunas sátiras dicen que es. Tampoco eso impidió a Craso seguir financiándole. No le daría ninguna alegría que le pusieran los cuernos, pero ya había invertido mucho en César, pensaba que era cuadriga ganadora y, por tanto, fue capaz de separar alcoba de negocios.

Y, como se ha podido ver, nada de eso impidió a esos dos pactar con el seductor de sus esposas para controlar políticamente a la República.

No es un caso aislado sino la norma. César a su vez nunca tuvo escrúpulo en pactar con Clodio. A ese, unos lo catalogan como un simple demagogo más, de los que halagan a la plebe para medrar políticamente. Otros piensan que es mucho más peligroso, un libertino de ideas extremistas. Es el mismo que organizó bandas de matones, el que ha desatado la violencia que se ha hecho endémica en las calles de Roma. Pero ya hablaré con más detenimiento de Clodio, en otro momento.

Lo que aquí importa es que a Clodio le atraparon hace unos años, cuando trataba de colarse en la Domus Publica, al parecer buscando a Pompeya, la que entonces era esposa de César. En ese caso, fue algo más que un asunto privado, ya que aquello es la residencia del pontífice máximo, un lugar sagrado, y que se disfrazó de mujer para aprovechar que se celebraba la festividad de la Bona Dea. Clodio acabó procesado, aunque salió libre y sin consecuencias. No se puede decir lo mismo de Pompeya.

La opinión más extendida es que Pompeya no tenía nada que ver con los

tejemanejes de Clodio. Pompeya es una mujer muy bella pero de escasa inteligencia. Y César no dudó un instante en divorciarse de ella por el incidente. Pronunció una frase que se ha hecho famosa en Roma, cuando algunos abogaron por la inocencia de su pobre esposa. Se dice que él replicó que no dudaba de ello, pero que la mujer de César no sólo debía ser honesta, sino también parecerlo.

En cambio, contra Clodio no sólo no tomó ninguna medida, sino que en estos días son aliados.

Muchos forasteros en Roma se asombran ante todos estos enredos, y ante esta forma de tomarse la vida. Sobre todo, cuando los *optimates* le dan una importancia suprema a la *dignitas*, que tanto tiene que ver con el respeto de los iguales y la compostura en público. Pero yo creo que es justamente por eso. Iría contra la *dignitas* de un senador romano, por ejemplo, dar muestras de ira o dolor ante una infidelidad conyugal. Se considera que las manifestaciones excesivas de sentimientos atentan contra la *dignitas*. No olvidemos que los varones de clase alta suelen cubrirse el rostro con un velo durante los funerales. Ocultan así su dolor y, por tanto, el simple hecho de usar velo es una demostración de dolor. Una sutileza muy romana.

La *dignitas* es un valor supremo y cualquier atentado contra la misma es algo que no se perdona. Ese es, para ser exactos, el motivo de la enemistad enconada entre Pompeyo y Craso, que se mantiene desde hace décadas. Debo aceptar que el culpable fue Pompeyo, durante la guerra de los gladiadores. El peso de aquella guerra la llevó Craso, que fue quien derrotó a aquel ejército de esclavos y gladiadores que durante años tuvo inquieto a Roma. Pompeyo también tomó parte, realizando operaciones militares contra los contingentes desgajados del ejército principal de Espartaco.

Pompeyo, al que siempre le han gustado demasiado los laureles, tuvo la mala ocurrencia de tratar de apropiarse de méritos que les correspondían a Craso. Quiso presentarse como el verdadero vencedor y eso fue algo que Craso nunca le perdonó. Más valía que le hubiera querido despojar de sus riquezas o robar la mujer. Pero a Pompeyo nunca le ha importado nada de eso y sí la gloria. Es algo que más de una vez le ha metido en problemas. Todavía se recuerda en Roma cuando quiso desfilar en un carro tirado por elefantes, sin percatarse de que animales tan grandes no cabían por las puertas de la vieja muralla.

Por eso insisto tanto en que es difícil comprender las sutilezas del alma romana. Y que hacerlo es necesario para poder ser alguien aquí y ascender.

Barrio de la Suburra. Roma. Días después

Un Publio Escevio sudoroso y muy disgustado entró en la taberna como el que se mete en la boca del lobo. Se detuvo en el umbral, parpadeando para acostumbrarse a la poca luz de aquella caverna humana. Arrugó la nariz, porque el lugar no sólo estaba casi a oscuras, sino que apestaba. Hedía a aceite rancio, a vino picado y a sudor viejo.

Al chisporroteo de las mechas, acabó por localizar a Lucio Vetio. Estaba al fondo, por supuesto. Vetio era de esos hombres que siempre se las arreglaban para encontrar acomodo en asientos donde tener la espalda contra la pared. Caminó por entre mesas, ocupadas por sujetos a cada cual más dudoso, para dejarse caer en el rebanco a su lado.

—Dame de beber, *hircus*, que vengo seco. Una parte de vino y tres de agua.

—¿Una y tres? Eres un flojo.

—Lo que soy es prudente. El vino que dan en estos sitios es veneno. Hay que ser más cabra que hombre para beberlo sin aguar.

—Es que es vino fuerte, para hombres.

—Pues para ti.

—Lo dicho, Escevio. Has vuelto de Hispania hecho un flojo.

Vetio sirvió de dos jarras en un cuenco de arcilla cocida, con una mueca que pretendía ser filosófica y tan sólo resultaba ruin. Entretanto, Escevio se secó el sudor y se arregló algo la túnica, al tiempo que paseaba los ojos por el local en penumbras. Paredes desconchadas, mobiliario desvencijado, cerámicas toscas, parroquianos a cada cual más dudoso.

Tomó el cuenco, dio un buen trago, porque de verdad que tenía la garganta reseca. Se le puso cara de querer escupir el líquido, cosa que fastidió a Vetio.

—¡Oh! ¿Le ocurre algo al senador? ¿No es de su gusto el vino? ¿Será que tiene mucha agua?

—¿Agua, *hircus*? Estos son meados. ¿Es que la cogen de las cloacas?

—Pues, ahora que lo dices, no me extrañaría.

—¡Tetas de Líbera! ¡Cómo odio a Roma!

—¿Y por qué viniste entonces?

Escevio, pese a todas sus palabras y muecas de repugnancia, dio otro trago al cuenco, antes de contestar.

—¿Y adónde va a ir un hombre como yo? Con mis años de servicio en el ejército, no tengo derecho ni a una parcela de piedras y arena, y en ningún lugar hay trabajo para un hombre libre.

Vetio resopló, antes de encogerse de hombros y beber del mismo recipiente.

—Aquí tampoco lo hay, Burro Lucano. Si un romano de verdad no encuentra con qué ganarse la vida, ¿cómo lo va a encontrar alguien como tú?

Escevio no respondió a eso, ni se dio por aludido con el desdén implícito hacia su

ciudadanía. Agachó la cabeza y, al parpadeo de la lucerna en su propia mesa, trazó dibujos sobre el tablero, con el dedo mojado en vino.

Sí. No había futuro en Roma. Llegó licenciado con las tropas de César y, tras la entrada de este en el pomerio, había vagado días en busca de algún trabajo. Lo único que encontró fue un puesto en una banda callejera de matones, de esas que operaban en épocas electorales. Y aun eso gracias a su historial en las legiones y a que se había topado con aquel viejo conocido, que no amigo: Lucio Vetio.

Escevio estaba siendo actor y a la vez testigo de la violencia que azotaba las calles de los barrios populares de Roma, en las semanas previas a las elecciones consulares. Todo muy distinto a lo que había esperado. Se suponía que habría para él un puesto destacado en el desfile del triunfo de Julio César, gracias a su actuación durante el fallido asalto a la isla de los lusitanos. Pero ni eso obtuvo, ya que el triunfo ni siquiera había llegado a celebrarse.

Así que ya sólo era uno de tantos veteranos que, tras gastar la juventud bajo las águilas, acababa en las calles de Roma con la bolsa vacía, las puertas cerradas y sin más oficio que el de las armas. Y a ese oficio había vuelto, sólo que en una versión de más baja estofa. No a las legiones, sino a las cuadrillas de delincuentes, mercenarios, veteranos y gladiadores. En este caso, al servicio de los *boni*, apaleando a partidarios y agentes de los *populares*.

—Me cago en Roma.

Vetio, sin mirarle ni responder, escanció más vino y agua en los cuencos. Le puso el suyo entre los dedos.

—Roma se caga en todos nosotros y tiene el ojete más grande. Así que tómate las cosas con calma, Burro Lucano.

«Burro Lucano». Hacía mucho tiempo que no oía su viejo apodo. Y tenía que ser de labios de aquel sujeto, chivato y espía a sueldo del que mejor pagase.

—¿Con calma? No tengo adónde ir.

—No te ciegues. En Roma no hay nada para nadie. Seas romano-romano, lucano o galo. Aquí hay que espabilar.

—Dicen que a los veteranos con familia, si gana César, les darán un pedazo de tierra...

—¡Burro Lucano! Pareces tonto. ¿Quieres ser labrador? ¿Romperte los lomos cavando?

—Es mejor que andar sin nada.

—¿Nada? ¿Esto es nada? Tienes techo, estás bebiendo vino y hoy te has ganado algo de dinero. A tu manera, tienes oficio y patrón.

—Dar palizas e intimidar... vaya oficio de mierda.

—¿Ya estamos? ¿Qué diferencia hay entre alancear a bárbaros que nada te hicieron y moler a palos a los partidarios de César y Luceyo? En los dos casos, quien saca beneficio son los mismos: los *optimates* romanos.

—Al menos, contra los bárbaros nos enfrentábamos como los hombres, cara a

cara y con las armas en la mano.

—Ahora resulta que los agentes de los *populares* son corderos, ¿no? Te recuerdo que hace un rato casi os revientan a estacazos. En tu oficio también se corre peligro.

Escevio le miró de soslayo, al parpadeo de las mechas.

—Razón de más. Si tengo que morir de forma violenta, que sea en el campo de batalla. Arder en la pira, como un soldado... —Bebió—. ¿Qué será de mi sombra, si me matan como a un canalla, en cualquier esquina?

Se encogió de hombros Vetio ante esas palabras. No era hombre que se preocupase por asuntos tales, ni por nada que no fuera sacar tajada de lo que se presentase. En cambio, Publio Escevio estaba forjado en otros metales. Pese a su aspecto rudo —alto, huesudo, recio—, era hombre de inquietudes y no podía dejar de reflexionar ciertas cuestiones. Sobre todo porque la faena de aquel día había salido mal. Y podía haber acabado peor.

Le habían llamado para atacar a unos agentes de Julio César. Se sabía que andarían por las tabernas, oratorios y esquinas de la zona oriental de la Suburra. Irían prometiendo mejoras si César y Luceyo salían elegidos. Y también repartiendo pequeños sobornos, fuese en metálico o mediante invitaciones a comida o bebida, como siempre se había hecho.

El encargo era darles una buena paliza, mejor si era a la vista de todos, y quitarles el dinero. Era preferible que no hubiese muertos, pero sí huesos rotos, cabezas abiertas y dientes perdidos.

Ya habían hecho eso antes, sólo que esta vez salió mal. Quizá justo por eso, porque ya lo habían hecho antes. Había avisado Escevio de que la repetición de tácticas era un error. Rondaba por allí una banda al servicio de los *populares*, con el encargo de proteger a esos agentes, y los que acabaron recibiendo una paliza fueron los atacantes. Se usaron puños envueltos en correas, garrotes y herramientas de todo tipo, desde leznas a punzones.

No fue una pelea larga. El salario de los matones no pagaba el sacrificar su vida por el encargo de sus empleadores. Los atacantes se desbandaron al comprobar que estaban en desventaja, muchos doliéndose de palos y más de uno descalabrado o sangrando de alguna puntada.

—En esta guerra callejera, llevamos la de perder.

—¿Por qué dices eso, hombre? ¿Porque hoy os han sacudido?

—No. Vamos a perder porque la diferencia entre los *populares* y los *boni*, a nivel de calle, es la misma que hay entre los romanos y los bárbaros. Los segundos forman bandas anárquicas que sólo salen a pelear en determinadas épocas. Los primeros están organizados. Organizados, sí. Eso se nota. Y están al mando de un único hombre, que tiene visión de conjunto y ordena las acciones.

—Te refieres a ese *mentula* de Clodio.

—El mismo. Y tiene una estrategia. Yo no sé cómo no se dan cuenta los jefes de los *boni*. Clodio y sus bandas están decididos a adueñarse de las calles de Roma y no

de forma temporal, no sólo durante el periodo de las elecciones.

Vetio no contestó nada. Escanció más vino y más agua. Era obvio que estaba preguntándose si podría sacar algo de dinero a esa teoría.

—Un ejército contra bandas como de bárbaros. No lo había pensado, pero...

—Un ejército en todos los sentidos. Hoy nos estaban esperando.

—Sí. Está claro. Imagino que algún *stolo* se ha ido de la lengua. Los barrios populares están llenos de espías de César.

—Seguro. Porque si Julio César anda por medio, puedes jurar que Cornelio Balbo no anda lejos.

Vetio frunció el ceño. También él conocía al gaditano, de sus tiempos en las guerras de Sertorio, porque en aquella época andaba Vetio haciendo negocios de baja estofa por Hispania.

—¿A qué sacas a colación al Tartesio? ¿Qué pinta en todo esto?

Ahora se sonrió Escevio. Por segunda vez, oía un apodo que no esperaba. El Tartesio. Así llamaban en su tiempo algunos legionarios a Balbo, por su origen y los aires de grandeza que se gastaba.

—En la campaña lusitana pude ver cómo actúa. Yo era oficial de uno de los grupos especiales y tuve ocasión de oírle más de una vez, mientras discutía detalles con César. Insistía hasta el aburrimiento en la importancia de estar bien informado. Recuerdo que decía que la cohorte más valiosa es la que forman los espías y los traidores a sueldo.

—¿Y qué?

—¿Cómo que «y qué»? ¿Y tú me llamas burro a mí? ¿Qué te pasa, Vetio? Suponte que Balbo está aplicando en esta campaña electoral las mismas tácticas que usó en la guerra contra los lusitanos.

»Si Balbo está comprando informadores en estos barrios, si está metiendo espías en las bandas al servicio de los *boni*, estamos jodidos. Ya lo estábamos de todos modos, con toda la organización que está montando Clodio. Pero con esto...

El otro tomó su cuenco para beber. Miró a Escevio con una luz de astucia en los ojos.

—Bueno. Pues que César, Pompeyo y todos esos no se pongan ya los laureles. Que hay métodos más expeditivos de pararles los pies que las algaradas callejeras.

Escevio no cambió de gesto ante lo implícito en esas palabras. Nada que pudiera demostrar súbito interés. Apartó con asco el cuenco.

—Esto es asqueroso. Hoy he ganado unas monedas, como has dicho. Me puedo permitir algo de vino decente. Llama al bodeguero.

—Invitarás, supongo.

—Por supuesto. Pero porque da mala suerte beber en solitario de una jarra, que si no... —Y sólo cuando ya llevaban un par de tazones de ese otro vino, de bastante mejor calidad, preguntó, como si acabara de entrarle en el cerebro—: ¿Qué me decías antes? ¿Qué método hay más expeditivo que echar a los hombres de César o de

Pompeyo a palos de las calles?

Antigua domus de Publio Cornelio Léntulo Sura. Mes de quintilis

Se había decidido Balbo a comprar aquella *domus* por su ubicación. Porque se hallaba en el Palatino, la más cara de las siete colinas y porque ofrecía unas vistas espectaculares sobre el Tíber y los barrios del Trastévere, al otro lado del río. Desde luego, no por el edificio en sí, porque su estampa era menos que acogedora, sobre todo en aquel día polvoriento de verano.

Estaba en ruinas. Ruina quizá no tan patente a simple vista, ya que en ningún punto del edificio los daños eran aparatosos. Pero una inspección a fondo les había mostrado el mal estado en el que se hallaba todo. Había deterioros achacables a años de abandono y daños causados por pequeñas rapiñas. Habían robado tejas, tuberías, puertas, paneles. Y a todo eso había que añadir humedades, mohos, grietas...

—Esto está que se cae —rezongó Balbo disgustado.

—¿Y por qué la compraste, patrón? —gruñó el griego Hermógenes.

—Porque está bien situada. Pero ya veo que vamos a tener que hacer obra mayor.

—¿Obra mayor? Hay que tirarlo todo abajo.

El de Emporiae, grande y rubio, paseó una mirada de disgusto por el deteriorado peristilo. Detuvo los ojos en las columnas, con sus hermosas imitaciones de capiteles corintios churreteadas por la humedad de siete inviernos.

—Patrón, hay que demoler. Si no, luego irán saliendo los defectos y acabarás por gastar mucho más.

Como estaban discutiendo eso, Balbo consideró una señal de los dioses que uno de los escoltas que habían dejado a las desvencijadas puertas de la *domus* acudiera con el aviso de que había llegado un griego, pidiendo verle.

—¿Un griego? —bufó Hermógenes—. ¿Se ha presentado un tipo diciendo «soy un griego y quiero ver al patrón», sin más?

—No. —El otro se azaró un poco—. Dice que es arquitecto.

—Arquitecto, arquitecto... ¡Dile que se largue con viento fresco!

—Aguarda, hombre. Que pase.

Y así fue cómo, en aquel peristilo hermoso pero muy deteriorado, recibió Balbo al arquitecto Corumbo. La primera percepción que sacó del hombre fue ambigua. Joven, alto, flaco y de rasgos marcados, algo descuidado en el vestir, con báculo de caminante y un zurrón del que asomaban rollos.

—¡Eh! —le advirtió Hermógenes—. Deja ahí el bastón, antes de acercarte al patrón.

Así lo hizo el otro sin rechistar. Balbo le observaba curioso.

—Hoy estoy bastante ocupado, así que no pierdas el tiempo con cortesías. ¿Qué se te ofrece?

—Soy Corumbo de Sición. He venido a ofrecerte mis servicios...

—¡Pero bueno! —casi rugió Hermógenes—. ¿Qué forma de hablar es esa? ¿Sabes delante de quién estás?

El otro se le encaró, un poco perplejo.

—Se me ha dicho que fuera al grano y eso he hecho.

—Así es. —Balbo tendió una mano apaciguadora hacia su telúrico hombre de confianza—. Adelante. ¿Qué servicios son esos?

—Soy natural de Sición, patria de grandes arquitectos y escultores. He estudiado en Atenas, en Rodas y en Alejandría con los mejores maestros.

Al decir eso, se palmeó el zurrón repleto de rollos. Balbo advirtió que Hermógenes se tensaba, listo para saltar al cuello del visitante si este sacaba un cuchillo. Pero no era más que un gesto.

—Tengo aquí credenciales y cartas de recomendación. Y planos de proyectos...

—¿Y por qué acudes a mí? Tendrías que visitar a Craso, que tiene grandes intereses inmobiliarios. O a los colegios sacerdotales, o a los magistrados que se ocupan de las obras públicas.

—Ya lo he hecho —admitió el otro sin rodeos—. Pero ni me han recibido o los puestos estaban ya ocupados.

Balbo le miró de arriba abajo, atónito por aquella sinceridad casi de niños o de dioses. Rompió a reír.

—Bien, Corumbo de Sición. Te has ganado que por lo menos escuche tu oferta. De paso, dame tu opinión. ¿Crees que debemos demoler esta *domus*?

—Hasta los cimientos. Pero antes habrá que rescatar lo valioso, como esos capiteles corintios.

—¿Para qué? —refunfuñó Hermógenes—. Están manchados de humedad y costará un dinero limpiarlos.

—Pero parecen auténticos.

—¿Auténticos? —Balbo los contempló con el ceño fruncido—. ¿Estás seguro?

—De ser imitaciones, serían obra de un gran artista. Pero no. Son auténticas, cosa que no es de extrañar. Tengo entendido que el antiguo dueño de todo esto era un gran, ejem, amante del arte.

Balbo sonrió ante el tacto que ahora mostraba el arquitecto. Un gran ladrón, eso es lo que era Léntulo Sura, por lo que él había oído. Otro que se dedicó a apoderarse de obras de arte en Oriente. Un corrupto y un traficante de favores. Y también otras cosas, lo que le llevó a morir ejecutado por orden de Cicerón durante la conjura de Catilina.

—Tengo asuntos que atender hoy. Vuelve aquí, mañana a la misma hora, y te daré la oportunidad de convencerme de que vale la pena tomarte a mi servicio.

Barrio del Trastévere. Roma. Mes de quintilis

Perseo, antiguo oficial del extinto imperio seléucida y ahora espía al servicio de Egipto, se dijo de nuevo que más valía que escogiese sus palabras con tino. Filippo, el enlace con sus patronos de Alejandría, parecía un tipo de cuidado. Eso era casi lo único sobre él que tenía claro Perseo, que había conocido a lo largo de su vida a unos cuantos hombres así.

El lugar y las circunstancias de su encuentro hacían juego con la catadura del personaje. Junto al río Tíber, en uno de esos mercados de esclavos que se organizaban en la misma ribera. Aprovechaban que Filippo acudía a buscar allí, entre las niñas de corta edad a la venta, buenos ejemplares que enviar a Egipto. Las crías eran todas romanas, de esas a las que sus padres abandonaban en la otra orilla, en los alrededores del Foro Boario, y a las que algunos oportunistas recogían para atender lo mínimo y vender lo antes posible a traficantes extranjeros. Estos se las llevaban lejos, pues en las casas de magnates de lugares remotos las romanas eran una mercancía muy valorada.

El ambiente era sórdido, maloliente. Las barcazas se mecían en el río fangoso. Las niñas se encogían acongojadas, mientras sujetos de aire rapaz las examinaban, antes de regatear a gritos con sus dueños.

Filippo, griego al parecer de Alejandría, deambulaba de acá para allá, con las manos a la espalda, observando. De vez en cuando, señalaba a alguna de las niñas, y uno de sus hombres era el que se detenía discutir el precio. Perseo, a su lado, fingía también interesarse por todo aquel tráfico de carne que hoy les servía de tapadera para solventar su verdadero negocio.

Filippo le desagradaba. De entrada, su nombre causaba en él rechazo; le parecía de mal augurio. ¿No había sido un Filippo el que propició el final de lo que quedaba del imperio seléucida y, por tanto, de las esperanzas que todavía algunos albergaban de restaurarlo? Y, además, parecía envuelto en un aura oscura. Ese hombre era de todo menos de fiar. Daba la impresión de ser tan mal enemigo como aliado al que no dar la espalda.

Con toda probabilidad, resultaba un buen reflejo del que les pagaba a los dos. Un cortesano egipcio, un eunuco tenebroso llamado Potino. Perseo sólo se había entrevistado una vez con ese sujeto y tuvo la impresión de estar ante un hacedor de reyes. Sólo por eso, había decidido trabajar de agente para él. Porque eso podía servir a sus propios objetivos, no importaba que tener tratos con hombres así era más peligroso que bailar con víboras.

Y bien sabía que esa precaución de no dejar nada por escrito solía llevar aparejadas otras, como la de que en caso de apuro se eliminaban sin escrúpulos a los eslabones de la cadena que podían llevar hasta la cabeza de la trama.

—Creo que en Egipto se equivocan sobre cómo está la situación aquí en Roma. Deben cambiar su perspectiva y han de hacerlo de forma drástica y con rapidez.

—Al grano.

Perseo procuró no mostrar disgusto. Encima, Filippo era grosero a la manera de algunos jefes de mercenarios. Pues a eso apeataba, a degollador.

—Esto es el grano. Para empezar, están obsesionados con Pompeyo Magno y con Licinio Craso.

Filippo le miró casi con rencor.

—¿Obsesionados? Esos dos llevan años intrigando para que el Senado romano les permita apoderarse de Egipto y convertirlo en algo así como un reino propio. ¿Cómo crees que sienta eso en Alejandría?

—Muy mal, supongo. Pero yo diría que es una suerte que los dos pretendan a la vez lo mismo, y que encima se tengan tanta animadversión. Eso hace que se obstruyan mutuamente y que Egipto permanezca a salvo. Aparte de que ninguna de las facciones del Senado romano está dispuesto a dar a uno de ellos tanto poder.

Filippo le estaba ahora mirando con dureza, pero era obvio que había captado su interés. Bien. Elegir las palabras era fundamental. No sólo por prudencia, sino para que lo que tenía que llegar a Potino lo hiciese con la menor distorsión posible.

—Creo que... nuestro patrón debiera fijarse más en otros. Por ejemplo, en Cayo Julio César.

Filippo le miró con ojillos de pedernal. Luego, en vez de contestar, le dio la espalda para deambular unos instantes por los alrededores, examinando a las niñas a la venta. Perseo se metió los pulgares en el cinto de cuero. Volvió por un momento los ojos al río turbio y a las barcazas que surcaban las aguas, cargadas con todo tipo de productos. Observó después a su interlocutor, ya de regreso. Un tipo de aspecto brutal, que de puro masivo parecía a primera vista casi un gigante. Rasgos duros, musculatura enorme y aspecto agresivo, acentuado por una barba sin bigote, adorno con el que muchos griegos de Egipto remarcaban su origen.

—Explícate.

Perseo no respondió de entrada. Con los pulgares en el cinto, echó una ojeada alrededor. Estaban hablando en griego y, si algo sobraba en Roma, era gente que conociese esa lengua. Más en un lugar como ese. No apreció nada sospechoso. En aquella ribera, cada cual iba a lo suyo, que era lo más provechoso y prudente. Iban y venían hortelanos y pescadores, con cestos cargados con sus productos.

Sin embargo, con un gesto, invitó a su interlocutor a pasear. El otro entendió y echaron a caminar despacio entre el bullicio del mercadeo y el olor a pescado.

—En Egipto están demasiado centrados por lo que pueda hacer Roma respecto a ellos. Debieran preocuparse más de lo que está ocurriendo en Roma misma. Creo que la corte de Alejandría ve a Roma como un monstruo mitológico e invencible. Una especie de hidra, cuyas cabezas son las legiones. Cada vez que destruyen una, le surgen otras dos.

—Al grano.

—Te repito que esto es el grano. Yo, antes de venir, compartía esa visión. Pero,

una vez aquí, he descubierto que Roma es más bien como un árbol que ha crecido hasta volverse gigantesco, hasta cubrir buena parte del mundo con su sombra. Pero, como muchos árboles, al hacerse gigante, se ha ido pudriendo y ahuecando por dentro. Y algunas de sus ramas, por su propio peso, amenazan con desgajarse del tronco.

Filipo le miró con dureza, pero esta vez no replicó. Y una chispa en sus ojos de piedra daba a entender que todas esas metáforas habían captado su interés.

«Tonto no es —se dijo Perseo—. Ha entendido a la primera lo que quiero decir».

—Esto es lo que me gustaría que transmitieses de la manera más literal posible. La República romana está podrida sin remedio. Sus instituciones están obsoletas. No valen para gestionar los enormes territorios que ha conquistado. Sus élites dirigentes están formadas por incompetentes, ambiciosos y corruptos. Se llenan la boca con grandes palabras como *República*, *dignidad*, *virtud*, pero sólo es para tapar sus vergüenzas y acallar los reproches.

—¿Y?

—La República romana agoniza.

—Pues para ser una moribunda, parece tener mucha fuerza. No deja de conquistar tierras en todas direcciones.

Perseo asintió, vigilando al otro de soslayo. No se había equivocado. Tras esos modales ásperos, no había ningún esbirro obtuso sino una mente muy alerta. Y eso le hacía más peligroso todavía. Procuró escoger con mayor cuidado aún sus palabras.

—Esa expansión militar oculta la evidencia. El aparente triunfo de Roma es como un velo que ciega. La República se parece a un buque de guerra que avanza imparable, con su espolón destrozándolo todo, cuando ya sus timoneles han caído. Su progreso se debe a la inercia, a un empuje anterior, y tarde o temprano se detendrá o naufragará.

—Necesitaré algo más que metáforas para... nuestro patrón.

—Muy bien. Argumentos. El primero: el ejército romano es una máquina terrible, perfeccionada durante siglos, y su capacidad no se ve mermada ni siquiera por los reveses o por la actuación de generales incompetentes. Segundo: Roma es un vivero inagotable de soldados, capaz de reponer las bajas causadas por esos generales incompetentes. Tercero: hasta ahora, pese a la mediocridad promedio de las clases dirigentes, estas han sido al tiempo capaces de producir, como contrapeso, el número suficiente de hombres de talla extraordinaria, que son los que han logrado mantener todo el sistema.

—Pues si el ejército tiene reclutas y sigue operativo, y si las instituciones pueden contar con suficiente número de hombres capaces, no podemos decir que Roma esté acabada.

Perseo sonrió con falsa amabilidad, más que nada para que un posible observador casual, o un espía, sacase la impresión de que paseaban entretenidos en una conversación banal.

—No he dicho que Roma esté acabada. La República lo está.

—No me gustan los acertijos.

—Esto no lo es. Si un régimen está en descomposición porque sus estructuras se han vuelto obsoletas, sus dirigentes ineptos y corruptos, y si encima hay hombres fuertes que pueden controlar la situación... tú, que eres un hombre de mundo, dime qué sucede cuando se dan esas circunstancias.

—Que esos hombres fuertes destruyen el régimen y se hacen con el poder.

—Exacto.

—¿Crees que habrá un golpe de Estado?

—No. Roma no es una monarquía. No hay un rey inepto al que un pariente pueda asesinar, o un magnate o un general al que derrocar y sustituir. Aquí, ciertos poderosos pugnan por hacerse con el poder real pero, si lo consiguen, mantendrán la ficción de que todo funciona como desde hace siglos.

—Estamos hablando de hombres como Craso o Pompeyo.

—Tenéis obsesión con ese par, ¿eh? Nadie es lo bastante fuerte como para controlar en solitario la República. Eso, los celos y la vanidad de hombres como esos dos que has mencionado han sido lo que ha salvado al viejo régimen hasta ahora. Y a ello fían en exceso esos que se llaman a ellos mismos los *boni*.

—Que son esos mediocres que controlan los puestos altos, ¿no?

—Eso es. Entre los *boni* hay políticos y legisladores de talla, y algunos buenos militares. Pero, de media, son personajes grises, mediocres, cuyo fuerte es el control de las instituciones. En el pasado, se las arreglaron para destruir a varones mucho más brillantes que ellos, que trataban de impulsar políticas que no iban bien a sus intereses.

»Pero ahora se han buscado malos enemigos. Están enfrentados con Pompeyo, porque este trata desde hace años de que se den tierras a sus veteranos, y los *boni* se oponen. Y se han ganado también la enemistad de Craso porque se niegan a renegociar las cantidades que el Senado contrató con los recaudadores de impuestos de Asia, y esos recaudadores son en su mayoría del partido de Craso, que siempre los defenderá.

—Entonces, los *boni* no tienen nada que temer. —Filipo se ajustó el cinto, del que colgaban espada y puñal, pues estaban fuera del pomerio—. Craso y Pompeyo se odian.

Perseo sonrió. Vaya, las palabras del mercenario acababan de delatar que no desconocía tanto de la política romana como fingía.

—Los *boni* confían demasiado en eso. Pero esto no es sólo una cuestión de poderosos con ambiciones. Hay un movimiento amplio de hombres con más o menos poder, que creen que la actual República está agotada y que creen que es hora de cambios. Hablo de banqueros, senadores, caballeros... Y también de una gran insatisfacción entre las clases populares. Y ahí es donde entra Cayo Julio César.

—Ese César es un vivo. Pero no es más que un niño bonito. Un arribista. No está

a la altura de Craso y Pompeyo.

—Eso piensan muchos. Y se equivocan.

—Pompeyo es casi un rey en su tierra natal, Piceno. Puede levantar legiones con sólo hacer así. —Chasqueó los dedos bajo las narices de Perseo—. Y Craso es más rico que el legendario rey Midas. En cambio, Julio César, ¿qué tiene?

—El favor popular.

—¿Y de qué sirve eso?

Perseo sonrió, ahora de forma enigmática. Filippo sabía mucho más de política romana de lo que parecía. Pero seguía siendo un griego alejandrino, criado en un régimen que despreciaba al pueblo al que dominaba, el egipcio. Y trasladaba su visión de la política a esta tierra.

—Aquí eso representa mucho. César es el sobrino de Cayo Mario, un antiguo héroe del pueblo, que siente por él casi tanta veneración como sentía por Mario en su día. Si Pompeyo tiene legiones y Craso dinero, César tiene al pueblo de su lado.

—Y tú te das cuenta, y los demás no. —La sonrisa de Filippo era de todo menos amable.

—Muchos lo vemos, pero pocos le damos su justo valor. Quizá porque, al ser extranjero, me fijo en detalles que a otros les pasan inadvertidos por cotidianos.

—Ya. En todo caso, si lo que dices es verdad, mejor para los *boni*. Cuantos más perros en el foso, más dentelladas se pegarán.

—Eso puede que valga con Craso y Pompeyo. Y te repito que esto no es cosa de unos pocos poderosos. Está en marcha un movimiento político amplio, al que más vale que esos dos, y otros de menor peso, se sumen, si no quieren verse barridos del escenario.

»De hecho, César es muy amigo de Craso, que le ha prestado dinero más de una vez. Y no se lleva mal con Pompeyo. Tal vez él sea el nexo que les faltaba. Un puente entre ambos.

Ahora Filippo no replicó. Miró al río turbio, rozó con los dedos el pomo de la espada, como para asegurarse de que seguía ahí.

—Si ese movimiento del que hablas logra cuajar alrededor de varios líderes poderosos...

—Ahora, la República está secuestrada por los *boni*. Pero, si ese movimiento triunfa y ocupa los puntos de poder, la República se convertirá en una cáscara. Un decorado tras el que una oligarquía política y financiera hará y deshará, sin importar quiénes ocupen los cargos electos. Y ese nuevo régimen será más eficaz y ambicioso.

Hizo una pausa, le miró a los ojos.

—Y, por tanto, también más expansionista.

Filippo se tomó a su vez unos instantes antes de contestar.

—Entiendo. Transmitiré tus opiniones a nuestro empleador. Las considerará de gran interés —sonrió sin humor—, ya que no propicias.

De las notas para la Historia secreta de Roma, de L. Cornelio Balbo

En Gades, Cayo Mario no es más que un nombre en los textos de historia. En Roma es leyenda, recuerdo vivo entre las clases populares. La sombra del que fue siete veces cónsul, campeón de la plebe romana y de los pueblos itálicos federados, aún camina por las calles de Roma. Al revés que Cornelio Sila, que fue quien le venció. Pero él sí que, sólo veinte años después de su muerte, no es más que un nombre en los libros.

Cuesta entender eso, al menos desde Hispania y a partir de lo que leemos en los libros. El recuerdo que guardamos en nuestra propia familia de ese hombre no es tampoco nada excepcional.^[20] Es verdad que, al final, obtuvo logros fuera de lo común, como los siete consulados, y que libró con éxito guerras tremendas. Pero su memoria no está viva por eso. El mito de Mario es el del paladín y defensor de las gentes más humildes de Roma.

No hay nada que en el fondo justifique esa aura de benefactor del pueblo que envuelve a Cayo Mario. Los hubo mucho más munificentes en juegos y banquetes y, por supuesto, la historia romana ha dado estadistas que trataron de impulsar reformas de mucho más calado a favor de la plebe. Entonces, ¿qué tenía ese hombre que consiguió poner de su lado no sólo a la plebe romana, sino también a muchos pueblos federados de Italia, en sus guerras contra los *optimates*?

De entrada, su origen provincial y oscuro, que se ha exagerado en algunas versiones hasta convertirlo en humilde. Venía de Arpino, lo mismo que Cicerón y de una familia no tan acaudalada, aunque tampoco tan modesta como algunas hablillas populares pretenden. En todo caso era un hombre nuevo y, si eso basta hoy en día para que los *optimates* le miren a uno por encima del hombro, imaginemos cómo sería hace setenta u ochenta años. Eso es suficiente para ganarse las simpatías de la plebe, pero no para forjar una leyenda así.

Tras mucho escuchar, leer y reflexionar, he llegado a la conclusión de que ese recuerdo de Cayo Mario como benefactor popular nace de un hecho muy concreto. Fue él, acuciado por la necesidad de soldados, el que reformó el ejército. Hasta Mario, las legiones se nutrían de ciudadanos de aquellas clases que podían costearse armas y armaduras. Él, enfrentado a la amenaza de pueblos bárbaros y ante la escasez de reclutas, decidió dar cabida a los ciudadanos de clases bajas en el ejército, equipándolos a costa del Estado.

Sí. Cayo Mario abrió a los ciudadanos de condición modesta las puertas del ejército, hasta entonces vedadas para ellos. Y eso creó el mito de Mario, o fue su cimiento. Con esa medida, aumentó de forma espectacular la capacidad militar de Roma. A cambio, y no sé si son conscientes los propios romanos de ellos, destapó la caja de Pandora de las guerras civiles. Porque antes los legionarios se debían a la

República y hoy se deben a los generales que los arman y les dan pagas y recompensas.

Pero, para no desviarnos, ocurre que el propio Julio César es sobrino político de Mario, ya que este estuvo casado con su tía Julia. Y, por caminos no del todo comprensibles, esa aura de ídolo popular parece haberse traspasado de Cayo Mario a Julio César. Podríamos decir que la ha heredado. De alguna forma, las clases populares ven al segundo como el heredero político de Cayo Mario.

Esa es la verdadera fuente del poder de César. La plebe le adora y los *marianos*, aquellos que atesoran el recuerdo de Mario y que son una parte nada desdeñable dentro de los *populares*, le respaldan sin reservas.

Por supuesto, Julio César ha sacado de ello toda la ventaja que ha podido. Hay que reconocer que también se ha sabido ganar el favor popular. Unas veces a través de acciones espectaculares, como fue el del entierro de su tía Julia. Esa mujer era alguien muy especial para César y, sin duda, fue sincero al darle unos funerales en los que no dudó en desafiar a las autoridades. Llegó al extremo de, durante el desfile fúnebre, hacer sacar las máscaras mortuorias de Mario, sin importarle que Sila lo hubiese prohibido en su día por ley. Qué duda cabe que eso aumentó su ascendiente entre la plebe.

Y también, muy en el estilo de César, procura sin cesar sembrar para acrecentar su fama. Él es así. Por un lado, se pasea con botas rojas, propias de los reyes de Alba Longa, de los que presume de descender. Por otro, luce un anillo de Venus, pues su familia se jacta también de descender de esa diosa. Y para rematar, él mismo alienta leyendas como la que dice que el propio Sila comentaba de él que «en César había muchos Marios».

Así es cómo César ganó primero un puesto destacado entre los *populares*. Luego se afirmaba de él que se había convertido en el líder de los *marianos*, que no son nada organizado, sino una nube de personajes que tienen a Cayo Mario como referente político. Pero ya se habla de *cesarianos*. Así que, cuando César acabe su consulado, creo que Pompeyo Magno y hasta el mismo Craso se van a alegrar de verle marcharse a gobernar en provincias. Porque César se está haciendo, de día en día, mucho más grande y poderoso de lo que nadie creía. Y aunque Roma es grande, sigue siendo corral pequeño para tanto gallo con tanta cresta.

Colina del Palatino. Roma. Mes de sextilis

César no sólo ganó las elecciones consulares. Obtuvo el mayor número de votos de todos los candidatos, lo que le convirtió en cónsul *senior*. Por desgracia, su compañero de candidatura, Lucio Luceyo, no tuvo el mismo éxito. El segundo más votado fue Bíbulo, candidato de los *boni*, lo que abría un montón de incógnitas para la política del año por venir. Y en tratar de evaluar todas las posibles consecuencias de eso, solía ocupar Balbo su cabeza cuando acudía a las obras de su residencia en el monte Palatino.

Le venía bien, porque no disfrutaba en absoluto rondando por entre el estrépito de los trabajos, envuelto en una nube de polvo que acababa por manchar de manera irremediable su túnica. Pero, como iniciado en la más vieja religión, sabía de la importancia suprema de los detalles a la hora de edificar una vivienda. Por eso acudía casi todos los días a la obra de su flamante *domus*. Le consumían las ganas de que se fuese el último albañil, para cerrar con sus propias manos las puertas y proclamar ante el altar de los antepasados que aquella era su vivienda.

Pero si ya supervisar de cerca las obras suponía un estorbo en sus ocupaciones, más en época de tanta actividad política, a eso se le sumaban interrupciones demasiado frecuentes. De hecho, en aquellos mismos patios en construcción, entre el trajín de obreros, tuvo que ocuparse de un asunto que le había caído encima sin buscarlo ni esperarlo.

Deambulaba por las obras en compañía de su nuevo arquitecto, Corumbo de Sicilia —al que había aceptado como esclavo—, cuando hombres de confianza llevaron ante él a una muchacha de unos doce años. No a rastras, pero casi. Balbo la contempló, entre curioso y fastidiado. Flaca, pelo negro revuelto, ojos azules, túnica sobada y salpicada de sangre. Era de suponer que esa sangre era suya, ya que la traían con un ojo morado y un labio partido.

Hizo un gesto para que le siguieran al fondo de las obras, donde tenía una mesita cubierta con un lienzo. Levantó este para servirse vino y agua en una copa de cerámica tosca. Bebió mientras observaba con el ceño fruncido a la chica, que le devolvía el escrutinio de medio lado.

Despidió a sus hombres con un suspiro. Aquella muchacha salvaje era uno de los rehenes entregados por los galaicos a Julio César. Debía haber desfilado con todos los demás durante el triunfo; ese que los *boni* habían hecho imposible con sus artimañas. Luego, siguiendo la costumbre, César los había repartido por las casas de partidarios y clientes, para que los educasen a la romana. Aquello era lo que se solía hacer con los hijos de los notables de pueblos conquistados o aliados.

Un método de excelentes resultados. Se establecían lazos personales que después eran de gran ayuda en la diplomacia. Y esos rehenes, educados a la romana, se convertían en difusores de las ventajas de lo romano. Aunque siempre había excepciones. Y aquella chica parecía dispuesta a ser una de ellas.

Era conflictiva y nada dócil. Ya había dado problemas durante el viaje a Roma, según le habían contado. Y el día antes, en la casa de Cneo Tremelio Escrofa, que era la que le tocó en suerte, había pegado un buen mordisco a un esclavo. El motivo no estaba claro, aunque sí las consecuencias: había recibido una paliza cuyas marcas resultaban bien visibles en su rostro.

El propio Julio César le había pedido que tratase de encauzar el asunto, con la advertencia de que la chica debía ser un poco corta de entendederas. Balbo, a disgusto pero incapaz de negarse, había acudido a casa de Escrofa a echar un vistazo a la chica. Pero, apenas le puso los ojos encima, llegó a la conclusión contraria a la de César, al punto de que cambió de opinión y aceptó el encargo de buena gana.

Estuvieron mirándose un rato, entre el polvo de obra y con el estrépito de las herramientas de fondo. Hasta que el amo de esa casa en construcción decidió que, en ese duelo, ella iba a aguantar más tiempo.

—¿Y bien?

Se lo espetó en galaico de la costa y logró sobresaltarla. Sacarle de su ensimismamiento; de ese mirarle atravesado con sus ojos azules. Pero no obtuvo respuesta. Así que Balbo volvió a hablar en el mismo idioma, que había aprendido cuando comerciaba en barco por esas costas del noroeste hispano.

—¿Qué es lo que pasa contigo? ¡Habla! ¿Es que no estás contenta de cómo te han tratado?

Ahora sí que consiguió una réplica.

—¿¡Contenta!?! —Casi chilló, tocándose la mejilla amoratada—. ¡Me han pegado!

Balbo sonrió con dureza. Bebió antes de contestar.

—Serás idiota... ¿Atacas a alguien más grande que tú y esperas que a cambio te den besos? Como sigas por ahí, mal te irá por la vida. Y, casi con toda seguridad, esa vida no será demasiado larga.

La chica no apreció la ironía. Se le quedó mirando de nuevo en silencio, con la misma hosquedad que antes. Balbo dejó la copa sobre la mesa con tanta brusquedad que ella casi dio un bote. Su actitud era la de una fiera recelosa.

—¿Cómo te llamas?

—Stenta Taantikón.

Lo había pronunciado con orgullo. Captó eso Balbo, que se dijo que tenía que averiguar algo más sobre ella y su familia.

—Ese nombre no es adecuado para una romana.

—Yo no soy romana.

—Ahora sí, aunque no tengas la ciudadanía. Vas a salir de casa de Tremelio Escrofa y vas a entrar en la mía. Yo me ocuparé de que te eduques a la romana. Y el primer paso va a ser buscarte un nombre romano.

—¡No!

—¿Cómo qué no? Tu familia te puso a cargo de Cayo Julio César y él te ha

encomendado a mí, Lucio Cornelio Balbo. ¿Vas a desobedecer? ¿Vas a deshonorar a los tuyos?

—¡Jamás seré romana!

—¿Y tú qué sabes de lo que serás o no serás en el futuro? No ofendas a los dioses. Además, no tienes la más remota idea de lo que significa «ser romano».

—Sí que lo sé. Queréis educarme como a una romana para luego devolverme a los míos. Esperáis que así mi gente acepte a Roma con más facilidad. Queréis usarme de arma para conquistar a mi propio pueblo, como habéis hecho con otros.

Balbo la miró copa en mano. Dejó esta sobre la mesita para dar varios pasos de un lado a otro, con las manos a la espalda, entre el estruendo de mazos y serruchos. Volvió a observarla. ¿Cómo habría llegado, una chica tan joven y nacida en un lugar tan apartado, a una conclusión así? ¿Se lo habrían advertido sus mayores? ¿Sería deducción propia? De nuevo tuvo la misma sensación que el día antes, en casa de Escrofa. Donde otros sólo veían a una pequeña bárbara arisca y nada espabilada, él intuía que estaba ante alguien que, de puro inteligente, parecía algo lerda, porque les resultaba incomprensible a los demás.

Abrió la boca. La cerró. Acababa de darse cuenta de que no había despachado, junto al resto de sus hombres, a su arquitecto griego. Alto, flaco, discreto, aguardaba aparte con sus documentos bajo el brazo izquierdo.

—Corumbo. Hay más copas bajo ese trapo. Sírvete un poco de beber. No quiero que mi arquitecto se quede sin voz por culpa de este polvo.

—Gracias, *domine*.

Mientras el arquitecto buscaba bajo el lienzo, se encaró con Stenta Taantikón. Recordando sus sensaciones previas, empleó un tono más propio de adultos.

—Es una posibilidad. Te diré algo que nadie debiera ignorar: los romanos conquistan mediante la guerra. No saben hacerlo de otra forma. Pero eso sí, eso lo saben hacer muy bien. Sin embargo, poco a poco, a algunos romanos les va entrando en la mollera que una buena forma de asegurar sus conquistas es mediante las ventajas y avances que lo romano puede ofrecer a los pueblos conquistados.

»Y sí. La educación es una de esas ventajas. Yo me voy a ocupar de que seas educada a la romana. Así lo he decidido y más vale que consideres esta conversación como la primera de tus lecciones.

Retomó su paseo de un lado a otro. Con el rabillo del ojo, apreció que Corumbo observaba tan atento como discreto cuanto ocurría.

—Hazte a la idea de que los romanos no son como los que tu pueblo cree. Sí. A mí no me pongas esa cara, que yo he viajado mucho por vuestras costas. ¿O cómo crees que aprendí vuestro idioma? Sé lo que piensan los tuyos sobre los romanos y te aseguro que son mucho más que un ejército invencible. Y te aseguro también que, como pueblo, no son tan monolíticos como creéis.

»Ese romano de vuestras leyendas no existe. Si existió algún día, ha ido desapareciendo según han ido creando su ecúmene; el imperio más grande que jamás

se ha conocido. Yo mismo, que soy gaditano de pura cepa, soy ciudadano romano. Varios en mi familia lo somos. Eso era impensable hace no tanto. Soy la prueba viva de lo mucho que han cambiado los romanos en muy poco tiempo. Y más que cambiarán.

»Los romanos han aprendido mucho de Oriente. Aparte de las riquezas de los reinos helenísticos, han obtenido tesoros intelectuales cien veces más valiosos, desde filosofía a ingeniería. A cambio, sus costumbres se han corrompido y su religión se ha contaminado. Pero hay una cosa en la que no han cambiado: su ejército es el más eficaz que el mundo ha conocido.

La miró directamente a los ojos. Sí, alguien tan joven estaba captando cuanto le decía. No se había equivocado con ella.

—Te preguntarás qué tiene todo esto que ver con lo que estábamos hablando. La respuesta es: todo. Si el mejor es aquel que vence en un conflicto, los romanos son los mejores. Y si uno quiere sobrevivir, debe estar con el bando de los vencedores.

»Mi ciudad, Gades, fue fundada por fenicios hace más de mil años. Sin embargo, llegado el momento, nuestro Senado no dudó en abandonar a Cartago para aliarse con Roma. Esa decisión no se tomó para obtener más ganancia sino por simple supervivencia.

»De igual manera, yo he seguido su ejemplo. He optado por hacerme todo lo romano que me sea posible, al menos de puertas para afuera. Integramme en Roma y en lo romano. Hacer eso reporta ventajas y, en cambio, oponerse a Roma sólo lleva a la aniquilación.

Alzó el índice.

—Estudiarás historia y verás cuántos pueblos que se enfrentaron a Roma han desaparecido. Cartago misma es buena prueba de ello. Yo te daré a ti la misma oportunidad que tuve gracias a la sabiduría de mis mayores. Aprenderás latín, griego, matemáticas... acabarás por ser más romana que los propios romanos.

Se había dejado llevar por su propia vehemencia. Se dio cuenta de ello al ver cómo le miraba la chica, con los ojos muy abiertos. También cómo le observaba Corumbo, con los rollos bajo el brazo y la copa en la mano entre atónito e interesado, por su vehemencia, ya que galaico no sabía. Sonrió con dureza.

—Algún día, volverás junto a los tuyos y les convencerás de las ventajas de plegarse a Roma.

—Eso sería prestarme a ser como un cuco en el nido de los de mi sangre.

—El cuco es un intruso que mata a los demás pollos. Tú, en cambio, ayudarás a los tuyos a sobrevivir en los nuevos tiempos que se avecinan.

—No ayudaré a los romanos a conquistar a los míos. ¡Nunca!

—Como quieras. Llegado el momento, la elección será tuya. Pero, aunque decidas ser enemiga de Roma, una educación romana te ayudará también en ese caso. —Sonrió otra vez, ahora ante la luz calculadora que acababa de encenderse en los ojos azules—. Conocer al enemigo, ayuda a combatirlo. Los pueblos que mejor han

resistido a los romanos han sido aquellos que han estado en contacto largo tiempo con ellos. Y, para vosotros, Roma es todavía algo lejano. Sabéis de sus guerras y conquistas. Pero no tardaréis en volver a ver a las águilas. Hispania será romana. Es cuestión de años. Si, llegado el día, tu pueblo decide luchar, lo que sepas de Roma les ayudará. —Otra sonrisa, esta amable—. No para vencer, desde luego. Pero sí para morir con honor. —Puso las manos otra vez a la espalda—. Pero por ahora, quiero que dejes de comportarte como las fieras. Entrás en mi casa y exijo que te comportes de manera digna. Nada de desobediencias y mucho menos patadas y mordiscos.

—¿Y si no?

—Y si no, veremos quién se cansa antes, si mis esclavos de darte palos o tú de recibirlos. ¡Ah! Y esta será una de las últimas conversaciones que tengamos en galaico. Quiero que aprendas latín lo antes posible. Eso es fundamental. —Su interlocutora no contestó. Le miró hosca, removi6 los pies—. ¿Y bien? ¿Qué pasa?

—¿Qué nombre tendré que usar en tu casa?

Balbo se llevó la mano a la inexistente barba, por culpa de la sorpresa. Mujeres.

—Cierto. Puesto que yo soy Lucio Cornelio Balbo, mientras pertenezcas a mi casa, te llamarás Lucía. No es nada ortodoxo, pero ni eres ciudadana romana ni te estoy adoptando. Así que Lucía. Vete acostumbrando al nombre.

Barrio del Velabro. Fiesta de la Fortunalia. Sextilis

Días después, durante la fiesta, Sempronia Tuditani, Tuditana, tuvo que meter la pata. Era quizá irremediable, dada su forma de ser y la situación. Ya otras veces había ocurrido lo mismo, en circunstancias similares, y no parecía escarmentar. Y Sempronia, aunque días después se reía al recordarlo, en aquel momento no pudo evitar sentirse de lo más violenta.

Tuditana era así y nada podía remediarlo. Expansiva, impulsiva. El vino sacaba de ella a esa adolescente irreflexiva que nunca dejó de ser del todo. Un rasgo de carácter que era como un *genius loci* que viviese en su interior, de la misma forma que hay ninfas que se ocultan dentro de los árboles y en el fondo de los arroyos.

Había estado cantando acompañada del arpa, embriagándose con su propia música y su voz, así como de la admiración de los asistentes a la *comissatio*. Y eso incluía a los actores y músicos profesionales contratados para la ocasión. A todo eso, había que añadir el vino puro que estuvo bebiendo. ¿Cómo no se le iba a escapar una inconveniencia en el peor momento posible y justo delante de quien no debía?

—¿El Palatino? —Reía—. Eso es para gente vulgar. Para hombres nuevos como ese pedante de Cicerón. Tener ahí una *domus* es una ordinariez que sirve de tribuna para alardear de la riqueza recién adquirida. Vivir ahí, en el Palatino, lo dice todo de...

En ese punto se dio cuenta de la incomodidad de sus oyentes y se detuvo. Tarde, pero se calló. Tenía las mejillas arboladas, tanto por el canto como por el vino, casi a juego con su pelo rojo, recogido en un tocado fantasioso mediante prendedores de bronce bruñido. Así que no se sonrojó ya mucho más al darse cuenta de que debía haber hablado de más.

El que menos a disgusto parecía era justo el involuntario destinatario de sus burlas. Balbo el gaditano, con túnica roja bordada en blanco, cinturón ancho y una copa de cristal en la mano. Sonreía, de hecho.

—Lástima no haberlo sabido antes. Justo hace unos días me compré un solar en el Palatino y ya estoy levantando ahí una *domus*. Creí que era lo apropiado, pero veo que he quedado como un palurdo. Ojalá hubiera podido contar con tu consejo antes de hacer la compra.

Tuditana sí que se puso entonces como la grana. El gaditano sonreía con amabilidad, pero era difícil saber qué estaba pensando de verdad ese hombre grande, moreno, tocado con corona de hojas de hiedra, como muchos de los celebrantes. La mayor parte de los presentes en la conversación se estaban eclipsando para evitarse un posible incidente desagradable. Tuditana fue a abrir la boca, pero Servilia no le dio oportunidad de hablar.

—Piensa lo que vas a decir. Bastante has ofendido ya a tu invitado.

En aquellos momentos, Servilia se sentía horrorizada. La fiesta se pagaba con el dinero del propio Balbo, aunque se mantenía la ficción de que era una *comissatio*,

posterior a una cena, a la que no asistió el gaditano y de la que era anfitriona teórica Tuditana. La misma que acababa de catalogar al primero como arribista de mal gusto.

Pero él no daba muestra de sentirse ofendido. Echó una ojeada a su copa, antes de llamar a una esclava con ánfora. Con el dedo, le indicó que el vino lo quería puro. Tal vez eso podía interpretarse incluso como una deferencia hacia Tuditana. Servilia comenzó a sentirse más tranquila.

—Lucio Cornelio. Tuditana no sabía...

Balbo se llevó la copa a los labios con sonrisa áspera.

—¿No estamos hoy en una de las fiestas de la Fortuna? Pues la Fortuna tiene estas cosas y hemos de aceptarlas, si es que queremos ganarnos sus favores.

—Eso es verdad.

Servilia respiró. Empezaba a caerle mejor aquel hombre, al que tanto elogio por parte de Cayo Julio, así como la cantidad de chismes que ya corrían sobre su riqueza y extravagancias, habían predispuesto hasta cierto punto en contra.

—Además, esto no es nada. Cuando venía hacia aquí, un grupo de... no sé cómo definirlos, nos tiraron pellas de barro. Si todas las fiestas en Roma son así, tal vez sea más prudente que la próxima me quede en casa.

Hubo sonrisas, la tensión se esfumó por completo. Y hasta Tuditana aprovechó para salir del apuro en el que se había metido.

—¿Gente desnuda? ¿Untados en barro?

—Eso es.

En efecto, el gaditano y su comitiva, mientras caminaban ya entre dos luces hacia la residencia donde tenía lugar la fiesta, habían sido bombardeados con barro por una turba aullante, desnuda y untada en fango del río. Asombrados, suponiendo que eso sería parte de las fiestas del día, habían optado por huir, cubriéndose como podían de la lluvia de proyectiles blandos.

—Hoy coinciden varias fiestas. Aquí hacemos Fortunalias, pero esos celebraban Tiberinas, en honor al dios Tiberino...

—¿Ese es el motivo por el que se revuelcan en fango?

—Y por prudencia. —Ella se rio—. No importa que sea una fiesta sagrada, es mejor que no te reconozcan los que les manchas la ropa o la cara con un pellazo de barro.

Balbo se echó también a reír. Luego, una tromba de recién llegados los separó, de forma que la conversación acabó de forma algo abrupta. Tuditana se enredó hablando con algunos de los nuevos. Balbo se dejó llevar por alguien a otro de los patios.

Aquel lugar era fascinante. Una imitación de *domus* donde no vivía nadie y en la que se habían multiplicado los cuerpos de vivienda y los patios. Sobrio por fuera, su interior era de un lujo disparatado. Frescos y mosaicos de la mejor calidad. Estatuas tan exquisitas que él mismo, acostumbrado a lidiar con falsificadores, no sabría decir a simple vista si eran copias u originales, fruto del expolio al que los romanos sometían desde hacía décadas al oriente helenístico.

Si el lugar era una imitación fantasiosa de residencia romana, el festejo lo era de cena. O más bien de *comissatio*, la celebración que en las casas de los ricos continuaba a la cena propiamente dicha. En las *comissationes* había un número pequeño de invitados —los asistentes a la cena y algunos que se incorporaban después—, reclinados o sentados según un protocolo riguroso. Aquí en cambio se había congregado un gran número de celebrantes, que se desplazaban sin cesar por las estancias y los patios.

La excusa para mover a la gente era que, en uno u otro lugar, se daban espectáculos. No se había escatimado de nada para esa noche. Había músicos, bailarines, actores, pugilistas. Y, por supuesto, mesas cargadas de bandejas con viandas, y esclavos con ánforas que iban de un lado a otro. Todo aquello servía para movilizar a los asistentes y les permitía hablar unos con otros.

Porque, si bien la anfitriona teórica era Tuditana y pagaba Balbo, el principal beneficiario era Julio César que, después de ganar las elecciones a cónsul, tenía que tramar alianzas y recomponer relaciones con algunos que habían optado por apoyar a sus rivales. ¿Y qué mejor ocasión que una como esa?

También Balbo sacaba provecho. En su caso, en forma de contactos. Tenía a su lado a un nomenclátor que le iba cantando por lo bajo quién era quién entre esa turbamulta de gente al resplandor de las lámparas. A Balbo, que presumía de recordar caras y nombres, le disgustaba un poco, aunque aceptaba que era necesario.

Siguió a una corriente humana, copa en mano. Y así fue como llegó a un peristilo, un patio con columnas, en el que un grupo de músicos tocaban flautas dobles y panderos.

La penumbra entre las columnas estaba atestada de gente que contemplaba cómo una actriz con máscara, al son de los instrumentos, danzaba con una gran rueda entre las manos. Joven, esbelta, ágil. La rueda era enorme, de más de un metro de diámetro. O la actriz era muy fuerte o la rueda estaba fabricada con madera muy liviana. Tenía platillos en su circunferencia, como si fuera una pandereta gigante, y en sus evoluciones, la actriz las hacía resonar. Toda la representación o danza orbitaba en torno a las evoluciones con esa rueda, a la que hacía girar entre sus manos, alzaba, lanzaba a los aires para recogerla, entre resonar de los platillos metálicos y el jaleo de los espectadores.

Tampoco los músicos se estaban quietos. Danzaban como borrachos mientras hacían resonar sus instrumentos. Ya había advertido Balbo que los intérpretes romanos no eran capaces de tocar parados. Siempre se estaban moviendo al compás de su propia música.

Ardían las lámparas en ese patio de columnas y, en el calor de la noche, olía a perfumes y aceites. Ahora la actriz, con habilidad, se estaba quitando la ropa, sin dejar de evolucionar con la rueda, entre los gritos de aprobación de los asistentes.

—Nomenclátor. ¿Esto qué es?

—Una representación en honor de la diosa Fortuna.

—Eso ya lo imagino. ¿Por qué se desnuda ahora? ¿Es parte de un rito?

Una voz junto a su oído impidió que el otro le diese la contestación.

—No es más que espectáculo. Se lo pide el público y ella lo hace de buena gana.

Balbo se giró, sorprendido. Ahí, con el rostro casi pegado al suyo, tenía a Tuditana. Al parpadear de las lámparas, los ojos verdes le chispeaban.

—Si quieres conocer una cara menos vulgar de la Fortunalia, yo puedo mostrártela, y así a lo mejor me perdonas la tontería de antes.

—No tengo nada contra la vulgaridad. Pero estaré encantado.

Ella, llevada de uno de sus arrebatos, le tomó de la muñeca y le arrastró consigo entre la gente, atenta a las evoluciones de la actriz. El nomenclátor, discreto, ni hizo amago de seguir a su amo. Balbo se dejó llevar, con los ojos puestos en los rizos rojos de su tocado.

Sempronia Tuditani. Fascinante personaje. Tenía ya el peinado algo deshecho y las ropas un poco desordenadas. Lógico, habida cuenta de que había estado bailando. Tenía fama de tocar bien, y de cantar y bailar mejor, y ella estaba orgullosa de ello. También de su amplia cultura, por cierto.

Fascinantes las mujeres de Roma, en general. Al menos las de clase alta. Eran el vivo reflejo de las convulsiones que vivía su sociedad. En teoría, sometidas a la voluntad del *pater familias* o, en su defecto, de algún pariente varón con autoridad. En la realidad, unas veces era así y otras no lo era en absoluto. No pocas romanas de clase alta gestionaban su propio patrimonio e incluso algunas hacían negocios por su cuenta, sin dar explicaciones a nadie. Y las había, como Tuditana, que hacía lo que les venía en gana, sin importarles las críticas ni las diatribas de los conservadores furibundos, como Catón y los suyos.

Ella se detuvo de golpe y, sin soltarle la muñeca, se acercó a su oído para cuchichear.

—Esto no lo paga Cayo Julio, ¿verdad?

Aquella frase fue para Balbo como un choque, producto de dos estímulos contrapuestos. Como sumergirse en una piscina de agua fría, en las termas, tras pasar por la caliente. Por un lado, le alarmó por un instante. A todos, incluida Tuditana, les habían dicho que esa fiesta, a beneficio de César, salía de las arcas del interesado. Por otra parte, no dejaba de ser estimulante descubrir que, en efecto, ahí había un cerebro activo.

—¿Y quién si no iba a pagar?

Se echó a reír ella, con el rostro muy cerca del suyo. Tanto que, por encima de otros olores, él pudo aspirar el de su perfume. Un aroma desconocido que hizo que, a pesar de la situación, su parte de comerciante se preguntase de dónde podía provenir.

—¡Por favor! Sé de sobra lo que cuesta todo esto. Conozco el valor de las cosas. Una fiesta así no ha podido salir de las arcas de César. Porque cuesta mucho y porque se ha gastado todo lo conseguido en Hispania en la campaña y en tapar agujeros. Y Licinio Craso no financiaría algo así. Así que tiene que ser con tu dinero.

Balbo frunció apreciativamente los labios. Ella se pegó más a él, de forma que volvió a oler con fuerza el perfume enredado en sus rizos rojos.

—Has sido tú. —Ronroneó. El aliento le olía a vino y eso, por alguna razón, consiguió que él se excitase como no lo había hecho la simple proximidad o el perfume—. Lo que me pregunto es por qué. ¿Qué ganas?

—¿No podría haberlo hecho por simple amistad?

Ella puso sus ojos verdes en los oscuros de él.

—¿Amistad?

—Amistad. —Le sostuvo la mirada sin pestañear—. La amistad es para mí más importante que una buena ganancia. Un amigo de fiar es como un puerto de abrigo. Cuando hay tormenta, es eso lo que buscas y no un emporio en el que comerciar.

Ella le aguantó la mirada aún un instante. Después, con expresión pensativa, se despegó de él para, siempre sujetándole por la muñeca, arrastrarle consigo a las profundidades de la falsa *domus*.

Mismo lugar. Esa misma noche, muy poco después

Sempronia Tuditani le resultaba cada vez más intrigante. Amalgama de talentos y excesos. Tan compleja como le habían advertido. Era como una ménade, como una bacante que entrase en un trance entre furioso y místico, por culpa del vino y la danza. Y además, mientras su cuerpo se desbocaba, su cabeza era capaz de hacerse preguntas y sacar deducciones. Fascinante.

Ahora, estando ellos dos solos, repicaba con una baqueta de madera sobre el parche —decorado con motivos geométricos coloridos— de un pandero que tendría sus buenos dos palmos de diámetro. Y Balbo, sentado en un rebanco, como una grada en una de las paredes, la observaba copa en mano, al resplandor de una lucerna de barro.

Había algo hipnótico en ese redoble de baqueta sobre el tímpano y en cómo danzaba ella con lentitud al compás. Y también hablaba, de regreso al tema de antes.

—¿Por qué financiaría un hombre como tú esta fiesta, aparte de por amistad con César?

—Porque sería una inversión. Esta noche he conocido a hombres poderosos, con peso en Roma. Y he podido tomar el pulso de la situación política. Y en celebraciones como esta, la gente suele relajarse y dejar asomar su verdadera forma de ser. Lo que esconde la máscara.

Ella sonrió, sin dejar de repicar y de cimbrearse. El ir y venir de luces y sombras creaban ángulos extraños en su rostro.

—El agua es clara, pero la verdad está en el vino.

—Cierto. —Sonrió él—. El temple de los hombres se mide delante de las lanzas y su carácter ante las ánforas.

—¿Y el de las mujeres?

—Asunto complicado. Las romanas parecen muy distintas a las gaditanas.

Ella se retiró danzando hacia el fondo de la estancia, hasta convertirse en poco más que una sombra.

—¿Cómo son las gaditanas?

Él alzó la copa.

—Más sueltas. Son libres de ir y venir, y llevan sus propios negocios.

—Aquí también. Al menos algunas.

—Pero por relajación de las viejas costumbres romanas. En Gades es suyo todo eso por derecho antiguo. Quizá porque muchos hombres siempre han estado en la mar, comerciando, y las mujeres llevan los asuntos de la casa y toman decisiones que no pueden esperar.

—Había oído que las gaditanas de alcurnia viven recluidas en sus casas.

—Algunas, pero por cuestiones sociales y religiosas. Pero no están bajo la tutela de su esposo o los hermanos mayores. Deben obediencia al patriarca de la familia, como todos, pero llevan sus asuntos propios sin rendir cuentas a nadie. Que no se les

vea en los mercados, no quiere decir que no tengan poder. Son como arañas, ocultas y atentas a su tela.

Ella volvió a reír, retrocediendo más, hasta desaparecer en la oscuridad del fondo.

—Arañas... hay muchas arañas. Algunas tejen telas, otras cazan y otras se esconden en madrigueras, aguardando el paso de las presas.

Su voz se perdió entre el redoble de baqueta sobre parche. Y su última afirmación tuvo la virtud de causar un escalofrío en Balbo. Esa mención a la araña de madriguera, coincidiendo con su desaparición en la negrura de la cueva...

Porque cueva era. Aquella estancia en las profundidades de la *domus* se resolvía, en su parte trasera, en gruta abierta en roca viva. Lanzó una ojeada a las paredes, cubiertas de frescos. Pinturas arcaicas, obra de primitivos latinos, de etruscos o de cualquier otro pueblo itálico antiguo, vencido por el tiempo y por esa raza conquistadora llamada romana...

Cesó de golpe el redoble de tímpano. Y, en el silencio brusco, resonó la voz de ella desde la oscuridad.

—Las romanas estamos sometidas a la autoridad de nuestros parientes varones. Pero nuestro es el poder de las diosas telúricas.

—¿De verdad?

Se oyó la risa de ella en la oscuridad.

—¿Dudas, púnico descreído?

Balbo bebió, con los ojos puestos en esa negrura impenetrable. Se dio cuenta de que estaba también bastante borracho. Se obligó a vigilarse, para evitar que los demonios tomaran posesión de su lengua.

—Tan sólo me interrogo sobre la firmeza de tus creencias. Por mi parte, ni en broma cuestionaría el poder de las diosas de la Tierra. Sobre todo estando en su terreno, como sin duda es este lugar.

—Haces bien.

Se reanudó el redoble de tímpano. Pero esta vez el toque era distinto. Del fondo negro de la estancia, como de un estanque turbio, emergió una figura. Tuditana. Pero, en el intervalo, había cambiado el pandero por otro mucho más grande. Y lo hacía resonar con la punta de los dedos.

Balbo, sentado en el rebanco junto a la pared, copa en mano, la observó entre el interés, el asombro y el deseo. Al oscilar de la única luz, ella se cimbreaba con lentitud, tocando despacio. Su complejo peinado estaba ya medio deshecho y le caían mechones rojizos, de forma que él no pudo sino pensar en las legendarias lamias, que atraían a los hombres a las entrañas de la tierra para su perdición.

—Te dije que te mostraría algo más auténtico que la farsa de mimos de ahí fuera. Eso es sólo un espectáculo, aunque esté basado en ritos antiguos. Esto que ves es ese rito, tal como a mí me lo han transmitido.

Se movía de un lado a otro. No dejaba los pies quietos y le lanzaba miradas verdes, sin dejar de redoblar el pandero. Podía tener este un metro de diámetro, de

forma que el retumbo lento del parche colmaba aquella estancia subterránea de frescos arcaicos.

—Hoy son también las fiestas en honor a Portuno y Tiberino. Y, a su sombra, algunos celebramos a otros dioses.

Se desplazó tocando el tambor, moviendo los pies. Fue en ese instante cuando Balbo se dio cuenta de que no era al azar. Que ejecutaba alguna danza antigua.

—Este es el rito viejo, de cuando Fortuna se llamaba Vortumna, la que gira. — Lanzó el pandero al aire, en la penumbra, para luego recogerlo y redoblar—. Vortumna, ahora en la oscuridad, como tantos dioses antiguos.

Se acercó a él tocando con lentitud, con la punta de los dedos. Se inclinó sobre él, hasta que sus rostros quedaron a dedos de distancia.

—La Fortuna nos ha unido, púnico: la suma de las pequeñas cosas que nadie puede controlar. Sé que eres sacerdote de tus dioses olvidados. Y yo soy una de las que ha jurado conservar la memoria y las ceremonias de los dioses de los primeros romanos.

Balbo achicó los ojos. Trató de aclarar ideas entre las nieblas del vino y las causadas por esa estancia subterránea en sombras. Pero entonces ella se inclinó más, para besarle casi con furia. Un beso largo con sabor a vino y saliva dulce, que le provocó una excitación tremenda. También le dejó casi pasmado. Esa mujer era famosa por tomar la iniciativa con los hombres, pero no por eso dejaba de chocarle.

Ella quizá confundió su sorpresa con reparo. Un destello de malicia pasó por sus ojos verdes. Se apartó de golpe y volvió a lanzar el pandero girando por los aires.

—Estás en el vientre de la Tierra. Aquí mando yo.

Le empujó con la mano abierta, con ímpetu, de forma que él quedó recostado contra la pared. La observó entre divertido y alerta. ¿Estaría de verdad poseída por alguna deidad telúrica? ¿O sería tan sólo como esos actores que se sumergen hasta el fondo de su papel? Con aquellos últimos movimientos, su tocado había terminado por desintegrarse. Mechones rojos le colgaban sobre el rostro, lo que unido a sus ojos verdes le daban, más que nunca, aspecto de ninfa de los bosques.

Dejó a un lado el pandero y, como él hiciese amago de incorporarse, volvió a empujarle. Él volvió a caer hacia atrás, riendo, porque no le disgustaba aquella locura. Ella se giró para tomar otra lucerna, encenderla con la que ya estaba prendida y dejarla sobre un pedestal tosco de piedra. Balbo supuso que sería algún gesto de tipo religioso. Que esa segunda lucerna no pretendía alumbrar y sí convocar y honrar a números sin rostro y de nombre secreto.

Luego se volvió a él. Le acechó por entre los mechones rojos. Llevaba la *palla* colgando sobre los codos. Con las mejillas encendidas, recogió el pandero y comenzó a danzar al redoble del parche, más vivo esta vez. Tenía fama de gran bailarina y no exageraban. Y esa danza... el sacerdote de los Baales Pequeños se impuso al erudito y al simple varón.

Porque se movía ella al parpadeo de las dos mechas, entre toques de pandero,

canturreando tan por lo bajo que él sólo llegaba a percibir el zumbido de la melodía. Podía oír incluso cómo se deslizaban los pies descalzos sobre las losas de terracota y el roce de las telas de su vestido.

Había mucha magia en ese baile y le estaba enredando con ella. Enredando. No pudo por menos que recordar el comentario de antes sobre las arañas... y, fuese por el vino o el embrujo, los ojos se le fueron a los frescos de las paredes. A ese estilo arcaico, a esos colores extraños, a esas gentes desnudas con telas exiguas que no cubrían nada, que danzaban con flautas de dos caños y banqueteaban con grandes copas en las manos y coronas de hojas de parra en las sienes.

Cuando volvió la mirada a Tuditana, esta se estaba soltando los broches del cabello, que ahora le caía por fin suelto sobre la túnica blanca y la sobretúnica verde. Lo hacía sin dejar de danzar, ni de repicar con los dedos sobre el gran tímpano, símbolo de la Rueda de la Fortuna. Cada vez que soltaba un prendedor, lo arrojaba a un lado con descuido, de forma que repicaban metálicos contra las piedras, en la penumbra.

—¿Creías que este edificio no era más que una especie de prostíbulo para ricos? Se construyó sobre los cimientos de edificios más antiguos. Este sitio era sagrado. Aquí, en los pantanos que ocupaban toda esta zona hace siglos, se atascó la canasta que llevaba a Rómulo y Remo. Por estos parajes rondan sombras antiguas...

Asintiendo, Balbo contemplaba los frescos de flautistas y libantes. Entendía lo que le decía Tuditana sólo a medias, y casi nada del arte que veían sus ojos. Se preguntó si serían pinturas etruscas. Aunque era difícil que hubiesen sobrevivido tantos siglos a la humedad. Pero podían haberlas ido restaurando, o copiando una y otra vez...

—¡Atiende a mi baile, púnico infiel!

Lo había dicho riendo, de forma que sus palabras no sonaron a ofensa sino a halago, como esas palabras gruesas que se dirigen piel a piel los amantes y que refuerzan la intimidad entre ellos.

Ahora ella tarareaba algo más alto, aunque él seguía sin entender las palabras. Y le mecía al ir y venir de las luces. Despacio, muy despacio. En el cerebro tocado por el vino de Balbo, ese zumbido que salía de sus labios y ese cimbreado le hicieron pensar en el balanceo de los árboles bajo la brisa, o los juncos en la corriente...

Sacudió la cabeza para librarse del embrujo. ¿Le estaría ensalmando esa romana de familia antigua con su canturreo? Sintió que se le ponía la carne de gallina, en parte por temor sagrado y en parte por el deseo que le estaba inundando, como fuego por el monte bajo, al verla cimbreado ahí para él, con el pelo suelto, entre el bailoteo de luces y sombras.

¿De verdad bailaba para él? ¿O lo hacía para algún numen arcaico? ¿Era una danza sagrada? ¿O era un baile erótico y profano, sin más, ejecutado por una mujer impulsiva que había bebido más de la cuenta?

Ahora podía sentir el silencio de esa cámara en parte subterránea, acentuado por

el canturreo y el redoble de tímpano. Los pies de Tuditana volaban y, al tiempo, se movían lentos sobre la terracota. Parecía fundirse en su baile con las figuras de los frescos.

Se libró de repente de las ropas, de las dos túnicas. Y no lo hizo como la actriz del peristilo, un rato antes, para los invitados. No. Aquella se había despojado con lentitud de las prendas, sin dejar de bailar. Tuditana se las quitó de golpe. Soltó las fíbulas y las túnicas resbalaron por su cuerpo. Lo hizo sin dejar de danzar y tocar. No llevaba ropa interior y, para Balbo, fue como si quedase desnuda de repente, por arte de magia.

Trató de aclarar ideas con esfuerzo. Su confusión mental, ¿se debía a la bebida o a algo más? ¿Era obra de los dioses? ¿La copa contenía algo más que vino? Ella había bebido del mismo recipiente, pero eso no significaba nada, porque no temía que le envenenase.

No llegó al final de ese hilo de pensamientos. Tampoco importó. Ella le quitó de un manotazo la copa. Voló esta y se hizo pedazos en la oscuridad. Sentado en el rebanco, Balbo se fijó en su piel rosada, por la que corrían sombras y luces. Tenía los pezones pintados de dorado y se cimbreaba ahora como una culebra. Le miraba desde arriba con esos ojos verdes suyos, y ya no tuvo duda él de que había sido poseída por alguna deidad.

Luego, ella cayó sobre él como esa culebra en la que acababa de pensar, para besarle con furia. Y también esas ideas últimas se esfumaron de su cabeza.

De las notas para la Historia secreta de Roma, de L. Cornelio Balbo

Roma destruyó Cartago y Aníbal, a su vez y a su manera, acabó venciendo a los catones. Catón el Viejo fue el principal instigador de la que llaman la Tercera Guerra Púnica. Fue él quien presionó en el Senado romano para que se declarase esa guerra y también para que fuese sin cuartel. Él impuso la política de que las legiones no debían conformarse con la victoria o ni siquiera con la conquista, sino Cartago debía ser demolida hasta los cimientos y sus habitantes muertos o esclavizados.

Años antes de ese desastre, durante la Segunda Guerra Púnica, Aníbal Barca invadió Italia, obligando a los romanos a luchar en su propio terreno. Durante años, la guerra se desarrolló en tierras al sur de la península y, de hecho, muchas ciudades de esas tierras se pasaron con armas y bagajes al bando cartaginés. Pueblos como los campanos o los lucanos acogieron a Aníbal como un verdadero libertador.

Aníbal derrotó una y otra vez a los ejércitos romanos, en cinco batallas famosas. En una de ellas, la de Cannas, cayó un número enorme de ciudadanos, de los órdenes ecuestres y senatorial. En aquel día aciago, se extinguieron muchos linajes antiguos y prestigiosos.

Aquella guerra duró años. La amenaza de las fuerzas cartaginesas contra la Urbe fue constante, al punto de que se acuñó la famosa frase de: *Aníbal ad portas*, Aníbal a las puertas, aludiendo a que el general podía atacar en cualquier momento a Roma. Las bajas cuantiosas, la gravedad del peligro y lo dilatado de la contienda hizo que, al final, todos los romanos útiles, de las clases que debían servir en el ejército, fuesen movilizados. Debido a eso, las mujeres de esas clases empezaron a cubrir los huecos dejados por sus hombres en Roma. Empezaron a llevar las finanzas de la casa, a despachar con los encargados de las fincas y a gestionar los negocios. Y como esa situación se prolongó durante años, las romanas se acostumbraron a ello.

Cuando Aníbal fue expulsado de Italia y muchos de los hombres pudieron por fin volver a Roma, un número nada desdeñable de damas romanas rechazó regresar al *statu quo* previo. Muchas siguieron gestionando su propio patrimonio y algunas incluso haciendo negocios, en una sociedad que, en parte, asumió ese cambio como algo natural. Después de todo, ahí estaba ya una generación que había crecido en ese estado de cosas.

Pero los más conservadores reaccionaron muy en contra. Catón el Viejo, por ejemplo, tronaba contra el hecho de que las mujeres pudieran llevar vida pública. No es que les disgustase que lo hicieran sin contar con la aprobación del *pater familias*. Es que les parecía ofensivo que pudieran hacerlo, con o sin el permiso de nadie.

Pero ya era imposible volver a la situación previa. La verdad es que las romanas eran, en algunos aspectos, aún menos libres que los esclavos. Al menos estos pueden esperar ser manumitidos y convertirse en libertos; en ciudadanos de pleno derecho,

aunque sea de ínfima condición. Las romanas no tenían ningún poder sobre su propio destino, ni patrimonio alguno. Ellas mismas eran más bien propiedad o mercancía que servía a los intereses de su familia a través del matrimonio. Y una vez probadas las mieles de la vida pública, no iban a dejar que las relegasen de nuevo.

A día de hoy, los elementos más conservadores claman todavía contra todo eso. Catón, en particular, se entrega de forma periódica a diatribas furibundas que sólo consiguen que la gente se ría a sus espaldas de él. Por eso digo que, a su manera, Aníbal Barca ha logrado vencer a los catones. Porque, después de la Segunda Guerra Púnica, en más de un aspecto, Roma ya no volvió a ser la misma.

Colina del Palatino, Roma. Septiembre

Al parecer, hacerse una *domus* en la colina del Palatino le iba a costar a Lucio Cornelio Balbo bastante más que el desembolso por materiales y mano de obra. Por si no bastase el incidente en la fiesta, al regreso de su hermanastro Cartalón a Roma, tuvo con él una discusión acalorada. Acalorada por parte del otro, que era de los que se soliviantaba con facilidad. Cartalón era un hermano leal, un hombre inteligente y un puntal básico de la familia Balbo en sus negocios marítimos. Pero tenía un temperamento volcánico, estallaba de forma periódica, por cuestiones que a otros les resultaban menores.

Aquel día era de esos, tocaba erupción, y Balbo lo supo apenas le vio cruzar por el atrio en obras, lanzando miradas de reprobación a los obreros que se afanaban por doquier. Y, en efecto, tras besarle las manos como jefe de la familia que era, sin más preámbulos, le echó en cara que estuviese malgastando tanto dinero en esa residencia.

—Hombre, Cartalón. Yo no llamaría a esto un despilfarro.

Con esa réplica sosegada, Balbo se fue a la mesita. Ahí de nuevo, siempre bajo lienzo para preservar a los líquidos del polvo, tenía copas y jarras de vino y agua.

—¿Cómo lo llamarías entonces?

—Inversión, hermano. Una buena inversión.

—¡Qué dices! Todo esto cuesta una fortuna.

—Por supuesto. Estamos en una de las mejores zonas, en la colina más cara de toda Roma.

—¿Y eso es motivo para que pagues el terreno muy por encima de su valor? ¡Maldito! ¿Qué mosca te ha picado? Estás contratando materiales y artesanos sin regatear. ¿En qué piensas? ¿Es que te has dejado tus dotes de negociante en Gades?

Balbo resopló, indeciso entre echarse a reír o enfadarse. Optó por servir dos copas de vino y agua a partes iguales. Tendió una a su hermanastro.

—¿Tú que sabrás si lo estoy pagando o dejando de pagar?

El otro tomó la copa que le ofrecían. Dio un buen trago.

—¿Cómo no voy a saberlo? Ya me enteré de ello no bien arribamos a Ostia. Toda Roma parece estar comentando la cantidad de dinero que unos y otros te están sacando por esta casa.

—*Domus*. Se dice *domus*. Y me das una buena noticia. Porque de eso se trataba en parte.

—¿El qué? ¿De quedar ante los romanos como un primo fácil de desplumar?

Balbo ahora se echó a reír.

—No. De que todos sepan que Lucio Cornelio Balbo, llegado el caso, no escatima con el dinero. Unos pocos dispendios más y todos sabrán que, si tienen algo bueno que ofrecer, pueden acudir a mí con la garantía de que no soy cicatero.

Cartalón le lanzó una mirada atravesada que lo decía todo. Balbo, riendo de nuevo, le arrebató la copa para rellenarla. Quería de verdad a aquel hermanastro en

concreto, algo más viejo que él, de quien siempre habían dicho que era al que más se parecía físicamente. Aunque ese parecido ya era menos visible, dado que Cartalón seguía gastando una barba imponente.

Barba que su dueño se sobaba dudoso, sin saber si lo que el *pater* de la familia decía era cierto y todo formaba parte de una estrategia, o si le había soltado una excusa sobre la marcha. Más valía que fuese lo primero, porque a los desembolsos por la compra de la finca y la edificación de la vivienda, había que añadir otro igual de cuantioso por su habitabilidad.

—¡Esa es otra! —casi rugió de repente, como si pudiera leerle los pensamientos de su hermano—. Se dice que has pagado unos anticipos cuantiosos para que te pinten frescos y te monten mosaicos.

—Por supuesto. —Volvió con una copa en cada mano—. Quiero lo mejor.

—¿Y no podías haber comprado una *domus* ya edificada y en condiciones?

—Ah, no. Ni hablar. No habitaré en Roma una casa cuya construcción yo no haya supervisado. ¿Olvidas que soy sacerdote de los Baales Pequeños? Al margen de que he de marcar mi posición social, es necesario que cuide el emplazamiento de mi vivienda, y la disposición de los elementos dentro de ella.

Bebieron a la vez. Cartalón compuso una mueca de disgusto.

—Sabe a polvo de obra.

Balbo frunció el ceño, luego se echó a reír. Aquel hombre era imposible.

—Maldito gruñón. ¿Tienes que ponerle pegas a todo? Pues lárgate cuanto antes y así no tendrás que soportar los trabajos.

—Me quedaría en Roma si pudiese, merluzo. No eres capaz de cuidar de tu bolsa, así que ¿cómo vas a cuidarte bien las espaldas?

Lanzó una mirada tormentosa a los albañiles, que a su vez les espiaban con disimulo, sin dejar de trabajar. Ellos sólo veían a dos hombres que discutían, el uno con sosiego y el otro acalorado. Pero ni alcanzaban a intuir siquiera el motivo de su disputa, pues aquellos dos tenían buen cuidado de hablar en gaditano, que estaba hecho de fenicio viejo y púnico, con muchos aportes de turdetano y no pocos de otras lenguas hispánicas, africanas y griego, aparte de vocablos y giros propios. Una lengua ininteligible para nadie que no fuese un nativo del mar de Gades.

Incluso así, el capitán del *Gallus Ruber* tomó a su hermano del brazo, para llevárselo consigo y hablar más en privado. Balbo se dejó hacer, entre intrigado y divertido.

—Y encima, estás viviendo en la Suburra.

—Sólo hasta que acaben las obras.

—Demasiado populoso.

—Si fue bueno para César, lo será para mí. Y es sabio mezclarse con el pueblo.

—No me refiero a eso. Hay demasiada gente y sus calles son muy estrechas. Y tú no llevas demasiada escolta.

Balbo le miró de cerca, sujeto como le tenía el otro por el codo.

—¿Hay algo que deba saber, hermano?

—Que he llevado con éxito la misión que me encomendaste. Por eso he vuelto.

—Pues no pareces muy contento de ello.

—Es que no creo que sea para estarlo.

Balbo se desasíó. Con la copa en la mano izquierda, tomó con la derecha la jarra de vino y, con un vaivén de esta, indicó a su hermano que saliesen. Fueron sorteando material y escombros, hasta abandonar el recinto de la *domus* y desembocar a una especie de terraza, en la parte trasera de la residencia. Desde allí arriba, tenían a sus pies los tejados rojos y las azoteas del barrio Velabro, que llegaba hasta el Tíber, fangoso y a esas horas centelleante de sol. La isla Tiberina, en medio de las aguas, y a la otra orilla el gran barrio conocido como el Trastévere.

Bebió con los ojos puestos en el caos urbano de aquel lado del río. Tras arribar en el mes de *quintilis* al puerto de Ostia, había pedido a Cartalón que pusiera proa a Cerdeña. Su misión era la de localizar a los piratas supervivientes y tratar de averiguar el porqué de tanto empeño en apresar al *Gallus Ruber*. Ya le había extrañado su tardanza, aunque tampoco se había inquietado en demasía, pues las pesquisas podían llevar su tiempo. Eso sin contar con que podía salirle algún flete jugoso en la misma Córcega y, conociendo a Cartalón, no desaprovecharía un buen negocio, si se presentaba.

Escanció por tercera vez y su hermanastro no hizo ascos, pese a sus quejas previas sobre el sabor a polvo.

—¿Y bien?

—Me fue imposible encontrar a los piratas de Córcega. Al parecer, el segundo barco tuvo su justo castigo y se fue al fondo antes de poder volver a la costa.

—Por un lado me alegro, pero por el otro es una contrariedad.

—No te apures. Puse proa a Frumentaria y, tras costear buscando, preguntando y poniendo las monedas justas en las manos adecuadas, conseguí llegar a los que trataron de abordarnos en esas aguas.

Bebió, y Balbo, por su parte, se volvió imperturbable a contemplar el paisaje urbano y el río. Su hermano era de esos que tenían el defecto de dejar en el aire discursos, para crear suspense, y él se negaba a mostrar interés o irritación cuando eso sucedía. Cartalón prosiguió tras chasquear los labios.

—Por lo visto, alguien les informó de que nuestro barco seguramente recalaría ahí, en su viaje a Italia. Les habían indicado que estabas a bordo y les prometieron una muy buena suma si echaban a pique al *Gallus Ruber*, con todos sus tripulantes. Incluso a algunos, antiguos desertores romanos, les prometieron poder regresar a casa...

—¿Tienen nombre esos que tanto ofrecían?

—No. Pero al parecer eran romanos.

Balbo le miró de medio lado.

—¿Al parecer o seguro?

—Seguro.

—Pues vaya idiotas: actuar así, a cara descubierta.

—Supongo que era necesario, si querían que los creyeran. Incluso depositaron sumas nada despreciables en templos locales, como garantía de buena fe.

—En ese caso, tu viaje no ha sido en vano. Lástima no tener nombres... Pero lo que está claro es que alguien no quería que llegase a Roma.

—Mi viaje ha sido provechoso por más de una razón. He podido recabar chismes, rumores. No sé si eres consciente de hasta qué punto eres la comidilla de esta ciudad. La gente humilde, y no sólo de Roma, espera grandes cosas del consulado de Julio César. Y se da por seguro que tú estás respaldándole con la fortuna de los Balbo. —Bebió—. Y corre también el rumor de que has venido a Roma dispuesto a lograr la ciudadanía romana para todos los habitantes de las dos Hispanias.

Balbo apartó los ojos de las aguas del río, lejanas y chispeantes.

—¿Qué tontería es esa? ¡Chismes de ociosos!

—Chismes demasiado extendidos para ser rumor de terma y barbería, respetado hermano. Tiene que ser algo que los enemigos de César hacen correr de manera interesada, para perjudicaros a ambos.

Balbo se llevó la mano a la barba que no tenía, por el viejo tic de sobársela. Cartalón acababa de decir algo digno de tener en cuenta. El populacho romano había sido siempre muy hostil a la concesión de la ciudadanía a latinos e itálicos. Temían perder privilegios y, sobre todo, repartos gratuitos de alimentos. Así que no podían ver con buenos ojos la extensión de esa ciudadanía a los provinciales. Algo tendría que hacer respecto a esas hablillas.

Cartalón insistió:

—Sobre todo, ocúpate de ti mismo. Yo mismo, en Ostia, oí decir en un puesto de comida a pie de muelle lo siguiente: «Ese Balbo que trate de conseguir la Luna, si quiere. Vamos a ver si no acaba encontrándose al final lo mismo que otros como él se encontraron».

—¿Eso qué significa?

Ahora el que se manoseó las barbas fue Cartalón, por una vez más consternado que otra cosa.

—¡Ay, hermano! Que Roma es muy peligrosa. ¿No sabes que muchos hombres, senadores romanos incluso, fueron asesinados en el pasado por pretender extender la ciudadanía? Esto es una ciudad enorme con usos de aldea. Ni guardias hay dentro. Y eso hace fácil morir en Roma.^[21]

—No te preocupes. He tomado mis medidas. Tú haz lo propio mientras estés aquí.

—¿Yo? Sé cuidarme, hombre.

—Y yo también. Te habrás creído que soy una vieja indefensa. Pero nunca está de más algo de astucia, aparte de andar con un buen bastón por la calle. Por ejemplo, no te pediré que te afeites. Pero me quedaría más tranquilo si te recortases la barba, para

parecer menos exótico.

Cartalón se llevó por instinto la mano a las barbas, como si tuviera que defenderlas.

—¡Mi barba! ¿Qué dices, cabrón?

—Sé que es un sacrificio. A mí me costó afeitarme. Pero te pido como hermano y como jefe de la familia que lo hagas.

—¡Desgraciado! ¿Es que no hay romanos barbudos?

—No con barbas tan grandes. Recórtatela. Te lo exijo como patriarca de los Balbo. Será mucho más fácil que los romanos te acepten si no tienes tanta pinta de... cartaginés, para qué vamos a decir otra cosa. Y de paso, algo debieras hacer con tus gorros.

—¡Eso sí que no! —bufó el otro, ahora casi espantado.

Si las grandes barbas eran signo de virilidad, el ir tocado era algo más que eso. El gorro protegía la coronilla de los demonios. Ir descubierto significaba abrir esa puerta a la posesión demoníaca, a la entrada de maleficios y desdichas.

—Yo me lo he quitado.

—Tú estás medio loco.

—Te recuerdo que soy sacerdote de los Baales Pequeños. De esto sé más que tú. Los romanos van a cabeza descubierta, excepto para protegerse del sol, la lluvia o el frío, y cuando realizan determinadas ceremonias religiosas. ¿Tú ves que sufran toda clase de males sobrenaturales?

Cartalón gruñó mientras volvía a acariciarse la barba, buscando cómo refutar ese argumento.

—Admito que es cierto. ¿Cómo se explica eso?

—Porque sus dioses les protegen. Su religión les ampara y hace innecesario que tengan que tomar ciertas precauciones.

—Tal vez tengas razón. Si es así, tú también estás a salvo de los demonios, porque eres ciudadano romano. Pero no es mi caso.

—Yo soy el *pater* de los Balbo. Eso hace la protección extensiva a toda nuestra familia.

Cartalón se fue de la *domus* en obras nada convencido. Balbo volvió a deambular entre el estrépito de los mazos, las voces ásperas de los albañiles y el polvo que lo envolvía todo. Sabía que su hermanastro, al final, le haría caso, aunque de entrada lo rechazase. Pero Cartalón era así: para algunos asuntos, necesitaba su tiempo. Y él tenía mucho en que pensar. De nuevo, se dijo que cuántas ganas tenía de que se fueran no ya los obreros, sino los artistas y artesanos que tenían que venir después, para poder cerrar las puertas de la *domus* y despachar sus muchos asuntos en intimidad y a su gusto.

Domus de Marco Calpurnio Bíbulo. Colina del Esquilino. Roma. Septiembre

Cayo Valerio Flaco cogió un higo seco. Masticó con parsimonia un bocado pequeño, antes de disentir con gesto casi estoico.

—Os tomáis medio en broma a Balbo. Eso es un error. Ese hombre es peligroso.

—¿Peligroso? —Escipión Nasica se carcajeaba—. ¡Menudo fatuo! ¡Vaya un ostentoso! Ese será alguien en Gades, pero aquí, en Roma, es un don nadie.

A esas alturas ya estaba borracho, como casi siempre. Valerio Flaco se permitió una mueca de disgusto, antes de dar otro mordisco al higo, que pasó con un sorbo de vino dulce. Con el rabillo del ojo, advirtió que no todos allí se tomaban tan a la ligera sus palabras. Catón, reclinado a la derecha del anfitrión, bebía con parsimonia un vino muy aguado. Y fue él quien le invitó con gesto severo:

—Explícanos, Cayo Valerio.

El viejo general frunció los labios. Observó los rostros vueltos a él, bastante juntos, pues estaban todos en los reclinatorios, alrededor de la mesita de comida y bebida. Cerca, dos músicos bailaban tocando flauta y pandero.

—Balbo no para de moverse. Se está entrevistando con los financieros más poderosos de Roma, tratando de amistarles con el bando de Julio César. Y eso no es para tomárselo a broma. Los Balbo controlan muchos negocios y el comercio de muchos bienes en Hispania y el norte de África, y a todos les conviene estar a buenas con él.

Otro sorbito de vino dulce.

—Y hay algo más que ha llegado hoy mismo a mis oídos. Algo que quisiera que ponderaseis. Balbo acaba de cerrar un trato con los herederos de Cecilio Metelo Pío. Les ha comprado una finca que este tenía en Túsculo.

El anfitrión, Bíbulo, que también había bebido más de la cuenta, agitó su copa entre el desprecio y la indignación.

—¡Puto Tartesio! ¿Hasta dónde va a llegar ese saltimbanqui, tratando de imitar a los romanos de verdad?

Cayo Valerio le miró por encima del golpe de su copa, inmutable. Se cuidaba mucho de mostrar fastidio o desprecio hacia ciertos aliados. Con Escipión Nasica se lo permitía. Pero Bíbulo sería cónsul al año siguiente y, sobre todo, era yerno de Catón. Y, desde la muerte de Lutacio Catulo, Catón era el cabecilla indiscutido de los *boni*. No iba a pasar por alto un desdén hacia el esposo de su hija, y menos en la casa de este.

Pero, por otra parte, Cayo Valerio Flaco tampoco era de los que otorgaban con su silencio.

—¿De verdad crees eso? ¿Que se ha comprado la finca de Metelo Pío para aparentar?

Se entrometió en la conversación Escipión Nasica, entre risitas de borracho.

—¿Para qué si no? Ese provincial se pavonea por Roma como si fuera un rey de visita. ¿No has oído hablar de la *domus* que se está haciendo en el Palatino? No me extraña que ahora se haya comprado tierras en Túsculo, justo en el lugar en el que senadores ilustres tienen villas. Quiere arroparse con ese prestigio ajeno, tal como un usurpador de Oriente lo hace con el manto púrpura de su predecesor.

Cayo Valerio observó dentro de su copa.

—Balbo es vanidoso. Eso es cierto. Pero, lo mismo que Julio César, sabe usar la ostentación como un arma para obtener sus fines. En la compra de esas tierras hay algo más profundo.

Tal afirmación logró captar la atención de los concurrentes. Tampoco eran tantos. La cena era a la vieja usanza: tres reclinatorios, cada uno de ellos con capacidad para tres personas, alrededor de una mesa cargada de platillos. Y nada de mujeres, por supuesto. Sólo senadores de la facción de los *boni*. Todo muy del gusto del líder de estos, Catón.

Fue este, como si él fuese el anfitrión, quien agitó una mano sin mirar siquiera, indicando así a los dos músicos danzantes que se alejasen algo, para que su música no les impidiese discutir con comodidad.

—Cuéntanos, Cayo Valerio.

—Por razones que no necesito explicar, tengo vigilado a Balbo desde que llegó a Roma. Supongo que él hace lo mismo conmigo. Por eso sé que agentes suyos se están desplazando por toda Italia. He sabido que han estado en Capua, en Neapolis, en Lavinium...

Bebió para aumentar la atención de sus oyentes. Al resplandor de las lucernas, observó a sus aliados políticos.

—¡Vamos! ¿De verdad no os dice eso nada?

La réplica se la dio Enobarbo, cuñado de Catón.

—Ese provincial está tratando de conseguir tierras para entrar a lo grande en el negocio agrario. ¿Qué tiene de raro? Puede hacer negocios financieros en Roma, pero no querrá pisar el terreno a banqueros como Craso o Ático. Supongo que pretenderá diversificar sus negocios.

—Y es posible que así sea. Creedme, Balbo es de los que pretenden sacar siempre varias rentabilidades a una misma actuación. Pero el fin primario de esas compras de tierras no es el lucro.

Escipión Nasica soltó otra risita, tendiendo sin mirar su copa, para reclamar así más vino puro.

—Muy bien, caballo viejo de guerra. Ya has conseguido picar nuestra curiosidad. No arruines el efecto tirando demasiado del hilo. No nos aburras a fuerza de alargar de manera innecesaria la explicación.

—No soy poeta ni actor. No pretendo impresionaros, sino que comprendáis la importancia de los manejos de Balbo. Está comprando propiedades por toda Italia:

buenas tierras de labor, pastos, bosques. Se ha construido una *domus* en el Palatino y dicen que se va a hacer una residencia en unos terrenos de las afueras que le ha regalado el mismo Pompeyo...

—Al grano, al grano.

—Esto es el grano... —Se contuvo de añadir «¡maldito borracho!»—. Tierras en Italia, casas en Roma. ¿No os dice nada? Ese intrigante está tomando posiciones para, en su momento, poder optar al orden senatorial.

Fue como si se derrumbase el techo sobre los reunidos. Los dos músicos, advirtiendo que la discusión tomaba un cariz serio, se retiraron todavía más al fondo, sin dejar de tocar. En cuanto a los esclavos, procuraron mimetizarse con las sombras de las esquinas.

—¿Por qué me miráis así? —No pudo permitirse cierto tono de sarcasmo enojado—. No me digáis que a ninguno se le ha pasado por la cabeza. ¡Cabezas de Marte! Es ciudadano romano, rico como Midas y con valedores muy poderosos. Cuando disponga de suficientes propiedades en Roma e Italia, reunirá todos los requisitos necesarios para llegar a ser nombrado senador.

—¡Imposible! —saltó Catón.

—¿Por qué?

—Porque no es un verdadero romano. La diferencia entre un romano de verdad y ese provincial es la misma que hay entre un senador y un mono amaestrado.

Valerio Flaco estuvo ahora a punto, no ya de suspirar, sino de resoplar.

—Personalmente, puedo estar de acuerdo contigo. Pero nada de eso será obstáculo para que, llegado el día, gracias a los aliados que tiene, y a los que de día en día se va ganando, consiga el rango de senador. ¿O alguno de vosotros puede garantizar que eso no llegará a ocurrir?

—¡No debemos permitirlo! —barbotó Enobarbo.

—Claro que no. Vigilo a Balbo porque hay enemistad entre él y mi familia. Pero ahora estoy hablando como senador de Roma, en interés de la República.

»Balbo es algo más que un provincial arribista. Es la punta de lanza de una estrategia política de gran calado. Y es Julio César el que está detrás de todo. Estoy seguro de ello. Su plan está muy claro, tan claro que casi nadie es capaz de verlo. Se trata de conseguir que los provinciales accedan a la ciudadanía, cada vez con más facilidad.

—Pero a Balbo le dio la ciudadanía Pompeyo —protestó Domicio Calvino, que sería tribuno el año siguiente.

—Cierto. ¿Y qué es Pompeyo, al fin y al cabo? Un descendiente de galos de Piceno. En todo caso, lo que Pompeyo buscaba con ese tipo de favores era garantizarse apoyos sólidos en Hispania, así como recompensar servicios prestados durante la guerra de Sertorio.

»Los planes de César tienen mucha más trascendencia. Concesión de ciudadanía a provinciales. Ascenso de estos a cargos cada vez más elevados. Gente como Cornelio

Balbo o Cornelio Galo, capaces incluso de llegar con el tiempo a magistraturas. Y todos ellos serán, como es lógico, aliados naturales de los *populares*. Nosotros, los *optimates*, nos iremos viendo relegados a una minoría en el mismo Senado.

Sus palabras obtuvieron por respuesta un silencio cargado, espeso. Unos picaban con desgana de los platillos de pasas e higos secos. Otros bebían, meditabundos, y cruzaban miradas entre ellos.

—¿No estaremos viendo planes y conjuras por todos lados? —Era de nuevo Calvino.

—¿Podemos arriesgarnos y esperar de brazos cruzados?

—No. No podemos —habló Catón, y lo hizo con el tono del que no admite réplica—. Aunque César y los suyos no tengan la intención, el resultado de sus acciones será el que ha dicho Cayo Valerio. Si Balbo accediese al Senado, sólo sería el primero de su calaña en entrar. Su ejemplo abriría las puertas para que una turba cada vez mayor de provinciales metiese las manos en los negocios y en la política romana.

—Y si eso ocurre, la República, tal como la conocemos, estará acabada —remató Valerio Flaco.

Ni siquiera en una discusión así, pudo evitar Escipión Nasica meter una astilla.

—Sobre todo, estará acabado tu sobrino. Balbo se ocupará de ello.

Ganas le dieron a Valerio Flaco de estamparle la copa en la cabeza. Pero se limitó de responder con una sonrisa seca. Hacía tiempo que se había jurado no alterarse por las impertinencias de aquel enojoso.

—Deja que yo me ocupe de los asuntos de mi familia. ¿O insinúas que he sacado el tema para que me ayudéis contra Balbo? Poco me conoces.

—No sigamos por ahí —zanjó Catón—. Cayo Valerio, tu *dignitas* está por encima de toda sospecha y has obrado en consonancia con ella al plantear este problema. —Se incorporó para perorar, muy en su estilo—. Lucio Cornelio Balbo no es un romano auténtico, diga lo que diga la ley. Que un hombre así adquiera fincas y negocios propios de verdaderos romanos es un escupitajo a las *mores maiorum*. Y él trabaja para hombres más poderosos. Se reúne con banqueros, con recaudadores, con terratenientes. Está socavando a favor de una oligarquía que, desde las sombras, intenta apoderarse de la República mediante la astucia y no por la fuerza.

—Hay que pararle —insistió Cayo Valerio.

Su voz había sido tan fría en esa ocasión que el resto de los comensales evitó su mirada. El rostro del viejo militar, al ir y venir de las luces, se había trocado en máscara de piedra. Aquel era el Cayo Valerio Flaco que, décadas atrás, había pasado a cuchillo a toda una ciudad celtíbera mientras sus habitantes discutían sobre si hacer la guerra o firmar la paz con Roma.

—No apruebo el asesinato —medió Bíbulo con nula delicadeza, quizá por culpa del vino.

—Ni yo. Además, la culpa del ascenso de Balbo la tenemos nosotros mismos.

Cuando nos juntamos, nos llenamos la boca con palabras como *nobilitas*, *virtus*, *dignitas*, *mos maiorum*... Pero luego, en cuanto llega un tipo como ese fenicio, si nos pone una buena bolsa llena sobre la mesa, nos falta tiempo para venderle nuestras fincas.

—¿Es que los buenos negocios atentan contra la *dignitas*? —se carcajeó Escipión Nasica.

—Veo que tú y yo tenemos distinto concepto de lo que es «un buen negocio».

—¿Y qué quieres? —Calvino volvió a reclamar vino—. Si uno no vende, otro lo hará. Dicen que Balbo paga bien y sin regatear.

Valerio Flaco le dedicó una sonrisa de hielo.

—Ya regateará cuando esté en posición de fuerza, descuida. Ese día vais a sudar hasta la última de las monedas que ahora creéis estar ganando sin esfuerzo. Os va a sacar todas y cada una, y unas cuantas más.

Algo más tarde

Cayo Valerio Flaco no se demoró mucho más en la *comissatio*. Habría sido provechoso quedarse un poco más de tiempo, porque lo que se discutía le interesaba y mucho. Pero se presentaron a las puertas de la *domus* sus hombres, a la hora que les había indicado, y se marchó por no hacerlos esperar. Además, había que caminar hasta el Quirinal, lo que suponía un trayecto nada desdeñable y más para un hombre como Valerio Flaco que, pese a la edad, se negaba a transitar por la ciudad en litera.

Era ya noche bien cerrada. Una negra y desapacible, anticipo del otoño que estaba a punto de llegar. Un viento silbante barría las calles y las cuevas, y por el cielo nocturno corrían nubarrones como cuervos negros. Mala noche para estar fuera de casa.

—Quizá debieras haberte quedado algo más. Podríamos haber esperado.

—Da igual. Son bastante charlatanes. Es imposible mantener con ellos una discusión productiva más allá de cierto tiempo. Si les dejas, se lían en su propia verborrea, que es lo que va a ocurrir esta noche. Están casi todos bebidos.

Cayo Valerio se ciñó mejor la capa. Se preguntó si ese año el viento era más frío, o si sería cosa de la edad.

—¿Se ha decidido algo sobre ese *mentula* de Balbo?

No cabía sorprenderse por la pregunta. Su interlocutor no era otro que Lucio Valerio Flaco, su sobrino. El mismo al que Balbo había encausado con éxito siendo cuestor en Hispania Ulterior. Vuelto ahora de Oriente, en secreto, para preparar su regreso a Roma al fin de su mandato en Asia.

—Creo que he logrado que entiendan el peligro que entraña ese sujeto y sus maniobras. Advertidos están. Espero que se lo piensen dos veces antes de hacer negocios con él.

Entre las sombras, al resplandor de las luces que portaban los esclavos, cubierto para que nadie pudiera reconocerle por casualidad, el rostro anguloso de Lucio se llenó de cólera y decepción.

—¿Qué dices? ¿Eso es todo? ¿Es que siguen dispuestos a tratar con ese *hircus*?

—No puedo garantizar que no. —Ahora sí resopló—. Ya sabes cómo son. Ponles buenos talentos de oro encima de la mesa y más de uno venderá sus tierras con los ojos cerrados, sea a Balbo o al rey de los partos. Al menos, les he convencido de lo peligroso que es y de que, antes o después, tendremos que pararle.

—Poco me parece.

—Y a mí. Pero he aprendido que, en ciertos asuntos y con ciertos hombres, es preciso ir paso a paso. Descuida, que yo tengo mis métodos.

—Y yo los míos.

El más anciano se detuvo con brusquedad. El séquito hizo lo mismo, entre rumor de ropajes al viento, agitar de luces y resonar de bastones, porque les pilló por sorpresa. Al resplandor rojo y agitado de las antorchas, puso los ojos en su sobrino.

Este le devolvió la mirada sin pestañear, desde las profundidades del manto.

—Conozco tus métodos.

—¿Los reprobas?

—Si estamos hablando de asesinato político, sí. Sobre todo si fallas y nos pones a todos en apuros.

—No suelo fallar.

—¿Ah, no? ¿Crees que no sé que trataron por dos veces de echar a pique la nave de Balbo, cuando vino a Roma?

—No pudo ser. Pero descuida, que jamás nadie podrá llegar a mí por ese asunto.

El senador no pudo ahorrarse un gesto de disgusto. Su sobrino carecía de reparos a la hora de lograr sus objetivos. Aún en un lugar como Roma, era tenido por hombre sin escrúpulos. Por su cabeza pasó por un instante la imagen de hombres muertos en playas o en callejas. Sí. No tenía la menor duda de que Lucio había tomado sus medidas, para que sus intermediarios en el asunto aquel de los piratas no pudiesen comprometerle.

—La Suerte es una diosa que, tarde o temprano, nos da la espalda si no somos prudentes.

—¡Bah! Aquí Balbo no es más que un extranjero...

—¿Tú también con esas? Es ciudadano romano, a ver si se os mete en la cabeza.

—Para lo que importa, no lo es. Ni siquiera es un hombre nuevo. La gente no le ve con los mismos ojos que a ti o a mí, no importa todo el dinero que tenga.

—Hay quienes sí dan importancia a su dinero. Y está bien respaldado. Es íntimo de César, amigo de Pompeyo y ya está haciendo negocios con hombres como Craso, Ático o Rabirio. Con hombres así, hay métodos más eficaces que el puñal, y menos peligrosos.

Gades. A comienzos de octubre

—¿Será esto un aviso de los dioses?

Acompañó Cartalón esa pregunta con un gesto rotundo. Su sobrino y futuro *pater* de los Balbo, Menor, le echó una mirada. Entre los dos tomaron una de las piedras de mayor tamaño, de entre las caídas, para volver a colocarla.

—¿Un aviso de qué?

Estaban solos en la playa, con túnicas cortas, reparando el que llamaban «El altar de los hombres», medio deshecho por las olas del último temporal. El altar era uno de esos antiguos y arcanos, con fama de haber sido levantado en tiempos de los primeros pobladores de Gades. Se hallaba en la propia playa, en las arenas, y estaba construido mediante la acumulación de piedras planas y redondeadas por la acción del mar. Cantos que los navegantes de Gades habían recogido en muchas costas, durante sus viajes.

Noches atrás, el embate de las olas había medio reventado ese altar, desplazando varias de las piedras más grandes y arrojando a varios metros a algunas de las más pequeñas. Y ahí estaban ahora Balbo Menor y Cartalón, reparándolo, porque el primero sería sucesor de su tío también como sacerdote de los Baales Pequeños, y ese altar entraba de lleno en su jurisdicción.

Una vez colocada la piedra, Cartalón se frotó las manos, pensativo, como si reflexionase sobre la pregunta del otro.

—Dicen que cada vez que el océano derruye este altar es signo de que se avecinan grandes cambios. De que habrá mudanza de fortunas.

Alto, fuerte, tostado por el sol y el mar, con la barba entrecana, tocado con un frigio colorado, recogió uno de los cantos más pequeños para devolverlo al monumento.

—Pero es que, además, fue justo aquí, en este altar, donde comenzó la enemistad entre tu tío y Lucio Valerio Flaco.

El joven, que estaba alzando una piedra de mediano tamaño, le observó con ella entre las manos.

—¿Aquí? ¿Cometió Valerio Flaco algún tipo de sacrilegio contra el altar?

—No.

Depositó la guija en la pila, haciendo resonar superficies pétreas.

—Hace años, siendo ya sacerdote de los Baales Pequeños, tu tío vino una tarde a atender el altar. Y se encontró con que había una piedra desplazada. Cuando fue a colocarla, descubrió que alguien había escrito algo en la superficie inferior de la piedra.

Menor depositó su canto sobre la pila con cuidado, pues al ser grande podía partir a alguno de las de abajo.

—¿Qué ponía?

—Decía: «Dioses, castigad al cuestor Flaco, porque ha arruinado a mi familia».

Dejó aquello ahí para irse en busca de otra piedra. Menor se acarició esa barba que era su orgullo, pues ya le crecía tupida.

—No entiendo.

—Es muy fácil, hombre. Valerio Flaco fue cuestor en Hispania Ulterior y se comportó como el peor de los rapaces. Expolió cuanto quiso y arruinó a muchos. Alguna de sus víctimas, alguien que lo debió perder todo por sus exacciones, escribiría esa imprecación en la piedra del altar.

—Imagino. Lo que quiero decir es que no entiendo cómo pudo eso enemistar a nuestro *pater* con Flaco.

Cartalón se paró, ahora con un canto pequeño en cada mano.

—Tu tío se toma muy en serio su cargo de sacerdote. Vio en todo aquello un mandato divino y obró en consecuencia. Investigó, reunió pruebas y buscó testigos, movió influencias en la administración romana y, con todo eso, llevó a juicio a Valerio Flaco. Ganó, y Flaco fue expulsado de la provincia, que es lo máximo que por desgracia se puede hacer con esos romanos ladrones de buena familia.

—Y ahí comenzó la enemistad personal entre los dos...

—En efecto.

—Todo por una inscripción hecha por una mano anónima en una de estas piedras.

—No. Porque así se lo encomendaron los dioses. Alguien pidió a estos justicia, escribiendo su ruego en una de «estas piedras», por las que debías mostrar mayor respeto. Y los dioses quisieron que fuese tu tío quien primero la leyó. Él se ocupó de que tal petición se viera satisfecha.

Se concentraron en recoger varios cantos planos, dispersos sobre la arena, antes de que Menor hablase de nuevo.

—Tío Cartalón... ¿Es por eso que el *pater* está tan preocupado por temas como el tratado con Roma y la legislación de las provincias? Alude mucho a eso en sus cartas.

—Es posible. Supongo que entonces fue cuando se hizo consciente de hasta qué punto es vulnerable la gente de las provincias a las arbitrariedades de los magistrados romanos de turno. Y de lo mucho que eso daña al comercio, porque la inseguridad hace que muchos prefieran ocultar sus riquezas por miedo a ser despojados. —Colocó una piedra más, con los ojos puestos en el ir y venir del mar, ahora azul y espejante tras el temporal—. Pero no se te olvide lo otro. En el fondo, aunque no habla de ello, cree que los dioses le han encomendado la tarea de enmendar eso. Que han puesto esa responsabilidad sobre sus hombros. Y está obrando y obrará en consecuencia.

Roma. Barrio del Trastévere. Octubre

Quisieron matar a Perseo cuando se dirigía a casa de Nicia Lycoris, justo al rayar el alba. Ni la hora ni el lugar podían ser más propicios para el ataque. El Trastévere era siempre un lugar peligroso para los forasteros que osaban callejear solos, y mucho más entre dos luces. Por eso Perseo siempre tuvo la duda de si todo fue fortuito, un intento de robo, o si los agresores le andaban siguiendo y vieron la oportunidad de quitarle la vida, más que la bolsa. Claro que, en ese segundo caso, también habría que preguntarse si le quisieron matar por ser amante de Lycoris, o si la razón era otra.

Horas después, tumbado en la cama de Lycoris, con la habitación llenándose ya de anochecer, con los visillos tenues de las ventanas aleteando en la brisa, iba a rememorar el suceso. Lo verbalizaría en busca de claves, sin lograr llegar a ninguna conclusión sobre los motivos del asalto.

Horas antes

Sus atacantes habían sido matones vulgares, eso por supuesto. Escoria de las callejas de ese barrio populoso y sin ley. Recordaba Perseo que cantaban los gallos mientras se apuraba por las calles vacías. El barrio estaba en silencio, lo que daba idea de a qué se dedicaban buena parte de los habitantes de esa zona. Porque, al otro lado del Tíber, ya todo era ajetreo y estruendo, y hacía rato que la gente se afanaba en tiendas y talleres.

Surgieron de entre las sombras con puñales y garrotes. Cuatro. Y aunque fueron rápidos, más lo fue el propio Perseo. Instantes antes del asalto, le alertaron algún ruidito, crujir de arena bajo sandalias y también el instinto, que le erizó el vello. Y le sonrió Fortuna, esa que manda tanto en Roma, porque el camino que tomó hizo que los maleantes se perfilasen contra la claridad que asomaba al este.

Perseo se había habituado a no gastar puñal en Roma, ni siquiera fuera del pomerio. Y esa mañana no llevaba tampoco bastón. Pero no necesitaba ni uno ni otro para medirse con agresores como esos. Ellos cometieron el error de atacarle en tromba y arrancando desde demasiados pasos de distancia. Aunque eso pudo deberse a que sospecharon que su víctima les había descubierto.

Cayeron sobre él con gritos destemplados que quebraron el silencio de esa zona del Trastévere. Perseo no aguantó ni reculó, sino que se echó a su vez hacia delante. Entró así por sorpresa en la guardia del primero que llegaba, buscando romperle la cabeza de un garrotazo. El bastón silbó más allá de la espalda de Perseo que, llevado del impulso, le rompió la nariz de un cabezazo.

El herido salió despedido hacia atrás, bramando de dolor, para chocar contra los dos que venían justo detrás. Perseo no les prestó de momento atención, más preocupado por el cuarto, que le buscaba el vientre con un puñal tan largo que más parecía un gladio enano. Desvió la cuchillada con un manotazo en el puño del agresor para, acto seguido, pegarle en la barbilla con el talón de la mano abierta.

Sin respiro, recogió el garrote del hombre al que había roto la nariz. Desde el suelo, en cuclillas, le pegó un palo en el muslo a uno de los dos últimos, que se había desembarazado y le atacaba también con puñal. Su víctima aulló y se alejó saltando a la pata coja.

Perseo se irguió entonces. Alto, fuerte, de cabellos y barbas negras y rizadas. Hizo girar en el aire el garrote. Uno de los agresores se tambaleaba, con la sangre chorreando desde la nariz rota. Otro iba de acá para allá, rugiendo y con las manos sobre la boca, porque el golpe en la mandíbula había hecho que se mordiera la lengua. Un tercero daba saltos cojos y el último titubeaba, bastón en mano, porque Perseo ofrecía un aspecto digno de temer.

Sonaban gritos, golpes y carreras sobre sus cabezas. El altercado había despertado a los vecinos de las ínsulas de ese tramo de calle. Y ellos, con sus voces y agitación, estaban despertando a más. Algo gruñó el agresor que seguía indemne, que debía de

ser además el jefecillo. Los cuatro se volvieron y corrieron, dejando un rastro de goterones de sangre.

Horas más tarde

—Debí perseguirles —gruñó Perseo, tumbado en la luz menguante del atardecer.

—¿Para qué?

—Para saber. Para asegurarme de que no eran más que ladrones callejeros. Pero ya no tiene remedio.

Oía respirar a Nicia Lycoris a su lado. Olía su perfume. Sentía en la piel el aire que movía las cortinas de la ventana. Fuera, revoloteaban los vencejos con gran escándalo. Nunca andaban lejos de allí esos pájaros, que anidaban en los huecos bajo los tejados.

—Cuéntame. ¿Cómo te fue con el hombre de Egipto?

Revoloteaban también las gasas que hacían las veces de puerta de la estancia. Según las costumbres de esa casa, entró una esclava con una vela encendida. Con esa llamita, fue prendiendo las lucernas distribuidas por todas las esquinas. Sólo cuando se marchó sin una palabra, contestó Perseo.

—Al parecer, lo que le dije en su día sobre los juegos de poder en Roma y lo que eso afecta a Egipto ha hecho reflexionar al que me paga desde Alejandría. La corte egipcia está ahora tratando de negociar con Pompeyo y con Craso.

—¿Y los *boni*?

—Si Craso y Pompeyo, y por supuesto César, se avienen a algún tipo de pacto provechoso para todos, los *boni* estarán fuera de juego en este asunto.

Ella se echó a reír, tumbada boca arriba. Se sentó luego en la cama para servirse vino.

—Un leño más en la pira de esos malnacidos. Seguro que ni siquiera se imaginan la que se les viene encima, por ese lado. Y supongo que los propios aliados de César no se dan cuenta de que, como se descuiden, ese hombre acabará por eclipsarlos a todos.

Perseo no respondió nada a eso. Se quedó tumbado en silencio, mirando los reflejos de las llamitas en los frescos pornográficos del techo. El ir y venir de sombras y luces causaba una ilusión de figuras en acción.

Lycoris no hablaba por hablar. La suya no era una reflexión ociosa. No era sólo su amante, sino también su aliada contra Roma. Una de lo más insospechada. Una de las actrices más cotizadas en la Roma del momento, con compañía propia, en la que no sólo era archimima,^[22] sino de la que también propietaria, algo nada frecuente. Como muchas actrices y músicas hermosas, sacaba más dinero de tratarse con hombres poderosos que de las funciones teatrales, y ese dinero lo había empleado con provecho. Además, en su caso, ya lo escénico era casi una excusa para relacionarse con senadores y banqueros.

Hombres que, en las fiestas y en la cama, hablaban por los codos y sin demasiada prudencia. Algo más que útil para Perseo, desde que frecuentaba a Nicia. Esta

albergaba un odio tan ardiente contra Roma como él mismo. Aunque, si lo que él buscaba era venganza contra el estado que aniquiló el sueño, ya moribundo, de restaurar el imperio seléucida, ella tenía razones más personales.

No conocía Perseo muchos detalles, porque ella no los daba. Sólo sabía que nació en una familia acomodada de origen griego, en algún punto de lo que ahora era la provincia romana de Asia. Que los suyos fueron despojados de sus bienes por romanos codiciosos, que asesinaron a la mayor parte de ellos. Ella misma se salvó porque sacaron provecho vendiéndola de esclava.

Así, de niña mimada de familia bien, pasó a ser el juguete de un amo que supo apreciar sus talentos y su potencial, y después la vendió a uno de esos caballeros romanos que vivían de explotar con discreción a músicas y actrices.

Nicia Lycoris fue hábil, o tuvo suerte. Llegó a emanciparse de su amo, al que seguía por supuesto pagando parte de sus ganancias. Como algunas que triunfaron en su profesión, tenía un piso en el Trastévere y una residencia en las afueras, que no tenían nada que envidiar a la vivienda de ningún *optimatus*, al menos en cuanto a lujos. Podría haberse pagado una *domus* en una de las colinas, pero los que eran como ella jamás serían admitidos en tales lugares.

Paradojas de la sociedad romana. Esos mismos senadores que mandarían a sus esclavos a echarla a palos si se atreviera a intentar habitar en una colina se desvivían por sus atenciones. Roma era así: en ciertos ambientes existían barreras sociales infranqueables, en tanto que en otros sólo mandaba el dinero.

Por eso valoraba Perseo tanto sus opiniones.

—¿Crees que los *boni* no ven el agujero que se les está a punto de abrir bajo los pies?

—Si lo ven, no le dan importancia. Se consideran a ellos mismos algo así como unos dioses, en sus alturas de las colinas, por encima del resto. Se creen más que nadie. Si algunos hasta presumen de descender de los héroes de Troya o incluso de los propios dioses. O eres uno de los suyos, o no lo eres. Y si no lo eres, no hay nada que puedas hacer para que te incluyan. Ni siquiera respetan a Cicerón o a Pompeyo, a pesar de sus actos y sus méritos.

—Sus actos y sus méritos...

Perseo casi crujió los dientes. Pompeyo Magno había sido el destructor del reino helenístico de Siria y Antioquía, último resto del otrora orgulloso imperio seléucida. Un estado minúsculo, residual, pero desde el que unos últimos linajes de sangre macedonia, orgullosos de su herencia, soñaban en reconquistar todo aquello que la desidia de malos gobernantes y el empuje de los partos les habían ido arrebatando.

Y Pompeyo había roto ese sueño. Grandes actos y grandes méritos.

Sería absurdo negar la talla militar del Magno. Aunque, más que Magno, creía Perseo que sería más acertado aplicarle su apodo de juventud, el que heredó de su padre: *Carnifex*, el Carnicero. Pero no era momento para entregarse a odios viejos. Máxime cuando ese mismo Pompeyo podía ser ahora clave para garantizar la

supervivencia del reino de los Ptolomeos de Egipto. Es decir, del último gran reino helenístico. Inspiró.

—Así que César acabará por eclipsarlos a todos, ¿eh? ¿No te parece que estás exagerando?

Ella abandonó la cama para acercarse a la ventana abierta, a contemplar los últimos reflejos rojos del sol en las nubes.

—Ese hombre es una fuerza de la naturaleza. Es como si no hubiera obstáculo capaz de pararle. ¿Recuerdas la gran fiesta de la que te hablé? ¿La que organizó hace poco, para atraer a poderosos a su amistad, ahora que ha sido elegido cónsul *senior*? Tenías que haber estado allí, tenías que haberle visto. No me extraña que presuma de ser descendiente de la diosa Venus.

Perseo no dijo nada. Cruzó las manos en la nuca, con los ojos aún en los juegos de luz sobre los frescos del techo. Añadió ella.

—César vale mucho. Pero tiene algo más que talento y voluntad. Tiene a la diosa Fortuna, a Tyche, de su parte. Llegará diez veces más arriba de lo que ha llegado Pompeyo.

—Entonces, habrá que procurar estar en su bando.

—Eso creo yo también. Y, por cierto, ahí también Tyche nos ha sonreído a nosotros.

—¿En qué?

Giró por fin la cabeza para contemplarla ahí junto a la ventana, recortada contra el rojo del ocaso, desnuda, copa en mano, entre la agitación de gasas.

—A la fiesta del otro día asistió Cornelio Balbo, el banquero de Gades. Se rumoreaba que era él quien lo pagaba todo. Por lo visto, el lugar, la fiesta y en especial mi actuación le dieron mucho que pensar. Ese hombre es un tiburón que, en cuanto huele a dinero, se lanza. Ya le ha propuesto a Volumnio un negocio.

Ahora sí que Perseo se sentó en la cama. Publio Volumnio Eutrapelo. Antiguo dueño de Nicia Lycoris, a la que había manumitido sólo para poder explotarla con más discreción.

—¿Un negocio de qué tipo?

—¿A qué tipo de negocios se dedica Eutrapelo? Balbo puede traer a Roma cantadoras gaditanas y chicas de los puertos de África. Y Volumnio, con sus contactos, puede hacer que eso sea un éxito.

Perseo se pasó las manos por el cabello. Estaba sudando porque hacía calor. Había llegado a Roma el veranillo, ese de comienzos de la otoñada, último coletazo antes del refrescar y las lluvias.

—Puede ser lucrativo, eso desde luego.

—Me da que Balbo tiene algo más que ganar dinero con eso en la cabeza. Me fijé en él. Ese está en buenas relaciones con todo el que puede y hace negocios con cualquiera, pero es un hombre de César.

—¿Y qué?

—Seguro que pretende usar todo eso para espiar a hombres importantes.

Él se puso en pie. Bostezó. Se atusó la barba.

—Pudiera ser. Razón de más para estar cerca. Las informaciones que se obtengan ahí pueden servirnos a nosotros también. Tenemos que ver la forma en que podría acercarme al círculo de Julio César y, sobre todo, a Balbo.

Domus de Décimo Junio Silano. Colina del Celio. Roma. Octubre

Tras un conato de otoño, volvió el buen tiempo a Roma. Muchos aprovecharon para disfrutar de lo que podían ser los últimos días de sol tibio por ese año. Así lo hizo Silano y a Servilia no le sorprendió encontrarle de nuevo fuera, en el peristilo, al sol como los lagartos.

Aunque para entonces, más que reptil, Silano parecía un dios arcaico. Un ser arrugado, como desecado por la enfermedad, de piel áspera y manchada, envuelto de pies a cabeza en un manto de lana oscura, no importaba el calorillo del día. Un personaje casi mitológico de frases lapidarias que hablaba como si observase a los hombres de la misma forma que estos a las hormigas, desde sus alturas y sin pasión alguna.

Nadie al oírle en los últimos tiempos podría haber imaginado que, antes de su enfermedad, pertenecía en cuerpo y alma a la facción de los *boni*. A Servilia le enervaba esa forma de hablar, como si estuviese más allá del bien y del mal. Una incomodidad que se acentuaba cuando la corregía como a una alumna torpe. Como ahora.

—No, querida. No es ninguna ilegalidad.

—¿Cómo qué no? —Ella se soliviantaba, sentada a la sombra del peristilo—. Ese desgraciado de Catón, porque ha sido él, ha conseguido que el Senado asigne las provincias a los procónsules de manera fraudulenta...

—Fraudulenta, puede. Ilegal, no.

Se reía con los ojos cerrados. Con esa risita suya que se había ido volviendo baja y rasposa, más estertor que risa. Y ella estaba que echaba humo, sin dar su brazo a torcer.

—¿No dice la ley que las provincias de los procónsules se deben de asignar antes de las elecciones a cónsul, para evitar tratos de favor o desfavor? Pues se ha hecho después.

—Una simple irregularidad. Ya ha ocurrido otras veces antes, por una u otra causa. No se pudieron cumplir los plazos, eso es todo.

Ella se levantó para pasear indignada por entre las columnas.

—No se pudieron cumplir por culpa de las malas artes de Catón y su pandilla en el Senado. Se han dedicado a bloquear sesiones y todo se ha demorado.

—Entra dentro de la lógica legal. A los *boni* les convenía que no se asignasen esas provincias hasta saber quiénes iban a ser los cónsules. En consecuencia, maniobraron para aplazarlo. Y ahora, en vista de los resultados, pretenden fastidiar a tu César.

Reía de nuevo y ella se detuvo a la sombra de la columnata, para observarle con enojo. Otra vez con eso de *tu César*.

Discutían sobre la asignación de provincias para los cónsules salientes del siguiente año. Es decir, a las que serían enviados César y Bíbulo. Porque una ley, promulgada en tiempos por Tiberio Graco, establecía que eso se hiciera antes de las elecciones, para evitar tratos de favor o agravio.

Pero los *boni* habían logrado que, tras las elecciones, se les asignaran no provincias sino funciones insignificantes. Un destino en el sur remoto de Italia, una misión en zonas boscosas y pobres, para reprimir a las bandas espartaquianas que asolaban esas tierras. Esa era la excusa. En realidad, no era más que una triquiñuela política para impedir que César accediese, tras su mandato, a las provincias ricas y al mando de las legiones que ambicionaba. Negarle un destino que podía reportarle tantos honores como ingresos económicos.

Silano seguía riendo entre dientes.

—Catón. ¡Ay! Catón es un verdadero imbécil.

—Por supuesto que lo es —bufó ella.

—Te lo digo en serio. No sé cómo puede tener tanta cabeza para unas cosas y ser tan corto para otras. Ha usado durante tanto tiempo los procedimientos para obstaculizar a sus enemigos políticos que ha acabado por creer que son reales. Y no lo son. No son más que fórmulas que son válidas en tanto que todos las acatan.

»Pero ha contagiado de ese absurdo al resto de los *boni* y no ve la que se les viene encima.

—¿Qué se les viene encima? ¿A qué te refieres?

—A que sus tácticas son útiles frente a los que son de su misma catadura, los que juegan dentro del sistema y pretenden ocupar los más altos cargos usando las mismas armas que ellos. No se dan cuenta de que tienen enfrente a hombres a los que la República se les queda pequeña. Pompeyo es de esos y ya dio más de una señal de que no iban a permitir que artificios legales le pusieran trabas.

»Y tu César es otro igual. Hace lo que más le conviene y, *a posteriori*, ya se las apaña para dar apariencia de legalidad a sus actos. No respeta nada. No se detiene ante nada. En Hispania levantó diez cohortes por su cuenta y riesgo. Eso es casi una legión, querida. Algo para lo que no tenía autoridad. Y recuerda cómo, esta primavera, los *boni* creyeron que impedirían que se presentase a cónsul demorando la concesión de su triunfo.

»Ahora piensan que con otra de sus jugarretas legales le van a mandar a un destino remoto, y que él se va a conformar...

Se echó a reír. Se cortó esta vez con una tos que enseguida se volvió bronca. Acudió un esclavo con una bacinilla, lo que hizo pensar a la visitante que eso ocurría con bastante frecuencia. El dueño de la casa acabó vomitando una bocanada y a Servilia le pareció que estaba teñida de sangre.

Hizo amago de decir algo, pero él tendió una mano temblona, al tiempo que el esclavo le secaba los labios con un pañuelo.

—Ya ves cómo estoy.

—Será mejor que te deje descansar. Ya volveré...

Él agitó la mano todavía tendida.

—Sí, querida. Y no tardes. Cada día que nos despedimos puede ser la definitiva.

Ella, que se estaba echando la *palla* por encima de la cabeza, se revolvió enojada.

—¡No digas esas cosas!

—¿Por qué? ¿No es obvio que estoy al final de este camino de enfermedad y decadencia? El primero que tiene que aceptarlo soy yo. Tengo que estar preparado para cruzar mi último río.

—¡Maldito Silano! ¡No llames a la desgracia con palabras infaustas!

Él, de nuevo con los ojos cerrados, sonrió como un ídolo desde las profundidades de las vueltas de su manto.

—Se agradece el calor de estos días. No veré otro verano.

Ella contuvo un bufido. Así era Silano. En el fondo, no había nada que replicar. Así que, asintiendo despacio, acabó de colocarse el velo, antes de hacer un gesto imperioso a Policarpo, el mayordomo. El griego se fue a buscar a sus esclavas y guardias. Servilia aprovechó para echar una última mirada al rostro arrugado de Silano, luego a aquel patio columnado.

Al fin y al cabo, él tenía razón. Cualquier visita podía ser la última, y luego ya jamás volvería a hollar los patios de lo que durante tantos años fue su hogar.

Domus de Lucio Cornelio Balbo. Roma. Octubre

El veranillo se fue de golpe. De un día para otro, una lluvia pertinaz sustituyó al calor polvoriento. Tan brusco fue el cambio que Balbo se despertó en mitad de la noche con frío, oyendo cómo las gotas golpeaban contra las tejas de su *domus*, y tuvo que pedir más ropa de cama.

Siguió lloviendo tras el alba. Balbo tuvo ocasión de alegrarse de que los albañiles hubiesen rematado lo grueso de las obras, y los pintores algunos de los frescos. Un cambio así, con esa humedad, no habría sido bueno para las pinturas en pleno proceso de secado. Aunque algunas ventajas tuvieron esas inclemencias. Porque la lluvia, que obligaba a desplazarse a cubierto de mantos y capas, permitía a los partidarios de César moverse con discreción bajo las prendas, justo en días de gran actividad política.

A Balbo, esa época que vivían le recordaba los momentos previos a las tormentas, cuando las nubes se agolpan en el cielo, la luz mengua y el viento gana fuerza. O en los prolegómenos a las batallas, cuando aquellos que están en alto pueden ver cómo las tropas se desplazan por el campo, disponiéndose para un choque cada vez más inminente.

Y no sólo era el círculo de Julio César el que estaba en ebullición contenida. La creciente red de espías del gaditano no hacía más que informarle de encuentros y visitas entre integrantes tanto de los *boni* como de esas otras facciones más pequeñas del Senado —la de Cicerón era un ejemplo—, así como de todos esos senadores que jamás se manifestaban en público, pero que con sus votos decidían a menudo la aprobación o rechazo de las leyes.

El propio César no paraba. Ya había sido Balbo testigo de su capacidad de trabajo, durante sus dos destinos en Hispania Ulterior. Y ahora aquí, una vez más, le veía multiplicarse atendiendo asuntos y a personas. Todo debía estar en orden antes de la batalla, aunque esta fuera a ser política, en el Senado y el Foro. Y parte de sus reuniones de trabajo, con un equipo que seguía creciendo, se celebraban en la flamante nueva *domus* de Balbo en el Palatino.

Justo ahora entraba César en la casa, cruzando el atrio, cubierto con una capa grisácea que chorreaba. Venía riendo, pues lo había hecho camuflado entre unos pintores, más por capricho que por necesidad. Ocurría que la residencia de César, la Domus Publica, que ocupaba en calidad de pontífice máximo, era poco adecuada. Como estaba situada en el propio Foro, era fácil para los espías enemigos ver quién entraba y quién salía. Eso sin contar con que la intimidad era relativa, dado que esa residencia era frecuentada también por las vestales. Y, como decía el refrán, en presencia de muchos, el secreto es difícil de guardar.

César, con soltura, puso la capa en manos de un esclavo para irse directamente al *tablinum*. Alto, calvo, sin corona cívica ni zapatos rojos hoy, anduvo de un lado a otro, examinando los nuevos frescos, las estatuas y los bustos. Se detuvo ante una

imagen en mármol de Mercurio.

—Excelente y muy apropiada. No te preguntaré de dónde la has sacado ni lo que te ha costado, porque no quiero comenzar el día enfermando de envidia. —Eché una mirada a su alrededor, a los huecos vacíos y a los lienzos de pared desnudos—. Pero aquí siguen faltando adornos, amigo.

—Poco a poco. Según vaya descubriendo las estatuas precisas para los lugares idóneos, los iré llenando. Y con los frescos y mosaicos, igual.

César asintió, antes de girarse a observar cómo caía la lluvia sobre el peristilo. En aquella parte todavía no habían puesto el tabique de madera que se solía instalar al llegar el mal tiempo, por lo que la estancia se abría de forma directa a ese patio posterior. No se recató de preguntar. Balbo se encogió de hombros.

—Lo hemos dejado abierto unos días más, para ayudar a que se sequen los frescos.

—Claro. Bueno, así tendremos más luz.

Habló por encima del hombro.

—Bien, amigos. ¿Qué os parece la jugadita de Catón y sus amigos con el tema de las provincias proconsulares? Vamos. Opiniones.

Se dirigía a los otros dos hombres presentes allí aquel día. Dos de los que ya había seleccionado para ser sus colaboradores estrechos: Aulo Hircio y Cayo Opio. Fue el segundo —alto, huesudo y narigón— el que respondió sin titubeos:

—Ha sido una maniobra impecable desde el punto de vista legal y político, Cayo Julio. Vamos a tener problemas con ese decreto. Aducen la existencia de problemas de orden público en el sur de Italia para justificar que es necesaria la presencia de procónsules en esas tierras.

—Es una estupidez, hombre. Dos excónsules, ¿persiguiendo bandoleros? Es una ofensa a la dignidad del cargo.

—Han sido listos. Han tomado diversos incidentes con bandidos y lo han presentado como un rebrotar de partidas espartaquianas en el sur.

—Esto es cosa de Catón. —César sonrió sin humor, sin girarse, con las manos a la espalda, mientras observaba el golpeteo del agua sobre las losas del patio—. Tengo que reconocer que ese *hircus* ha sido ingenioso esta vez. No me esperaba yo esto.

Llegaron esclavos con bandejas para el *prandium*.^[23] Aceitunas, frutos secos, carne fría, pescados secos, huevos cocidos y jarras de vino. César volvió dentro, y señaló sin dudar el vino dulce. De inmediato los otros dos invitados le imitaron.

Balbo tomó un puñado de aceitunas para acercarse luego al umbral, ahí donde estaba César hacía un momento. Ya había podido intuir, por varios detalles, que las antiguas insurrecciones de esclavos seguían colgando como espadas sobre el ánimo colectivo romano. Las guerras serviles. Sobre todo la tercera, la que llamaban la guerra de los gladiadores. La insurrección de Espartaco.

No importaba que Marco Linicio Craso hubiese ahogado a esa amenaza en sangre, hacía ya una década. El fantasma de un ejército de gladiadores y esclavos en

armas aún quitaba el sueño a los senadores, sobre todo a los latifundistas. Y de eso se habían aprovechado los *boni* para usarlo como arma política contra César.

—¿Cómo podríamos neutralizar ese decreto?

—Con tiempo y con apoyos en el Senado. Y lo lógico es que, para argumentar su derogación, lográsemos desmontar el infundio de que la revuelta espartaquiana sigue latente en el sur.

Esa había sido la opinión de Opio. César, que ya estaba bebiendo vino dulce en copa de cristal con delectación evidente, asintió. Se encaró con Balbo.

—¿Podrías tú ocuparte de ello?

El gaditano ladeó la cabeza, sorprendido por tal petición. Asintió luego, y César reclamó a los esclavos que le sirviesen más vino.

—¿Aceptas? Piénsalo. No quiero que algo así estorbe la labor de establecer contactos que estás haciendo.

—Al contrario. Es sabido que busco tierras de labor y pastoreo para comprar. Muchos senadores siguen fuera de Roma y, si viajo ahora al sur, podré investigar de primera mano qué hay en todo este asunto, sin despertar sospechas. Y, de paso, podré entrevistarme con hombres con los que no podría hacerlo, si me quedo en Roma.

Hircio, apuesto y de rasgos marcados, meneó la cabeza.

—Para cambiar ese decreto, necesitaremos algo más que algunos testimonios sobre que el peligro no existe o ha sido magnificado.

César ahora se echó a reír, alegre por el vino tempranero.

—¡Claro! Necesitaremos a un hombre que anule el decreto. Pero eso no será difícil, llegado el momento.

Dio un trago decidido, antes de alzar la copa de cristal, como para marcar un punto de inflexión.

—Amigos míos. No basta con parar los golpes. Así que vamos a preparar nosotros unos cuantos. Los *boni* creen que sólo ellos pueden usar las leyes y los procedimientos como armas políticas. Cuando César sea cónsul *senior*, van a descubrir lo mucho que se equivocaban.

Hircio le acompañó en la risa, en tanto que Opio y Balbo asentían algo más comedidos. Este último tuvo, y no por primera vez, la sensación de asistir a un consejo de guerra, por más que los movimientos y acciones fuesen a cargo de cargos públicos y no soldados, y que las armas fuesen leyes y no lanzas. Desde luego, César no parecía preocupado ante la idea de que, de momento y por decreto, tras su mandato, se vería relegado al lejano sur boscoso de Italia, a perseguir fantasmas. No pudo contenerse.

—¿Qué tienes en la cabeza, Cayo Julio?

El aludido le miró, ojeroso y sonriente. A la vista de ese rostro fatigado, cayó en la cuenta Balbo de que bien podía haber pasado toda la noche en vela, trabajando.

—¿Catón y los *boni* quieren jugar con leyes? Muy bien, vamos a darles ración doble del juego. Vamos a atacar, por la vía legal, al corazón mismo de su poder.

—Y ese poder es...

—El sistema que ellos han implantado en la República. El *cursus honorum* consiste en pasar por las distintas magistraturas hasta llegar al consulado. Y después, en lograr ser enviados como procónsules a alguna de las provincias más ricas. Y entonces, aprovechar esos años de mandato para esquilmar a sus habitantes sin piedad.

»Creen los *boni* que César es como ellos. Que pretende un cargo de procónsul para llenar sus arcas. ¡Idiotas! Por eso han aprobado ese decreto que me relega a vigilar a cabreros.

—A ti solo no. ¡A los dos cónsules! —Hircio se permitió un gesto expresivo—. ¿Cómo es posible que le haga esto al propio yerno? Porque Bíbulo también se va a pudrir durante años en el sur.

—Eso indica que no hay sacrificio que los *boni* no estén dispuestos a hacer para frenar mi ascenso. Y que Bíbulo se pliega a los intereses de su suegro. Pero ya os lo he dicho: lo arreglaré. Lo que importa ahora es que les vamos a atacar en su mismo terreno, sólo que desde un flanco distinto.

—¿Cómo?

—Cuando ocupe mi cargo, dictaré leyes estrictas contra la corrupción. Y me ocuparé de que capítulos importantes de esas leyes repriman las venalidades, los abusos y los expolios de los gobernadores provinciales.

Los otros tres cruzaron miradas, cosa que César aprovechó para llegarse de nuevo al umbral, a mirar llover.

—Muchos de los *boni* no entienden de explotaciones agrarias ni de negocios. Saben de exprimir provincias y de aceptar sobornos. Con las leyes que pienso promulgar, eso se va a acabar. Cualquier gobernador que cometa abusos, tendrá que responder ante un tribunal en Roma y con riesgo verdadero de condena.

Balbo se sirvió por fin una copa de su propio vino dulce. Lo hizo él mismo, pues acababa de despedir a los esclavos, porque no quería que oyesen más de esa conversación.

—¿No te causará eso problemas con Craso? Las leyes contra la corrupción de la administración provincial pueden afectar a los recaudadores de impuestos, que son uno de los grandes apoyos de Craso.

—Será preciso que disipemos cualquier duda en ese sentido. Tenemos que hacer que la ley apunte a los altos cargos, más que a los peces pequeños.

Balbo se fue junto a él, al umbral. Los otros dos le imitaron, de forma que los cuatro se quedaron allí, viendo llover. Habló el anfitrión.

—Es una maniobra de gran calado político la que preparas, Cayo Julio. Sus consecuencias en las provincias pueden ser enormes.

César enarcó una ceja. El gaditano comprendió entonces que, pese a sus grandes capacidades, absorto como estaba en su pugna con sus enemigos del Senado, no había llegado a ver todo lo que una legislación así podía suponer en las provincias. Habló

despacio.

—Cayo Julio. Las provincias se ven oprimidas por la codicia de los funcionarios romanos. Te lo digo así, con toda crudeza, porque tú has sido testigo de ello, de primera mano. Y esas malas prácticas tienen dos consecuencias nefastas.

»Esa rapacidad daña la economía provincial. ¿Qué hispano, galo, griego, se va a meter en negocios? ¿Quién es el osado que está dispuesto a invertir su patrimonio, su tiempo y su ilusión en tierras o en empresas comerciales, si después llegan bestias como Antonio Híbrida o Valerio Flaco y les despojan de todo? Suerte si, además, no los matan.

»Es más, ser demasiado laborioso o afortunado puede labrar tu ruina y la de tu familia. Porque los frutos de tu esfuerzo pueden despertar la codicia del gobernador de turno...

—Lo sé, lo sé...

—Escucha, Cayo Julio. Si de verdad se ponen coto a los abusos, la gente de las provincias podrá respirar. A no mucho tardar, veremos cómo hay más actividad económica, más movimiento comercial. Y eso hará más fácil que los recaudadores romanos ingresen los impuestos previstos.

Hircio y Opio cruzaron una mirada, en tanto que César se permitió una sonrisa cálida.

—¡Excelente argumento! Tenemos que explicárselo así a Craso. Es mejor aún que tratar de garantizarle que mi ley irá sobre todo contra los altos cargos. Pero hablabas de consecuencias, en plural.

—Sí, Cayo Julio. Pocos son los que no han sufrido un abuso u otro por parte de la administración romana, al menos en las Hispanias. En carne propia, en las de familiares o allegados... Aquel hombre que ponga coto a todo eso será para los habitantes de las provincias como un dios benefactor.

»Con una ley como la que preparas, Cayo Julio, si se le da buena publicidad, tendrás la gratitud de las provincias. Y, con esa gratitud, podrás reforzar tu posición en grado sumo. Tu posición, Cayo Julio, y la de nadie más.

César le contempló, ahora con un brillo en los ojos que el otro conocía muy bien. Fue por un instante. Después volvió a mirar cómo llovía en el patio. Se quedó así largo rato. Quizá veía en las cortinas de agua el fantasma de un futuro grandioso. Pero, cuando por fin apuró la copa y regresó dentro, ese brillo en los ojos se había esfumado. Su mirada volvía a ser la del Cayo Julio César más pragmático.

—Es muy inteligente lo que has dicho. Tenemos que sopesar sus implicaciones... pero ahora, resolvamos cuestiones más cercanas. —Señaló a una pila de rollos, sobre una mesa—. La ley sobre corrupción, la ley sobre administración provincial, la ley agraria... han de ser intachables y hay mucho que hacer.

Hircio se frotó las manos o como si quisiera calentarlas antes de empuñar un arma o una herramienta.

—Nos espera mucho trabajo.

César sonrió con dureza.

—No os he llamado para beber el vino de Balbo, ni para fabular sobre el futuro. Todo, en buena medida, depende de cuán inatacable sea la redacción de esas leyes.

Barrio de la Suburra. Roma. Noviembre

La bofetada no pilló a César del todo desprevenido. Pese a ello, el golpe le hizo girar el rostro con tanta violencia que la corona de hiedras salió volando de sus sienes. Servilia, convertida de repente en una arpía de ojos ardientes y uñas de hierro, agitaba las manos ante sus narices. Le chilló, con la boca a un palmo de la suya.

—¿¡Calpurnia!? ¿Con Calpurnia, hijo de puta? ¿Que te vas a casar con Calpurnia?

Él se permitió asentir casi con solemnidad, cosa que hizo que ella le pegase otro tortazo. César la miró con más disgusto que enojo. Puede que esa mirada, que ella interpretó como de desdén, fuese lo que hizo que perdiera el control del todo. Que se le echase encima, con las uñas por delante, buscándole los ojos.

Y eso sí que hizo que él reaccionase por fin. Que le soltase tal revés que la envió volando hacia atrás. Servilia fue a chocar contra una de las mesitas y acabó por caer de espaldas en la cama, entre el estrépito de cerámicas que se hacían mil pedazos contra el suelo.

Fuera, apostados en el pasillo, los guardaespaldas de César cambiaron entre ellos miradas y muecas, sin inquietud ni amago de ponerse en acción. Estaban acostumbrados a oír discusiones destempladas a gritos y ruidos de cacharros rotos. César y Servilia llegaban a las manos cada cierto tiempo, sobre todo cuando discutían habiendo bebido.

Eso sí, ninguno se enteró del porqué de la pelea, puesto que eran vetones que de latín sabían cuatro frases. Esa era una de las cualidades que César buscaba en sus escoltas para ciertas ocasiones, ya que su ignorancia del latín les impedía luego dejar escapar secretos e inconveniencias.

Dentro, César había levantado la mesita y estaba apartando con el pie desnudo los trozos de cacharros rotos, agradecido de que no hubiese caído ninguna jarra ni ánfora llena. Algo que había ocurrido más de una vez, dejándolo todo lleno de charcos pringosos. Tras esa limpieza, sirvió dos copas de vino.

Tendió una a Servilia que, entretanto, se había sentado desnuda al borde de la cama, con los cabellos negros cayéndole sobre el rostro. Se tentaba disgustada el ángulo de la mandíbula, ahí donde los nudillos de César le habían alcanzado.

Bebió. Volvió a tentarse la mejilla.

—*Hircus. Pecus* —murmuraba sin pasión—. Se me va a quedar la cara hinchada como un pan. ¿Cómo quieres que salga así a la calle?

—No salgas. O usa velo. —Se tanteó con las yemas de los dedos el labio. Observó disgustado que se teñían de sangre—. Más difícil lo voy a tener yo para disimular esto.

—Di que te han partido la boca entrenando con las armas.

Levantó la cabeza para mirarle de nuevo con ojos de fuego, al punto de que él temió que fuera a tirarle la copa a la cabeza.

—*Pathice!* ¿Calpurnia?

—Vamos, mujer, que no es más que un asunto político. Nada más. Es conveniente que vuelva a casarme. No es correcto que el pontífice máximo se mantenga soltero y bajo el mismo techo que las vestales.

—¿Y tiene que ser con una amiga mía?

—¿Qué culpa tengo yo de eso?

—¿No puedes elegir a otra, desgraciado? Roma está llena de mujeres.

Bebió rencorosa. César se aproximó a las contraventanas cerradas, entre el estruendo de la lluvia contra las tejas. Se sentía disgustado, pero no por la escena vivida, sino porque podía haber manejado mejor la situación.

Porque, justo temiendo la reacción de su amante, había ido retrasando el momento de contárselo. Y, como había estado tomando ánimos con el vino, lo había hecho cuando ya los dos estaban bastante bebidos. Algo que había propiciado el que Servilia le atacase entre los vapores del alcohol.

Se ahorró un gesto de fastidio, no fuera que ella se arrojase contra él de nuevo.

—Estos asuntos no se cierran a la ligera. No sabes cuánto he tenido que negociar con Calpurnio Pisón...

Ella, que había vuelto a agachar la cabeza, la levantó con brusquedad para mirarle por entre los mechones negros.

—¡Así que llevas tiempo preparándolo! ¡Y no me has dicho nada! ¡Ni Calpurnia tampoco!

—En el caso de Calpurnia es lógico. No lo sabe aún.

Esa réplica tuvo la virtud de cerrarle la boca. Luego, en uno de sus cambios de humor, comenzó a reír con fiereza. Se levantó para ir hasta las jarras, a rellenarse la copa. César volvió a tentarse el labio partido, admirando de soslayo esa figura desnuda de cabellos sueltos y paso elástico, al que cuatro hijos no habían robado su aire de pantera. Sintió cómo se encendía el deseo. Lo reprimió. Más que nada porque, si en ese punto de la discusión se dejaba arrastrar a ese terreno, estaría en inferioridad a la hora de discutir.

Ella se sirvió hasta arriba.

—Haces mal negocio buscándote de suegro a Calpurnio Pisón.

—¿Por qué?

—Es un ladrón y un mediocre.

—Como casi todo el Senado. Al menos, él lo sabe y eso hace que pueda negociar con él.

—Tú siempre crees que lo puedes manejar todo. Algún día, eso te va a costar caro. Seguro que la codicia de Calpurnio Pisón acaba por causarte problemas.

César golpeó con los nudillos contra la contraventana, como si quisiera dar contrapunto al repiqueteo de la lluvia. Rio.

—Más vale que me retire a una villa y me dedique a los negocios agrícolas, si no soy capaz de controlar a alguien como Calpurnio Pisón.

—¿Lo ves? —Se giró hacia él, irritada—. Vales mucho, pero eso mismo a veces te ciega y no ves lo que hacen tus presuntos aliados, a veces debajo de tus narices.

Ahora César se envaró. Abandonó la ventana para acercarse también a la mesa, a rellenar su copa. Ella retrocedió unos pasos, como si no quisiera de momento cercanía.

—¿Estás hablando de algo en concreto?

—De las bandas al servicio de los *populares*.

—¿Qué les pasa?

Servilia se aproximó a él en dos zancadas. Le golpeó en el pecho con la mano abierta, enojada.

—¡No te hagas el tonto conmigo! Sabes de sobra qué está pasando. Las elecciones fueron hace meses, pero los hombres de Clodio siguen bien activos. Intimidan, provocan disturbios, cobran protección a los comerciantes y artesanos. Se están haciendo los amos de las calles de los barrios populares.

—¿Y qué? Son matones y maleantes. Son los excesos lógicos de gente así.

Ella volvió a empujarle, con tanta fuerza que se escapó vino de la copa y les salpicó a ambos. Él miró esas salpicaduras sobre su pecho como si pidiera paciencia a los dioses.

—¡Bona Dea, Servilia! Eres demasiado impulsiva.

—No menciones a la diosa, desgraciado. ¿Ahora me tomas a mí por tonta? Si esas bandas siguen activas, es porque alguien las mantiene. Si no, al acabar las elecciones, se habrían disuelto y cada cual se habría ido por su lado. Si siguen operativas, es porque alguien les paga.

—No querida, y ese es el problema. Se han organizado por su cuenta. Extorsionan a comercios y talleres, comen y beben gratis en las bodegas. Sacan propinas a los propietarios de las ínsulas a cambio de vigilar que no se produzcan incendios... ya no necesitan patrón que les financie. O no lo necesitan tanto.

Servilia bebió. Observó con ojos duros a su amante, por encima de la copa de cerámica. César había fingido desconocimiento hacía sólo unos instantes. Ahora mostraba estar muy al tanto de todo.

—O sea, que habéis creado una especie de espartaquianos que se os han escapado de las manos.

Él hizo una mueca.

—La comparación no es afortunada y, tras la que me ha liado tu pariente Catón con la asignación de destinos proconsulares, menos todavía. Y no es cierto que ya no estén bajo control. Más bien ocurre que están dirigidas, desde las sombras, por un hombre que juega a su propio juego.

—Clodio.

—¿Quién si no? —Se palpó el labio, para comprobar si seguía sangrando—. No me mires así. En este juego, Clodio ocupa su casilla, me guste o no, y tengo que contar con él.

—Sobre todo porque estás convencido de que, llegado el caso, sabrás manejarlo.

—Por supuesto.

—Siendo así, ¿por qué no le frenas ahora?

—Porque no creo que sea para tanto.

—¿No? Los desmanes de su gentuza pueden restaros apoyos entre sus víctimas, a ti y a los *populares* en general.

—O no. Muchos de los extorsionados lo ven casi bien. Consideran que no es mal negocio pagar un poco, a cambio de que haya hombres fuertes en la calle que los protejan.

—¿Protegerlos? ¡Serán ovejas! Se está incubando en las calles de Roma un ejército de bandidos. ¿Pero es que queréis que se reproduzca lo que pasó con aquella tropa de esclavos de tu tío Mario?

César sonrió con sequedad.

—Esa es otra comparación poco afortunada. Querida, hoy no estás muy fina.

Era obvio que no le gustaba nada que sacasen a relucir episodios del pasado que no dejaban en muy buen lugar a Mario. Tal vez no tanto por el cariño que pudiera guardar hacia su recuerdo como porque, en el fondo, buena parte de su ascendiente sobre las clases populares se sustentaba sobre el hecho de que él, de alguna forma, era a ojos de estas el heredero de su carisma. De que buena parte del pueblo romano le veía como el sucesor político del difunto Cayo Mario.

Pero Servilia había encontrado un resquicio en la armadura. Un hueco por el que colar sus dardos y devolverle el mal trago pasado. A punto estuvo de relamerse.

—¿Mala comparación? No me lo parece. Si se recurre a gente de baja estofa, a escoria, acaba siendo imposible de controlar. Eso fue lo que le pasó a Mario, ¿no? Tuvo que matar a todo su ejército de prófugos y delincuentes, después de que sumieran a Roma en un baño de sangre. ¿Te gustaría que llegásemos a eso?

—Ya será menos.

—¿Menos? No me estoy refiriendo a los rompehuesos de las bandas. Te hablo de Clodio. Es mal aliado. Está sembrando el miedo en las calles y además es mala influencia para algunos jóvenes descarriados, como los Antonios o el hijo de Tuditana...

Él de repente la empujó contra la pared, para hablar con los labios a menos de un dedo de los suyos.

—César no tiene todavía el suficiente poder. Tiene que negociar y pactar con gente con la que, de tener opción, no lo haría. —La besó—. Algún día será lo bastante fuerte como para no tener que contar con nadie. Pero, entretanto...

—Entretanto, tiene que casarse con Calpurnia.

Él se tomó a bien la puñalada. Se apartó de ella riendo.

—Sí, querida. Entretanto, tiene que casarse con Calpurnia y aguantar a su padre y a otros mediocres codiciosos como él. Y a gentuza como Clodio. Y encima tiene que agradecer a los dioses que toda esa escoria esté de su mismo lado y no del de sus

enemigos. —Volvió a reírse—. Pero algún día todo eso cambiará.

Domus de Balbo. Noviembre

Solo en su *tablinum*, ya de noche cerrada y al resplandor de varias lucernas, Balbo seguía en vela, algo amodorrado ya, jugueteando con una tablilla de cera y su punzón habitual. Pese a la somnolencia, seguía tratando de articular una carta para su sobrino, sin encontrar las frases adecuadas para transmitirle lo que quería. No era la primera vez que le ocurría, cosa que era de lo más frustrante.

No sabía cuánto tiempo llevaba así. Mucho, desde luego. Por eso, cuando apartó la mirada de los garabatos en la cera, tampoco le sorprendió tanto detectar una silueta en la casi oscuridad junto a una columna. La sombra de su padre. Ahí estaba de nuevo, como ocurría muchas veces cuando establecía un diálogo interior consigo mismo.

Mordisqueando el extremo del punzón, contempló pensativo a esa figura negra.

—¿Sabes, padre? Una de las muchas cosas que me hubiera gustado ser en esta vida es escritor. Otro deseo de tantos que no llegaré a colmar nunca, supongo, por falta de tiempo.

Chasqueó los labios, asintiendo.

—Hace años, fantaseaba con brillar aquí, en Roma, gracias a escritos brillantes, como han conseguido tantos grandes hombres públicos. César mismo ha hecho sus pinitos con algún poema y alguna obra teatral. Otro al que sus ambiciones y ocupaciones no permitirán destacar en eso.

»Y me acabo de dar cuenta de que eso es lo que me estorba a veces, a la hora de escribir cartas a mi sobrino. Al fin y al cabo, gracias a ti, crecí leyendo los escritos de autores griegos, púnicos y latinos. Hombres que además fueron grandes generales o estadistas. A mí me habría gustado llegar a ser como ellos.

»Por eso a veces me atasco. Porque me gustaría contar más de lo necesario para tenerle al tanto e irle preparando para cuando él mismo venga a Roma. Estando aquí ves, oyes, participas de sucesos...

Volvió a observar la sombra. Se llevó de nuevo el estilo a los labios.

—¿Sabes, padre? Creo que voy a hacer un pacto conmigo mismo. Voy a ir redactando notas para escribir, algún día, una historia de Roma. Una como no han contado los historiadores romanos porque ellos, como esta es su cuna, esconden ciertos hechos y circunstancias. Lo anotaré todo, para que no se me olvide o el paso de los años deforme mi recuerdo. De esa forma, podré escribirle a mi sobrino sólo lo necesario.

Se removió en su asiento. Como tantas veces en las que había hecho acto de presencia la sombra de su padre, la solución había llegado de inmediato, como si su aparición la convocase.

—Sí. Notas para una historia secreta de Roma. ¿Quién sabe? Quizá en el futuro tenga tiempo de redactar, para legar a la posteridad no la mejor obra, pero sí una que será única.

En las cercanías de Roma. Noviembre

—¡Calpurnia! ¿Pero qué dices? —Tuditana observaba entre incrédula y atónita a Servilia—. ¿Me estás diciendo que el Calvo se va a casar con Calpurnia Pisón? ¿*Nuestra* Calpurnia?

—Baja la voz.

Servilia acompañó esa admonición con un gesto brusco. ¡Maldita Tuditana! Y ella que acababa de hacerle la confidencia en voz baja, como ofrenda al pequeño numen de esa encrucijada, al que habían ido a reverenciar. No era correcta una salida de tono así.

Acto seguido recordó que, a fin de cuentas, el rito que estaban realizando pertenecía a la religión popular. Justo un estallido así podía ser más que adecuado. Eso le sirvió de inmediato sosiego. Y su amiga mientras, con los jarrillos de miel y vino entre las manos, gesticulaba encendida.

—Me hace eso a mí y le saco los ojos.

Servilia se permitió una sonrisa crítica.

—Esa fue mi primera intención. —Contuvo el gesto de llevarse la mano al rostro, oculto bajo un velo calado—. Pero Cayo Julio sabe ser muy persuasivo.

Ya estaba arrepintiéndose de haber hecho esa revelación a Tuditana. Conociendo lo impulsiva que era, ¿qué certeza tenía de que no se le iba a escapar delante de quien no debiera? Su amiga, por su parte, ni se dio cuenta de ese asomo de duda, pues se había girado para seguir con el rito interrumpido.

Estaban las dos ante un pequeño altar musgoso, en los bosques al sur del Tíber. Solas relativamente, porque su escolta de esclavos y antiguos gladiadores se hallaba cerca; al alcance de la vista, aunque no del oído. Se agradecía su presencia, ya que el lugar era solitario.

Parecía mentira que, tan cerca de la abigarrada Roma, se conservasen rincones así. Un retazo de la romanidad antigua. Un ara que en realidad no era más que una roca alisada con rudeza en su parte superior, para poder disponer sobre ella ofrendas. Y un dios arcaico de terracota: una figura grotesca de brazos pegados al cuerpo, tan vieja que se veía carcomida por los siglos a la intemperie.

Religión arcaica y a la vez nueva, pues ese era uno de los muchos cultos no autorizados que seguían vigentes en secreto, tanto entre las capas más bajas como entre las más altas de Roma. Y ese numen de encrucijada, humilde, antiguo, mantenido allí por carboneros y cazadores, había cobrado cierta fama en los últimos tiempos entre algunos círculos de la buena sociedad. Se decía que, justo por ser una deidad de las encrucijadas, ayudaba a tomar decisiones.

Sempronia no creía en nada de eso o, más bien, creía poco. Había ido sobre todo por acompañar a Tuditana. Aunque tenía que reconocer que también sacaba cierta satisfacción al participar en ritos ilegales como ese, a los que los *boni* en general, y su aborrecido hermanastro Catón en particular, denostaban y condenaban. Observó el

rostro de madera picoteada, mientras su amiga depositaba ante él la miel y el vino, con ceremonia.

Aún la escuchó que susurraba algo, quizá alguna letanía que le habían transmitido como si de un arcano se tratase. O tal vez no era más que algún ruego de su propia cosecha. Y luego, sin transición, habló por encima del hombro.

—¿Cómo te lo puedes tomar con tanta calma?

—Al principio me puse hecha una furia, lo admito. No fue porque Cayo Julio fuera a casarse. Eso tenía que ocurrir tarde o temprano. Pero la elección de la esposa en concreto me sacó de mis casillas...

Eché una mirada al sol de otoño, entre las copas de aquel bosque viejo. Después a los integrantes de su comitiva que, envueltos en prendas casi todas grisáceas, tocados con gorros de fieltro o sombreros de paja, aguardaban a que las amas acabasen lo que tenían que hacer. Unos se aburrían, otros estaban perdidos en sus pensamientos y las mujeres cuchicheaban aparte, en corro. Ninguno parecía mostrar especial interés por las actividades de las damas.

—Esto tenía que llegar. Cayo Julio y yo no podemos casarnos. Y, aunque hemos tenido libertad desde que él se divorció de Pompeya, no podía durar. César tiene una carrera política que desarrollar y el pontífice máximo ha de tener esposa. No es correcto que alguien como él, que comparte la Domus Publica con las vestales, esté soltero.

—Pero Calpurnia...

—Mira. Pasado el primer ataque de ira, me puse a pensar. —Sonrió con dureza, con los ojos puestos en el numen de terracota oscura y picada—. ¿Sabes? Creo que, de todas las elecciones posibles, Calpurnia es una de las mejores.

Ahora sí que Tuditana se giró a medias para contemplarla con sus ojos verdosos. Bien es cierto que el velo con el que se cubría el rostro sólo permitía intuir sus expresiones.

—De las mejores, ¿para quién?

—Para mí y para Cayo Julio. Puesto que tiene que casarse, si lo piensas con frialdad, es muy beneficioso. Ya sabes cómo es Calpurnia con respecto a los hombres.

—Ah. Ya.

Tuditana volvió a su labor de disponer las pequeñas ofrendas sobre el altar musgoso ante el numen. No hacía falta que explicitasen nada, porque era un tema que habían discutido entre ellas dos muchas veces. Lo diferentes que eran las tres en lo que a hombres se refiere. Servilia sólo sentía interés por Julio César y, en cambio, Tuditana era enamoradiza, tornadiza en cuestión de hombres. Calpurnia no parecía sentir gran interés por los hombres, por ninguno.

Quizá Servilia tenía razón y ese matrimonio era de lo más conveniente para todos, incluida la propia Calpurnia.

—Debieras entonces hablar con ella.

—Lo haré. Más adelante.

Sentía Servilia una extraña serenidad al decirlo en voz alta. Situada como estaba en ángulo, echó una mirada al numen de terracota. Descreída como era de los cultos populares, no pudo sin embargo preguntarse si ese ente arcaico habría tenido algo que ver con esa súbita decisión que llevaba rumiando desde que César le diese la noticia.

Puso los ojos en Tuditana. Vista ahora de espaldas, con sus túnicas sobrepuestas, blanca y azul, agitándose en la brisa leve del bosque, con los cabellos rojos cubiertos por la *palla* traslúcida, ya no le causaba ironía. De repente, se le antojó una sacerdotisa antigua de algún pueblo misterioso; uno como el de los viejos etruscos, más ligados a la tierra y menos a las fórmulas escritas.

Una casi podía llegar a pensar que el numen sin nombre había inspirado esa conversación. Que este había recompensado esas pequeñas ofrendas librándole de la zozobra. Y, mientras pensaba en todo eso, su amiga se giró, frotándose los dedos para librarlos de algún resto de musgo o de miel. Y el momento se rompió, porque de nuevo era la Tuditana alocada y mundana que sonreía con malicia con esa boca jugosa suya, con los ojos verdes llenos de chispas.

—¿Sabes? Tienes razón. Cómo me gustaría ser capaz de pensar con tanta claridad como tú. Si tiene que ser alguna, que sea Calpurnia: no será tu rival en la cama.

—Querida. Con quién se acueste Cayo Julio me tiene sin cuidado. Nos hicimos amantes estando los dos casados y de sobra sé cómo es. Es un cabrío, un mujeriego. Lo único que me saca de quicio de él, en ese sentido, es que esté dispuesto a pagar verdaderas fortunas por una esclava guapa. Por malditos caprichos que desecha a los pocos días.

—Así pues, te importa lo que haga en la cama.

—¡No! Me pone de los nervios que haga cosas así, porque es la demostración de que el sexo pesa en él en ocasiones más de lo que debiera. Porque eso es un derroche absurdo y también un menoscabo a su *dignitas*.

—Bueno. En todo caso, si Calpurnia no es tu rival en la alcoba, tampoco lo será en sus afectos. No podrá influir en su forma de pensar, ni en sus decisiones.

Echaron a andar por el bosque. Tuditana se retiró la *palla* de los cabellos rojos y acudieron sus esclavas a echarles capas sobre los hombros. Sempronia estaba sonriendo como una gata bajo el velo.

—Aunque Calpurnia fuese una loba, una encantadora de hombres, como dicen que son algunas reinas de Oriente, no lograría influir por ese lado a Cayo Julio. Es él quien usa su hechizo personal y el sexo para manipular a las mujeres, y no al revés. —Su sonrisa se hizo taimada—. Aunque se me ocurre que si intenta eso con Calpurnia, se va a llevar un buen chasco. ¡Una cura de humildad para el gran hombre!

Se echaron las dos a reír. Los hombres de su comitiva, esclavos, libertos, guardas, volvieron la cabeza curiosos; sorprendidos también por ese contrapunto mundano a la ceremonia. Luego Tuditana procuró ponerse seria.

—No hay que desdeñar nunca la capacidad de una mujer para influir en un hombre.

—No lo hago. Pero no creo que vaya a haber mucha intimidad de ninguna clase entre ellos. Es un matrimonio de conveniencia al más puro estilo, incluso para esta Roma nuestra. Cayo Julio lo cerró con su padre sin consultarlo con ella ni siquiera. — No pudo ahorrarse una sonrisa maliciosa—. Con decirte que me he enterado yo antes, por el propio Cayo Julio. No sé si a estas alturas ella sabrá algo ya.

—Ya se enterará. Harás bien en hablar con ella, sí. Creo que para Calpurnia, el matrimonio con Cayo Julio va a ser también muy conveniente.

—¿Por qué?

—Supongo que para ella le será un alivio el tener un esposo ocupado con otra, en este caso contigo.

Volvieron a reírse las dos. Echaron ya a andar hacia la litera, de forma que los que estaban sentados sobre troncos y rocas se pusieron en pie, entre ceñir de ropas y tintineo de armas. Servilia aún se volvió hacia su amiga, para advertirle por lo bajo.

—Si se te escapa algo de esto, te envenenaré.

—¿Por qué dices eso? ¡Ya me conoces!

—Sí. Y justo por eso te lo digo.

Domus de Balbo. Colina Palatina. Roma. Diciembre

Había nevado algo en la propia Roma. Nevada ligera que cuajó en lo alto de las colinas y en los aleros de los tejados en las ínsulas. En la *domus* de Balbo, los sirvientes barrieron los patios con diligencia. Menandro, el mayordomo, había mandado raspar el hielo en los lugares de paso, para evitar accidentes. Una precaución más que pertinente, pues a las nevadas les sucedieron temperaturas gélidas que dejaron costras y charcos de hielo mañaneros.

En compensación, había intervalos de atmósfera limpia, de cielos muy azules y de mucha luz. Y en el peristilo de la *domus* se disfrutaba de todo eso, y se estaba a resguardo del viento. Una circunstancia que no había dejado de señalar, lleno de orgullo profesional, el arquitecto Corumbo.

—Lástima que no orientases la casa de tal forma que se protegiera del frío —le matizó con cierta zumba Teófanos de Mitilene.

—Soy arquitecto, no milagrero. Y la cuestión del frío no es nada que unos buenos braseros no puedan arreglar.

—Y una buena copa de vino caliente.

Había un brasero de bronce sobre trípode, sí, lleno de carbones al rojo. Y también tinto especiado y humeante. A media mañana, bajo los arcos del peristilo, a instancias de Teófanos, Menandro había mandado desplegar una gran mesa de campaña. El tablero estaba ocupado por rollos de documentos y, sobre todo, por maquetas en madera de artefactos y edificios, civiles y militares. Había allí modelos a escala de máquinas de guerra, grúas, tramos de acueductos, templos, viviendas.

Todo lo observaba embobada Stenta Taantikón, a la que por decisión de Balbo llamaban allí Lucía. Aunque sospechaba Teófanos que sobre todo captaba su atención lo militar, más que lo civil. Las torres de asalto, los baluartes, las catapultas y balistas en miniatura. Y, por supuesto, no se perdía una palabra de lo que discutían el filósofo y el arquitecto que, aun siendo los dos griegos, hablaban latín.

Ahora Corumbo se dirigía también a ella.

—Que sepas que la mayor civilización que ha conocido el mundo nació de Grecia. El gran Alejandro conquistó primero a los estados griegos y, en pocos años, sometió a gran parte del mundo conocido. Llegó hasta la India por el este y a las inmensas estepas por el norte.

»Por desgracia, a su muerte, su imperio se fragmentó. Y de los reinos que surgieron de ese desmembramiento, surgió lo que se conoce como el helenismo. Un arte sin parangón. Edificios y estatuas colosales. Grandes obras civiles. Aparatos de guerra como jamás el mundo ha conocido. Barcos inmensos...

Se interrumpió al darse cuenta de que Teófanos estaba sonriendo ante tanta vehemencia. Sin embargo, el filósofo no le desdijo. Al contrario, se dirigió a Lucía.

—Los que hemos nacido en eso que llaman «el helenismo» podemos sentirnos orgullosos con justicia. Durante cerca de trescientos años, el mundo experimentó un

desarrollo en ingeniería, arquitectura, artes, urbanismo, jamás conocido antes. El reverso de ese panorama brillante es justo ese: que «experimentó». En pasado. —Se fue a la otra mesa, a servirse vino de la jarra humeante—. Por desgracia, los dinastas que se repartieron el imperio no estuvieron a la altura de los sueños de Alejandro. Y sus sucesores menos aún. Los distintos reinos helenísticos, a la par que se desarrollaban de manera fabulosa en cuestiones de conocimientos y técnica, se destruían entre ellos con igual ferocidad. Se agotaron en guerras estériles, abriendo así las puertas a su caída ante los ejércitos de los hindúes, los chinos, los nómadas... y, por supuesto, los romanos. —Se llevó la copa a los labios, con una mueca de resignación—. Al menos, podemos decir que Roma y su civilización no dejan de ser herederas del helenismo.

—¿Herederas? —Corumbo se plantó junto a la mesa llena de maquetas y rollos—. Yo diría que es simple imitación.

Teófanos meneó la cabeza. Con el rabillo del ojo apreció con cuánta atención seguía Lucía la discusión. Tanta que casi resultaba inquietante.

—No estás siendo justo. Aunque instruido, eres aún joven. Ya veo que, en las escuelas donde estudiaste, aparte de conocimientos, te transmitieron ciertos prejuicios. Eso no es bueno. Si uno busca la verdad, debe quitarse los velos de los ojos, aunque estos velos sean consoladores o gratificantes.

Se giró hacia Lucía. Levantó un índice, imitando el gesto de un maestro severo.

—No te confundas. El helenismo es hijo de la filosofía griega y de los conocimientos de muchos pueblos: el persa, el babilonio, el egipcio. Y ha dejado multitud de descendientes y herederos.

»Cartago fue uno de esos herederos más ilustres. Yo he visitado las ruinas de Cartago, así como ciudades púnicas aún vivas, como Utica, y el helenismo lo impregna todo. Los cartagineses usaban armaduras y máquinas de guerra helenísticas. Su arquitectura, su arte, estaban también muy influenciadas. Y lo mismo vale para el resto de enclaves fenicios de Occidente. —Se dirigió ahora a Corumbo—: Si tienes algún día ocasión de acompañar a tu amo a Gades, podrás comprobarlo con tus propios ojos.

—¡Y todo eso lo destruyeron los romanos!

Había saltado Lucía con voz aguda. Los dos hombres la miraron, luego lo hicieron entre ellos. Teófanos volvió a alzar un dedo.

—Los macedonios devastaron las ciudades griegas. Alguna, como Corinto, hasta los cimientos. Más tarde, todos juntos, derrumbaron a imperios como el persa que, a su vez, había sojuzgado a pueblos milenarios, como los babilonios o los egipcios. Los helenísticos cayeron después ante los partos, los hindúes y los romanos. ¿Culparemos a los demás por hacer lo que nosotros mismos hicimos a otros?

»Yo soy griego, niña. No helenístico. Griego de Mitilene. Estoy orgulloso de mis orígenes, pero, como estudioso, sé que toda civilización avanzada es mestiza. Los romanos son herederos de lo helenístico, que se forjó sobre la filosofía griega y la

ciencia mesopotámica y egipcia... y con la inestimable ayuda de las lanzas macedonias.

—Pero los romanos han sido muy dañinos. Sólo piensan en saquear. —Se obstinó Corumbo—. Son como bárbaros vistiendo los harapos de un mundo más avanzado y esplendoroso.

—No exageremos. Te repito que sufres de los prejuicios de las escuelas de Oriente. Ya antes de sus grandes guerras de conquista, los romanos hicieron obras de ingeniería notables. Si tu amo lo permite, un día podremos visitar esas obras...

Con algo de conjuro de esa frase, sonó entre las columnas justo la voz del *dominus* de la casa.

—Por supuesto, *magister*. Pero antes de ese hipotético viaje, me temo que tendremos que ocuparnos de cosas más inmediatas.

Los dos hombres y la niña giraron la cabeza. Allí estaba Balbo, con una capa de borde redondo, prendida sobre el hombro izquierdo con fíbula, espada al cinto, tocado con su viejo frigio rojo y con rostro de cansancio. Corumbo inclinó la cabeza en señal de respeto al dueño de la casa. Lucía le observó con sus ojos azules, por entre los mechones negros, con esa fijeza inquietante suya.

Teófanos le salió al paso, sonriente.

—¡Amigo mío! —Le puso las manazas sobre los hombros—. Diría que estás más delgado.

—No sé cómo no vuelvo en los huesos. Ha sido un viaje infernal.

—Si has ido hasta la Brucia, ya imagino. Por ahí sólo hay malos caminos y mucho bandido.

—¿Caminos? Llamarlos sendas de cabra es hacerles un honor.

—Vías *rompeliteras* y, de paso, *destrozarriñones*.

—En mi caso, no. Las literas, para los viejos. Hemos viajado en mula.

—Así has ido tan rápido. Pero ha tenido que ser una buena paliza.

—No lo sabes tú bien. Y tengo que marcharme en seguida de nuevo. Hay mucho que hacer.

No dio tiempo a que le preguntaran al respecto. Al tiempo que soltaba la fíbula de la capa, se acercó a la mesa para contemplar curioso las maquetas.

—¿Pero qué es todo esto?

Teófanos se colocó a su lado. Abarcó con la derecha la profusión de piezas.

—He aquí una de mis viejas aficiones. Como *praefectus fabrum* de Pompeyo, a menudo me fue muy útil el uso de miniaturas. Acabé por cogerle gusto y, ahora que he dejado de vagar de un lado a otro, he podido dedicarle algo más de tiempo. Todo esto son modelos a escala de máquinas y edificios.

—Ya. —El gaditano echó una mirada de reojo a Lucía—. ¿Y era necesario aburrir con este tema a la pobre niña? Os pedí que me ayudarais a darle una buena educación, no a que aprendiese a odiar el conocimiento.

—¿Aburrir? —Teófanos se echó a reír.

—*Domine* —intervino Corumbo—. Te complacerá saber que Lucía hace progresos asombrosos. Y que este es un tema que ha seguido con mucho interés.

Balbo enarcó una ceja volviendo su mirada a la chica. Esta le espiaba hosca, entre los pelos negros, como temerosa de que fuera a prohibirle todo eso en el futuro. ¿Una cría de trece años, interesada por ingeniería, matemáticas, arquitectura? Se encogió de hombros.

—Me alegra saberlo. Después me informarás de este asunto con más detalle. Y tengo que despachar con Menandro sobre los asuntos domésticos. Pero ahora me gustaría tener unas palabras contigo, Teófanos, porque no tardaré en marcharme.

Corumbo tomó a Lucía por el hombro, para llevársela consigo. Balbo, que se había quedado con la capa en la mano, se la echó por encima de los hombros como si fuera una manta, porque ahí en ese patio abierto hacía frío. Se acercó a la mesa del vino.

—Corumbo, espera. Voy a hacer una escapada a Túsculo. Me gustaría aprovechar para visitar los terrenos que compré a los herederos de Metelo Pío. ¿Te parece un momento adecuado para inspeccionarlos, para ir preparando los planos de mi futura villa?

—Será perfecto, *domine*. Podré valorar el influjo de los vientos y de otros elementos climáticos, justo cuando se acerca el invierno. ¿Cuándo partiremos?

—¿Cómo que cuándo? Hoy mismo. ¿O no me has oído? Aligera y prepara tus cosas, que haremos noche fuera de Roma.

Se fue el arquitecto con Lucía. Balbo se sirvió vino y luego, copa en mano, echó otro vistazo a las maquetas. Teófanos chocó las manos y se las frotó, como si de repente se le hubieran quedado frías.

—Si has pensado antes que exageraba, no es así. Esa chica es un prodigio, amigo. Ha aprendido un latín decente en sólo unos meses. Y es capaz de captar conceptos complejos con una facilidad que me causa pasmo.

—Su inteligencia está fuera de lo normal. De eso ya me di cuenta en cuanto la vi. Por eso acepté tomarla a mi cargo. Pero jamás se me habría ocurrido que podría interesarse por las matemáticas y la ingeniería.

—Todo es cuestión de guiar su interés, amigo, como el que encauza las aguas por los canales. Esa chica odia a Roma...

Balbo se carcajeó, llevándose la copa a los labios.

—No hace falta que me lo digas. Pero ¿qué tiene eso que ver con inducirla a apreciar las matemáticas?

—Entre los galaicos, hay cierta tradición de mujeres guerreras, incluso de hembras que dirigen a los varones en la batalla. Ella enseguida se interesó por temas marciales. A partir de ahí me fue fácil dirigir su interés. Por un lado, hacia la historia, que después de todo está llena de guerras y batallas. Por otro, hacia las armas y las tácticas militares.

»Desde ahí, conseguí que se interesase por la poliorcética, las obras de asedio y

las máquinas de guerra. Y luego, fue fácil guiar con rapidez su atención hacia las obras civiles.

—Viejo astuto. —Sonrió—. Usar la propia inquietud de las mentes inquietas para gobernarlas.

—¿Me hablas de inquietos tú, que acabas de llegar y ya estás preparando un nuevo viaje?

—Este será muy corto. Y no es que me haga gracia, y menos con tanto frío y nieve. Pero no me queda otro remedio.

—Entonces, visitar los terrenos en los que construirás tu villa es una excusa.

—No. Es algo real. Pero haré algo más que eso, por supuesto. Aprovecharé para visitar a Tulio Cicerón, que está en esos momentos en su villa de Túsculo.

Teófanos enarcó una ceja.

—Cicerón... Vaya. Supongo que esa visita no es ajena a la pequeña revolución que estamos ayudando a gestar, ¿no?

—Por supuesto que tiene que ver. La visita a Cicerón será el colofón de toda una serie de encuentros. He aprovechado mi viaje al sur de Italia para ir visitando a un buen número de senadores. En estas fechas, la mayor parte de ellos están en sus villas, revisando las cuentas con sus capataces.

Y, en efecto, en Roma había tanteado a financieros, y durante ese viaje a terratenientes. Había procurado sobre todo contactar con senadores de los llamados silenciosos; es decir, aquellos que nunca hablaban en el Senado, los que ocupaban grada, pero sin tomar jamás la palabra ni presentar iniciativa ninguna. Un grupo numeroso, atento cada uno a sus propios intereses y, a menudo, vital a la hora de decantar en una dirección u otra las votaciones.

—Los he encontrado muy receptivos en general. Todos están de acuerdo en que hay que encauzar la situación. Que hay que acabar con la agitación callejera, los desórdenes en el campo, las revueltas en las provincias.

»Al hilo de todo eso, les he tanteado con prudencia y muchos se han mostrado favorables a cambios legales y administrativos que ordenen la vida en provincias. No pocos de ellos han perdido oportunidades de ganancia, y han visto cómo se arruinaban sus negocios con comerciantes locales, por culpa de la rapacidad de las administraciones provinciales.

—Lo pintas todo muy fácil.

—Esa es la parte buena. He podido comprobar que laten muchos miedos en la clase senatorial. Justo uno de esos temores es que estalle otra guerra servil. Y Catón y los suyos han sido muy listos al atizar esos temores, a partir de episodios concretos presentados con habilidad, para promulgar esa ley que relegará a César a una misión ínfima del sur, al acabar su consulado.

—Ya. ¿Y cuáles son esos otros temores?

—Uno de ellos que se produzca la ruptura de parte de la ecúmene. Hasta este viaje yo no me daba cuenta de hasta qué punto han calado en la clase senatorial

episodios como el del «reino de Sertorio». Ellos tampoco son conscientes, pero el temor está ahí. La idea de que un hombre pueda crear un reino propio a costa de una o varias de las provincias, en Oriente o en Occidente, les causa pavor. Todos esos hombres tienen negocios distribuidos a lo largo de toda la ecúmene y, que suceda algo así, puede ser un gran quebranto para sus finanzas.

—Los dos estuvimos en las guerras de Sertorio. Sabemos lo difícil que es que alguien, con ayuda de un puñado de legiones y poblaciones indígenas, llegue de verdad a organizar un estado al margen de Roma.

—A largo plazo, así es. Pero puede mantenerlo durante años, como hizo Sertorio. Y eso les da más miedo que una simple guerra civil. Después de todo, en esas últimas siempre hay un bando ganador. Y, para un senador silencioso, sólo es cuestión de congraciarse con los vencedores.

Teófanos paseó de un lado a otro. Salió de la protección de la columnata. Se frotó las manos y lanzó una bocanada de vaho. Algo que hizo que, por instinto, Balbo se arrimase más al brasero.

—Amigo. Las implicaciones de eso son grandes.

—Muy grandes. Uno de los éxitos de Sertorio estuvo en cómo consiguió que naciones hispanas muy poderosas, como la de los celtíberos, tomaran partido por su causa. ¿Y por qué fue eso posible? Por los robos y el maltrato al que someten muchos administradores romanos a las poblaciones provinciales. Sertorio les dio la esperanza de un régimen mejor.

—Sé por dónde vas. Con esa amenaza, crees que es probable convencer a un número suficiente de senadores, para que apoyen una política que aumente los derechos de los provinciales.

El uno junto al brasero de carbones al rojo y el otro a plena luz del día se sonrieron. En Teófanos, griego de Mitilene y testigo directo de las atrocidades de las guerras de conquista y civiles romanas en Oriente y Occidente, tenía Balbo un aliado en su idea de que la ecúmene sólo prosperaría si cambiaba la relación de las provincias con la Urbe.

—¿Crees que podrás convencer de eso a Cicerón? Ese hombre es conservador hasta la médula.

—Puedo intentarlo. Y nadie sabe de verdad cómo es Cicerón. Eso me ha quedado claro durante este viaje. He procurado recabar opiniones sobre él, con delicadeza. Los hay que le consideran un conservador, en efecto. Otros que es un hombre recto, pero poco flexible. Otros todo lo contrario: ven en él a un intrigante que, como Catón, es capaz de torcer hechos y forzar la ley para llevar a cabo sus designios. Otros piensan que es un flojo y timorato, que cambia de opinión con los vientos... Pero casi todos coinciden en que, para que nuestro movimiento triunfe, Cicerón debe unirse a él. —Se echó a reír—. Vamos, *magister*. No pongas esa cara, que no lo he planteado de manera tan abierta. Pero está claro que, si se trata de implantar un nuevo orden, de desplazar del poder real a los *boni*, hay que contar con Cicerón. O por lo menos no

tenerlo de enemigo. Puede que esté ahora fuera de la política activa, pero eso no quiere decir que no pese y mucho. Por eso he de ir cuanto antes a Túsculo.

—Te deseo suerte, amigo. Me da que Cicerón va a ser un hueso duro de roer. Creo que ese hombre es un poco de todo eso que te han dicho. Tengo la sospecha de que en el fondo es un débil y que, como todos los débiles, se aferra a la defensa a ciegas de ciertos principios. Pero ya me contarás.

Aledaños al templo de la Fortuna. Roma. Diciembre

Lucio Vetio, con las dos manos alrededor de un tazón de caldo caliente, contemplaba escéptico a Publio Escevio.

—No exageres. En tan poco tiempo no habéis podido hacer tanto camino.

—¿Poco tiempo? —gruñó el lucano—. A mí se me ha hecho eterno. Balbo es un demonio púnico de hierro. Es infatigable. Hemos hecho todas esas millas que te he dicho. Sin parar más que lo justo para comer y dormir.

Hacía mucho frío y humedad allí, junto a las gradas del templo de la Fortuna, en la recurva del Tíber. Y soplaban un aire que metía el helor en los huesos, daba igual la ropa que se echase uno encima. El caldo que tomaba Vetio olía bien, pero Escevio se preguntaba con qué rayos lo harían los mercaderes de los puestos de comida, y se le iban las ganas de comprar uno. Lo mismo ocurría con los pescados que asaban en espetones. Los aromas le hacían salivar, pero sólo de pensar que los pescaban en esas aguas en las que vertían las cloacas de la ciudad...

—No me salen las cuentas. No me engañes. No hay tantas millas hasta el sur.

—En línea recta no. Pero sí en zigzag. Ya te he dicho que ha sido un viaje agotador.

Esa alusión al zigzag hizo que, bajo el manto con el que se cubría cabeza y hombros, los ojos de Vetio relumbrasen. Como un tratante a las ovejas, así ese hombre valoraba la información que salía de los labios de Escevio. Era fácil ver que se estaba preguntando si de eso podría sacar algo de dinero.

—¿Por qué esas vueltas y revueltas? ¿Cuál ha sido el motivo del viaje del Tartesio? —le apremió con voz áspera, por lo bajo—. Vamos, maldito. Este viaje tiene intrigados a unos cuantos y sin duda pagarán bien por cualquier migaja de información.

Escevio resopló, de forma que una nube de vaho le salió por entre los labios. Pisó con fuerza para calentar los pies. Las bodegas y cuchitriles de esos barrios, en esa época, solían oler peor que nunca, porque la gente se lavaba menos y las prendas húmedas despedían fetidez. Pero por lo menos en esos lugares se estaba caliente. Junto a los tenderetes callejeros pasaba uno mucho frío, por más que se arrojase a las fogatas de desperdicios.

Por otro lado, se veía uno más expuesto a ojos y oídos indiscretos. Pero Vetio había insistido en que se encontrasen ahí, en los puestos de comida y bebida junto al templo de la Fortuna. A saber cuáles eran sus motivos.

Así que allí estaban los dos, como muchos, con piezas gruesas de lana, viejas y sobadas, sobre hombros y espalda, el uno con un cuenco de caldo y el otro con una copa de vino caliente. Vetio se fue al puesto más cercano, a que le rellenasen el recipiente. Escevio echó una ojeada a los pucheros de barro en los que hervía el caldo y, por enésima vez, se dijo que no, que mejor no saber y menos probar.

Volvió el informador con el cuenco entre sus dos manos, cubiertas de tiras de tela

enrolladas. Escevio sujetó su copa con la zurda, para echarse aliento cálido en la punta de los dedos de la derecha.

—No hay tanto misterio en el viaje de Balbo. Fue al sur por cuenta de Julio César, a informarse de primera mano cuál es la situación real en esas zonas a las que el Senado pretende enviarle como procónsul cuando acabe su mandato aquí.

Lucio Vetio asintió, interesado.

—Vamos por partes. ¿Cuál es la situación real?

—Es mentira todo lo que se cuenta sobre esas zonas. Dicen que los bosques de por allí están llenos de desertores y de esclavos fugitivos, y que hay incluso riesgo de que se produzca un levantamiento espartaquiano. Todo eso es falso.

—¿En serio? Se habla mucho de eso, hay noticias...

—Propaganda. Rumores sin fundamento o, más seguro, infundios hechos correr por agentes de los *boni* para preparar el terreno a ese decreto propiciado por Catón.

—¿Seguro?

Parecía que comenzaba a nublarse. Escevio puso los ojos en una embarcación que remontaba el Tíber despacio, a fuerza de remos. No podía saber qué mercancías transportaba, puesto que iban cubiertas por grandes cueros engrasados.

—Yo soy de Lucania, hombre. Por eso me mandó llamar para este viaje Balbo. Cosa por la que, por cierto, le estoy muy agradecido.

—¿Agradecido? ¿Al *praefectus fabrum* de Julio César? A ver si algún día espabilas, Burro Lucano. Seguro que ese cartaginés algo tuvo que ver con que no te concediesen la corona cívica.

El otro le miró desde arriba, sin ninguna simpatía.

—Espabila tú, que hablas de más. En primer lugar, la corona cívica me tiene sin cuidado. Seré ciudadano romano, pero eso no quiere decir que me sienta romano. Soy lucano. Los míos se unieron a Aníbal para liberarse del yugo romano y Roma destruyó a mi pueblo como castigo. Segundo, la corona cívica no se me concedió porque el soldado al que salvé no sobrevivió a sus heridas, y por eso no me correspondía. Eso es todo.

Vetio lanzó una mirada de soslayo hacia arriba. Viendo el rostro tormentoso del lucano, decidió que había metido la pata, cosa que con un hombre tan grande nunca era recomendable. Decidió que era buen momento para convidar a dos tazas de vino caliente.

—Sigue. Necesito que me des detalles interesantes. Y, por interesantes, me refiero a algo que yo pueda vender y, por tanto, algo por lo que te pueda pagar.

—Pues deja que te lo cuente. Hemos viajado a la Lucania y a la Brucia, pero también hemos visitado la Campania. Respecto a lo primero, te lo repito: eso de las grandes bandas de proscritos que acampan en los bosques es una patraña.

—Pero hay noticias de asaltos a caravanas, a poblaciones, a villas...

—¿Villas? Como si las hubiera a cientos por allí. No me hagas reír, hombre, que se me congela la risa. Eso son bosques incultos. Siempre fueron tierras fragosas, pero

desde que lo arrasaron los romanos, han vuelto al salvajismo. Árboles y ruinas, no hay nada más. —Hablaba con rencor obvio—. Los pocos habitantes que aguantan por allí llevan una vida primitiva, muy dura. Y sí, algunos asaltan a los viajeros, lo mismo que cazan corzos.

Bebió hosco.

—Es todo. Gente viviendo de la caza, la recolección y el bandidaje. No hay espartaquianos.

—Y esa información, ¿de qué me sirve a mí?

—¿Tengo yo que decírtelo? Muchos senadores, que son al final los que importan en Roma, tienen una información errónea sobre lo que está pasando en el lejano sur. Creo que algunos pagarán con gusto cuando sepan que no es cierto lo que les han contado. Les alegrará saber que no hay riesgo real de que en los bosques de la Brucia estalle otra guerra de los gladiadores.

—¿Por qué? Si tú mismo has dicho que por allí no hay villas.

—¡Cabezas de Plutón, Vetio! Pero si eso sucediera, sus tierras en lugares como la Campania estarían tarde o temprano amenazadas. Además, podrían producirse revueltas de esclavos agrícolas. Les aliviará saber que ese peligro no existe, o que está mucho más lejos de lo que les han inducido a creer.

El otro le echó, por encima del borde de su taza, una mirada preñada de astucia y codicia.

—Tienes mucha razón. ¿Qué más?

—Ya te he dicho que hemos dado muchas vueltas. Eso es porque nos desviábamos de nuestro camino para visitar la villa de este o aquel senador...

La expresión de astucia de Lucio Vetio se acentuó.

—Dame nombres. ¿Ha asistido a reuniones de senadores y caballeros?

—No. No va por ahí. Hasta yo he visto, no ha habido conferencia en ninguna villa. Balbo mandaba mensajeros por delante, anunciando que estaba viajando, y que pedía hospitalidad por una noche, para después seguir viaje.

—¿Y todos le dieron acomodo?

—Todos a los que se lo pidió, sí. Pero, como es lógico, no trató de detenerse en la villa de ningún *boni*.

El rostro de su interlocutor lo decía todo. Era un pergamino desenrollado. Escevio, mientras apuraba su taza, recordó todo lo que había oído sobre las andanzas de ese hombre en Roma. Ya cuando era un chamarilero que andaba con sus carromatos, a la zaga de las legiones por Hispania, tenía fama de chivato y liante. Se decía que había sido él quien destapó primero la conspiración de Catilina. A cambio de monedas, claro.

También, en aquellos días, acusó a Julio César de estar mezclado en la conjura. ¿Estaría sopesando la idea de volver a acusarle de nuevas conspiraciones? Era mejor no arriesgarse a que su cabeza cuajase ciertas ideas.

—Te lo repito. No hubo reuniones.

—Balbo no se desvió una y otra vez sólo por hacer visitas de cortesía. Seguro que tampoco en busca de comodidades. ¿No me has dicho que renunciaba a ellas para viajar más rápido? Aquí hay culebra enroscada. —Se pasó el dorso de la mano por los labios—. ¿De qué hablaba con sus anfitriones?

Escevio dejó la taza vacía en el tablero del puesto, las manos bajo el manto para protegerlas del frío. Sobre sus cabezas, con alas como guadañas negras contra el azul de esa mañana gélida, planeaban los vencejos entre chillidos.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Los de la comitiva nos quedábamos fuera, al raso o en los establos. —Observó la mueca de disgusto del otro, decidió que era el momento de tirar del sedal—. Pero de algo logré enterarme.

—¿Cómo? ¿De qué?

—Hay poderosos que hablan entre ellos y con su gente de confianza, como si no hubiera terceros delante. Muchos se han perdido por no darse cuenta de que había esclavos o guardas al alcance del oído. Balbo no es de esos. Es prudente y habla con sus íntimos en gaditano. Pero no sabe que yo entiendo lo suficiente como para comprender parte de lo hablado.

Vetio se relamió.

—¿Qué oíste?

—Balbo busca a toda costa buenas tierras. Le da lo mismo que sean de labor, de pastoreo o forestales. Pero quiere adquirir predios como sea.

Fue tan obvia la decepción de su oyente que Escevio no pudo por menos que sonreír con rudeza.

—¿No ves lo que significa eso?

—Que Balbo está dispuesto a hacerse todavía más rico en Italia. Por una información tan obvia no va a pagar nadie.

—Es mucho más que eso. Balbo quiere esas tierras para algo más que enriquecerse. Las necesita porque es requisito indispensable para entrar en el Senado. Es lo que le falta, porque fortuna y apoyos ya tiene de sobra.

Al rostro de Vetio volvió esa expresión de astucia ruin, teñida de cautela.

—¿Es una suposición?

—Se lo oí con estas mismas orejas de las que tanto os burláis. Quiere comprar tierras y está dispuesto a pagar bien.

—Eso sí es algo por lo que más de uno podría pagar. Y descuida. Tú tendrás tu parte.

—Prefiero dinero ahora.

El otro le observó de soslayo y con enojo. Replicó con una voz que al tiempo era baja y chillona.

—¿Es que no te fías de mí?

—Claro que no, Vetio. Ya engañabas a todo el mundo si podías, cuando andabas comprando botines por los campamentos de las legiones. No te lo reprocho, es tu negocio. Pero tú no me reproches que quiera cobrar ahora.

—No seas miserable. Seguro que Balbo te ha pagado bien por acompañarle.

—No me quejo, pero tampoco es para hacer fiestas. Y eso no tiene nada que ver. Págame y, por una vez en mucho tiempo, tendré medio llena la bolsa.

—Siendo así, podías convidar.

—De acuerdo, me parece justo. —Hizo intención de irse hacia el puesto de vino caliente. Se detuvo como si se le hubiera ocurrido algo de repente—. Oye. ¿Qué hay de todo aquello de que algunos pensaban que lo mejor es «ocuparse» de maneras expeditivas, de ciertos hombres molestos...? ¿Sigue en marcha?

—¿Por qué quieres saberlo? —Vetio le tendió su tazón vacío, receloso.

—Por si pudiera tomar parte, si es que hay dinero a ganar. Ya te he dicho que siempre ando con la bolsa flaca.

Villa de Marco Tulio Cicerón. Túsculo. Diciembre

Todos en Roma sabían que Cicerón era tan brillante abogado como pésimo administrador de su hacienda. Para nadie era un secreto que a menudo andaba en apuros económicos serios. Que más de una vez había tenido que rescatarle de la ruina su buen amigo el banquero Ático. Y ahora Balbo tenía ocasión de comprobar que también era cierto otro rumor: que esas penurias se debían tanto a su mala mano para los negocios como a un gusto sin medida por ciertos lujos.

Lujos que tenían que ver más con el adorno y las artes que con las comodidades. Ya había oído comentar el gaditano acerca de la opulencia de aquella villa, que el abogado había convertido en su templo particular a la belleza y a los saberes. Un complejo residencial, atestado de obras de arte, en el que disponía de cuerpos de edificio en los que impartir su experiencia y saber, y a las que había dado nombres tales como Liceo y Academia, lo que decía mucho de la filosofía que las animaba.

El propio dueño había acudido a las puertas de esa gran villa a recibirle, un pórtico de columnas de mármol, de gran riqueza. Aunque él mismo salió con ropajes sencillos, con un manto grisáceo echado sobre la cabeza y los hombros, para protegerse del frío de la estación y de los copos de nieve que se escapaban de vez en cuando. Era obvio que lo fastuoso de la residencia no lo hacía extensivo el Padre de la Patria a su adorno personal.

La comitiva de Balbo, hombres y bestias, se quedaron al otro lado de las puertas, a resguardo los primeros bajo el pórtico. Cuando el amo de la villa se interesó por eso, el visitante negó con la cabeza.

—No deseamos molestar. No me quedaré mucho tiempo y no hace falta causar tanto trastorno, sólo para un rato.

—Mandaré que les saquen caldo caliente y vino.

—Te agradezco la hospitalidad.

Echaba miradas alrededor, porque Cicerón le guiaba ya por el atrio. Y aquel patio cubierto, con su impluvio en el centro, estaba lleno de primorosos bustos masculinos. El anfitrión no pudo por menos que advertir la curiosidad del visitante y casi se disculpó.

—No son bustos de antepasados, sino de juristas y legisladores eminentes. Sé que no es muy ortodoxo.

—Es bueno honrar a los mayores, a los que con sus obras han sido nuestros maestros.

Lo había dicho sin comprometerse, pero fue obvio que la respuesta agradó a su interlocutor. Con grandes gestos, lo guio al fondo del atrio, más allá de un tabique de madera, a un *tablinum* de enormes dimensiones. Y la decoración hacía juego con el tamaño del lugar. Columnas de estilo corintio, con capiteles floridos. Estatuas de mármol o bronce sobre pedestales, bustos. Los suelos eran de mosaicos y las paredes, allí donde no había estantes repletos de rollos, mostraban frescos de factura

excelente. Todo de factura helenística, esa que tanto amaba Cicerón, y las calidades eran insuperables, al punto de despertar casi la envidia del visitante.

No escaseaba el mobiliario de maderas finas, bronce e incluso marfil. Tampoco braseros sobre trípodes para dar calor. El carbón vegetal que en ellos se quemaba debía ser excelente, ya que apenas humeaba. Y la estancia estaba caldeada, pese a que el tabique de madera que daba al peristilo sólo llegaba a la altura del pecho de un hombre de mediana estatura, como si lo hubieran cortado.

—Mando que esté así, a no ser que haga mucho frío o sople mucho viento. No quiero que el humo dañe los frescos ni tizne a las estatuas más de lo necesario. Además, así trabajo con luz natural. No hay lucerna que se pueda comparar con el sol, ni siquiera en los días nublados.

—Por supuesto. Y no hay mejor forma de conservar la vista.

Cicerón se descubrió. Al tiempo que entregaba el manto a uno de los esclavos, invitó a Balbo a sentarse con él junto a uno de los braseros sobre trípode, cerca de ese tabique de madera mediado. Luego, mientras otros sirvientes les servían vino caliente y especiado, pareció sentirse obligado a tocar el tema del adorno de la estancia.

—Sé que en Gades estáis acostumbrados a lo mejor del arte helenístico.

Balbo asintió, con los ojos puestos en los copos sueltos de nieve que caían sobre el patio columnado.

—Tan acostumbrados, que ya nadie recuerda cómo vivían nuestros antepasados. A las ciudades fenicias de Occidente, desde hace muchas generaciones, han estado llegando filósofos, artistas e ingenieros helenísticos, hasta el punto de que se puede decir que, en muchos aspectos, esa es nuestra verdadera cultura.

—Acudían atraídos por buenas ofertas, claro.

—Más bien, huyendo del desastre de todo un mundo. Las guerras entre dinastías helenísticas, ese despotismo que llevaba a estos a mandar matar a un escultor o a un arquitecto por un simple capricho, hizo que muchos buscaran refugio en Cartago primero. Y, desde allí, en otras ciudades fenicias de Occidente.

Cicerón asintió pensativo. Tendió las manos hacia el brasero. Balbo aprovechó para lanzar otra ojeada por las magníficas obras de arte que casi abarrotaban ese gran despacho. Sus ojos se detuvieron sobre dos estatuas espléndidas, de Hermes y de Hércules, realizadas en mármol, y no pudo evitar preguntarse si serían aquellas por las que se decía que había pagado cerca de treinta mil sestercios, algunos años atrás.

—Cartago, sí. —El anfitrión recuperó su copa humeante—. Un buen ejemplo de cómo una gran ciudad, toda una civilización, puede caer y extinguirse.

—¿Y acaso los reinos helenísticos no son otro ejemplo de ello? Lo tenían todo. Su desarrollo llegó a ser algo nunca visto, sus conocimientos insuperables, sus ejércitos enormes, dotados de tremendas máquinas de guerra. —Estaba recordando el visitante la conversación que sorprendió el día antes en su propia *domus*—. Y, pese a ello, todo eso lo emplearon en interminables rencillas entre déspotas que no tenían más mérito que haber nacido en cuna de púrpura. Así se arruinaron todos y dejaron el

camino expedito para la conquista romana en Occidente. Y en Oriente, para caer ante los partos, los hindúes y los nómadas de las estepas.

—Eres un hombre que ha viajado mucho y que ha adquirido un punto de vista propio. ¿Opinas que Roma pueda estar viviendo un momento parecido?

Balbo casi se sobresaltó. Bebió su vino caliente para reflexionar por un instante. Cicerón acababa de tomar la iniciativa con esa pregunta. Así que se decidió a ser prudente.

—No me andaré con rodeos, puesto que preguntas de forma tan directa. Podríamos establecer ciertos paralelismos entre la evolución de Roma y la de los reinos helenísticos. Roma ha llegado a la cima de su poder. No hay potencia en el Mediterráneo que pueda hacerle sombra. Y, sin embargo y a la vez, está carcomida.

Cicerón se echó a reír, una reacción que el otro no esperaba.

—En efecto, ya veo que no te andas con rodeos. Yo opino lo mismo. Pero considero que los males que aquejan a la República son simples desajustes, producto de la nueva situación. Y que tienen por tanto remedio. Pero, por lo que he oído, tú no eres de los que opinan igual.

—Sin ánimo de ofender. Muchas instituciones republicanas se han quedado obsoletas, más allá de cualquier posible reforma. Y a eso hay que añadir el hecho de que las magistraturas son ocupadas a menudo por hombres que no cuentan con más méritos que su linaje y sus contactos.

—No ofendes. Yo mismo he sufrido en mis carnes rechazos por ser un hombre nuevo. Pero también soy el ejemplo de cómo, pese a las trabas y los prejuicios, es posible alcanzar las más altas magistraturas romanas.

Bebieron los dos a la vez de sus copas humeantes. Con los ojos puestos en los copos sueltos que caían y se fundían sobre las losas de piedra del peristilo.

—Porque tú eres un hombre de mérito. Pero, por culpa de esos mismos hombres que alimentan tales prejuicios, para cerrar a los que son como tú los cargos, la República bordea el desastre una y otra vez. Piensa en lo que podría haber ocurrido si los dos candidatos de los *boni* hubieran ganado las elecciones al consulado.

—Habría sido una catástrofe, lo admito. Pero no sé si habría sido mejor en caso de que hubieran ganado César y Luceyo. Así tendremos cierto equilibrio.

—Yo más bien diría que vamos a vivir un bloqueo. Sabes perfectamente que Bíbulo se dedicará a obstaculizar cuanto pueda la labor de César.

—Y también, a cambio, frenará posibles excesos por su parte.

Balbo meneó la cabeza, como fatigado ante esa defensa cerrada del sistema por parte de Cicerón. Este, con una placidez que tenía mucho de artificiosa, reclamó a uno de los esclavos para que sirviera más vino caliente.

—¿Crees que habrá alguna forma de desatascar la situación?

—Yo no creo nada. Sería una petulancia por mi parte porque soy un recién llegado a Roma. Pero sí he podido comprobar, justo por eso, que el hartazgo es generalizado. Hay muchos que desean que se enderece el rumbo. Que pese más la

virtus que la *nobilitas*, como tú mismo tantas veces has proclamado.

El Padre de la Patria encajó el golpe de esos halagos. Se incorporó con la copa entre las manos, como si quisiera aprovechar la tibieza que daba el vino caliente. Puso los ojos en la nieve que caía.

—¿Quiénes? Hay que tener cuidado. Ya en el pasado, con la excusa de reformar o de corregir excesos, los hubo que trataron de pervertir o apoderarse de las instituciones. Ahí está el caso de Catilina, al que yo mismo tuve que hacer frente en el Senado. De haber triunfado él y su camarilla... —Suspiró, renunciando a abundar sobre ese tema—. Aunque estoy algo apartado de la primera línea de la política, trato de seguir informado. Sé que hay movimientos. Y, antes de continuar, me gustaría preguntarte cuál es tu posición en todos esos movimientos que están teniendo lugar.

—Soy, en esencia, eso que los que hablan mal de mí dicen que soy. Un banquero de provincias que trata de encontrar su sitio en la capital del mundo. —Sonrió, bebió—. No es ningún secreto que soy íntimo de Julio César y que estoy de su lado en todo lo que necesite. Tampoco que soy amigo de Pompeyo Magno. Amigo leal, sin fisuras, por lo que hizo por mi familia y por lo que hace años vivimos juntos.

»Mi papel es el de mediador. Hablo con estos, con los otros y con los de más allá. A algunos les aclaro dudas y a otros les doy garantías. En esencia, a nivel político, estoy haciendo lo que durante años hice como banquero y armador en Gades.

—Y ese el motivo de tu visita, supongo.

—En absoluto. Lo es visitar al más ilustre de los legistas romanos.

De nuevo el otro acusó el halago, aunque no por eso dio su brazo a torcer.

—Un viaje muy arduo por ese motivo, más con este tiempo.

—Lo hago porque tenía que venir a inspeccionar los terrenos que he comprado aquí cerca. Mi arquitecto, Corumbo, necesitaba hacer comprobaciones justo en esta estación. Y admito que he aprovechado.

—¿Justo en esta estación? ¿Necesita hacer sacrificios y examinar entrañas?

Balbo rio, incorporándose también.

—No. Es un hombre muy científico. Insiste en que, para construir una vivienda, es necesario evaluar las orientaciones, las sombras de los relieves, la humedad y los regímenes de viento.

—Me gusta esa forma de pensar. Los griegos son la cumbre del pensamiento en todos los órdenes. Pero, volviendo a nuestro tema...

—Si lo piensas, un hombre como yo cuenta con ciertas ventajas. Al ser de fuera, no estoy tan viciado por años de roces personales. Pertenezco al orden ecuestre y es bien sabido que mi fortuna personal no es nada despreciable. Así que puedo tratar con senadores y caballeros sin despertar temores de que pueda estar a las órdenes de nadie. Y está lo que te he señalado. Soy íntimo de Julio César, amigo jurado de Pompeyo Magno, y mi familia siempre ha tenido relación con Licinio Craso, desde sus tiempos en Hispania.

Cicerón, al que se podían señalar muchos defectos, pero no el de la poca

perspicacia, arrugó la nariz ante la mención seguida de esos tres nombres. Apoyó las manos en el borde del tabique de madera cortado.

—¿Están esos tres detrás de ese «movimiento» del que me hablas?

—No. Es sólo justo lo que te he dicho: un movimiento amplio de hombres con más o menos poder y preocupados por el atasco que sufre la República. Pero está claro que cualquier acción debiera contar con esos tres, tanto por el poder que acumulan como por la cantidad de aliados y clientes que pueden mover.

—No me veo a Craso y a Pompeyo en el mismo bando, codo con codo. Puede que tú seas amigo de todos, pero esos dos se aborrecen, se desprecian.

Balbo volvió a reír de forma sonora. Mostró su copa y el amo de la casa exigió con un gesto más vino caliente a sus esclavos.

—Todo eso y asimismo temen el uno del otro. Y eso es bastante peor. Yo también veo casi imposible que los dos colaboren —mintió—. Pero basta con que no estén en contra, con que no lo vean como una amenaza para sus propios intereses. Porque, con que uno de esos dos esté enfrente, muchos no van a querer saber nada.

—Son malos enemigos. Pero no son los únicos con los que hay que contar. ¿Qué pasa con Lucio Luceyo o Rabirio Póstumo? ¿O Ático?

—No mencionaré nombres concretos. Tendrás que disculparme. Aunque sí te puedo adelantar que con Luceyo no se puede contar para nada.

Cicerón se giró con una expresión interrogante, lo que hizo que su invitado se apresurase a añadir.

—No es que se oponga. Pero el reciente fracaso de su candidatura al consulado le ha causado una gran decepción. —Hizo una mueca—. Eso sin contar con el enorme desembolso que le ha supuesto, que ha sido dinero tirado. No. Luceyo no está para nuevas aventuras políticas, al menos de momento. A mí mismo me despachó bien rápido, aduciendo que ahora lo que desea es dedicarse a la literatura. —Todo aquello era la carnaza que echaba a su anfitrión, para que tuviese la satisfacción de algún dato. Y le daba pie para exponer lo que de verdad traía—: Es una lástima que Luceyo se inhiba. Pero, a pesar de todo su dinero, de él se puede prescindir. En cambio, de hombres como tú mismo, no.

—¿Como yo? —Cicerón sonrió, girándose a medias—. No tengo el poder financiero de un Craso o un Ático, ni el militar de un Pompeyo. Ni pertenezco a los círculos internos de los *optimates*, como Bíbulo o Catón. Tampoco tengo la alcurnia de un César, y mucho menos su ascendiente sobre las clases populares. —Volvió a sonreír—. Más bien lo contrario.

—Pero tu *auctoritas* es enorme, *magister*. Tu simple nombre pesa al punto de que hay hombres que podrían decantarse en una dirección u otra, en función de tu toma de postura.

Cicerón se sentó de golpe. Jugueteeó con su copa, observando a su visitante casi con desconcierto.

—Eso que dices es halagador, pero conlleva una responsabilidad terrible. Y lo

que estás planteando suena a complot contra la República. En el fondo, pero a eso suena.

Balbo no se inmutó. Ya estaba de sobra preparado para una cuestión así.

—No. Lo que se está planteando es un esfuerzo conjunto por parte de una serie de hombres con recursos. El objetivo es salvar a la República de quienes, invocando su nombre y sus esencias, la están vaciando y convirtiéndola en una carcasa de procedimientos. Si esto no estuviese ocurriendo, es impensable que hombres de posturas e intereses tan dispares se planteasen una unidad de acción.

—Mi postura ha sido siempre muy clara: la defensa estricta de la legalidad.

—No creo que nadie espere otra cosa de Tulio Cicerón. Tu trayectoria es un dechado de virtudes republicanas, de atención estricta a los procedimientos, en la forma y en su esencia. También de promulgación de leyes ejemplares. Este movimiento, al estar formado por hombres tan dispares, necesita referentes morales.

»Por eso, por el respeto que tantos tienen por ti y por tu obra, aprovecho esta visita para hacerte una oferta concreta. En un movimiento como el que se está gestando, tendrías un lugar preeminente, porque se necesita a alguien con tu autoridad. Es más, alguien como tú es el que puede servir de cemento para unir a personajes tan enfrentados como Craso y Pompeyo.

—Me halagas, pero creo que estás sobrestimando mi ascendiente.

—No. Tú lo has dicho. Craso tiene el poder financiero. Y el respaldo de muchos banqueros y recaudadores de impuestos, añadido yo. Pompeyo su prestigio militar y legiones que sólo le son fieles a él. César concita el apoyo de los *populares* y del antiguo partido mariano...

—Mucho lucio en el mismo estanque.

—No si a todos esos poderes se sumase alguien de gran prestigio legal. Porque tú aportarías eso: la moral, la solidez jurídica, la trayectoria impecable. Podrías ser el elemento aglutinante. Sabes que Pompeyo te aprecia y que César te respeta, a pesar de que habéis sido rivales a menudo.

Fue obvio que ese anzuelo, directo a la vanidad del orador, se le había clavado de lleno. La oportunidad de ser clave en la regeneración de Roma, de convertirse en el referente moral de la nueva sociedad que se estaba gestando. De ser el hombre clave, el indispensable, capaz de hacer arrimar el hombro juntos a hombres como Pompeyo o Craso.

Y pese a todo dudaba. Balbo se dispuso a rematar, ahora que tenía una oportunidad.

—Soy un recién llegado a Roma, como tú lo fuiste en su día. Hay cosas que todavía se me escapan, pero, y tú lo sabes, justo por mi condición, soy capaz de percibir circunstancias que a los de aquí pasan inadvertidas. Por eso puedo afirmar con claridad que la República es una nave que, de no cambiar de rumbo y timoneles, se dirige al naufragio.

»Pero no sólo quiero hablarte del interés de la República. Con el mayor de los

respetos, me gustaría señalarte las ventajas que unirse al movimiento pueden ofrecerte. Beneficios legítimos, *magister*. No hay abogado ni orador que pueda compararse contigo, ni de lejos. Y, en cuanto a legislador, pocos hay que puedan hacerlo. Sin embargo, debemos convenir en que tu carrera política está ahora mismo algo estancada.

»Has ocupado las más altas magistraturas. Has guiado a la República en momentos tempestuosos y has tenido que tomar decisiones difíciles. Y esas decisiones han tenido un precio. Precio que ahora estás pagando.

»Únete al movimiento que se está gestando. Líderalo en lo moral. Tu simple presencia hará que hombres poderosos se sumen a su vez. Ganarías el apoyo y la amistad de estrellas en ascenso como son Pompeyo o César. Y, a través de ellos, te reconciliarías con antiguos amigos de los que te alejaste al mandar ajusticiar a los cómplices de Catilina. Y otro tanto ocurría con el pueblo, que está contra ti desde aquellos mismos sucesos.

»Todo eso te daría el sosiego que un hombre como tú se merece. Ya tienes una edad en la que, si cuentas con paz, podrás disfrutar de los frutos de años de esfuerzo, y también impartir a los más jóvenes la sabiduría y la experiencia que con esos años has acumulado.

El anfitrión estaba asintiendo, pero no a la manera del que da la razón a lo que oye, sino del que reflexiona ante lo que le están diciendo. Ese gesto indicaba que estaba atendiendo, no que lo aprobase.

Cuando Balbo calló, dejó con lentitud la copa sobre la mesita. Se incorporó para asomarse de nuevo al peristilo, más allá del medio tabique de madera.

—¿Debo responder ahora?

—No. Una buena comida necesita su tiempo para la digestión. Y unos argumentos de peso necesitan también su tiempo para la reflexión.

—Excelente símil. El consulado de César y Bíbulo comienza dentro de menos de un mes. Antes del término de ese plazo, tendrás mi respuesta.

Extrarradio de Roma. Finales de diciembre

Lucio Cornelio Balbo jamás había conocido a una mujer tan desatada y activa como Sempronia Tudítani, Tudítana. Y eso que él, desde muy joven, había frecuentado no sólo a las famosas cantadoras de Gades, sino también a mujeres de escuelas similares en distintas ciudades de la costa, en las que se cultivaban las más diversas artes, incluidas algunas amatorias muy curiosas. Pero aquella mujer a ratos era todo erudición y a ratos todo fuego, y eso para él era una completa novedad.

Y como fuego la iba a recordar ante todo muchos años más tarde, con el ojo mentiroso de la memoria. Desnuda, encima de él, al resplandor de un hogar encendido, en una cabaña perdida en los límites ya de Roma, con la cabellera suelta como un nido de llamas agitadas.

Desde luego, era muy posible, o así pensó Balbo tras esa noche, que hubiera sido poseída por los númenes arcaicos que en esos días rondaban por las callejas de Roma. Cabía pensar que los hubiera conjurado ella misma un rato antes, cuando bailaba desatada al resplandor de las antorchas, entre el estruendo de flautas, cencerros y panderos, medio desnuda a pesar del frío, con el rostro cubierto con una máscara de arcilla. Y cuando más tarde casi le arrastró a una de las chozas de campesino, se comportó como dicen las leyendas que lo hacen las bacantes: desatada, furiosa, insaciable. Fuego.

Después, fue como si el numen se marchase. Quedó una mujer fatigada, con la piel sonrosada por el esfuerzo y el placer, lustrosa de sudor, tumbada boca arriba, con los ojos cerrados. Balbo había observado fascinado esa piel fina suya, enrojecida aún más por el resplandor del fuego. La contempló una vez más al resplandor de las llamas, mientras buscaba a tientas la bota de vino que habían llevado con ellos.

Ardía el hogar en el centro de la cabaña, para que el humo escapase por un agujero en el techo. Una vivienda miserable, pero amplia; sin duda porque nadie la habitaba de forma permanente, sino que servía de morada temporera y comunal a los hortelanos cuando se acercaban a las acequias de la orilla. Construida con troncos y tablas, ramas y barro, con rebancos anchos junto a las paredes que, al menos a ellos, les habían servido de lecho.

Fuera, seguía el escándalo del festejo. Las Saturnalias de los rústicos. Estaban bailando, cantando, bebiendo, haciendo sexo en público y paseando con gran algazara a su rey particular. ¿Cómo no?, era un pobre retrasado de la vecindad, al que habían cubierto de harapos rojizos y tocado con una corona de flores.

La mano de ella se cerró sobre la muñeca de él. Giró Balbo la cabeza para contemplarla ahí, tumbada boca arriba, desnuda. Seguía con los ojos cerrados, pero había abierto la boca. Él disparó un chorro de vino entre los labios, consciente de repente del calor que hacía ahí dentro, y del olor a sexo que se mezclaba con el de la hoguera del centro.

Luego ella, siempre con los ojos cerrados, se desplazó hacia él, hasta apoyar la

cabeza contra su muslo. Se pasó despacio el borde del índice del labio inferior, más para aprovechar los restos de vino que por limpiarlo.

—¿Has conseguido lo que buscabas con Cicerón?

Eso le sobresaltó. Ella, recostada sobre su muslo, debió notarlo, porque sonrió.

—¿De qué te sorprendes? Has visitado a Cicerón. Lo sabe todo el mundo en Roma.

—Eso sí. Pero ¿de dónde sacas que buscaba algo? Fue una visita de cortesía. Cicerón es uno de los legisladores más grandes...

—¡*Sordes* pura! ¡Eso es lo que es!

Había abierto los ojos de golpe para, desde su posición, clavarlos en los de él.

—No sé qué te puedes traer entre manos, para qué necesitas a ese canalla. Pero no te fíes.

—Descuida.

Ella aún le mantuvo la mirada, antes de poner los ojos verdes en el entramado de ramas del techo, como si buscara algún oráculo en los dibujos que formaban en la penumbra de las llamas. Balbo echó un trago de la bota. Aquella única palabra era una respuesta más ambigua de lo que ella podría suponer.

Porque esa misma mañana había recibido noticias de Cicerón. Antes del nuevo año, tal como le había prometido. Y la respuesta era negativa. El abogado agradecía la invitación a sumarse al movimiento de hombres dispuestos a pactar entre ellos por el bien de la República. Y declinaba unirse a tal pacto. Había sido un rechazo escueto, incomprensible para el liberto que había llevado la contestación. Y de palabra, tal como había sido la oferta, sin ninguna prueba documental por medio.

Ella se revolvió para acomodarse de costado, en postura casi fetal, siempre con su muslo por almohada.

—Cicerón es un traidor. Detrás de esa máscara de respetabilidad está el peor de los romanos.

Él, llevado de un impulso, revolvió esos cabellos rojos que eran como una maraña de fuego.

—¿El peor de los romanos? ¿Tanto?

—Es peor aún que Catón. Se llena la boca de *virtus*, pero no se detiene ante nada. ¿O no sabes que toda la conjura de Catilina fue un montaje ideado por Cicerón para destruir a figuras notables de los *populares*?

Él se recostó contra la pared, aún con los dedos enredados en sus cabellos, oyendo a través del barro que rellenaba juntas la jarana de los rústicos que celebraban la Saturnalia fuera. Entrecerró los ojos. La conjuración de Catilina. Por supuesto, sabía que Tuditana había estado mezclada en aquella conjura. Era en su casa donde Catilina se había entrevistado con emisarios de los galos alóbroges, para cerrar el apoyo de estos últimos al golpe de Estado que planeaba.

—Dices que fue todo mentira...

—Todo.

—¿No se vio Sura en tu casa con los embajadores alóbroges?

Ella apartó su mano y se sentó de golpe. Pensó él que se había tomado excesiva confianza y que la había ofendido. Pero ella se limitó a apartarse los mechones rojos del rostro.

—Por supuesto que sí. Pero no para ninguna conjura para derrocar a la República e instaurar la dictadura de Catilina. Catilina había perdido las elecciones a cónsul y trataba de rehacer su carrera política.

—¿Y qué ofrecía Catilina a los alóbroges, a cambio de su apoyo?

—Algo que alguien como tú debiera entender muy bien. Los alóbroges querían reformas, mejores tratados, incluso algún tipo de ciudadanía gala, a semejanza de la antigua itálica y latina, para mejorar sus condiciones de vida y poder defenderse de las exacciones de los administradores romanos.

A Balbo le dio un vuelco el corazón. Hasta ese momento, había supuesto que toda esa historia de que la conjura de Catilina fue un montaje del entonces cónsul Cicerón, para desarbolar al partido de los *populares*, podía ser en parte verdad o tan sólo un arma política contra el orador. Pero ahora, de repente, con esa afirmación de Tuditana, cobraba sentido.

Y sí que lo entendía. Mucho mejor de lo que ella podía suponer.

Se contuvo de seguir por ahí, por no desvelar su interés. Ya tendría tiempo. En lugar de ello preguntó:

—Si todo era una farsa, ¿por qué organizar esa carnicería?

Porque todo el asunto había acabado en la ejecución sin juicio de varios senadores, ordenada por el propio Cicerón, algo inaudito en la historia romana. Y en un conato de guerra civil que se resolvió en una batalla en la que pereció el propio Catilina.

—Creo que Cicerón buscaba precisamente eso. Se comportó como un pequeño Sila, aterrorizando con sus ejecuciones al partido de los *populares* por un tiempo. Que es lo que pretendía.

Balbo sintió el impulso de acariciarse la barba que desde hacía ya meses no tenía. Pensó en el maestro venerable y reposado con el que se había entrevistado pocos días atrás en su residencia de Túsculo.

—Creo ser capaz de valorar a los hombres. He conocido a muchos carniceros sin escrúpulos y, la verdad, no me transmitió esa impresión.

—Cicerón engaña. Es una de sus mejores herramientas.

Ella se puso en pie de golpe, para vestirse. La ropa interior, una túnica blanca sencilla. Luego una sobretúnica roja, en honor a esa fiesta tan desatada que eran las Saturnalias. Habló mientras se ceñía el cinturón.

—Muchos odian a Cicerón. Yo también. Y además, me intriga. Creo que ese hombre tiene un demonio dentro de él. A veces es de verdad lo que trata de mostrar a todos, pero otras veces...

Comenzó a reunirse el cabello, y a sujetar los mechones con prendedores. Él se

levantó con cierta pesadez para ataviarse también. Ambos vestían de tal forma que no pudieran ser identificados como gente de clase alta. Porque Tuditana le había guiado a una de las celebraciones populares, en el extrarradio, bastante heterodoxas desde el punto de vista de los guardianes de la religión romana. Empezaba él a ver que ella era toda una entendida en esas corrientes religiosas clandestinas, mal vistas unas veces y perseguidas otras, que sacudían a la sociedad romana.

Mientras se prendía uno de los mechones rojos, a tientas y con notable habilidad, volvió a sorprenderle.

—Cayo Julio no necesita a alguien como Cicerón.

—Yo creo que sí. Es un gran orador, un legislador de talla y, pese a todo lo que ocurrió hace unos años, su prestigio es inmenso. Y Cayo Julio se va a enfrentar a un consulado más que duro. Va a ser como una guerra, librada con leyes y procedimientos. El apoyo de alguien como Cicerón podría ser muy valioso.

—Si creéis que ese hombre puede llegar a ser un aliado leal, os equivocáis. Odia a los *populares* y siempre ha buscado ser aceptado por los *boni*. Eso no va a cambiar. Además, hay muchos que le odian. La misma Servilia le aborrece casi tanto como a su hermanastro Catón.

Él acabó de embutirse la túnica; vieja, remendada, grisácea a fuerza de lavados, propia de labriego y no de caballero.

—La verdad es que esa mujer es un misterio para mí.

—¿Servilia? ¿Lo dices por cómo parece haber aceptado que Cayo Julio se case con Calpurnia? —Porque ya se había hecho público no sólo el compromiso, sino que la boda se celebraría a lo largo del año próximo.

—Por ejemplo. Dicen que es una mujer de mucho carácter, y no obstante...

—Lo es. Y muy ambiciosa, y muy dura. Pero la cosa no tiene ningún misterio. Ama a Cayo Julio. Es así de sencillo.

Le sonrió ahí, medio desnuda, con ese vestido de festejos, con un pecho al aire, las manos sobre los rizos rojos.

—Sí, Lucio Cornelio. Ese es todo el secreto. A mí me gustan mucho los hombres. Para Servilia, en cambio, sólo existe Cayo Julio. Y eso será así sea cual sea la situación de ambos. Eso para ella no cambia nada.

—¿Y Calpurnia? Tenía entendido que son amigas.

—Y lo seguirán siendo, supongo, aunque ahora hayan dejado de verse. A Calpurnia no le gustan los hombres. Pero, aunque Calpurnia y Cayo Julio vivieran un romance apasionado, eso no cambiaría al final nada para Servilia.

—Sin embargo, mejor así.

—Desde luego. Es un bálsamo para Servilia saber que no es un matrimonio por amor, sino porque Cayo Julio necesita aliados.

—Así es.

—Tú también necesitarás aliados, si quieres conseguir lo que has venido a buscar a Roma.

Él, que se estaba ciñendo una túnica desgastada, de color crudo, con cinturón de cuero, volvió a ella la cabeza.

—¿Y qué he venido a buscar a Roma?

—Lo mismo que aquellos alóbroges. E igual que les ayudé a ellos, te ayudaré a ti. Y tú te has buscado mejores aliados.

Él acabó de ceñirse el cinto de cuero, sonrió con esa expresión suya, entre amable y burlona.

—Estoy en Roma para hacerme un sitio en las finanzas y la política.

Ella le devolvió la sonrisa con malicia, sin dejarse amilanar.

—No lo dudo, pero aparte estás aquí para conseguir la ciudadanía romana para los hispanos. Eso dicen.

—Que lo digan no significa que sea verdad.

—Si ciertas personas lo afirman, para muchos será verdad. Y se comportarán contigo en consecuencia.

—Eso es casi un acertijo.

Ella le miró, con las manos en la cabeza.

—No lo es. Ten cuidado con la reacción de los *boni*, por ejemplo.

—Los *boni* odian a los que son como yo, hagan lo que hagan. Me aborrecen por mi fortuna y mi origen. Porque he venido a Roma como íntimo de César. Por mi amistad con Pompeyo.

—¿Y lo otro?

—Me gustaría que el Senado promulgase, y que el pueblo ratificase, un nuevo tratado con Gades, más favorable. No tengo por qué ocultarlo. No es ningún objetivo siniestro y no tengo, por tanto, que trabajar por ello en secreto.

—¿Sólo eso? ¿No buscas la ciudadanía para todos los habitantes de las dos Hispanias?

—Ni me lo he planteado. Entre otras cosas, porque no lo creo posible. Sí que soy favorable, por supuesto, a una política menos restrictiva en materia de ciudadanía. Y también a cambios en la administración provincial. Creo que todos saldríamos ganando.

Ella volvió a sonreír. Recogió la máscara de arcilla con tela, con la que protegía su identidad en mitad de aquellas heterodoxas Saturnalias.

—Como gustes. Te lo repito: necesitarás aliados para conseguir lo que buscas. Y yo puedo ayudarte, como traté de ayudar a los alóbroges. ¿Lo recordarás?

—Lo recordaré. Todos necesitamos amigos.

—Cierto. Yo también. Y te pediré ayuda a cambio.

Fue él a preguntar qué. Pero ella se colocó la máscara de arcilla, de forma que su rostro, casi de ninfa de ojos verdes maliciosos, se trocó en uno de ser antiguo e inescrutable.

Año 695 a.U.c.

Templo de la Fortuna. Roma. Primer día del año

¿No sería aquello una señal de los dioses? Algo tenía que significar que, justo el primer día del año nuevo, el año del consulado de César y Bíbulo, se encontrase allí. Precisamente allí. En el arcaico templo de la diosa Fortuna, en la recurva occidental del Tíber. Cerrando lo que era su primer negocio grande en Roma, grande de verdad, a la vez que una maniobra política de gran calado.

Allí estaban, con las primeras luces del día. Arropados en mantos grisáceos de lana gruesa, envueltos en el vapor que salía de sus labios, medio ocultos tras las columnas severas del pórtico. Severas por su ausencia de adornos. Severas también por la piedra desnuda, sobre la que sólo quedaban vestigios de la antigua pintura. Balbo no pudo por menos que reparar en ese detalle y se prometió comentárselo a César. Aquel templo era muy antiguo y, aunque en tiempos sus gradas llegaban hasta el agua, los sedimentos de siglos lo habían apartado de la orilla.

Eso había propiciado su decadencia. Pero no era bueno permitir tal abandono. No, siendo aquel el templo más antiguo de la diosa Fortuna, que tanto peso tiene en el destino que siguen los hombres.

Colgaba el silencio sobre el templo y el río, y en general sobre toda la ciudad, casi siempre bulliciosa. Roma dormía, tras días de excesos, propiciados por diversas fiestas con las que celebraban el cambio de año. No había barcazas en el Tíber y las calles y el puente estaban desiertos. Hasta las aves que planeaban sobre las aguas turbias lanzaban sólo chillidos esporádicos. Gritos que se alargaban, reverberando a lo largo del río y entre los edificios portuarios, lo que acentuaba el silencio, más que romperlo.

Balbo, con el manto sobre cabeza y hombros, contemplaba el discurrir del Tíber, más allá del terreno lodoso que separaba al templo del río, hoy endurecido por el frío. Hacía como si reflexionase sobre lo que acababa de discutir con sus interlocutores. Y, cuando pensó que ya los había hecho esperar bastante, se pronunció sin girarse.

—Todo lo que planteáis es factible. Se puede hacer por seis mil talentos.

—¡Seis mil!

Siempre sin volverse, el gaditano asintió despacio, como un oráculo. Sin embargo, con el rabillo del ojo podía ver lo suficiente de los hombres que con él estaban en el pórtico. Advirtió que no cruzaban miradas entre ellos, ni hacían excesivos gestos. Debía ser fruto de alguna estrategia ya acordada. Y, en el fondo, esa suma enorme tampoco les tenía que pillar tan de sorpresa.

Habló por fin el más viejo, el que se hacía llamar Heraclio. De soslayo apreció que le estaba mirando con fijeza, como si así pensase que podía ponerle nervioso, o que podía embrujarle.

—Es mucho lo que nos pides.

Balbo por fin se giró. Devolvió el escrutinio a ese hombre cercano ya a la ancianidad, de rostro atezado, barbas casi blancas y ojos claros. Al estar todos

envueltos en mantos de lana, un posible observador casual, al verlos allí a primera hora en la columnata, bien podría tomarles por mercaderes cerrando algún trato. Eso era lo que se había hecho durante siglos bajo la protección del templo de la Fortuna.

Pero, de haber estado más cerca, habría apreciado que, bajo esos mantos tan comunes en todo el Lacio, se escondían egipcios. ¡Y qué egipcios! Eran casi una imitación de esas caricaturas que los mimos y saltimbanquis romanos hacían de los cortesanos griegos de Alejandría en sus funciones bufas.

Rasurados, maquillados, contaminando con sus perfumes el aire del templo. Y algo más. Aquellos sujetos parecían cultivar un afeminamiento que, sin duda, debía ser moda entre las clases altas alejandrinas. No había que equivocarse con ellos. Blandos por fuera, más que duros por dentro. Almohadones de plumas con agujas envenenadas. Negociadores duros de palabrería meliflua. Cortesanos implacables que no reparaban en nada para obtener sus objetivos. Al ver esos rostros pintarrajeados de ojos pétreos, Balbo no tuvo duda de que todas esas historias de cómo corría la sangre en la corte alejandrina no exageraban.

—Pido en consonancia a lo que vosotros queréis obtener. Que es también mucho. Y, por supuesto, debéis tener en cuenta que todo este asunto no puede gestionarlo un solo hombre. Es preciso que varios senadores de peso lo promuevan y que otros lo apoyen. Y todos ellos esperan llevarse su parte.

—Y tú sacarás también la tuya, por supuesto.

Esa afirmación había salido de labios de un tal Pitias, el más joven del grupo. Balbo le miró desde las profundidades de su manto.

—Por supuesto. Y mi parte no será pequeña, ya que mi participación en todo este asunto no está siendo menor. —Como advirtiera cierta mueca petulante, en respuesta, se dejó llevar por su genio—. Egipto. ¿Acaso crees que estás tratando con un simple empleado de alguien? Yo soy Lucio Cornelio Balbo, de Gades.

—Nosotros tampoco somos empleados de nadie. Somos negociadores del gran rey Ptolomeo XIII, señor de los dos Egiptos. Debieras mostrarnos el debido respeto.

Balbo ladeó la cabeza, entre divertido y molesto. Pero antes de que pudiera replicar con alguna inconveniencia acerca de ellos mismos o de su «gran rey», medió con aspereza un tal Filippo.

—No es momento ni lugar para empezar a ver quién tiene la lanza más larga. Estamos aquí para hacer tratos y sacar ganancia para todos, no para desafiarnos.

Aquel Filippo era caso aparte. Un agente al servicio de la corte de Alejandría y, al revés que los demás, cultivaba aires marciales. Olía a mercenario y había sido el intermediario que los había puesto en contacto a todos.

Porque Filippo iba y venía entre Roma y Egipto, comprando niñas de sangre romana para los prostíbulos y las casas de los ricos alejandrinos. Había entrado en contacto con un hombre llamado Perseo, un griego de Oriente, de negocios todavía más dudosos, que era amante de Nicia Lycoris, la famosa archimima. Y a través de esta última, con la intermediación de Volumnio Eutrabelo —caballero romano,

protector de Lycoris y socio oculto de Balbo en negocios de prostitución—, habían llegado a Balbo, del que se sabía que era íntimo de hombres como César y Pompeyo, y estaba en buenas relaciones con grandes financieros, Craso incluido. Una extraña concatenación.

—Tienes razón —admitió el gaditano.

Aprovechó el viejo Heraclio para encauzar la conversación.

—No nos perdamos en vericuetos estériles, por favor. El negocio, en sí, es sencillo. En esencia: tus asociados en el Senado conseguirán que la República respalde de manera oficial la legitimidad de nuestro señor Ptolomeo en el trono de Egipto. Se pondrá así fin a años de incertidumbre y de amenaza de intervención romana en Egipto. Y, a cambio, nosotros desembolsaremos esos seis mil talentos que nos pides.

—Si tu señor acepta la cifra.

—Estamos autorizados para negociar la cuestión económica. Es una cifra abusiva, pero a veces hay que saber pagar de más. Vamos adelante con los seis mil talentos. Cómo se repartan, es cosa vuestra.

Perseo, algo retirado, apreció cómo Balbo miraba con rostro de piedra a su interlocutor. Tal vez había esperado una negociación larga y dura. Le distrajeron luego dos ancianos, latinos a juzgar por sus prendas, con las cabezas cubiertas por lienzo, tanto por respeto como para protegerse del frío, que subían con paso trabajoso las escalinatas del templo. ¡Qué de mañana acudían esos dos abuelos! Se preguntó a qué. ¿Venían al comenzar el año a pedir favor a la diosa a la que muchos romanos y latinos consideraban el árbitro último de todos los sucesos? ¿Vendrían tal vez a rogar por alguien? ¿Tal vez por una hija paridera o por un hijo enrolado en alguna legión lejana?

Ahuyentó esas fantasías, porque volvía a hablar Heraclio.

—Por supuesto, no entregaremos una suma así hasta que el Senado se pronuncie sobre los derechos legítimos de nuestro señor sobre Egipto.

—Por supuesto. Pero nosotros a nuestra vez necesitaremos garantías de que el pago se hará una vez que mis asociados cumplan con su parte del trato.

—Mandaré hoy mismo mensaje a Egipto. Y, a la mayor brevedad posible, los seis mil talentos se depositarán en un templo de Chipre...

Se interrumpió, porque Balbo estaba negando con la cabeza.

—Chipre pertenece a Egipto y yo tengo que velar por los intereses de mis asociados, que son los míos propios. Te propongo otro lugar más neutral. Alguna institución en Grecia, por ejemplo.

—¿Grecia neutral? ¡Ja! ¡Pero si es parte de la ecúmene romana!

Aquel había sido de nuevo el tal Pitias. Balbo le lanzó una mirada breve, como para indicarle que le consideraba insignificante. Se preguntó qué cargo y qué peso real tendría en la política alejandrina. Sonrió con dureza.

—Me obligas a decir algo que roza la descortesía. Hay diferencias más que

notables entre nuestros regímenes políticos. Entre la República romana y la corona de Egipto. Ningún senador o magistrado puede violentar las puertas de un templo y apoderarse de los tesoros ahí depositados. Me temo que no se puede decir lo mismo de Egipto.

Le interrumpió Heraclio, impidiendo así que Pitias replicase de manera poco conveniente.

—Creo que podremos encontrar algún lugar y custodios en Grecia que nos satisfagan a ambas partes. Estoy de acuerdo. Pero necesito saber cuándo se planteará la cuestión en el Senado.

—Los procedimientos romanos son complejos, como sabes. Pero si para entonces está hecho el depósito y no surge ningún imprevisto político, en abril estará resuelto.

—El depósito estará hecho para entonces. Pero, dado que es una operación que involucra tanto dinero y de tanto calado político, deseo alguna garantía de que no os echaréis atrás.

Balbo asintió. Aquella contingencia ya había sido discutida y prevista.

—Es razonable. Como es lógico, ninguno de los impulsores de toda esta operación puede aparecer mezclado. Así que el garante será Rabirio Póstumo, que es un banquero de toda solvencia. Depositará quinientos talentos en un templo en Rodas, que se perderá si nos echamos atrás. ¿Os parece suficiente garantía? ¿Sí? Bien. Nosotros, a cambio, os pedimos también alguna señal.

Heraclio asintió con toda la solemnidad que su rostro pintado permitía.

—Es justo. Pero, como tú bien has dicho antes, Egipto no es Roma. Nuestra garantía no será ningún depósito.

Con gesto casi teatral, sacó algo de las profundidades de su manto. Balbo, perplejo por un instante, observó lo que el otro le mostraba en la palma de su mano. Una perla. Una perla enorme.

—Mi señor os manda esta perla, en prueba de amistad y buena voluntad. No hay otra igual. Su valor ronda los doscientos cincuenta talentos. Consideradlo un regalo, a cuenta de los seis mil talentos acordados.

Balbo tomó aquella perla gigante entre dos dedos, tratando de ocultar un escalofrío. En Gades, consideraban a las perlas objetos de mala suerte. Los gaditanos traficaban con ellas, pero no las lucían. ¿Sería ese regalo un presagio, un aviso? Perlas, Egipto, fatalidad...

Guardó la pieza bajo su propio manto, tratando de no dejar traslucir turbación. Luego sacó un rollo de documentos, para ponerlo en manos de los negociadores del rey de Egipto.

Templo de la diosa Tanit. Gades. Febrero

¿Cómo no sentir orgullo al ver al hombre en el que se había convertido su nieto, Lucio Cornelio Balbo, el Menor? Sofronisba no pudo por menos que contemplarle con satisfacción y de reojo, mientras disponía las pequeñas ofrendas ante la estatua de la diosa. Venía él con una lucerna en la mano y sus pasos se perdían en ecos a lo largo de las cuevas. Con unas simples sandalias y túnica blanca, de bordados rojos, como solía hacer su tío.

Portaba un puñal ancho, de estilo romano, y mostraba también ciertas extravagancias más propias del patriarca de los Balbo. Por ejemplo, lo mismo que este solía cubrirse con un viejo gorro frigio colorado, él usaba otro de tela rica y estilo oriental, con rica pasamanería en el borde y en la línea central.

Puñal romano, gorro frigio. Sabía la matriarca que algunos de sus muchos tíos habían animado al joven a imitar algunos aspectos del *pater* ausente, para asumir así a los ojos de las gentes su sucesión. Y además pasaba mucho tiempo embarcado. Tan turbulento como su tío, cumplía a su manera la orden que le dio este de formarse, y se había dedicado a navegar hasta Tingis, Septa, Utica. Ahora justo volvía del interior de Hispania, de visitar a clientes de la familia en la Turdetania.

Había encontrado a su abuela sola, sacrificando a Tanit en el santuario de las cuevas, a pie de costa, en la misma isla de Gades. Buenos fenicios, los sacerdotes de la diosa permitían que los poderosos rindieran culto privado a esta, cerrando para ellos las cuevas a cambio de sumas considerables.

Era el templo de Tanit en Gades un lugar muy antiguo y misterioso, vedado a los extranjeros. Quizá por eso era tan favorito de la xenófoba Sofronisba. Abierto en épocas muy antiguas, a partir de cuevas naturales excavadas por el mar, albergaba una estatua de la diosa que, según se decía, impedía que las aguas se tragasen a la ciudad.

Ella, con una varilla encendida, con la que iba prendiendo mechas en cuencos, le señaló para indicarle que no se acercase más.

—Debemos respetar a los dioses. Honremos las tradiciones.

—Lo hago, abuela.

—¿Qué clase de respeto es que te presentes armado ante la diosa?

El joven, alto, cetrino, apuesto, se tentó la vaina del puñal.

—Son las armas las que defienden a Gades. Los dioses dan su favor a los activos, no a los gandules. No veo ninguna falta de respeto en portar armas ante los dioses.

—En Cartago, nadie podía llevar armas en los recintos sagrados.

Esas palabras hicieron que, por algún motivo, él pusiera los ojos en la estatua de la diosa. De piedra, con una mano alzada. Reparó en las visibles influencias del arte ibérico y turdetano de esa talla, empezando por los rodetes y trenzas de su peinado. Que la leyenda dijese que la efigie había llegado de Tiro con los primeros gaditanos y que los crédulos se lo tragasen. Cualquiera que tuviese ojos veía que no era cierto.

—No somos cartagineses, abuela. Tampoco somos fenicios ya, por mucho que nuestros antepasados vinieran de Tiro. No lo somos, de la misma forma que yo no soy tú, aunque alumbrases a mi padre. Tenemos herencia fenicia y cartaginesa, y también tartesia, turdetana, ibérica, helenística. De unos por sangre, de otros por adopción de costumbres e inventos. Y, nos guste o no, ya tenemos algo de romanos.

Ella prendió otra mecha con la varilla.

—¿Quién te ha metido esas ideas en la cabeza?

—Nadie. Me he dado cuenta de ello viajando.

Ella agitó la varilla para apagarla, pues ya estaban todas las candelas encendidas. Habló con calma.

—No discutiré contigo. Sólo te pido que no olvides tus orígenes. Sé que somos ya muy pocos los que guardamos el recuerdo y el sueño de Cartago...

Nada respondió a eso el joven. Viendo la figura de su abuela, que corregía levemente la disposición de los cuencos de cerámica, y esa estatua alumbrada por el parpadeo de las mechas encendidas, se preguntó si ella sería consciente de hasta qué punto la religión que practicaba era mestiza.

Acabados de colocar los cuencos encendidos, Sofronisba comenzó a verter líquidos en platillos hondos: agua dulce, agua salada, vino, leche. Habló mientras lo hacía.

—¿Qué noticias te manda tu tío?

No preguntó si tenía noticias, sino que inquiría de forma directa sobre cuáles eran. Tan sólo unos meses antes, un Menor más ingenuo, o más despreocupado, ni habría reparado en ese matiz. Ahora sí. ¿Cómo sabía ella que esa misma mañana había arribado un barco con un rollo de pergamino para él? Se preguntó si no tendría informadores su abuela entre el personal más cercano, y se prometió indagar al respecto. En todo caso, respondió con franqueza.

—El consulado de César ha comenzado de manera más que agitada.

Esa era justo la frase que usaba su tío en la carta, aunque ella no tenía por qué saberlo.

—¿Muy agitada por qué?

—Julio César inició el año presentando dos leyes. —No pudo evitar lucirse, orgulloso de su memoria—. Una es la *Lex Julia de Repetundis*, que pretende atajar la corrupción política. La otra es una ley de reparto agrario y que, en el fondo, es el precio a pagar para que Pompeyo forme parte de la alianza que han tramado. —Ella seguía con sus ofrendas, de espaldas, asintiendo. Él prosiguió—: Hace años que Pompeyo busca una ley agraria que permita un reparto de tierras entre los veteranos de sus legiones. El Senado siempre se ha opuesto. Pero lo que propone César es dar a esos veteranos tierras públicas y, a cambio, compensar al tesoro público con el botín que obtuvo Pompeyo en sus conquistas en Oriente. Y eso ha desatado una tormenta política. Ha sido verter la cántara de los truenos.

—¿Por qué? —Ahora disponía con sumo cuidado platillos con frutos secos,

higos, pasas. Lo hacía con lentitud infinita, porque los ritos en honor a Tanit debían ser largos—. ¿A quién podría disgustar una medida así?

—A los *boni*, abuela. Consideran que es una pérdida de suelos públicos. Y sería una victoria política para César y Pompeyo que no están dispuestos a consentir. Han hecho todo lo posible para impedir que salga adelante.

»César trató de que se aprobase en el Senado. Y Catón volvió a repetir su artimaña de otras veces. Se levantó para hablar y ya no paró. Estaba dispuesto a hacerlo hasta la caída del sol, para impedir así que se votase la ley. Pero César no estaba para tonterías y mandó a sus lictores que se lo llevasen preso.

Ella se rio por lo bajo.

—Ese calvo se la tenía bien guardada desde que le estropeó su triunfo. Se aprobó entonces la ley, supongo.

—Pues no. Esa detención fue interpretada por los senadores como un acto de violencia contra todo el Senado, como cuerpo social. No había contado César con eso, o se dejó llevar por el rencor. El caso es que buena parte de los senadores se marcharon del edificio, como protesta por la detención. Fue un paso en falso por parte de Cesar.

—¿Eso opina tu tío? A mí me parece que fue una exhibición de fuerza y que demostró a los senadores su determinación. Eso no es malo. Es como no cerrar un trato por no querer aceptar malas condiciones. Pierdes ese negocio pero, a cambio, ya sabe la gente que contigo no se juega... y eso es ganancia a largo plazo.

Entre el agitar de las luces de las candelas, Menor se acarició la barba. No había visto la cuestión desde esa óptica y, desde luego, por sus comentarios, su tío pensaba de manera muy distinta. Ella, de repente, matizó su propia opinión.

—Así pues, si los senadores se marcharon, Catón logró su objetivo de que no se votase la ley.

—Eso no fue lo peor. Catón lo estropeó todo. La ley era inatacable en su formulación y no sólo Pompeyo se pronunció en esa sesión del Senado a favor de la ley, lo que era lógico. También lo hizo Craso.

—¿Y qué?

—Craso y Pompeyo se odian. Los *boni* quedaron anonadados, porque contaban con que Craso se opondría por simple enemistad contra el Magno. Al hablar Craso a favor de la ley, no sólo predispuso a muchos a votar a favor, aunque sólo fuese por no ganarse tantos enemigos tan poderosos. Destapó el pacto que habían cerrado en secreto Craso, Pompeyo y César.

Ella asentía, siempre de espaldas y sin dejar de colocar presentes ante la diosa. Ya sabía, por otras cartas previas también relatadas por su nieto, de los manejos de aquellos tres, y de cómo su propio hijo había sido el agente que, en la segunda mitad del año anterior, había limado asperezas y sumado apoyos para esa terna en las sombras.

—Y encima, al final, la ley no se aprobó.

—Eso importa menos. César no es hombre que se resigne y mi tío cuenta que iba a recurrir a una *rogatio*, antes de que acabase enero. Es decir, ya tiene que haberlo hecho.

—No sé qué es una *rogatio*.

—Un procedimiento por el que un magistrado romano acude con un proyecto de ley al pueblo. —No podía dejar escapar Menor semejante oportunidad de lucir sus recién adquiridos conocimientos sobre legislación y procedimientos romanos—. Se expone en público ante los votantes, previamente convocados al Foro. La decisión del pueblo es soberana. Y César estaba seguro de ganar el voto del pueblo.

—Y de paso dar un buen golpe a los *boni*. Estarán furiosos.

—Por eso, por la humillación de Catón, al que César hizo soltar enseguida. También por ese pacto ahora descubierto entre César, Pompeyo y Craso...

—No me gusta Craso. Estuvo en Hispania y nuestra familia tuvo algunos negocios con él y con sus clientes. Es avaricioso y marrullero.

—Es un banquero muy rico, y un hombre muy poderoso. Tiene mucho ascendiente sobre los caballeros romanos y tiene de su lado a todos los publicanos de las provincias de Oriente.

—Lo sé. Pero también, como has dicho, Pompeyo y él se odian. Es una alianza que no puede durar.

Calló para tomar un puñado de semillas y dejarlas luego escapar, en cascada lenta, sobre un cuenco. Volvió a hablar entre el resonar de los granos.

—Siento inquietud por tu tío. Está metido en algo más que una de las luchas de poder en Roma. Lo que estamos viviendo es, en el fondo, un cambio de régimen político.

—¿Tanto?

—Eres aún joven y no ves el calado de ciertas acciones. Si esos tres triunfan y sus enemigos políticos no logran romper su unión, estamos asistiendo al final de la República controlada por el Senado y el paso a una oligarquía.

—Y mi tío, tu hijo, está en el bando ganador.

—Está en el bando que de momento va ganando, que no es lo mismo. Es un juego muy peligroso, en el que caerán estatuas muy altas. Los senadores no se van a dejar arrebatar el poder sin lucha.

—¿Y el pueblo?

—Es el pueblo el que da el poder a los tiranos. Y, en estos momentos, la plebe es el principal capital de César. Es el que le respalda, como sus legiones a Pompeyo y los financieros a Craso. Estará de parte de esos tres, y no del Senado. Y lo veremos enseguida, porque no creo que tu tío tarde en enviarnos noticias sobre esa votación en el Foro.

Días antes, en Roma, a primeros de febrero

¡El Foro Magno! El corazón político de Roma, tanto o más que el propio Senado. Lo había oído Balbo y ahora podía comprobarlo con sus propios ojos, oírlo, olerlo. Porque, esa mañana, estaba abarrotado de ciudadanos que habían acudido a votar la ley agraria de Julio César. Desde las gradas del templo de Cástor y Pólux, el gaditano podía ver un mar humano, entre los edificios públicos que descollaban de manera anárquica, encerrando con sus moles aquel gran espacio abierto.

Y ahora esa multitud bullía como agitada por corrientes. Obedeciendo a la orden del cónsul César, los presentes se estaban separando por tribus; el paso previo a los discursos y la votación final. Cayo Julio César estaba en lo alto de las gradas, como un hombre que se asoma al océano desde un acantilado.

Por algún motivo que sólo él conocía, vestía para esa ocasión toga trábea de franjas púrpuras y rojas.^[24] Ondeaban los picos de la prenda en el aire frío de febrero. Viento de invierno que había limpiado a Roma de malos olores y que mantenía una atmósfera clara y limpia. Que a cambio congelaba la punta de las narices, de las manos, de los pies embutidos en calzados abiertos.

Aire helado que debía estar haciendo sufrir también lo suyo al cónsul, pues se había presentado ante la asamblea a cabeza descubierta, con sólo la corona cívica ciñendo las sienes.

—¿Será posible, que después de tomar tantas precauciones, al final no va a haber jaleo?

Esa pregunta la hizo en alto el propio Balbo, en latín. Y como habló con la boca pequeña, por el frío, sus palabras formaron una nube de vaho. No pudo evitar volver a expulsar otra bocanada de aliento, para contemplar fascinado el vapor. Hijo de la marítima Gades, había conocido ese fenómeno sobre todo ya adulto, al viajar por las tierras del interior, durante inviernos más duros que los de la costa.

—Creo que sí. Apostaría la túnica a que el día no acaba sin palos.

Esa respuesta se la dio Décimo Junio Bruto Albino, el hijo de Tuditana. Estaban los dos, junto con una verdadera multitud de amigos y clientes de Julio César, ocupando las gradas del templo en la parte desde la que el cónsul se disponía a hablar a la muchedumbre. Cualquiera que tratase de llegar a él por la fuerza, tendría que pasar por encima de un pequeño ejército de hombres decididos a defender al cónsul.

—¿Y por qué crees que esto va a acabar a golpes?

—Porque es imposible que el cónsul Bíbulo no trate de impedir esto. Se rumoreaba que los tribunos afines a los *boni* iban a venir a interponer su veto a esta asamblea. Supongo que por eso ha dado tan rápido César la orden de dividirse por tribus.

—Hum. Pues si es así, se les ha adelantado por la mínima.

Esas apreciaciones agradaron a Balbo. El joven era avisado y conocía las leyes.

Bruto Albino era sin duda tan inteligente, dotado e instruido como su madre. E igual de flecha perdida. Aunque, en su caso, más por la muerte prematura de su padre que por las locuras de su madre. Sus bandazos por la vida se debían quizá a esa mala costumbre de las familias romanas de clase alta, por la que el progenitor se ocupaba en exclusiva de vigilar la educación de los hijos.

Cuando este faltaba, la madre a menudo era incapaz de encauzar a los hijos. Así le había ocurrido a Tuditana con este vástago al menos. Y no era un caso excepcional. Lo mismo ocurría con el ya famoso Marco Antonio que, lo mismo que Bruto Albino, estaba con las bandas de Clodio. Aunque en el caso de Antonio, Balbo tenía a este por un verdadero tarugo y pensaba que cuanto más lejos mejor.

—Si ya no pueden los tribunos interponer su veto, no vendrán y no habrá jaleo.

—Vendrán y habrá jaleo —insistió el joven—. Y que no puedan poner veto puede que haga que el altercado acabe siendo más serio.

También Publio Escevio, perdido entre aquella multitud que acababa de dividir por tribus, llegó a pensar que la asamblea tribal acabaría sin incidentes. Que Julio César expondría su ley agraria y que esta se votaría en paz, antes de que los congregados se disolviesen.

Todo parecía indicar que así sería. El cónsul, con su toga roja y púrpura, había comenzado ya su alocución. Y, según las venerables leyes romanas, se le podía impedir tomar la palabra, pero no interrumpirle una vez que había empezado. Y allí estaba, desde el pórtico, dirigiéndose a las tribus con voz potente y modulada. Sus palabras no llegaban a toda la asamblea, por supuesto, pero había quienes transmitían hacia el fondo lo que decía.

Balbo asistía casi atónito a la alocución, pues todo aquello era muy distinto a como había imaginado. Los discursos al pueblo eran muy diferentes a los alegatos pulidos y exquisitos del Senado. Como estaba comprobando, eran broncos, llenos de lugares comunes y descalificaciones de los contrarios. Carnaza pura para el populacho.

El primer indicio de que el discurso de Julio César no acabaría sin incidentes lo tuvo Escevio no porque viese nada, sino porque sintió cómo cambiaba la presión de la gente. Y esa corriente que se transmitía de hombre a hombre parecía venir de la parte contraria del Foro de la que él se hallaba.

—No tardaremos en tener pelea —masculló cerca del oído de un tal Geminio, un tipo duro, antiguo gladiador, jefe de una de las bandas que ese día estaba allí para evitar que nadie impidiera la votación positiva de la ley agraria.

—Mejor —gruñó en respuesta el otro, sin poner en duda ni por un momento lo que el lucano afirmaba—. Recuerda que nos pagan el doble si hay pelea y el triple si no hay muertos.

Escevio asintió hosco. En efecto, cobrarían más si tenían que entrar en acción. Y para él, además, sería una buena oportunidad de demostrar su valía. Porque, fiel a su propia opinión, había buscado empleo lejos de los matones que solían servir a los

boni en época de elecciones o en votaciones como estas. Aunque lo había conseguido no con los de Clodio, sino con los de otro sujeto de buena familia, Milón, enemigo personal del primero y que estaba organizando bandas al servicio, o eso se decía, de Pompeyo.

Y César, en el día de hoy, iba a proclamar una ley agraria que los veteranos de Pompeyo esperaban desde hacía años como agua dulce en día seco. Los accesos al Foro habían sido tomados por grupos de esos veteranos, en tanto que hombres duros al servicio de Milón se habían repartido por puntos estratégicos, para evitar sorpresas desagradables. Sorpresas que al parecer estaban a punto de producirse.

Desde las gradas del templo, Balbo podía ver cómo la gente se giraba, comentaba, se ponían de puntillas intentando ver mejor, o siquiera algo. Desde luego, desde su posición, se apreciaba que allí al fondo la muchedumbre apiñada se abría como las aguas ante una nave. Eso sólo podía ser porque llegaba alguien de autoridad o un grupo de hombres con ganas de pelea. Pero, en el segundo caso, les habrían detenido los veteranos de Pompeyo. Así que sólo podía ser lo primero. ¿Tal vez el propio Bíbulo, cónsul *junior*?

No tardó en aclararse el misterio. Y sí, por allí llegaba el propio Marco Calpurnio Bíbulo y no venía solo. Le precedían sus lictores, con sus túnicas rojas y las fascas sobre el hombro. Le acompañaban parientes, asistentes y aliados. Desde arriba, el gaditano pudo apreciar que, junto al cónsul *senior*, caminaban muy dignos nada menos que su suegro Catón y el cuñado de este, Lucio Domicio Enobarbo.

Y también varios tribunos adictos. Domicio Calvino, Cneo Fanio, Quinto Ancario. Así pues, los *boni* sí habían planeado vetar la asamblea tribal. Y César les había arruinado la maniobra mandando separarse por tribus antes de lo acostumbrado. Aunque no parecía que eso fuera a detener a Bíbulo.

Bien colocados, los hombres de Geminio vieron pasar, a poco más de la distancia de un brazo, a toda esa procesión. Tuvo que ser el propio Escevio el que sujetara por el codo al gladiador, no fuera que se echase sobre ellos.

—Quieto, lobo —le dijo al oído—. Llegan tarde y no pueden vetar ya la reunión. Tal vez vengan a apoyar la ley de César.

—Ni sueñes con eso.

—Claro que no. Pero no movamos un dedo en tanto que no hagan gestos hostiles. El otro le miró con hosquedad, pero más que nada porque era su forma de mirar.

—Tienes razón. —Apretó el puño sobre la caña de su garrote—. Además, seguro que no tardarán en hacer algo que nos dé la excusa para darles de palos.

—Seguro.

A su manera y más allá de quién le pagase, Publio Escevio simpatizaba con los veteranos de Pompeyo que, dispersos por el Foro, estaban dispuestos a reventar a golpes a cualquiera que tratase de impedir que se votase la ley agraria. ¿Cómo no entenderlos? Durante años, Cneo Pompeyo Magno había porfiado porque se les concedieran tierras a esos antiguos legionarios. No prebendas ni regalías, sólo

parcelas en las que deslomarse cultivando de sol a sol, pero al menos un pedazo de suelo propio, tras guerrear durante décadas por Roma. Un predio en el que ganarse el sustento durante la madurez, que legar a los hijos y en el que dejar pasar en paz la vejez.

Y los *boni* no habían hecho otra cosa que bloquear durante años las iniciativas en el Senado. Los mismos malditos *boni* que luego, en esas nuevas provincias conquistadas por esos legionarios a los que negaban un poco de tranquilidad para la vejez, se instalaban en ellas como administradores para ordeñarlas de riquezas como un ganadero a sus vacas. Suerte que el puto Calvo era un tipo duro y, sin amilanarse, renunciando a desgañitarse en el Senado, había acudido a la asamblea tribal.

E iba a ganar, estaba claro. Y por si alguien quería impedir con violencia, ahí estaban los veteranos, dispuestos a parar los pies a los esbirros de los conservadores. Lucharían contra todo un ejército si fuera necesario. Suponía Escevio que más de uno llevaba bajo las ropas armas, no importaban las prohibiciones al respecto.

Pero no cabía esperar grandes tumultos, como en episodios sonados del pasado. Los *boni* y otras facciones del Senado contaban con no pocos partidarios, era cierto. Pero la ley de César —o eso decían— era intachable y justa, y precisamente por eso los *boni* habían tratado de obstaculizarla con triquiñuelas, como las alocuciones interminables de Catón.

La presencia de bandas en el Foro, en esa mañana gélida de invierno, era en parte para impedir un ataque que provocase estampidas y en parte para evitar que la violencia, si llegaba a estallar, se desbordase. Porque no convenían muertos en esa jornada y menos si eran de familias significadas de Roma.

En caso de que llegasen a las manos, los conservadores perderían hoy como perdían siempre. Y por lo mismo de siempre. Porque consideraban la violencia callejera como un arma más. No como parte fundamental de la estrategia para tener el control político de Roma. Desdeñaban a la calle y por eso contrataban matones durante periodos concretos. Clodio en cambio llevaba tiempo montando toda una red estable de coacción y choque, asalariando sin fecha a canalla barriobajera, antiguos legionarios, exgladiadores...

Y al menos uno de los rivales políticos de los *populares* había sabido verlo y estaba armando otra red propia. Escevio no sabía si la idea fue del propio Pompeyo o del jefe en las sombras de todos aquellos hombres. Alguien que, en otras circunstancias, quizá habría estado del bando de los conservadores. Tito Anio Papiano, apodado Milón. Un sujeto tan tenebroso como su rival en las calles, Clodio.

Mientras, desde su situación privilegiada, Balbo observaba alerta cómo llegaban los doce lictores de túnicas escarlata y, por entre el vaivén de las fascas, al cónsul Bíbulo con su toga pretexta, blanca con franja púrpura, y expresión adusta. Y al ver el rostro de ese hombre, así como los de Catón y Enobarbo —porque las de los asistentes y los de los lictores trasmitían mensajes muy distintos—, supo el gaditano que lo que se afirmaba sobre los *boni* era cierto.

Aquellos personajes vivían en su propio mundo. Se engañaban unos a otros y eran incapaces de evaluar la verdadera situación de conjunto. Buena prueba de ello era que el cónsul *junior* se acababa de meter en una asamblea tribal, en un Foro lleno de millares de hombres en su mayor parte hostiles a su persona y a su causa, sin más guardia que sus lictores y acompañantes. Debían estar convencidos de que las fasces y la autoridad inherente a los magistrados les defenderían de cualquier ataque.

No traían más armas que su conocimiento de las leyes, la potestad de los tribunos para vetar a una asamblea y la del cónsul para lanzar una interdicción. Balbo había tenido al respecto, tiempo atrás, una conversación con Publio Escevio, antiguo oficial de auxiliares en Hispania, que ahora vivía de frecuentar las bandas callejeras. Y en estos momentos comprobaba con sus ojos que las apreciaciones de Escevio eran ciertas. Los *boni* no eran capaces de entender que Roma había crecido, que se había convertido en una megalópolis sin guardia ni ley. Bajo sus mismas narices, arribistas sin escrúpulos como Clodio, Curión el Joven o Milón se habían adueñado de algo tan vital para el control efectivo de Roma como eran las calles.

Eso sin contar con los antiguos legionarios presentes, que eran como ollas al fuego tras años de ver frustrados sus deseos de tierras de labor.

—Me dan miedo los veteranos de Pompeyo —no pudo evitar comentarle a Teófanos.

—Y a mí —aceptó sombrío el filósofo de Mitilene—. Son antiguos soldados y se les han dado órdenes claras. Pero es mucha la rabia que acumulan. Si estalla la violencia y pierden los estribos... ya sabes lo que sucede con las masas. Aquí puede producirse hoy una matanza.

—Violencia habrá. Hay que impedir a toda costa que se produzcan muertos. Y que esos muertos sean Bíbulo, Catón o alguno de los tribunos.

Observó cómo la multitud seguía abriéndose ante los lictores, tal vez por simple contagio de lo que habían hecho los que estaban más atrás. No pudo evitar comentar.

—Desde luego, tampoco se puede decir que no tengan ningún respeto a los símbolos de autoridad.

Les alcanzó una ráfaga de viento frío. Como estaban en las gradas, sus ropas ondearon. Teófanos se sopló la punta de los dedos, se tentó el gorro frigio con orejeras, con el que se protegía la calva, antes de responder.

—Le tienen respeto como el río al dique. Si se acumula demasiado fluido, llega un momento en que el agua revienta el muro y lo arrasa todo.

Balbo asintió, porque le gustaban las comparaciones que a veces hacía el griego. Luego observó movimientos entre los hombres que abarrotaban las gradas. Llegó hasta ellos la orden que acababa de dar César, que se había detenido en su alocución y observaba desde arriba, como un halcón, vestido de rojo y púrpura, la llegada de su colega de consulado.

—Atentos —les indicó a sus hombres—. Que nadie alce una mano contra Bíbulo y los suyos. Pero apiñaos. Agrupaos de forma que no pueda subir hasta donde está

César.

—Esos están que no se tienen en pie de miedo —murmuró cerca de su oído el joven Bruto.

Balbo volvió a bajar la mirada. No se refería el hijo de Tuditana a Bíbulo, Catón, Escauro o a los tres tribunos. Sus actitudes eran resueltas y sus expresiones severas. Catón les había contagiado a todos de su locura. Ahí estaban, perdidos en un mar de enemigos, sin ápice de temor. Se consideraban en misión sagrada, portadores de la *virtus* romana, defensores de las *mores maiorum*.

Pero lo cierto era que no se podía decir lo mismo de los ayudantes del cónsul ni de los lictores. Mantenían el tipo, pero era obvio que ellos sí sabían que estaban en la boca del lobo, a dos dedos de la muerte.

—Claro que tienen miedo. Yo también lo tendría. Por eso merecen mi respeto, más que los que los mandan. Temen y, sin embargo, hacen lo que creen que deben y no desasisten a sus superiores. Eso es el verdadero valor y no el del temerario.

No tuvo tiempo el joven de responder o siquiera de reflexionar sobre eso. Gradadas abajo, se estaba formando un muro humano. Y entonces Julio César apartó los ojos de su colega. Se giró de nuevo hacia la muchedumbre que se agolpaba por tribus en el Foro y retomó su discurso con voz potente. Eso fue una señal.

Los que se habían apretujado en las gradas se volvieron todos en dirección al orador, a escucharle. De esa forma, Bíbulo, que ya llegaba al pie del templo, se encontró ante un muro sólido de espaldas. Así, los presentes le bloqueaban el paso, sin que se pudiera decir que se habían interpuesto en el camino de un cónsul con sus lictores.

Desde otro punto de la plaza, también Escevio observó la maniobra. Estaba claro que los cesarianos lo tenían todo previsto. O casi todo, porque en situaciones así, era imposible un control absoluto de todas las variables. Y de lo que ocurrió después hubo muchas versiones.

Frente a ese muro escalonado de hombres vueltos de espaldas, imposible de traspasar sin ejercer la violencia, los lictores de túnicas escarlatas se detuvieron. Bíbulo se adelantó a ellos y, furioso, apuntando con el dedo a César, algo comenzó a gritar.

Tiempo después, unos dirían que había jurado que antes pasarían por encima de su cadáver que aprobar de manera tan irregular una ley tan lesiva a los intereses de la República. Otros, que había comenzado a vocear una interdicción, usando sus atribuciones consulares para anular aquella asamblea y los resultados de la votación.

Pero lo cierto es que casi nadie pudo decir de verdad qué gritó el cónsul *junior*. El escándalo era ya fenomenal e incluso hombres que estaban relativamente cerca, como Balbo, no llegaron a entender sus palabras. Tampoco Bíbulo pronunció demasiadas frases.

Alguien, a quien nunca se llegó a identificar, salió de entre la masa humana que flanqueaba por ambos lados a la pequeña comitiva, y dio al cónsul un empujón con

dos manos. No cayó por tierra porque los que estaban con él le sujetaron. Por instinto, los lictores hicieron amago de acudir en ayuda del magistrado. Y entonces, de todos lados, un gran número de hombres cayó sobre ellos.

Desde las gradas era posible ver el tumulto. Hombres de ropas vulgares y rostros tiznados con suciedad zarandeaban a Bíbulo y los suyos, que forcejeaban en vano. La multitud se agitaba, se arremolinaba contagiada de inquietud, muchos sin saber qué ocurría. Había riesgo de estampida, pero por suerte ahí estaban los veteranos de Pompeyo para controlar la situación.

Los lictores, pese a que eran hombres fuertes y hechos a la pelea, nada pudieron hacer contra tantos. Desde arriba, el joven Bruto Albino se percató de que a ellos no les maltrataron. Que sus atacantes se limitaron a inmovilizarlos entre muchos, mientras que otros hacían pedazos sus fascas. Nunca se supo si eso último fue algo planeado, como humillación añadida al cónsul *junior*, o si fue obra espontánea de unos cuantos, en el ardor del momento.

Y no eran los únicos a los que habían echado mano. No se veía a Enobarbo por ningún lado, pero sí que desde las gradas superiores pudieron advertir cómo se llevaban a rastras a Catón. El jefe de los *boni* forcejeaba y pataleaba, con la toga desarreglada. Vociferaba echando espumarajos de rabia, perdida del todo esa postura de dignidad altiva que tanto gustaba de cultivar en público.

Bíbulo, arrebatado también por la ira, se abrió paso entre los que le rodeaban y, con el rostro descompuesto, se abrió los ropajes por arriba, gritando. De nuevo, entre el griterío, no lograron entender qué decía. Pero el gesto era claro. Exponía el cuello, rugiendo que antes muerto que permitir lo que su colega iba a hacer.

Su gesto no acabó bien. Quizá ya habían previsto que haría algo así, conociendo lo amigos que eran Catón y los suyos de las actuaciones melodramáticas. Nadie le puso la mano encima, pero, en medio del caos humano, alguien volcó sobre su cabeza un cubo lleno de estiércol de vaca. Y de repente, el cónsul *junior*, de toga blanca con franja púrpura, quedó cubierto de una sustancia marrón y asquerosa. Eso sí, en ningún momento, le tocaron un pelo.

No se puede decir lo mismo de los tribunos, ni tampoco de sus asistentes, que estaban recibiendo una paliza tremenda. Bíbulo no se preocupó por ellos. Con las heces corriéndole por el rostro, consciente de que, junto con la mierda, le habían cubierto de ridículo, se marchó bramando su ira, manos en alto, como si invocase a los dioses, a que vengasen ese ultraje a un cónsul de la República.

Balbo, envuelto en su toga con lista roja estrecha de caballero, apoyado en un bastón que tenía más de arma que de apoyo, se volvió a la tribuna de César. Este no se había dado por enterado del tumulto y seguía arengando a la multitud, aunque ahora se expresaba con gestos apaciguadores, como para evitar que la agitación siguiera creciendo.

Soltaron a los lictores, que se abrieron paso a empujones, en pos del cónsul Bíbulo que se alejaba sin dejar de clamar a los cielos. Las gentes se apartaban ante su

paso, menos por respeto a su condición y más para no pringarse de la sustancia inmundada de la que iba cubierto.

Tampoco faltaron quienes «rescataron» a los tres tribunos y se los llevaron fuera. Pero no ocurrió lo mismo con los asistentes. De hecho, ahí abajo estaban dando a uno una paliza fenomenal, y más y más se unían para pegarle pisotones, patadas y puñetazos.

—A ese le van a reventar como a un perro —señaló Bruto Albino.

Siguió Balbo la dirección de su dedo. Sí. Se le ocurrió que nadie había previsto eso. Nadie repara en los asistentes, de la misma forma que los conspiradores no se dan cuenta de que están revelando secretos delante de sirvientes que escancian el vino. Enarboló su bastón.

—¡No debe haber muertos! ¡Saquemos a ese hombre de ahí!

Se estaba acallando la multitud. Sólo había altercado ya ahí abajo. César se estaba dirigiendo a la multitud con voz poderosa. Hablaba de lo justa y lo necesaria que era su ley agraria, mientras el viento de febrero le agitaba la trábea púrpura y roja. Le pesó al joven Bruto no poder prestar atención a su alocución, pero se vio arrastrado por Balbo hacia abajo, al rescate de aquel asistente de Bíbulo.

Llegaron con rapidez abajo y los guardaespaldas de Balbo apartaron a empujones a los que rodeaban al hombre caído. Al reconocer al íntimo de César, perdieron toda gana de pelear y, temiendo represalias, se escabulleron entre la multitud.

—¿Está vivo? Pues vamos a llevárnoslo a lugar seguro.

Bruto Albino trató de contenerle.

—¿Nos vamos? ¿Ahora que César ha comenzado su exposición, de la que depende tanto?

Balbo observó el rostro ensangrentado del rescatado, que colgaba inconsciente, sujeto por sus hombres. Resopló.

—Joven. No tengo la menor duda de que César logrará que las tribus aprueben su ley agraria. Ya quisiera quedarme a oír su discurso, y el de Craso, y el de Pompeyo, y aprender de todos. Pero creo que prestaré mejor causa ayudando a sacar a este pobre hombre de aquí.

—Sólo es un asistente de Bíbulo. Tus hombres pueden...

—No hay que desdeñar nunca el tender puentes. Yo que tú iría aprendiendo eso. No hay enemigo pequeño ni aliado insignificante. Me ocuparé de que este hombre llegue vivo a su casa y de que se sepa quién le ha salvado. —Observó con satisfacción disimulada que el otro captaba con rapidez la idea. Remató—: De paso, no estará de más asegurarse de que a los de Catón no se les ocurre reunir a jóvenes *optimates*, armarse y venir a impedir la votación por las bravas.

—Estando aquí los veteranos de Pompeyo, no saldría ni uno vivo. Sería una carnicería.

—Que es justo lo que no queremos. Tampoco es el estilo de Catón. Pero nunca está de más cerciorarse. No. Tú quédate y presta atención a los discursos de los

grandes hombres. No tengo la menor duda de que algún día te servirán, cuando tú mismo tengas que tomar la palabra en situaciones parecidas. —Se giró a los suyos—: Y vámonos, que este se nos muere aquí, entre las manos.

Sus hombres comenzaron a abrirle paso entre la muchedumbre al pie de la escalinata que, aplacado el tumulto y pendientes del discurso de César, casi no se dieron cuenta de su paso. Enseguida desaparecieron por el lateral del templo, para no tener que atravesar a la multitud congregada.

De las notas para la Historia secreta de Roma, de L. Cornelio Balbo

La cuestión egipcia siempre ha sido muy complicada y, durante años, fue una causa más de enemistad entre Pompeyo y Craso.

Egipto es el único gran reino helenístico que subsiste a día de hoy. El último de los que nacieron al morir el gran Alejandro y repartirse sus generales el imperio que forjó en unos pocos años. Los lágidas han reinado allí desde entonces y, pese al tiempo que ha transcurrido, siguen gobernando Egipto como extranjeros, como en tierra conquistada.

Los verdaderos egipcios odian a los lágidas y a su élite helénica. Ellos viven encastillados en Alejandría, que es una ciudad mucho más griega que egipcia. Esa ciudad fue una de las fundadas por Alejandro y los lágidas la han hecho crecer y han concentrado en ella la riqueza, el poder, el comercio, el saber, hasta hacer de ella una ciudad sin parangón en todo el Mediterráneo.

Durante largo tiempo fue un faro del conocimiento, en tiempos de los primeros Ptolomeos, algunos de los cuales fueron grandes sabios. Pero a día de hoy es sobre todo un nido de intrigas, odios y crímenes. La casa real es un nido de víboras en el que los hermanos se casan con las hermanas y con las madres, cuando no están asesinándose unos a otros. Así ha sido durante generaciones y eso explica mucho de la actual situación que vive el reino.

Para contar y explicar las guerras civiles, los golpes palaciegos, los asesinatos y las ejecuciones de reyes y príncipes en Egipto, necesitaría de un libro entero. Lo que aquí importa es que Roma lleva ya años interviniendo en los asuntos de Egipto, puesto que es un mercado demasiado importante como para permitir que se suma en el caos. De hecho, el que se podría considerar último rey legítimo de Egipto, Ptolomeo XI, que se casó con su madrastra Berenice para acto seguido asesinarla, lo que provocó un levantamiento popular en el transcurso del cual las turbas le hicieron pedazos.

Tras él subió al poder un hijo bastardo suyo, Ptolomeo XII, el Flautista. Y esa condición de ilegítimo, así como las mil intrigas de la corte y lo inestable de la situación siempre le han tenido en precario en el trono.

Ya hace unos años, Craso, y a su sombra César, trataron de anexionar Egipto a Roma, pero a su manera. Craso pretendía un mandato especial sobre Egipto que, en la práctica, le habría convertido en una especie de rey o dictador *de facto* sobre esas tierras, a las que habría podido manejar a su antojo, como un *optimatus* sus latifundios. Las distintas facciones del Senado se unieron para impedirlo, por supuesto. Y también se opuso Pompeyo, que debe buena parte de su fortuna a las guerras de conquista en Oriente, y que también siempre tuvo un ojo puesto en Egipto.

Las codicias, celos y enemistades en el seno del Senado romano fueron lo único

que preservaron la independencia egipcia y mantuvieron en su trono al inútil de Ptolomeo XII. Nadie estaba dispuesto a permitir que otro metiese mano en Egipto. Pero la situación no podía mantenerse eternamente así. No con un rey sobre un trono tambaleante y una situación que podía estallar en cualquier momento.

Así que el nudo gordiano se cortó aprovechando el consulado de César y de forma que todos salieran ganando. Tras unas negociaciones secretas con enviados egipcios, pusimos en marcha a todos los aliados del triunvirato para conseguir que el Senado aprobase el reconocimiento formal de Ptolomeo XII como rey legítimo de Egipto. Eso cerró las puertas a las aspiraciones de varios de sus parientes, pues, en caso de que alguien trate de arrebatarse el trono, lo hará sabiendo que pueden intervenir las legiones romanas. Y esa no es una amenaza que nadie, con dos dedos de frente, se vaya a tomar a la ligera.

En cuanto a los triunviros, se embolsaron una suma enorme por la gestión, por supuesto. Los ignorantes y los simples creen que toda esa operación no fue más que una trama de soborno. Se equivocan. Es cierto que la cantidad que pagó Ptolomeo fue ingente; pero hay algo más, algo de mucho más calado que los tontos no ven.

Con esta operación, el rey de Egipto se convierte *de facto* en vasallo de Roma, puesto que depende de su ejército para seguir en el trono. Pero se ha comprometido a abrir sus mercados a los comerciantes romanos. En realidad, ya los banqueros romanos operan en Alejandría con total libertad. La economía romana comienza así a integrarse con la de la ecúmene. Y eso es el primer paso para convertir a Egipto en provincia romana, por métodos distintos a los de la invasión armada. Todo es cuestión de tiempo.

Colina del Celio. Roma. Febrero

Bajar las cuestas del Palatino para cruzar por los barrios populares, sólo para subir de nuevo a lo alto del Celio. Y todo por ver a ese testarudo intratable de Marco Porcio Catón. Un trayecto largo que se le estaba haciendo de lo más fatigoso a Cicerón. Más porque ese día de febrero era frío y ventoso. Las ráfagas le agitaban la toga y sentía helados los labios y la punta de los dedos. Se le metía el frío hasta la garganta, al punto de que estaba temiendo por su salud. Sólo le faltaba enfermar por culpa del maldito Catón.

—La próxima vez, usaré una litera.

—¿En qué quedamos? ¿No decías hace un rato que viajar en litera por Roma era contrario a tu *dignitas*?

—Tanto como eso, no. Pero no quisiera que la gente pensase que Marco Tulio Cicerón está viejo y ya no es capaz de desplazarse a través de Roma por sus propios medios. Pero me estoy dando cuenta de que sería peor que digan que me han visto renqueando y resollando por las subidas de las colinas. Y eso sí que sería contrario a mi *dignitas*. —Resopló, lanzando una nube de vaho—. Lo dicho. La próxima vez, en litera.

Sonrió Pomponio Ático, «el amigo de todos». Agitó su bastón, con pomo con forma de cabeza de Anubis, imitación de uno egipcio, como para animar al abogado a proseguir. Al fin y al cabo, toda esa caminata era culpa suya. Era él quien había acudido a casa de Cicerón para rogarle que acudiese a hablar con Catón. Y todo porque, a su vez, a él habían recurrido la esposa y la hija de aquel líder de los *boni*, a pedirle que intercediese, que hiciese algo.

De camino, se habían detenido a los pies del Celio, a visitar al cónsul Bíbulo en su *domus*. Otro que se había encastillado en su ofendida dignidad de magistrado. Y pese a todas sus razones, la opinión tanto de Cicerón como de Ático era que se equivocaba, y mucho, con las decisiones tomadas.

Cierto que motivos de enojo tenía, porque el día de la asamblea tribal le habían humillado, impedido llegar a la tribuna donde estaba César, cubierto de estiércol y quebrado las fasces de sus lictores. También porque, cuando convocó al Senado para pedir un *senatus consultum ultimum*^[25] que despojase a César de su cargo y dejase sin validez todos sus actos, una mayoría de senadores votó en contra.

Pero se equivocaba porque, como reacción a esa nueva derrota, se había encerrado en su casa, manifestando que allí se quedaría el resto de su mandato. Que se dedicaría a observar los signos del cielo, en busca de indicaciones de los dioses sobre qué decisiones tomar. Y eso, en la práctica, era dejar vía libre a su colega César.

Sin embargo, ese no era ahora el mayor de los quebraderos de cabeza políticos. Sí lo era la actitud que había tomado Catón respecto a la ley agraria de César. Y esa era la razón por la que, ese día desapacible de febrero, el financiero y el abogado subían

con sus séquitos por las cuevas del Celio.

Así se lo explicó el propio Cicerón a Lucio Cornelio Balbo, con el que se encontraron al salir de la *domus* de Bíbulo. El gaditano había meneado la cabeza, al saber qué asunto los llevaba hasta la residencia de Catón.

—Ese hombre... a veces tengo la impresión de que es como esos actores que acaban por creerse sus máscaras. Su actitud de defensor de las tradiciones es una realidad y una táctica a la vez. Creo que es incapaz de librarse de ella. Espero, por el bien de todos, que podáis convencerle.

—Eso espero yo también —suspiró Cicerón—. Se ha equivocado desde el principio. Tú sabes que yo no estoy en contra de la ley agraria de César. Creo que desde el punto de vista jurídico es excelente. Viene a satisfacer una cuestión que tiene descontento desde hace mucho tiempo a Pompeyo. Y es justa. Pero Catón...

Subía el gaditano a ver a Cesenia, la banquera y *negociatrix*. Al saberlo, Cicerón se había deshecho en halagos hacia ella, cosa que no dejó de sorprender a Balbo, pues había creído que la actitud del abogado hacia las mujeres que llevaban sus propios negocios debía ser la de rechazo con la que lo veían los elementos más conservadores.

También, cuando se separaron sus caminos, Cicerón no había dejado de tener algunas buenas palabras sobre Balbo.

—Tiene cabeza y es más dado a la negociación que al enfrentamiento. Es buena cosa que esté cerca de César. Creo que es por influencia de hombres como él y Opio por lo que César trató de ser conciliador. Nos presentó la ley y se ofreció a retirar cualquier punto con el que el Senado discrepase. Pero Catón... Catón tuvo que estropearlo todo.

Más tarde, en la domus de Marco Porcio Catón

¡Qué diferencia entre el *tablinum* de Cicerón y este de Catón! Eso pensó Ático al entrar en el segundo. Eran como la representación de dos Romas, de dos formas de concebir lo romano casi antagónicas.

El gabinete de Catón era una estancia espaciosa y columnada, sí. Pero no había en ella ni estatuas ni bustos helenizantes. Tampoco frescos. Era un estudio, un lugar de trabajo, sobrio al extremo de la casi pobreza, desnudo de todo lo superfluo. Columnas lisas y sin adornos. Bustos cincelados siguiendo estilos latinos ya anticuados, en los que se había buscado un supuesto sabor a romano antiguo. Todo allí mostraba la aversión del propietario hacia lo helenístico y, en general, a cualquier influencia foránea.

Se veían por todas partes, eso sí, estantes y cubos llenos de rollos. Y hacía frío ahí. En ciertas ocasiones, Catón llevaba su cultivo de lo espartano a extremos poco razonables. Aunque por lo menos no era ciego a las incomodidades ajenas, porque reclamó para ellos vino caliente y mandó a una esclava que avivase las ascuas del brasero de bronce.

Se fijó Ático en aquella sirvienta. Joven pero no agraciada. Y eso le hizo recordar las leyendas sobre aquel otro Catón, el Censor, antepasado y ejemplo en todo para este. Decían de él que compraba esclavas feas para que le salieran más baratas. Y que vendía a sus esclavos cuando llegaban a cierta edad, para no tener que mantenerlos en su vejez.

Aquello le hizo preguntarse si ciertos detalles —desde la ausencia de arte helenístico al magro uso del carbón— no serían rasgos de tacañería, más que de austeridad.

Tanta reflexión, así como la contemplación de piezas de estatuaria latinizante, le había hecho despistarse. El dueño de la casa y Cicerón ya se habían enredado en discutir el tema que les llevaba hasta la *domus*. Catón paseaba de un lado a otro, con las manos a la espalda, pronunciándose con cólera fría.

—... no exagero al decir que Roma está en un peligro casi tan grande como en los tiempos en que Aníbal estaba a las puertas. En aquellos días, ese peligro era de destrucción física. Hoy es de ruina moral e institucional. De extinción de la República. Los *populares* se han adueñado de las calles y de las instituciones, y su objetivo último es imponer una dictadura. ¡Y quién sabe si no una monarquía incluso!

Llegó una sirvienta con copas de vino caliente. Cicerón rechazó tomar una. Se acercó en cambio al brasero para calentarse las manos. Habló desde la penumbra, con el rostro iluminado en rojo, porque tampoco tenía Catón muchas lucernas encendidas en aquel estudio.

—Yo no diría exactamente los *populares*. Ni Pompeyo ni Craso lo son.

—Peor para ellos. Creen que aliándose con esa gentuza tendrán campo más libre para saciar sus ansias de poder. Idiotas. Son instrumentos. Cuando ya no les sirvan,

los *populares* les quitarán de en medio.

Ático, desde la casi oscuridad de una esquina, observaba. No estaban ante el Catón encendido que tronaba ante cualquier agravio a las *mores maiorum*. Estaban ante uno de cólera fría. Uno que, asomado al espejo de su famoso antepasado, se revestía de majestad como el que ciñe toga, para oponerse a sus enemigos con grandes palabras.

Cicerón contemplaba las brasas.

—Creo que la situación es más compleja. Yo diría que estamos ante una alianza de hombres fuertes. Alianza coyuntural, por intereses, y no ante un bando formado y sólido. Los *populares* intervienen, sí. Pero sólo porque César se ha hecho con el liderazgo de ese partido, gracias a que la plebe le ve como el heredero moral de Cayo Mario. Pero también están Pompeyo y Craso...

—¿Cómo es posible que esos dos hayan pactado, con lo que se odian?

—Les une el rencor. Ambos han visto cómo una y otra vez sus ambiciones eran frustradas por el Senado.

—Ambiciones ilegítimas.

—No digo lo contrario. Tan sólo expongo la situación. Y no olvidemos que, aparte de esos tres, hay otros muchos con ellos. Hombres importantes, aunque de menor peso. César, Pompeyo y Craso son el triunvirato rector, pero bajo ellos hay toda una pirámide de personajes implicados. El bando de los *populares* no es más que una parte de esos implicados.

Ático, siempre en segundo plano y sin despegar los labios, sabía lo que no podía saber Catón. Y eso era que Cicerón hablaba con conocimiento de causa, ya que uno de los íntimos de César, Balbo, le había tanteado a finales de año para formar parte de ese grupo de hombres fuertes. Que, si hubiese aceptado, eso que ya empezaban a llamar «el triunvirato» sería más bien «el quadrunvirato».

Y Cicerón seguía hablando.

—Hay una conspiración en marcha contra la República. En eso estoy de acuerdo contigo. Pero esta vez no la vamos a detener acabando con unos pocos hombres. La cuestión va más allá de César, Pompeyo y Craso. Es toda una crisis institucional, una vez más. —Se frotó las manos, las tendió al calor de las brasas—. Hace unos años, creí haber puesto fin al problema al ejecutar a todos aquellos cabecillas de los *populares*. Al menos, a los más proclives a conjurar. Cabezas, sí. Porque el problema del movimiento contra la República es que es como la hidra de la mitología. Cuando le cortas las cabezas, no la matas, sino que sólo consigues que le nazcan otras nuevas y, en este caso, más peligrosas.

Cicerón parecía estar ahora hablando a medias para él mismo. Ático se alegró de hallarse entre las sombras. A Catón se le veía a disgusto de repente, cosa que el orador no percibió, puestos los ojos como los tenía en los carbones encendidos. Sí Ático, al que aquella incomodidad dio que pensar.

Todos conocían los rumores acerca de que la conjura de Catilina nunca existió.

Que fue un montaje del propio Cicerón, entonces cónsul, para liquidar a los que él consideraba enemigos de la República. Había quiénes lo creían, quiénes no y quiénes a medias. Porque más de uno suponía que algo había habido y que Cicerón se había aprovechado, magnificando el asunto, para hacer una purga sangrienta.

¿Y Catón? Catón fue, en aquellas jornadas oscuras, el que instigó la condena a muerte de los implicados. Y ahora, al ver su reacción a las palabras de Cicerón, Ático no pudo preguntarse si lo habría hecho aun teniendo él mismo dudas de que toda esa conjura fuese real. ¿O habrían sido incluso Cicerón y él cómplices...?

Salió de esos pensamientos incómodos, porque Catón estaba replicando.

—Si las cabezas de la hidra son más peligrosas que las anteriores, es nuestra obligación presentar más firmeza que nunca. Debemos mostrarnos dignos del ejemplo que ante situaciones igual de difíciles nos dieron nuestros antepasados.

Esa última frase indicaba que Catón comenzaba a emborracharse con su propia grandilocuencia. Y eso, en las circunstancias actuales, no podía llevar a nada bueno. Intervino por fin Ático desde su segundo plano.

—Lo que debemos pensar es en el interés de la República. Lo que han hecho los demás senadores que han aceptado...

—¡Cobardía! ¡Subirse la toga! ¡Eso es lo que han hecho!

Por fin había explotado la cólera roja de Catón. Y, en su fuero interno, no podía Ático negar que tenía razón. Con todos sus defectos, Catón creía estar defendiendo un sistema político, un modo de vida, una moral. Eso se lo aceptaban muchos, aunque no escaseaban los que decían que todo eso era más sinrazón que virtud. En todo caso, estaban allí para evitar males mayores, así que se armó de paciencia.

—Han sido prácticos. ¿Qué gana nadie condenándose al destierro por no acatar la ley agraria de César?

Porque aquel era el motivo último de su visita. César había conseguido no sólo que la asamblea tribal aprobase su ley agraria. No contento con la humillación pública de su colega Bíbulo y el apaleamiento de los tribunos hostiles, había resucitado una vieja ley de dos antiguos demagogos, Glaucia y Saturnino. Aquella pareja sufrió en su día la mala muerte que, a juicio de los *boni*, merecían. Pero ahí seguía vigente su legislación. Y, en aplicación de la misma, el cónsul César decretó que cualquier senador que en el plazo de cinco días no acatase la validez de su ley se vería privado de sus derechos y condenado al exilio.

El uso de tal ley tuvo el efecto del espolón de una nave de guerra contra una ola en apariencia alta, rugiente y arrolladora. La oposición senatorial se desintegró como esa ola, se disolvió en espuma. Lo que siguió sólo puede calificarse de desbandada. Muchos senadores se apresuraron a acatar la ley, lo que arrastró a otros, de forma que hasta los que al principio trataron de que el Senado presentase una resistencia conjunta, hubieron de plegarse.

La última esperanza se desvaneció cuando Bíbulo no consiguió el *senatus consultum ultimum* contra César. Entonces, hasta los dos enemigos más enconados de

la ley agraria, Marco Favonio y Metelo Celer, se apresuraron a aceptar la ley. Y Catón se quedó solo.

Catón ahora se aproximó a un pedestal sin adornos, que sustentaba una solitaria lucerna de barro. Habló al parpadeo de la mecha, sin abandonar su tono altisonante.

—¿No sois capaces de ver que, si cedemos, estos tres tiranos tendrán la prueba de que sólo necesitan presionarnos para lograr sus designios? Volverán a hacerlo, una y otra vez. Y el Senado cederá de nuevo.

»¿Y el populacho? Si ven que se nos puede expulsar a palos del Foro, que pueden atacar a un cónsul, ¡romper sus faces! —alzó las manos como clamando, o como si quisiera estrangular a alguien—, sin castigo. ¡Si se convencen de eso, estamos perdidos! ¡La República estará acabada!

Cicerón salió por fin de su contemplación de los carbones al rojo. Con rostro no sabría decirse si de disgusto o fastidio, mostró las manos, como pidiendo sosiego al anfitrión.

—Ese daño está hecho.

—¡Pues que la plebe vea también que hay *optimates* capaces de mantenerse firmes!

—Una actitud loable, pero a mi entender equivocada. En estos momentos, hacer algo así solo puede dar más victoria a César y hacer que la plebe se crezca.

Eso tuvo la virtud de hacer a Catón bajar de sus alturas. Se paró en seco.

—¿Cómo dices?

—El Senado en pleno ha cedido. Todos hemos acatado la ley agraria. Unos por convicción, otro por cálculo o interés, y más de uno que yo me sé por miedo. ¿Qué puede ocurrir si algún senador se niega a aceptarla? Que eso dará ocasión a César para hacer un escarmiento a su costa. Le desterrará. Acabará de forma legal con su carrera política, sin que nadie pueda mover un dedo en su favor. Y eso otorgará a César más poder.

Catón le observó. Cruzó los brazos sobre el pecho, dudoso. Puso los ojos en el busto de su famoso antepasado, Catón el Censor, que ocupaba un lugar destacado en ese *tablinum*. A su vez, los dos visitantes cambiaron una mirada rápida. Ambos habían oído de gente que le había visto hacer algo parecido otras veces, en momentos de tribulación. Como si buscase consejo o inspiración en la efigie.

Así pues, Cicerón había acertado como un arquero sirio que, al disparar contra un jinete parto, colaba la flecha por un resquicio de su armadura impenetrable. Y luego remató, como ese mismo arquero ya junto al enemigo caído, de puñal.

—La República se enfrenta a otras amenazas, aparte de ese trío.

—¿Qué peligro puede ser peor que ese tirano de tres cabezas?

—Yo no he dicho peor. He dicho otros.

»Al fin y al cabo, Pompeyo está disgustado porque se le ha ninguneado, por el bloqueo sistemático de las iniciativas favorables a sus ciudadanos, porque le han escatimado el reconocimiento de sus méritos. Si todo eso se corrige, tarde o temprano

volverá al bando de la legalidad.

»Craso sólo piensa en Craso y se apartará de todo esto cuando así convenga a sus intereses. Incluso César usa su ascendiente sobre la plebe para medrar, no para destruir el orden establecido. Tiene la cabeza bien puesta sobre los hombros y sabe hasta dónde puede llegar, por mucho que a veces se mueva al límite.

»Pero hay otros que, por su mala fe o por su imprudencia, pueden llegar de verdad a destruir a la República. Estoy hablando de gente como Clodio. Estoy convencido de que ese miserable sí que pretende subvertirlo todo. No conoce freno, ni límites. Es un agitador, un infame, y no se detendrá ante nada.

»Tu negativa a acatar la ley agraria será acorde a tu *dignitas*. Pero, a cambio, privarás a los *optimates* de un puntal moral. De un referente que, en los próximos meses, puede que nos sea más necesario que nunca. Sin ti, los senadores se plegarán a estos tres como cañas en la corriente.

»Nos harás falta aquí, Catón. Aquí. En Roma y activo. No exiliado en Marsella o en Rodas. Te necesitaremos para que infundas valor moral al Senado, para que animes a los buenos romanos a poner freno a sujetos como Clodio, Vatinius o los dos Curiones. No puedes desasistirnos.

El anfitrión le observó largos instantes al parpadeo de las lucecitas. Volvió luego los ojos al busto de su antecesor. Su expresión era ahora muy distinta. Ático se dijo que acababa de ver actuar al mejor Cicerón. A Cicerón el astuto, el que con sus palabras podía convencer al mismísimo Caronte de que era justo que le cruzase a los infiernos gratis. El que acababa de dar a Catón motivos para acatar la ley sin indignidad; de hecho, casi como una obligación.

Antes de que este último diese su respuesta, Ático ya sabía que la visita al Celio no había sido en vano.

Foro romano. Marzo

Caminaban por el mismo lugar en el que poco más de un mes antes César había derrotado a sus contrarios del Senado. Más que derrotado: había pasado a través de sus artimañas legales como un gran buque por las redes tendidas de los pescadores. Había sido una victoria tan completa que dejó al triunvirato —ya nadie se recataba de llamarlo así— como dueños de la escena. Pero eso no había traído la paz política, ni social. Ni tampoco era un éxito tan sólido como creían algunos.

Algunos como aquel cabeza de chorlito de Marco Antonio que, rescatado también de las bandas de Clodio para el séquito de César, se solazaba a carcajadas.

—Están cagados, Cayo Julio. —Se reía el muy patán—. Todos. Bíbulo se ha encerrado en su *domus* por miedo a que la próxima vez le aticen a él también. Por eso no va asomar la patita en lo que queda de consulado. Y el resto de los *boni*, casi, casi. ¡Roma es nuestra!

César, que caminaba con parsimonia para dejarse ver bien, envuelto en una toga de aspecto magnífico, sonreía con benevolencia. No decía palabra, de forma que no se sabía muy bien si estaba siendo indulgente con el joven o es que estaba de acuerdo con lo que decía.

Balbo no, desde luego. Y se estaba enojando. Acababa de regresar a Roma, tras otro viaje al sur. Una escapada fatigosa, en busca de terrenos a la venta y en los que poder asentar a familias romanas dispuestas a cultivar la tierra. Y todo para encontrarse a la vuelta con que alrededor de César revoloteaban ya los moscones, unos fastidiosos y otros de temer.

Pero alguien le dio la réplica, antes de que se decidiera a hacerlo el gaditano.

—Eso es una necedad.

El que se acababa de expresar de manera tan contundente no era otro que Cayo Opio. Se había convertido en uno de los hombres de máxima confianza de César y alguien con el que Balbo estaba llamado a colaborar de forma estrecha en los años por venir... si conseguían anular el decreto por el que los cónsules, tras abandonar su magistratura, debía aceptar un destino oscuro en el sur de Italia, con atribuciones humillantes.

Daba gracias Balbo de que ese hombre estuviese cerca de César. Era un hombre de aspecto pétreo, uno de esos romanos que parecían nacidos para servir de modelo a bustos. Y su carácter estaba a juego, pues tan firme como era su planta, así de sólidas eran sus ideas.

Había estado escuchando los excesos verbales de Marco Antonio, cada vez con peor gesto. Y al advertir, al igual que Balbo, que el cónsul le oía complacido, y que algunos de la comitiva comenzaban a permitirse muecas de aprobación, acabó por estallar.

—¿Qué tontería es esa de que Roma es nuestra? ¿Nuestra? No podemos tratar a Roma como si fuese un reino conquistado.

—¿Que no? Hemos ganado la batalla al primer choque. Roma es el botín, como lo fue de los *boni* durante años...

Ya Balbo no pudo contenerse más. Lo cierto es que no podía soportar a ese joven desmedido, fanfarrón, borrachín y mujeriego. Alto, grande, de esos feos que vuelven locas a las mujeres y con el cerebro de una nuez. O quizás esa última valoración tampoco era justa, pero sí que tenía muy poca cabeza para según qué asuntos.

—Roma es tu patria. Y en tu patria nunca exterminas al bando enemigo.

—Será en Gades. Aquí sí se puede, los pasas a todos a cuchillo.

Balbo resopló, dando a entender que se armaba de paciencia.

—No estaba hablando de manera literal. Pongamos que hicieses una matanza diez veces más terrible que la de Sila en su día. Que eliminases hasta al último, no ya de los *boni*, sino de cualquiera que pudiera sentir simpatía por ellos. Te daría igual. Antes de que pudieras bostezar, verías cómo los tuyos se dividían en dos bandos enfrentados.

El otro le miró de través. Pero antes de que pudiese dar una respuesta desabrida, César tendió con autoridad la diestra.

—¡Calla! Me interesa eso que dices, Lucio Cornelio.

—Es la naturaleza humana. Los hombres juegan a la guerra como los gatos a la caza. Si no les das enemigos, se enfrentarán unos con otros.

—¿Y qué me aconsejas hacer?

—Algo en lo que tú has sido mi maestro, Cayo Julio. En la guerra lusitana, usaste la negociación y la clemencia como armas. Y fueron tan efectivas o más que tus cohortes. Roma vive en tensión, reina la violencia, y eso no es positivo para nadie. Por ahora, vamos ganando. Pero esta es una guerra que nunca se acaba, porque no se puede acabar. Y en el futuro, ¿quién sabe?

Por una vez, hablaba con tanta pasión que César le contemplaba entre sorprendido y curioso. No podía saber el cónsul que el viaje al sur había servido al gaditano para despegarse de la atmósfera romana. Ahora, de regreso, era capaz de percibir lo que no había podido hacer estando inmerso en ella durante meses. En Roma se olía el poder, sí, tal como había percibido al llegar, pero ahora también se daba cuenta de que se mascaba el odio.

El Senado estaba desarticulado y las distintas facciones acogotadas de miedo. César había desempolvado viejas leyes para coaccionar a los senadores hostiles y no dudaría en volver a hacerlo. Como no lo había hecho a la hora de mandar prender a Catón a primeros de año. Las bandas de Clodio y Milón señoreaban las calles y cualquiera que se atreviese a hablar mal de alguno de los triunviros se exponía a un buen susto, como poco.

Pero eso no apagaba la oposición, sino que más bien avivaba las ascuas. Los senadores callaban, pero no acataban. Circulaban toda clase de libelos contra César y Pompeyo, muchos de ellos obra del propio cónsul Bíbulo, y, en los espectáculos populares, los actores hacían sátiras muy aplaudidas de los triunviros...

César, con un gesto, le sacó de esas reflexiones. Era un hombre muy perspicaz y, a través de pocas palabras, había entendido muchas cosas.

—Comprendo lo que dices. Es más: lo comparto. Pero, por desgracia, no es posible entenderse con los *boni*. Lo intenté, amigo. Presenté de buena fe mi ley agraria. Les invité a discutirla. Les ofrecí incluso retirar aquellos puntos que se considerasen lesivos para el fisco. Y ellos, en vez de jugar limpio, recurrieron a la vieja treta de Catón de hablar y hablar para impedir una votación que sabían perdida.

Algo fue a decir Marco Antonio, pero el cónsul se lo impidió con otro gesto brusco.

—No. No es posible entenderse con ellos. Ni siquiera llegar a un pacto. No es lo que más me gustaría pero, si quieren que las cosas se hagan por las malas, por las malas se harán.

Algo más tarde. En la domus de Balbo en el Palatino

Tenía razón al quejarse Menandro, el mayordomo. Protestas que, gracias a la confianza que le daba el llevar ya varios meses ocupándose de la casa, eran casi una reprimenda al *domine*. Reproches que este encajaba con resignación, pues hacía mucho que aprendió que cada cual tiene su carácter y que, en aras de la eficacia, es mejor no pretender que la gente cambie, siempre que cada quien sepa cuál es su lugar.

—No ha sido posible avisarte, hombre —se explicaba con paciencia—. César decidió de repente venir a trabajar hoy a mi *tablinum*. No era nada previsto.

—Pero así es imposible atender a tus invitados de forma acorde a tu *dignitas*. Tu buen nombre se puede ver afectado si se rumorea que Lucio Cornelio escatima viandas o que su casa está fría. ¿Y mi reputación? ¡También se verá manchada!

—Eso tiene fácil solución. Que haya siempre alimento dispuesto para una docena de hombres. Y que los braseros del *tablinum* estén siempre encendidos.

—¡Ah, no, *domine*! —se encrespaba el otro—. Luego me echarías en cara el gasto excesivo, y con razón. Y yo no estoy dispuesto a un despilfarro de comida y combustible tal que atraería las críticas de los hombres y el enojo de los dioses.

Balbo no pudo menos que resoplar. Se marchó con un «ya hablaremos», de nuevo pensando que el otro tenía toda la razón. Y que nada podía hacerse.

El ahora cónsul César había tomado la costumbre de acudir a la *domus* de Balbo a trabajar con sus íntimos y a despachar con gente diversa. Y a veces, como hoy, eso se le ocurría sobre la marcha, en este caso mientras deambulaban por el Foro.

¿Por qué esa querencia? En parte porque Balbo había seguido decorando su *tablinum* con piezas de arte excelentes, que sus agentes le iban consiguiendo aquí y allá. Incluso no estando del todo completo aún, ya se decía que era uno de los mejores gabinetes de toda Roma, en lo que a estatuaria se refiere. Estar allí era un placer para los amantes del arte.

También debía influir que las reuniones pequeñas del año pasado eran ahora más numerosas, con un ir y venir de toda clase de íntimos, clientes y aliados. Y eso suponía un gasto más que considerable. Así que, trabajando en casa de Balbo, César se libraba del desembolso. Seguía corto de caudales y así estaría hasta que lograra un proconsulado, si es que no le mandaban a limpiar de forajidos los bosques y sendas del sur. La tajada que sacase del soborno de Ptolomeo XIII, cuando lograsen que el Senado lo reconociera como rey de Egipto, iría directamente a enjuagar parte de las deudas que tenía con Craso y otros financieros.

Balbo asumía todos aquellos gastos con gusto, tanto por amistad como por interés. Que el cónsul trabajase sus leyes en su casa, que recibiera a personajes en ella, hacía de esta un epicentro de la política romana. El trasiego humano continuo por su *tablinum* estaba incrementando su círculo de relaciones políticas y de negocios a toda velocidad.

Y además, a veces, todo aquello ofrecía recompensas inesperadas. Por ejemplo,

en aquella mañana fría de marzo, con parte de los tabiques de madera retirados para tener más luz, entre el olor de los braseros, el fondo de murmullos, el crujir de ropas y documentos, el vuelo de los estilos sobre tablillas de cera, Balbo tuvo ocasión de ver al mejor Julio César. De asombrarse, de admirarse una vez más ante su portentosa capacidad de trabajo.

¿Pero cómo podía ese hombre atender a tantas cuestiones a la vez? Estaba preparando media docena de leyes, a cada cual más compleja: una segunda ley agraria, la reordenación de la administración en las provincias de Oriente, el reajuste de las sumas a pagar por parte de los recaudadores provinciales...

El *tablinum* estaba abarrotado. Y César iba de un lado a otro, de uno a otro grupo de trabajo, pidiendo a estos datos sobre la redacción de una ley, indicando a estos otros una corrección, saltando de un tema a otro sin pausa. Y luego se detenía junto al escriba para dictarle una carta a un senador. Sin parar. Y Balbo sabía que, encima, tenía en la cabeza la cuestión de su boda con Calpurnia Pisón, a celebrar dentro un mes escaso.

A cambio, también estaba presente el peor César. El rencoroso, el implacable. El que fingía olvidar o desentenderse de sus enemigos y, en realidad, los vigilaba de reojo esperando el momento oportuno de saltarles al cuello. Asomaba ese César rojo en sus palabras, en los comentarios que hacía respecto a tal o cual oponente político.

Balbo tuvo ocasión de comentárselo a Cayo Opio, en un rato que salieron al peristilo, a relajarse un poco, librarse del bullicio y el humo de los carbones, bien envueltos en mantos gruesos de diario.

—Como lo dije ante todos, y con Cayo Julio presente, lo digo ahora aquí, entre nosotros. Se equivoca.

—Es posible. Pero tal vez no haya otra salida. Tú no eres de aquí y no lo comprendes. No entiendes que hay rencores acumulados, no de años, sino de generaciones en algunos casos.

—Claro que lo entiendo, hombre. Gades es una ciudad más antigua que Roma y hay linajes que se remontan a su fundación. Existen enemistades allí, no de generaciones, sino de siglos. Pero hemos aprendido a vivir con eso. Y, la verdad, me sorprende porque César no es hombre que se deje llevar por el odio.

—No se trata de César. Aquí hay muchas cuentas pendientes, muy antiguas, y Pompeyo y Craso están aprovechando para ajustarlas. César no puede contenerlos, porque se volverían contra él. Tampoco puede quedarse atrás, porque pasaría por débil.

—Ya.

Se dijo Balbo que debían de ser terribles los agravios que ahora estaban vengando esos hombres. Personajes capaces de tragar sapos y culebras con tal de llenar las arcas o sacar ventajas políticas. Porque, a fin de cuentas, Pompeyo había tratado de robar a Craso el mérito de la victoria sobre el ejército de esclavos de Espartaco. Se odiaban desde entonces. Y sin embargo habían pactado. Y los dos lo habían hecho

con Julio César, que había seducido a las esposas de ambos tiempo atrás. Y César mismo tenía como aliado político a un tipo como Clodio, que se había colado en su casa tratando de ultrajar a su segunda mujer, Pompeya, lo que le había llevado al divorcio de esta.

—En fin —bufó—. ¿Qué tal un poco de vino, para ir alegrando el día?

—Venga.

El amo de la casa hizo un gesto más que expresivo a un esclavo que pasaba por allí. El de llevarse el pulgar a la boca al tiempo que se sube el codo, para indicar que quería vino puro. Porque, en las largas jornadas de trabajo —fuese en la Domus Publica, en casa de Balbo u otro lugar— César tenía mandado que se sirviera vino con agua en proporción uno del primero y cinco del segundo. Y si no se bebía agua pura era porque Balbo tenía la vieja creencia de los navegantes gaditanos, de que beberla así era llamar a la muerte. Eso sí, a ciertos visitantes, vino puro y del bueno, y en abundancia, para hacerlos más amistosos y sueltos.

—Tendríamos que invitar a vino a los *boni*, a ver si así arreglábamos las cosas.

—Ojalá fuese tan fácil.

—Bromeaba. Además, los *boni* me preocupan menos que otros.

—Otros ¿como quiénes?

—Como Cicerón, por ejemplo.

Opio le observó con cautela.

—Ese es tan retorcido como peligroso. Nunca sabes por dónde va a ir. Pero creí que estabas con él en buenas relaciones.

—Buenas, no. Excelentes. Es más, le respeto y le admiro como abogado y como escritor. Pero nada de eso es óbice para que crea que no hay que quitarle el ojo de encima. Porque es todo lo que has dicho: retorcido, peligroso, impredecible.

»Con los *boni*, al menos sabemos a qué atenernos. De Catón ya sabes qué puedes esperar. Es como un toro. La única duda con él es cómo te embestirá, no si lo hará. Pero en Cicerón hay un algo imprevisible que no sé si atribuir a su forma de ser o al cálculo frío. El caso es que nunca sabes de qué lado se va a decantar.

—Lo sé. Y siempre me he preguntado si, en el fondo, el gran Cicerón no será un indeciso, un timorato.

—Buena reflexión. Quizá el respeto intelectual que siento por él me hace ver malicia donde tal vez sólo hay debilidad de carácter. —Pensó por un instante en aquella visita a finales de año, en la oferta que Cicerón rechazó luego de dudas visibles—. Pero eso no lo hace menos peligroso.

—Claro que no. Y, en todo caso, lo que has dicho vale para la mayor parte de los políticos romanos. Nunca sabes de qué lado estarán aliados mañana.

—Eso es así en todas partes. —El gaditano sonrió.

—En Roma más. Créeme. Aquí cada senador, cada tribuno, es un bando en sí mismo. Nadie se considera menos que nadie. Los que secundan a otros lo hacen tan sólo porque no se consideran lo bastante fuertes como para seguir su propio juego.

César cuenta con ello y, por lo menos, trata de intimidarlos.

—¿Y comprarlos?

—No sé si sería buen método. A lo mejor lo único que se consigue así es despertar en ellos las ganas de conseguir más. Y, en todo caso, es absurdo tender puentes con ciertos senadores cuando Pompeyo y Craso han optado por la dureza. Lo que la concordia de uno suavizase, lo estropearían los golpes de esos dos.

—No es buen panorama.

—Roma siempre es así. Tenemos que movernos con rapidez. Aprobar las leyes necesarias y arreglar ese asunto de las provincias proconsulares del año que viene. Eso es esencial.

—Ni siquiera eso será sólido. —Pensó en Marco Antonio y en su ilusoria sensación de victoria. Contuvo un resoplido—. Lo que César consiga aprobar puede ser revocado el año que viene.

—Por eso hay que atarlo todo bien. Pero, créeme, aquí en Roma no hay certeza absoluta sobre nada: ni sobre las leyes, ni sobre los mandatos, ni sobre los bienes. Por eso rendimos tanto culto a la Fortuna. Estamos en sus manos.

Domus de Lucio Valerio Flaco. Colina del Palatino.

Marzo

Esa noche, Cayo Valerio Flaco se convenció de que Catón propugnaba un mundo sin futuro. Una Roma dirigida por aristócratas de familias añejas; hombres de vida sobria y guardianes de las esencias de sus mayores. Algo que sin duda nunca existió y que no tenía la más mínima posibilidad de hacerlo.

Lucían antorchas, velas, lucernas en la suntuosa residencia que su sobrino se había hecho en el Palatino. Resonaba la música de flautas, arpas y tímpanos de todos los tamaños. Y a sus sonos, entre el agitar de luces, bailaban acróbatas casi desnudas, jaleadas por invitados con copas en las manos y coronas vegetales en las sienes.

Aquello ya no era ni siquiera una *comissatio* licenciosa. Era una orgía en toda regla, como las que celebraban los decadentes orientales. Valerio Flaco era de los que consideraban que las conquistas en Oriente habían corrompido el alma de Roma. Que el choque con los reinos asiáticos, a cambio de llenar de oro las arcas de generales y magistrados, les había infectado de opulencia y vicios. Había envilecido las costumbres, infiltrado religiones extrañas y, en suma, socavado las raíces del mundo romano.

Oriente colmó de oro a los hombres, y también de costumbres licenciosas, ajenas a la vieja Roma. Por lo menos en eso, Cayo Valerio estaba de acuerdo con Catón. Era mucho lo que había cambiado Roma desde que él era joven.

Y la prueba palpable de todo ello lo tenía esta noche allí, justo en la *domus* de su propio sobrino, recién vuelto de Asia. Luces por todas partes, montañas de comida, ríos de vino, muchedumbre de músicos, bailarinas, acróbatas. No faltaba de nada y el viejo militar, educado en otro tipo de vida, no pudo evitar preguntarse con disgusto cuánto costaría tanto derroche.

Los mejores vinos, las viandas más finas, las mujeres más exquisitas. No se había escatimado en nada y prueba de ello era que allí estaba una de las actrices del momento. Nicia Lycoris, con una túnica abierta de gasa que bien poco ocultaba, girando como un tornado mientras tocaba un tímpano con una cabeza de medusa pintada en el parche.

En esa bacanal, no faltaba casi ningún cachorro de los *boni*. Esos jóvenes que algún día serían senadores y ocuparían los asientos de sus mayores en el Senado. Borrachos, vociferantes, con las ropas desarregladas, tocados con coronas de hierbas, el vino corriéndoles por las comisuras, manoseando a las esclavas a la vista de todos. Fue al ver a todos esos ahí cuando Cayo Valerio supo que la Roma soñada por Catón ni existió, ni existiría. La Roma del futuro sería opulenta y depravada, manchada por la religión, el arte y los vicios helenísticos.

Su sobrino acudió de inmediato a abrazarle. Al menos, él seguía bastante sobrio. Moreno, delgado, con el rostro algo castigado por los años y los excesos; algo que, en

su caso, aumentaba ese atractivo oscuro que siempre había tenido para las mujeres. Se cubría con túnica de inspiración oriental, sembrada de bordados, algunos de ellos púrpuras, cosa que no podía sino disgustar a un viejo republicano como su tío Cayo. Portaba corona de hiedras y, las palabras con las que respondió a sus reproches, fueron en cierto modo un bálsamo. Porque indicaban que en aquella orgía de gasto desmedido había algo más que ostentación.

—Regreso de un destino en Oriente, tío. Es bueno que vuelvan a contar en política conmigo, lo antes posible. ¿Y qué mejor forma de conseguirlo que hartarlos de comida, vino y mujeres?

A Cayo Valerio no le quedó otra que asentir, adusto. Entendía la lógica de esa maniobra, aunque no la compartía porque, por otra parte, indicaba hasta qué punto la corrupción reinaba en las clases dirigentes romanas. Su sobrino añadió:

—Hay que gastar. Que se diviertan a mi costa. Que vean las obras de arte que he traído de Asia. Cuanto más fuerte me crean, cuanto más llenas crean que están mis arcas, más me respetarán. Más me darán. Roma es así.

—Será tu Roma, sobrino.

Cayo Valerio aceptó, de manos de un esclavo, una copa de ónice llena de vino de Falerno. Tomó al anfitrión por el codo y se lo llevó tras una estatua de Ares, algo que más tarde consideraría profético.

—Hay muchas Romas y muchos romanos, sobrino. Desapruebo el gasto excesivo y la ostentación. Entiendo tu estrategia pero, justo ahora, puede ser peligrosa. Debes tener cuidado.

—¿Cuidado, con qué?

—Julio César no ha perdido el tiempo. Como cónsul, ha promulgado leyes de gran calado y alguna puede afectarte a ti de forma directa. Tal vez no te hayas enterado, o no le has dado importancia, tan ocupado como estabas con la mudanza.

No podía el viejo general dejar de aludir, con aquello de la «mudanza» a que su sobrino había apurado hasta el último día de su mandato en Asia. Corrían muchos rumores sobre las exacciones que había cometido allí. Que si había saqueado sin piedad templos, edificios públicos, residencias particulares. Que si se había apropiado de estatuas, bustos, frisos, chapiteles. Que si había metido mano a las arcas públicas, extorsionado a los ricos, participado en toda clase de cohechos y sobornos...

De hecho, había regresado a Roma ya entrado el año, porque no había querido separarse de la caravana de carros que trasladaba las obras de arte expoliadas. Ahora se explicaba Cayo Valerio aquel viaje en secreto a Roma, durante la segunda mitad del año anterior. Su sobrino había querido cerciorarse de que su *domus* estaría preparada para acoger a todo ese tesoro artístico.

Tesoro que ahora se mostraba al resplandor de las luces, por toda la casa. Como ese Ares de factura insuperable tras el que discutían con cierta discreción.

—Si te refieres a la ley agraria, ¿cómo no me iba a enterar? —Lucio sonreía como un demonio a la luz de las antorchas—. La noticia de la paliza que le pegaron a

Bíbulo en el Foro corrió con rapidez por todo Oriente. A mí me pilló en Macedonia...

—A Bíbulo no le pegaron ninguna paliza. Ya veo que, como siempre, los hechos se magnificaron y distorsionaron, según iban de boca en boca.

»Y yo no estoy hablando de eso. César ha aprobado otras leyes, aparte de la agraria. Entre ellas, varias sobre la administración de las provincias y contra la corrupción de los funcionarios.

La expresión de Lucio se tornó sombría, lo que hizo menear a su tío la cabeza.

—O sea, que no lo sabías.

—Hay muchos temas en los que tengo que ponerme al día. He estado ocupado.

—Ya. —Señaló con la cabeza a los que libaban y reían, entre mujeres de alquiler—. ¿Y ni uno de esos vagos te ha hablado de esa ley? ¡Bah! Esos idiotas no se ocupan de otra cosa más que de divertirse.

En la penumbra de las llamas, volvió a observar al Ares, antes de volver los ojos a su sobrino.

—Espero que no ocurra lo mismo contigo.

Ahora fue el más joven el que tomó por el codo al más viejo, para llevárselo al peristilo. Soplaban un viento nocturno frío, pero, paseando bajo la columnata, se estaba bastante a resguardo.

—Cuéntamelo tú.

—Mañana mismo te mandaré una copia de esas leyes. Pero te adelanto que, en esencia, facultan para perseguir la mala administración en las provincias. Con estas nuevas leyes, es posible condenar a los acusados de malversación, cohecho o extorsión, sin importar su posición social. ¿Comprendes?

—Malditos *populares*. Estos quieren volver a los tiempos de los Graco y cortarnos las alas. Tratan de negarnos lo que es nuestra principal forma de ingresos. Eso es lo que buscan con leyes como esas.

—Y poner una espada de Damocles sobre las cabezas de los *optimates*. ¿Quién puede estar seguro de no verse ante un tribunal a la vuelta de un mandato? Pero olvídate de los *populares*. César juega a su propio juego. Está buscando el aplauso del pueblo, el apoyo de los caballeros y creo que el favor de los provinciales.

»Ese hombre es un peligro. Le habíamos subestimado. Pero, antes de hablar de planes políticos, debemos ocuparnos de nuestra propia familia y lo que pueda ocurrir a corto plazo.

—¿De qué estás hablando?

El más viejo resopló. Salió un momento al patio, como si quisiera despejarse gracias al aire frío que le sacudió la toga y los cabellos canos.

—Con estas leyes, los cesarianos se han dotado de armas formidables para atacar a los nuestros. Pero ahora sobre todo estoy pensando en ti, sobrino. Tu actuación en Oriente ha sido tan escandalosa como poco discreta.

Como en reacción a esas acusaciones, Lucio se retiró a las profundidades del peristilo, hasta convertirse en poco más que una sombra.

—¿Escandalosa? ¿Poco discreta? No más que la de otros. Si Pompeyo pudo hacerse con tesoros, obras de arte y clientelas durante sus conquistas en Oriente, ¿por qué no podemos sacar nuestra tajada los demás?

—Justo por lo que acabas de decir: porque Pompeyo es Pompeyo y vosotros no. Y podíais ser más discretos.

—Pompeyo no lo fue.

—Él no tenía a sus talones a un hombre como Balbo, que no espera más que una oportunidad de perjudicarte y que cuenta con el respaldo de hombres muy poderosos.

—¡Ese púnico! —La voz de la sombra se hizo bronca—. ¿Va a llevarme a los tribunales él? ¿Qué ha llegado hasta tus oídos?

—No necesito que nadie me cuente nada para prever sus pasos. ¿Tienes tú alguna duda de que tratará de encausarte? Seguro que no lo hará en solitario. Pero él va a estar en eso. Le tengo vigilado desde que llegó a Roma.

Se volvió hacia esa sombra bajo la columnata, con los cabellos blancos agitados por el viento.

—Que sepas que, al menos por dos veces, en los últimos meses, se ha reunido con agentes suyos llegados de Asia.

Lucio Valerio Flaco volvió a salir a la luz de las antorchas. Su rostro ahora estaba teñido de rabia. Emoción que su tío comprendía perfectamente. Ya siendo Lucio cuestor en la Hispania Ulterior, ese mismo Balbo le había llevado a los tribunales por diversos abusos, logrando que le condenasen y le expulsasen de la provincia. El más joven pareció captar por donde iban sus pensamientos.

—Esto no es Hispania. Estamos en Roma y aquí Balbo no es nadie.

—Cometerás un gran error si crees que, por estar en Roma y ser tú un *optimatus* y él un caballero provincial, estarás a salvo.

Ante eso, Lucio se retiró para sumirse de nuevo en la oscuridad, como un demonio que regresase a sus profundidades. De ahí salió su voz, preñada de ira.

—¿Pero cómo va a llevar un romano de mentira, en la propia Roma, a los tribunales, a un romano de verdad?

Cayo Valerio, plantado a la luz agitada de las antorchas, observó casi filosóficamente esas tinieblas.

—Ya lo ha hecho.

—¿Qué? ¿Ese piojoso se ha atrevido a demandar a un *optimatus*?

—De momento, sólo a un caballero.

—¿A quién? ¿Por qué?

—A un hombre sin importancia. Ni siquiera recuerdo ahora el nombre. Al parecer, no es más que uno de tantos que hicieron de agentes electorales para Bíbulo. Invitar, repartir sobornos, lo de siempre. Este fue bastante torpe y descuidado, hasta tal extremo que a Balbo le ha sido fácil denunciarle por fraude electoral. Y es muy posible que consiga que le condenen.

—Maldito... ¿pero qué tiene eso que ver conmigo?

—Todo, sobrino. Balbo está probando sus fuerzas con un enemigo menor. Y he sabido, esto sí y de buena fuente, que los del triunvirato no tardarán en llevar a juicio a Antonio Híbrida.

Lucio hizo crujir los dientes en la negrura. Híbrida, el gobernador saliente de Macedonia. Si iban a por él, no tardaría en llegarle su turno.

—¿Lo sabe Híbrida?

—Supongo. Pero ¿qué más da? Ese hombre es soberbio y descuidado. Creerá que con el dinero amasado y sus contactos saldrá indemne de... —Se cortó a sí mismo con un gesto brusco—. En todo caso, que Híbrida se ocupe de sus propios problemas. Nosotros lo que tenemos que hacer es protegerte, estar preparados para un futuro proceso judicial. Porque te van a denunciar. Es cuestión de tiempo.

—Lo dejo en tus manos, tío. Tú dime qué debo hacer.

—No te dejes ver demasiado, por lo menos de momento. Modera el despilfarro en tus fiestas. Y, eso sí, nada de intentar tonterías contra Balbo. Él no es más que una pieza en una máquina de poder del *tricaranus*.

—¿El *tricaranus*?

—*Tricaranus fera*.^[26] Craso, Pompeyo y César. Así les llaman en algunas sátiras y el término está teniendo fortuna. Y la verdad es que les cuadra, les hace justicia, porque si los dejamos lo devorarán todo.

Foro Boario. Roma. Marzo

A finales del invierno, la victoria de los triunviros era total. Al menos en el terreno de la política. El cónsul Bíbulo estaba encerrado en su casa y, supuestamente, se dedicaba a estudiar los signos en los astros. Anunciaba de continuo que los presagios eran desfavorables y, abusando de las atribuciones de su cargo, jugaba con las fechas para tratar de impedir las asambleas populares y las acciones legislativas de su colega Julio César.

Todas esas triquiñuelas, a caballo entre lo religioso y lo legal, no conseguían detener al cónsul *senior*, por supuesto, que iba aprobando toda una batería de decretos y reformas. Todo aquello en lo que llevaba trabajando desde mediados del año anterior. Y eran buenas leyes, eso no lo negaba casi nadie. La reordenación administrativa de las provincias de Oriente, legislación contra la corrupción, ley sobre el comportamiento de los gobernadores provinciales...

Todas, lo mismo que la ley agraria, eran intachables desde un punto de vista formal. A los que trataban de rebatirlas, César los derrotaba dialécticamente. Y, ante los intentos de obstrucción, reaccionaba con tal contundencia que desanimaba a otros de seguir por esos derroteros. A Licinio Lúculo, por ejemplo, vencedor de Mitrídates y otrora terror de Oriente, famoso en su día tanto por su dureza como por su rapacidad, le amenazó de tal forma que le obligó a suplicar, luego de que se opusiera con excesiva vehemencia, en el Senado, a la reordenación provincial.

Lúculo salió de Roma tras el incidente. Y no pocos senadores le habían ido imitando, temiendo algunos incluso por su integridad física. Todo eso daba alas a los más feroces entre los partidarios de los triunviros, que contaban ya con que su éxito era absoluto. Y no hacía sino aumentar los miedos de los que temían que todo eso acabase en una dictadura *de facto*.

Balbo había vuelto a comentar el asunto con Cayo Opio un día, mientras deambulaban por el Boario, un foro situado más cerca del Tíber y una de las almas comerciales de Roma. Allí, bajo la llovizna y mientras paseaban entre los tenderetes, procurando no tropezar con los gansos sueltos, también Opio se había expresado sin rodeos.

—Los *populares* están ciegos. No son capaces de darse cuenta de que, si el *tricaranus* se consolida, eso supondrá su derrota, tanto como la de los *optimates*.

Balbo no había podido ahorrarse una sonrisa. El *tricaranus*, el monstruo de tres cabezas. Así llamaban a los triunviros las sátiras que circulaba en esos días por Roma, y el propio César —bien porque de verdad le hacía gracia, bien porque neutralizaba ataques de ese tipo tomándoselos a broma— había adoptado entre risas el apelativo.

Después, al gaditano se le fue el humor al pisar un charco. Maldijo. Volvía a llover y, a pesar de ello, el Boario estaba lleno de gente cerrando tratos al por menor. Se estaban formando balsas y caminaban chapoteando.

—Hay que comentarle esto a César —gruñó. Se reacomodó el manto con el que se cubría cabeza y hombros—. No se pueden hacer buenos negocios en un barrizal.

—Esto es cosa más bien de los ediles o de los pretores urbanos. Pero sí, coméntaselo. Al pueblo le agrada que los magistrados se preocupen por su bienestar.

—Y respecto a lo que me comentabas antes...

—Si el *tricaranus* se consolida, el bando de los *populares* entrará en declive. El viejo equilibrio de poder entre los magistrados, el Senado y el pueblo se verá sustituido por una oligarquía que, poco a poco, irá haciéndose con todos los resortes del poder.

—Ya, pero el *tricaranus* se sustenta, entre otros, en los *populares*. Sus líderes ahora están sacando buena tajada.

—Y seguirán sacándola de momento. Pero, a la larga, perderán todo su peso político. Hasta ahora, el poder en Roma ha formado una pirámide de escalones: tribunos, ediles, pretores, cónsules... Si este nuevo orden se consolida, los niveles más bajos irán perdiendo su autonomía. El poder tenderá a concentrarse cada vez más en el vértice.

Balbo se reacomodó el manto pluvial, que le goteaba por los picos.

—Tiene sentido lo que dices. Pero los líderes de los *populares* tienen que verlo. Actuarán en consecuencia. No me imagino a Clodio, Vatinio, los Curiones y demás demagogos quedándose cruzados de brazos, mientras su poder se esfuma.

—Ellos cuentan con que, antes o después, el triunvirato se romperá. Que todo volverá a ser como antes y, que para entonces, ellos habrán obtenido más riquezas y poder.

—Es decir, que, por distintas razones, esperan lo mismo que los *boni*.

—Esos están siendo más activos. Algunos tontos, como Bíbulo, se desahogan haciendo circular libelos contra Pompeyo, lo que no hace otra cosa que enconar a este último. Pero sé de unos cuantos que se dedican a todo lo contrario: a frecuentarle y a adularle. Tratan de malquistarle con César y sobre todo con Craso, con la esperanza de que abandone el triunvirato.

—¿Después de haberle obstruido y menospreciado durante años? Creerán que es tonto. Y en un par de meses se casará con la hija de César.

—Por ese lado la cosa parece afianzarse, sí. Más me preocupa que su vieja enemistad con Craso rebrote, en el momento menos pensado.

—Esperemos que no.

—Este pacto tiene que mantenerse más allá del consulado de César. La jugarreta de Bíbulo de andar declarando días inhábiles justo los fijados para las reuniones de las asambleas tribales está creando un conflicto legal.

—De momento, eso no ha detenido a César.

—No. Pero, en el futuro, puede que alguien lo use como pretexto para anular todas las decisiones tomadas en esas asambleas. Si es así, toda la legislación promulgada por César quedará sin efecto. Creo que eso unirá más que nada a estos

tres, porque entre esas leyes están la agraria que necesitaba Pompeyo y los cambios de las cantidades a entregar por parte de los recaudadores de las provincias orientales, que era vital para Craso, si quería seguir liderando a los publicanos.

—Y si se rompiera el triunvirato...

—Todo podría derrumbarse como una torre de troncos sin atar. Esa es la mejor garantía de que Craso o Pompeyo van a seguir en el pacto. Más que posibles ganancias futuras.

Más tarde. Templo de Volumna

Poco después, tuvo Balbo pruebas de lo endeble que era todo cuanto habían construido. De que, como decía el propio César, estaban venciendo, pero no habían vencido. De que en Roma la Fortuna era siempre mutable y estaba girando de forma continua. Y aquello ocurrió en un lugar que al gaditano le resultaba harto intrigante: el templo de la diosa Volumna, cerca del Foro.

¿Qué mejor lugar para un encuentro sospechoso que un sitio fuera de toda sospecha? Un edificio público, donde si alguien veía juntas a dos personas que en principio no debieran estarlo, creería que era fruto del azar. Que esas dos personas habían coincidido por casualidad.

Además, el día y las circunstancias acompañaban. Algo que Balbo no dejó de interpretar como una muestra del favor de la diosa Volumna. O tal vez de esa otra que también tenía un altar allí dentro. Una de las deidades más arcanas de Roma: Volupia, la diosa del dedo sobre los labios y cuyos atributos eran el silencio y el misterio.

Llovía ahora a mares y el templo estaba desierto. Las inclemencias del tiempo permitieron que tanto a Balbo como su contacto llegasen tapados con mantos. Y pudieron seguir así a cubierto allí dentro, ahora no para protegerse del agua y sí como muestra de respeto a la diosa.

Era buena cosa acogerse a la protección de Angerona. ¿Qué mejor diosa para un encuentro secreto? Ante su altar se encontraron. Balbo llegó primero, pero el otro no tardó. O tal vez ya estaba allí, oculto tras alguna de las columnas severas, de estilo toscano. El gaditano oyó sus pasos, despertando ecos a su espalda, mientras él disponía algunas ofrendas modestas sobre el altar.

—Planean matar a Pompeyo.

Así le saludó el otro por lo bajo, con un susurro ronco. No era momento de cortesías ni de preliminares. Porque el que se acababa de arrimar a él ante la estatua de la diosa del dedo en los labios, cubierta la cabeza con manto gris, no era otro que Cayo Septimio, secretario del cónsul Bíbulo. El hombre al que Balbo había salvado de morir apaleado en el Foro, un par de meses antes.

Ese mismo personaje le había pedido un encuentro discreto. Y, por sus primeras palabras, quería devolverle el favor informándole de un complot en marcha contra Pompeyo. O tal vez recurría a él por considerarle alguien de fiar. ¿Quién sabía? El caso era que ahí estaban ellos dos, una tarde gris, ya oscureciendo, ante una diosa misteriosa, con las ropas húmedas, oyendo llover fuera. Y esas palabras sombrías resonando en la cabeza de Balbo: «Planean matar a Pompeyo».

—¿Quiénes?

Había preguntado sin volverse y estaba pidiendo nombres propios. No necesitaba inquirir sobre qué facción podía estar tramando eso. Con el rabillo del ojo, apreció que el otro sacaba algo de su manto pluvial y, por un parpadeo, temió haber caído en una trampa. Pero no era ningún puñal y sí un rollo. Lo recogió con la zurda, sin

girarse, y lo hizo desaparecer bajo sus propios ropajes.

—Eso es una lista de nombres, que podrían estar involucrados, o apoyar un posible asesinato.

—¿Podrían? ¿Posible?

—Los ánimos están exaltados y algunos hablan acerca de que habría que acabar con el *tricaranus* como sea. Pero de momento no hay nada concreto. Nada cerrado.

—Y en este rollo están los nombres de esos «algunos».

—Sí.

—¿Por qué Pompeyo?

—Porque es él quien tiene el poder militar. Es al que más temen y algunos opinan que el *tricaranus*, sin Pompeyo, no es nada.

Y una forma de que Pompeyo «abandonase» el *tricaranus* era, al parecer, una puñalada en la ingle. Recordó Balbo que, tiempo atrás, Publio Escevio le había informado de un rumor parecido. En aquellos momentos, había dado un valor relativo al aviso. Roma, como cualquier otro lugar del mundo, estaba llena de bravos que se calentaban con el vino, que hablaban de más y luego no hacían nada. Pero aquí había ya algo más.

—¿Algún instigador en concreto?

—Nadie. Todo esto se ha creado solo. Se viene hablando de que hay que parar al *tricaranus* por las buenas o por las malas, y la idea ha ido cuajando poco a poco.

Aquello también le cuadraba a Balbo. En el silencio, fue consciente del goteo del agua de lluvia. De igual forma, así le llegaba la información bajo los auspicios de la diosa de lo oculto. Gota a gota.

—¿Por qué me avisas?

—Porque es un error. Puede llevarnos a una nueva guerra civil, sobre todo si el intento falla y se descubre quiénes están implicados.

—Entiendo. Y tu patrón, ¿qué opina de todo esto?

—Lo desaprueba. Le parece algo indigno, contrario a la *mos mairoum*. Y le causa un gran desasosiego, porque no sabe cómo proceder ante este asunto.

Asintió despacio Balbo en la penumbra. Acabó de disponer las ofrendas mientras recapitulaba con rapidez. Así pues, era muy posible que, aun sin un plan definido, ya se hubiese tomado la decisión en firme de matar a Pompeyo. Y, los que la habían tomado, estaban entre los nombres anotados en el documento que tenía bajo el manto.

—No sé qué hacer, Lucio Cornelio. ¿Cómo impedir esta locura sin perjudicar a nadie?

—De entrada, procura aconsejar bien a tu patrón. Debe marcar distancias con la conjura, sea de momento una posibilidad o ya algo cuajado. No se trata sólo de su propia seguridad. Que se sospechase que todo un cónsul está implicado en un complot para matar a alguien como Pompeyo Magno tendría consecuencias terribles para la República.

—No es posible salir de una conspiración si no se está dentro de ella. Te repito

que el plan no es algo cerrado. Esto no es como un misterio de Oriente, en el que se ingresa de manera formal. Matar a Pompeyo es algo de lo que se habla, flota en ciertas conversaciones y, lo quiera uno o no, si se mueve en ciertos ambientes, acaba viéndose salpicado porque está presente cuando sale el tema.

—Entonces, Bíbulo debe marcar distancias porque ponerse a salvo es preservar la dignidad de su cargo. Convéncele de que debe alertar a Pompeyo. —Alzó la diestra por encima del hombro, con un susurro de la tela áspera del manto—. Sin nombres, sin detalles. Basta con que le mande un aviso de que ha llegado a su conocimiento que se habla de que pueden atentar contra él. —En su silencio, sintió las dudas de su acompañante. Insistió—: Por su propia seguridad. Por la dignidad de su cargo.

El silencio aún se prolongó unos instantes. Luego, Septimio suspiró.

—Seguiré tu consejo, Lucio Cornelio. Haré lo que pueda.

—Yo tampoco me quedaré quieto. —Se tentó la ropa, sintiendo el bulto del rollo—. Estos nombres están seguros conmigo, descuida. Te agradezco la confianza y no te defraudaré. Y te agradezco el aviso también. No lo olvidaré. Si sabes algo más, te ruego que me tengas al tanto.

—Tengo algo más que contarte. Algo sin relación con el asunto de Pompeyo.

—Te escucho.

—Antonio Híbrida ha pedido a Cicerón que le defienda.

—¿A Cicerón? ¿Y este ha aceptado?

—Sí.

Consternado, contuvo Balbo el gesto de acariciarse una barba que no tenía. ¿Cicerón defendiendo a Híbrida? Pero si habían sido colegas en el consulado y no habían estado nada bien avenidos. Cicerón era imprevisible. O tal vez no: tal vez trataba de acercarse a los *boni*, o necesitaba de nuevo dinero. A saber.

—Gracias por la información.

—Una cosa más. También Lucio Valerio Flaco ha tanteado a Cicerón, para que le defienda de tu denuncia.

Ahora sí que por fin volvió Balbo la cabeza. Observó el rostro del otro, casi invisible bajo el mando.

—¿De mi denuncia? Pero si no le he puesto ninguna.

—Todos dan por hecho que, tarde o temprano, lo harás.

Ahora el que no respondió nada a eso fue Balbo. Tras unos instantes de silencio entre ambos, Septimio, cubierto con su manto gris, se retiró por entre las columnas de piedra, como una sombra escabulléndose por las moradas desangeladas de los muertos.

Se quedó solo Balbo ante el altar de Angerona. Ara sobria, diosa romana arcaica. Diosa arcana que con el gesto reclamaba silencio y que intrigaba al Balbo sacerdote. Ni los propios romanos se ponían de acuerdo sobre a qué personificaba ni cuáles eran sus atributos concretos. Pero su efigie invitaba al misterio. Mejor hacerle caso, sobre todo en vista de las revelaciones del día.

Él también se retiró por último, con sus pasos reverberando a lo largo de la nave columnada. La diosa del dedo en los labios salió de su cabeza. El Balbo sacerdote dejó paso al Balbo político. Se estaba fraguando un atentado contra Pompeyo. Y él, Lucio Cornelio Balbo de Gades no podía asistir de brazos cruzados al asesinato de un amigo y benefactor de su familia. Aparte de que aquello iba más allá del crimen en sí. Las implicaciones políticas, las ramificaciones, las convulsiones podían destrozar todo lo que había contribuido a construir. Y, ante eso, no podía quedarse de brazos cruzados.

Afuera de Roma. Finales de marzo

Al final, Silano tenía razón y no llegó a ver un nuevo verano. Servilia sí vio cumplido su deseo para ese día y, cuando sacaron al cadáver de su *domus*, rumbo primero al Foro y luego a la tumba familiar, en la vía Apia, no llovía. Habría sido una desgracia que las ceremonias se hubiesen visto deslucidas por la lluvia. Porque durante los siete días del velatorio, apenas había parado de caer agua.

Ahora, cerca de la tumba familiar, entre cipreses que se inclinaban con la brisa, ardía una gran pira de troncos resinosos. El día era claro, de nubes blancas. El humo subía en vaharadas negras, sin rodear a los presentes que, envueltos en ropajes de luto, entre el crepitar de las llamas y los aullidos de las plañideras, contemplaban cómo el fuego se tragaba el ataúd de Décimo Junio Silano.

Cónsul e hijo de cónsul, había tenido unos funerales acordes a su dignidad y linaje. Durante siete días completos, había estado expuesto en el atrio de su *domus* que, con las puertas abiertas día y noche, había acogido a parientes, amigos, clientes y cuantos quisieron acudir a honrar al cuerpo presente. Tras ese plazo, habían conducido su ataúd al Foro. El finado no había concebido hijos varones. Por tanto, Marco Junio Bruto, hijo de su exesposa Servilia, al que siempre trató como propio, fue el encargado de subir a la *rostra* y pronunciar un discurso laudatorio ante una verdadera multitud.

Servilia, divorciada del muerto, no había podido visitar su cadáver en el atrio de la casa. Esa misma casa que había sido la suya. Pero sí pudo presenciar el discurso de su propio hijo en el Foro. Y también pudo —vestida de luto y con los cabellos sueltos— acompañar al cortejo que sacó el cadáver de Roma y lo condujo hasta la tumba de la vía Apia.

Más tarde, le quedó la satisfacción íntima de que se habló durante largo tiempo de esas honras fúnebres. Porque su cortejo fue uno grande, fastuoso, en el que no se escatimó de nada. Parientes, amigos y antiguos colegas portaron el ataúd de maderas finas. Le acompañó una multitud de notables, los hombres con sus togas negras y muchos de ellos velados, las mujeres con los cabellos sueltos. Y junto a ellos músicos, actores con las máscaras de los antepasados del noble Silano y un enjambre de plañideras que, entre el estruendo de la música, se desgañitaban con lloros y largos gritos de duelo.

Sí. Fue muy vistoso. Y nadie llegaría a saber nunca que, por petición del propio Silano, había sido ella, Servilia Cepión, la que había planificado hasta el último detalle esas honras fúnebres. Ella misma, la que no pudo despedirse del muerto en el atrio del que fue su hogar durante años. Las costumbres se lo impidieron, de la misma forma que habían impedido tantas cosas a lo largo de su vida.

Ella había dado instrucciones precisas al mayordomo, uno de los pocos que estaba en el secreto. Había elegido los músicos, decidido cuánto se pagaría a los actores, qué número concreto de plañideras debían acompañar al cortejo. Lo había hecho estando

aún vivo Silano, a petición de este, que se había ocupado de firmar como suyas todas esas disposiciones. Ya que siempre había llevado una existencia discreta, quiso marcharse por todo lo alto, sin que nada desluciese las exequias.

Rugía el fuego. El ataúd había desaparecido ya del todo entre las grandes llamas. Habían usado tanta madera, tanta resina, tantos perfumes, que no olían a la carne que se quemaba y sí a hoguera, leña y esencias. El calor les llegaba a golpes y los varones de togas negras y rostros velados aguantaban en primera línea. Allí estaban algunos parientes, con la cabeza cubierta por un pliegue de la toga, para indicar que oficiaban de sacerdotes en ese funeral. Y entre ellos, inconfundible para ella a pesar del velo y el pliegue, su propio hijo Bruto.

Bruto, que había pronunciado un discurso sentido, vibrante, en el Foro. Que había hecho tales elogios de los actos y los méritos de Silano que encendieron la emoción en muchos pechos. Y eso incluía a Servilia, que era la primera en saber que el muerto no era el dechado de virtudes que pintó su hijo ante la multitud, desde la tribuna de piedra.

Silano no había sido, ni de lejos, el Padre de la Patria que describió su hijo. No fue más que un senador conservador de lo más típico, más bien gris y mucho más preocupado por su patrimonio y su *dignitas* que por el servicio público en sí. Su hijo podía pintarlo como el héroe que, durante el consulado de Cicerón, siendo ya cónsul electo para el año siguiente, había ayudado a impedir que Catilina diese un golpe de estado contra la República. Pero bien sabía Servilia que su papel en aquellos días turbios fue más bien errático y timorato...

Aventó ella esas ideas. No era el momento. No, ahora que ardía la pira. Y, aunque el discurso de su hijo la llenaba de orgullo, por sus dotes de orador, por la manera en que había logrado emocionar a la multitud, también la carcomía de inquietud.

Bruto, a través de las loas a Silano, había hecho un elogio ardiente de la República y de sus virtudes. Su descripción, más que adornada, de cómo el muerto había plantado cara, junto a Cicerón, a quienes conspiraban contra la República, tenía un tono ejemplarizante que estremecía a Servilia.

No era nada difícil ver, en esa parte del discurso fúnebre, un alegato contra el triunvirato. Desde luego, César, Pompeyo y Craso, así como sus aliados, no iban a pasar por alto ese hecho. Y la situación estaba más que tensa. Toda clase de oradores lanzaban soflamas contra esos tres en público. Circulaban libelos y sátiras. Incluso demagogos afines al bando de los *populares*, como los Curión, padre e hijo, no se recataban de criticar los manejos del trío.

Se hablaba de triunvirato, de tiranía, de la *tricaranus fera*, la bestia de las tres cabezas. La gente comentaba con sarcasmo que estaban en el año del consulado de Julio y César, ya que Bíbulo estaba recluido en su casa. Se decía que ninguna de las leyes aprobadas en esos meses tenía validez, ya que habían sido aprobadas de manera irregular, y que durarían lo que un magistrado tardase en conseguir su invalidación en el Senado. Se decían tantas cosas...

Le causaba desazón ver a su propio hijo unirse al coro de los que denunciaban a esos tres como enemigos de la República. Porque esos tres y los suyos estaban de uñas ante ese estado de cosas, y las banderas a su servicio no se estaban quietas. Más de un crítico había recibido una buena paliza. Y aunque Servilia confiaba en que su hijo no tendría nada que temer de César, no era bueno convertirse en el foco de la animadversión de hombres como Craso o Pompeyo.

Pero la inquietud se transformaba en temor si a todo eso se le sumaba que, dos días antes, la había visitado en su propia casa un íntimo de César. Balbo el gaditano, nada menos. Durante los siete días que Silano había permanecido expuesto en el atrio de su casa, Servilia se había encerrado en la suya, en señal de respeto por el que fue su segundo esposo y padre de sus tres hijas.

Hasta allí se había llegado el banquero, con muchas muestras de respeto, pero para plantearle, sin rodeos, que al parecer había un plan para asesinar a Pompeyo Magno. Y que su propio hijo, Marco Junio Bruto, podía estar mezclado en esa conjura.

¿Debía sorprenderse Servilia? No. Ni por lo primero ni por lo segundo. Muchos senadores consideraban que Pompeyo era el verdadero puntal del *tricaranus*; su cabeza central. Que era el único insustituible. Que si se retiraba —alguno por lo visto pensaba en eliminarlo directamente—, todo se derrumbaría.

Y Bruto siempre había sido algo soñador. Tenía una visión idílica de la República. Si se convencía de que esta se hallaba en peligro, de que se corría el riesgo de que el *tricaranus* se consolidase e instaurase una dictadura, no sería de los que se quedasen de brazos cruzados.

Quería ella creer que eso tenía que ser lo que había llevado a su único hijo varón a participar en la idea de matar a Pompeyo, fuera de lejos o de cerca. Porque acerca de su implicación concreta no había podido o querido ser claro Balbo. Eso y no el odio. Al fin y al cabo, Pompeyo no dejaba de ser el hombre que mandó matar a su primer esposo, el padre de Bruto, durante las proscripciones de Sila. Pero, en aquellos días terribles, Bruto no era más que un niño de ocho años. Y ella, Servilia Cepión, había evitado envenenar a su hijo con el odio hacia el asesino de su padre.

No había querido verle crecer carcomido por el deseo de venganza contra un personaje tan poderoso. Lo hizo sobre todo por miedo a que acabase perdiendo él también la vida a manos de Pompeyo. Ya que este no dejaba de ser hijo de Pompeyo el Carnicero y, aunque ahora se hiciera llamar el Magno, no por nada de joven le apodaban el Joven Carnicero.

Los sacerdotes cubiertos por una vuelta de sus togas negras alzaron los brazos. Los músicos hicieron sonar trompas vibrantes, al tiempo que las plañideras vociferaban una y otra vez el nombre del muerto. Aquellos gestos y aquel escándalo eran la señal de que las llamas habían consumido las carnes del muerto. Indicaba también a los asistentes que debían marcharse. Ahora, los parientes acudirían con jarras de vino, a apagar y enfriar los restos de la pira. Ellos mismos se ocuparían de

lavar los huesos, para librarlos de las cenizas, antes de guardarlos en la urna cineraria.

Pero eso sería sólo una ceremonia para la familia. Por eso los asistentes comenzaron a marcharse. Servilia lanzó una última mirada a la pira, ya más humo que llama. No eran buenos días para ella: César se iba a casar con Calpurnia, su propio hijo andaba metido en una trama para matar al asesino de su primer marido. Y ahora se había ido su segundo marido que, por un giro de esa Fortuna que tanto pesaba en las vidas de los romanos, se había convertido en los últimos tiempos casi en su mentor.

Parada entre los cipreses, con el pelo suelto, viendo alzarse el humo negro, sintió que el viento se llevaba el espíritu de Silano y se dijo que se estaba quedando sola.

Afuera de Roma. Abril

También Balbo asistió a los funerales de Décimo Junio Silano, aunque Servilia no llegó a advertir su presencia. Sin embargo, perdido entre la multitud, el gaditano primero fue testigo del discurso que pronunció Bruto en el Foro. Y, como la madre de este y al igual que otros muchos, sacó sus propias conclusiones de lo que allí dijo el joven político.

Acompañó más tarde al cortejo, entre los toques de las trompas y los gritos de las plañideras, a lo largo de Roma y por la vía Apia, hasta la pira entre cipreses. Puede que nadie se percatase de que estuvo allí, ya que también él vestía toga negra y se cubría la cabeza con un velo. Así lo hacían muchos varones de elevada posición durante los funerales para ocultar su pena y preservar la *dignitas*. Al contrario que las mujeres, que iban con los cabellos sueltos y a cara descubierta. Tal vez para lo contrario: para acentuar las expresiones de dolor ante la pérdida.

Al menos esa conclusión sacó el gaditano, al que le gustaba observar los usos de las gentes. Y aquel fue el primer funeral romano de verdad al que asistió. Durante la guerra de Sertorio había visto quemar a muchos romanos de sangre ilustre caídos en combate. Pero no eran lo mismo las cremaciones de campaña que el ceremonial largo y complicado de las honras fúnebres en la Urbe.

Justo estaba pensando en aquella gran pira de leños, materiales combustibles y perfumes que había devorado al cadáver de Silano. En eso y en Cicerón. Quizá asoció ambas ideas porque el orador también estuvo presente en el funeral. Aquel día y como gesto simbólico, había portado durante unos pasos el ataúd por las calles de Roma, dado que el difunto había sido cónsul de la República, lo mismo que él.

Fue eso lo que le llevó a afirmar de repente:

—Ese hombre... ¿Pero qué ha hecho? Se ha construido una pira para él mismo. Sus propias palabras son los leños en los que arderá.

Hablaba con fastidio, dirigiéndose a su hermanastro Cartalón, que había atracado su *Gallus Ruber* hacía unos días en el puerto de Ostia. Caminaban juntos por entre los agujeros dejados por los árboles, sacados para trasplante ese mismo invierno, en la finca que le había regalado Pompeyo en las afueras de Roma. Se mantenían a cierta distancia de una caseta rústica y de los hombres que allí, con togas en algunos casos suntuosas, oficiaban una ceremonia con la que el gaditano quería tener el menor contacto posible.

Cartalón se echó a reír, agitando la cabeza tocada con frigio rojo.

—Si ese es el más inteligente de los romanos, ¡pobre Roma! Por lo que cuentas, ha conseguido algo de verdad difícil. Que todos hoy salgan perdiendo.

Asintió Balbo, hosco ahora. Su hermano tenía toda la razón. Esa misma mañana se había celebrado el juicio contra Antonio Híbrida por sus actuaciones siendo gobernador de Macedonia. Aquel juicio, aunque por hechos ciertos que iban desde la apropiación de caudales públicos a la incompetencia militar, tenía mucho de político.

De hecho, entre sus acusadores estaban César y Pompeyo, y eso ya lo decía todo.

Cicerón se ocupó de la defensa. Nadie entendía por qué había aceptado un encargo así, ya que Híbrida y él habían sido colegas de consulado, y el enfrentamiento entre ellos había sido la tónica, y después se había visto casi obligado a cederle el proconsulado en la provincia de Macedonia, a la que tenía derecho tras su mandato consular. La mejor explicación era que Cicerón, de nuevo, trataba de congraciarse con los elementos más conservadores del Senado. A no ser que se aceptasen los rumores de los maliciosos, acerca de que el Padre de la Patria volvía a tener apuros económicos e iba a recibir una buena saca de dinero bajo manto, por la defensa.

Todas las dotes del mejor abogado de Roma no bastaron para conseguir la absolucón de Híbrida. El personaje se había comportado en Macedonia con tanta crueldad como codicia y, para remate, había sido un pésimo general. Había sido derrotado por los bárbaros escitas e incluso, en una ocasión, había estado a punto de ser capturado con toda su plana mayor mientras celebraba un banquete. Todo ello, así como la existencia de testimonios verbales y escritos, y las nuevas leyes contra la corrupción, había llevado a su condena. Híbrida tendría que partir al destierro, que era lo máximo que en Roma se podía hacer contra alguien de su fortuna y posición.

El problema vino cuando Cicerón, como ya le había ocurrido en ocasiones anteriores, se emborrachó con su propia elocuencia. Para alegar en defensa de Híbrida no le bastó con apelar a los supuestos méritos del acusado. No había tenido mejor ocurrencia que criticar el momento político y atacar a César, Pompeyo y Craso. Incluso había hecho alusión a los déspotas orientales y sus prácticas, aludiendo a la reciente boda de Pompeyo con la hija de César, Julia.

Y ahora esos dos estaban furiosos. Llenos de ira contra un Marco Tulio Cicerón que, con su discurso, brillante como siempre en la forma, había menoscabado su *dignitas*. Y ellos no eran hombres que dejaran pasar una ofensa de esa clase, sin más.

Cicerón, con un giro de actitud muy propio de él, se había esfumado tras el juicio. Sí, esfumado; no cabía otra palabra. Atemorizado ante las consecuencias de su propia locuacidad, se había encerrado en su *domus*. Y a estas horas de la tarde, según se decía, tras enterarse de las disposiciones que habían tomado los ofendidos, estaba preparando su ausencia de Roma por una temporada.

En teoría, se iba a atender sus propiedades rurales. Era cierto que, justo en esas fechas, muchos senadores iban abandonando Roma para visitar sus fincas durante los meses de abril y mayo, para planificar con sus encargados los asuntos del año agrario. Así que, con esa excusa, el abogado trataba de escapar a las posibles consecuencias de sus actos y, al mismo tiempo, preservar su *dignitas*. Todo ello muy propio de Cicerón.

—Tienes razón, hermano —gruñó Balbo—. Aquí todos han perdido: Híbrida, César y Pompeyo, Cicerón... Bueno, todos menos Clodio, claro.

Clodio. Patricio adinerado y al tiempo agitador del partido de los *populares*. El

jefe de las bandas que señoreaban las calles de Roma.

—No entiendo por qué se ha enojado tanto César —rezongó Cartalón.

Balbo se encogió de hombros. Entendía a qué se refería su hermano. César se había estado tomando a broma los libelos que circulaban por Roma, contra él y sus asociados. Se reía de las obras de teatro en las que les satirizaban y ridiculizaban. Festejaba casi las difamaciones que, desde su reclusión, hacía circular su colega Bíbulo. Y ahora, en cambio, había reaccionado con encono tremendo.

—Creo que es porque esta vez le han ofendido en su propia cara. Y lo han hecho ante senadores y magistrados. Y eso no lo va a consentir. Aparte de que también han salpicado a Pompeyo, y ese sí que no se toma estas cosas a broma. Y si Pompeyo actúa, César no puede ser menos.

Lo cierto era que ahora, por la tarde, estaban en lo que era la finca de Balbo en las afueras de Roma. Terrenos con que el propio Pompeyo le obsequió al poco de su llegada a la ciudad. Allí, César, en calidad de pontífice máximo, y Pompeyo, en la de augur, estaban celebrando uno de esas ceremonias, muy romanas, en lo que lo legal se mezclaba con lo religioso y lo social.

Ya que, en el ardor de la cólera del momento, el primero de ellos había decidido, en uso de sus atributos sacerdotales, aprobar el paso de Clodio de patricio a plebeyo. Algo que este buscaba como un perro de presa desde hacía tiempo, y que hasta ese momento —con buen tino, pensaba Balbo, visto cómo era el personaje— le habían negado. Y todo porque la condición de plebeyo le permitiría presentarse a tribuno de la plebe y acumular todavía más poder.

La fórmula para que Clodio pasase de patricio a plebeyo no era otra que la de ser adoptado por un hombre de la segunda condición. César se había mostrado por fin dispuesto a officiar la ceremonia y Pompeyo, como augur, se prestó a ratificar que los presagios eran favorables. El propio Clodio encontró a toda prisa a un plebeyo dispuesto a adoptarle. Y así era como llevaban inmersos en la celebración de todo el proceso, desde el mediodía.

Un ritual tan largo como complicado, todo muy romano. Había comenzado con el estudio de los augurios, seguido de una ceremonia de adopción en el templo de Júpiter Stator, en el Foro, presidida por César. Y ahora remataba en la finca de Balbo, en las afueras.

Se hacía allí, porque algún lugar necesitaba el «padre adoptivo» de Clodio para recibir a su flamante hijo. Y su vivienda en la Suburra al parecer era del todo insuficiente para eso. De modo que ahí estaban, en un lugar en el que no había aún ni casa construida. Era el remate perfecto de toda la farsa.

Algún día habría allí una residencia suburbial, como las que muchos ricos tenían en el extrarradio romano. Cuando Pompeyo le regaló esos terrenos, Balbo lo vio como un gesto por parte de este. También como una de las adquisiciones de suelo que le permitiría algún día optar al orden senatorial. Ahora, tras conocer algunas de las sutilezas de la vida en Roma, su opinión era bien distinta.

—¿Sabes de qué son esos agujeros?

—Supongo que de árboles trasplantados. Lo que no sé es por qué lo has hecho.

—Pienso hacerme aquí otra residencia.

Lo había dicho con plena intención Balbo, así, y a punto estuvo de romper a reír al ver la expresión de repente tormentosa de su medio hermano. No lo hizo, por respeto a la ceremonia que tenía lugar a no muchos pasos, aunque en sí misma esa fuera una pantomima legal. Cartalón sí que no se recató de tender una mano en dirección a Roma.

—¿Para qué quieres otra casa aquí? Si estás a dos pasos de la de la colina.

Sonriente, el *pater* de los Balbo le tomó por el codo para llevarle a pasear un poco más allá, porque la voz de su hermano era bronca como la brea.

—Porque la *domus* es una residencia pública. —Reflexionó un instante—. Bueno, no sé si ese término es el correcto. Pero la *domus* es donde un hombre de posición hace su vida más pública. Ahí vive con su familia, si es que la tiene. Ahí tiene el *tablinum*, donde trabaja. Ahí es donde recibe a sus clientes.

—¿Y qué más quieres?

—Es bueno tener una residencia aparte, en la misma Roma o casi, donde poder retirarte. La que me voy a construir aquí me permitirá una vida más privada en ciertos aspectos. Además, estoy un poco harto de tener a los hombres de César cada dos por tres en mi *domus*, interfiriendo con la vida cotidiana.

—Pues dile a esa panda de gorriones que se vaya con viento fresco, a comer y a beber a costa de otro.

—No seas bruto, hombre. Así no se hacen las cosas y yo saco mis buenos contactos de esas reuniones. Me construiré aquí una segunda residencia. Mi arquitecto Corumbo ya me ha presentado los planos y, cuando venga el buen tiempo, comenzaremos las obras. Por eso hemos quitado los árboles, para llevarlos a otros terrenos.

—Habría sido más barato talarlos.

—¿Desahuciar a los números que viven en esos árboles para instalarme yo en el suelo que ellos ocupaban? No, gracias. Mi residencia aquí se edificará con el debido respeto a los números y al *genius loci*.

«El *genius loci*», sí. Porque, en aquellos momentos, en la finca no había más que un altar rústico, sin imágenes, y una caseta en la que en tiempos debía dormir algún esclavo de Pompeyo cuando acudía a limpiar o desbrozar un poco. Esa era la supuesta vivienda que había alquilado Balbo, por unas horas, al nuevo padre de Clodio.

La comedia era total. A Balbo le resultaba curioso constatar cómo los romanos eran temerosos de los dioses, y supersticiosos al punto de supeditar la toma de decisiones y la vida pública a augurios y calendarios. Y, al mismo tiempo, ese aferrarse a ritos y normas hacía que, al parecer, creyesen que, jugando con esas normas, de la misma forma que los abogados juegan con las leyes en los juicios,

podían engañar a los dioses.

Ahí estaba el caso de Bíbulo, que llevaba todo el año colocando los días infaustos en las fechas en que se celebraban asambleas, para poner a toda la legislación dictada por César al borde de la ilegalidad.

Y ahí estaban ahora el propio César y Pompeyo Magno, llevando a cabo en su finca, sin el menor reparo, una ceremonia que era en realidad una jugada política, a la par que una venganza contra Cicerón. Ahora estaban compartiendo pan, sal y fuego de manera solemne con el adoptado y el adoptante. Como para recalcar la burla, el segundo era incluso bastante más joven que el primero.

Al verlos a todos allí, a Balbo casi le dio la risa. Sus ojos pasaron con rapidez del «padre», al «hijo». Porque el famoso y temido Clodio era un hombre que brillaba allá donde estuviese. Alto, moreno, de rasgos marcados, llevando con garbo una túnica pretexta. Un sujeto turbio, dotado de un innegable atractivo oscuro.

Justo eso último hizo que Balbo recordase a Lucio Valerio Flaco y, por tanto, el motivo por el que había convocado a su hermanastro a Roma. Pero, en vez de plantearle el asunto de manera directa, llevado por un brote de malicia, decidió hacer rabiar un poco a aquel cascarrabias.

—Cartalón. Precisamente, la residencia que me voy a construir aquí, es el motivo por el que te he llamado.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso? No esperarás que me ocupe del transporte de materiales de obra.

—No será necesario. Hay buenas canteras en Italia. —Sonrió—. Pero quiero que zarpes con el *Gallus Ruber* rumbo a Oriente. Mi arquitecto Corumbo embarcará contigo y lleva instrucciones precisas. Iréis a Grecia, a Asia, a Fenicia, adonde sea menester. Vuestro encargo es el de conseguir estatuas, bustos, capiteles y obras de arte en general.

El otro le miró de forma tenebrosa. Se arrancó el frigio de la cabeza, se golpeó ese gorro contra el muslo, al tiempo que hablaba con voz calma.

—¿Es para la casa que te vas a construir en este terreno?

—Para esta, para mi *domus* y para la villa que me voy a construir en Túsculo.

—Muchas casas necesitas tú. En Gades te apañabas con menos.

—Esto no es Gades. En efecto, aquí necesito más casas y, por tanto, obras de arte en número y calidad acorde a mi posición. En Gades, la máxima expresión de la valía de un hombre es su capacidad para levantar negocios. Aquí, en Roma, es la *dignitas*. Los hombres de posición acumulan dinero, pero sólo para gastarlo después en residencias suntuosas, en juegos, en reparto de dádivas a la plebe durante las fiestas... Todo eso aumenta su *dignitas* y les eleva en la pirámide social.

Cartalón, frigio rojo en mano, puso los ojos en los celebrantes, que compartían ahora vino a las puertas de la «casa» del padre. Se encogió de hombros, mucho más filosófico de lo que su hermano esperaba.

—¡Qué gente tan rara! Aunque, bueno, en mis viajes he conocido pueblos mucho

más extraños y de costumbres más incomprensibles. Allá cada cual con lo suyo... Se hará como dices, *pater* y hermano, y navegaremos sin rechistar allá donde tu arquitecto diga. —Se volvió a mirarle con sus ojos oscuros—. Pero ¿por qué él? ¿Quién va a supervisar la construcción de tus nuevas viviendas?

—Corumbo me ha demostrado ser todo un experto y estar dotado de buena cabeza. Por eso le confío esas compras. Saldrás con dinero contante y sonante, y cartas para banqueros orientales, por si son necesarios más fondos, que lo serán. Todo eso estará a tu cargo, hermano, pero quiero que Corumbo tenga libertad absoluta a la hora de decidir qué se compra y qué se paga.

—Así se hará. No diré ni mú, ni tampoco le haré tirar luego por la borda.

—Ni se te ocurra. No hay otro como él. Te diré que Corumbo es un entendido en arte, que ya ha viajado por esas costas y sabe a qué puertos acudir. Y en cada uno de ellos a qué artistas y talleres acudir. Tiene los planos de esta residencia y de la villa de Túsculo en la cabeza y sabe, por tanto, qué es lo que será más idóneo en cuanto a forma y dimensiones.

»Y eso responde en parte a tu segunda pregunta. Corumbo ya ha concluido sus planos y ha buscado a hombres que ejecutarán de forma exacta las instrucciones. Y todavía tardaremos un par de meses en comenzar las obras.

—Trataré de regresar lo antes posible.

—Tómate el tiempo que sea necesario. Porque te voy a confiar otra misión, bastante más peligrosa que regatear con escultores.

—La primera ya lo es. Si vamos de puerto en puerto, en cuanto se corra la voz de que llevamos dinero y esculturas valiosas, los piratas van a zarpar a nuestra estela como tiburones detrás de la sangre. Va a ser un periplo divertido.

—¿Divertido, eh? Me alegra entonces ayudar a tu regocijo, hermano. Porque, además, en la provincia de Asia embarcarás a varios hombres que testificarán contra Lucio Valerio Flaco en un futuro juicio.

El otro le miró de hito en hito. Se levantó una brisa de abril que les agitó los cabellos, los velos de las túnicas y, en el caso del marino, las barbas.

—¿Vas a pleitear contra Flaco? ¿En Roma?

—En Roma o en las ruinas de Cartago, o en los infiernos si hiciera falta. De todas formas, si se produce la denuncia, yo sólo seré uno de los acusadores. Y esos testigos de los que te hablo pueden dar fe de los expolios y crímenes de Flaco en la provincia de Asia. Por eso me temo que, si no se toman las debidas precauciones, no lleguen nunca a Roma. No serían los primeros testigos contra altos cargos provinciales que desaparecen por el camino.

—Llegarán vivos a Roma. Tienes mi palabra.

—Cuento con ello. Te daré una relación de nombres para que los busques.

—¿Buscar? ¿Es que no están localizados?

—No del todo. Llevo tiempo sopesando la idea de pleitear contra Flaco y discutiendo de ello con gente del bando de los *populares* que, tengo que admitirlo,

tienen sus dudas. He reunido datos, nombres, pero no había dado ni un paso en ese sentido. No obstante, hoy, tras lo que ha ocurrido con el juicio de Híbrida, me he decidido.

—¿La condena de Híbrida te ha decidido?

—No. Híbrida ha sido condenado no tanto por su rapacidad o su mal gobierno en Macedonia, como por su mal hacer en lo militar. La provincia estuvo en peligro por culpa de su ineptitud y las armas romanas se cubrieron de oprobio al sufrir derrotas, algunas humillantes, ante pueblos bárbaros como el escita.

»No es el caso de Flaco. Con buenos abogados, es muy posible que le absuelvan.

—Entonces, ¿para qué pleitear? No lo entiendo.

—Porque de nuevo juzgas a los romanos según tus criterios. Mira a esos. — Señaló con la cabeza al grupo de hombres que compartían vino de la misma copa—. Hoy, César y Pompeyo han conseguido que Híbrida sea condenado y exiliado. Un enemigo menos.

»Sin embargo, están llenos de ira y resentimiento. Han ganado el juicio, pero su *dignitas* se ha visto dañada por el alegato de Cicerón. Por eso ahora se están vengando de él, al precio de dar poder a un sujeto tan peligroso como Clodio. —Hizo una pausa. Se frotó las manos como si tuviera frío. Remató—: No busco la condena de Flaco. Me conformo con dañar su *dignitas*.

—Si eso es lo que más le importa a un romano, como dices, es una buena venganza. Pero ¿en qué puede interesar eso a tus aliados?

—En que la batalla política se desarrolla ahora, sobre todo, en ese terreno. Lleva tiempo así. ¿Por qué crees que Catón consiguió que aprobasen una ley por la que mandarían a los cónsules de este año a supervisar bosques y caminos en el sur de Italia?

—¿Para dañar la *dignitas* de César?

—Exacto. Y eso es tanto como mermar su prestigio ante el pueblo. No es sólo que le priven de los ingresos que supone gobernar una provincia proconsular al acabar tu mandato. Es que el destino en el sur de Italia no lleva aparejado mando efectivo de legiones. Y eso es algo inaudito para un cónsul saliente. Una humillación.

—Ya. Y César, ¿no piensa hacer nada al respecto?

—Ya lo ha hecho. En unos días, un tribuno de la plebe presentará una ley que derogará eso y concederá a César el mando de la Galia Cisalpina y la Iliria, que son dos regiones grandes, ricas y con varias legiones. Así, la *dignitas* de César se verá aumentada.

—¿Y logrará que eso se apruebe?

Balbo contempló a los celebrantes, con una sonrisa flotándole en los labios.

—Dalo por hecho.

—Y volviendo a Flaco...

—Hoy, al ver las reacciones de César y de Pompeyo, he comprendido algo. Si sabemos llevar el juicio por los derroteros que nos interesan, no importará tanto que

sea absuelto. Si conseguimos que su *dignitas* se vea manchada, su prestigio y en general el de los conservadores caerá, y eso será una victoria política para los nuestros. Por eso, ahora sé que se decantarán por llevar a juicio a Valerio Flaco.

—¿Y todo eso se te ha ocurrido hoy?

—Sí. Al ver cómo han reaccionado César y Pompeyo a las ofensas públicas de Cicerón.

Su hermano se colocó con cuidado el frigio colorado.

—Entonces, rectifico. Hoy todos han perdido, menos Clodio... y Balbo.

El aludido le miró, pillado por sorpresa. Sonrió.

—Cierto. Hoy, Balbo gana.

De las notas para la Historia secreta de Roma, de L. Cornelio Balbo

Se considera que el consulado es la máxima dignidad política a la que puede aspirar un ciudadano romano. Es la cima del *cursus honorum*, esa carrera de magistraturas que los estadistas han de recorrer, en una secuencia de cargos concreta y, a ser posible, ocupar cada uno de ellos con una edad idónea. Los cónsules son dos, y se contrapesan entre ellos, con el Senado y con las asambleas populares. Un poco a la manera de los sufetes y el Senado de Gades, aunque repito que en Roma son sólo dos, son electos y su mandato es tan sólo por un año.

El cargo de cónsul y sus características son el fruto de la convergencia de varios factores. Por un lado, está la aversión de los romanos hacia la monarquía y el temor a posibles dictaduras. Por el otro, la necesidad de manos fuertes, con poderes amplios, pero controlados, que puedan gobernar a la República.

Sin embargo, aunque sea la cima, el consulado no es el final de la carrera de un político romano. Estos, tras ocupar el cargo, suelen optar a gobernar una provincia proconsular. Estas acostumbran a ser las más ricas y extensas, y las que cuentan con más legiones, motivos ambos por los que son tan codiciadas.

Oro y legiones. La opción de enriquecerse y la posibilidad de ganar gloria militar y, por tanto, un triunfo. Esas son las dos cosas que más puede ambicionar un romano que ya ha ocupado la más alta magistratura, y no ocupar un asiento en el Senado y dedicarse a legislar y a conspirar. Y César, tras lograr la elección como cónsul *senior*, tenía puestos los ojos en el proconsulado.

Los *boni* no trataron en impedir que lograrse el cargo. No podían negárselo. Pero sí maniobraron en el Senado para hurtarle toda posibilidad real de obtener ingresos y honores. Una ley de los tiempos de los Graco indicaba que la asignación de provincias proconsulares a los cónsules debía de hacerse antes de que estos resultaran electos. Así, al no saber quiénes eran los ganadores, se evitaban nombramientos favorables o perjudiciales en función de la persona concreta. La primera de las jugadas de los *boni*, temiendo que ganasen César y Luceyo, fue conseguir que, mediante argucias legales, eso se retrasase hasta después de las elecciones.

Cuando César resultó elegido cónsul *senior*, intervino Catón. Maestro en jugar con las leyes y en manipular los procedimientos, no tardó en armar un artificio legal. Sus partidarios organizaron toda una campaña de alarma acerca de la supuesta mala situación que se vivía en el sur.

Es verdad que en el sur de Italia las cosas no están bien. Los pueblos de esas tierras nunca han soportado bien el yugo romano. Muchos de ellos se pusieron en su día del lado del rey Pirro de Epiro, cuando invadió Italia en auxilio de las colonias griegas. Luego ayudaron a Aníbal, al que en muchos lugares acogieron como a un verdadero libertador. Y hace veinticinco años tomaron partido por Mario. La

represión de Sila contra esas tierras fue brutal, hasta tal punto de que pueblos enteros, como los brucios o los lucanos, se pueden dar por extintos, y lo que en otro tiempo fueron grandes ciudades costeras griegas son ahora poblachos de pescadores.

El sur siempre fue una zona silvestre, pero ahora se ha convertido en bosques casi deshabitados. Y a ello hay que sumar que la guerra de los gladiadores dejó allí también sus huellas.

Los romanos tienen un miedo atroz a que estalle una nueva guerra servil o social. Y Catón y los suyos supieron sacar partido a eso, a partir de sucesos aislados. Consiguieron despertar el temor a que, en el sur, los habitantes más rebeldes estuviesen organizando guerrillas antirromanas, en colaboración con partidas espartaquianas, formadas por esclavos huidos. Con esa excusa, lograron aprobar un decreto por el que los dos cónsules, al acabar su mandato, partirían como procónsules a esas zonas, a supervisar los bosques y los caminos.

Eso era una ofensa y una humillación. Sospecho que Catón incluso albergaba la esperanza de que César llegase a rebelarse. Porque Catón es un mal bicho. Fuera de Roma tiene fama de gran estadista, pero no es más que un politicastro. Otro que se llena la boca de leyes, orden, legalidad, y que, a la hora de la verdad, antepone los intereses propios a los generales. En el Senado gaditano tenemos a unos cuantos de su calaña, aunque por suerte no tan hábiles. Él, con sus sucios manejos, ha contribuido en buena medida a la decadencia de la República y, de hecho, ha empujado a más de uno a la rebelión, puesto que los romanos no soportan las ofensas a su *dignitas*.

Pero, si esperaba una reacción así de César, es que una vez más le infravaloraba. También sobrevaloró su poder en el Senado. Creo que ni soñaba, sobre todo habiendo sido elegido cónsul *junior* su propio yerno, que un César de regreso de Hispania iba a destrozarse sus tramas con tanta contundencia.

César, ya en el cargo de cónsul, ha deshecho cualquier oposición organizada en el Senado. Y, una vez conseguido eso, ha recurrido a Vatinius. Este es un tribuno de la plebe, un demagogo tan feo como codicioso y sin escrúpulos, dispuesto a lo que sea con tal de medrar. Desde luego, el partido de los *populares* está tan lleno de gentuza como el de los *boni*. Cambian las cataduras, los modales y los métodos, pero eso es todo.

Eso sí, Vatinius es más que eficaz, ya que se hace recompensar caro por sus servicios. No sólo acudió a la asamblea popular para dejar sin efecto el decreto que enviaba a César y Bíbulo al sur, sino que logró que al primero le asignasen nada menos que la Galia Cisalpina y la Iliria, que no son excesivamente ricas, pero sí ofrecen grandes posibilidades de gloria militar, pues están amenazadas por los bárbaros por el norte y el este. Y también consiguió que le otorgasen un mandato por cinco años, y el derecho a nombrar a sus legados en las legiones, que son nada menos que tres.

Pero eso no es todo, porque una vez más la Fortuna señaló con su dedo a César. El procónsul designado para la Galia Transalpina, Metelo Celer, murió cuando estaba

de camino para hacerse cargo de su provincia. César atrapó la oportunidad al vuelo. No sólo forzó al Senado a ratificar los poderes proconsulares que le había otorgado la asamblea popular en plebiscito. Obtuvo además el mando sobre la Galia Transalpina y también una cuarta legión.

Así pues, como cuando obstaculizó el triunfo de César, a Catón se le ha vuelto la jugada contra él. Por haberle hurtado en su día una provincia, ha logrado que ahora tenga tres, así como cuatro legiones y cinco años de mandato. De lo que se deduce que Catón no planea tan bien como debe creer, o no contempla todas las posibles consecuencias. O quizá sí, pero tiene en su contra que César es favorecido en grado sumo por la diosa Fortuna, esa que pesa tanto en los destinos de los hombres, pero aún más en el de los estadistas romanos.

Foro romano. Mayo

Los pronósticos optimistas de Balbo se cumplieron. En lo personal, no podía estar más satisfecho, ya que ganó su juicio por *ambitus* contra uno de los secuaces de los *boni*. Y el tribuno de la plebe Vatinió consiguió derogar la ley de Catón que iba a enviar a los cónsules de ese año a supervisar los bosques y caminos del sur italiano. Y, una vez logrado eso, a Julio César le fue fácil obtener del Senado la asignación de la Galia Cisalpina y la Iliria, por un periodo de cinco años.

Esa victoria política vino dada, de forma paradójica, por la intransigencia de Catón. El clima de enfrentamiento había llevado a que muchos senadores dejasen Roma con distintas excusas, entre ellos el propio Cicerón, aunque él sí tenía motivos para temer por su integridad. Y, de los que quedaban, muchos no se animaban a pisar el Senado. Así que a los cesarianos les fue fácil obtener ese mandato proconsular, con el apoyo de los senadores afines a Pompeyo y Craso.

Y eso, curiosamente, estuvo a punto de costarle la vida a Balbo. O, al menos, tal idea se le pasó como una centella por la cabeza, mientras él y sus hombres peleaban a bastonazos, puñetazos y pedradas contra una turba furiosa en el mismísimo Foro y a plena luz del día.

El griterío era ensordecedor, volaban las piedras y, mientras enarbolaba su bastón como si fuera una maza de guerra, al gaditano le pareció como si todo el lugar apestara a rabia insensata.

—¡Vamos! ¡Vamos!

Así les bramaba a sus hombres, instándoles a salir de aquel lugar abierto en el que les atacaban en desorden, por todos lados. Sudaba y la gran empuñadura de su bastón de ébano, con forma de granada, mostraba, ahora sí, el rojo propio de esa fruta. Goteaba sangre, porque ya había descalabrado con ella a más de uno, y a más que lo haría antes de que acabase todo aquel jaleo.

Lo cierto es que, aunque sus atacantes eran muchos más, cedían, se abrían ante ellos, porque estaban desorganizados y, además, los de Balbo sabían pelear mejor y se jugaban más.

—¡Al templo, patrón! —le gritó casi al oído Hermógenes, entre el vocerío.

Y sin esperar respuesta, él mismo encabezó la corriente, abriéndose paso a palos hacia las gradas del templo de Júpiter Stator. No era tiempo de enmendar la plana a su empleado. Balbo se dejó llevar entre sus hombres, que trataban de protegerle con sus cuerpos. Arrastrado casi, se le ocurrió que era buena cosa que hubiese tantos templos en el perímetro del Foro. Habida cuenta de los tumultos que allí se organizaban, resultaba conveniente contar con lugares de asilo por si, como ahora, había que salir huyendo.

Dos de sus hombres llevaban por las axilas al causante de la pelea. Un hombre casi inconsciente, que sangraba por las narices y una ceja. Le habían dado una paliza tremenda, al punto de que había perdido la toga, y si seguía vivo era porque habían

intervenido Balbo y sus hombres. Pero o se apuraban, o podían acabar todos muertos.

Así que se hicieron pasillo a las bravas. Y no fue fácil, porque aunque los que se veían con aquellos energúmenos con bastones y punzones perdían las ganas de pelear y escapaban, otros muchos acudían enrabetados por los lados y detrás.

Balbo pisó resollando el primer escalón del templo, con las ropas rasgadas y sabor a sangre en los labios. ¡Tanto altercado por ese majadero que ahora colgaba entre los brazos de sus hombres! Un senador de nombre Cayo Catón. Pariente de ese otro Catón, el jefe de los *boni*. Tan conservador y todavía más asno que él.

¿Pues no había tenido ese necio mejor ocurrencia que acudir al Foro, a hablar mal de los triunviros? En especial, había arremetido contra Pompeyo, al que había tildado de bárbaro y de querer ennoblecer su sangre gala casándose con la hija de César. ¿Adónde quería llegar con todo ese discurso? Nunca lo sabrían. El populacho congregado había reaccionado con violencia a sus palabras. Alguien se había echado para adelante, puños en alto, arrastrando a la masa al asalto de la tribuna. Le habían zarandeado y golpeado, antes de tirarle por las escaleras. Y ya abajo, le molieron a patadas.

Ahí se creyó en la obligación de intervenir Balbo, que paseaba por el Foro con buena escolta. Como en la otra ocasión, lo hizo para impedir que el asesinato tumultuoso de uno de los *boni* provocase un escándalo político y un enconamiento aún mayor de las posturas. El problema fue que, si en la ocasión previa unos cuantos empujones le permitieron rescatar al secretario de Bíbulo, ahora el populacho se revolvió contra él y los suyos. Sólo que ellos no eran víctimas fáciles. Y por eso, tras una pelea desigual que dejó brechas, huesos rotos y mataduras, habían logrado llegar a lugar seguro.

Subieron las gradas del templo de Júpiter Stator y la chusma no se atrevió a seguirles. Se detuvieron al pie del primer peldaño, increpándoles y lanzando bravatas. Algunos, más enconados, comenzaron a tirarles piedras. Balbo alzó un pliegue de su toga, como una cortina, para protegerse de los cantazos, y los suyos se cubrieron como pudieron de igual manera o con sus mantos y capas.

Fue el último susto. Enseguida ganaron la protección de las columnas, entre suspiros de alivio. Ya estaban a salvo. Balbo bajó el bastón, notando los dedos pringosos de sangre ajena. Se tentó el labio roto, luego el ojo izquierdo, que se le estaba hinchando y cerrando con rapidez. Contempló sin ninguna simpatía a Cayo Catón, despatarrado inconsciente sobre las losas. Se dijo que, a veces y en ciertos temas, su madre tenía razón. Y maldijo con toda su alma a todos los Catones que en el mundo habían sido.

Domus de Balbo. Esa misma noche

Ya de oscurecida, Balbo permitió que su mayordomo le hiciera una cura. No había sufrido heridas de gravedad, pero sí algunos golpes en la cara, y se dolía en las costillas. Así que, cuando Menandro insistió en revisar las heridas, aprovechando el momento en que él mismo le trajo algo de vino, apartó con un resoplido estilo de metal y tablilla de cera, para dejar que el otro le aplicase remedios.

Gruñó, mientras le pasaba un paño por el ojo hinchado.

—Maldición, Menandro. Trato de comprender a esta ciudad, pero me cuesta. Me cuesta.

—¿Qué es lo que hay que comprender, *domine*?

—Quizá nada. Pero a veces me resulta muy ajena. No acabo de entender a la gente de Roma.

—¿La gente? Son como el agua, *domine*, como la miel. Fluyen, ocupan los huecos. No tienen forma propia.

Balbo, sentado, se pasó la lengua por el labio partido.

—Tal vez tengas razón. Desde luego, Roma no es como Gades. Esto es una megalópolis, un hacinamiento inmenso de gentes. En Gades, todo el mundo tiene vínculos, la sociedad es un entramado gigantesco de relaciones. Aquí, la base social es una masa humana informe... —Se levantó para servirse él mismo vino dulce en copa de ónix, cortando en seco la protesta del mayordomo, con un gesto brusco—. Ni tú ni yo somos de aquí. Quizá por eso percibimos matices que los propios romanos no. Creo que ellos mismos no acaban de entender a su sociedad. Y si no, ahí tienes a ese necio de Cayo Catón...

Bebió con cuidado, por el lado sano de la boca.

—¿A quién se le ocurre presentarse en el Foro y denostar en público a Pompeyo? Se me ocurre que el muy idiota habrá visto cómo la plebe ríe las groserías de los libelos, y cómo aplaude las burlas de los actores a costa de los triunviros, y ha creído poder agitar a la masa contra ellos.

—Agitar a la masa... eso lo logré, *domine*. Pero no contra el objetivo que él buscaba. —El dueño de la casa sonrió. Luego maldijo, porque la mueca le abrió el labio: *Domine*. ¿Puedo preguntar por qué te has jugado la vida por un hombre así?

—No por él en sí, desde luego. Si por mí fuese, podrían haberle reventado a patadas.

—Por eso te pregunto. Ya sacaste hace unos meses al secretario de Bíbulo de un apuro parecido.

—No es lo mismo. Septimio se vio obligado a estar allí presente, aguantando el tipo, al lado de su patrón. Cayo Catón es un imbécil al que casi matan por su propia estupidez. Le he rescatado porque, tal como está el clima político, lo último que necesitamos es que el populacho linche a un senador, pariente de Catón encima...

Se marchó Menandro. Balbo continuó largo tiempo en la soledad de su *tablinum*,

tratando de escribir, a la luz de las lucernas, una nueva carta a su sobrino y alguna nota para su proyecto de *Historia secreta de Roma*. En un momento dado, al alzar la vista, observó que la sombra de su difunto padre, Balbo el Viejo, se había manifestado en una de las esquinas. Justo al borde del parpadeo de las mechas. Una silueta en la oscuridad.

No se sorprendió. Si se había estado peleando con los escritos, era porque no encontraba una forma clara de transmitir sus reflexiones sobre Roma y los romanos. Las mismas que había compartido hacía un rato con su mayordomo griego y algunas más. Y esa traba le había llevado a un diálogo interior de argumentos, objeciones y réplicas. Eso, a su vez y sin querer, a una de sus conversaciones mentales con la sombra de su padre.

Observó pensativo a la silueta. Se sirvió un poco más de vino.

—La cosa está que arde, padre. No sé qué podría pasar si un senador de los *boni* hubiese muerto a manos de hombres a los que, al final, habrían acusado de ser partidarios de Pompeyo.

Enarboló el punzón con el que había estado garabateando sobre la tablilla de cera.

—Se está preparando una conjura contra la vida de Pompeyo. No lo olvidemos. Una muerte así podría enconar la situación y encender los ánimos. Y daría justificación a su asesinato. Podrían presentarlo como una venganza por la muerte de Cayo Catón.

Los ojos se le fueron a una mesa. Allí, bien oculto, estaba el rollo que le había dado el secretario de Bíbulo.

—Dispongo de una lista de nombres, de notables que están mezclados en la conjura contra Pompeyo. —Resopló—. Hombres que han hablado de matar a Pompeyo. Y esa lista de nombres salpica incluso a Julio César.

»Aquí uno no vence nunca, padre. Todo lo más, va venciendo en el momento presente. Míranos ahora. Vivimos un momento de éxito. Yo acabo de ganar un juicio por *ambitus*, por cohecho. Hemos quitado de en medio a un enemigo político. Uno de tercera línea, pero enemigo político al fin y al cabo. Y, gracias a eso, yo he ganado un puesto en la tribu Clustumina. Y mi *dignitas* ha crecido, cosa que vale más que diez arcones de oro.^[27]

»La *dignitas*, padre. Eso es lo que mueve a la clase alta romana. Todo lo que vimos de ellos en Hispania: sus saqueos, corruptelas, cohechos, sobornos, al final para ellos son sólo los medios mediante los que conseguir riquezas que emplean para aumentar su *dignitas*. Esa es la verdadera medida del poder en la sociedad romana.

»Cuando Catón logró aprobar esa ley para enviar a los cónsules al sur, lo que buscaba era menoscabar la *dignitas* de César. Y por crecer él en *dignitas* ha conseguido a través de Vatinius el mandato de las provincias de Galia Cisalpina e Iliria. No sólo porque sean ricas, como yo creía antes. Sí porque tendrá el mando de legiones, posibilidad de conquista y una opción de recibir ese triunfo que tanto desea y al que tuvo que renunciar para presentarse a cónsul.

»Y ahora que todo parecía ir bien, me encuentro con esa lista de conjurados. Y entre ellos está Bruto, el hijo de Servilia, la amante de César.

Bebió pensativo, con los ojos puestos en la sombra.

—Tras mucho reflexionar, creo que lo mejor es que lo ponga en conocimiento de César. No sé cuál será su reacción. Pero no puedo ocultarle que el hijo de su amante planea matar a su asociado y yerno.

Calle Argileto. Roma. Mayo

La noche nupcial de César y Calpurnia Pisón fue una de temperaturas suaves y cielos despejados. Hubo quien lo consideró augurio de que aquel matrimonio sería largo, feliz y bien avenido. Pero Balbo, que caminaba con el largo séquito nupcial, cuando cruzaron el puente Tiberino y alzó los ojos al firmamento cuajado de estrellas, vio en esa paz atmosférica un signo más de que César era un favorecido por la Fortuna.

Así se lo comentó un poco más tarde a Teófanos de Mitilene, mientras el cortejo transitaba ya por el Argileto. Porque también el filósofo iba entre los invitados, con corona de flores sobre la calva y algo tocado por el vino.

—Pues yo veo todo esto como una muestra de lo diferentes que son Pompeyo y César —había sido la réplica del griego.

No necesitó explicarse. El gaditano le había entendido a la perfección. Pompeyo se había casado con Julia en abril, en una época de mucha actividad en el Senado y, en general, de bastante vida social. César, en cambio, esperó a mayo, a que muchos senadores se hubiesen ya marchado a sus fincas, a despachar asuntos agrícolas con sus encargados. Fue una decisión nada casual, pensada para brillar ante los ojos del pueblo y para que nada ni nadie pudiese hacer sombra a los fastos.

—Buena jugada la de hacer la ceremonia de recogida de la novia en esa casa. — Teófanos rompió de repente a reír a carcajadas, siguiendo el hilo de sus propios pensamientos.

Sí que iba bastante bebido. ¿Pero quién no lo estaba esa noche? Boda de conveniencia o no, a César le permitía hacer ostentación. Y no había faltado de nada, ni para los invitados ni para el pueblo. Sobre todo para este último, pues se habían repartido carros y espuelas de comida y bebida en honor a los recién casados. Y buena parte de los denarios que todo eso costaba había salido, claro, de las arcas de amigos banqueros. Balbo entre ellos.

—Porque esto ha sido una de las jugadas de César. No me lo niegues.

—Ni se me ocurriría hacer tal cosa. Yo no te mentiría y, además, no me ibas a creer.

Se refería el griego a que la unión y los banquetes se habían celebrado en una residencia que el padre de la novia, Calpurnia Pisón, tenía en las afueras de Roma. El mismo Balbo había negociado ese extremo con el propio Pisón. La razón que se aducía era que su casa en Roma era pequeña para el número de invitados y los fastos que planeaba César.

Balbo obvió decirle que aquella residencia al otro lado del Tíber era perfecta para los designios de César. Le daba la oportunidad de exhibirse ante toda la ciudad como a él le gustaba. Porque había una caminata muy larga desde esa finca a la Domus Publica, la residencia de César como pontífice máximo que era. De esa forma, el rito tradicional de sacar a la novia de casa del padre y llevarla a casa del marido había servido para organizar un verdadero desfile nocturno a través de la Urbe, a la luz de

las antorchas y a los sones de la música.

Y así ahora caminaban en una fila larga, al ir y venir de las llamas, entre el estrépito de flautas y panderos, y cánticos de los cantores a sueldo, que coreaban los más alegres de la comitiva. No era el caso de Balbo, que estaba cansado y al que le habría gustado tener la oportunidad de viajar en esos días a Túsculo, a supervisar los planos de su futura villa allí. Y no pudo ser.

Se sentía cansado porque las bodas romanas eran tan largas como complicadas, como casi todos los ritos de ese pueblo contradictorio. Y Balbo había participado casi desde el principio en ellos. La jornada comenzó para él con las primeras luces, ya que fue uno de los testigos en el sacrificio al alba. Envuelto en su toga, presencié cómo el *auspex nuctiarum* degollaba a un toro blanco, para luego examinar las entrañas y anunciar a voces que los auspicios eran favorables, y que se podía proseguir con la ceremonia.

También fue uno de los testigos elegidos por César para oír las capitulaciones de la boda. Y, por supuesto, estuvo presente en todos los rituales y tomó parte en los distintos banquetes a lo largo del día... Sí, había sido una jornada interminable. Todo lo romano se alargaba al infinito. Eran un pueblo que, al parecer, nunca descartaba nada del todo. Se limitaban a acumular, como el que construye su casa sobre viviendas más antiguas. Prueba de ello eran las nupcias que, a ojos de un observador ajeno, como era el gaditano —aquella era la primera boda romana entre gente de alcornica a la que asistía— conservaban reminiscencias de prácticas ancestrales...

Le sacó de todos aquellos pensamientos Teófanos, que de repente le tomó por el codo, para murmurar casi en su oído, con aliento a vino:

—Pompeyo se está tomando muy en serio la posibilidad de que estén planeando matarle.

—Me alegro —respondió en el mismo tono, entre la barahúnda de la música y las aclamaciones de la plebe que asistía al desfile del cortejo—. A veces los asesinatos se producen tan sólo porque el homicida se encuentra con que tiene la oportunidad. Es bueno que se lo tome en serio y adopte precauciones.

—No sé qué decirte. Pompeyo siempre ha tenido mucho miedo a morir asesinado. Cada hombre tiene sus fantasmas y temores. Y ese es uno de los de Pompeyo. Me inquieta que adopte precauciones excesivas. —Se acarició la barba—. Me refiero a que esas «precauciones» pueden ser medidas drásticas contra los que crea que amenazan su vida. Sobre todo ahora que, por otras fuentes, le ha llegado la misma información.

A la luz de las antorchas, Balbo achicó los ojos.

—¿Qué fuentes?

—Eso no lo sé ni yo. Pero, al parecer, alguien se le ha acercado para darle detalles del plan para matarle.

Balbo contuvo el deseo de resoplar. Estaban en público. Al resplandor rojo de los fuegos, entre las risas y cánticos, salpicados de gritos sueltos de «*Felicitas!*», se

enderezó su propia corona de hojas y flores.

—¿Un plan? Así que, al final, sí que hay algo más que unas cuantas conversaciones calentadas por el vino.

—Así parece. Aunque yo no diría tampoco que se trata de un plan definido. Es más bien una decisión tomada. Pero no parece haber todavía un quién, ni un cómo, ni un cuándo.

—La gente habla mucho y sin tino en los festines. Sin detalles concretos, sigue siendo sólo una idea.

—Eso díselo a Pompeyo. Es lo que le faltaba. Como si no estuviera ya bastante nervioso con tanto libelo y tanta sátira.

Aceptó Balbo una copa que le ofrecía un esclavo, que recorría arriba y abajo la comitiva. Dio un buen trago, antes de pasársela a Teófanos, que bebió con fruición. Tenía razón. Y lo peor es que las sátiras se cebaban sobre todo con Pompeyo Magno.

Había que admitir que aquel triunvirato, o *tricaranus*, era oro en paño para las sátiras. Que era fácil caricaturizar a Pompeyo como el general pomposo, a Craso como el banquero codicioso y a César como un arribista presumido. Multitud de escritos y poemas les ridiculizaban. Y los actores los imitaban en bufa, en representaciones en las que satirizaban sus ansias de poder.

Cierto era que todo eso —las sátiras, los libelos, los chismes— había existido siempre. Era uno de los precios del poder en Roma. Pero, en esta ocasión, eran una verdadera tormenta de infundios y escarnios. Y a Pompeyo se le había metido entre ceja y ceja que todo eso era parte de una estrategia concreta. Que las sátiras y las representaciones eran una fase previa para presentar su asesinato, cuando se produjese, por un tiranicidio cometido por patriotas; un servicio a la República.

Y no parecía haber forma humana de sacarle esa idea de la cabeza.

—Espero que Julia consiga sosegarle un poco. Distraerle al menos.

—Pues sí. —El filósofo volvió a reír, al tiempo que tendía la copa, reclamando a ninguna parte en especial más vino—. Ese matrimonio ha sido una bendición. Ya estaba empezando a temer que hiciese alguna barbaridad.

—Quizá él también debiera irse unas semanas de Roma.

Su interlocutor negó con la cabeza. Un esclavo le cambió la copa vacía por otra rebosante. Dio un trago bien largo, antes de pasársela al gaditano.

—Imposible, amigo. Sería bueno, pero hay mucho que hacer aquí.

—¿A mí me lo dices? En Túsculo quisiera estar ahora pero, apenas cierra uno un asunto, se abren otros dos.

Bebió. Se tentó luego el labio partido, porque el borde le había rozado. Una secuela de la tumultuosa pelea del otro día en el Foro, como el ojo izquierdo morado, cuando salvó a Cayo Catón de ser muerto a golpes, precisamente por favorables a Pompeyo. Por lo menos, favorables en aquel momento concreto, lo que no quiere decir que un rato después no pudieran estar riendo las burlas de un libelo en contra del Magno. Los romanos eran así. Y, en cuanto a Cayo Catón, el muy patán ni le

había enviado un mensaje de agradecimiento. Seguro que consideraba una mácula en su *dignitas* que alguien como el gaditano le hubiera rescatado de las garras de las turbas.

Teófanos se le volvió a arrimar.

—Amigo, tenemos que hablar de la cuestión de la adopción. Al fin y al cabo, es una maniobra sobre todo política y creo que no conviene alargarla.

Balbo le observó de reojo. Asintió despacio.

—Estoy de acuerdo. Lo mejor es cerrar el asunto cuanto antes y, de hecho, quisiera proponerte que, lo mismo que yo voy a ser hijo adoptivo tuyo, tú te vincules a tu vez a mi familia.

El otro, copa en mano, le miró sin perder el paso.

—¿Entrar en tu familia? ¿Cómo? ¿Por qué...?

—Porque en Gades también tienen sus costumbres y su forma de pensar. Aquí, en Roma, será muy conveniente que tú me adoptes. Pero, en Gades, correrán toda clase de chismes, cuando se sepa que el *pater* de los Balbo ha sido adoptado por un griego. Por eso creo que debes casarte con alguna mujer de mi familia, si no tienes inconveniente.

El otro le miró, cogido del todo a trasmano.

—El efecto de la noticia en Gades... es cierto, no habíamos contemplado esa parte. Pero ¿una boda?

—A no ser que tú tengas algún inconveniente serio al respecto. Así, yo entraré en tu familia y tú en la mía.

El otro movió la cabeza.

—Si tú lo arreglas todo, a mí me parece bien. —Se encogió filosófico de hombros—. Curioso. Una boda nos lleva a otra boda.

—En efecto, *magister*. ¿No te parece que es un buen presagio de futuro para nuestras relaciones?

De las notas para la Historia secreta de Roma, de L. Cornelio Balbo

Para comprender qué implican de verdad las bodas entre los romanos de las clases altas es necesario primero hacerse una idea de cómo son sus familias. Cada familia romana es como un estado en miniatura. En lo familiar, los romanos conservan esas fórmulas monárquicas de las que abominan en la *res publica*. El *pater familias* rey, legislador y sumo sacerdote. Su poder es absoluto, dirige los ritos en honor de los lares, ordena las vidas y los trabajos. Incluso imparte justicia y puede mandar matar a un pariente a su cargo, sin que ni las leyes ni los poderes públicos puedan impedirselo.

Estoy hablando de los *optimates* y en teoría. En la práctica, todo eso se ha ido diluyendo. En los últimos tiempos, se ha dado algún caso de un *pater* chapado a la antigua que hizo ejecutar a un hijo varón por libertino. Tal acción provocó horror y repulsa en la sociedad romana, por arcaica y desmedida. Sin embargo, hay elementos que se mantienen con toda su fuerza, y uno de ellos son las políticas matrimoniales.

Como en casi todas partes, los matrimonios entre poderosos sirven para establecer alianzas familiares. Pero esto, entre los romanos, va más allá. Los matrimonios tienen dimensiones políticas, religiosas y mágicas. Y por esa concepción de la familia como un pequeño Estado, las esposas son una especie de embajadores de su familia de origen en la de su esposo.

Por otra parte, al ser como reinos, las políticas y las alianzas entre familias están siempre en cambio. Eso explica en parte la facilidad, a ojos de alguien que no es de Roma, con la que las clases altas se casan, se divorcian y se vuelven a casar. Tanto baile de bodas es impensable en lugares como Gades.

Visto así, se entiende mejor el juego de matrimonios que practicó el triunvirato durante el primer consulado de César. Por una parte, este reforzó a través de una boda su alianza con Pompeyo, ya que con Craso mantenía relaciones de antiguo y tenían intereses económicos comunes.

Para lograr sus objetivos, César consiguió primero deshacer el compromiso que había entre su hija Julia y Marco Junio Bruto, hijo de Servilia Cepión, que no olvidemos que es su amante.

Julia y Bruto estaban comprometidos desde que la primera era muy niña. Se dio ahí algo muy romano: a ese compromiso se llegó en su día por razones políticas y, para cuando Julia alcanzó la edad casadera, tales razones habían quedado obsoletas. Así que no costó gran cosa romperlo, porque a una parte le interesaba y la otra no ganaba nada manteniéndolo. Y una vez libre Julia, su padre se la entregó a Pompeyo Magno.

La diferencia de edad entre los dos era considerable y Pompeyo tenía ya tres matrimonios a sus espaldas. Llevaba ya tres o cuatro años soltero; desde que se

divorció de Mucia, porque esta le había sido infiel, justo con César, durante su larga ausencia de Roma, en la que estuvo ocupado en la conquista de Asia. Como se ve, los poderosos romanos están unidos por matrimonio y también relacionados a su pesar por líos de alcoba. Esos enredos son muchos, complicados y se resuelven de manera mucho menos sangrienta que en otros lugares.

El caso es que el matrimonio entre Pompeyo y Julia funcionó muy bien. Se estableció un vínculo de amor entre ellos, algo nada frecuente. Y en lo político, supuso un refuerzo muy importante de los lazos de César con Pompeyo, que era el vértice más inestable del triunvirato, dadas sus malas relaciones con Craso.

Algo más complejos fueron los motivos de César para su propia boda. También él llevaba un par de años soltero. Poco antes de partir como propretor a Hispania, se divorció de su esposa Pompeya, que era una mujer muy hermosa, pero de poca inteligencia. La culpa la tuvo Clodio, el que organizó las bandas de matones que atemorizaron a Roma durante años. El que más tarde fue tribuno de la plebe gracias a que el propio César, como pontífice máximo, sancionó su paso de patricio a plebeyo.

La historia es propia de una comedia portuaria. Clodio era un libertino, dado a los excesos, y también a él la Fortuna, aunque no le sonreía como a César, al menos no le dejaba del todo de lado. Ya había tenido problemas por intentar seducir a una vestal, y se le metió en la cabeza hacer lo mismo con Pompeya.

Clodio no tuvo mejor ocurrencia que colarse en la Domus Publica disfrazado de mujer, aprovechando la festividad de la Bona Dea. Le atraparon y se organizó un escándalo mayúsculo, puesto que la fiesta de la Bona Dea es muy antigua, muy sagrada y los romanos la ligan a la prosperidad de su ciudad. Al parecer, Pompeya era inocente de los manejos de Clodio, pese a lo cual César se divorció de inmediato, argumentando, o eso dicen, que la mujer de César no sólo ha de ser honesta, sino también parecerlo.

Ahora, César se ha casado con Calpurnia Pisón, una mujer igual de bella que Pompeya pero que, al revés que esta, es inteligente, culta y rebosante de intereses artísticos e intelectuales. Su padre es Lucio Calpurnio Pisón Cesonino, un politicastro que ese mismo año tuvo que pasar un juicio por malas prácticas como magistrado. Es curioso que eso fuera gracias a la legislación promovida por el propio César, la misma que nos permitió llevar a juicio a corruptos como Antonio Híbrida o Valerio Flaco.

Gracias a esa boda, Calpurnio Pisón se aseguró el respaldo de César frente a futuras denuncias por pasados abusos, así como en sus aspiraciones a ser elegido cónsul para el año siguiente. César, al apoyar a Pisón, así como a Clodio para tribuno de la plebe, se garantizaba la presencia de amigos en puestos clave. Algo vital, porque las triquiñuelas legales de los *boni*, empezando por los juegos de fechas de su colega Bíbulo, ponían al borde de la legalidad toda la legislación promulgada. Con Pisón de cónsul, se neutralizaba el peligro de que otro cónsul menos amistoso invalidase toda la labor del año.

Así pues, con esos matrimonios se cerraron operaciones políticas de importancia. Pero no por eso hay que olvidar las dimensiones religiosas y mágicas de todo ello. Los romanos son así y todos hemos de amoldarnos a su concepción del mundo.

Un ejemplo de eso último es que me haya convertido en hijo adoptivo de Teófanés. También las adopciones son juegos de alianzas. En este caso, se debe a mi condición de íntimo de César y de amigo de Pompeyo, y la de íntimo de este segundo de Teófanés. Un vínculo familiar entre nosotros dos refuerza la alianza de César y Pompeyo. De paso, garantiza la trasmisión de la herencia de Teófanés, que no tiene hijos naturales.

Porque, para otros pueblos, la herencia puede no ser más que un monto de bienes muebles e inmuebles. Pero para los romanos son parte de la familia, tanto como los vivos, los muertos o los lares. Y por eso es tan importante.

Pero yo soy de Gades. Por eso acordamos que, a pesar de la adopción, yo mantendría intactos mis nombres. Que no adoptaría el cognomen en honor a mi padre adoptivo, porque eso sería muy mal visto en Gades y me haría perder prestigio. Para compensar esa irregularidad, decidimos que Teófanés se casase con una mujer de mi propia familia, los Balbo.

Eso último lo hicimos por lo arriba contado. Porque refuerza nuestros lazos políticos, a ojos de los romanos. Digo eso porque Teófanés es griego y yo gaditano, y los que no somos romanos vemos la vida cada uno a nuestra propia manera. Cosa que ellos con demasiada frecuencia tienden a olvidar.

Barrio de la Suburra. Mayo

Tuvo que volver la lluvia a Roma en mayo, justo durante un nuevo reencuentro entre César y Servilia, tras la boda de este con Calpurnia Pisón. En realidad, llevaba días lloviendo y, como siempre, el barrio del Velabro se estaba inundando. César lo había podido comprobar con sus propios ojos un rato antes, cuando pasó por allí. Tanto había subido el agua, que los habitantes de la zona habían recurrido ya a botes de fondo plano para desplazarse entre las ínsulas.

En una de tales barcas había tenido que embarcar el cónsul para llegar a la Suburra. Y mientras navegaba por las calles convertidas en canales, una parte de él se dejó llevar por la imaginación. Tuvo la fantasía de ver cómo era todo aquellos siglos antes, cuando en aquel lugar no había más que unas pocas chozas humildes en mitad de pantanos.

Aquella era tierra sagrada, pues la leyenda decía que, durante una de esas crecidas del Tíber, el bote que llevaba a los recién nacidos Rómulo y Remo fue a la deriva hasta enredarse en las raíces de un árbol.

Otra parte de César, más prosaica, la del magistrado y administrador, no pudo dejar de decirse al tiempo que algo había que hacer con esas inundaciones. Algún día habría que sanear todo aquello, instalar cloacas y drenajes...

Ahora en la penumbra, recostado contra la pared, los ojos entrecerrados, pegado a Servilia, con una pieza de tela echada sobre los hombros de ambos, su mente volvía a divagar hacia aquella fantasía de su imaginación. ¿Fue causada por el sopor que sigue al buen sexo? ¿O se trató de una señal de los dioses? Fuera estaba oscuro y la penumbra de los carbones al rojo del brasero ejercía un efecto hipnótico. También el tamborileo de la lluvia sobre las tejas de la ínsula. Quizá fue que el resplandor de las brasas contra los frescos en las paredes le recordó al rielar de las aguas mientras navegaba por las calles del Velabro, en un instante en el que se abrieron las nubes.

Esas ideas dispersas le llevaron a pensar en Lucio Cornelio Balbo, que de nuevo había partido hacia el sur, a comprobar de manera oficiosa la aplicación efectiva de la ley agraria. Recordó cómo el gaditano veía presagios y señales por todos lados. Y eso le llevó al recuerdo de aquella visita, siete años atrás, al templo de Hércules/Melkart, y en cómo había reflexionado acerca de las diferencias entre los augurios romanos y fenicios. De ahí, de manera inevitable, fue a aquel vaticinio, recibido allí, acerca de que sería dueño de Roma por la fuerza.

¿Acaso estaba todo conectado, como sostenían algunos filósofos? Porque había navegado por el mismo lugar en el que, siglos atrás, fue a la deriva un cestito con dos recién nacidos, uno de los cuales era el fundador y primer rey de Roma. ¿Existiría algún vínculo...?

—Y con Calpurnia, ¿qué tal?

Esa pregunta, realizada por Servilia en tono bajo y casi ronroneante, tuvo la virtud de destruir sus ensoñaciones. Adiós a esa imagen fantasmal de pantanos umbríos y de

una barquita con dos bebés, que se fundía con la de él mismo en bote por las calles anegadas del Velabro, como si esa boga fuera el prelude de llegar a ser como un rey. Meneó la cabeza. Los últimos jirones de la fantasía se esfumaron.

Sintió el calor de la piel de Servilia. Estaban juntos, contra la pared, cubiertos con rico lienzo bordado. Giró los ojos para apreciar su rostro moreno, con los cabellos negros y alborotados cubriéndolo a medias.

—¿Es que quieres saber detalles?

Ella salió de repente de su sopor, como una leona del reposo, para pegarle un mordisco en el hombro. Tan fuerte, que le hizo rugir.

—*Hircus!* ¡No quiero que me cuentes el más mínimo detalle!

—¡Estás loca! —Se frotó el hombro, dolorido—. Maldita seas, me va a quedar marca.

—¿Te va a quedar marca? ¿Y qué? ¿Te da miedo de que te lo vea tu nueva esposa?

Él resopló, engarfiando las manos, como haciendo gesto de que se contenía de estrangularla. Se puso en pie, abandonando la cobertura del lienzo. Desnudo, se acercó a tomar la copa, la de ellos dos de siempre, que seguía medio llena de vino.

—Pues si no quieres detalles, ¿qué quieres saber?

—Cómo te está yendo con ella. ¡Y no en la cama, *mentula!*

Él recogió un lienzo más pequeño, para echárselo sobre los hombros. A pesar de ser ya mayo y del brasero, con la lluvia, sentía algo de frío.

—Pues mira, bien. Tuvimos una conversación abierta y sin rodeos, para aclarar unas cuantas cosas. Creo que ella lo quería tanto como yo.

—¿Y?

—Tu amiga Calpurnia es una mujer inteligente, culta, y tiene las ideas claras. Todo eso me gusta. Creo que vamos a tener una buena coexistencia, sin escenas absurdas. Me parece que nuestra relación, a nivel intelectual, será buena. —Bebió—. Y creo también que por fin habrá alguien capaz de llevar la Domus Publica como los dioses mandan, cuando César no esté en casa. Cosa que será a menudo.

Ella alzó la cabeza para mirarle por entre los mechones. Aludía él a su anterior matrimonio con Pompeya, cuyo único don era el de una belleza espectacular. Algo que siempre había disgustado a César, que necesitaba una esposa capaz de despachar con el mayordomo, tener en su sitio a los esclavos, gestionar sus archivos y ser capaz de tener una buena relación con las vestales, dado que compartían la Domus Publica con el pontífice máximo. Cosas todas ellas que le habían venido más que grandes a la pobre Pompeya.

Él se acercó a observar la calle a través de las rendijas de las contraventanas.

—También hablamos de lo nuestro. De lo tuyo y mío.

—¿Qué dices?

Él, al sentir su sobresalto, se volvió a observarla como un halcón calvo.

—¿Qué te pasa? Lo sabe toda Roma.

—*Bufo!* Una cosa es que se sepa, y otra muy distinta reconocerlo.

—¿Y me dices tú eso? ¿Quién fue la que me mandó una carta al Senado, con tan buen tino que lo hizo justo cuando discutíamos aquel asunto de Catilina, y la carta acabó en manos de Catón?

Eso consiguió que cerrase la boca. Él se giró a observar la oscuridad dando sorbos de vino hasta que Servilia, harta de esperar, bufó:

—¿Y bien? ¿Qué pasó?

—Fue un acierto sacar el tema. Lo hablamos con tranquilidad. Tanta que, la verdad, me quedé sorprendido. Todo quedó muy claro, y podríamos decir que hemos llegado a un acuerdo. Compartiremos casa, pero no cama. Tuve la impresión de que fue incluso una especie de alivio para ella, y no por no querer tener intimidad conmigo por este asunto. —Le pasó la copa, antes de añadir—: ¿Sabes? Tengo la impresión de que a tu amiga Calpurnia no le gustan los hombres.

—No vuelvas a decir eso de «mi amiga». Ya no lo es, gracias a ti.

Sin hacer comentarios a eso, él se sentó de nuevo junto a ella, sobre las esteras. Ella bebió de la copa a dos manos, pensativa entre el resonar de la lluvia. Qué rápido había intuido él lo mismo que Tuditana y ella tenían por cierto desde hacía tiempo. Claro que ellas no habían pasado una velada nupcial con ella. Decidió que no iba a permitir que su cabeza fuese en esa dirección.

—Sé más concreto con ese acuerdo del que hablas.

—Mantendremos las formas públicas. Ella será la intachable esposa de Julio César, magistrado y pontífice máximo. Nada de escenas o exigencias por su parte. Yo seré discreto por la mía. Ella llevará la administración de la casa, los archivos y velará por el buen orden en la Domus Publica. Podrá hacer su vida con libertad. Y, en lo que a mí respecta, no habrá... exigencias maritales.

Servilia no sólo no respondió, sino que se preocupó de no dejar traslucir nada. Sobre todo por fastidiar a César que, a juzgar por su actitud, la estaba vigilando de reojo. Así que él, sin poder ocultar del todo su fastidio, se puso por segunda vez en pie. Se echó de nuevo por encima de los hombros una tela y comenzó a pasear de un lado a otro.

Ese detalle sí era interesante. Algo le inquietaba. Ella se incorporó también, para sentarse en una silla, medio cubierta por el lienzo. Él, por fin, volvió a hablar.

—Este acuerdo con Calpurnia me tranquiliza. No necesito más frentes abiertos. Bastante tengo con la situación política.

Ella a punto estuvo de tirarle a la cabeza lo que más a mano hubiera. ¿Ni una referencia a que eso podía hacer más fácil su relación? Él a lo suyo, como siempre. A su *cursus honorum*. En la punta de la lengua tenía Servilia una pulla como aguijón de avispa. Logró contenerse en parte gracias a la atracción que la política causaba en ella.

—No te va nada mal en ese terreno. Vatino te ha conseguido, en una asamblea del pueblo, cinco años de mandato en Galia Cisalpina e Iliria. Y ahora los tuyos han

logrado que además se incluya la Galia Transalpina. Los *boni* han sido como terrones bajo tu arado y los demás senadores tratan a toda costa de congraciarse con vosotros. ¿Qué más quieres?

—Yo siempre quiero más. No nos vendría mal un poco de respeto. Circulan sátiras y libelos, y todos los días hay alguna representación injuriosa. Y granujas como los Curiones están sacando partido de ello.

—¡Ese par! Lo único que buscan es que les deis su parte, como a Clodio o Vatinio. Echadles su hueso y volverán a ladrar contra vuestros enemigos. Y no te puedes quejar de que os llamen de todo, ni que los actores os satiricen. Menudo escándalo ha causado esa votación en el Senado.

—¿Cuál de ellas?

—La que ha decidido reconocer a Ptolomeo el Flautista como rey legítimo de Egipto.

—La gente es así. Gruñe y se burla de cuanto los gobernantes hacen.

—¡Por favor! Acércame el vino y deja de decir tonterías. Os acusan de perjudicar los intereses de Roma a cambio de sobornos. Cuidado con eso.

—¿Cuidado? Los *boni* criticaban que tanto Pompeyo como Craso tuvieran puestos sus ojos en Egipto y trataran de obtener mandato para ir a ordenar aquello. Y, ahora que los dos renuncian y apoyan la permanencia de los Ptolomeos en el poder, también lo critican. El caso es ir siempre en contra.

Ella de nuevo sintió ganas de tirarle algo, de haber tenido ese algo a mano.

—A mí no me vengas con cuentos. Esos dos no mueven un dedo si no sacan beneficio personal.

Él se giró para observarla casi con frialdad. Ella se estremeció. Allí, al titilar de las lucernas, calvo, desnudo, con el lienzo sobre los hombros y la copa en las manos, desprendía más majestad que cien senadores togados. Esa era una de las cosas que le podían, que la arrastraban. Y él le estaba dando la réplica con esa altanería que en otro sería casi ridícula, dadas las circunstancias.

—Por supuesto que sacan beneficio. Ellos y unos cuantos más, entre los que me incluyo. Pero no estoy de acuerdo en que sea en contra de los intereses de la República. En Egipto, la situación es inestable y eso no beneficia a nadie. Siempre puede subir algún Ptolomeo menos predecible que el Flautista. O triunfar un levantamiento egipcio.

»De acuerdo con que tanto Pompeyo como Craso maniobraron en el pasado para hacerse con un mandato personal sobre Egipto. Pero nadie se lo iba a consentir y, desde luego, ninguno de los dos estaba dispuesto a que el otro lo obtuviese.

»Así que, ¿por qué no encauzar la situación? Con este tratado, convertimos a Egipto en un protectorado de hecho. Podremos influir en la situación política, en las decisiones cortesanas. Si la situación en Egipto se apacigua, aumentará el comercio y eso será ganancia para todos.

—Ya, ya. —La voz de ella era sarcástica. Una cosa era que la presencia de ese

hombre encendiera un horno en su vientre y otra que se fuera a dejar enredar en su palabrería—. ¡Liante! Dicen que el Flautista os ha sobornado con una cantidad enorme. Todas las mujeres de los senadores andan comentando que ha sido un escándalo mayúsculo, incluso para Roma.

Él se echó a reír. Se acercó a ella, le puso la copa en las manos y, pasando a su espalda, comenzó a masajearla.

—Imagino que todas esas brujas estarán furiosas, sí. Sobre todo porque sus maridos se han quedado fuera del reparto. Dime un senador que no tenga el arca abierta a los sobornos.

—Esto no es ganancia derivada ni acuerdos que os benefician. Es que, directamente, habéis aceptado sacas llenas de talentos de oro.

—No eran sacas, eran cofres.

—¿No lo niegas?

—¿Por qué voy a negarlo? Es el sistema.

Ella le pegó un cachete en el dorso de una de las manos que le masajearan los hombros.

—¿Cómo puedes ser tan pirata?

—Como lo son todos. Al menos, César no es un hipócrita.

—Ay, Cayo Julio. —Le besuqueó esa misma mano que acababa de golpear—. No te entiendo. Siempre dices que es mejor el acuerdo que el enfrentamiento. Que se abren mejor las puertas con promesas que con arietes. Y que hay que repartir.

—Y sigo pensándolo.

—Pues estos meses... A veces me pregunto si no te estará cegando el andar en compañía de ese carnicero de Pompeyo y ese avaricioso de Craso. Todo el mundo sabe que habéis recibido un soborno enorme de Ptolomeo y tenéis a Roma en contra. Que sea porque no se han quedado fuera del reparto o porque piensan que habéis traicionado los intereses de Roma. Eso me da igual.

Él le acarició, riendo, los cabellos revueltos, desde atrás.

—Querida. Pronto cambiarán de opinión. Era sincero al decirte hace un momento que la estabilidad en Egipto nos dará a todos nuevas oportunidades de ganar dinero. No podemos estar siempre en guerras de conquista. Hay que hacer negocio en las provincias, no exprimir a sus habitantes. Es preciso que entremos en una nueva era. Y cuando la gente vea lo provechoso que es, nos harán estatuas por toda la ecúmene.

—¿Estatuas? —Ella se echó a reír de manera afilada—. *Dea Bona!* Tenías que oír a las mujeres de algunos senadores. Si por ellas fuera, os tiraban mañana mismo desde lo alto de la roca Tarpeya.

—Eso es porque algo han oído de lo que el Flautista nos ha entregado. Que no todo ha sido oro contante y sonante. Pues más te odiarán a ti, cuando sepan qué parte vas a sacar tú de todo esto.

—¿Yo? —Volvió a reírse—. ¿Te has creído que soy Cesenia, para meterme en negocios en Egipto?

—No estaba pensando en nada tan trabajoso.

Sonriendo, la tomó él de la muñeca para obligarla a alzarse. Se dejó llevar ella, sorprendida, copa en mano. El lienzo cayó de sus hombros. La llevó junto a una lucerna e, instantes después, comprendió ella que había sido para que, a la luz temblona de la mecha, pudiera apreciar lo que iba a enseñarle.

De bajo la tela con la que se arropaba, sacó César una esfera pequeña. Como no esperaba ella eso, y como la llamita oscilaba, tardó Servilia en comprender qué era lo que brillaba entre sus dedos.

Como esfera, era pequeña. Como perla, gigantesca. Una como jamás había visto ella. La observó, luego encontró la mirada con la de él. Por una vez, sus ojos no eran duros, sino risueños. Algo que no se prodigaba mucho. Se la tendió, de forma que ella la recogió. Despacio, con mucho cuidado, como si fuese a estallar en la palma de su mano como una pompa de jabón. La alzó a sus ojos. Era como los sueños, tan liviana como enorme.

—¿De dónde ha salido esto?

—No sé con exactitud. Supongo que del mar Rojo...

—*Hircus!* —Esta vez el insulto le salió con un tono muy distinto—. ¿A mí qué me importa dónde la pescaron? No te burles de mí.

Él, riendo, le quitó la copa de la otra mano y se fue a rellenarla. Ella insistió.

—Quiero saber de dónde la has sacado.

—Es mi parte del asunto de Egipto. Era. Porque ahora es tuya.

Ella sintió que casi le temblaban las piernas. Jamás hubiera esperado algo así. Luego, observó la actitud de él al servir el vino y se encendió de inmediato en ella un fuego de alarma. ¿Qué ocurría? ¿Qué tenía ese hombre en la cabeza? Se esfumó esa flojera de miembros, tan asociada al amor, para dar paso a la alerta. Pero no tuvo que preguntar nada. Él suspiró, mientras vertía con cuidado vino puro.

—Te voy a hacer otro regalo, igual de valioso. Sería bueno que vigilaras a tu hijo.

—¿A Bruto? ¿De qué estás hablando?

—De que tu hijo anda en malas compañías.

Ella cerró el puño alrededor de la perla, olvidada casi de repente.

—En ciertos temas, ya sabes que no quiero acertijos, Cayo Julio. ¿Qué es lo que pasa con mi hijo?

Pero él, en vez de responder de forma directa, dejó con cuidado la jarra sobre la mesa.

—Antes me lo tomaba a broma pero... es cierto que algunos bandos senatoriales acumulan mucho rencor por todo lo ocurrido. Y me temo que a eso ahora se une el miedo. El juicio y condena de Antonio Híbrida les ha demostrado la que les puede caer encima.

Tomó la copa a dos manos, por las asas, para beber despacio.

—Algunos seguirán dando la batalla en el Senado. Otros se irán a alguna de sus villas, fuera de Roma, a esperar a que la situación mejore para ellos. Los habrá que se

conformen —aquí sonrió de manera fugaz— con hacer circular libelos contra nuestras personas...

—Al grano.

—Estoy yendo al grano. Algunos parece que no se van a contentar con eso. Es posible que estén pensando en recurrir a métodos más drásticos.

Ella le contempló ahora inquieta. ¿Otra guerra civil? ¿Estaba su hijo metido en preparativos de insurrección?

—¿De qué estás hablando, Cayo Julio?

—De que algunos, ya que no pueden ganarnos en el Senado ni en las asambleas, están pensando en eliminar a los que les estorban, con la confianza de que entonces las cosas les irán mejor. Estoy hablando de asesinato, querida.

—¿Asesinar a quién? ¿Y qué tiene que ver eso con mi hijo?

César pareció rumiar sus palabras, antes de soltarlas. Servilia estaba para entonces tan alarmada que no apreció que dudaba sobre qué revelar.

—Se habla de asesinarnos a los que formamos parte de eso que llaman el *tricaranus*. O sea: a Craso, a Pompeyo o a mí. —No quiso entrar en detalles, no sabiendo qué podría decirle ella a su hijo—. Y Bruto se junta con algunos que hablan de hacer eso.

Ella inspiró con fuerza, con el puño cerrado alrededor de la gran perla.

—¡Idiota! ¿Eso es todo? Bruto tiende a juntarse con gentuza de los *boni*. Extremistas como mi hermanastro Catón. Siempre lo ha hecho. No es de ahora. Y supongo que no habrá ningún plan concreto.

—De momento, sólo se habla.

—*Bona Dea*. Mira cómo me has dejado. Casi no me sostienen las piernas. —Suspiró—. Por favor. Esos siempre están diciendo que a tal o a cual se le arregla dándole lo que le dieron a los Graco o a mi tío. Eso no significa que vayan a hacer nada.

Él volvió a beber, antes de pasarle la copa a ella, que la recogió con una mano, por no soltar la perla.

—Es posible. Pero a veces, hablar es el primer paso antes de hacer.

—¿Y sólo por una sospecha me das este susto?

César se pasó la mano por la frente, le echó de medio lado otra mirada que ella no solía ver en él.

—Te dije en su día que tu hijo nunca tendría nada que temer de mí. Que le protegería de todo. Estoy cumpliendo mi palabra, Servilia.

Ella sintió que le volvía esa flojera a los miembros. Le habría echado los brazos al cuello, de no tener las manos ocupadas. Habló con un tono de voz que tampoco se prodigaba en ella.

—Y yo te lo agradezco mucho. Estaré atenta. Hablaré con él.

Residencia de Teófanos. Aledaños de Roma. Junio

Stenta Tauntikón —conocida en Roma con el nombre de Lucía Balbo— podría haberse pasado toda una vida explorando las estancias y dependencias de la residencia de Teófanos de Mitilene en las afueras. Más que una, varias vidas. En los diversos cuerpos de edificio, el filósofo guardaba los más variopintos tesoros del saber. En uno, maquetas de máquinas de guerra. En otro, una biblioteca con copias de las obras de los grandes filósofos griegos, que Lucía ya iba siendo capaz de leer. En otro, granos, semillas y apuntes sobre cuestiones agrícolas...

Los intereses de Teófanos eran de lo más diversos y, en esa residencia, disponía de espacio suficiente para albergarlos todos. Esa era una de sus razones para no vivir en la propia Roma. Cuando tenía que hacer noche en la ciudad, se acogía a la hospitalidad de algún amigo o a un piso modesto que tenía alquilado en una ínsula de la Suburra. Su residencia era tan grande y estaba tan en el extrarradio que casi podía considerarse una villa próxima a la Urbe. No disponía de sembrados ni pastos, pero sí de algún terreno con huertos. Y, como se alzaba junto a la ribera norte del Tíber, el filósofo hacía allí estudios sobre hidráulica e irrigación.

Eso último era sólo una fracción de las investigaciones a las que se entregaba Teófanos, cuando sus obligaciones como factótum de Pompeyo se lo permitían. Así lo descubrió Lucía Balbo cuando la hicieron empacar sus pertenencias para enviarla allí. Pues la residencia era una suma de construcciones y cada una de ellas estaba consagrada a fines concretos, desde liceo a vivero.

El propio dueño de la casa se lo mostró todo, respondiendo a cuantas preguntas quiso hacerle, con aires de *avunculus*^[28] benevolente. Ella había llegado tan desconcertada como aprensiva, pues no entendía por qué Balbo, con un recado, había mandado que se mudase a vivir con Teófanos. Pero enseguida olvidó cualquier reparo para ir de un lado a otro, fascinada por cuanto estaba viendo en aquella especie de villa.

Tan atrapada, tan deslumbrada estaba que al final el filósofo, riendo, le había tenido que arrancar de las manos un rollo donde se detallaba la construcción de una torre de asedio. Ella, sin tratar de retener el documento, le miró con esos ojos azules suyos, inquietantes por tener luces que solían brillar en miradas mucho más adultas.

—Pero, pero... —casi balbució—. Estas máquinas tenían que ser muy grandes.

—¿Grandes? No, niña. Eran enormes. —Teófanos blandió el rollo—. Este es el plano original de una de las torres de asalto que Demetrio Poliorcetes mandó construir para el asedio de Rodas.

—No sé quién era ese magistrado.

—No era ningún magistrado, sino un rey de Macedonia que se hacía llamar así, Poliorcetes, Destructor de Ciudades. Para sus guerras, reunió a los mejores ingenieros de todo el mundo helenístico. Puso a su disposición oro, obreros y materiales. Todo

cuanto pudieran necesitar, para que pudieran hacer para él las máquinas de guerra más grandes y destructivas que el mundo ha conocido jamás.

—Entonces, fue un gran rey.

—Depende de lo que entiendas por «gran rey». Libró guerras tremendas y asedios colosales, sí. Pero, como gobernante, fue nefasto —rezongaba, perdido el buen humor de hacía unos momentos—. Era uno de esos tiranos megalómanos que acabaron por hundir a la ecúmene helenística con sus locuras, sus derroches y sus malditas guerras. Él y los que eran como él agotaron los recursos humanos y materiales de sus reinos en conflictos estériles. Y así los hicieron presas fáciles de los partos, los romanos y los nómadas de las estepas. —Arrojó el pergamino sobre una de las mesas, ahora malhumorado—. Un trono bajo el culo de un megalómano es tan peligroso como una espada en manos de un loco homicida. Si algún día quieres regresar junto a tu pueblo y enseñarle, más vale que recuerdes eso. Cuidado con a quién das conocimiento y poder.

Observó el rostro de Lucía, que de repente mostraba una expresión entre alerta y avergonzada. Y de nuevo mudó de humor.

—¡Oh! ¿Sorprendida? ¿Creías poder engañar al viejo Teófanos de Mitilene, que ha negociado con los déspotas más astutos de Oriente? —Se echó a reír—. Pero si es obvio, niña. ¿O crees que eres la primera que se le ocurre que, si puede aprender de los romanos, podrá luego ayudar a sus hermanos de sangre a combatir contra ellos? Te podría dar una larga lista de personajes que tuvieron la misma ocurrencia. En Hispania misma ha habido unos cuantos.

»No es mala idea. Algunos, al haber estudiado las tácticas romanas, lograron hacerles frente largo tiempo. Incluso los hubo que lograron impedir que su pueblo fuese conquistado por los romanos. ¿Sabes por qué? Porque el resultado final de su resistencia fue la destrucción total de los suyos. El exterminio y la dispersión.

»Los romanos no se andan con contemplaciones a la hora de alcanzar sus objetivos. Recuerda también eso siempre. Que sea en todo momento un factor incluido en tus cálculos.

—Y, ya que hablamos de cálculo, creo que será mejor y más útil que, de momento, te dediques al estudio en su forma más teórica. No se pueden construir máquinas de guerra sin saber de mecánica, y no se puede saber de mecánica sin saber de matemáticas. Lo mismo pasa en política: no se puede levantar un Estado sin saber de leyes. Y tú tienes mucho que aprender de todo.

Lucía Balbo ahora se enfurruñó.

—Pues, para empezar, me gustaría saber por qué me han traído aquí.

Teófanos, pillado a trasmano, se pasó la mano por la calva morena, casi azarado.

—¿Eh? No me digas que no te han dado ninguna explicación.

—Ninguna. —Acompañó a esa palabra con una mueca mohína, tan infantil que casi hizo reír al filósofo—. Ayer llegó un mensajero del *pater* Balbo con la orden de que me tenía que venir a vivir aquí sin tardanza. Menandro, el mayordomo, me dijo

que reuniera mis cosas. Y no me contó más.

—Menandro ha hecho bien en ser discreto si su amo no le dio indicaciones de explicarte nada. —Suspiró—. ¡Ay, qué cabeza la mía! Olvidé que Balbo está fuera y no ha podido comentar el asunto contigo. Y justo que se pase tanto tiempo fuera de Roma es una de las razones por las que hemos decidido que te mudes a vivir conmigo.

—¿Por qué? ¿Es que vuelvo a cambiar de familia?

El griego la miró pensativo. A veces olvidaba que no era más que una niña de doce años, pese a que hubiera dominado en meses el latín y ya se defendiera con el griego. En su aspecto se había vuelto también irreconocible. La púber galaica de ropajes rústicos se había convertido en una romana de túnicas blancas y pelo recogido a la manera más clásica, con raya en medio y moño. Nadie, al verla, podría decir que no era una romana de pura cepa.

Ahora, al reparar de repente en ello, se preguntó Teófanos cómo era posible un cambio tan total. Balbo había sido estricto en sus instrucciones al respecto, era verdad. Pero el filósofo creyó detectar también una decisión por parte de ella de mimetizarse, de pasar inadvertida en terreno hostil. Algo que podía cuadrar bien con la prodigiosa capacidad de Lucía para asimilar las materias más diversas. Algo que a todos asombraba y que a Teófanos le resultaba a veces incluso casi inquietante.

Sacudió la cabeza como para espantar pensamientos. Pasado el arrebatado de amargura de antes, recogió con cuidado el viejo plano de la máquina de guerra, para introducirlo en un tubo como la reliquia preciosa que era. Mientras lo acomodaba en ese interior, habló despacio.

—No cambias de familia, niña. Balbo y yo hemos celebrado en fechas recientes una ceremonia solemne ante César, como pontífice máximo que es. Ahora Balbo es hijo adoptivo mío.

—Eso ya lo sé.

—Sé que lo sabes. Pero me parece que no entiendes lo que implica eso.

Dejó el rollo en un estante, al tiempo que se asombraba de estar dando ciertas explicaciones a una chica tan joven.

—Supongo que, entre tu gente, la adopción supone algo muy distinto. Será acoger a alguien en una familia, por la razón que sea. Entre los romanos, la adopción tiene una dimensión política y económica muy importante...

Tentado estuvo de darle el ejemplo reciente de Clodio, que gracias a su adopción por un plebeyo se había convertido en tal, y podía ya presentarse a las elecciones a tribuno de la plebe. Pero decidió que eso iba a ser enredar demasiado la madeja.

—Bueno. He adoptado a Lucio Cornelio por razones políticas. Es algo que se ha hablado antes con partes interesadas, y eso incluye a Julio César y Pompeyo Magno. Y las ventajas son obvias.

—Pues yo no las veo.

—Porque no sabes nada de política romana y, siendo mujer, es posible que estos

asuntos siempre te queden muy lejos. El caso es que la adopción nos vincula a ambos y, por nuestras especiales relaciones con Pompeyo y César, la alianza entre estos se ve reforzada a ojos de la gente. Y todo eso es muy conveniente. Es más: hemos acordado que haremos todavía más fuertes los lazos. En breve, me casaré con una mujer de la familia Balbo.

—¿Y qué pasa conmigo?

Teófanos alzó la mano. No lo hizo como un maestro autoritario, sino de nuevo casi como un *avunculus* tolerante con la impaciencia de una sobrina.

—Lucio Cornelio y yo hemos discutido acerca de ti. Ahora está de viaje con frecuencia. A partir del año que viene, estará casi ausente de Roma. A César le han nombrado procónsul de nada menos que tres provincias, y por cinco años. Y él a su vez ha pedido a Lucio Cornelio que sea su *praefectus fabrum*, lo que le tendrá viajando casi siempre.

—¿Qué tiene que ver el cargo de *praefectus fabrum* con el viajar? ¿Es que va a ir él a comprar la madera y el hierro para las máquinas de guerra?

Teófanos volvió a pasarse la mano por la calva. Así pues, Lucía Balbo también se las había ingeniado para saber qué era y qué hacía un *praefectus fabrum*. Pero ¿de qué se sorprendía, conociéndola?

—El *praefectus fabrum* de los ejércitos romanos es sólo un cargo, niña. Un título. Es verdad que, en tiempos antiguos, era el hombre que se ocupaba de los equipos y de las máquinas de guerra. Y más tarde también de la logística. De hecho, todo eso estuvo de verdad a cargo de Lucio Cornelio durante la guerra lusitana.

»Pero ahora ese título se da a hombres con ocupaciones muy diversas. Puede haber varios en un mismo ejército y siempre recae sobre hombres de toda confianza del general. Yo mismo fui, durante años, *praefectus fabrum* de Pompeyo, en las guerras de Oriente y en la de Sertorio en Hispania. Y, aunque me ocupé también de las máquinas de guerra, como se advierte por mis maquetas, fui sobre todo su consejero.

»No sé con exactitud qué funciones desempeñará Lucio Cornelio junto a Julio César. Pero, por lo que me ha contado, se va a pasar todo el día viajando. Y eso implica que no podrá atender los asuntos de su casa en Roma de manera personal.

»Lo hemos hablado largo y tendido y, puesto que ahora es mi hijo adoptivo, no hay nada indecoroso en que tú pases a vivir bajo mi techo. Así, yo podré supervisar de manera estrecha tus estudios.

Advirtió cómo relumbraban sus ojos azules, así que levantó un dedo.

—Que quede claro que no me opongo a que aprendas matemáticas, ingeniería y todo eso a lo que pareces haberte aficionado tanto en los últimos meses. Es más, te animo a ello. Tienes talento y, al fin y al cabo, son también materias por las que yo siento inclinación.

»Pero que te quede igual de claro que tendrás que esforzarte para convertirte en lo que ha de ser una dama romana de clase elevada.

Contuvo a duras penas la risa, al ver cómo se enfurruñaba.

—Enfádate y pon todas las caras que quieras. Aquí mando yo, las instrucciones de Lucio Cornelio son claras y eso es algo no negociable. Voy a buscar de manera inmediata a quienes se ocupen de que te eduques bien en tal sentido. —Volvió a alzar el índice—. Y un consejo. Cuanto más te esfuerces, cuanto más rápido avances en ese tema, antes podrás dedicarte a lo que te gusta. Y más tiempo tendrás para ello.

—¿Podré, *magister*?

«*Magister*». Seguro que le llamaba así porque quería halagarle. Sonrió.

—¿No te he dicho antes que sí? No soy de esos necios, como Catón, que piensa que hay conocimientos que deben estar vedados a las mujeres.

—¿Y podré seguir estudiando con Corumbo?

No era sorprendente esa pregunta. Lucía Balbo se había aficionado a aprender matemáticas, astronomía y otras disciplinas con el arquitecto de Balbo.

—Claro que sí. ¿Por qué no? En ciertas materias, Corumbo será tan buen maestro como el que más. Siempre que Lucio Cornelio lo autorice. Pero supongo que no pondrá reparos, con tal de que eso no entorpezca sus ocupaciones.

—¿Y cuándo vendrá?

—Pero no seas impaciente. Ya volverá. Pero ahora mismo no es que no esté en Roma. Es que no está ni siquiera en Italia.

Por la cara que se le puso a la niña, entendió el filósofo que, hasta ese momento, ella había creído que el arquitecto estaba fuera, supervisando las obras de alguna de las villas en construcción de su amo. Le mostró las manos.

—Ha partido hacia Asia.

—¿Asia? ¿Para algo peligroso?

—¿Peligroso? ¿Qué peligro va a haber, fuera de los normales? —mintió con aplomo de verdadero filósofo—. Corumbo viaja en un buen barco, con el encargo de conseguir obras de arte helenísticas para que Lucio Cornelio esté a la altura de los mejores coleccionistas romanos. El único peligro es que intenten timarle y por ese lado no hay problema. Si hay alguien que sepa de artes y de materiales, ese es Corumbo.

Finca de Marco Junio Bruto. Campania. Mes de quintilis

Bruto ya no era ningún niño. Tenía veinticinco años y se había convertido en un varón alto, de rasgos finos y aire pensativo. Pero, por dentro y para ciertos temas, seguía siendo como un niño. Así al menos lo veía su madre, Servilia Cepión, cada vez que tenía una discusión sobre esas cuestiones con él. Su hijo era de los de opiniones sin matices ni cesiones. Además, tendía a imitar a hombres que él consideraba modélicos y, por desgracia, uno de tales modelos era el detestable Marco Porcio Catón.

Como muchas madres, Servilia solía perder la paciencia cuando su hijo se ponía tozudo. Por eso ahora iba de un lado a otro entre los olivos, bufando, con la *palla* de gasa fina ondeando a cada uno de sus giros bruscos. Y la actitud de Bruto no hacía más que encenderla más aún. Porque aguantaba ahí plantado el chaparrón, en una actitud que él creería estoica, pero que ella consideraba de simple cabezonería.

—*Stulte! Stolide!* —le gritaba—. ¡A mí no me mientas! ¿A mí me vas a engañar?

—No es mi intención, madre.

—¿Que no? ¿Que no? —Fuera de sí, le agitaba el dedo ante las narices—. ¿Es que no hay una conspiración para matar a Pompeyo? ¡Niégalo!

Bruto, con túnica ahuesada, cinto ancho y caligas toscas de campesino, aptas para deambular por los campos, cambió de pie. Al menos, daba algún signo de incomodidad. Pero respondió con igual neutralidad que antes.

—¿Acaso soy un dios para saber todo lo que ocurre en Roma, madre? Yo...

—¿Hay un plan para matar a Pompeyo Magno, sí o no?

—No sabría responder a eso de forma tan simple. Verás, en Roma se habla mucho.

—¡A mí no me vengas con esas!

Aquello era algo que la sacaba de sus casillas. Bruto se había criado en casa de Silano. Había crecido viendo las discusiones entre este y su madre. Y, ya adulto, había adoptado las tácticas del primero, para sus propios encontronazos con la segunda. Se mostraba calmo y razonable hasta extremos tales que conseguía hacerla explotar una y otra vez, como los volcanes. Desde luego, era increíble que un hijo tan frío hubiese salido de un vientre tan pasional.

Y a todo eso, en los últimos tiempos, había encima que sumar tretas aprendidas de Catón. Algo que, a juicio de Servilia, se resumían en una sola palabra: hipocresía. La táctica de buscarle siempre las vueltas a todo, para tener la razón sin tenerla, y luego alardear de ello para enfurecer al contrario e inducirle a cometer errores.

Y por esos derroteros fangosos llevaban un buen rato discutiendo. A cuanto ella exponía, le buscaba él la manera de salirse por la tangente, no hablar con claridad y no admitir nada en absoluto. Pese a su furia, Servilia era capaz de darse cuenta de que

podían estar así hasta el ocaso, sin sacar nada en limpio. Así que, de repente, cambió de táctica.

Se acercó hasta el altar rústico, una piedra tallada con tosquedad, como muchas de las de su clase, junto al tronco de un olivo milenario. Y, no por casualidad, dejó reposar la mano izquierda sobre ella. Sonreía, pero con los ojos oscuros echando chispas.

—¿Así que me dices que no sabes que haya ninguna conjura en marcha contra Pompeyo? ¿Que todo deben ser conversaciones de borrachos? ¿Y que, por supuesto, tú no tienes nada que ver con algo así?

Tuvo la satisfacción de ver cómo Bruto se removía con una incomodidad que antes no había mostrado. Y, aunque por fuera no cedió un ápice en su actitud de cólera ahora fría, por dentro se sonrió como una gata. Acababa de atrapar a su hijo. ¿Creía poder burlar con tanta facilidad a Servilia Cepión, a su madre? Le había pillado los dedos usando esa querencia suya, tan propia de muchos *boni*, de cultivar hasta el extremo las virtudes antiguas.

Justo ese cultivo de tales virtudes era lo que hacía que él estuviese en esos momentos allí, en esa finca campana, hasta donde había tenido que ir a verle Servilia. Esas tierras habían sido de Silano y se las había dejado en su testamento a Bruto, al que en el fondo siempre había considerado un hijo. Y Bruto había creído su deber acudir a supervisar las tareas agrícolas. Por supuesto, no tenía la menor idea de administrar el agro, pero entraba dentro de esa pose suya de patricio antiguo el visitar de manera regular sus predios e interesarse por sus cosechas y ganados. Máxime cuando, hasta ese momento, había carecido de propiedades agrícolas.

Aquel altar estaba dedicado al *genius loci* del olivar. Olivar que había estado durante generaciones en manos de la familia de Silano. No era casualidad que el difunto le hubiese dejado en herencia esos terrenos a Bruto y no a ninguna de las tres hijas que había tenido con Servilia. Quizá quiso que, de alguna forma, siguieran en poder de alguien que en espíritu podía continuar sus tradiciones. Y, con ánimo más práctico, ayudarle a tener latifundios que le permitirían, con el tiempo, ingresar en el Senado.

En su día, Silano había llevado al entonces Bruto niño a recorrer aquellos olivares. Le había hablado de sus orígenes, de cómo fueron en tiempos pasados propiedad de conquistadores samnitas. Y también le había mostrado esa ara tosca de piedra, y narrado cuán antigua y sagrada era.

Ahora Servilia, que sabía todo eso, con bastante mala fe, descansaba su zurda justo sobre el altar, exigiéndole que se atreviera a mentirle.

Se alzó una brisa tibia que estremeció las hojas de los olivos. Agitó el velo de Servilia y Bruto, quizá turbado por ese presagio, se arrancó a caminar entre los troncos, procurando no mirar de frente a su madre.

—¿Qué entiendes por conjura, madre? ¿Dónde acaba una «conversación de borrachos», como tú la has llamado, y comienza un plan de verdad? Se habla de

muchas cosas, no puedo negarlo. La situación política es crítica y sí, lo admito, algunos opinan que esto sólo se puede arreglar con violencia. Pero nadie quiere otra guerra civil.

—Así que la única solución que queda es el asesinato político, ¿no?

Bruto no respondió nada. Servilia, llevada de su genio, se despegó del altar para acercarse de nuevo unos pasos a su hijo.

—Además, ¿qué es eso de «arreglar»? ¿Qué hay que arreglar que necesita la muerte de alguien?

—La dictadura *de facto* que ha establecido el *tricaranus* en Roma...

—¡Dictadura *de facto*! *Bona Dea*! —bufó—. ¡Qué palabras mayores son esas!

El que ahora se revolvió con pasión repentina fue él.

—¡Palabras mayores para sucesos mayores, madre! El que no vea lo que está ocurriendo es porque no quiere, o porque no tiene ojos en la cara. El *tricaranus* ha conseguido el apoyo de las asambleas populares y de los tribunos de la plebe.

—Eso es legítimo.

—No para lo que lo están usando. Han desactivado por completo todos los mecanismos de control de la República. Usan a las asambleas populares para anular al Senado.

—¿Y qué?

—Que la República romana, desde tiempos remotos, se ha basado en el equilibrio entre el pueblo y el Senado. Entre la plebe y los *optimates*. Y ahora, esos tres piratas han roto el pacto de siglos que ha hecho a Roma la más grande.

Ella le contempló con frialdad. Frialdad porque no le gustaba nada ese tono, que tanto le recordaba al que usaban otros al dirigirse a las mujeres para explicarles, desde sus alturas, temas que consideraban que estaban muy lejos de su comprensión. Y frialdad también porque le enervaba esa visión tan idílica como falsa de la historia política romana.

—¿Pacto? ¿Equilibrio? ¿Quién te habrá metido todas esas estupideces en la cabeza? Desde luego, no fue Décimo Junio Silano. Se podían decir muchas cosas de él, pero no que no tuviese la cabeza sobre los hombros.

—Madre, no considero correcto que menciones a Décimo Junio.

—¿Cómo qué no? Fue mi esposo durante muchos años.

—Un esposo al que engañaste con otro.

La frialdad de ella se convirtió ahora en gelidez.

—Y al que visité de manera asidua durante su enfermedad, no como tú.

Él se echó un poco atrás.

—Mis obligaciones...

—A las cloacas con tus obligaciones. Desgraciado, a mí no me vengas a dar lecciones de nada. Y menos me salgas con excusas, que soy tu madre. Décimo Junio Silano te quiso como a un hijo y tú, en sus últimos días, no supiste corresponderle como se merecía.

—Madre, no deseo discutir sobre ciertos temas.

—Pues entonces no los saques.

Siguió un silencio tenso. Ahora Bruto se escudaba en la dignidad ofendida. Pero Servilia, con toda intención, regresó de nuevo junto al ara a la sombra del olivo, para reposar otra vez la mano sobre ella. Cambió de tono y de discurso, asumiendo ya que su hijo no iba a reconocer nada.

—No te entiendo, Marco Junio. De verdad. Con lo inteligente que tú eres, y a veces tienes una visión de las cosas más simple de la que tendría un pastor. Nunca hubo ningún pacto entre la plebe y el Senado. La República no es fruto de ningún acuerdo. Se parece más bien a una especie de paz armada entre bandos o clases sociales.

—No es verdad. La República representa el equilibrio. Y eso lo está rompiendo el *tricaranus*.

—Que no me vengas con esas. Lo que siempre ha habido son maniobras de hombres con poder y, a veces, algunos de ellos se han apoyado en el pueblo. — Impidió una réplica con un gesto brusco—. ¡Despierta! ¿Te parece que Pompeyo es un *popularis*? Sería más bien uno de los *boni* si estos no le hubiesen desdeñado, ofendido y frustrado en sus expectativas.

»¿Y Craso? Ese es una facción en sí mismo. ¿Y te parece que se apoye en la plebe? Los que le respaldan son los recaudadores, que son todos caballeros.

»¿Dónde dejan todos esos a tus dos bloques antagónicos del Senado y el pueblo?

Bruto la observó desconcertado, pero no por mucho tiempo. Se estiró de la túnica, como si esta lo necesitase.

—No pienso discutir contigo de política, madre. Creo que la República está en peligro. Y que es obligación de un hombre que se respete a sí mismo hacer cuanto esté en su mano para defenderla. Así lo exigen las *mores maiorum*.

—¡No menciones a las *mores maiorum*! —Alzó las manos, irritada—. Ni me las mientes. ¿Es acorde a las *mores maiorum* matar a Pompeyo?

—Lo es hacer lo que se deba para preservar a la República. Nadie desea la muerte de Pompeyo, te lo aseguro. Pero algunos lo ven como la pieza clave del *tricaranus*, por su poder militar. Aunque casi todos son conscientes de que el artífice de todo es Julio César. Él es el principal responsable de todo lo que está ocurriendo.

Ella le observó. Nunca hablaban de Julio César. Una vez él había sacado el tema en una discusión, y ella le había cruzado la cara. Desde entonces, era como si no existiera.

—Que a los *boni* no se les ocurra levantar una mano contra Cayo Julio.

—Descuida. —Su hijo le echó una mirada de soslayo—. César saldrá de Roma. Se irá a sus provincias y desaparecerá de la política romana. Nadie tiene intención de intentar nada contra él.

—Más les vale. Y tú no te mezcles en eso.

Él volvió a estirarse la túnica, con gesto casi de niño tozudo.

—Haré lo que deba hacer, madre. No me pidas más.

Y, por esa respuesta final, tuvo Servilia la sensación de que haber hablado de todo ese asunto con él podía haber sido aún peor.

Aguas del mar Egeo. Quintilis

Por supuesto, mentía Teófanos de Mitilene al asegurar a Lucía Balbo que Corumbo no corría ningún peligro. Navegar siempre era un riesgo, y más por ese dédalo de islas que conforman el mar Egeo y las costas de Asia. Y a ello había que añadir que estaban en una misión doble: conseguir objetos de arte exquisitos y embarcar a testigos contra Lucio Valerio Flaco. Lo primero iba a atraer la codicia de los piratas y lo segundo no lo lograrían, sin duda, sin que los agentes del futuro acusado trataran de impedirlo.

Pero lo cierto era que Corumbo tuvo que pasar apuros bastante peores de los que creía el filósofo de Mitilene. Más que apuros. O eso pensó el propio interesado cuando una colisión terrible —entre griterío y restallar de maderas que saltaban en pedazos— le mandó rodando por la pasarela y casi le hizo precipitarse sobre las bancadas de remeros. Habían abordado a otra nave y el choque lanzó una onda, de proa a popa, que hizo caer o volar a cuanto no estaba asegurado.

Eso sí, mientras daba tumbos por cubierta, aunque aterrado, el arquitecto no pudo dejar de pensar que el *Gallus Ruber* había sido bien construido. Maderas de calidad y uniones con holgura, para poder aguantar lances así. Ahora entendía por qué los bustos, estatuas, capiteles se habían estibado con tanto cuidado, envueltos en camisas de paja, telas viejas y maderas blandas.

Pero no era momento de pensar. Entre el batir del oleaje y los gritos, el *Gallus Rubercio*, con un crujido espantoso de tracas y cuadernas destrozadas. Volaban astillas, lanzas, piedras de honda. El espolón de su nave no había llegado a partir por la mitad a la liburna pirata, pero había destrozado su costado de babor sin remedio. Se iba a pique y, al parecer, una parte de los piratas estaban decididos a morir matando.

Una bola de arcilla cocida golpeó contra la borda, muy cerca de su cabeza. Saltaron astillas, lacerando su mejilla. Se acurrucó todavía más, buscando la protección de cuanto estuviese cerca y sobresaliese.

El capitán Cartalón, que se hallaba próximo, rompió a reír de manera estruendosa al advertirlo.

—¿Qué te pasa, griego? ¿Tienes miedo a la muerte?

El otro desde abajo, agazapado, le miró con pavor iracundo.

—¡Claro que tengo miedo, fenicio de mierda! ¡Si me gustase la lucha, me habría hecho soldado!

El patrón del *Gallus Ruber* —descalzo, con casco sin cimera, placa pectoral de bronce y falcata en mano— volvió a carcajearse ante esa salida. Luego, se giró para dar órdenes al cómitre y a los timoneles, con voces destempladas.

Estos, que eran dos de sus propios hijos, metieron las barras gemelas a estribor, en tanto que el redoble de tambor cambiaba. Los remeros se aplicaron a las cañas, mientras el vocerío y restallar de maderas del barco abordado iban distanciándose de ellos.

Sólo cuando dejaron de silbar los proyectiles, se animó Corumbo a levantarse. Para entonces, Cartalón ya había abandonado su falcata y, todavía tocado con ese casco sin cimera, recorría la pasarela, evaluando en persona los posibles daños, averiguando cuántos heridos había y ordenando a gritos a sus hombres que se cerciorasen de que tanto la carga como los pasajeros estaban bien.

El propio Corumbo debiera haber tenido el primer impulso de bajar a revisar esa carga. Las piezas de arte que había ido reuniendo para su amo Balbo durante aquel cada vez más accidentado viaje por Grecia y las costas de Asia. Pero no pudo evitar, en vez de eso, girar sobre los talones y asomarse por la borda.

Como, tras abordar a la nave pirata, habían navegado hacia atrás una distancia respetable, antes de hacerlo de nuevo avante, tenían a su enemigo ahí a babor. No, no habían logrado partirla por la mitad, en efecto, tal como hacían los barcos triunfantes en los relatos heroicos. Pero casi lo habían conseguido. Le habían hecho un boquete enorme, de forma que ahora se hundía con rapidez.

Corumbo pudo apreciar que había sido un barco largo y bajo, tan estilizado y de aspecto mortífero como las avispas. Algo esto último que se acentuaba por el hecho de que, para el combate, se arriaban los mástiles. Y ahora el arquitecto veía a los piratas hormigear por la pasarela, tratando de hacerse con maderas, vasijas, lo que fuese que les pudiera mantener a flote, antes de que su nave se hundiese del todo.

De repente, la liburna se partió. Esa parte analítica de matemático e ingeniero de Corumbo dedujo en el acto que el agua embarcada, al acumularse a proa y a popa, había quebrado al barco justo por la mitad. En la zona por donde el *Gallus Ruber* la había abordado. Su parte más emocional sufrió al mismo tiempo un sobresalto por lo violento de la ruptura, por lo inesperada que fue, por la visión de hombres y tablazones volando por los aires, ya que la liburna se partió como un palitroque en manos de un forzudo.

Apartó la mirada de esa pequeña tragedia para buscar con los ojos al resto de sus atacantes. Allá, a popa y también a babor, estaba otro de ellos. A esos nos les habían llegado a abordar. Les engañaron, haciéndoles creer que eran más lentos de lo que en verdad eran. Y, cuando estaban ya casi borda contra borda, les habían cubierto con una nube de disparos incendiarios, antes de bogar a todo brazo y dejar a esa nave enemiga atrás, envuelta en llamas y alaridos.

Porque, para esa misión, el *Gallus Ruber* se había hecho a la mar con tripulación escogida y más numerosa de lo normal, y además con artillería ligera y abundancia de proyectiles de todo tipo. Falta les había hecho de todo, como les haría en el futuro.

Corumbo paseó la mirada por el mar, a ambas bandas. En este ataque contra ellos había participado una tercera liburna. ¿Dónde estaba?

No se la veía por ningún lado. Sin embargo, habían combatido también contra ella. De eso estaba seguro, aunque de poco más. Estuvo tan atemorizado por el vuelo de disparos mortíferos, tan aturullado por la confusión de gritos, bandazos, golpes, que se había enterado de poco durante la batalla. Incluso ahora ya dudaba si la liburna

que ardía a babor había sido alcanzada por algún disparo de la balista de proa o fue incendiada durante el conato de abordaje.

Menos aún sabía si la tercera nave pirata se había ido a pique o huido. Sus ojos, al pasar por la superficie agitada del mar, no veían más que olas, destellos de sol en el agua y la liburna en llamas cada vez más a popa, de forma que se iba convirtiendo en una columna de humo negro sobre las aguas.

Su parte más analítica reflexionó sobre el hecho de que la visibilidad era escasa a ras de mar. Eso hacía que embarcaciones como las liburnas, bajas y largas, pudieran echarse encima de las naves mercantes sin que estas las avistasen hasta que era tarde. Máxime cuando los piratas abatían mástiles para navegar impulsadas por sus dos filas de remos, a una velocidad insuperable para un mercante normal. Tal vez sería útil que estos últimos contasen con superestructuras que les garantizaran algo más de altura...

—¿Estás bien, griego? ¿Alguna herida?

Así le espetó Cartalón, capitán de la nave, con su voz bronca y de pasada, mientras recorría el buque buscando desperfectos. Su actitud era más amable. Ya había advertido el arquitecto que los temporales y los combates producían en aquel hombre euforia. Entraba en un estado semejante a la ebriedad, lo que le llevaba a actitudes excesivas.

Ya se había despojado de casco y placa pectoral. Volvía a ser el hombrón de grandes barbas, con túnica sucia de brea y sal, que golpeaba con sus manazas las tablas y las pasarelas, para asegurarse de que no estaban dañadas. Y el tono de Corumbo fue también harto distinto al responder. Porque una cosa eran las palabras que se cruzaban en el ardor de momentos de peligro y otra en situación normal.

—Sí, capitán. Ni un rasguño.

—No puedo decir lo mismo de mis hombres. Tenemos unos cuantos heridos. ¿Serías tan amable de ayudar a curarlos?

Corumbo asintió. Aquel no había sido ni de lejos el primer enfrentamiento con piratas. Parecía que todos los ladrones del Mediterráneo oriental estuviesen a su caza. Ya en varias oportunidades habían tenido que huir a todo trapo y remo y, en otras tantas, cuando no les quedó otro remedio, tuvieron que luchar. Y eso había supuesto bajas, desde luego. Así era como el patrón del *Gallus Ruber* había tenido ocasión de apreciar los conocimientos médicos del griego.

Por tanto, este último se fue a buscar su bolsa. Crujían las cuadernas, las tracas, los cordajes. Olía a pez, a mar y a sudor. La tripulación estaba izando el mástil, colocándolo en la fogonadura, para luego largar vela y volar hacia el siguiente puerto, que sólo el capitán conocía. Marineros con taparrabos exigüos estaban baldeando con agua de mar a los remeros. Lo agradecían estos y lo agradecían los demás. Los segundos porque el hedor a humanidad que surgía de las bancadas era insufrible. Los primeros porque habían soportado un gran esfuerzo durante la batalla y ahora reposaban agotados sobre sus remos, recibiendo con alivio los golpes de agua marina fresca.

Poco podía hacer Corumbo en una tesitura así. Había heridas por punta de arma, contusiones y huesos rotos por pedradas o caídas durante el abordaje. Así que echó una mano a los veteranos que, gracias a las consejas recibidas de otros más antiguos, a las que sumaban la experiencia propia, se ocupaban en esos casos. Ayudó a sanear cortes, a vendar costillas y a colocar en su sitio huesos largos, enderezados entre bramidos de dolor.

Cuando todavía no habían acabado de curar, se apartó porque Cartalón le reclamaba de nuevo a su lado. Antes de que pudiera preguntar nada, el capitán le señaló con el dedo a un grupo de personas que aspiraban con fruición visible el aire limpio del mar. Acababan de salir de la bodega, donde habían estado refugiados, junto a las obras de arte, durante la escaramuza.

Griegos de Asia. Hombres y mujeres, de varias edades y condición, embarcados en secreto durante el periplo. Ellos con las barbas revueltas y las túnicas sucias, luego de esos días de viaje por mar y de dormir en bodegas no muy limpias. Ellas envueltas en mantos y con velos, por orden expresa del capitán, que trataba así de esquivar la mala suerte que muchos marinos atribuían al llevar mujeres a bordo.

—Me preocupa esa gente, griego. Me preocupan.

—¿Por qué, capitán?

—Porque algunos de ellos no se encuentran muy bien de salud.

—Ah. Pero eso es lógico: no son marinos. Están mareados y la dieta es distinta a la que comen en sus casas de manera habitual. Debo decirte además que los combates navales pueden ser muy impresionantes para los que no estamos acostumbrados a ellos. Y de miedo también se puede enfermar.

—Es posible. Pero me inquieta que hayan podido echarles una maldición.

—¿Una maldición? —Corumbo no pudo evitar alzar una ceja.

—¿Por qué no? Se recurre a las brujas tanto como al puñal o al veneno. Sé que contra la brujería tú no puedes hacer nada. Pero me gustaría que les echases un vistazo, por si hubieran contraído alguna enfermedad y se estuvieran contagiando unos a otros.

—Como gustes, aunque de enfermedades sé muy poco. Conozco algo el cuerpo humano porque me interesa la mecánica.

—De todas formas, échales un vistazo. Y habla con ellos. Si están enfermos de miedo, o el miedo tiene algo que ver, si ese miedo se aplaca, se irán los signos de enfermedad.

—Ahí tienes razón, capitán.

—Esa gente ha de llegar a Roma viva como sea. Y, a ser posible, todos. Los agentes de los *boni* harán lo posible y lo imposible para que no lleguen a testificar contra Valerio Flaco.

Golpeó con la palma abierta contra el mástil ya izado, como para comprobar la firmeza de las trincas.

—De los maleficios ya me ocuparé yo. Buscaré magos que les pongan remedio,

aparte de que la magia que protege a la *Gallus Ruber* es muy fuerte. Magos de cinco razas le dieron su protección mientras se construía. Tú habla con ellos.

—Lo haré. Aunque, con sinceridad, me dan más miedo los espolones que los hechizos o la enfermedad.

Lo decía pensando en con cuánta facilidad su nave había destrozado la amura de la liburna y mandado a todos sus tripulantes al fondo del mar. Cartalón le palmeó riendo en el hombro.

—Por eso no te preocupes, hombre. Puedes apostar todo lo que tienes, si es que tienes algo en esta vida, a que ninguna nave pirata tratará de destrozarnos con su espolón.

—¿Cómo puedes estar seguro de eso?

—Porque todos saben que llevamos a bordo un gran tesoro en obras de arte. Sin duda, los *boni* habrán ofrecido una recompensa envidiable a quien sea capaz de librarles de esos testigos enojosos. —Se echó a reír, con las barbas agitadas por la brisa marina—. ¡Pero podrían ofrecer diez, cien veces más! Te aseguro que a ningún pirata se le ocurriría perder un botín así. No. Tratarán de abordarnos, de tomar la nave.

»Querrán capturarnos para mandar a los representantes de los *boni* las cabezas de los testigos. Y para apoderarse de las estatuas.

Volvió a reír.

—Y acabarán todos como han acabado los de hoy. Chamuscados como sardinas de espetón o ahogados. Todos serán pasto de los peces. —Palmeó de nuevo el mástil—. Porque este es el *Gallus Ruber*. —Se señaló luego a sí mismo con el pulgar—. Y yo, Cartalón de Septa, soy su patrón.

Barrio de la Suburra, Roma. Fiesta de la Vinalia rústica. Sextilis

Roma la escandalosa, la borracha, la de las fiestas soeces. Epítetos todos que hacían justicia a la capital de la ecúmene y aún se quedaban cortos. Balbo podía dar fe de ello. Sin embargo, para él no constituían insultos, al revés que para quienes los habían acuñado. A su entender, apodos así eran los que le daban el marchamo de capital del mundo, de gran caldero humano, de crisol en el que confluían todos y todo, siempre en ebullición, mezclando para luego parir personajes y doctrinas improbables.

Quizá todas esas ideas fueran producto del vino. Pues, de vez en cuando, dejaba de regar con el tinto a la multitud que asediaba a su carromato para empinar él mismo su ánfora picuda y remojar el gaznate.

Aquellos que se asomaban a las ventanas de los pisos altos, o a las azoteas de las ínsulas, podían ver desde arriba al carro como una isla. O, mejor, como un barco a la deriva entre las corrientes humanas que fluían por las callejas de la Suburra. Y los asomados a ventanas más bajas, veían que era un carretón grande y alto, de cuatro ruedas macizas, tirado por cuatro bueyes enormes, engalanados con collares de flores. Y que, en la caja del carro, había media docena de hombres fuertes, vertiendo vino con ánforas de pico largo en las bocas abiertas de una multitud ávida de bebida gratis.

El escándalo era fenomenal. Al bullicio propio de toda muchedumbre desatada, con sus voces, gritos y cánticos, se unía el estruendo de los instrumentos musicales. Resonaban tímpanos, címbalos, crótalos, aulos y tibias. Incluso a veces el toque bronco de las tubas se imponía sobre el clamor humano, alargándose por las callejas.

—¡Moraleja! ¡La bebida gratis no calma la sed, sino que la aumenta!

Eso voceaba en griego Teófanos de Mitilene, entre carcajadas. Manejaba él a dos manos un gran pellejo, apretando y lanzando chorros a las bocas abiertas que les asediaban. Calvo, fuerte, bienhumorado, con las barbas desarregladas y, como todos, tocado con corona de hiedra y flores, y con las ropas manchadas de vino.

—¿Gratis? ¡No hay nada gratis en este mundo!

Eso gritó Balbo mientras tendía el ánfora para que se la rellenasen. Pero la respuesta le vino a sus espaldas y en gaditano, con la voz bronca de su medio hermano Cartalón.

—Ni en este mundo ni en el otro. ¡Y, desde luego, esta juerga gratis a la familia no le sale!

Teófanos, que entendía lo bastante de esa variante del fenicio, se carcajeó ante la salida del marino. No así Décimo Junio Bruto Albino, el hijo de Tuditana, que también estaba allí. Él no entendió ni una palabra. Tampoco dijo nada, pero sí que echó una mirada llena de curiosidad a las distintas expresiones de esos tres.

Balbo se volvió riendo, salpicándose de vino.

—¿Ya estás con esas, gruñón? Que sepas que todo esto es una inversión. Una

buena inversión.

Su barbudo hermanastro, con túnica vieja, grisácea de tantos lavados, ahora manchada de tinto, y tocado sin embargo con un fastuoso frigio bordado, se rio a su vez.

—¿Es una inversión emborrachar a estos gandules? Pero si no tienen donde caerse muertos. Esto es tirar el dinero y espero que lo compenses con ganancias por otro lado.

—La ganancia viene justo de gastar en todo esto.

—¿De qué? ¿Por dónde?

—Roma es la ciudad con más fiestas que he conocido. Eso ya lo sabía gracias a mis preceptores y siempre me había intrigado. Pero no es lo mismo saberlo que verlo, palparlo, vivirlo. Ahora, estando aquí, he comprendido por qué los romanos tienen tantas festividades.

»Esto es soborno social, hermano. Compra de voluntades pura y dura. Repartimos vino, viandas, regalos, en las fiestas. Así nos ganamos el favor del pueblo. Aquí estamos, hinchándolos a vino, de la misma forma que el hortelano riega sus matas, para que en su momento le den buena cosecha. Lo que estamos haciendo es ganar apoyos populares para Julio César y Pompeyo Magno.

Cartalón se rascó la nariz con un dedo manchado de tinto. Teófanos apostilló.

—Lo has dicho con rudeza de tendero. Pero es la simple verdad. Aquí estamos ganando el favor popular para los nuestros.

Lo dijo en griego, puesto que, aunque entendía el gaditano, no lo hablaba. Así esas frases sí que las entendió Bruto Albino.

—El favor popular cambia como el viento —intervino, en el mismo idioma.

Balbo enarcó una ceja, apreciativamente. El griego del joven era perfecto y lo que había dicho muy cierto.

—Tienes razón. Es lo malo de invertir en el favor del pueblo: que tienes que estar gastando en ello de continuo. Y que no tienes garantías de que, pese a todos tus esfuerzos, cualquier novedad les atraiga más y te deje a ti sin nada.

»Pero es lo que hay y uno ha de asumirlo. De igual forma que si se quiere comerciar, uno debe hacerse a la mar. Y ya se sabe lo traidora que es la mar.

Pareció como si el joven tuviese ganas de responder algo a eso. Pero el gentío asediaba el carro, ansioso de más vino. Eran como olas humanas; embestían con tanta fuerza contra los lados del carretón que este se balanceaba como barca en el oleaje. Así que todos se aplicaron a apaciguar a la bestia con tinto, mediante pellejos y ánforas.

Balbo, mientras vertía líquido sobre los festejantes, entre el escándalo ensordecedor, pensaba en lo dicho por el joven. No era más que un detalle, pero daba muestra de su educación esmerada. Decían de él que era inteligente y a Balbo le parecía que sí, que ese valía para algo más que andar en correría con matones como Clodio o Marco Antonio.

De repente Cartalón, llegado a Roma con el cargamento de antigüedades, custodiado de forma celosa por Corumbo, le arrancó el ánfora de las manos para echarse un buen chorro a la boca.

—¡Puag! ¡Ya podías regalar vino un poco mejor, hermano!

—¿Para qué? A todos estos les da lo mismo. Si les diésemos meado, se lo beberían igual. ¿Y para qué gastar más de lo necesario?

—¡Qué asco! ¡Maldito usurero!

—¿Pero no eras tú el que me echaba en cara hace un rato que dilapidase? Anda. Mira ahí abajo. Esos pellejos colorados. Esos tienen vino mejor para nosotros.

—Cabrón. Qué guardado te lo tenías. Me estabas viendo beber de esto y tú tan callado.

—¿Y yo qué sabía? Haber preguntado. Pensé que tenías el capricho de beber lo mismo que le damos a la gente.

Pese a sus palabras de antes, lo cierto era que Balbo sí que había hecho un gasto considerable, aparte de en los muchos litros de vino barato. Había contratado a músicos que tocaban cerca, y a voceros que anunciaban a todos los que podían escucharles que era precisamente él, Lucio Cornelio Balbo, *eques* de Gades, quien pagaba todo ese vino y toda esa música para disfrute del pueblo y en honor a Venus Obsequens, diosa tutelar de aquellas fiestas.

Entre el olear de gentes, llegó hasta la caja del carromato una mujer con túnica rojo oscuro sobre otra blanca, y una máscara que llamó de inmediato la atención de Balbo. No por esta en sí, ya que las caretas eran habituales, tanto en los festejos como de diario. Pero a lo largo de ese más de un año en Roma, había dedicado mucho tiempo a aprender arte. Por gusto y por inversión, con el mismo espíritu con el que sufragaba vino y música para la plebe. Las clases altas romanas, debido a su expansión por Oriente y al contacto con el arte helenístico, habían desarrollado una verdadera pasión por el arte. Gastaban en ello no sólo su dinero, sino también mucho tiempo, que empleaban en discutir sobre el mismo. Uno no podía ser aceptado en ciertos círculos si no sabía de arte.

Y esa máscara resultaba intrigante. Cubría hasta el labio superior y su estilo era arcaizante, como las que se usaban siglos atrás y que se seguían viendo en ciertas zonas rurales de Italia, no contaminadas todavía con influencias estéticas foráneas. Además, había algo en esa mujer que le resultaba familiar. Familiar pese a la máscara y a que llevaba sobre la cabeza una *palla* roja.

Se inclinó curioso sobre el borde del carro, ánfora en mano, al ver cómo ella pugnaba por llegar hasta los tablones mismos de la caja. Por un instante, se preguntó si no le traería algún mensaje.

—¿Te vas a conformar con ver la fiesta desde ahí arriba, como ves pasar buena parte de la vida, fenicio?

A Balbo casi se le cayó el ánfora de las manos. Había reconocido la voz pese a la escandalera de música, gritos, cantos y risas que envolvía como una galerna al

carretón. Se inclinó aún más, con algún reproche a flor de labios. Pero la mujer de la máscara no le dio tiempo.

—¡Baja conmigo!

Lo que vieron los que estaban con él fue que, de repente, Balbo dejaba de lado el ánfora y, tras tomar una de las botas rojas de vino, daba una voz a los carreteros para que hicieran avanzar el vehículo. Y luego, asombrados, presenciaron cómo se descolgaba por la zaga de la caja, con la bota en bandolera.

Cartalón fue a gritarle algo, pero la mirada que le echó su hermano le hizo desistir. Bruto Albino, al que Balbo había pedido que se ocupase de la seguridad de todo aquello, hizo primero amago de ir tras él. Después estuvo a punto de dar una voz a los hombres que, perdidos entre la gente, formaban un círculo de seguridad alrededor del carro. Pero Teófanos le tomó por el codo, para gritarle al oído que Lucio Cornelio Balbo ya era mayorcito y que sabía lo que hacía.

En esas, el carro arrancó y, muy despacio, fue avanzando por entre aquella multitud, que se abría a su paso para cerrarse inmediatamente después.

Entretanto Balbo, convertido de inmediato en anónimo, ya que aquellos que le vieron bajar habían seguido en pos del carromato y del vino, aceptó otra máscara de terracota, igual de arcaica que la que portaba la mujer. Ella misma le ató las cintas a la nuca.

—¿Pero tú estás loca? —rezongó por lo bajo él, acordándose de hacerlo en griego, que sería la lengua que menos entendería el populacho—. ¿Cómo se te ocurre meterte así, sola, en medio de todos estos borrachos?

Tuditana, pues ella era, se echó a reír junto a su oído.

—Sé cuidarme, Tartesio. Y no estaba sola. Estaba con amigos. Me aparté de ellos cuando vi tu carromato.

Él se giró incomodado, con un reproche en la punta de la lengua. Pero ella, sin darle tiempo a nada, se le echó al cuello para plantarle un beso muy largo. Uno con sabor a vino. Él lo devolvió de muy buena gana, pero cuando se apartaron maldijo.

—¡Desde luego, tienes tan poca cabeza como dicen! ¡Aquí! ¡En mitad de la calle...!

Ella se reía como una loca. Le quitó la bota, le apuntó y le disparó un chorro que, de manera irremediable, acertó sólo en parte, salpicando la máscara y manchándole todavía más la túnica.

—No te preocupes tanto por mi reputación. Y no hay nada que temer. Si ni mi propio hijo, que estaba contigo en el carro, me ha reconocido.

Balbo bufó. Era cierto. Qué situación tan extraña y tan incómoda. Estar liado con la madre de uno de los que, en parte por su propia intercesión, iba a ser colaborador estrecho de César en los próximos años.

Volvió a resoplar. ¡Por Yam! Quizá los romanos estuviesen acostumbrados a cosas así, pero a él le resultaba de lo más embarazoso.

—Maldita seas. Se supone que son los hijos los que hacen locuras bajo las narices

de los padres. No al revés.

Ella, sin dejar de reír, le pasó la bota. Él le disparó un chorro de tinto a la boca abierta, bajo el borde de la máscara. Tuvo más tino, lo que no quita para que no le salpicase también las dos túnicas superpuestas. Luego, él mismo empujó la bota roja, resignado ya a aquel disparate.

Mismo lugar. Algo después

¿Cómo no dejarse arrastrar por la locura del vino, de la multitud, de la música y, por supuesto, de Tuditana? La gente bebía, gritaba, se empujaba. Bailaban al son de flautas, arpas y panderos. Vertían desde lo alto chorros de vino en sus bocas abiertas, como si nunca hubieran bebido, como si arrastraran sed de siglos, de forma que el tinto les corría por las mejillas, el cuello, el pecho.

En momentos como ese, era patente con toda su fuerza la mescolanza de pueblos que conformaban ya la plebe de Roma. No ya sólo romanos, latinos, itálicos, etruscos. Allí había galos, germanos, griegos, hispanos, africanos y orientales diversos. Casi todos vestidos a la romana, pero con detalles en el peinado, los adornos o las propias ropas que delataban su origen, aparte de los tipos físicos.

Todos celebrando como si fuera el último día del mundo. Y Tuditana no iba a ser menos. Ya estaba ebria, en ese estado que la elevaba, que la arrebatava como a las bacantes. Con su máscara sobre el rostro, el velo cubriéndole los cabellos, danzando como posesa. Se había hecho con un pandero, y lo tocaba con la palma y la punta de los dedos, mientras sus pies volaban sobre el polvo de las calles. Se había descubierto un pecho, quien sabe si por capricho o por alguna cuestión mágica. Y Balbo no podía por menos que observarla fascinado, entre los giros de su danza.

Quizá porque percibió la fijeza de su mirada, se aproximó a él, con mucho agitar de pies y golpeteo de dedos sobre el parche del tímpano.

—Vinalia es día de alegría. Vinalia es día de vino. —Eso lo dijo cantando, para acto seguido gritar—. ¡Vinalia es fiesta conquistada!

Y, con ese grito, se arrojó sobre él para besarle, con tanto ímpetu que las máscaras chocaron y nunca supo Balbo cómo no se hicieron pedazos. Él, con la bota de cuero rojo ya bastante flaco en la zurda, la recibió de muy buena gana. Aunque eso no evitó que preguntase, entre los juegos de lengua y el sabor a saliva y vino.

—¿Qué es eso de fiesta conquistada?

—Mira a tu alrededor, infiel. —Ella misma giró la cabeza, colgada de su cuello—. Mira a toda esta gente. Esta era una fiesta en honor a Júpiter. Pero la Vinalia rústica está bajo el amparo de Venus. Y aquí y hoy no manda Júpiter. Manda el *Pater Liber*.

Se despegó de él, le arrancó el pellejo de la mano y lo blandió en alto al tiempo que vociferaba:

—*Pater Liber!*

Balbo, atónito, vio como no pocos de los celebrantes se giraban riendo para corear ese brindis. *Pater Liber! Liber Pater!*, vociferaban. Pero no le dio tiempo a preguntar nada, ni a reflexionar siquiera sobre ello. La turbamulta estaba girando. Era como si las corrientes de aquel mar humano hubiesen cambiado de repente de dirección. Y los allí presentes se estaban dejando arrastrar sin ser conscientes de ellos. Al menos, la mayoría. No así Tuditana ni Balbo que, entre las nieblas del vino,

cruzaron miradas tras las ranuras de las máscaras.

Ella, con el pandero y la bota en una mano, tomó con la otra por la muñeca al gaditano, para arrastrarle con ella, a favor de hacia donde ahora iba el gentío. Y enseguida pudieron ver qué había hecho rolar a las corrientes humanas de la Suburra.

Lo que causaba esa nueva conmoción por las callejas era un desfile, o más bien un tumulto de borrachos. Abría la procesión una veintena de músicos con tímpanos y flautas de doble caño. Y a ellos les seguían una doble fila de beodos tocados con coronas florales, con las túnicas desarregladas y manchadas, con garrotes al hombro, en imitación burlesca de los lictores de los magistrados.

Y justo eso era lo que remedaban en mofa, porque iban abriendo paso a un sujeto montado en pollino. Vestía este una toga bufa, adornada con motivos florales, y se tocaba con una corona fantasiosa y enorme, en la que se entrelazaban media docena de plantas. Era un hombre muy feo, al que nadie que hubiera visto en una sola ocasión dejaba de reconocer, porque tenía el rostro y el cuello deformado por bultos.

—Vatinio.

Se lo dijo ella al oído, como si fuese necesario. Publio Vatinio. El artífice de que César hubiese obtenido el mandato, en asamblea popular, y por cinco años, de las provincias de Galia Cisalpina e Iliria. Otro bribón político más, en este caso alineado con los *populares*, que ese año era tribuno de la plebe y estaba sacando al cargo toda la tajada que podía. Muchos le consideraban un instrumento de César, pero Balbo sabía de sobra que no era más que un aliado circunstancial, tan poco de fiar como el propio Clodio.

—¿Qué tramará ese *hircus*? —se preguntó con aspereza.

—Algún alboroto —le contestó ella, al tiempo que, situada a su espalda, apoyaba la barbilla en su hombro, como para ver con más comodidad.

Y, en efecto, al parecer aquel agitador estaba usando la fiesta para promover algún tipo de algarada popular. Porque si los músicos y aquellos borrachos con garrotes le precedían, como si fuera un rey o magistrado burlesco, le seguía toda una turba. Una masa ebria y enardecida, que no hacía más que crecer, aunque nadie sabía qué buscaban o adónde se dirigían.

Los ojos ahora alertas de Balbo detectaron, entre esa multitud beoda, a algunos sujetos que debían de ser agentes del propio Vatinio. Parecían igual de bebidos que los demás, pero en realidad los pastoreaban. Los encarrilaban como los cabestros a los toros, en un torrente humano que no dejaba de crecer a la estela del tribuno, quien cada cierto tiempo se giraba sobre su pollino, agitando los brazos para animar a sus seguidores.

—¿Qué pretende ese bandido?

—Unámonos a ellos —le contestó Tuditana, la barbilla todavía apoyada en su hombro—. Y seguro que no tardaremos en averiguarlo.

Muy poco después

No tardaron en averiguarlo, en efecto. Ni tampoco les cupo sorprenderse demasiado cuando descubrieron adónde conducía a toda esa gente el tribuno de la plebe.

Ahora, la procesión de borrachos se había deshecho y la gente se agolpaba ante las puertas y los muros frontales de una *domus*, al pie ya de la colina del Celio. Agitaban el puño, apuntaban unos con el índice, y otros haciendo la higa. Maldecían e insultaban, en una berrea de verdad ensordecedora. Mientras, el tribuno Vatinio, a lomos de su borrico, señalaba con un bastón, que era como un cetro en burla, una y otra vez en dirección a esa *domus* destinataria de las iras populares.

Balbo se había acariciado pensativo el borde de la máscara, al observar aquella cencerrada.

—La casa de Bíbulo.

No, no cabía sorprenderse de que ese fuese el destino de la algarada. Había sido chocante, porque momentos antes estaban en las callejas estrechas de la Suburra, entre ínsulas destartadas de hasta cinco pisos de altura, y ahora, de golpe, se hallaban ante la residencia de un *optimatus*, en estos momentos cerrada a cal y canto contra la muchedumbre que la asediaba. A menudo, olvidaba todavía Balbo cómo era Roma. La distribución social dentro del pomerio, en esquema, era sencilla. Los ricos vivían arriba, en las colinas, y los menos adinerados y los pobres abajo. A fin de cuentas, aquel gran barrio al que llamaban la Suburra no era más que la vaguada que se formaba entre todos esos altos.

Pero luego existía todo un escalafón, incluso entre los *optimatus*. Los más pudientes tenían sus *domus* en lo más alto, mientras que los de fortuna más modesta debían conformarse con las faldas e incluso el pie de las colinas, lindando ya con las ínsulas en las que se hacinaban las clases populares, de forma que entre las casas de unos y otros podían mediar en ocasiones tan sólo unos pasos. Ese era el caso de Bíbulo, por muy cónsul *junior* que fuese. De hecho, el propio Julio César, pese a descender de dioses y reyes, había residido durante años en una vivienda en la Suburra.

Aquello era como una fiesta propiciatoria con víctima, y la víctima en cuestión era la casa de Bíbulo. A los gestos obscenos y a las imprecaciones se sumaban ahora ataques físicos, pues estaban arrojando estiércol de vaca. Volaban pelotas de excrementos para estrellarse contra los muros y las puertas, dejando manchones marrones sobre las superficies estucadas, entre abucheos y risotadas.

Tuditana se había unido de buena gana a la algarabía. Silbaba como un cabrero, con dos dedos en la boca, y hacía gestos de maldición, de puño cerrado con índice y meñique tendidos. Balbo en cambio, cubierto con la máscara de terracota, bota en mano, reflexionaba. Veía volar las bolas de heces de vaca y se decía que ahí estaba la prueba de que todo aquello no era espontáneo. Vatinio lo había planeado al detalle, porque de algún lugar tenían que haber sacado tantos capazos con excrementos.

La misma ofensa debía ser muy meditada. Cubrir la *domus* del cónsul de excrementos de vaca recordaba a aquella otra vez en el Foro, a comienzos del año, cuando los matones del *tricaranus* redujeron a sus lictores y les rompieron las fascas, y a él mismo le cubrieron de esa misma sustancia inmunda que ahora manchaba las tapias de su casa.

No era la primera vez que eso ocurría. Unas semanas atrás, cuando Vatinio estaba en pleno proceso para llevar ante la asamblea del pueblo su ley por la que se derogaba el destino proconsular de César al sur de Italia, y se le concedía en cambio el mando de la Galia Cisalpina y la Iliria, había aprovechado otra fiesta para hacer lo mismo. Él y los suyos habían agitado al populacho para que se acercara a esa misma *domus* y someterle a otra encerrada. A gritos, la multitud había exigido que Bíbulo abandonase su encierro y saliera a dar la cara. A explicar ante los ciudadanos por qué estaba manipulando las fechas para obstaculizar la actividad política de su colega cónsul y de los tribunos de la plebe.

Eso había hecho que el propio Catón denunciase tal acto en el Senado. Lo hizo con dureza, acusando a César de tratar de intimidar a Bíbulo a través de Vatinio y el populacho. Y ahora volvía a ocurrir, sólo que en esta ocasión no parecía existir motivo por el que Vatinio pudiera estar interesado en causar un motín popular ante la casa del cónsul.

—¿Por qué? ¿Por qué hace Vatinio esto?

Tuditana, que estaba de nuevo a punto de silbar con los dedos en la boca, se giró para observarle. Sacó los dedos, le echó los brazos al cuello, con los ojos verdes chispeando a través de los huecos de la máscara.

—Porque sirve a sus intereses, claro. Ese ladrón no mueve un dedo si no saca algo.

—Lo segundo lo sé de sobra. Pero ¿qué saca de todo esto?

Ella, caprichosa, casi se le colgó del cuello, de forma que le obligó a sujetarla por la cintura. Olía a vino, a mujer, a perfumes exóticos.

—Así consigue el aplauso del pueblo. Eso es lo que obtiene. Destaca, hablan de él, se vuelve popular. A la plebe le encanta perseguir a los que ve más débiles. Y Vatinio le da esa diversión de niños crueles. Les da enemigos de la misma forma que tú les has estado repartiendo vino. Y exactamente para lo mismo.

Balbo asintió pensativo, sus rostros tan cerca que las máscaras se rozaron con chirriar de barro. Pensó en lo discutido un rato antes con su hermanastro Cartalón. Observó por encima del hombro y el velo de Tuditana, al populacho que asediaba la casa. Suspiró.

—Pero esto no es bueno para la causa de César. Bíbulo, los *boni* en general, están vencidos. Acosarlos ahora sólo puede empujarlos a pensar en medidas extremas...

—A Vatinio todo eso le da igual. Vatinio sólo piensa en Vatinio y que el mundo entero arda si él saca beneficio. A decir verdad, lo mismo trata de provocar eso que dice. Es de los que creen en eso de que «a río revuelto, ganancia de pescadores», y lo

pone en práctica todo cuanto puede.

Foro Magno. A últimos del mes de sextilis

A mediados del verano, la situación política en Roma era como un montón de heno seco, con peligro elevado de incendiarse y arder con furia a la primera chispa. O así se lo parecía a muchos. Habladurías de todo tipo circulaban por callejas y foros, algunos disparatados y otros inquietantes. Muchos hombres de buena posición evitaban mostrarse en público, de la misma forma que gran número de senadores rehuían el Senado. No faltaban rumores que hablaban de que tal o cual senador ausente lo estaba porque, en realidad, se hallaba en esta o aquella provincia, tratando de ganarse el favor de los mandos de las legiones para iniciar un levantamiento armado.

César proseguía con sus iniciativas legislativas y reformadoras, inmutable, en tanto que se decía que Craso había salido de la Urbe. Pompeyo no, pero no se dejaba ver. Se había encerrado en una de sus residencias en las afueras, protegido por un pequeño ejército de antiguos veteranos, gladiadores, clientes y catadores de alimentos.

Respecto al motivo de tales medidas, al miedo pánico que sentía el Magno a ser asesinado, Balbo se hizo a sí mismo una pregunta muy parecida a la que ya le rondó por la cabeza a Servilia, tras discutir con su hijo Bruto. Si el haber advertido a este último, así como haber puesto sobre aviso a Pompeyo, no habría sido un desacierto. Máxime cuando Tuditana le comentó:

—Servilia está muy disgustada con Marco Junio. Disgustada y preocupada.

Él había asentido despacio. Blandió ese bastón de ébano, con pomo en forma de granada y contera afilada forrada en cobre, que lo mismo le servía para entretener las manos durante sus paseos por las calles sucias de Roma que para saludar costillas y romper crismas, si se terciaba una pelea. Suspiró, antes de expresar en alto sus dudas.

—No sé yo si no habrá sido un error avisar a Servilia. Y que esta haya hablado con su hijo de... del asunto que tú ya sabes.

—Es muy posible. Ese chico siempre ha sido un cabezón.

Ese «chico» era ya un hombre hecho y derecho. Pero era de suponer que Tuditana, por su amistad con Servilia, le había visto crecer, y que para ella siempre sería un niño.

Él se apoyó ahora en el bastón para acercarse a ella todo lo que el decoro permitía en lugar público y hablarle al oído.

—Entiendo que a su madre le preocupe que Bruto, en vez de alejarse de la conjura al saberse descubierto, se meta más en el fango, como un jabalí. Pero a mí me inquieta que haya avisado a sus cómplices.

—¿Eso sería malo? —Se había ella echado la *palla* por encima de la cabeza, pero los ojos relumbraban verdes tras la tela calada—. Tal vez, al saber que su conjura se conoce, desistan.

—O que procedan con más cuidado. O que aceleren sus planes.

Eso último podría sospecharse —al menos, siendo receloso— del hecho de que, en los últimos días, había arreciado la circulación de sátiras, las diatribas en público contra los triunviros y las representaciones que los ridiculizaban, en especial a Pompeyo. El propio Bíbulo, desde su reclusión, había mandado un mensaje al Magno, advirtiéndole de que podía sufrir un atentado. ¿Por qué había hecho eso Bíbulo? Quizá le había animado a ello su secretario Septimio y, sin duda, la cosa debía estar muy fea cuando el cónsul *junior* daba un paso así.

Esto tampoco había conseguido los efectos que se buscaban. Lo lógico era que Pompeyo se hubiese alejado unos días de Roma, hasta que la situación se calmase o supieran mejor qué era lo que estaba ocurriendo de verdad. Así se lo habían aconsejado algunos amigos, entre ellos Teófanos y el propio Balbo. Pero el gran hombre, en vez de atender a sus razones, había decidido contratacar a su manera.

Y ese «contrataque» era la razón por la que estaban ahora en el Foro, pasando bastante calor y no pocos nervios. Porque el Magno no había tenido mejor ocurrencia que irse hasta allí para subir a la tribuna de los oradores y lanzar una alocución apasionada, en defensa de su persona y los servicios prestados a la República. Así pues, por algún designio de los dioses, parecía que todo lo que hacían por prevenir causaba efectos contrarios.

Soplaba un viento de verano que, más que cálido, era abrasador. Y allí arriba, en la *rostra*, se hallaba todavía el gran hombre, envuelto en su toga, a plena solana. Una figura maciza de pelo claro, que se expresaba con voz tonante y gestos rotundos. Y que no estaba logrando causar muy buen efecto. Meses atrás, Balbo había comprendido que, si en los tribunales y en el Senado, los oradores hilaban fino y buscaban deslumbrar con argumentos, ante el pueblo daban puntadas de remendón de lonas y trataban de atizar las bajas pasiones.

Pompeyo no valía en el fondo ni para una cosa ni para la otra. Era general y pocos estaban a su altura a la hora de arengar a sus tropas. Pero los que allí estaban no eran legionarios, o lo era una minoría. Y sus argumentos, su tono, sus gestos, estaban dejándole en mal lugar ante la audiencia.

—Se está equivocando —le susurró Tuditana, por una vez seria.

Asintió adusto Balbo, apoyado en su bastón. Era fácil percibir que el discurso no estaba causando buen efecto en sus oyentes, excepto quizá en los ya predispuestos a su favor. Y, para colmo de males, como Pompeyo había salido a la luz pública tras un periodo de reclusión, se había congregado una audiencia nutrida, a despecho del calor.

Echaron a andar despacio, por entre los huecos que dejaban los grupos de oyentes y bien protegidos por los escoltas del propio Balbo. Era fácil percibir reacciones de perplejidad, de desconcierto, incluso de burla entre los congregados, ante las protestas broncas de Pompeyo acerca de sus méritos y servicios. Algunos incluso hacían intención de abuchearle o de gritarle su descontento o sus burlas. Tal vez más de uno de esos eran incluso agentes provocadores de los *boni*.

Pero tales muestras de desagrado nunca pasaban de conatos. Ya se ocupaban de eso los matones de Milón y los veteranos del propio Pompeyo, distribuidos con tino por entre la audiencia. Unos u otros se echaban encima de los alborotadores, al segundo grito o pitido, para sacarlos a empujones o a rastras, y darles si hacía falta una buena paliza, ya fuera del Foro. Nadie iba a reventar el discurso del gran hombre.

Pero nada bueno iba a salir de todo aquello. Pompeyo había subido a la tribuna para defender su buen nombre, a vindicarse él mismo y a combatir el alud de críticas contra su persona. Lo único que iba a conseguir era burlas y sátiras por su discurso. Balbo ya se estaba viendo a los mimos haciendo imitaciones bufas de Pompeyo en la *rostra*, mugiendo sus hazañas y conquistas. Y se imaginaba a la perfección al populacho riendo todas esas gracias gruesas.

Tal vez habría consecuencias aún peores. En el Foro estaba esa mañana nada menos que Cicerón en persona, muy atento al discurso de Pompeyo, si es que se le podía llamar así. Cuando otros se habían ido, él había regresado por fin a Roma. Al parecer, se le había pasado ya lo suficiente el susto de haber ofendido a César y Pompeyo, así como el temor a su enemigo Clodio.

O eso, o no le había quedado otro remedio. Se rumoreaba que había aceptado defender a Valerio Flaco, en caso de que los partidarios de César y Pompeyo le llevasen a juicio por sus actuaciones en Asia. Y el gaditano estaba seguro de que ese rumor era verdad. Cuadraba con el extraño temperamento de Cicerón. No era imposible que su simple vanidad le impulsara a asumir esa defensa. Y también se decía que volvía a pasar por apuros económicos, y que Valerio Flaco estaba dispuesto a «regalarle» una cuantas obras de arte, de las saqueadas en Asia, como prueba de gratitud por su defensa.

En todo caso, la cara de Cicerón en esos momentos era como un pergamino desenrollado. Desdén, condescendencia, burla. Al ver cómo esas expresiones pasaban por su rostro, Balbo, que ya conocía sus debilidades, se dijo que el orador sería incapaz de morderse la lengua. Podría apostar el gaditano la mitad de los barcos de su familia a que no sería capaz de evitar burlarse en público, y también por carta, de esa acción tan poco afortunada de Pompeyo.

Tuditana, con la *palla* ondeando en el aire cálido, había seguido la dirección de sus ojos, intrigada. Tampoco a ella se le escapó la actitud prepotente del abogado y, con la mano sujetando el velo, lo resumió todo en una frase.

—Ese pavo real... ahí lo tienes, como siempre, ganándose como enemigos a quienes no debe, y en los peores momentos posibles.

Barrio del Trastévere. Mismo día, no mucho después

A media tarde, un Lucio Cornelio Balbo muy distinto al que estuvo en el Foro se sentaba a la sombra de un olivo centenario, en una plaza del barrio del Trastévere. Tan distinto que nadie que no estuviese buscándole le habría reconocido. Tal era su intención. Se había librado de la toga, de la túnica fina y de los *calcei* para vestir ropa humilde, cinto tosco y cáligas. También un sombrero grande de paja que le ocultaba los rasgos. Bebía vino barato y estaba en apariencia a solas, porque en realidad sus guardaespaldas, también disfrazados, no andaban lejos.

Disfrutaba del trajín humano, de los sonidos del trabajo. Porque allí, en ese rincón, se había formado, de manera espontánea, un foro. Un espacio abierto entre callejas. Había un templo modesto en honor a Ceres y un oratorio a Venus Genetrix, cosa que Balbo no dejó de interpretar como una señal. También había puestos de comida y bebida, y tenderetes en los que vendían útiles, cestos, cerámica, comida. Pasaban rebaños de ovejas balando, y los niños desnudos correteaban entre el polvo.

Y Balbo no podía, ni quería, evitar perderse en toda esa actividad humilde que tanto le recordaba a cuando él mismo rondaba por las callejuelas vecinas al puerto de Gades. El ruido de las ruedas de alfarero girando y los martillos batiendo sobre yunques; los olores a pescado fresco y a metal caliente; el resplandor del fuego en las fraguas y en los hornos...

Cierto era que estaba allí por un motivo concreto. Pero tenía que reconocer que le había cogido el gusto a deambular de incógnito por Roma. Siempre había sentido cierta afición por el disfraz. Allá en Hispania, en los viejos tiempos de la guerra de Sertorio, había realizado misiones de infiltración, simulando ser vetón, celtíbero, cántabro. Mientras bebía vino malo, se sonrió al recordar aquella época azarosa. Aunque hablaba las lenguas de todos esos pueblos, y unos cuantos más, le delataba su acento, lo que disimulaba haciéndose pasar por tartamudo. De eso creían algunos que venía el apellido romano adoptado por su familia: Balbo.

Durante mucho tiempo, creyó que había llevado a cabo todas esas misiones de espionaje porque era lo que la Fortuna había decidido. Que la guerra tenía esos azares. Y, en parte era cierto. Pero ahora, con algunos años más a la espalda, al mirar atrás, tenía que reconocer que además todo aquello le había gustado. Y le seguía gustando. Esa era una de las razones por las que se estaba aficionando a recorrer Roma disfrazado. Era estimulante, le devolvía a viejos tiempos y le permitía conocer una Urbe muy distinta a la que se divisaba desde las alturas de las colinas. Pues Roma era una ciudad que se prestaba en grado sumo a las máscaras y las intrigas.

Esos barrios populares, en los que se agolpaban las ínsulas de hasta cinco alturas, llenas de entradas y salidas, de pasajes y de estancias comunicadas... Le era fácil pasar por una puerta siendo Balbo, el banquero y *eques* gaditano, y salir por otra convertido en un plebeyo o un peregrino^[29] anónimo. Bastaba con cambiar de ropas y

esconder el rostro. Algo fácil en invierno gracias a la costumbre de cubrirse la cabeza con manto, y casi igual de fácil en verano mediante un sombrero. Y si no, aún podía recurrir a pinturas de rostro o a máscaras, pues Roma era un caldero donde se juntaban gentes de muchos pueblos y en donde no llamaba la atención casi ningún atuendo ni adorno.

Y esa tarde en concreto, se sentía muy a gusto allí. Bienestar. Esa era la palabra. Consideraba una señal de los dioses el haber encontrado asiento justo en ese lugar, a la sombra de aquel olivo centenario. Debía crecer en ese lugar desde muchos siglos antes de que nadie soñase que algún día Roma llegaría hasta esos terrenos. De hecho, lo habían respetado al punto de que la edificación junto a la que se alzaba mostraba una retranca en el muro, para salvarlo.

Paseó distraído los dedos por el tronco venerable. Y, justo mientras lo hacía, como si fuera otro signo de los dioses, apareció el hombre al que estaba esperando. Por debajo del ala deshilachada de su sombrero de paja, observó llegar a Publio Escevio. Inconfundible. Tan alto que sobresalía sobre la gente, huesudo y feo, con esas orejas grandes y despegadas del cráneo que le habían ganado en el ejército el apodo de Burro Lucano. También él gastaba sombrero de paja, aunque en su caso sí de verdad para guardarse del sol y no de las miradas. Traía en la mano un báculo recio, de los de caminante y que, sin duda, llegado el caso, debía venirle de perlas para discutir con pandilleros rivales.

Se sentó a la mesa de Balbo sin ceremonia, muy en su papel de alguien que se reúne con uno de sus iguales. Acorde a la humildad del sitio, Balbo no hizo amago de pedir una segunda copa. Se limitó a escanciar más vino en la que tenía ya delante, antes de empujarla hacia el recién llegado.

—Pues no está mal este vino. —El lucano chasqueó los labios.

—Suelo beberlos mejores.

—Y yo peores. Es lo que tiene que tú seas rico y yo pobre.

Sonriendo, el gaditano volvió a rellenar, pues el recién llegado debía venir bien seco, ya que había dejado poco más que los posos. Rozó con los dedos la curva de esa copa modesta, una especie de cuenco ovalado de barro cocido. En uno de sus extremos, habían modelado un rostro borroso. ¿Baco? Empujó de nuevo el recipiente hacia el otro.

—Si te parece bueno, bebe hasta hartarte. ¿Por qué privarse de las pequeñas alegrías de la vida?

—Te lo agradezco. Alegrías no me sobran.

Se llevó la copa a los labios, esta vez con más mesura, antes de devolverla mediada de líquido.

—La vida es corta, en efecto, y uno no sabe cuándo ni cómo va a acabar.

Balbo observó el moteado de luz y sombra que el follaje del olivo creaba sobre la mesa de tablones, la copa de barro, las manos de su interlocutor. Pasó cerca de ellos otro rebaño, entre balidos y repicar de cencerros. Sus fosas nasales se llenaron de

olores a oveja. Bebió, pensando que el comentario de Escevio podía ser banal, pero no por ello dejaba de ser muy cierto.

—Sí. La vida es corta. Y hay mucho que hacer en el tiempo que los dioses nos han dado. Así que supongo que me habrás pedido este encuentro porque tienes que contarme algo, y no para filosofar.

—Pues sí. Quisiera hablarte de un hombre que cree que todavía tiene que hacer mucho en esta vida y que, sin embargo, puede ver como esa vida se acaba de golpe y antes de lo que pensaba.

Balbo asintió, el ala de su sombrero de paja siempre gacha sobre el rostro. Empujó la copa.

—Apura, hombre, y así rellenamos. Y sé más explícito.

El otro se llevó el recipiente a los labios. Habló por encima del borde.

—Se concretan los planes para matar a Pompeyo Magno.

—¿Cuándo, dónde y cómo?

—A primeros de septiembre. En la primera ocasión en que salga a cumplir con sus deberes como augur, le asesinarán en el Foro.

Balbo sintió de repente mucho calor, y no precisamente por las altas temperaturas y la elevada humedad que soportaban esos días de verano en Roma. Publio Escevio era de fiar, en todos los sentidos. No era de los que exageraban rumores, o se los inventaban directamente, para sacarse unas monedas. Se le vino a la cabeza el discurso de Pompeyo en el Foro, esa misma mañana. Así pues, la conjura había tomado forma y ya había un plan de acción.

—Quiero detalles.

—No voy a engañarte, lo desconozco casi todo.

Balbo inspiró con fuerza para aclarar la mente. Recordó sus viejos días de espía en las dos Hispanias, reuniendo información para las legiones de ese mismo Cneo Pompeyo Magno que, en pocos días, podía terminar su carrera en un charco de sangre, en algún lugar público.

—¿Puedes darme al menos alguna información de cómo se hará?

—Planean que alguien le aborde en el Foro o en uno de los edificios aledaños, con una excusa cualquiera. Y, una vez esté a su lado, le meterá un puñal en el vientre.

—¿Quién?

—Eso no está decidido, o si lo está yo no lo sé.

—Quien sea, ha de ser un hombre de posición, porque Pompeyo anda rodeado de guardaespaldas que no van a dejar que se le acerque nadie así como así. Y ha de ser también un hombre de coraje, porque lo más seguro es que esos mismos guardaespaldas le maten.

Ahora bebió él, abstraído.

—¿Algo más?

—Esté decidido o no quién ha de matar a Pompeyo, él no portará el arma. Lucio Vetio introducirá el puñal en el pomerio y lo llevará hasta el Foro. Allí se lo entregará

al asesino.

—¿Vetio? ¿El mismo Vetio que andaba de chamarilero en las guerras de Sertorio, vendiendo información a unos y a otros? ¿El que trató de implicar a César en la conspiración de Catilina?

—Ese mismo. Será él quien se ocupe de conseguir un buen puñal. Dice que se lo han pedido lo bastante largo y estrecho como para entrar hasta el alma de Pompeyo.

—¿Dice? ¿Es que anda pregonándolo?

—No, pero me lo contó a mí, estando borracho.

—Ya. ¿Estás seguro de que no son cuentos de Vetio? Todo eso de llevar el puñal me parece que es complicar el plan sin motivo.

—También a mí, Lucio Cornelio. —Escevio bebió, al tiempo que se encogía de hombros—. Pero es que ni tú ni yo somos romanos, por más que tengamos la ciudadanía. Los conjurados son *optimates*, de los que siguen las prédicas de Catón. Las *mores maiorum* y todo eso. Y, por tanto, están dispuestos a no violar la prohibición de portar armas dentro del pomerio. Por ese motivo, Vetio será quien lleve el puñal al Foro.

Recuperó Balbo la copa con los labios fruncidos. Sí. Sin duda los conjurados debían ser de la escuela de Catón. Siempre dispuestos a darle las vueltas a las leyes, aun a las sagradas, para violarlas mientras proclamaban defenderlas.

—¿Tendrá eso también que ver con el hecho de que todavía no sepan quién pegará la puñalada?

—Es posible. Según dice Vetio, algunos de los conspiradores opinan que hay que echarlo a suertes. Que sea la diosa Fortuna la que decida quién ha de matar a Pompeyo y así le libere de responsabilidad ante los dioses.

Escanció más vino Balbo, con los labios prietos. «Hipócritas. Impíos. Esos canallas creen que pueden jugar con la diosa Fortuna y esta les ha castigado haciendo que su trama quede al descubierto».

Habló en voz alta.

—Fracasarán porque creen que pueden liar a los dioses como hacen con los hombres en el Senado y en los tribunales. No sabemos quién se manchará las manos de sangre, pero ¿quiénes están mezclados en la conjura?

—No lo sé, pero no son muchos. No son más que un grupo de jóvenes en la órbita de los *boni*. Adolescentes^[30] sin gran bagaje que deben ver la vida con excesiva simpleza.

—Simpleza que parece funcionar muy bien aquí, en la política romana —gruñó el gaditano, mientras escanciaba por tercera o cuarta vez—. Al menos, es un alivio que no estén mezclados en esto senadores.

Su alivio era tan visible que Escevio le contempló con curiosidad. Y eso lo hizo de forma tan abierta que Balbo se vio obligado a explicarse.

—Si hubiera senadores o magistrados importantes en la conspiración, estallarían un escándalo imposible de manejar. Si hombres con poder y mando se vieran

amenazados, en caso de destaparse su participación en una conjura así, las consecuencias serían imprevisibles.

»Piensa que la última guerra civil romana, o más bien un conato, se produjo a raíz de que se airease la conjura de Catilina. Varios implicados, temiendo ser ejecutados, prefirieron tomar las armas. Ahora podría ocurrir de nuevo lo mismo y, en esta ocasión, tal vez no se resolviese todo en una única batalla. Roma podría sumirse en una nueva guerra civil.

»En cambio, si sólo son un grupo de jóvenes, será más fácil arreglarlo, una vez desactivado el complot. Se puede dar un escarmiento moderado, mandar a algunos al exilio y en paz.

Escevio se quitó el sombrero para secarse el sudor de la frente. Asintió y no dijo nada. Otra virtud que Balbo apreciaba en él: que no discutía sobre lo que no sabía.

—¿Así que Vetio te lo contó todo estando borracho? ¿Le da ahora por hablar de asuntos tan delicados así, con tanta ligereza?

—Sí y no. Cuando bebe, le gusta alardear. Presume sin llegar a revelar en realidad nada, da a entender que sabe mucho, que conoce a muchos... El caso es que, dándole más vino y halagando su vanidad, no es imposible tirarle de la lengua.

—Pero algo diría que te llamó la atención para que luego le sonsacasas.

Escevio volvió a ponerse el sombrero, antes de beber meditabundo.

—Sí, Lucio Cornelio. Quería que yo comprase el puñal. Uno de acero bien templado, largo y no muy ancho.

—Ni se te ocurra mezclarte en todo esto.

—No lo haré. Le he recomendado un par de armeros de segunda mano, y eso es cuanto me acercaré a ese complot. No haré nada que después me pueda salpicar.

Observó el fondo de la copa, una vez más vacía. Balbo le hizo gesto de que se la diera para llenarla. Habló luego el lucano con lentitud, como si estuviera midiendo cada palabra.

—¿Te parece una información valiosa?

—Más que valiosa. —Volcó lo que quedaba de la jarra en la copa—. Tú dime cuánto crees que pueda valer, que yo te pagaré sin rechistar. Has hecho un buen servicio a César y a Pompeyo, y a mí también.

—Me alegro, porque no quería pedirte dinero, sino otra cosa.

Balbo le miró sorprendido, jarra en mano.

—Tú dirás entonces.

—Sé que estás reclutando hombres para César, para cuando acabe su mandato de cónsul y asuma la gobernación de las tres provincias que le han asignado.

—Sí. Es cierto.

—Me gustaría unirme al ejército de César. Reengancharme de alguna forma.

Balbo alzó de golpe la cabeza para mirarle por debajo del borde del sombrero, sorprendido. Escevio, malentendiendo esa mirada, se apresuró a añadir casi dolido:

—Soy un buen soldado, Lucio Cornelio.

—Sí, Publio Escevio. Yo doy fe de ello.

—Puedo aportar mucho al ejército de César.

—También puedo atestiguar eso. Pero ¿por qué quieres volver a las armas? ¿No estás a gusto?

—¿Con qué? ¿Con andar dando palizas a gente por las esquinas? Pues no. No me gusta. Es bajo y despreciable. Si me tienen que matar, que sea a campo abierto y peleando contra enemigos, con las armas en la mano, no en cualquier reyerta callejera.

—Si es por eso, no te apures. Yo te daré empleo en mis campos. He comprado varios latifundios y necesito hombres de confianza en ellos.

—Te lo agradezco. Pero tampoco creo que eso sea para mí. Yo lo que deseo es volver al ejército.

—Pero, hombre, ¿cuántos años tienes?

—He cumplido los cuarenta.

Balbo reanudó el escanciado hasta vaciar la jarra. Seguro que Escevio rebasaba y bien los cuarenta. Cuando le conoció por primera vez, en labores de información en la orilla suroriental del Ebro, ya no era ningún adolescente. Aunque, después de todo, tampoco estaba mintiendo. Sólo había afirmado que ya había cumplido los cuarenta, sin negar que tuviera más. Y sí, era buen soldado.

—Es tu pellejo. Seguro que podemos encontrarte un mando en unidades de auxiliares o de mercenarios. O tal vez un puesto de oficial supernumerario. Tienes mi palabra. Cuando el año que viene vayamos a la Galia e Iliria, tú vendrás con nosotros.

De las notas para la Historia secreta de Roma, de L. Cornelio Balbo

Lucio Vetio es un ejemplo perfecto de lo peor que puede producir Roma. Un cesto de pescados podridos. Un compendio de vicios y defectos. Es uno de esos sujetos turbios del orden ecuestre, sin oficio ni rentas decentes, que merodean siempre por todos lados, tratando de hacer alguna ganancia donde sea. Vetio, hasta donde yo sé, siempre estuvo metido en negocios dudosos y, en la propia Roma, parece vivir sobre todo del espionaje y las delaciones.

Yo le conocí en Hispania, durante la guerra de Sertorio. Tenía entonces un negocio de chamarilería e iba con sus carros a la zaga de las legiones. Se dedicaba a comprar a los legionarios el botín menor, armas, utensilios, enseres, a precios irrisorios o, en su defecto, a cambiárselo por vino y mujeres.

Supongo que en esos días debió iniciarse en el negocio de la información. La soldadesca habla por los codos, alardea, y Vetio no debió de tardar en descubrir que lo que esos contaban por imprudencia o jactancia a él le podía reportar denarios. Luego pasó a tomar la iniciativa. ¿Para qué esperar a que alguien se vaya de la lengua? Mejor sonsacar a los legionarios y fijarse en lo que veía al viajar con sus carros, para vender toda esa información a cualquiera que pudiera interesarle.

Nunca consideré a Vetio de fiar; ni como persona ni como informador. Hay que asumir que los espías siempre venden algo de humo. Inflan y adornan lo que cuentan para sacar más dinero y ganar en importancia.

Pero Vetio tenía demasiados pocos escrúpulos. Todo le valía para ganar monedas y eso le hacía dudoso como fuente de información. De hecho, creo que se subestima la capacidad de hombres así para causar desastres. Estoy convencido que sujetos como él fueron en parte culpables de ese amago de guerra civil que se produjo a raíz de la conspiración de Catilina. Ellos, con sus denuncias, en unos casos exageradas y en otros directamente falsas, empujaron a aquellos hombres a tomar las armas, por miedo a ser ejecutados.

El propio Vetio trató de implicar a Julio César en aquellos sucesos. Llegó a exhibir una carta que, según él, demostraba que estaba entre los conjurados. César se salvó en esa ocasión porque reaccionó con contundencia. Supo poner en su sitio a Vetio y otros chivatos. De lo contrario, puede que allí hubiese acabado su carrera política y tal vez incluso su propia vida.

Nadie sabe si, en ese episodio, Vetio actuó por cuenta propia o la de otros. Yo creo que las dos cosas a la vez: que alguien le dio instrucciones de delatar a César y que él, además, trató de ganarse una recompensa pública por la denuncia. Y no creo que fueran los *boni* quienes instigaron todo eso. Desde que estoy en Roma, he oído a muchos hablar sobre aquel asunto. Y he acabado por convencerme de que la conspiración de Catilina fue cuanto menos manipulada por Cicerón.

Pero, para no desviarnos, la trayectoria de Vetio me hace creer que, en la conjura contra Pompeyo Magno, está de nuevo haciendo el trabajo sucio a hombres ligados a los bandos más conservadores del Senado. Trabajo sucio que, en esa ocasión, consistirá en pasar el puñal a quien debía asesinar a Pompeyo en el Foro.

Pompeyo vive recluido en una de sus residencias, pero tiene que salir a realizar tareas propias de su cargo como augur. Esa será la oportunidad para abordarle mientras cruza el Foro y matarle.

El plan no es malo ni complicado. Pero no triunfará. No lo hará porque los dioses han dado la espalda a los conspiradores, porque estos han querido jugar con sus leyes como lo hacen con las humanas. Su trama ha sido descubierta y los hombres de Pompeyo estarán ese día muy alertas, aparte de que vamos a frustrar sus designios de raíz.

Opio, César y yo hemos discutido largo y tendido al respecto de este problema que nos ha caído encima. Opio cree que lo mejor es matar a Vetio antes de que pise el Foro. Una muerte sin aclarar que no interesará a nadie, el asesinato de un personaje oscuro y fin del asunto. Yo estaba de acuerdo con todo eso.

Pero César cree que se puede sacar rentabilidad política a todo esto. Podemos detener a Vetio y obligarle a declarar en público. Eso dañará la imagen de los *boni* ante la ciudadanía y luego, dado que la conjura es cosa de un puñado de jóvenes de poca cabeza y sangre demasiado ardiente, echar tierra sobre el asunto. Convendrá a todos, incluido el propio César. Después de todo, en esa conjura está metido Bruto, el hijo de Servilia, a no ser que haya tenido el buen sentido de hacer caso a su madre, cosa que dudo.

Por otro lado, creo que César piensa que todo esto hará que Pompeyo se aleje más de los *boni*. Está claro que, con el miedo que siente a ser asesinado, una confesión pública tendrá más impacto sobre su ánimo que un asunto resuelto con discreción, fuera de su vista.

Así que se hará como quiere César. Detendrán a Vetio, le encontrarán un puñal encima y le llevarán a declarar a la tribuna pública. También hemos discutido mucho sobre cómo se le debe detener. Estamos de acuerdo en que no lo hagan hombres de César, Pompeyo o Craso. Al final, hemos convenido en que sean los de Vatinio. Ese no es un simple satélite de César. Es tribuno de la plebe y, encima, el muy demagogo estará encantado de aparecer como un héroe de la República.

Vamos, que Vatinio es el hombre perfecto para este cometido.

Foro Magno. Primeros de septiembre

A media mañana, Pompeyo Magno atravesó el Foro para atender sus obligaciones como augur. Los que le vieron ese día, convinieron después en que ofrecía una estampa magnífica, digna de su sobrenombre. Un varón maduro, pero todavía fuerte como un toro, envuelto en una impresionante toga trábea de bandas púrpuras y azafrán, propia de los augures.

Pocos sabían que, bajo esa vestimenta sacerdotal, portaba en esa ocasión una coraza de cuero. Algunos sí se fijaron en que, esa mañana, sus acompañantes eran más que de costumbre, que eran a cada cual más fornido y que muchos empuñaban bastones recios de conteras afiladas. Pero lo atribuyeron a que eran días turbulentos y a que un grande como Pompeyo debía hacer, de forma periódica, exhibición de poder y dignidad.

Sólo aquellos que estaban en el secreto estaban enterados de que todo eso respondía a que aquel era el día señalado para su muerte. Si las informaciones eran ciertas, alguien trataría de apuñalarle en ese espacio público.

Entre esos iniciados estaba Cornelio Balbo que, «por casualidad» se hallaba en esos momentos en el Foro. «Por casualidad» también le acompañaban hoy hombres recios y él mismo llevaba su bastón negro de ébano, de pomo en forma de granada y con contera afilada. Se mantenía a no mucha distancia de Pompeyo, mientras paseaba con los suyos en una trayectoria que bien podía parecer también casual, pero que distaba mucho de serlo.

—No, hermano. No sé si esto es lo más acertado —gruñía en geditano—. Es lo que han querido César y Pompeyo, que no es lo mismo.

—¿Qué te inquieta? —Su hermano Cartalón ora se acariciaba la barba, ora echaba mano al cinto, a tocar la empuñadura de un cuchillo que no tenía ahí—. ¿Qué puede salir mal?

—No lo sé. Si todo discurre como está planeado, nada. Pero no lo sabemos todo.

Agitó el bastón negro, como para ahuyentar fantasmas.

—Suponemos que, en cuanto Pompeyo salió de su *domus*, los espías de los conjurados han debido ir a avisarlos a ellos y a Lucio Vetio, para que venga con el puñal. Ese es su plan. Y el nuestro es que hombres afines al tribuno Vatinio detengan a Vetio apenas ponga un pie en el Foro.

—Pues ya está. Todas las entradas están vigiladas, ¿no?

—Pueden ocurrir mil cosas, hermano. El Foro es un espacio difícil de controlar. ¿Y si ha habido cambios y la entrega del arma se realiza fuera de aquí? ¿Y si los conjurados son más de los que creemos y tienen un plan alternativo?

—¿Como cuál?

—Como el de que, en caso de que el asesino no logre llegar hasta Pompeyo, atacarle a él y a los suyos en gran número.

—Pues para eso estamos aquí nosotros, ¿no?

—No es la pelea lo que me da miedo. Sí que una batalla campal aquí, en el Foro Magno, entre los partidarios de los *boni* y los de los triunviros, sea el comienzo de una nueva guerra civil.

Porque no sólo ellos estaban en el Foro Magno esa mañana. Diversos amigos y aliados de Pompeyo se encontraban también en aquel gran espacio público, así como un número nada despreciable de sus veteranos. La comitiva de Balbo fue a cruzarse a escasa distancia con la de Pompeyo. Este le saludó alzando la mano y el gaditano le correspondió blandiendo el bastón. Existía todo un código de señales en Roma, y eso de saludarse al cruce era una cuestión más complicada de la que un forastero podía creer a simple vista. Dependía de la confianza entre ambos, de los vínculos, de la distinta posición social de cada uno. Al propio Balbo le había costado cierto tiempo aprender cómo se debía saludar a cada cual.

Uno de sus hombres llegó hasta su comitiva, caminando con rapidez, pero sin correr.

—Ya llega Vetio.

Balbo abandonó cualquier pensamiento para, de repente con la sangre latiéndole con fuerza en las venas, preguntar:

—¿Está localizado?

—Sí. En cuanto pise el Foro, lo detendrán.

La mano de Balbo se cerró con fuerza sobre el gran pomo de su bastón. De reojo, trató de averiguar si había *boni* cerca. No exageraba al decir que veía como una posibilidad catastrófica la de una pelea tumultuosa en el Foro, alrededor de Pompeyo. Suspirando, se dijo que ojalá pudiera estar en los alrededores al Foro, para poder comprobar que todo iba bien con el asunto de Vetio.

El que sí estaba presente en ese lugar era Bruto Albino, el hijo de Tuditana. Un poco a regañadientes, el propio Balbo le había confiado la tarea de que rondase por la zona, con la misión de que, si alguien trataba de liberar a Vetio, acudiese en ayuda de los hombres de Vatinio. Lo había hecho a disgusto, pues había prometido a su madre apartarle de la vida de las bandas. Pero no podía desdeñar su experiencia y el joven no se iba a quedar al margen de algo así. Tanto por carácter como porque una buena actuación le permitiría ganar el favor a ojos de César —pues quería acompañarle cuando partiese como procónsul a las Galias—, deseaba implicarse en el asunto. Así que lo mejor era encauzarle.

La espera para Bruto Albino también había sido tensa. No había nada peor que la espera y eso era algo que no mejoraba con la experiencia. Sólo se aprendía a soportar el tener un puño en el estómago. Y a asumir que, cuando por fin sucedía lo que se había estado esperando, todo ocurría a la velocidad del relámpago.

Así fue en esta ocasión. De improviso, entre la gente que deambulaba entre las moles de los templos y las basílicas, apareció Lucio Vetio en persona. Con aspecto ruin, sudoroso, envuelto en una toga que nada tenía de nueva y menos de limpia. Un buen indicio de que la información era cierta. En un día caluroso, ¿qué mejor que

vestir toga para esconder un arma? Porque, en jornadas de verano como esa, toga se la ponía al que no le quedaba otro remedio.

El joven Bruto Albino, en apariencia relajado, vio pasar al espía. Caminaba como sumido en sus pensamientos, sin mirar a derecha ni izquierda, con el sudor corriéndole por la frente. Ni reparó en la presencia de Bruto y sus amigos, al igual que no se dio cuenta de que los hombres de Vatinio ya le iban pisando los talones.

—¿Por qué no le dejamos llegar hasta entregar el arma? Así cogeríamos también al asesino.

La pregunta la había hecho uno de los que estaban con él. Albino se lo pensó un instante, antes de contestar.

—Al parecer, no quieren forzar la situación, ni correr riesgos.

Y no dijo más. Había asistido a algunas de las discusiones y tenía la sensación de que César, por algún motivo, no estaba interesado en que se supiera de verdad quiénes estaban en la conjura. Sus razones tendría y tampoco él iba a confiar a otros, a la ligera, tal impresión.

Todo se resolvió con suma rapidez. Alguien —un cómplice de los del tribuno Vatinio— gritó que aquel hombre escondía una espada bajo la toga. Eso permitiría a otros contar que alguien había visto el arma y había dado la alerta, y la historia correría y correría por toda Roma, de boca en boca, hasta hacerse indiscutida e indiscutible. Todos dirían que la Fortuna, destapando la prenda al andar, habría hecho que Vetio no lograra llegar con el puñal a su objetivo.

Nadie se percató de que, cuando varios hombres cayeron sobre Vetio, lo hicieron desde varios lados y antes de que se apagasen los ecos del grito. Entre todos le redujeron en un abrir y cerrar de ojos. Alguien mostró en alto un puñal envainado. Y por todas partes estallaron gritos, repetidos enseguida.

—¡Este hombre traía un arma! ¡Asesino! ¡Un arma!

El gentío se arremolinaba ya, vociferando. Los cómplices de la farsa gritaban su horror e indignación ante esa violación de las viejas leyes, lo que de forma inmediata se contagió a los espectadores más próximos, y de estos a otros. Pronto hubo alrededor una multitud que bramaba.

Vetio rugía, pataleaba. Maldecía a sus captores y exigía que le soltasen. Y entonces, como si saliese del aire, apareció el tribuno de la plebe Lucio Vatinio. Feo como él solo, acompañado de amigos de aspecto patibulario, exigiendo explicaciones con rostro adusto. Luego, simulando enterarse del crimen de aquel hombre al que supuestos espontáneos sujetaban, gritó a su vez.

—¡Al Tullianum^[31] con él! ¡Esto hay que aclararlo!

En el Foro, dos días después

César resplandecía aquella mañana ahí arriba, en la tribuna de los oradores, investido de toda la autoridad de su cargo. Sentado en su silla curul de marfil, envuelto en toga blanca con banda púrpura ancha, sin importarle el calor del día. Con las sienes ceñidas por la corona cívica de roble, dominando la situación con gestos cargados de poder. Sí. Majestuoso. Esa era la palabra.

No podía decirse lo mismo de Lucio Vetio. Su toga no estaba ya muy presentable cuando le detuvieron en ese mismo Foro. Y tras dormir en la inmundada prisión del Tullianum, y de no mudarse durante dos días, su aspecto se podía calificar ya de patético. Sucio, despeinado, sin afeitar. Sin embargo, su actitud distaba mucho de la sumisa o abatida que Balbo habría esperado de un sujeto como él y en esa situación.

El gaditano era de los que estaban más cerca del espectáculo. Porque eso era aquella comparecencia pública. Un espectáculo. Y uno que se estaba torciendo a marchas forzadas. Desde luego, la resolución de la conspiración contra Pompeyo Magno no estaba yendo por donde ellos habían planeado, ni mucho menos.

Quizá se estropeó desde el preciso momento en el que los hombres del tribuno Vatinio echaron a Vetio mano en el Foro. En cuanto este último se dio cuenta de quiénes eran sus captores, se puso a gritar que aquel puñal lo llevaba encima para matar a Pompeyo. Y eso lo arruinó todo. Balbo se habría dado de puñetazos por no haber tenido en cuenta esa posibilidad. La de que Vetio se inculpara a gritos allí mismo, en público, temeroso de que lo sacasen del Foro y lo hicieran desaparecer.

En el revuelo consiguiente, enseguida aparecieron senadores que, al oír de esa confesión, exigieron que el espía fuese conducido al Senado, para declarar de inmediato. Y, a eso Vatinio no se pudo negar. De forma que al Senado le llevaron.

Allí, en una sesión más que alborotada, Lucio Vetio se reafirmó con grandes voces en que el puñal que llevaba encima debía servir para matar a Pompeyo. Sólo que esta vez añadió que el ejecutor no iba a ser él. Y después, acosado por el griterío de los senadores, a los que el *princeps*^[32] no podía contener, se lanzó a una cascada de acusaciones. Allí, ante los *patres*, el espía señaló a hombres tan dispares como Curión hijo o Lucio Léntulo. También a Marco Junio Bruto, el hijo de Servilia. Al cónsul Julio César le acusó de estar al tanto y apoyar el crimen por pasiva...

Fueron muchos los nombres que pronunció en el Senado, en aquella jornada memorable. Al final, en su avidez por implicar a cuantos más mejor, Vetio se llenó demasiado de nombres la boca. Los senadores perdieron la paciencia cuando acusó a Emilio Paulo, que ni siquiera estaba en Roma. Entonces, en medio de un escándalo tremendo, los senadores se pusieron de acuerdo lo suficiente para mandarle, ahora sí, de cabeza a la cárcel del Tullianum, mientras se investigaba todo aquel embrollo.

De qué forma pensaban averiguar la verdad nunca se sabría. Porque el cónsul César, salpicado de repente por las acusaciones, reaccionó con igual contundencia

que cuando aquel mismo Vetio trató de implicarle en la conspiración de Catilina. Y su respuesta fue, en esencia, parecida a la que dio en aquellos días aciagos. Usando sus atribuciones como magistrado, ordenó que sacasen al espía de la cárcel y le condujeran ante el pueblo. A la *rostra*, a que diese explicaciones públicas a los ciudadanos romanos.

De nuevo sacado a la luz, como una lombriz, en esta ocasión Vetio se arrugó, al menos en lo que a César tocaba. Ni la más mínima alusión a que el cónsul hubiera tenido siquiera contacto con los que pretendían matar a Pompeyo. Y aunque desgranó otra lista igual de larga de implicados, ahora los nombres fueron bien distintos. Esta vez, acusó al cónsul Bíbulo de ser el instigador de todo el plan. Afirmaba que el puñal se lo había dado el propio secretario de este, Septimio. Que en el atentado estaban Domicio Enobarbo, Lucio Léntulo e incluso aludió a alguien al que no llegó a nombrar, pero que sólo podía ser Cicerón.

—¡Vaya cesto de verduras revueltas! —acabó por mascullar Albino, que estaba a la vera de Balbo.

—Eso es lo que busca ese granuja. Liar el asunto, hasta que todo y todos acabemos enredados en sus mentiras.

—¿Seguro que todo nos beneficia?

Balbo, apoyado en su bastón de ébano, se giró a medias hacia él.

—Me parece a mí que no. Ayer acusó sobre todo de afines a los triunviros. Hoy a sus enemigos. Mañana, ¿quién sabe?

—A este paso, acabará implicando a media Roma.

—Es justo lo que pretende. Ese necio trata de manchar con la sospecha a unos, a otros y a los de más allá.

—¿Por qué?

—En parte, por agradar a los que le interrogan. Por eso ayer acusaba sobre todo a unos en el Senado y hoy en la tribuna a otros. —«Y por eso acusaba ayer al hijo de Servilia. Mira como hoy, delante de César, ni se le ocurre hacerlo». Eso lo pensó el gaditano, pero no lo dijo. Sí que añadió en cambio—: Además, me parece que el muy idiota piensa que, si salpica al suficiente número de personalidades, se librará porque cree que, entre todos, tratarán de echar arena sobre el asunto.

—Eso es absurdo. Si a mí me acusaran en falso de algo, lo único que conseguiría el acusador es que yo me sumase a sus enemigos.

Balbo se encogió de hombros. Se recolocó con la mano derecha la toga, que le había resbalado sobre el hombro izquierdo.

—En este caso, no es tan fácil. Porque el problema es que lo más seguro es que muchos de los que ha mencionado no estén del todo limpios. Y ellos, a poco que reflexionen, se darán cuenta de ello.

—No entiendo, Lucio Cornelio.

Albino parecía de veras desconcertado. Una vez más, se le ocurrió a Balbo que justo aquellos que viven inmersos en un ambiente son, a menudo, incapaces de

percibir circunstancias que resultan obvias para los que son de fuera.

—Si nos ponemos a escarbar, descubriríamos que podríamos acusar a media Roma de estar más o menos mezclada en planes para asesinar a alguien. Llevo más de un año en esta ciudad y ya he estado en muchas *comissationes*. La gente se atiborra, bebe más de la cuenta, hace bromas gruesas a costa de ausentes, se encienden con ira de borracho... y algunos acaban diciendo que tal o cual lo que necesita son cuatro buenas puñaladas, o una buena ración de veneno en la copa.

Golpeó con la contera forrada en cobre de su bastón sobre el polvo.

—¿O no?

Observó que la expresión del hijo de Tuditana era ahora pensativa. Lo había captado.

—No debe haber ni un *optimatus* que no haya estado presente en alguna de esas veladas gruesas en las que se debe haber hablado, en broma o con rabia, pero sin intención real de pasar a la acción, de matar a César o a Pompeyo... y, ahora, muchos de esos hombres deben de estar poniéndose nerviosos.

Lanzó una mirada a lo alto, a la tribuna. César, sentado en su silla curul como la encarnación de la dignidad, observaba severo cómo Vetio, con aspavientos exagerados, vociferaba nombre tras nombre de supuestos conspiradores.

—Esto no sólo no nos beneficia. Empieza a volverse peligroso.

—¿Por qué?

—Porque esto iba a manejarse como un asunto de adolescentes insensatos. Pero este desgraciado lo está convirtiendo en toda una trama de senadores compinchados para hacerse con el poder a través del asesinato.

En la tribuna, César había acabado por perder la paciencia —o simulaba haberla perdido— ante la cascada de vacilaciones y contradicciones del espía. Se levantó de repente, cortando con un gesto enérgico la perorata errática del otro. Una vez que le hizo callar, le apuntó con el dedo para gritar, más a los congregados que al acusado, que estaba harto de que se burlase del pueblo soberano, allí reunido para saber qué estaba sucediendo.

Acto seguido, casi rugió a sus lictores que se llevasen a ese impío de vuelta a la cárcel del Tullianum, para luego añadir que, si creía que se iba a burlar del pueblo de Roma, estaba muy equivocado. Todo ello ya entre el clamor de las gentes reunidas, que se habían dejado arrastrar por la oratoria apasionada del cónsul. Sí, aquella mañana muchos la considerarían como una de victoria para César.

No así Balbo que, apoyado en su bastón, se preguntó si su amigo habría acertado esta vez. Y, también, no pudo por menos que hacerse una pregunta inquietante. ¿Y si el complot contra Pompeyo no buscaba en realidad su muerte? ¿Y los planes de atentado no habían sido sino una herramienta y no un fin? ¿Y si se buscaba eso, la detención de Vetio y que este delatase a cuantos se le pasase por la cabeza? Porque, si en el transcurso de los acontecimientos, esos acusados se sentían en peligro, al final podía desencadenarse esa guerra civil que tanto temía Balbo.

Domus de Balbo. Colina Palatina. Cerca del mediodía

Balbo no conocía demasiado a Perseo, pero le tenía por hombre cabal. Por eso, no dejó hasta de inquietarse cuando Menandro, el mayordomo, le anunció que un sujeto así llamado y que, por la apariencia y el acento, debía ser griego de Oriente, estaba a las puertas de la *domus*. Decía traer noticias de cierta escultura que el *domine* le había pedido que localizase.

Como Balbo jamás le había hecho un encargo así, supuso que sería una excusa para justificar su visita a la *domus*. Una forma de no despertar sospechas. Así que su intriga e inquietud aumentaron, y por supuesto mandó que sin tardanza lo introdujesen a su *tablinum*.

En esa estancia de techo alto con columnas, pudo apreciar el visitante que Balbo se estaba proveyendo de estatuas y bustos de los mejores mármoles, obras de grandes artistas de todo el mundo helénico. Y no pudo dejar de sentir esa vieja amargura ante una prueba más de cómo la gran civilización que habían construido sus antepasados era ahora jirones que se repartían pueblos a su juicio menos evolucionados.

En contraste con el esplendor de las estatuas, los capiteles de las columnas, los mosaicos y los tapices, el dueño de la casa vestía de forma sencilla. Túnica blanca, sin adornos, y cinto simple, al punto de que, de no ser por la calidad del tejido, alguien que no le conociese le podría haber confundido con uno de sus sirvientes. Estaba aquella estancia llena de luz, puesto que los tabiques de madera habían sido desmontados, al ser verano, y los grandes cortinajes recogidos a los extremos, de forma que el gabinete estaba abierto tanto al atrio como al peristilo.

Por la actitud del visitante, el dueño de la casa supo que no se había equivocado. Que no le traía un asunto banal. Aun así, o tal vez por eso mismo, mantuvo de cara a los esclavos la comedia de que le recibía por un asunto de negocios. Por eso perdió algo de tiempo en cortesías, y en pedir que les trajeran vino y agua, y algo de comida, antes de despedir a los esclavos.

Pero, a partir de ese instante, se anduvieron con pocos rodeos. Balbo se acercó a la mesita para tomar las dos copas de cerámica y entregar una al visitante.

—Espero que el asunto que te trae no pueda esperar. Son días de mucho ajeteo.

—Vengo para evitar que lo sean mucho más.

Asintió Balbo, antes de beber con gesto reposado de su copa. Habría despedido a los esclavos, pero estos rondaban por los patios y seguro que les observaban de reojo, como siempre han hecho los sirvientes con los amos. Aunque le costó guardar la compostura cuando el griego le soltó, sin andarse por las ramas:

—El hombre al que Lucio Vetio debía entregar el puñal en el Foro era Marco Junio Bruto.

—¡Los dioses les sequen las pelotas a los dos! ¿Estás seguro? ¿Cómo lo sabes?

—Nicia Lycoris lo oyó el otro día, mientras actuaba en una fiesta en casa de Lucio Valerio Flaco.

A la mención de su enemigo, del que toda Roma sabía que iba a llevar a juicio por abusos y corrupción, Balbo achicó los ojos.

—Te escucho con atención.

—Fue ya tarde, de noche. Nicia actuó cuando ya la *comissatio* estaba muy avanzada. Era ya más una orgía que otra cosa y estaban presentes un grupo de jóvenes afines a los *boni*. Ella estuvo primero cantando y bailando, y bebiendo con ellos. Estaban muy borrachos y hablaban sin disimulos del plan para matar a Pompeyo.

—¿Eso cuando ocurrió?

—Dos noches antes de que Vetio entrase en el Foro con el puñal.

—¿Valerio Flaco está metido en la conspiración?

—Sabía que me harías esa pregunta y me he ocupado de interrogar a fondo a Nicia al respecto. No. Lo conocía y animaba a los jóvenes a «cumplir con su deber». Pero, al mismo tiempo, con sus frases se situaba al margen e incluso les instaba a la prudencia y a la mesura. Y más tarde aplaudía su virtud, su lealtad a la República. Para mí, que se aprovechaba de que estaban muy borrachos y les animaba al asesinato, y al tiempo evitaba implicarse.

—Muy propio de ese hipócrita. Vamos, que luego podría excusarse aduciendo que él intentó disuadirles.

—Y también que en realidad no creía que se fuera a producir el atentado. Porque la discusión acabó con él invitándoles a que se lo pensasen todo muy bien.

—Maldito... ¿Sabes los nombres de los asistentes?

El griego se palmeó el zurrón.

—Aquí los llevo, en un documento.

—Bien. Y me dices que, de todos esos idiotas, Marco Junio Bruto iba a ser quien apuñalase a Pompeyo.

—Confirmado. Él también estaba en la bacanal, más borracho de alabanzas que de vino.

—Era de temer...

Balbo dejó la copa sobre la mesita para acercarse a contemplar su peristilo, con las manos a la espalda. El mediodía había dejado de ser tan sólo caluroso. Ahora se había vuelto sofocante, opresivo. Sintió cómo el sudor le corría bajo la túnica. Preguntó por encima del hombro:

—¿Estás seguro de todo lo que me estás diciendo?

—Nicia lo oyó todo. Estaban borrachos, se jactaban, hablaban sin tapujos.

—¿Y por qué vienes a contármelo?

—Porque es bien sabida la relación de Julio César con la madre de Junio Bruto.

—No es ningún secreto, eso por supuesto.

No era eso lo que le preguntaba Balbo, sino qué le movía a revelárselo, qué esperaba sacar de ello. Pero se conformó, de momento. Se volvió y, en dos zancadas, alcanzó a la mesita. Regresó al borde para arrojar lo que quedaba de vino con agua al

peristilo, sin importarle que el líquido manchase los suelos exquisitos, antes de retornar para servirse tinto puro.

—Dame detalles. Todo cuanto sepas.

Domus Publica. Mismo día al anochecer

César estaba sudando ahora, y no por el calor. Y eso que había caído sobre Roma una noche sofocante, de atmósfera quieta y pesada. Balbo, con túnica roja y cinto de cuero viejo, se apartó con discreción de él, sin añadir nada a lo ya dicho. A veces, Julio César era como las grandes serpientes, que necesitan algo de tiempo para digerir lo engullido.

Le vio aproximarse a un asiento, que imitaba hasta de forma excesiva las formas de las sillas curules, para sentarse con cierta fatiga. Luego, dio dos palmadas fuertes y una voz.

—¿Pero dónde está ese vino?

Porque, en efecto, ni bebida les habían traído. Balbo se había presentado de manera intempestiva en la Domus Publica, al anochecer, y había pillado al amo de la casa llegando a ella. Y no había querido perder el tiempo en rodeos ni cortesías, porque noticias como las que traía no debían esperar.

Acudió de inmediato una esclava con bandeja. Una de esas que César solía comprar casi a escondidas, a veces incluso a través de amigos. Una belleza exótica de piel marfileña y ojos muy negros algo rasgados. El propio Balbo, que era uno de esos amigos que en ocasiones hacía la gestión, recordaba haberla adquirido él mismo. De estirpe bárbara, no se acordaba del nombre de su tribu; una de esas de las que rondaban por las extensiones del este, llevada por traficantes de esclavos al sur del Danubio.

Pero no era para ellos momento de regodearse en bellezas. Tampoco para ella de coquetear con el amo. La chica, algo asustada por la expresión de César, se apresuró a dejar la bandeja en una mesa. Tomó con manos algo inseguras la jarra de vino, pero su dueño la contuvo con un gesto brusco.

—¡Fuera!

La otra titubeó, quizá temiendo que el *domine* estuviese enojado por su supuesta tardanza. Ese miedo, casi palpable, sacó a César de su ensimismamiento. Le echó una mirada larga, acodado en la silla.

—Que te vayas. Hazlo rápido y vete lejos. Tenemos cosas que discutir y, si las oyeses, sintiéndolo mucho tendría que mandarte matar. Por el vino no te preocupes. Ya nos serviremos nosotros.

Aunque lo dijo en un tono que convertía la amenaza casi en una broma, la destinataria de sus frases no se hizo de rogar. Mientras la chica se esfumaba con revuelo de túnica, Balbo se preguntó de pasada dónde estaría Calpurnia, la esposa de César. ¿Qué pensaría de esa afición de su esposo por las mujeres bellas, que ocupaban el mismo techo que ellos? ¿Haría algo de vida en común o del todo separada? La Domus Publica era un edificio enorme y bien podían esos dos coexistir allí sin cruzarse...

Entretanto, Julio César, pontífice máximo y cónsul *senior* de Roma, estaba

sirviendo vino puro en dos copas de cristal. Tendió una a su visitante. Se despojó de la corona cívica, pues ni tiempo había tenido de eso al llegar. Con ella en la zurda, dio un trago a su copa. Se acercó luego, con las manos así ocupadas, a mirar el peristilo en sombras. Balbo le dejó de nuevo hacer.

Se encontraban en el *tablinum*, al resplandor de las lucernas. Aunque la Domus Publica era enorme y no seguía la distribución habitual de las *domus*, aquel gabinete lindaba con un peristilo, a la manera clásica. Titilaban algunas luces en ese patio columnado, de forma que más o menos se entreveía en penumbras. César se había acercado al punto donde en otoño montarían el tabique de madera. O quería reflexionar o trataba de asegurarse de que no había nadie cerca que pudiera oírlos.

Balbo le dejó hacer. Mientras, paseó los ojos por aquella gran estancia que, desde que César era pontífice máximo, había ganado en opulencia de forma notable. En parte, gracias al propio Balbo, que le había obsequiado hacía poco con esculturas exquisitas, adquiridas por Corumbo y Cartalón en su viaje a Oriente. Bustos y efigies que ahora adornaban hornacinas y pedestales.

Volvió César adentro, a servirse más vino, lo que de por sí daba buena medida de lo que le había afectado la noticia. Bruto, nada menos que Bruto, el hijo de Servilia, era el que habría tenido que recibir el puñal en el Foro, para asesinar con él a Pompeyo Magno.

—¡Cabezas de Marte! Le prometí a Servilia que cuidaría de su hijo. —Escanció casi con ira—. Pero ¿cómo proteger a un idiota de él mismo?

—Es joven. Aprenderá —respondió Balbo, más que nada por contestar algo.

—¿Aprenderá? ¿Tú crees?

César se llevó la copa de cristal a los labios, para beber ahora más despacio.

—Pues yo tengo mis dudas, amigo. Supongo que es por la sangre de los Catones, que corre por sus venas. Es inteligente, pero se comporta a menudo como un burro cegato.

—¿Crees que se habrá metido en esto por vengar la muerte de su padre?

—Más bien porque tiene la cabeza llena de pájaros. Es otro que se cree toda esa palabrería acerca de los viejos y buenos tiempos de la República, los heroicos antepasados, las *mores maiorum* y demás zarandajas.

—Y ese idealismo le vuelve un fanático.

—Algo peor: le hace manipulable. Me jugaría la toga trábea a que le estuvieron calentando la cabeza con las hazañas de los padres de la patria de tiempos pasados. De cómo un puñal liberó antaño a Roma de la tiranía y de cómo podría hacerlo ahora... ¡Bah!

Balbo prefirió no responder, aunque no pudo dejar de pensar en sus sospechas acerca de que quizá alguien, en las sombras, acariciaba la idea de desencadenar una guerra civil. De ganar, en un conflicto armado, lo que no podía en el Senado ni en la tribuna del Foro. Pero las siguientes palabras de César le dieron a entender que también este había sopesado esa posibilidad. Y que debía sentirse atrapado, cosa que

no era muy común en él.

—Debí tener en cuenta todas las contingencias. ¡Martillo de Marte! Pero si hace pocos años, este mismo desgraciado de Vetio se lio a señalar, a diestro y siniestro, a supuestos implicados en el asunto Catilina. ¿Cómo no se me ocurrió que podía hacer ahora lo mismo?

—¿Y qué podías hacer? —Balbo se encogió de hombros—. A mi entender, ha sido una maniobra inteligente la de no dejar que esto se quedase dentro del Senado. Has hecho lo que debías, al sacarle a la tribuna e interrogarle ante el pueblo. Al fin y al cabo, ese desgraciado ha tratado de salpicarte a ti.

—Creo que podría haberlo hecho mejor.

—¿Cómo?

—Eso no lo sé. Pero estoy seguro de que esto podía haberse gestionado con más provecho y menos peligro.

Cerró los ojos, apartó la copa para frotarse las sienes, como si estuviera muy fatigado o le doliese la cabeza. Pegó luego un puñetazo contra una de las hermosas columnas que sustentaban la sala. Echó a andar de un lado a otro.

—¿Qué hacer? Estoy en un dilema, me veo metido en una trampa. Por un lado, Vetio ha acusado a demasiados hombres. Hombres importantes. Esto puede acabar yéndosenos de las manos. Por otro lado, cuando Vetio sea sometido a juicio, acabará por revelar que era Bruto el que debía apuñalar a Pompeyo. Y entonces no podré protegerle.

—Quizá la solución a lo segundo está en lo primero. Ha inculcado a muchos, sin ton ni son. Y, a partir de ahí, podríamos intentar desacreditar esa acusación.

—Si es verdadera, y me temo que lo es, basta con que alguno de los implicados lo corrobore. Y Bruto estará perdido. Incluso aunque se librase sin condena, Pompeyo no se iba a quedar de brazos cruzados.

Balbo se acarició el mentón, desalentado. Cierto. Había que tener en cuenta la reacción de Pompeyo. Era difícil de creer que el Magno fuese a pasar por alto el hecho de que un joven *optimatus* hubiese estado a punto de meterle un acero en las tripas, en pleno Foro. No con el temor que sentía ante la idea de ser asesinado.

Pompeyo podía dejar correr muchas cosas, si a cambio obtenía algún beneficio. Podía aparcar sus viejas rencillas con Craso por cuestiones de dignidad, porque era la única forma de lograr el poder supremo en Roma. Podía obviar el que en su día César hubiese seducido a su tercera esposa por el mismo motivo.

Pero ¿ignorar que tratasen de asesinarle? Nunca.

—Tienes razón. Si Pompeyo se entera de esto, ajustará más pronto que tarde las cuentas con Bruto. Es más, lo presentará como una cuestión de supervivencia, como el defenderse de alguien que trata de matarle para saldar una cuestión familiar, imposible de resolver sin el derramamiento de sangre.

—Yo no puedo dejar que Pompeyo acabe con Bruto.

—Por supuesto que no. Tú no puedes permitir eso y él no podría perdonar. De

llegarse a esa situación, se abriría una brecha entre vosotros dos que daría al traste con vuestro pacto a tres bandas, y con todo lo que hemos construido durante estos meses.

César se pasó la mano por la frente.

—Si Pompeyo se toma la justicia por su mano contra un *optimatus*... unos reaccionarían en su defensa y otros por miedo. Más de uno temerá ser el siguiente. Y, unos por otros, podemos acabar yendo a una guerra civil.

—Así es, porque Pompeyo puede sentirse amenazado. No olvidemos que él y Craso siguen siendo en el fondo enemigos. Y si encima surgen diferencias entre vosotros dos...

A la luz de las lucernas, el cónsul se acercó a otra mesita para tomar un paño fino y secarse la frente perlada de sudor.

—La situación es peligrosa. Un paso en falso puede desatar primero una matanza y después una guerra.

—Eso mismo creo yo. La única salida es conseguir que esta turbulencia se vaya apaciguando. Que las acusaciones que ha lanzado Vetio queden en duda y sin comprobar.

—Esa sabandija no se va a desdecir. Pretende escapar del apuro incriminando a todo el mundo. Cuando le sometan a juicio, se va a ratificar e incluso dará más nombres. Y señalar a Bruto puede ser lo que use para dar credibilidad al resto de sus acusaciones.

—Entonces, la solución está clara. Vetio no debe llegar a declarar en juicio público.

César, que había vuelto a pasear, se detuvo con el paño en la mano. Sin volverse hacia su visitante, asintió despacio. Era obvio que esa idea ya se le había pasado por la cabeza.

—Es una solución.

—Es la única solución, hasta donde yo lo veo.

César volvió a asentir, sin girarse en ningún momento.

—Eso parece. ¿Podrías tú ocuparte de ello?

Parado ahora entre las sombras, Balbo cruzó los brazos sobre el pecho, con susurro de la tela de su túnica roja. Demoró su respuesta unos instantes.

—Por supuesto. Tú déjalo en mis manos.

Barrio de la Suburra, un rato después

Caminaban por el Argileto, la principal arteria que, partiendo del Foro, cruzaba toda la Suburra, ese gran barrio popular asentado en las zonas bajas, entre las colinas del Viminal y el Quirinal. Aquella calle ancha se dividía más adelante en dos ramales y, pese a que era ya noche cerrada, la actividad en ella no había cesado. Disminuido sí, pero seguían activos algunos puestos de comida y de bebida, así como unos cuantos comercios. Al resplandor de lucernas, velas, antorchas y fuegos de cocina, pasaban transeúntes de toda condición social y, aunque había menos peatones, a cambio, ya circulaban con gran estruendo los carromatos.^[33]

Balbo, tras abandonar la Domus Publica, se dirigía no a su *domus* en el Palatino ni a su residencia del extrarradio en el Trastévere, sino a un piso que tenía en la Suburra, no demasiado lejos del Foro. Se lo había justificado a su hermano con medias verdades, en gaditano, para que ni sus escoltas pudiesen entrar en sospechas.

—Esta noche todavía tengo mucho que hacer hermano. Mucho que pensar y asuntos que atender.

—¿A estas horas?

—A la hora que haga falta. Roma, lo mismo que Gades, es una ciudad que nunca duerme. Y, como Gades, apenas deja dormir a los hombres que quieren llegar a ser alguien en ellas.

Cartalón, junto con una docena de hombres selectos, le había escoltado hasta la residencia del pontífice máximo, y luego allí le había recogido. Así lo había especificado Balbo, y él mismo había elegido a sus escoltas para esa noche. Eran tiempos turbulentos y hombres que no retrocedían ante la idea de atentar contra alguien como Pompeyo Magno, sin duda tampoco lo harían ante la de matar a alguien como él. Al fin y al cabo, por muy rico que fuese y por muy poderosos que fueran sus apoyos, no dejaba de ser un simple caballero de provincias, ciudadano de primera generación.

Su hermanastro, que estaba en Roma por el asunto de los testigos contra Valerio Flaco, se encogió de hombros.

—Será por eso que esta noche dormiré como un tronco, si puedo. Yo no aspiro a ser nadie en Roma.

Balbo no pudo evitar echarse a reír, pillado por sorpresa por esa salida y a pesar de los asuntos negros que tenía en la cabeza. Echó una ojeada a su medio hermano, al resplandor de las antorchas de sus hombres. Una especie de versión de él mismo con más años, más rudo y más brusco. También más libre. Un hombre que, en otras condiciones, quizá habría querido ser él mismo.

—¿Qué pasa, gruñón? ¿No te gusta Roma?

—Psss. Para unos días, está bien. Pero sólo para eso. Tengo ganas de volver a mi barco.

—Serás merluzo. Pero si Roma es la capital de la ecúmene. La capital del mundo.

—Pues toda para ti, respetado *pater*. Prefiero ser capitán del *Gallus Ruber* que rey de Roma.

—¡Fantasma! ¡Exagerado!

—De exagerado, nada. Desde Roma se gobernará el mundo, pero yo en mi barco soy un dios.

—¡Impío! Cualquier día la ira de los dioses caerá sobre ti.

—¡Bah! Los dioses no hacen distinciones, esa es la verdad. A la hora del naufragio, rezando o blasfemando, los hombres se ahogan igual.

Balbo tuvo que reírse. De nuevo pensó que, a veces, le habría gustado llevar la vida de su hermanastro. Se ajustó el cinto de la túnica, pues esa noche había prescindido de la toga. Fue un gesto instintivo y no porque lo necesitase.

—No tardarás en ver cumplido tu deseo de abandonar Roma.

—¡Ah! ¡Por fin! Cuenta.

—¿Siguen los testigos a buen recaudo?

—¿Lo dudas? Siguiendo tus instrucciones, los hemos estado moviendo de continuo, viajando y alojándolos en las villas que nos dijiste.

—Muy bien. Pues ya es hora de que vayas a buscarlos y los traigas a Roma. Después, podrás volver a tu barco. No tardaremos en llevar a juicio a Valerio Flaco por corrupción y abusos.

Cartalón, que empuñaba un báculo alto y recio, como los de los viajeros, golpeó contra el suelo polvoriento.

—¿Sigues pensando que perderéis ese maldito juicio?

—No me cabe la menor duda. Perderemos. —Caminó unos pasos en silencio, jugueteando con su bastón de ébano de gran pomo—. Siempre estuvo difícil ganarlo. Si condenasen a Valerio Flaco por esos delitos, tras el exilio de Antonio Híbrida, se crearía un precedente para llevar a juicio a muchos *optimates* por delitos parecidos. Eso ya hacía difícil su condena, no importan las pruebas reunidas, ni los testigos que tenemos.

»Pero ahora, parece ser que Cicerón está dispuesto a defender a Valerio Flaco en caso de ser encausado. Cicerón es el mejor, y no me cabe duda de que tramará una defensa brillante que dará la excusa perfecta para absolver a Flaco. Y como entre los impulsores de la denuncia estarán César y Pompeyo, nadie querrá acrecentar su poder dándoles esa victoria. No, no podemos ganar.

El otro le lanzó una mirada de soslayo, entre hosca y perpleja.

—Me lo explicaste en su día. Lo sé. Pero no acabo de entenderlo del todo. ¿De verdad que merece tanto gasto de tiempo, esfuerzo y dinero?

—Yo tampoco lo habría entendido, antes de venirme a vivir a Roma.

Tuvieron que apartarse para ceder el paso a un gran carromato tirado por cuatro bueyes, lo que demoró unos instantes la explicación.

—Verás. Hemos reunido gran número de pruebas y he traído a testigos para que,

en el juicio, se hagan bien públicos todos los latrocinios, corruptelas y cohechos de Valerio Flaco. Eso dañará su *dignitas*.

—Ya me contaste. Pero sigo pensando que es mejor cortarle la cabeza.

—¿A un *optimatus*? ¿Por abusos contra ciudadanos provinciales? Ni lo sueñes. Aunque ganásemos, todo lo más, podría ser condenado a una especie de muerte civil, al exilio, como le ocurrió a Antonio Híbrida. Ni siquiera perdería sus ganancias mal habidas.

—Mierda de Roma.

—No seas necio. Roma es como cualquier otro lugar. Las leyes se aplican de una forma u otra, dependiendo de a quién. Aquí, como en Gades o en Alejandría, la justicia es ciega, pero los que la administran no.

»Te repito lo que te dije hace tiempo. Los romanos de las clases altas valoran tanto más la *dignitas* que las riquezas o la propia vida. La *dignitas* es como la moneda social entre esa gente. Dañar la *dignitas* de un *optimatus* es como robar sus riquezas a un banquero o lanzar un anatema contra un sacerdote.

Cartalón, que había viajado y visto mucho, asintió despacio.

—Pero tú serás sólo uno de los acusadores. Castigarás a Valerio Flaco, hiriéndole en algo que le dolerá y así cumplirás la promesa que hiciste hace años, ante el Altar de los Hombres. Pero ¿qué ganarán hombres como Pompeyo o César? Todo lo más, un enemigo.

—Valerio Flaco ya es uno de sus enemigos. Hacer que le procesen será una jugada política de gran calado. Será en realidad un juicio a los *boni*, a los *optimatus* en general. A todos esos que se llenan la boca de República y *mores maiorum*, mientras saquean las provincias, conducen a las legiones a pérdidas y a derrotas por su ineficacia. A los que empobrecen, provocan revueltas y son incapaces de defender las fronteras de Roma. —Blandió su bastón—. Sí. Será un gran golpe contra los *boni*. El remate triunfal a un gran año.

—¿El remate? ¿Pero qué dices, hombre? Si estamos en septiembre.

—Pues el año político ya casi está hecho. Hemos derrotado a los *boni* en el Senado y hemos ratificado todas nuestras propuestas ante las asambleas populares. Hemos deshecho todas las artimañas de los *optimatus*, como la que pretendía relegar a César a patrullar el año que viene los caminos y bosques del sur de Italia. Hemos logrado que le designen procónsul no de una, sino de tres provincias importantes, y nada menos que durante cinco años. —Volvió a agitar el bastón—. El pacto entre Pompeyo, Craso y César se ha reforzado. El primero se ha casado con la hija del segundo. Y este se ha casado con Calpurnia Pisón. Ahora sólo nos falta que el padre de esta salga elegido cónsul. Y lo hará. De esa forma, podrá bloquear cualquier intento de derogar la legislación que se ha aprobado este año.

»Sí. Si no surge ningún imprevisto, la continuidad de nuestra política está asegurada, hermano. El año está casi hecho.

—Visto así... entonces, en cuanto encauséis a Valerio Flaco, podrás descansar.

—Nunca hay descanso. Tendré mucho que preparar, para que todo esté listo cuando César marche a sus provincias el año que viene. Además... —Anduvo al menos una docena de pasos, con la mano sobre el pomo en forma de granada del bastón, antes de proseguir, como si buscara las palabras—. Además, para poder descansar, es preciso que antes resuelva un pequeño asunto, esta misma noche. Un hilo suelto, por así decirlo, pero que puede deshacer todo cuanto hemos tejido durante todo este año.

—¿Esta misma noche, eh? *Pater* y hermano, nunca negocio limpio se resuelve al amparo de la oscuridad.

—Es que no lo es. —Medio suspiró, medio resopló—. Ni limpio, ni agradable. No es nada que me vaya a ganar aprecio a ojos de los dioses. Pero ha de hacerse.

Cartalón resopló, sin animarse a mirar a su hermanastro.

—Entiendo. Deja que yo me ocupe.

—Cuento contigo. Por eso vamos a mi piso aquí, en la Suburra. Nos tomaremos una o dos tazas de vino y te contaré con calma. Queda noche de sobra y vamos a necesitar ayuda.

Se giró hacia uno de sus escoltas, sin dejar por eso de caminar.

—Id dos o tres de vosotros a buscar a Publio Escevio. Si no está en su alojamiento, ya sabes qué bodegas suele frecuentar. Dile que le necesito esta misma noche, cuanto antes mejor. Que venga a mi casa de la Suburra, que le estaré esperando, para un asunto que requiere de hombres tan hábiles como discretos.

Ciudad de Septa. Noviembre

Septa, patria de su tío Cartalón, fascinaba a Balbo Menor. Ciudad antigua, fundada por fenicios —pero ¿qué ciudad antigua del Mediterráneo occidental no había sido fundada por fenicios o griegos?—, en el lado africano y mediterráneo del Estrecho. Bien ubicada en una península de fácil defensa y con puerto de buen abrigo, había prosperado a lo largo de los siglos, aun sufriendo innumerables avatares, quizá debido a su posición privilegiada.

En sus puertos y callejas se codeaban los descendientes de los antiguos fundadores fenicios y los púnicos de familias emigradas tras la destrucción de Cartago, con gran número de moros, ya que Septa estaba en plena Mauretania, a cuyo reino había pertenecido durante largo tiempo. A todos ellos había que sumar griegos —pero ¿en qué ciudad mediterránea no encontraba uno griegos?—, así como una gran colonia de comerciantes romanos y otra nada despreciable de hispanos.

En el puerto, Balbo Menor y el nómada Masinta, sentados como dos ociosos más sobre una pila de piedras cúbicas, de las que se usaban para lastrar a los barcos sin carga, observaban el ir y venir de las gentes, las labores de estiba de mercancías y las de descarga de pesca, el balanceo de embarcaciones en las aguas. El primero, recordando una carta de su tío en la que este reflexionaba sobre la anexión lenta y pacífica de Egipto a Roma, a través del comercio, comentó de repente:

—Creo que Septa no tardará en ser parte de Roma.

Masinta —esbelto, hermoso de rostro, con una barba muy negra y ataviado de blanco— apartó los ojos de las cestas de pescado para ponerlos en su interlocutor.

—¿Lo dices por los soldados?

Tropas romanas controlaban, en efecto, tanto la defensa como el orden en Septa. Aquello había pertenecido al reino de Mauretania hasta que, durante la guerra contra Yugurta de Numidia, su rey mostró una actitud en exceso tornadiza. Los romanos, como castigo, le habían quitado el control sobre Septa para entregárselo al rey de Numidia. Al menos, en teoría. Porque la guarnición y la administración eran romanas, de forma que allí, por parte del reino nómada, no había sino un gobernador, que se encargaba de recaudar tributos y poco más.

Menor meneó despacio la cabeza, tocada con frigio rojo.

—No, no es por eso. He podido darme cuenta de que Septa está muy metida en todo el sistema comercial romano. Eso hace inevitable que, de forma natural, tarde o temprano, acabe siendo parte de la ecúmene romana. Ya lo es de hecho y no tardará en serlo de derecho.

Masinta, al que reflexiones así pillaban muy lejos, se limitó a encogerse de hombros. Menor, ante ese obvio desinterés, no ahondó en el tema.

Habían estado viajando los dos por zonas agrestes de Mauretania, reclutando jinetes para las tropas auxiliares de César, para cuando este tomase posesión de sus provincias. Incluso se habían internado en el reino de Numidia con el mismo

propósito. Había sido, pues, un periplo de todo menos aburrido. Porque Hiempsal, rey nómada, era enemigo de César desde que este, en un juicio en Roma, tiró de las barbas a su hijo Juba, al que el primero había enviado a defender su causa.

Por tanto, los encargados de reclutar tropas para César no podían encontrar simpatías en la corte nómada. Y en cuanto al propio Masinta, era él quien había pleiteado en su día contra Hiempsal en Roma. Así que, en caso de caer en manos de este, la única duda era sobre cuán horrible sería la muerte que le daría.

Pero el control de los reyes moro y nómada sobre las tribus errantes era bastante relativo. Su poder era efectivo en las ciudades y poco más que nominal en el caso de las poblaciones nómadas. Las repetidas derrotas de una y otra monarquía frente a los romanos habían minado mucho su prestigio y poder, en ambos casos, a ojos de sus súbditos trashumantes. Otro elemento que inducía a pensar a Menor que, como en el caso de Asia, primero las ciudades costeras y luego los reinos al completo acabarían por caer en poder de Roma.

Así pues, el peligro no había sido tan alto como a primera vista podía creerse. Aunque eso no quitaba para que, desde luego, Balbo Mayor no hubiera aprobado esa aventura, de haberlo sabido. Sin duda, cuando hizo el encargo a su temerario sobrino, esperaba que este se limitase a enviar reclutadores desde Septa.

Jóvenes y arriesgados, habían disfrutado con las cabalgadas por las extensiones áridas de los dos reinos, esquivando a las patrullas de leales a Hiempsal y negociando con ancianos y cabecillas. A cambio, su ausencia de Septa había hecho que las cartas de su tío se acumulasen en el puerto sin leer. De hecho, había noticias antiguas que llegaron a ellos antes en los mercados y posadas que por la lectura de tales misivas. Novedades sobre Roma que eran la comidilla de toda la ciudad cuando por fin regresaron. Y eso era otra prueba para Menor de hasta qué punto estaba Septa ya más en la ecúmene romana que en el lejano reino nómada o incluso el moro, al que por geografía pertenecía.

La principal de esas novedades era que, tras toda clase de obstáculos por parte del cónsul Bíbulo, por fin se habían celebrado elecciones consulares. Tuvo que ser ya en octubre, algo insólito y que, por sí mismo, resultaba un buen reflejo de las turbulencias que se vivían en la capital.

Si Bíbulo había estado obstaculizando esas elecciones por temor a que ambos puestos de cónsul fueran a recaer sobre satélites de los triunviros, tenía razón. Aunque tal vez, con tanta traba, sólo consiguió allanarles el camino porque, a lo largo de esos meses de demora, el *tricaranus* había ido afianzando más y más su control político sobre Roma. El caso es que habían ganado Calpurnio Pisón y Gabinio, ambos partidarios descarados de los triunviros y el primero, suegro del propio César. Con esas elecciones, César se había garantizado el refrendo a su política como cónsul. Y el triunvirato como grupo, la pervivencia de esas leyes dictadas por el primero durante su mandato y que tanto favorecían a sus intereses.

Pero Menor no tenía nada de eso en la cabeza. Y, al parecer, Masinta tampoco, a

juzgar por la pregunta que le soltó a bocajarro.

—¿Te cuenta tu tío algo sobre el intento de asesinato de Pompeyo?

Ese era un chisme que estaba en boca de todos en Septa. Habían llegado noticias de que, hacia septiembre, se había producido un intento de atentado contra el Magno. Y que no era asunto de un hombre solo, sino de toda una conspiración. A partir de ahí, corrían toda clase de rumores, unos fantásticos y otros contradictorios, de tal forma que, por las habladurías, era imposible sacar nada en claro.

—Poca cosa.

En efecto, las misivas del patriarca de los Balbos eran escuetas al respecto, aunque le habían servido para aclararse un poco sobre ciertos extremos. Era cierto que varios hombres cerraron un pacto para asesinar a Pompeyo. Y que en el Foro habían detenido a un espía y delator habitual, llamado Lucio Vetio, que llevaba encima un puñal, contraviniendo la prohibición de portar armas dentro del pomerio. También era verdad que ese hombre había confesado que el puñal era para matar a Pompeyo, aunque no habría de ser su mano la que se lo clavase.

Masinta se acarició la hermosa barba.

—He oído contar por ahí que el propio César estaba mezclado en el asunto.

Menor se quitó el frigio para acariciarse los cabellos. Aunque estaban en noviembre, cuando cesaba la brisa marina, el sol pegaba con fuerza.

—Vetio acusó a muchos, entre ellos a Julio César. Ya hizo lo mismo durante la conspiración de Catilina. Pero César le obligó a declarar en público y Vetio se desdijo de sus primeras acusaciones. A cambio, señaló a otros. Ese era de esos que van sembrando sospechas para cosechar ganancias. Sus declaraciones, que fueron varias, se contradecían y no eran verosímiles. Al parecer, nadie les ha dado credibilidad en Roma. Sería bueno que tampoco se las dieran aquí.

Masinta asintió, aliviado. No sólo era cliente de César, sino también uno de sus adláteres más devotos, ya que su patrón, aparte de defenderle en juicio contra el rey nómida, cuando perdieron el juicio, lo escondió primero en la propia Roma y se lo llevó luego con él a Hispania, para protegerle de la venganza de Hiempsal.

—¿Y qué más te dice de Vetio?

—Tampoco cuenta gran cosa.

—¿Lo ejecutaron? ¿Lo asesinaron? ¿Se suicidó? He oído contar de todo al respecto.

—Le asesinaron, según parece. No está muy claro, porque no le hicieron la autopsia. Tras obligarle a declarar en público, César mandó que volvieran a encerrarle en la prisión que hay junto al Foro. Tendría que haber declarado de nuevo, esta vez ante el Senado. Pero, cuando fueron a buscarle, lo encontraron muerto.

—¿Cómo? ¿De qué?

—Ya te he dicho que no le hicieron la autopsia. Según parece, algunos de los que vieron el cadáver, sostienen que en su cuello había marcas de estrangulamiento. Pero no está claro y mi tío tampoco se extiende sobre el asunto.

—¿Se sospecha de quién pudo hacerlo matar?

—Tampoco dice nada mi tío sobre eso.

Cambiaron una mirada fugaz. Después, Masinta volvió a poner la suya en el rielar de la mar. Menor se quitó de nuevo el gorro para pasarse los dedos por los cabellos negros, algo húmedos de sudor. A Vetio lo habían matado para que no declarase en el Senado, eso lo podía deducir hasta un niño. Pero ¿por qué? ¿Y por qué su tío se mostraba tan parco en ese tema?

Le sacó de cavilaciones Masinta.

—¿Te envía alguna instrucción para nosotros?

—Que pasemos a Hispania y vayamos hacia el norte, reclutando por el camino auxiliares entre los lusitanos, los vetones, los celtíberos y los vascones.

—No llegaremos a tiempo de unirnos a César para su toma de posesión.

—Sí, porque César no piensa partir de Roma de inmediato. Apurará su mandato, porque quiere hacer un alegato público, en defensa de su actuación como cónsul. Y se quedará un par de meses, para asegurarse de que nada se tuerce.

Se colocó el frigio colorado.

—Tenemos tiempo de sobra.

De las notas para la Historia secreta de Roma, de L. Cornelio Balbo

Una de las muchas fábulas que se cuentan en Hispania sobre el gran Viriato es la de la metáfora que ofreció a cierta ciudad, unos dicen que turdetana y otros vetona. Al parecer, los habitantes de esa ciudad cambiaban de bando según qué ejército estuviese más cerca o cómo fuesen los avatares de la guerra. Si iba ganando Viriato, le mandaban regalos y promesas. Si lo hacía Roma, enviaban embajadores a reafirmarse en su lealtad inquebrantable.

Al final Viriato, harto, les contó la siguiente historia a los embajadores de esa ciudad, a la que la justicia divina ha castigado no conservando su nombre en el cuento. Les habló del magnate de mediana edad que decidió tomar una segunda esposa, mucho más joven que la primera. Y ocurrió que la esposa de más edad comenzó a arrancarle los cabellos todavía negros para que pareciera mayor. Y que la más joven hizo lo propio con las canas, para que pareciera más joven. El resultado final fue que el pobre hombre se quedó calvo.

Con eso quería avisar Viriato a los ciudadanos de esa ciudad que quien juega a dos bandos al final acaba siendo visto como enemigo por los dos. Es una parábola que Marco Tulio Cicerón debiera conocer y aplicarse. Porque el peor enemigo de Cicerón es el propio Cicerón.

Estoy convencido de que, a su manera, Cicerón está mal de la cabeza. Y lo digo porque he conocido a varios hombres como él, a lo largo de mi vida. Todos varones brillantes que, sin embargo, a sus grandes cualidades sumaban defectos de carácter notables. Estaban muy por encima del común en cuanto a intelecto y, pese a ello, tropezaban en piedras que cualquier pastor habría evitado sin mirar siquiera.

Cicerón es uno de ellos. No hay orador más brillante que él, su dominio de las leyes es prodigioso y su inteligencia es fabulosa. No obstante, se comporta de forma errática, se equivoca en decisiones cruciales, cambia de opinión en los peores momentos. Podría haber llegado a ser uno de los hombres con más poder de la República. Pero su trayectoria vacilante, sus mudanzas y dudas, se lo han impedido. Es el líder de una pequeña facción de senadores cuando podía ser tan influyente como Catón, sino más.

No hay quien entienda sus cambios de rumbo y tal vez ni él mismo lo haga. Quizá es que sencillamente Cicerón es así. Hoy se acerca a unos y mañana a otros, con lo que lo único que consigue es que nadie se fíe de él. Y encima tiene la dudosa habilidad de ofender a quien menos debe, en el momento menos adecuado y de la peor manera posible. Eso es una de las fuentes de sus problemas.

El odio que le profesa Clodio es buen ejemplo de ello. Clodio es un vividor, un disoluto, un demagogo que ha estado metido en toda clase de líos. Cualquiera diría que es imposible ofenderle mortalmente, pero Cicerón se las arregló para hacerlo. En

una alocución pública, no tuvo otra ocurrencia que insinuar, a través de juegos de palabras a los que es aficionado, que Clodio se acostaba con su hermana Clodia. Es un rumor que corre desde hace años por Roma, pero una cosa es chismorrearlo en privado y otra aludir a ello en público. Desde entonces, Clodio le odia a muerte.

Estoy seguro de que nada de aquello fue preparado. Que lo que ocurrió, simplemente, fue que Cicerón se emborrachó con su palabrería. Igual le sucedió en el juicio de Antonio Híbrida. Para defender a ese sinvergüenza, no tenía ninguna necesidad de ofender a la *dignitas* de César, ni a la de Pompeyo. Pero se dejó llevar, en el ardor, por su propia verborrea. El resultado fue que Híbrida partió al exilio, con sus mal habidas ganancias, y Cicerón vio cómo los dos ofendidos aprobaban el paso de su enemigo Clodio a plebeyo.

Bien que está pagando ahora Cicerón las consecuencias. Clodio consiguió ser elegido tribuno de la plebe y ahora se dedica a agitar al pueblo contra sus enemigos, y el primero de todos ellos es Cicerón. Ha dictado leyes que apuntan de forma directa contra él, por la ejecución ilegal de los compañeros de la conjura de Catilina, y ahora es casi un proscrito. Él, que podría haber sido el cuarto de un *quadrurviro*, si hubiera aceptado la oferta que le transmití en su día.

Por otro lado, Cicerón agrava sus errores cuando trata de enmendarlos. Tras ofender a Pompeyo y a César, y que Clodio pasase a plebeyo, huyó de Roma. Huyó, no se puede calificar de otra forma. Al poco tiempo, intentó congraciarse con esos dos, con lo que logró distanciarse de los *optimates*, sin sacar gran provecho a cambio. Esa es una constante en ese hombre: lo tornadizo de su carácter.

Me pregunto por qué aceptó al final defender a Lucio Valerio Flaco. ¿Para congraciarse con los *boni*? ¿Por dinero? ¿Por una suma de factores? El caso es que su actuación en el juicio fue brillante y nos hizo perder el caso. Valerio Flaco salió libre y yo, al menos, no le guardo ningún rencor por ello.

Me consta que tampoco se lo guarda César. Al contrario. Incluso le ofreció el puesto de legado en sus legiones, para cuando ocupe su cargo de procónsul en las provincias que le han asignado. Fiel a su papel de cometa errante, Cicerón rechazó la oferta. No así su hermano menor, Quinto, que vendrá con nosotros a las Galias.

Y así es como Cicerón se coloca, una y otra vez, en tierra de nadie y expuesto al enojo de todos. No es un hombre lo bastante poderoso como para seguir su propio juego y me temo que, en el futuro, va a pagar y bien caro tanta tibieza y tanta mudanza. Y no sé si los que le apreciamos, a pesar de sus grandes defectos, podremos impedirlo.

Año 696 a.U.c.

Domus de Marco Tulio Cicerón. Colina del Palatino.

Marzo

A pesar de la mucha prisa que se dieron Balbo y los suyos, no bien supo el primero lo que estaba ocurriendo, cuando llegaron ya había un grupo bastante numeroso ante la *domus* de Cicerón. Chusma con palos, piedras y cuchillos; granujas que se habían adelantado a la masa y que trataban de echar abajo las puertas. Al ver llegar a los de Balbo, se desbandaron y, todo lo más, algunos les lanzaron insultos y piedras, tan inofensivas las segundas como los primeros. Cara no les plantaron, porque el gaditano llegaba no sólo con todos los hombres útiles que había podido reunir, sino que los había armado, saltándose las vetustas prohibiciones contra la tenencia de armas dentro del pomerio.

Él mismo, cubierto con cota de malla y con su casco romano de estilo anticuado, se adelantó para golpear las puertas. Estaban astilladas y torcidas y, en un rato las habrían echado abajo. No eran, desde luego, como las puertas de su propia *domus*, que podrían ser las de un fortín. También las tapias eran bajas y cualquier asaltante podría salvarlas con facilidad.

Aporreó de nuevo con saña, con las palmas abiertas para aumentar el estruendo. Rugió.

—¡Abrid, *mentulas*! ¡Soy Cornelio Balbo! ¡Abrid de una maldita vez!

Entre resonar de trancas, abrieron por fin. Y un par de esclavos fuertes, con palos afilados y cara de miedo, les franquearon al fin el paso. Balbo no les dio tiempo a preguntar nada. Irrumpió con ímpetu, porque en cualquier momento podía llegar una turba contra la que sus hombres nada podrían hacer. Aun así, tuvo tiempo de pensar en cuán diferente era esta visita a la *domus* del abogado, de la que había hecho algo más de un año atrás, para participar en el nuevo régimen que se disponía a tomar el poder en Roma.

También el talante del dueño era bien distinto. Aquel día, en su *tablinum*, sus modales eran tan seguros y majestuosos como los de un monarca en las salas de su palacio. Hoy, también en ese mismo despacho, se veía casi como un anciano desorientado. Acompañado de unos pocos esclavos y libertos, tan asustados como él, revolvía ahora entre los rollos de sus estantes y luego tocaba alguno de los bustos, tratando de salvar lo más valioso e importante.

Pese a que era marzo y al frío del día, habían retirado el tabique de madera que separaba el *tablinum* del atrio, quizá porque el amo esperaba poder sacar alguna estatua de las grandes. Por eso pudo ver Balbo cuanto ocurría ahí dentro, apenas pisó aquel patio con estanque en el centro. Y se adelantó a sus hombres con grandes zancadas, al tiempo que echaba miradas a un lado a otro.

Como se temía, sólo había en la residencia un puñado de hombres útiles, esclavos domésticos fuertes, pero incapaces de proteger al abogado del ataque de una multitud

sedienta de sangre. Entró sin contemplaciones en el *tablinum*.

—*Magister* —le espetó—. ¿Pero qué estás haciendo? No hay tiempo para eso. Tienes que salir de aquí, con todos los tuyos, de inmediato.

Cicerón, con la toga desordenada, se detuvo con un rollo en la mano para mirarle durante instantes muy largos, como si no lo conociera con la cota, el casco y la espada al cinto. Luego pasó los ojos a los hombres que venían detrás. Y les salió al paso blandiendo el rollo, como si fuera un cetro.

—¿Qué es esto? ¡Hombres armados dentro del pomerio! ¡En mi propia casa!

Hermógenes Galo resopló a sus espaldas.

—Este hombre ha perdido la cabeza —rezongó en gaditano.

—Calla, bestia —gruñó Balbo.

Había hecho venir al griego de Emporiae desde su finca en Túsculo, y ahora se felicitaba por ello. La situación en Roma era cada vez más tensa. El año había comenzado de forma tan difícil como el anterior, con enfrentamientos políticos y altercados callejeros. Dos pretores, afines a los *boni*, habían tratado de desacreditar la actuación de César como cónsul saliente y un tribuno intentó incluso que se le procesara. César y sus aliados lograron neutralizar todas esas maniobras en el Senado, las últimas, intentando impedir que tomase posesión de su cargo como procónsul al mando de tres provincias.

Clodio, por fin tribuno de la plebe, se estaba comportando como muchos habían estado temiendo. De entrada, impidió a Bíbulo que pronunciase el tradicional discurso con el que los cónsules se despedían de su cargo, defendiendo su gestión. Y eso sólo había sido un aviso de lo que estaba por venir, porque de inmediato se había puesto manos a la obra, para ajustar viejas cuentas con Cicerón.

—Hombres armados vienen hacia aquí, *magister*. Ya se ha violado la ley y, una vez que eso ocurre, es legítimo armarse, justo para defender esa ley.

Cicerón le miró, como si no entendiese muy bien. Suerte que en aquel momento llegó Terencia, la esposa del orador. Venía casi corriendo, cubierta con velo y acompañada de sus esclavas. Se habían refugiado en la parte posterior de la *domus*, a instancias del mayordomo, cuando aquella cuadrilla de granujas trató de asaltar la vivienda. Ahora salían, avisadas de la aparición de Balbo.

—*Domina*, ¿dónde están vuestros hijos?

—En Túsculo.

—Allí debierais haber ido vosotros también. —Se golpeó con la punta de los dedos el casco, como para hacerse perdonar la franqueza—. Creo que el *magister* está algo alterado y no se hace cargo de la situación. Una multitud armada viene en estos momentos hacia aquí, incitados por Clodio. Vienen borrachos de vino y enardecidos por los discursos, y gritan que quieren vengar las muertes ilegales de ciudadanos romanos.

»Son muchos y mis hombres y yo solo podríamos contenerlos un rato. No hay forma de defender una *domus* de tapias tan bajas. Aparte de que sería con mucho

derramamiento de sangre, cosa que no es deseable. Tenéis que salir todos de aquí. Ya.

—Mis documentos, mis estatuas...

Balbo contuvo el gesto de acariciarse una barba que hacía ya mucho que no tenía. Sí que se había trastornado el abogado en un trance como ese. Aunque quizá era lógico, dada la forma de ser y de pensar de Cicerón, y sus prioridades. Para alguien como él, pasar de ser aplaudido como Padre de la Patria, a ser considerado enemigo de la República, debía ser un trance más que amargo. Porque eso era lo que había conseguido Clodio, que había hecho que le condenasen por el asesinato de ciudadanos romanos sin juicio, en referencia a las ejecuciones de varios senadores que ordenó durante la conspiración de Catilina.

El problema era además que, por supuesto, alguien como Clodio no se iba a conformar con enviar a Cicerón al exilio. Era él quien había enviado agitadores a soliviantar a la plebe, con el resultado de que, ahora, una muchedumbre enardecida estaba saliendo de la Suburra para escalar las cuevas del Palatino y arrasar la *domus* de Cicerón. Y acabar con este, si le pillaban.

—*Magister*, lo que importa ahora es tu vida y la de los tuyos. Todo lo demás se puede recuperar o sustituir.

Se adelantó Terencia para tomar del brazo a su esposo.

—¡Escucha a Lucio Cornelio! ¿Quieres que haya más derramamiento de sangre entre romanos? Ya te ha dicho que la casa no se puede defender. Vámonos.

Le tiró del brazo y él se dejó llevar, para alivio de todos. El mayordomo hizo intención de ir a dar alguna orden, pero Balbo se lo impidió.

—¡No hay tiempo de empacar nada! Fuera todos y daos por afortunados, por haber salvado el pellejo en este día.

Como para darle la razón, entró un hombre a la carrera. Alto, fuerte, con un garrote nudoso en la diestra. Balbo enarcó una ceja.

—¡Hombre! ¡Publio Escevio! ¿Cómo tú por aquí?

—Porque aquí me dijeron que estarías, cuando fui a buscarte a tu *domus*.

—Pues ya puede ser urgente el asunto por el que me buscas. Tenemos que sacar a Cicerón y a los suyos de Roma.

—De eso venía a hablarte. Viene para aquí una masa enfurecida. —Alzó la zurda, para impedir una réplica agria del gaditano—. Ya sé que ya lo sabes. Pero a lo mejor ignoras que, entre la multitud, vienen gran número de matones de Clodio, armados hasta los dientes y con el encargo de que Cicerón muera como sea.

—¿Estás seguro de lo que dices?

El lucano miró desde arriba a su interlocutor, con una mirada de nula simpatía que Balbo conocía muy bien desde las guerras de Sertorio.

—No suelo hablar por hablar. Clodio quiere a Cicerón muerto. No me preguntes, porque no puedo dar detalles, pero ha dispuesto que, si se escapa de Roma, asalten sus villas en el campo y que, en aquella donde lo encuentren, lo asesinen.

—Esto se pone cada vez más feo.

Se volvió a Hermógenes.

—Llévate a la mitad de los hombres. Saca de aquí a toda prisa a Cicerón y a los suyos.

—¿Adónde los llevo? ¿A algún templo?

—No. En ninguno de esos lugares estarían seguros. Lo sagrado de los templos no es protección suficiente contra un impío como Clodio. Id a Túsculo y envía a su villa cuantos hombres sean necesarios para protegerlos. Respondes de su seguridad.

Se encaró con su arquitecto Corumbo, que también estaba allí.

—Selecciona las mejores esculturas. Trataremos de salvar lo más valioso.

El griego echó una ojeada al interior del *tablinum*.

—Hay ahí estatuas que necesitaríamos grúas y carretones...

—Mala suerte. Lo más grande se tendrá que quedar. Aligera, que hay que salir rápido de aquí.

Se detuvo para observarle. Porque Corumbo no tenía precisamente buen aspecto. Se apoyaba en su báculo más como un viajero fatigado o un enfermo que como alguien dispuesto a romper cabezas con él.

—¿Qué te pasa, hombre? ¿Tienes miedo?

«Otro como su hermano», pensó fastidiado el otro.

—Claro que tengo miedo, *domine*. Con todo el respeto, si me hubiera gustado la pelea, me habría hecho gladiador, no arquitecto.

Balbo se echó a reír.

—Sólo se vive una vez, hombre.

—Razón de más para andarse con cuidado, *domine*. Hasta con los ojos se puede perder uno y seguir viendo. Pero con perder una vez la vida, es suficiente para siempre.

Mismo día, muy poco después

Tenían con ellos bustos y cubos llenos de rollos. Todo cuanto habían podido salvar. Desde donde se hallaban, se desplegaba ante sus ojos una parte considerable de Roma, las murallas, el Tíber con sus puentes. Más cerca y algo debajo de su posición, la *domus* de Cicerón ardía con gran humareda negra. La masa había llegado con esa hambre de destrucción que suele animar a las turbas desatadas. Habían saqueado cuanto habían podido y lo que no, lo habían destrozado. Después, habían incendiado los edificios y habrían matado a sus habitantes, de haberlos encontrado allí.

—*Domine* —se animó a preguntar Corumbo—. Pero ¿Por qué quieren matar a Cicerón?

Balbo medio sonrió, sin volverse.

—¿Quiénes? ¿Esos? Porque son unos borregos, a los que los lobos que se ocultan entre ellos han azuzado con vino barato y grandes palabras. Para esa chusma, es Cicerón como podría ser cualquier otro. Los que de verdad quieren muerto a Cicerón son los que les han guiado a este asalto.

—Entonces, ¿esto es una venganza por las ejecuciones que ordenó Cicerón durante la conspiración de Catilina?

—Desde luego, con aquello, amigos no ganó.

—Pero, *domine*. No estoy muy seguro de entender qué pasa. En su día, el Senado dio poderes a Cicerón y, en uso de ellos, mandó ejecutar sin juicio a varios ciudadanos notables. Y los mismos que le dieron en su día esos poderes, han permitido que ahora le condenen. Es más, le dejan librado a un destino todavía peor que él dio a los cómplices de Catilina, porque si el populacho llega a atraparlo...

Balbo, que había estado escuchándole con el ceño fruncido, se echó a reír.

—¡Ay, Corumbo! Veo que vales para político tanto como para gladiador, como decías antes. —Volvió a reírse ante la reacción instintiva de disgusto del arquitecto—. ¡No te enfades, hombre! Verás. Lo cierto es que todo esto no es más que un ajuste de cuentas de Clodio con Cicerón.

—Lo sé y por eso lo decía. Porque Clodio estuvo implicado en la conspiración de Catilina, ¿no? Pensé que ahora había visto la oportunidad de vengar la muerte de sus antiguos amigos.

El gaditano miró a su esclavo ahora pensativo. Despacio, se quitó el yelmo de penacho negro y plumas rojas. Con él bajo el brazo, observó la *domus* incendiada.

—Clodio con Catilina, ¿eh? No, hombre. Ese es un infundio que ha hecho correr el propio Clodio. El tipo es listo y ha reconstruido su propia historia a ojos de la plebe. Una jugada muy política, por cierto.

»Pero la verdad es que en aquella época, y te aseguro que tengo muy buenas fuentes de información, Clodio y Cicerón eran uña y carne. Es más, Clodio no sólo no estuvo en la conspiración sino que es muy posible que actuase como agente de Cicerón en todo aquel asunto.

—¿En serio? ¡Dioses! ¡Sí que han cambiado las cosas!

—Roma es así. Los de arriba son íntimos hoy y enemigos mortales mañana. Y casi siempre no es una cuestión de cargos, dinero o cuernos, sino por culpa de su maldita *dignitas*.

Corumbo, que ya había aprendido a conocer a su amo, adoptó de inmediato una expresión de interés. Balbo, siempre con el casco bajo el brazo izquierdo, palmeó con la diestra el busto de algún prohombre calvo de la antigüedad helenística, ya olvidado.

—La culpa fue de Cicerón, que se regodea en su propia palabrería y se desboca cuando menos debe. Con Clodio le ocurrió algo parecido a lo que pasó durante el juicio a Antonio Híbrida el año pasado, sólo que en esa ocasión fue todavía más grave.

»Fue durante el juicio a Clodio, por colarse disfrazado de mujer en la Domus Publica, para seducir a la que entonces era esposa de César. Pero el juicio no fue por eso, sino por haber mancillado la fiesta de la Bona Dea, que para los romanos es muy sagrada.

»Cicerón fue uno de los que intervino durante el juicio. Aunque, ¿cómo iba a callarse un hombre como él durante un proceso así? El caso es que al muy condenado se le fue su propio discurso de las manos.

—Pero ¿cómo, *domine*?

—No puede evitar lucirse. Durante su alocución, con frases de doble sentido, aludió a la relación incestuosa que se supone que mantiene Clodio con su hermana Clodia. Fue muy ingenioso, es cierto. El Senado en pleno se rio a mandíbula batiente de Clodio, que acabó marchándose con el rabo entre las piernas. Ese ridículo público, ante los *patres*, es algo que un hombre como Clodio no puede soportar ni perdonar. Cicerón mancilló su *dignitas* y desde entonces alberga contra él un odio que sólo la muerte de uno de los dos podrá apagar.

Se irguió para volver a colocarse el casco.

—Roma es así, amigo. Y no es momento de cháchara. Vamos a mi domus, que tengo que mandar unos cuantos correos. Las cosas se están descontrolando. Ese maldito de Clodio está desatado y el muy vago de Calpurnio Pisón no ha hecho nada para contenerle. De hecho, más bien le está dando alas.

En efecto, Julio César había salido por fin de Roma, rumbo a las Galias. Quién sabía si su marcha se debía justo a que había previsto todo esto y no quería estar presente, para que nadie le implicase en sucesos que bien podían haber acabado con el asesinato de Cicerón.

Sí, César no había compartido con sus íntimos sus pensamientos al respecto, pero cuadraba bien en esa forma, a veces muy retorcida, que tenía de hacer las cosas.

—Mira, será mejor que vaya yo mismo en su busca. Le alcanzaré por el camino. Más vale que escriba a esos dos y les ponga en su sitio. No se trata sólo de Cicerón. Atizar a las masas es siempre peligroso. A ver si la situación se nos escapa de las

manos y Roma nos explota en la cara, como un puchero al fuego que destapas.

Pensativo, se ciñó el cinto de cuero en torno a la cota de malla.

—Sí. Que como el propio Cayo Julio dice, en Roma nunca puedes decir que has ganado. Todo lo más, que por el momento vas ganando.



León Arsenal, seudónimo de José Antonio Álvaro Garrido^{1 2} (Madrid, 1960), es un escritor español que ha cultivado los más variados géneros narrativos. También es traductor y director de revistas literarias.

Nació en Madrid y años más tarde residió en La Coruña, ciudad donde cursó estudios en la Escuela Superior de la Marina Civil. Tras navegar durante varios años, desempeñó varios oficios en tierra. A principios de los años 90 comenzó a escribir relatos pero, hasta el año 2000 no publicó su primera novela, *El hombre de la plata*, narración de corte histórico, ambientada en el siglo VI a. C., en Tartessos.

A partir de ahí siguió publicando en los más diversos géneros: desde el histórico (que es el que ha cultivado con más asiduidad) al ensayo, pasando por el fantástico o el thriller. Dirigió también durante tres años la revista *Galaxia*, que obtuvo el premio a la mejor publicación de literatura fantástica en el año 2003, otorgado por la Asociación Europea de Ciencia-Ficción, en Turku, Finlandia.

El escritor participó en la creación de UPyD donde militó hasta febrero de 2013, cuando abandonó la formación descontento con algunas propuestas y manifestaciones del partido.

Notas

[1] Los sufetes eran los más altos magistrados en las ciudades fenicias de Occidente. Electos o hereditarios, su número era variable y compartían el poder con el Senado de la ciudad. <<

[2] Los romanos se cubrían la cabeza con la toga para officiar de sacerdotes en las ceremonias religiosas. <<

[3] *Ab Urbe condita*: desde la fundación de la Ciudad. Así databan sus años los romanos. El año 1 de la era cristiana equivale al 754 a.U.c, a partir de la fecha en la que fijaban la fundación de Roma. Por tanto, el año 693 a.U.c. corresponde al 61 a. C. y el 686 de la anterior escena, al 68. <<

[4] Desfile con el que se honraba a jefes militares victoriosos. Era un gran honor, difícil de obtener y daba una popularidad enorme a aquellos que lo conseguían. <<

[5] La corona cívica, hecha de hojas de roble, se concedía a aquel que en guerra salvaba a un ciudadano romano. César obtuvo la suya en un hecho de armas en Mitilene. <<

[6] Cáceres. <<

[7] La actual sierra de la Estrella, en Portugal. <<

[8] Pequeños amuletos fálicos, usados para defenderse de la magia negra y la mala suerte. <<

[9] Las Cíes, en la boca de la ría de Vigo. <<

[10] El mundo englobado bajo el orden romano. <<

[11] Hijo mayor, en fenicio. <<

[12] Formentera. <<

[13] Catón el Viejo, famoso por su intransigencia y su defensa de los antiguos valores morales romanos. <<

[14] Instructor militar. <<

[15] Velada prolongación de la cena en la que se bebía y a la que acudían más invitados. La dirigía un *magister bibendi* y estaba amenizada por músicos y actores.

<<

[16] El 61 a. C. <<

[17] La toga cándida era blanqueada y sin adornos. La usaban aquellos que optaban a magistraturas y, de hecho, la palabra candidato justo viene de ahí, de «cándida». <<

[18] Vía principal que cruzaba la Suburra. <<

[19] La carrera política en Roma a través de los distintos cargos, edil, pretor, cónsul... seguía un orden determinado en dichos cargos y se consideraba que había unas edades óptimas para ocupar cada uno de ellos. <<

[20] Mario fue en su día propretor en Hispania Ulterior. <<

[21] Las leyes romanas impedían que hubiese fuerzas armadas en el interior del pomerio. Algo quizá práctico en los primitivos tiempos de la República, pero que, al crecer, hizo de Roma una metrópolis desordenada y peligrosa. <<

[22] La primera actriz, podríamos decir. <<

[23] Comida que se correspondería con el almuerzo, que se hacía tras el desayuno, a media mañana, a menudo aprovechando lo que había sobrado de la cena del día anterior. <<

[24] La trábea era una toga especial, unas veces descrita como de franjas rojas y púrpuras y otras de franjas rojas y azafranadas, reservadas para ciertos cargos religiosos, como los augures y, según algunos autores, también los pontífices. <<

[25] El *senatus consultum ultimum* era el mecanismo extremo por el que el Senado otorgaba a un cónsul poderes extraordinarios. Tanto que podía saltar por encima de las leyes ordinarias romanas. Fue la vía que usó Cicerón en su día, siendo cónsul, para mandar ejecutar a varios senadores, cómplices de Catilina. Y fue también lo que trató de obtener Bíbulo para despojar de su poder a su colega César y derogar su ley agraria. <<

[26] *Tricaranus fera*: la fiera o el monstruo de tres cabezas. <<

[27] En juicios de este tipo, por corrupción electoral, si el acusado era condenado, podía ser privado de sus derechos ciudadanos. Y el acusador podía incluso ingresar en la tribu a la que había pertenecido el condenado. Así lo hizo Balbo, pues él y sus parientes, al adquirir la ciudadanía romana, fueron inscritos en una tribu urbana, mucho más numerosa y menos influyente. Al entrar en una tribu rural, la Clustumina, adquirió mucha más influencia política incluso como simple individuo y fue un paso importante en su ascenso en Roma. <<

[28] Tío que, en la antigua Roma, se ocupaba de aspectos concretos de la educación de sus sobrinos. Era una figura más cercana, comprensiva y tolerante que el *pater*, que estaba demasiado imbuido, aun con sus hijos, de su condición de cabeza de familia.

<<

[29] Peregrino era el nombre de aquellos residentes en Roma que carecían de ciudadanía. <<

[30] En Roma, se era adolescente desde los quince a los treinta años, cosa que tenía sus repercusiones legales. Los hombres en esa edad eran ya adultos, pero seguían sometidos a la autoridad suprema de su *pater familias*. <<

[31] La vieja cárcel aneja al Foro Magno. Poco más que una cueva artificial donde se retenía a los sospechosos y acusados el tiempo suficiente para someterlos a juicio o ejecución, pues los romanos no conocían lo que nosotros llamamos «penas de prisión». <<

[32] Una suerte de presidente del Senado. <<

[33] En Roma estaba prohibido que los vehículos circularan antes de la caída del sol.

<<